LA CANCIÓN DEL BISONTE

LA GRAN NOVELA SOBRE LA PRIMERA GUERRA DE LA HUMANIDAD



ANTONIO PÉREZ HENARES

Lectulandia

Hubo un tiempo en que sobre la tierra coexistían dos especies humanas: sapiens y neandertales.

¿Qué ocurrió para que una de ellas desapareciera sin dejar rastro?

Con la llegada de la desoladora glaciación, ambas especies se enfrentaron en la primera y más terrible guerra de la humanidad, que acabaría con la extinción total de una de ellas. Así daría comienzo el dominio del mundo por parte de la única especie capaz, al mismo tiempo, de la peor violencia y de la mayor compasión.

Rigurosa, emocionante, pura aventura, la nueva novela de Antonio Pérez Henares es la mejor manera de conocer a nuestros antepasados, sus creencias, sus miedos, sus primeras expresiones artísticas, su organización social y el papel de hombres y mujeres en la cotidiana e inexorable lucha por sobrevivir entre bisontes, uros, rinocerontes, lobos y leones cavernarios.

Lectulandia

Antonio Pérez Henares

La canción del bisonte

ePub r1.0
Karras 09-05-2018

Título original: *La canción del bisonte*
Antonio Pérez Henares, 2018

Editor digital: Karras
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Si hubo un tiempo en la historia de la humanidad en que hubiera deseado haber vivido, no es otro que el de las primigenias hogueras. La verdadera edad de oro de los hombres.

1

El cachorro sin fuego

El cachorro no tenía fuego propio junto al que cobijarse. No tenía madre, ni madre de su madre, ni hermanas de su madre. No había hembras que lo reconocieran como a uno de su estirpe. Debería haber muerto, igual que ellas, cuando murió la que lo parió a poco de destetarlo. Pero no lo hizo. Tampoco cuando cada estación fría se hizo más espantosa y gélida que la anterior y fueron desapareciendo sus tías. Y resistió también, con menos comida y cuidados, más que otras crías, que fueron pereciendo una a una en medio de la hambruna y el hielo. Y cuando antes de concluir aquel invierno murieron los dos últimos cazadores que aprovisionaban aquel fuego, el viejo primero y luego el joven, que apenas sí había comenzado a salir en la fila de los hombres, solo quedaron una hembra seca y él, que ya sabía recolectar caracoles, conchas, raíces y plantas. Y cuando las siguientes nieves comenzaron de nuevo a cubrirlo todo, ya se quedó solo. Entonces, con toda certeza, debiera haber perecido. Pero resistió.

El cachorro no tenía fuego propio pero los de su clan le permitieron no morir de frío, le dejaron cobijarse en los que todavía tenían cazadores, hembras, ancianos y unas pocas crías que habían logrado seguir vivas. Era él, claro, quien había de dormir más alejado de la hoguera, por donde la cuchilla del aire se adentraba en la cueva, y quien más debía porfiar hasta por la hebra de carne más dura y más pequeña. Pero fueron, una vez más, los otros, que sí tenían quién los cuidara, quienes sucumbieron. Era, sin duda, un cachorro fuerte. Vivió porque se ganó su vida.

Tenía que ganársela cada día, y cada noche pelear por no perderla. Los cazadores y las hembras de los otros fuegos tenían que proveer a los suyos. Y no sobraba nada. Pero con todo, siempre acababan por darle alguna brizna, y él ya sabía rebuscar en los campeos qué llevarse a la boca. El jefe de la fila, el que salía el primero y al que seguían los demás en las cacerías, tenía incluso con el huérfano algún gesto de protección y de aliento, y el cachorro lo buscaba. Escurriéndose entre los demás con sigilo pero al tiempo intentando no quedarse demasiado alejado para recibir algún pedazo de carne y, más aún, lo que le hacía reír y llevaba el gozo a su mirada, algún pescozón cariñoso o un gesto amable de ese hombre. Cuando el jefe de los cazadores volvía al refugio, la mirada del niño permanecía absorta en él, pendiente de cada uno de sus gestos, de sus palabras, de sus idas, venidas, acciones y silencios. Y el jefe de los cazadores se acostumbró a ello y, lejos de molestarle, parecía ser de su agrado. De vez en cuando, como con descuido, echaba en derredor una mirada para detectar desde dónde, siempre un poco emboscado y procurando pasar desapercibido, lo observaba el muchachillo. Fue él quien un día acabó por darle nombre y le llamó el Autillo, porque como aquel pajarillo nocturno miraba desde la penumbra. Y por ese

nombre comenzaron a llamarlo todos.

No hacerse notar mucho, observar cada detalle y conseguir un bocado, aprovechando el menor descuido para retirarse luego a las sombras antes de que se lo quitaran, fue su manera de salir adelante. No tenía amparo, pero tampoco demasiado que temer de los grupos de hembras, ni de sus cazadores ni de los viejos. De los que debía guardarse era de los cachorros de su edad o un poco más mayores, con quienes debía estar siempre alerta y de cuyo acoso no encontraba manera de zafarse. Ellos eran sus enemigos, sus torturadores, quienes siempre intentaban quitarle la poca comida que conseguía, quienes lo expulsaban a patadas de las cercanías de las hogueras, quienes a cada instante lo perseguían. Su abuso incansable, respaldado por la fuerza y el grupo, no se saciaba con nada, y aún menos con la sumisión. Eso lo aprendió pronto. Someterse, lejos de servirle para que lo dejaran tranquilo aunque fuera en un rincón apartado, era peor todavía. Supo que tendría que luchar, él solo contra todos, y hacerlo de tal forma, solapada y artera, que no cayeran en tropel y lo aplastaran. Así que unas veces se ocultaba y otras parecía rendirse, pero si encontraba un momento propicio, lanzaba su tarascada, patada, mordisco o arañazo.

Comprobó también que si lograba estar cerca del jefe, aunque jamás hubiera este intervenido en ninguno de sus encontronazos, solían guardarse de acometerlo o de quitarle su bocado. Por desgracia, el jefe y su fila de cazadores no paraban demasiado en la cueva, excepto cuando el tiempo comenzaba a refriar y volvía a quedarse helada la tierra entera. Por eso no quería el cachorro que llegara el invierno, porque si ahora con la hierba verde, el sol cálido y la abundancia de comida apenas si conseguía amanecer vivo cada día, estaba bien seguro de que cuando la siguiente estación fría volviera, él sería el siguiente en morir y al que se comerían. Porque, cuando había faltado totalmente el alimento, había visto cómo se comían a los que perecían y él mismo había conseguido algún despojo, y no quería ser el próximo al que devoraran. Le tenía mucho miedo a que el tiempo de la oscuridad y las ventiscas llegara, muchos más que a los otros cachorros. Ellos no lo iban a matar, y con su astucia, que crecía más rápida que sus fuerzas, iba consiguiendo librarse de su persecución. Algunos habían aprendido, incluso, a temerlo.

En la copa de un árbol muy grande y alto que se oteaba desde lo alto de la ladera donde se abría la cueva, las águilas hacían su nido.[1] El Autillo, huidizo siempre de la cercanía de los otros cachorros, había encontrado un recoveco cerca del viso del monte en el cual meterse y, oculto allí, contemplarlas a su antojo. En ocasiones se les caía algún trozo de sus presas, una porción de una liebre o de un conejo, y una vez, para su alborozo, buena parte de un urogallo, y saliendo raudo de su escondrijo conseguía echarle mano y comérselo crudo antes que acercarse a un fuego para asarlo, sabedor de que se lo quitarían de inmediato.

Por ello, y por la fascinación que su vuelo y poderío le causaban, no se cansaba de observarlas. Aprendió muchas cosas de las grandes águilas. Era la hembra, la más grande en envergadura, la que había empollado los huevos y la que daba de comer a

las crías. El macho solía traer la mayor parte de la caza y se la daba a la hembra para que esta la llevara hasta el nido para repartirla. En la tribu no sucedía nada que fuera muy distinto. Los grupos de mujeres, con una matriarca a la cabeza, eran quienes se encargaban de recoger lo que los cazadores traían y disponer de ello. Los cazadores iban y venían, y en el tiempo cálido podían permanecer lunas enteras lejos. En ocasiones todos los fuegos del clan se movían con ellos. Estuvieran en la cueva o en los campamentos nómadas, las hembras recolectaban, ponían trampas, proveían, organizaban, repartían. Los cachorros, a poco que crecían, las ayudaban en las tareas cotidianas y los viejos que ya no servían para salir con la fila de cazadores también participaban en las faenas y, aunque a veces rezongaban, se plegaban a lo que ellas decidían.

Pero fue otra cosa lo que vio en el nido de las águilas, que quedó grabado en su memoria y que aprendió para siempre. Habían salido de los huevos de las rapaces dos aguiluchos. Los dos con plumón blanco, uno más grande que el otro. El mayor apenas si dejaba al pequeño nada de las cebas de los adultos, y así él fue creciendo en fuerza y vigor mientras que el pequeño apenas si crecía y cada vez estaba más débil. Además, el hermano mayor no dejaba de acosarlo, picándole de continuo hasta hacerle brotar sangre que el Autillo veía manchar su plumón blanco. Un día el pequeño ya estaba caído en el nido, ya no levantaba siquiera la cabeza, y cuando llegó el águila madre, ni siquiera intentó ya conseguir su parte de comida. Por la tarde estaba inmóvil. Ella lo observó, comprobó que estaba muerto y procedió a descuartizarlo y dárselo en pedazos al superviviente. Ella misma también engulló algún pedazo del pequeño.

Esa fue la primera lección de vida que el Autillo aprendió de las águilas, escondido en su covacha en la ladera donde se abría el Gran Portalón[2] de la Cueva Mayor, la más inmensa de todas las que había, algunas con sus entradas semienterradas, en aquel reborde de la serranía, dando vista al valle por donde corría el río, se recogían los pedernales y pastaban las manadas de grandes herbívoros.

2

Nublo

Le pusieron el nombre, Nublo, por su piel, su pelo y el color de los ojos. Ellos la tenían pálida, el pelo jaro y los ojos claros. El hijo de la Oscura, a la que capturaron al otro lado de las montañas, no lo era tanto como su madre, a la que mató en el parto, pero su piel era del color del barro claro, el pelo del de los tizones de la hoguera y los ojos, que destacaban el blanco que los rodeaba, como el del légamo.

Había nacido fuerte, con buen grito y con muchas ganas de mamar. Tuvo suerte porque una de las hembras había perdido a un recién nacido y tenía mucha leche. Fue ella quien lo crio desde su primer día. Era una de las mujeres de mayor rango, que tenía un hijo que ya cazaba y otro macho y otra hija más pequeños a su cuidado. Era muy admirada por ello, por haber sacado adelante a tres crías, y haber parido otras tres más que, como la última, se malograron al nacer o a poco de hacerlo. Las demás hembras del clan y también de los otros clanes no eran tan fértiles. Ella había contribuido a aumentar y fortalecer al grupo. No era la primera de su estirpe, pues tenía una hermana que ordenaba el fuego familiar, pero su voz se escuchaba y respetaba. Hablaba poco, solo cuando era preciso y no siempre cuando se le preguntaba. A veces respondía con el silencio y un gesto y seguía a sus cosas. Había sido así desde niña y siempre la habían mentado como la Callada.

La Callada prohijó a Nublo y este creció robusto entre los Primeros Hombres, los que tienen sus cazaderos y sus refugios en el Valle Oculto,[3] protegido por las más altas montañas que impiden el paso de los peores vientos, recorrido por el río que viene desde el pie de la más elevada, la que llaman Peñalanza,[4] y va lamiendo las faldas de todas ellas hasta que se le puede ver desaparecer desde la atalaya bajo la que se abren todos los abrigos por un último recodo. Un valle extenso y feraz en plantas y animales, no solo por el norte rodeado de montañas, sino también por naciente y por poniente, y aun por el sur, donde otra cadena de picachos algo más bajos se eleva guareciéndolo y es también abundosa en aguas y manantiales, por lo que los hombres lo llaman de los Fontanares.[5]

Peñalanza está justo enfrente de donde se abre la gran visera de roca donde el clan vive, se protege y se calienta. La punta de la gran montaña es lo primero que los ojos de Nublo, cuando aprendió a mirar las montañas, vieron y entendieron como un espíritu que los protegía. Peñalanza es lo primero que los Primeros Hombres miraban cuando se asoman al amanecer y su sola visión les daba fuerza y se sentían por ella amparados.

Toda aquella cordillera, todos los horizontes, los más lejanos y los más inmediatos, con los que topan los ojos desde la boca del abrigo o desde la atalaya, está ahora nevada y el hielo reluce en sus cimas. Es la divisoria no solo de aguas, sino

de la tierra misma en la que los Primeros Hombres habitan. Más allá hay otras y lo saben, y cuentan que tras bajar por aquellas laderas se extienden inmensas llanuras, pero sus cazadores no van hace mucho tiempo por allí. Porque allí moran los Oscuros. Ellos tampoco descienden, ni siquiera conocen el valle. Ya hay que buscar relatos muy atrás y ahondar en las memorias de la tribu para hallar recuerdos de cuando los Primeros Hombres tuvieron allí sus grutas y en ellas vivieron poderosos clanes. Pero hace ya mucho, desde que los ancianos alcanzan a recordar lo que a ellos les relataron sus ancestros, desde el tiempo casi en que el hielo no era tan cruel ni tan dueño y señor de tantas lunas, que no se ha sabido nada de aquellos, ni se les ha visto ni han encontrado restos de su paso. Lo más que alcanza algún recuerdo es a relatar cuando algunos vinieron huyendo del otro lado, alcanzaron el Valle Oculto, donde ya moraban Primeros Hombres, y se establecieron con ellos. Fueron quienes trajeron las primeras nuevas de los Oscuros, unos seres que no se sabía de dónde habían llegado ni de ellos había noticia alguna, y que nunca habían visto caminar la tierra como sí lo habían hecho con el resto de los seres que en ella vivían: el rinoceronte, la hiena, el león, el leopardo, el uro, el ciervo, el corzo, el caballo, el reno, la cabra, el bisonte, el lobo, el oso, el mamut o hasta aquel tigre de dientes gigantescos que ahora ya no se veía, pero se recordaba. Unas veces los animales parecían ya no existir, pero luego reaparecían, y en cualquier caso siempre estaban en los recuerdos, pero de los Oscuros no había recuerdo ni memoria anterior alguna.

Pero ahora ya sabían de ellos y los temían. Porque eran o parecían hombres, pero no eran de la raza de los Primeros Hombres sino que los mataban. Y aquellos que habían llegado huyendo contaron que habían invadido sus territorios de caza, asaltado sus cuevas y los habían herido y muerto con delgadas lanzas que disparaban desde muy lejos.

El Valle Oculto se pobló de muchas gentes con aquellas llegadas. De los que estaban y los que vinieron. Pero hubo espacio para todos y no faltaba comida. El río que lo recorría no solo era abundoso en peces, sino que daba vida a su ribera y al entorno entero, y allí se multiplicaban los animales y crecían vigorosos y verdes las plantas y los árboles, dando a los hombres toda suerte de raíces, semillas, frutas, bayas y hojas y tallos que podían comerse.

Podían cazar en todo aquel espacio y también en las faldas de las cercanas montañas, y subir cuando lo permitía la nieve hasta lo alto e incluso atravesarlo por collados, y descender por las laderas del otro lado, aunque estas eran más frías y hostiles, e incluso, ya cuando el primer miedo a los Oscuros se diluyó en torno a los fuegos, llegar hasta las grandes llanuras que desde allí se divisaban. En ocasiones algún grupo se decidía porque en aquellos espacios había grandes manadas de caballos y de bisontes paciendo, y muchos rinocerontes, cuya carne era la más apreciada. Buena prueba era que los leones cavernarios también las frecuentaban y bajaban a cazar en ellas.

A los Primeros Hombres los leones no les daban miedo, aunque sabían que

podían matarlos con sus garras y sus colmillos. Pero ellos también podían asustarlos con el fuego, herirlos con piedras o matarlos igualmente con sus lanzas. Unos y otros lo sabían y por ello, cuando se divisaban, se mantenían a distancia. En el propio valle residían dos manadas de leones, una en el extremo más alto del río y otra donde sus aguas se apaciguaban y el valle se ensanchaba. Alguna noche un cazador rezagado o una mujer que se demoraba en el retorno al campamento o a la cueva desaparecía, y algún resto indicaba bajo qué garras había sucumbido, pero no eran frecuentes los ataques; a veces también un niño podía sufrirlo de las hienas manchadas, pero si se repetía, una partida salía hacia sus guaridas, incendiaba las laderas de sus cubiles y mataba si podía algún león cavernario. Quien asestaba la última lanzada era quien tenía derecho a sus colmillos y a las uñas de una garra. Las otras tres se repartían entre todos los que habían participado en la cacería y eran motivo de relatos durante muchas noches, sobre todo cuando era tanto el frío que había que quedarse lunas enteras sin salir casi de los abrigos.

Decían los viejos que en otros tiempos había tantas manadas de Primeros Hombres como de leones. Pero ahora, en el otro lado de las montañas, ya parecían quedar apenas unas cuantas de los felinos y no haber rastro alguno de los Primeros Hombres. Los únicos que crecían en número y expulsaban del territorio a unos y a otros eran los Oscuros. Y era por ellos, y no por los leones, por lo que los cazadores del valle cruzaban los collados y descendían sobre aquellas llanuras solo si la necesidad los obligaba.

Una de las veces que lo hicieron es cuando capturaron a la Oscura, y no solo a ella, sino también a un viejo y a un cachorro ya crecido. Según contaron, mataron a un joven que blandió contra ellos una de sus delgadas y finas lanzas hiriendo a un cazador e hicieron huir a varias hembras y a sus crías, que se desperdigaron dando alaridos y se ocultaron. Podían, tal vez, haberlas cogido a todas, pero decidieron escapar cuanto antes del lugar, sabedores de que los cazadores Oscuros no estarían lejos y, en cuanto vieran lo sucedido, saldrían tras ellos e intentarían liberar a los suyos y matar a los Primeros Hombres. El jefe de la partida ordenó presto el regreso, y para cuando cayó la noche ya estaban en la ladera de la montaña, donde acamparon sin encender el fuego, y con la primera luz del día habían comenzado a remontar de nuevo y cruzaron el collado del Nevero cuando los primeros rayos del sol le sacaron destellos y brillos.

Llegaron con sus cautivos al campamento y hubo silencio y preocupación en muchas caras, sobre todo de las mujeres, pero también en las de los más avezados cazadores, pues los que habían realizado la larga expedición eran de los más jóvenes, con tan solo uno de edad y experiencia al frente, que es quien ordenó el retorno inmediato después del encuentro.

Los ancianos y los jefes de los cazadores tanto del Abrigo Grande como del cercano Cubil de las Hienas, llamado así pues a ellas se lo habían arrebatado, y de otros refugios cercanos del valle se concitaron en torno a la hoguera para conocer y

discurrir sobre lo sucedido. Ya antes algunos de los mejores conocedores de los pasos de la montaña se apostaron en los collados de Peña Cabra, del Nevero y de la cascada de Navafría para alertar a todos en el caso de que los Oscuros vinieran. Pero no vinieron. Ni después tampoco, pues al siguiente día se nubló el cielo y unas nubes del color de la ceniza de las hogueras se asentaron sobre las cimas y sobre el valle entero. Comenzó a caer la nieve, aunque no era tiempo aún, pero cada vez parecía llegar una luna antes y retirarse una más tarde, y toda la montaña quedó cubierta. Los copos también cayeron sobre el valle, pero a nada se volvieron agua muy fría y menuda que calaba hasta las pieles. Retornaron los vigías y se encerraron todos para soportar la primera ventisca. Se sintieron contentos esta vez, aunque preludiara el tiempo del frío, el hielo y el hambre, porque supieron que los Oscuros no vendrían. Ni tendrían huellas ni podrían cruzar las sierras.

El joven cazador herido conservó la vida. La herida no era honda ni le había llegado a penetrar en los intestinos. La gruesa piel de bisonte que llevaba enrollada al cuerpo había logrado que la punta de pedernal del Oscuro solo le hubiera rasgado el costado. De los tres cautivos decidieron dejar vivir a la hembra. Al viejo y al otro joven se los comieron y en el festín participaron todos los clanes de los Primeros Hombres que moraban en el valle.

La hembra fue reclamada por el joven que había sufrido la lanzada y los ancianos se la concedieron pues entre los Primeros Hombres no había hembras para todos; entre los que habían llegado huyendo hubo desde el inicio más hombres que mujeres, y en los fuegos nacían cada vez menos niños. La Oscura se sometió a él y a las hembras del grupo al que pertenecía. Era una hembra muy joven que asombraba a todos, además de por su piel y su pelo crespo y rizado, por la delgadez y largura de sus piernas, su falta de anchuras y sus débiles hombros. Pero era muy resistente y aguantaba mejor que ninguna las caminatas. Sabía hacer cosas con sus manos que les sorprendían, al igual que sus ropas, cuyas piezas estaban unidas por tendones, y era muy hábil buscando comida, descubriendo madrigueras, parideras de conejas y nidos de pájaros. Habrían hablado con ella y le habrían preguntado por todo, pero no les dio tiempo pues cuando empezaban a comprender algunas cosas que decía y hacía, se murió.

A las cuatro lunas de llegar al valle se le empezó a hinchar la barriga y parió cuando de nuevo había retornado el sol y el calor y las expediciones de caza estaban en apogeo. Murió del parto. Era muy estrecha y se desangró.

Nublo no supo que una Oscura había sido su madre hasta que la Callada se lo dijo, cuando otros niños intentaron rasparle la piel y le hicieron sangre con una lasca intentando que se pusiera igual que la suya. Le dijo que los Oscuros no eran como los Primeros Hombres, pero que él sí era de ellos porque de sus espíritus había nacido, y que la próxima vez que los otros intentaran hacerle alguna cosa en la piel o en el pelo porque eran diferentes, no se dejara. Y Nublo no se dejó en absoluto. Saltó sobre el primero que repitió la intentona mordiendo, golpeando con pies y manos, y el agresor

acabó huyendo y chillando hacia su fuego.

Nublo se crio fuerte y robusto en el Valle de los Primeros Hombres y cuando ya estuvo crecido, supo bien quiénes eran los Oscuros: los peores enemigos de sus gentes. Si podía, les daría caza y se los comería.

3

Ova y Ababol

Ova había parido muchos hijos, pero solo el último fue la hija que ella había deseado. De los varones, algunos habían perecido, pero dos habían llegado a la fila de los cazadores. Respetaban y querían a su madre, y cuando regresaban al campamento no le faltaba su visita y algún obsequio, pero ya estaban en otros fuegos con sus hembras. A la niña, por la que temió tanto que muriera, como lo habían hecho varios de sus hermanos, la cuidó con todo el esmero y sabiduría que ya había acumulado en sus anteriores crianzas y logró que creciera, se destetara y se convirtiera en una criatura vigorosa, ágil y esbelta. La llamó Ababol.

Ella también había sido una joven amapola sin abrir. Luego con los partos y el pasar del tiempo engordó, se hizo más lenta y pesada, y ahora ya entrando en la vejez había vuelto a perder peso, pero se estaba volviendo flácida. Sin embargo, era ahora cuando parecía más señalada y mentada por las gentes, y no solo de su clan. Su palabra, sus consejos y remedios eran guía y amparo. Su nombre y su sabiduría eran conocidos por las mujeres y los hombres de todas las cuevas, campamentos y refugios, desde la misma orilla de las aguas hasta el nacimiento de los ríos en el corazón de las montañas y, más que en ningún lugar, en la montaña Mamut, así la llamaban unos por semejar la silueta del gigantesco animal, o el monte de las Cinco Cuevas, pues hacían falta todos los dedos de una mano para contar las cinco oquedades donde los hombres moraban y se guarecían en aquel lugar, erguido sobre el río y el hermoso valle.[6] En ningún lugar había más fuegos que allí, en ningún sitio se reunía tanta gente. Eran tan numerosos que los moradores de una gruta no alcanzaban a conocer del todo a los que vivían en la ladera más alejada de la suya. Pero todos conocían la montaña Mamut y, aunque fueran de los más alejados clanes, cuando la divisaban sentían su protección y su influjo. La miraban, se la señalaban los unos a los otros y les alegraba el corazón y el paso si se dirigían hacia ella. Erguida como una señal, como el lugar primigenio del que todos se sentían parte y al que de alguna forma, aunque hubieran partido a otros valles o se hubieran establecido al lado de la Gran Agua, se seguían sintiendo unidos y a cuyo cobijo de tiempo en tiempo todos se congregaban para mantener los recuerdos comunes, anudar los vínculos y alianzas antiguas, y, a veces, los jóvenes encontraban un nuevo fuego y formaban en una fila distinta de cazadores. Y eran más por lo común quienes se quedaban que los que partían del monte de las Cinco Cuevas.

Ova oficiaba en él los ancestrales ritos de la Madre. Ella conocía los secretos del inicio de la vida, de la sangre que manaba de las entrañas de las mujeres sin ser heridas, y sabía cuándo la Diosa bendecía su vientre y cuándo este se abriría para que un nuevo ser naciera. También interpretaba los destinos, los oscuros designios de las

tinieblas, y cómo había que pintar y tratar a quienes ya muertos habrían de caminar por ellas. Pero eran muchas más las cosas que la Guardiana entregaba a las gentes que venían a ella, como los remedios que obtenía de la tierra: raíces, cortezas, musgos, hongos, hojas y flores, que repartía generosamente. Con ellos se detenía la sangre en la herida, se serenaba el palpitar en la sien y se aliviaba la calentura en el cuerpo, se desanudaban los retortijones de las tripas o se lavaban los ojos. Ova, lo cuchicheaban todos al ir o volver de su habitáculo, separado del resto, tenía en sus bolsitas de cuero y manojillos colgados cosas que también podían matar o enloquecer si no sabían usarse. Pero Ova era su protectora. Alegre, cómplice, risueña con las mujeres y cariñosa con sus crías. A una le enseñaba y le daba aquella planta que sacaba espuma al frotarla con agua y servía para lavarse y desenredarse el pelo mejor que ninguna, y a su hijo, que se había desollado las rodillas, le aplicaba un ungüento que le calmaba los escozores y hacía que la costra cubriera la rozadura. A los hombres también los curaba, aunque entre ellos hubiera alguno que sabía algo de recomponer huesos y desmontar tendones. Con ellos su trato era más circunspecto, aunque amable. Había comprobado que, ya adultos, tendían a verla con cierta reverencia y lejanía al mismo tiempo. Sin llegar al temor, notaba una cierta aprehensión y envaramiento en su presencia. Además, los hombres solían acudir cuando algo ya muy grave los aquejaba, a veces sin remedio alguno, y cuando solo podía mitigar su dolor antes de que expiraran. Cuando los huesos del cráneo se hendían y los sesos se desparramaban, o cuando el cuerno o el colmillo atravesaban ciertas telas interiores o llegaban a los pulmones o el intestino, la muerte venía. Como venía por bultos internos o cuando ya las fuerzas se consumían y los pulsos se paraban. Entonces quedaba cerrarles los ojos con ocre para que volvieran a la tierra.

Ova era la Guardiana de la Madre y la Custodia de la Estatuilla Negra, que ella conservaba, por quien nacían los cachorros de hombres y bestias, por quien rebrotaban las hojas y renacía la tierra.

Antes de que naciera Ababol, Ova había sentido que sus ánimos decaían y sus fuerzas mermaban al compás, pero su llegada la renovó tanto por dentro como por fuera y todo su ser volvió a rellenarse de energía. Ababol la volvió a hacer risueña y alegre, como recordaba haber sido de joven, y su bondad se extendió a la tribu porque en todo lo que la rodeaba sentía a su propia hija y a todos como a hijos los trataba.

Ova sentía que con Ababol no volvería a estar sola, que ella no se iba a marchar jamás de su lado, como sí lo habían tenido que hacer los machos cuando dejaron de ser niños y se iniciaron, se adentraron por las entrañas de la gruta de los ritos de los Hombres, pusieron sus manos junto a todas las manos y salieron para caminar ya en la fila de los cazadores. Ababol no se iría nunca. Un día traería a alguien al fuego familiar, pero estaría siempre al lado de su madre, que sería quien un día habría de dejarla cuando la vida se le escapara. Antes le enseñaría que las mujeres y los clanes necesitan amparo y ayuda pero hay secretos que no tienen por qué conocer, y solo Ababol los aprendería. Todavía tenía los dientes de leche y ya parecía despierta y

dispuesta. Bebía con los ojos muy abiertos todo lo que Ova le mostraba. Unos ojos que resultaban un tanto extraños entre los del clan, pues no eran tan oscuros y tenían reflejos verdes, y tenía también el pelo más lacio y menos negro que el de las otras niñas. Pero, y eso enorgullecía a su madre aunque no demostrara su contento ni la alabara por ello, las ganaba a todas en carrera e incluso vencía a muchos niños. Ova pensaba que se parecía más a cualquiera de sus hermanos cuando eran unos críos que a las pequeñas con las que jugaba.

Había algo, sin embargo, en lo que no se asemejaba a Ova. Era menos risueña, siendo aún una niña, que su ya vieja madre, y esta se sorprendía observándola cuando se quedaba absorta mirando en silencio hacia donde en apariencia nada había. Un ensimismamiento que fue total cuando un día la llevó hacia uno de los clanes costeros cerca de las grandes aguas, las que no pueden beberse porque queman la boca, pero contienen muchos animales que dan comida a las gentes.

Ababol se quedó mirando aquella inmensidad desde lo alto del acantilado, durante tan largo tiempo y con tal intensidad que Ova, después de mucho esperar pues entendía la impresión de su hija, tuvo que despertarla de su contemplación y hacer que siguiera caminando hasta la costa. Allí estaba la cueva del clan al que iban a visitar, pero el campamento lo tenían ahora más lejos, al borde del Gran Azul, y este se había retirado y era necesario caminar por una extraña superficie, en lenta bajada, hasta la rompiente de las olas.[7]

Allí estaban las gentes aquellas cogiendo todo tipo de conchas y cangrejos en las aguas bajas y las rompientes o escarbando en la arena. Ababol chapoteó con ellos, que la agasajaron y enseñaron cómo comerse aquellas cosas tras abrir sus duros caparazones. Le mostraban dónde se ocultaban y cómo descubrirlas por sus burbujas o sus señales y competían en ver quién de ellos lograba asombrarla más y hacerla reír mejor. Pues no solo era una niña, y todo cachorro era bien recibido y querido y cobijado por hombres y mujeres, sino que además era la hija de la Guardiana y quizás hasta un día heredaría toda su sabiduría y poderes.

La niña descubrió tantas cosas y disfrutó de tal manera de todas ellas, hasta de algún doloroso picotazo de un cangrejo, que luego las recordaría durante mucho tiempo de vuelta en la montaña Mamut. Su imaginación unió para siempre la imagen del Gran Azul a una sensación de gozo y plenitud que la acompañaría de por vida. El sabor salado al chapotear en el agua y el picor posterior de aquella sal pegada en su piel, el juego de la espuma, su caída en la ola cuando el agua socavó la arena bajo sus pies y cómo la rescataron de inmediato entre risas levantándola en el aire rebozada en arena mojada. Y para que se le pasara el susto, le regalaron un collar de pequeñas conchas que conservó por siempre, quiso llevar en las ocasiones más señaladas y lució cada vez que volvió a visitarlos.

Aquellas gentes comían del Gran Azul y jugaban con él. Pero le tenían un gran respeto. Le contaron alrededor del fuego en la noche, mientras seguían oyendo su continuo y cercano rumor, que cuando se enfurecía había que huir de su orilla y que

no podían tampoco adentrarse apenas en sus aguas pues poco más allá había abismos que se los tragaban y gigantescos animales que los engullirían de un bocado. Los hombres podían cruzar ríos, vadeándolos o nadando por donde no hubiera una corriente que los arrastrara, pero no había adónde llegar en el Gran Azul y alguno que no había sabido respetarlo había desaparecido, aunque tiempo después el mar lo había devuelto luego a la orilla. Quizás hablando de aquellas cosas al lado de la hoguera buscaban asustar a Ababol, pero la niña se durmió feliz y agotada. Acunada por el ruido del mar incansable y el llegar y retirarse de las olas.

4

El Errante

El hombre que venía por la orilla del río llegaba solo y no era nadie del clan de la Cueva Mayor, pero caminaba con la decisión de quien conoce el sendero y su lugar de destino. Abandonó la ribera justo cuando era preciso hacerlo para llegar de la manera más rápida y cómoda hasta la gran boca de la gruta donde se cobijaba el clan, aunque en ese momento el grueso de los hombres adultos había partido, con la llegada del buen tiempo, a los cazaderos aguas arriba, donde confiaban en hacer una buena matanza de renos en los vados por los que cruzaban en su migración de primavera.

El que llegaba venía de aguas abajo y no era, desde luego, ningún cazador de la tribu que regresara para guiar a las mujeres y los jóvenes hasta el escenario de la cacería y los ayudara a trocear y transportar las presas. Algunos de los viejos se asomaron y resubieron la ladera para divisarlo mejor y prevenirse por si representaba algún peligro. El Autillo se escurrió como acostumbraba, sin ser notado, y se quedó en cuclillas, apostado por encima de los ancianos.

—No es nadie de los nuestros —repitió uno de ellos, pues eso ya lo habían dicho todos.

—¿Viene alguien detrás de él? Mejor tener cuidado —dijo otro.

—Hace ya mucho trecho que lo vemos; antes, cuando venía por la orilla del río, y luego, cuando ha tirado derecho hacia la cueva por campo abierto. Si viniera con mala intención, no se mostraría de esta forma. Podemos matarlo si queremos.

—No nos fiemos. Que las mujeres y los más pequeños se guarden en la gruta. Nosotros cojamos propulsores y venablos. Cuando llegue ahí debajo lo tendremos a tiro.

Lo hicieron. El hombre que llegaba parecía avivar ahora el paso y en algún momento agitó una mano en el aire en dirección a los que lo observaban.

—Saluda —dijo el viejo que decía siempre lo que todos ya sabían.

Fue cuando el desconfiado lo reconoció y dio un grito que podía incluso parecer de alegría.

—¡Es el Que Viene y Se Va! ¡Es el Errante! El que conoce todas las tribus y camina de un clan a otro.

Todos los ancianos lo conocían, también muchas mujeres, y los demás habían oído de él aunque no lo hubieran visto nunca, como les sucedía al Autillo y a los más chicos. El Errante era alguien del que siempre se contaba algo en torno a las hogueras.

—Viene de abajo, vendrá de los clanes de los Hombres de los Caballos, de los que cazan en las llanuras que lindan con las montañas donde viven los Patas Cortas,

los Hombres sin Hacer del Todo. —La sola mención de los Otros hizo que algunos dieran un respingo, pero el que hablaba siguió con su cábala—: Hacía mucho que no venía. Suponíamos que lo habría matado un león o se lo habrían comido los Patas Cortas.

—Tiene muchos poderes. Es muy fuerte y muy sabio.

—La otra vez que vino traía dos a su lado. Ahora viene solo. Un día lo matará una fiera o se lo comerán los Patas Cortas —insistió el que hacía de eco.

—No se lo han comido. Nos contará de los otros clanes —concluyó el que parecía defenderlo.

Saludaron ya en señal de bienvenida y fueron a avisar a la curandera para que lo recibiera, pues el chamán de los cazadores, el Hombre Espíritu de las Bestias, estaba con la partida de caza. Las mujeres se alborotaron y salieron en tropel. Lo querían más que los viejos. Traería muchas cosas extraordinarias y nuevas de los clanes de toda la tierra, hasta de los que estaban al lado del Gran Azul, sobre los que algunos hablaban, pero nadie había alcanzado a ver, aunque entre ellos había descendientes de quienes sí que habían caminado por su orilla y algunas tenían como muy preciado adorno algunas cuentas de nácar.

El Autillo no perdía detalle. La llegada de aquel hombre era algo extraordinario, algo que no había pasado nunca en su vida. Había oído decir que había otros hombres además de los de su clan, pero nunca había visto a ninguno. Ni de aquellos Patas Cortas con que los atemorizaban ni de los de su propia estirpe, aunque de otra tribu. Ahora estaba viendo a uno y todo en él lo asombraba.

Era alto, más que la mayoría de los del clan, de hombros anchos y de andar muy poderoso. Traía a la espalda un gran morral; una lanza larga y dos ligeras sobresalían de su silueta. Llevaba el pelo largo y una barba poblada y crecida. Brillaban en su zamarra de cuero adornos de colmillos y conchas. La traía abierta en parte y descubría la parte superior del pecho. No era joven pero tampoco viejo. Aún no tenía canas ni en la cabeza ni en la barba. El Autillo se fijó en el imponente collar de garras que le colgaba del cuello y en sus rasgos más finos, delgados, más afilados en pómulos y nariz que los de los suyos. Ya había llegado hasta la entrada misma de la cueva. Y hablaba con ceremonia y respeto. Todos habían salido a recibirlo.

—Saludo a los ancianos y a las madres del clan y les pido poder compartir su cueva y su fuego.

—Sabemos quién eres. Te recibimos como amigo. Puedes entrar, descansar y descargar tu peso —le replicaron.

Se adelantó la Custodia de la Diosa, la curandera:

—El Que Viene y Se Va siempre es bien recibido en este clan. Nos alegra ver de nuevo al Errante y saber que vive. Nos contará cosas de los otros hombres y sus clanes. En nombre de la Diosa, eres bienvenido.

Todos los críos del clan, pegados a sus madres o en pequeños grupos, se arracimaban haciendo ruidos y dando gritos en torno a él, menos el Autillo, que lo

observaba algo apartado, en silencio. Pero los ojos del forastero lo descubrieron. Fue un instante, pero se clavaron en él haciéndole rebullirse inquieto. La mirada del Errante parecía recorrerlo todo mientras se adentraba en la gran sala seguido por los viejos, que ya comenzaban a hacerle preguntas. Pero él solo contestó de dónde venía antes de descolgar su morral y sus lanzas y dejarlo todo apoyado en una esquina donde no había redondel de piedras que indicara un fuego.

—Vengo de las llanuras del clan de los Hombres de los Caballos. Hace media luna estuve con ellos. Traigo sus saludos. Ahora deseo hablar con la Custodia de la Madre y hacer mi ofrenda a la Diosa.

Aquello congratuló a la curandera, aunque ya lo esperaba, pues sabía que era sabio y respetaba los ritos. Al Errante siempre se le había supuesto el saber de los chamanes y poderes superiores. Solo así podía haber sobrevivido caminando solo y errante por las tierras. Su propia existencia, tan extraña y alejada de la del resto de los hombres, fuera de todos los clanes, encendía la curiosidad por donde quiera que pasara, y en todas las cuevas y campamentos era bien recibido cuando retornaba. La mera evocación de su nombre provocaba un susurro de respeto.

El forastero y la Guardiana se dirigieron a un pequeño recoveco de la cueva donde la mujer tenía su fuego, resguardado de las miradas, los manojillos de plantas colgados de estaquillas de hueso y, en una hornacina que aprovechaba una grieta de la roca, la estatuilla de la Diosa.

Sorprendió al Autillo, que los espiaba resguardado en las sombras y salientes, que quien preguntaba al recién llegado y lo escuchaba con mucha atención y hasta con gesto de clara sumisión, era la mujer a la que ellos tenían como guía y sabia. La Guardiana de la Diosa ni siquiera se comportaba con tal deferencia con el propio chamán de los cazadores, que soldaba huesos, taponaba la sangre y atraía con sus conjuros a los animales hasta las lanzas de los cazadores.

El Autillo vio que el hombre extraía de una de sus bolsitas de viaje unas cabezas de espliego ya secas, las desmenuzaba en una pequeña piedra, redonda y hueca, donde antes había puesto unas brasas, y cuando el espliego comenzó a desprender su intenso olor, colocó el recipiente al lado de la figurilla de la Madre, empujó con las manos la fragancia hacia ella y se sentó a hablar con la Guardiana.

Hablaron de dónde estaban los cazadores, de dónde venía el forastero, y este le trasmitió saludos y mensajes de la sanadora y Custodia del clan de los Hombres de los Caballos con un pequeño objeto que el Autillo no pudo distinguir como obsequio. Luego ambos se intercambiaron pequeñas bolsitas, la mayoría de las cuales pasaban de las manos del hombre a las de la mujer acompañadas de detalladas explicaciones sobre su uso y sus peligros, pues dependiendo de la cantidad y de la preparación alguno de aquellos remedios podía convertirse en muerte.

El cachorro sin fuego no entendía apenas nada, pero si la Guardiana lo trataba con tal deferencia debía de ser por algo. Tendría que ser un chamán muy poderoso si hasta la guía de las mujeres le prestaba tanta atención. El cachorro sin fuego decidió

que no le perdería un paso pues de su cercanía seguro que obtendría beneficio.

Aquella noche, regresado el grupo de recolectoras que había bajado al río con algunos jóvenes para aprovisionarse de agua, viandas frescas y revisar algunas trampas, se preparó una abundante comida en la que se juntaron los diversos fuegos para cocinarla entre todos. Habían traído tiernas plantas, algunos conejos, una cría de corzo y muchos huevos, pues era el tiempo de las puestas de los pájaros y quedaban muy al alcance los de los que anidaban en el suelo, como las perdices, o no muy alto en los árboles, como las palomas. Había para todos, incluso para el Autillo, aunque en esa época no era precisamente de los que andaban ayunos. Nadie como él para descubrir dónde las aves hacían su nido. Era capaz de pasarse inmóvil mucho tiempo hasta descubrir el escondrijo y todo lo alimentaba, desde el huevo más pequeño hasta uno bien grande de sisón o de avutarda. Y cuando se hacía con un buen botín, ya sabía él cómo preservarlo de las uñas de los otros buscándose un buen agujero. Al fin y al cabo, los demás compartían con él poco más que sus sobras.

Pero esa noche hasta le alcanzó un trozo de conejo y algo del costillar del corzo, que era tan tierno que royó hasta el hueso. Luego, desde su rincón favorito, se dispuso a no perder palabra de lo que el forastero contara. Todos estaban ansiosos por escucharlo y saber de los otros hombres con quien había estado. Se hizo silencio y hasta los niños mamones se callaron porque sus madres los arrimaron el pecho para mantenerlos tranquilos. El Errante comenzó su parlamento.

—Para llegar hasta los clanes de los Hombres de los Caballos es necesario cruzar ríos, entre ellos el más caudaloso, al que vierten todos estos,[8] y atravesar muchos bosques y también estepas muy frías y azotadas por los vientos, pero no hay grandes montañas que impidan el paso y las que existen tienen buenos portillos por los que atravesarlas. Ya había caminado antes hacia allá y sabía cuál había de ser el rumbo de mi paso. Pero todo sendero es peligroso y más aún cuando no hay hombres que lo transiten, y más cuando el que pasa no camina en la fila de otros hombres con lanzas, ante las que las grandes fieras se retiran. Estas le temen al fuego, pero si uno está solo lo acechan, y si se descuida le dan caza y lo devoran. Eso le sucedió al muchacho que regresaba desde allí conmigo hacia su clan cuando, sediento, no tomó precaución al inclinarse hacia el agua y ofreció el cuello y la nuca a una pantera apostada en el bebedero. Salto sobre él, lo arrastró a la maleza de la ribera y nada pude hacer excepto huir para salvar mi vida. Por eso caminaba solo. Estos dedos de mi mano, todos menos el separado y el pequeño, he contado ver caer la noche desde la muerte del chico, antes de dar vista a vuestra cueva. Me ha alegrado encontraros, pues son tierras sin hombres y plagadas de bestias por las que he atravesado y necesitaba el cobijo de una tribu tan poderosa como esta de la Gran Cueva.

—Cuéntanos de los Hombres de los Caballos. ¿Saben de nosotros? Yo conocí a algunos cuando no hacía tanto frío sobre la tierra y a veces alcanzábamos los unos los cazaderos de los otros. Alguna mujer suya tomó y se llevó a un hombre nuestro y alguna nuestra trajo aquí a uno de los suyos. Pero los dos murieron ya hace mucho.

Yo era niño. Él era como nosotros y cazaba bien los bisontes, aunque aún mejor los caballos. ¿De los nuestros queda entre ellos alguno?

—Sí quedan, allá los he encontrado y envían sus saludos a los fuegos de sus madres, sus hermanas y sus hermanos. Son dos ancianos respetados, recuerdan el clan donde nacieron y me dijeron los nombres de sus madres: Atola y Retama. ¿Alguien los reconoce?

Se levantaron una mujer y el anciano receloso que quería tirarle lanzas al verlo llegar.

—Era el mayor de mis hermanos —dijo ella.

—Y el más pequeño de los míos —dijo él.

—Para vosotros traigo de ellos un presente de su parte.

El forastero extrajo de una de sus bolsas dos objetos. El uno era una piedra partida en cuyo interior parecían haber criado otras transparentes, como si fueran hielos hechos rocas, que entregó a la mujer, que fue rauda a contemplarlo a la luz de la hoguera y a sorprender a todos con los reflejos que esta sacaba del recoveco.

Al viejo le tendió una especie de trenza enrollada.

—Es muy buena, está hecha con crin de caballo, puedes ir sacando una a una las muchas que tiene y utilizarlas como cuerdas. Son muy fuertes, resistentes y finas. Para lazos, para coser o para lo que quieras. Son mis preferidas.

El viejo recogió el obsequio con presteza rapaz y por su gesto se vislumbró que estaba pensando que el viajero se había quedado con algunas de las que les había enviado su hermano. Pero no dijo nada y tampoco deseaban los demás oírle sus rezongos y sí seguir escuchando al forastero, a quien incitaron a proseguir su relato.

—El clan de los Hombres de los Caballos viven en las llanuras arenosas, donde los bosques de pinos se mezclan con anchas estepas. Es tierra del rinoceronte, pero sobre todo de grandes yeguadas. Son su sustento y su caza principal, y son ellos las gentes que mejor conocen las formas de abatirlos, pues son veloces, esquivos y no caen con facilidad ni en las trampas ni en las emboscadas.

Iban los hombres a preguntarle cómo lo hacían y en qué se diferenciaban de sus formas de cercar y alcanzar a la caza cuando el Errante, con un gesto, apartó aquel asunto y con tan solo unas palabras hizo que un escalofrío los recorriera a todos.

—Los clanes de las llanuras cazan caballos, pero he de deciros que ellos también son cazados. Los Patas Cortas han matado a algunos que se acercaron demasiado a las montañas y se llevaron a todas las mujeres que los acompañaban. Viven al otro lado de las montañas, en una gran sierra que cierra hacia el sur aquellas llanuras. Hasta allí huyeron de nosotros y hacía mucho tiempo que no se veía a ninguno, aunque a veces se encontrara algún vestigio. Pero ahora han atacado.

Para las gentes del norte del río, los Patas Cortas solo eran ya un recuerdo, un miedo lejano, la sombra de un enemigo alejado. Había quedado allí, impreso, en la memoria, pero apenas si servía ya para asustar a los niños. Y ahora reaparecía como una realidad amenazadora.

Callaron las mujeres y se apretujaron a ellas sus crías, algún anciano hizo un gesto de desprecio y escupió en el fuego. Fue el Errante quien volvió a la palabra. Y ahora no los llamó por el nombre con que todos los llamaban.

—Los Jaros[9] viven en clanes como nosotros, hacen fuego y empuñan lanzas. Ponen trampas a las bestias y preparan emboscadas. No son nuestra raza, no son hombres como nosotros, pero tampoco son como las fieras. Tienen la piel descolorida, los ojos claros y el pelo rojizo, y por eso en otros lugares se les dio ese nombre cuando nos encontramos con ellos. Y sí, tienen las patas más cortas y curvas que nosotros y no son rápidos en la carrera, pero tienen enormes torsos y una fuerza de uro. Desde que huyeron de los Clanes no tengo memoria de nadie que en verdad los haya vuelto a ver. Pero ahora han regresado y porque son tan parecidos a nosotros, porque no son bestias que huyen del fuego y caen en trampas es por lo que hemos de estar alerta y preparados.

La Cueva Mayor quedó en silencio. El Autillo solo oía el chisporroteo y el silbido de la madera quemándose. Nadie habló hasta que volvió a hacerlo el Errante.

—Los Hombres de los Caballos me han dicho que al otro lado de las montañas solo hay Patas Cortas. Que ellos jamás las han traspasado y que no tienen noticia de clan alguno de los nuestros que viva más allá de aquellas cimas. No sabemos cuántos son ni cómo se han reproducido. Antes nos huían y los expulsamos y ahora son ellos quienes atacan a los Hombres de los Caballos, los matan sean ancianos o niños, y les arrebatan a sus mujeres, aunque sean muy pequeñas.

Volvió el silencio al Portalón de la Cueva Mayor. Fuera estaba la noche oscura, aún más sin la luna, que no estaba en el cielo. Allí acechaban los ojos y las garras de las fieras carniceras, pero aquel peligro lo conocían y aun erizándoseles el vello se sobreponían al miedo. Este otro que regresaba les brotaba de lo más profundo de la entraña y del recuerdo. Entonces comenzaron todos a cuchichear y enseguida elevaron y solaparon sus voces. Un viejo recordó que su abuela le había contado que, antes de que ellos se cobijaran en aquella cueva, eran los Patas Cortas quienes la habitaban, aquellos habían sido sus territorios, suyos fueron los animales que ahora ellos cazaban, los peces que ellos cogían, los frutos y plantas que recolectaban.

Alguien dijo que cuando algunos se arriesgaron más allá de las salas de la entrada de su cueva, hasta donde los Patas Cortas llegaban a celebrar sus ritos, dieron con un angosto pasadizo que profundizaba hacia las entrañas mismas de las profundidades, y que cuando ya las antorchas se les consumían, llegaron a una amplia sala donde hallaron señales de sus festines y osamentas de sus presas. Y entre ellas blanqueaban huesos y cráneos humanos. Decidieron no regresar allí jamás, pero temieron por si los Patas Cortas aún permanecieran ocultos en cualquiera de aquellas simas. Así que taponaron aquel estrecho túnel con grandes rocas para impedirles el paso.

Las voces se entrelazaban ahora subiendo con las llamas, como si todos quisieran unirse con ellas y sentirse más envueltos y cobijados en el sonido de los otros.

—Esto deberían saberlo los cazadores —se escuchó decir a la Guardiana y

asintieron todos, así que le preguntó al Errante—: ¿Te quedarás con nosotros hasta que regresen o deseas que vayamos a buscarlos para que puedas relatárselo? No tardarán en venir las partidas hacia lugares más próximos a la Cueva pues es aquí por donde cazarán pronto el bisonte.

—Tengo la intención de pasar un tiempo con vosotros, si me permitís hacerlo. Cazaré y recolectaré para no ser una carga. Con vosotros o con la fila de los cazadores.

Al Autillo le agradó saberlo. A todos les gustó que aquel hombre poderoso, que iba y venía por la tierra, se quedara en un momento así con ellos. El cachorro sin fuego observó que a las mujeres las alegraba incluso más todavía. Y se durmió pensando cómo acercarse a aquel hombre, como si presintiera que en él estaba su amparo.

5

La Callada

Su madre siempre estaba cerca. Era su primer horizonte, la presencia inmediata, quien se hallaba a su lado, y podía tocarla con solo dar unos pasos y hacer que lo cargara. Nublo, adusto con los demás, tenía para su madre, en cada cruce de la mirada, en cada contacto de la mano, en el gesto de llevarle algo que había encontrado, una media sonrisa entreabierta que buscaba y encontraba su respuesta, también escueta, pero inmensamente profunda, secretamente compartida y querida.

Jugaba con los otros, aprendía con todos, correteaba en el abrigo, bajo la enorme visera de piedra, de un fuego a otro, y allí se quedaba viendo cómo un cazador desollaba, una mujer encendía la lumbre, un joven trabajaba una punta, y cada uno le hacía una mueca, un guiño o le obsequiaba con un bocado o una esquirla. Los cachorros eran escasos entre los Primeros Hombres y los adultos demostraban el mayor de los afanes para que consiguieran medrar y sobrevivir.

Cuando las hembras salían de recolección, los niños podían correr más peligro, y por ello un par de hombres en guardia y con las armas prestas los vigilaban y escoltaban en cuanto salían del campo de visión desde la atalaya, donde siempre había un ojo alerta. Un centinela pendiente del movimiento de las manadas por el valle, de las cabras por las laderas, de cualquier revuelo en las aguas o de un tamareo en las orillas del río, pero también y más que de nada, de las tropillas de cachorros que salían a revisar las trampas o a buscar frutos, plantas o raíces. Era un valle hermoso, feraz y abundoso en caza, pero por ello estaba plagado de peligros y estos podían acechar tras cualquier mata o saltar desde cualquier árbol. O reptar sobre la tierra. Porque una de las primeras cosas a las que le enseñaron a Nublo a temer y rehuir, tanto la Callada como la Mujer de las Hierbas, fue a las serpientes, a los escorpiones y a otros bichos que parecían pequeños, pero causaban mucho dolor y podían llegar a matar.

En su caso, primero fue una picadura de avispa, que su madre le cubrió con barro y listo, pero en la segunda ocasión hubieron de acudir a toda prisa a la curandera porque, además del dolor, el brazo se le estaba hinchando de tal forma que comenzaba a no poder siquiera moverlo y la fiebre le aumentaba. El bicho, un escorpión de buen tamaño, le había picado al volver una piedra, pero aunque le dolió mucho, Nublo reaccionó y con el mismo canto que había levantado lo machacó antes de que pudiera esconderse y pudo enseñárselo, espachurrado, a la Callada. Así pudo conocer su madre el causante del daño y actuar rápido.

La Callada le hizo un corte con una lasca donde el escorpión le había inyectado el veneno para que le saliera sangre y le chupó la herida para sacarle la ponzoña. Luego le puso arcilla para que siguiera extrayendo el mal, pero el aguijonazo debía de haber

llegado a dar en alguno de los pulsos y Nublo comenzó a marearse y el brazo se le estaba poniendo gordo como uno de sus muslos. En volandas lo llevaron a escape al abrigo. La curandera primero tranquilizó a madre e hijo, pero advirtió:

—Dolor mucho. Mucho. Pero Nublo fuerte.

Sajó de nuevo y volvió a succionar la herida y aplicó luego un emplasto, que ató con un tendón. Le dio a mascar un trozo de corteza de abedul y le dijo a la Callada que volviera más tarde a recoger un brebaje cuya preparación necesitaba tiempo. Mientras, que Nublo se acostara, no se moviera y procurara dormir.

A Nublo le dolió mucho, su sueño fue febril y el sudor le empapó el cuerpecillo. Pero con el bebedizo ya durmió mejor, y cuando se despertó ya no ardía de fiebre y solo le seguía doliendo el brazo, y eso hizo que ya le sonriera de aquella manera suya a su madre. Y la Callada respiró aliviada. Muchas mujeres y niños fueron también a verlo y, aunque no dijo nada, le gustó mucho que lo hicieran.

En el valle vivían también muchas hienas. Los hombres siempre estaban a pedradas con ellas. Las habían expulsado de los cubiles cercanos a sus refugios, e incluso uno lo tenían de abrigo los hombres ahora, pero ellas siempre volvían y andaban merodeando para aprovechar cualquier descuido. Y, en una ocasión, Nublo, siempre tan cerca de la Callada, se había separado demasiado de ella recogiendo bellotas y se había perdido no solo de su vista sino de la de todo el grupo. Fue cuando se topó con la manchada. Y la hiena, tras dar un repentón y echarse hacia atrás, huidiza, se revolvió al ver que el cachorro estaba solo y se dispuso a echarle la enorme mandíbula encima. Pero Nublo había crecido y aunque no era rival para una manchada no iba a ponerle la captura fácil. Él había visto hacer a los hombres e intentó imitarlos. En vez de correr, trepó a un pequeño montículo y cogió una piedra. La hiena podía subir con facilidad pero comenzó a rodearlo. Nublo comprendió que había olvidado algo esencial, gritar pidiendo ayuda. Lo hizo y eso detuvo de momento a la hiena. El cachorro siguió chillando pero la hiena ya subía. Le tiró entonces la piedra, con toda su fuerza, que no era mucha. Y le dio. No en el costillar, donde le hubiera hecho más daño, sino en la pata trasera. Pero algo logró. La hiena giró el hocico hacia la parte dolorida, se demoró un instante y luego prosiguió el ataque. Nublo ya había oído que los suyos llegaban y corrió hacia su madre, que venía también gritando. La hiena volvió su grupa escurrida y salió corriendo bajo una lluvia de piedras. Después, durante mucho tiempo, antes de alejarse unos pasos, Nublo levantaba la cabeza hacia donde estaba la Callada y los dos sonreían. Y cuando comenzó ya a separarse y campear más suelto y hasta alejarse del grupo, eran las hienas quienes se escapaban de él y de sus pedradas.

6

La fila de los cazadores

Los cazadores del clan de la Cueva Mayor habían partido en cuanto hubo indicios de que el frío amainaba y comenzaban a ser posibles las expediciones de caza que obligaban a pasar días y noches a la intemperie. Durante el largo intervalo de oscuridad, nieve, hielo y ventisca no era posible. Todo lo más podían arriesgarse a salidas cortas, de un solo día, y regresar antes de que la noche cayera, cuando ya no había que pensar en cobrar una presa sino en conseguir salvar la vida. Eran avezados, iban bien abrigados con sus parkas de piel vuelta, sabían construirse un refugio o encontrarlo con rapidez, pero no había peor enemigo que el cuchillo del hielo y el filo de la noche y más de uno había perecido.

Ese periodo gélido cada vez era, además, más intenso y duradero, y ya solo los viejos recordaban que antes el sol calentaba mucho más tiempo y con mayor ardor la tierra, que incluso estorbaban las ropas y era placentero despojarse de ellas durante lunas enteras y hasta refrescarse en las aguas del río. Ahora el calor apenas si apretaba una luna completa y era tan efímero que antes de poderlo saborear siquiera ya se estaba escapando. Duraba lo justo para que en los valles creciera la hierba y florecieran las plantas, libres del manto de la nieve, pero esta regresaba cada vez antes y duraba más. Eran pocos los que se atrevían a ascender a las montañas más altas y, en vez de perseguir las presas por roquedos y laderas con peligrosos neveros, preferían bajar al fondo de los valles, en cuyos bosques encontraban los animales mayor refugio y comida. Allí eran presas más fáciles, pero más escasas y esquivas.

Las salidas por el entorno de la cueva eran, pues, el único territorio de caza durante las gélidas lunas y los escuálidos soles. Así que en cuanto la tierra daba el más leve síntoma de recuperar su calor, el clan se ponía en marcha de inmediato. Mujeres, ancianos y niños iniciaban las partidas de recolección y se lanzaban a la captura de pequeñas y medianas presas. Los hombres salían ansiosos hacia los cazaderos donde esperaban abatir grandes animales y hacer abundante acopio de carne para todos. Por eso, antes de la llegada del forastero, ellos ya estaban lejos, aguas arriba, y llevaban ya más de media luna en plena cacería.

Hasta el momento no estaba resultando abundante. No habían podido hacer ninguna matanza masiva y habían fracasado a medias en los vados donde cada año esperaban el paso de los rebaños de renos, que, por alguna razón, no habían sido tan numerosos. Tan solo habían podido emboscar en el paso del río a un pequeño rebaño y alancear algunos ejemplares cuando formaron un grupo que los asustó y empujó hacia la orilla donde los esperaba el resto. Mataron varias hembras, algún recental y un macho adulto. No era demasiado, pero sirvió para mantener el campamento allí, pues era un buen sitio desde el que salir en expediciones, cavar zanjas con estacas en

los pasos que bajaban hacia el río y comprobar si aquel pequeño rebaño era una avanzadilla o, como temía la mayoría, tan solo los rezagados.

Habían levantado, sujetas a postes recogidos en los sotos del río, unas tiendas hechas con pieles, circulares y bien sujetas, y después del mucho tiempo pasado en la cueva disfrutaban de no andar encerrados y sometidos a los regaños y órdenes de las mujeres. Reían y discutían cada noche sobre qué hacer al siguiente día, con la barriga llena de carne después de las penurias pasadas en la larga invernada. No tenían ganas de regresar, pero sabían que tenían que cazar más, y el jefe de la fila se lo repetía todas las noches.

—Tenemos solo carne fresca para nuestras panzas, pero nada que cargar en los morrales para llevar a la cueva. Tenemos que descubrir algún rebaño o levantaremos el campamento y buscaremos otros animales si los renos ya no vienen. Todas las señales indican que la gran manada pasó antes de que llegáramos. Debimos venir antes —dijo una noche más Rastros, quien dirigía hacía tiempo la fila de caza y al que reconocían mayor sabiduría y destreza.

Más joven que algunos, era además el aliado del chamán, quien conocía los ritos para atraer a los animales y conseguir alcanzarlos con sus puntas de piedra. Entre los dos dominaban al resto.

—¿Y por qué sabes que ya han pasado los renos? Llegamos antes que la vez pasada y entonces vinieron muchos —rebatió uno de los cazadores más jóvenes y que menos ganas tenía de moverse.

—Lo sé. Y lo saben todos los que saben mirar el bosque y la tierra, menos tú, que solo te miras a los pies y no ves nada. ¿Acaso hay manadas de lobos? ¿Acaso hemos sentido al leopardo o al león puestos al acecho? No están. Los lobos se han ido tras los renos y deberíamos seguirlos. Y, si no, debemos encontrar otras presas.

—En las trampas cae algún ciervo o algún jabalí. No tenemos aún que movernos —secundó otro joven al anterior.

—En las fosas que cavamos con estacas afiladas en el fondo cayeron animales al principio, ahora hace muchas noches que ya no. Las barruntan y, aunque cavemos nuevas, ya las huelen y las esquivan. Mañana haremos reunión y el chamán consultará al espíritu de los animales para decirnos qué debemos hacer.

El brujo y Rastros esperaron a que los demás durmieran, tras ofrecerse a velar y mantener vivas las hogueras para poder hablar sin que nadie se enterara de lo que preparaban.

—No van a pasar más renos por los vados. Cada vez lo hacen antes. Es el frío. Es mejor marchar tras ellos —volvió a proponer el jefe de los cazadores.

—Los jovenzuelos no lo quieren ver porque disfrutan aquí, con la barriga llena, revolcándose y riendo. Pero ¿debemos ir tras ellos? Tú puedes seguir su rastro, desde luego. Pero ¿cuándo los alcanzaremos y dónde? ¿Cómo vamos a emboscarlos en terreno descubierto? Aquí sabemos cómo hacerlo. Es arriesgarse a ir lejos y volver sin nada.

—Pero aquí no queda apenas caza.

—Quedan algunas presas y si nos alejamos un poco del campamento encontraremos más. Tú sabes hacerlo. Podríamos hacer algún acopio y volver hacia las juntas de los ríos, al poniente de la cueva, para comenzar allí la caza del bisonte.

Rastros se quedó pensativo. Arrojó ramas al fuego. Le gustaba alimentarlo y le parecía que mirándolas arder pensaba mejor, veía a través de las llamas la senda de la caza con mayor claridad. Estaba de acuerdo en que el objetivo de toda la cacería del verano era el bisonte. Esa era la presa que necesitaban y que supondría pasar el frío sin que pereciera medio clan. El bisonte tenía su tiempo y aún no había llegado. Tenía razón el brujo.

—Pero no podemos quedarnos sin hacer nada —dijo—. Saldremos en pequeñas partidas, manteniendo aquí el campamento. Puedes quedarte tú con algunos jóvenes que solo me servirían de estorbo y seguir revisando las trampas y acechando en los bebederos. Nosotros volveremos cuando sea el tiempo del bisonte. Pero mañana has de hacer la ceremonia y decirnos qué huella hemos de seguir, qué pisada he de buscar y qué animal atraerás con tu magia hasta nuestras lanzas.

El chamán se ensimismó en la hoguera, abismado en los cambiantes colores del fuego, en el crepitar y sisear de la madera.

Rastros esperó sin prisa su meditación royendo un hueso que luego, con unos precisos golpes de piedra, logró partir para extraer su blanco tuétano y llevárselo golosamente a la boca. Era el mejor bocado y había guardado aquel hueso para disfrutarlo sentado ante el fuego. Cuando acabó su golosina, el chamán seguía absorto. Notó que, a pesar de ir bien cubierto de polainas y con la parka cosida a ellas, fuera de las tiendas refriaba, así que se levantó y entró en la suya para salir con una gruesa pelliza sobre los hombros y un buen gorro de piel. Pensó en traerle una piel también el brujo, pero decidió que no convenía disturbarle en su trance.

Se sentó aún más pegado a la hoguera, con el venablo y la lanza gruesa a mano, y en un duermevela pasó la noche, levantándose de vez en cuando para seguir alimentado la fogata. Oyó que algunos animales se acercaban al río, tal vez caballos, y que otros, también corpulentos, pero que en vez de cascos tenían garras, merodeaban el campamento, pero no se acercaron ni rugieron. Sí lo habían hecho los primeros días, y especialmente las hienas se hicieron molestas, hasta que se arriesgaron demasiado y una acabó con un venablo en el costillar que le hizo cambiar aquel grito destemplado que parecía una risotada por un gruñido de dolor. Luego oyeron estertores y griterío. Desde entonces las hienas se hicieron más prudentes. Pero también oyó alguna aquella noche y hubo de lanzar un tizón en su dirección para que se alejara. Ya al asomar el alba, cuando los ojos le comenzaron a pesar y tal vez hasta los cerró del todo, el chamán se levantó y le tocó en el hombro.

—Hoy mismo sal con algunos, Rastros, y busca las huellas del uro. Si las encuentras antes de que el sol esté en lo alto, regresa y yo conjuraré a sus espíritus para que los caces. Prepararé la bebida de la caza y la compartiré con vosotros.

—Y si no encuentro ni rastro de su presencia, ¿regreso también o continúo la búsqueda?

—Regresa. Si no hallas al uro, cazaremos caballos.

El jefe de los cazadores sospechó que el chamán también los había oído bajar al río. Pero calló. Los demás hombres comenzaban a levantarse. Rumió quiénes serían los más apropiados para llevarlos con él, sintió sed y se dirigió, él también, a beber al vado. Cuando volvió al campamento estaban asando carne. Comunicó su decisión, que fue recibida con gesto de aprobación, y decidió probar al joven más avezado y hacerse acompañar también del cazador más fuerte del clan, el que mejor arremetía con la lanza, por si tenían un mal encuentro.

Rastros había logrado su primacía entre los cazadores por su maravillosa habilidad para descubrir e interpretar las huellas de los animales. Muchos de los cazadores eran buenos en ello. Todos desde niños eran enseñados a distinguir las huellas del bisonte, las del uro, las del caballo, las del ciervo, las del corzo, las del gamo, las del íbice, las del muflón, las del jabalí, las del oso, del león, de la pantera, de la hiena, del lobo, del glotón, del lince y del zorro; esas eran las grandes, pero también aprendían a distinguir las de conejo de las de la liebre, las de los urogallos, las perdices y el tejón de las de la nutria, la marta, el turón, el visón, el armiño y hasta las de la comadreja. Y las de las culebras, las víboras, los lagartos o las ratas y los ratones, sin olvidar a los diferentes pajarillos, en una charca. Rastros no había tenido rival desde chico: a poco de iniciarse, ya había superado a los cazadores que lo adiestraban. Nadie como él descubría la presa camuflada en la espesura, mimetizada en un regato, inmóvil e intentando formar parte del vegetal o de la roca. Rastros parecía intuirlos, barruntarlos y cuando clavaba en un punto sus ojos pequeños, aparentemente entornados muchas veces, algo parecía haberle dicho que una presencia estaba escondida y, en efecto, casi siempre lo estaba.

En los recechos y en las emboscadas, Rastros parecía gozar de la suerte de tener al aire como aliado, siempre a su favor y en contra de la presa. Pero era porque lo buscaba. Presentía la llegada de una fiera y calculaba la manera de evitarla, señalaba el lugar por donde iba a pasar y el sitio exacto desde donde había que acecharla para tenerla al alcance del venablo. Y lo más valorado por el clan: era capaz de seguir una pieza herida por todo lugar y terreno, por muy poca sangre, o hasta ninguna, que fuera dando, y de discernir entre las huellas de todo un rebaño de quién era la pezuña del animal mermado. Una ramita, una piedrecilla, una inclinación en la marca. Había quienes decían que tenía olfato de lobo, que una sola gota de sangre lo ponía en el rastro que ya no soltaba.

Cuando tras alguna de sus hazañas todos se admiraban de su vista y perspicacia, él solía resumirlo en unas cortas frases que siempre repetía:

—Hay que fijarse en ese algo que está ahí y no debiera estar. Que no es una rama seca, sino una cuerna, que no es una roca, sino una giba, que no es una mata, sino un animal tumbado. Hay que ser uno el quieto, y que sea la presa la que mueva, aunque

sea una oreja.

Eso que les enseñaba el jefe ya lo sabían todos y lo intentaban con ahínco, pero siempre era Rastros quien los veía antes, los acechaba mejor y los pisteaba como no podía hacerlo ninguno. Su predecesor en la fila de los cazadores le había dejado de manera natural su puesto y él había seguido pidiendo su consejo, pues era de natural afable, presto a enaltecer a quien lograba una captura, así como a disculpar a quien deshacía con una imprudencia una emboscada. Incluso reprendía a sus cazadores con buenos gestos y con palabras que buscaban el acuerdo, primero del chamán y luego de la mayoría. No gustaba que sus hombres se enfrentaran entre ellos y no era, ni mucho menos, el más fuerte. Esa cualidad, y por ello su nombre, la ostentaba Roble, su gran amigo y aliado desde que eran muy jóvenes, que seguía a su lado, guardándole la espalda, y lo acompañaría también en esta descubierta. Pero no solo con su amigo trababa vínculos, sino que procuraba hacerlo con todos, o casi con todos, estableciendo de continuo pequeñas alianzas con quienes podían ayudarle. Porque Rastros era astuto, le gustaba el mando y gozar del respeto de sus hombres. Era un gran líder de caza.

Los tres se pusieron en marcha de inmediato, lo más ligeros de ropa y armamento que pudieron. El día estaba despejado y gratamente cálido. Salieron al trote en la dirección que marcó Rastros. En la zona más al norte de la sierra que estaba bajo los dominios del clan de la Cueva Mayor manaba un pequeño río que corría al principio entre bosques de robles entreverados con pequeñas praderas.[10] En otras ocasiones Rastros había cazado a los uros por aquella zona y confiaba en que no se hubieran internado aún en la espesura de la serranía.

Albergaba esa esperanza y le mordía una preocupación. Era la época de la paridera de las vacas y estas se solían meter a lo más profundo para alumbrar a sus recentales. Pero si los renos habían venido adelantados, puede que también se hubieran adelantado las vacas y ahora estuvieran ya bajando a los frescos pastos. Y su instinto le decía que, de ser así, estarían en un lugar que iba ya visualizando en su cabeza: unos pequeños prados donde el río no era más que un arroyo y donde las vacas tenían a un paso el bosque para desaparecer en él de inmediato.

No tardaron demasiado en alcanzar el lugar a un trote ligero y por trochas y senderos conocidos. Ya en las cercanías Rastros extremó las precauciones. Comprobó el aire y ordenó que se separaran de la corriente y de los pastizales y se metieran al monte. Sigilosamente y procurando no crear alarmas en la foresta, aunque no evitaron los ladridos de los corzos, llegaron a un promontorio, desde donde divisaban las pequeñas campas verdes. Se agazaparon y aguardaron en absoluto silencio.

No fueron los uros los primeros en aparecer sino una tropilla de caballos. Una mano de hembras con algún potrillo y un garañón que en aquel momento se las tenía tiesas con otro macho, posiblemente un hijo suyo ya crecido al que estaba decidido a alejar a mordiscos y a coces, aunque el caballo joven, tras huir, intentaba regresar una y otra vez al grupo.

Roble y el joven intercambiaron alguna sonrisa ante la impasibilidad de Rastros. Este no apartaba los ojos de la parte más alta y estrecha del collar de praderías, justo donde la espesura del bosque llegaba hasta el cauce.

El sol iba ya muy alto. Los caballos desaparecían, aguas abajo, entre relinchos y carreras. No había reses pastando ya en todo lo que alcanzaba la vista. Se habían ido bajo los árboles y sesteaban. Tampoco salían los uros. Pero Rastros ya los había visto. Estaban justo al borde del bosque, metidos en él, y era casi imposible distinguirlos, salvo para el jefe de caza del clan de la Cueva Mayor. Rastros había entrevisto el brillo de un cuerno entre el sotobosque y la silueta de un ternero que se removió juguetón. Hizo un gesto a sus compañeros para que se levantaran y lo siguieran con sigilo. Ya a cubierto en el sendero del robledal les dijo:

—Los uros están allí. En la parte alta.

—Podríamos haber bajado hasta el río y comprobar sus huellas, si es allí donde pastan —objetó el joven.

—Y hubiéramos dejado las nuestras y nuestros olores.

Rastros decidió dejar apostado a su hombre de confianza, sabedor de su prudencia y de que Roble permanecería inmóvil, subido a un árbol, tanto para no ser detectado como para no convertirse él en presa. Él les contaría cuando regresaran cuáles habían sido los movimientos del rebaño. El joven hubo de regresar al campamento con Rastros pues este no quería que alguna imprudencia suya estropeara la caza. Lo alcanzaron con el sol ya bajando y cuando el jefe informó a los cazadores de que habían avistado a los uros, el joven asintió enérgicamente la cabeza, aunque él no hubiera visto ninguno.

El chamán los convocó al círculo de la hoguera y dispuso la ceremonia. La excitación recorría a los más jóvenes, que preguntaban al que había acompañado al jefe en la avanzadilla:

—¿Has visto a los uros?

—Yo no los he llegado a ver, pero Rastros sabe dónde están.

Durante la tarde se habían calentado agua en un odre de piel colgado de unos palos en el que fueron echando piedras redondas sacadas del mismo corazón de la hoguera valiéndose de horquillas para no quemarse las manos. Las primeras apenas consiguieron entibiarla, pero sucesivas tandas la hicieron hervir hasta que el brujo ordenó que le llevaran el odre hasta la tienda y allí se encerró con el jefe. Arrojó al líquido hojas de plantas extrañas, raíces y flores que él solo conocía. Incluso los más novatos habían probado aquel brebaje al menos una vez: el día en que se iniciaron como parte de la fila de los cazadores y pusieron su mano en la pared de la cueva. Los más veteranos conocían bien la ceremonia pues se celebraba cuando iban a iniciar una cacería importante, y esta parecía haber adquirido ese rango porque así lo habían decidido el hombre que atraía a los espíritus de las bestias y el hombre que los conduciría hasta ellas. Todos estaban ansiosos por beber. Con ese líquido se sentirían fuertes y sus pulsos cogerían el latido necesario para asaetear la lanza con fuerza y

precisión. El rito les haría valientes ante los uros.

Después de que hubieran comido carne de reno asada, el chamán salió de su tienda precedido por Rastros, que portaba un cuenco de calabaza en cada mano. El brujo llevaba un tocado con dos cuernos de uro y caminaba agachado simulando el paso del animal. Llegó al círculo, recogió las vasijas de manos del jefe y fue dando de beber a todos comenzando por el propio Rastros y siguiendo el rango. Luego salmodió el conjuro del uro y bailó en torno a la hoguera. Fue algo rápido y simple pues no había tiempo para una ceremonia como las que hacían en el recinto de la cueva reservado a los cazadores, donde solo ellos podían penetrar. Tampoco había una figura hecha de barro a la que alancear como señal premonitoria del éxito. Pero el brebaje había acelerado sus pulsos, su sangre corría más veloz y todos ansiaban partir cuanto antes a la cacería. Sabían que habrían de caminar toda la noche para sorprender al rebaño aún en la oscuridad, y aunque una luna más que mediada iluminaba la tierra, debían tomar precauciones, pues es cuando gustaban de salir también a cazar quienes tenían garras y colmillos.

En el campamento quedaron tan solo el brujo y un cazador ya viejo que caminaba demasiado despacio. Guardarían las tiendas, mantendrían los fuegos y esperarían a reunirse todos de nuevo.

Rastros había expuesto su plan de caza. Era preciso estar ya ocultos y emboscados antes de que los uros salieran al amanecer a pastar, aunque existía el riesgo de que, con la luna, los uros u otros herbívoros, como los delatores corzos, hubieran salido a pastar con su luz. Aunque hubiera animales ya fuera de la espesura, en las sombras sería más fácil acecharlos y esperar su paso. El apostadero lo decidiría una vez allí pues debía contar con el viento y cualquier otra circunstancia que pudiera presentarse.

No tuvieron tropiezo en la marcha, por la ya conocida trocha de la descubierta previa. No tuvieron ningún mal encuentro y todo lo más algún sobresalto a cargo de una res huyendo en la espesura y una piara de jabalíes hembras con sus crías que salieron gruñendo y rompiendo monte al verse sorprendidas por la silenciosa fila de los cazadores humanos que avanzaban con rapidez poniendo cada uno el pie en donde el compañero que lo precedía lo acababa de levantar. Llegaron de noche bien cerrada a la entrada de las praderas y allí Rastros ordenó descansar en absoluto silencio. Los más veteranos aprovecharon para tenderse y dormir algo mientras el jefe marchó en busca de Roble. No tardó en encontrarlo tras hacerse notar imitando a un pajarillo nocturno, que era la señal convenida. Roble descendió de la horcajadura del poderoso árbol del que tomaba su nombre y dio sus nuevas:

—Los uros estaban ahí, como decías. Es un rebaño mediano. Hembras y crías la mayoría. Apenas machos grandes y algunos novillos jóvenes. Salieron ya por la tarde y pastaron de bajada siguiendo el arroyo hasta que los perdí de vista. Luego los volví a ver, ya entre dos luces, pero antes de llegar a la cabecera dejaron lo limpio y se metieron al bosque. Pero los oí que seguían subiendo y pude sentirlos por donde los

habías descubierto en el bosque.

—Esa es su querencia. Por allí están.

—¿Qué haremos?

—Eres mi mejor cazador, permanece aquí. Yo te enviaré los dos que te siguen en la fila y a la mayoría de los jóvenes. Apóstalos a este lado del arroyo, por si los uros lo cruzan, aunque creo que lo harán por el otro, por donde bajaron y subieron ayer. Pon en la linde misma del bosque a los más inexpertos, bien ocultos en la leña, y tú y los mejores aprovechad algún matorral para taparos y adelantaos más hacia el agua. Pero id bastante más abajo de aquí, deja que las reses salgan y pasten descendiendo y se confíen. Tú colócate el primero, aguas arriba. Por el otro lado yo haré lo mismo y me pondré también en el puntal, frente a ti, pero no podré cerrar contigo pues el aire viene de allí y, si me adelanto, les daría el olor. Que les acabará dando en algún momento y será entonces, al notar que se inquietan y revuelven, cuando soltaré el venablo y gritaré para empujarlos hacia tus posturas. Si los uros bajan por tu lado, tú podrás aguantar mucho más, con el viento a favor, y déjalos que bajen, pues así podremos cercar mejor a algunos.

El fuerte cazador se limitó a asentir con la cabeza. Confiaba en su jefe.

—Baja conmigo ahora y así podrás ir colocando a tu línea de caza y señalando su lugar a los jóvenes.

Ahora sí habló Roble:

—Yo me colocaré no lejos de aquí. Casi enfrente. He visto esta tarde un corro de espinos blancos, es aquella mancha en medio de la pradera. —Señaló con el brazo extendido—. Les taparé la huida cuando busquen el bosque.

No hablaron más. Rastros regresó, despertó a los que dormían y los envió con su segundo. Con los demás partió él. Extremando precauciones cruzaron por el punto menos abierto entre las tiras de bosque y fue dejando a cada trecho a un cazador emboscado, siempre pendiente de la dirección de la brisa. Por el color cada vez menos oscuro del cielo barruntaba el cada vez más cercano amanecer. La instrucción era la misma para todos:

—No lancéis el venablo hasta que tengáis bien asegurado el primer tiro. Al costillar. El primero en hacerlo, que se muestre y grite. Entonces saldremos todos. Los de enfrente permanecerán escondidos. Hacia ellos tenemos que empujar a los uros. ¡Que la caza sea buena!

El jefe se apostó por fin él también, preparó con esmero su propulsor y sus azagayas con una primera ya engastada en la hendidura de la madera y dos más clavadas en el suelo al alcance de la mano. La lanza de arremeter se la colocó a su diestra, con la que tenía más fuerza, aunque los había que con la contraria se manejaban mejor.

Era el momento de la espera y de la inquietud. Era cuando al jefe le llegaban todas las dudas; atento al más mínimo ruido o movimiento, le parecía que todo el monte callaba y se negaba a dar señal alguna. Era cuando a Rastros se le venía una y

otra vez la posibilidad de que a los uros les diera por emprender otro rumbo o asustarse por cualquier cosa y perderse por el monte. Era el momento en que debía creer que el chamán hubiera hecho bien su conjuro y que el uro viniera por su magia hasta su lanza. Pero Rastros, por mucho que aguzaba sus oídos, su vista y hasta el olfato era incapaz de percibir el más mínimo atisbo de la cercanía de los uros. Ni un roce, ni un bufido, ni grito de un pájaro asustado por la aproximación del rebaño.

Venía el alba. Tardaría en asomar el sol, pero llevaba ya la luz por delante y los arbustos, las hierbas, los árboles comenzaban a tomar color, forma precisa. Incluso un corzo que no había visto salir del boscaje apareció en el prado como si hubiera estado allí desde siempre. Era un macho que pastaba solitario al lado del arroyo. Daba un bocado aquí, otro allá, buscando el mejor y más tierno brote, levantando de cuando en cuando la cabeza y aguzando sus orejas ora hacia un lado ora hacia el otro. En algún momento su vista pareció posarse fijamente en el lugar donde estaba oculto el cazador, que se inmovilizó aún más, aunque Rastros sabía que no podía descubrirle. Tal vez había percibido algo o barruntado cualquier olor flotando. Pero no. El corzo bajaba de nuevo la cabeza y seguía pastando y a poco se volvió de grupa y, pasito a pasito, se alejó pradera abajo. De los caballos que habían visto el día anterior no había rastro tampoco. Pero eso no disgustó al hombre. Le pareció que era buena señal, supuso que los uros los habían desplazado.

Le pareció oír algo en el bosque en un par de ocasiones. Pero el sonido no tuvo continuidad. Se agotó en sí mismo y no hubo otro posterior que lo concretara. Rastros estaba más alejado que Roble de la querencia de salida de los bóvidos. Quizás el otro ya estuviera oyendo algo más concreto. La claridad era mayor a cada instante y en la ladera de enfrente observó que los rayos del sol ya daban en las copas de los árboles. De golpe, los oyó llegar. Venían. No había duda. El ruido primero no se disolvió de nuevo en silencios, sino que fue fluyendo en ruptura de ramas, en pezuña contra piedra y, al final, se concretó en mugidos. Venían.

Se detuvieron en el borde del pastizal. Aguantaron, observando, antes de salir, pero no tardaron en brotar al claro y uno tras otro comenzaron a llenarlo. Sus cueros negros y sus cuernos afilados y relucientes se destacaron sobre el verdor de la hierba y las hojas tiernas de los robles. Algunos becerros hicieron amagos de carreras, pero sus madres los sujetaron en el grupo.

El rebaño de uros salió, por fin, al completo al prado. Dos hembras cogieron la cabeza de la manada y con decisión enfilaron hacia donde la hierba estaba menos pisoteada por su propio trato en sus sucesivas entradas y salidas. Cruzaron el arroyo y Rastros vio que su deriva los iba a llevar muy cerca de donde Roble le había indicado que se emboscaría. Y así fue: el fuerte cazador hubo de tenerlos a tiro de venablo, pero en el cogollo de espinos albares no se movió ni una rama, ni una flor siquiera. Sobrepasaron el lugar y siguieron río abajo, empezaron a disgregarse para pastar en pequeños grupos, tranquilos y confiados.

El tiempo pareció detenerse. Pero la tensión era total en los ojos y la mano diestra

de Rastros. Vio que una vaca y su recental se separaban un poco de los otros y recruzaban el riachuelo. Algunos los siguieron, pero la mayoría se quedó del otro lado, y entre ellos le pareció que estaban los machos, uno más corpulento y algunos otros novillos todavía.

La vaca y su cría siguieron en cabeza, como si fueran a cruzar toda la pradera y volverse a meter en el bosque, pues estaban ya a punto de alcanzar la raya entre el pasto y los árboles. Por allí debía haber un cazador apostado. Su olor iba a llegarle a la hembra en cualquier momento. Rastros estaba ya preparado, oyendo casi el bufido y el comienzo de la huida en tropel de las reses. Pero no pasaba nada. No sucedía lo presentido cuando de repente vio brotar de detrás del tronco al cazador, con el propulsor en la mano, y arrojar su azagaya, dando un alarido, contra la hembra. La alcanzó en el costillar. Era un buen tiro. La res lo encajó pero no cayó. Brincó en el aire, soltando dos coces. «Pulmón, la punta le ha llegado al pulmón», se dijo Rastros. El choto se puso a corcovear con desatino alrededor de su madre herida. El rebaño, alarmado, ya corría hacia la espesura y los cazadores emergían de entre los árboles y los arbustos. Volaban las azagayas. Con el rabillo del ojo vio que el primero en lanzar había repetido y que ahora su venablo se había clavado en el choto, que, desplomado, se agitaba en el suelo. Los cazadores del otro lado aún seguían a cubierto, pero algunos ya lanzaban sus venablos hacia los animales que por allí se acogían al bosque.

Ya solo tuvo que ocuparse de los que venían hacia él. Aguantó para sorprenderlos e intentar que dieran la vuelta, y vio cómo Roble lo secundaba tras lanzar un venablo que se clavó en el trasero de un novillo que siguió su huida. Surgieron ambos de sus escondites gritando y agitando los brazos. Algunos uros se espantaron y volvieron tornas, pero la gran mayoría se lanzó, como un turbión de cuernos y moles imparables, hacia el lugar por el que habían salido al claro. Rastros lanzó su arma y alcanzó a una res, pero casi ni pudo fijarse en cuál ni en dónde había clavado, pues hubo de arrojarse al suelo y rodar sobre sí mismo para evitar que tanto el animal al que había herido como otros que lo seguían lo aplastaran con sus pezuñas. Los uros rompieron el cerco. Pero no todos lo habían logrado.

Al incorporarse vio que Roble enristraba la lanza gruesa y se preparaba para arremeter contra un novillo herido y rezagado que escarbaba la tierra con sus pezuñas y bufaba. Corrió con la suya en la mano para ayudarlo y se les unió un tercero. El fuerte cazador al que habían puesto el nombre del poderoso árbol demostró entonces su valía. El novillo intentó embestir a Roble pero él se hurtó de un salto y el novillo, distraído a derecha y a izquierda por Rastros y el joven que los había acompañado en la descubierta, no logró alcanzarlo y ofreció su flanco. Allí Roble clavó profundamente su lanza. Muy malherido, y con ella colgando del costado y estorbándolo, el animal reculó y se protegió en la maraña de espinos donde antes el hombre había estado escondido. Era difícil rematarlo allí. Los tres hombres, precavidos, lo rodearon y algunos más se unieron para estrechar el cerco. Entonces

sucedió algo imprevisto.

El animal hacía salidas furiosas, acometía sin descubrirse del todo y luego se retiraba de nuevo a la maleza. En una de ellas, el joven, con gran arrojo o con la inconsciencia de su edad, se lanzó enrabietado, pero pisó mal, o tropezó, o resbaló en la hierba húmeda o en algún excremento recién soltado por el propio animal herido, e hizo una grotesca pirueta hasta encontrarse pataleando en el aire para finalmente caer, con gran aspaviento de manos y pies, de bruces y justo en la misma cara del toro. Por un instante estuvo a su merced y el novillo podía haberle ensartado, pero el animal también se quedó parado, y al instante las lanzas le llegaron por los costados. Una punta de sílex alcanzó el corazón de la bestia, que dando un estertor y echando sangre por la boca, otra debía haberle atravesado el pulmón, se desplomó entre los espinos.

El joven caído comenzaba a incorporarse, atónito y confuso. Buscó la lanza en el suelo y la empuñó retador y amenazante. Y fue entonces cuando los otros cazadores no pudieron evitar soltar, uno primero y luego todos, una estrepitosa carcajada. La risa se hizo contagiosa, aumentada por la cara del muchacho, que los miraba lanza en ristre mientras el novillo agonizaba. Su último estertor les hizo recuperar la compostura y la faena. Tras comprobar la muerte del toro fueron a rematar a otras bestias moribundas, hacer recuento de las capturas y ver de pistear a alguna res que diera en su huida sangre en la que se atisbara una muerte pronta. Pero en las caras de los cazadores, en las comisuras de los labios, en sus bocas entreabiertas y a pesar de las barbas, parecía presta a brotar de nuevo la carcajada. La cacería había dado fruto, habían cobrado numerosas piezas, y alguna más caería. El clan no había tenido herido alguno y habría tiempo para recrear la escena y la risa.

Nada más concluir la matanza, Rastros dio las órdenes necesarias: que una mano de los cazadores saliera a paso largo hacia el campamento y que procediera a trasladarlo hasta el nuevo enclave. Pues habrían de quedarse allí por un buen tiempo. Y había algo muy urgente que hacer de inmediato:

—Encended hogueras. Una aquí mismo, junto a estos espinos. Pero haced fuego también en otros puntos, alrededor de este y cerca de la raya del bosque. El olor de la matanza y de la sangre atraerá a los que comen carne. Y hemos de proteger las de nuestras presas y la nuestra propia. Quién sabe quiénes y cuántos vendrán.

Mientras unos cumplían ese cometido, con los otros comenzó el trabajo más penoso de la jornada: despellejar, eviscerar y descuartizar las reses muertas. Que eran bastantes. Comenzó a contarlas ayudándose de los dedos. Estaba el choto que había caído el primero y no muy lejos, apenas si había logrado entrar en el monte y dejar un reguero de sangre espumosa; estaba la vaca, que había partido la lanza en su carrera agónica entre los árboles y así se había producido un tremendo boquete por el que la vida se le fue rauda. En el pastizal y en la raya del bosque de lado contrario había otras tres reses más, con las que completó una mano, y ya contó el novillo del espino con el meñique de la otra. Un toro pequeño se cobró también a poco en la espesura. Llevaba varios venablos clavados, pero traseros y de panza. Si no hubiera sido poco

más que un becerro les hubiera costado mucho más el cobrarlo, pero lo hallaron solo y desfallecido y no les costó rematarlo.

Había que aviar primero a los que estaban dentro de la foresta y a ello se pusieron de inmediato. No era tarea fácil descuartizar una res de ese tamaño: se empezaba por el interior de las patas para ir tirando tripa arriba, pero antes había que chascarle las rodillas y lograr separar esa parte y las pezuñas, y para eso hacía falta saber dar bien con la articulación y luego precisos golpes de hacha y remates de cuchillo en los tendones. En esa tarea Rastros no era de los más avezados. Vio que al becerro ya lo tenían colgado utilizando el saliente astillado de una rama para enganchar el tendón de la pata trasera ya despellejada, y le estaban sacando los menudos.

Le ofrecieron el tierno hígado a su matador, el que más había aportado al clan aquella mañana, con dos piezas, y este cortó un pedazo con su cuchillo y se lo comió con gusto. Luego compartió el resto con sus compañeros. Rastros dio cuenta de su bocado y avisó de que partía a pistear, tras haber dado tiempo a que los animales heridos detuvieran su huida, se enfriaran y hasta se echaran para ya no levantarse. Antes impartió sus instrucciones:

—Cuando separéis el corazón y los bocados buenos, echad las pezuñas y los menudos en la parte más baja de la pradera, alejados del campamento y fuera del círculo de fuegos, que habéis de mantener encendidos hasta que yo regrese. Los buitres bajarán pronto y con ellos todos los demás, desde urracas hasta águilas, y no tardarán en venir las hienas. Esta noche habrá que esperar la llegada de lobos, si es que no aparecen ahora mismo, y la del leopardo y del león. Vendrán todos y habremos de estar alerta y protegidos por las hogueras. Las pieles y la carne buena irlas llevando hacia la boma de espinos, ponedla a la sombra y tapadla con ramas y hierba fresca. Pero habrá que comenzar a ahumarla cuanto antes, si es posible esta tarde mismo. Si no, se nos corromperá a nada. El becerro nos lo comeremos esta noche.

Llamó aparte a su segundo y le encomendó otra tarea:

—Habrás de hacer una boma todo lo fuerte y resistente que puedas con troncos, ramas y todos los espinos y zarzas que acopies. Eso no parará al león, pero sí lo harán nuestras lanzas y nuestro fuego. Hazla alta y gruesa. Limpia todo el interior porque instalaremos el campamento hasta que volvamos a cazar el bisonte cerca de la cueva en la junta de los tres ríos.

Ya estaba el sol alto cuando el jefe se metió en la espesura por donde habían huido las reses. Lo acompañaban otro de los que en el clan mejor seguían las huellas y el joven del resbalón, que pidió acompañarlos. Tal vez con el deseo de sacarse las espinas de su fracaso, literalmente, pues en la caída no se había librado de las del espino, que se le habían clavado en cara, manos y algunas otras partes del cuerpo. Se había pasado un buen rato para sacarlas, provocando nuevas risas.

Rastros tenía también su propia espina clavada. Estaba seguro de haber alcanzado al uro y que este se había ido con su lanza clavada. No tardó en dar con sangre al

seguir las huellas de la manada, pero tanto podía ser de su pieza como de cualquier otro animal tocado. Roble también lo había lanceado, pero señaló que con mal tino y que solo le había alcanzado en un jamón. Seguir una sangre u otra era lo primero que debía discernir si quería cobrar la pieza, pues estaba seguro de que su venablo sí había logrado penetrar en las partes blandas del animal, rasgando las telas de la vida, y que acabaría por desplomarse. Pero también sabía que si no había tocado los pulmones, les sería muy difícil alcanzarlo. Seguiría a la manada y se cobijaría en ella. Tal vez acabara por morir o ser capturado por una fiera. Pero al hombre no le aprovecharía su carne.

El mejor pistero de los hombres de la Cueva Mayor no tardó en discernir cuál era el grupo, uno más reducido que se había separado del grueso del rebaño, con el que viajaba el herido. Lo supo casi a la entrada del bosque, donde hallaron un trozo de venablo partido que el jefe reconoció como suyo, y su joven acompañante no supo bien cómo eligió entre las dos sendas diferentes por la que los animales se habían internado, pues no fue hasta mucho después cuando Rastros dio con sangre, más allá de alguna gota que al comienzo habían encontrado. Allí había un pequeño charco en el suelo.

—Aquí se han parado —enseñó al aprendiz—. El herido ha descansado aparte, bajo este árbol. Se ha recostado contra el tronco. Van pocos, y si los seguimos, lo dejarán atrás.

Observó la sangre, la untó en sus dedos y la probó con los labios.

—No tiene espuma del pulmón, pero es buena la herida. Lleva dentro la punta. Lo está dejando sin fuerzas.

Siguieron con el ánimo renovado y más aún cuando fueron encontrando otros charcos de sangre. Tras atravesar un brezal y volverse a meter en la espesura oyeron al rebaño huir ante ellos. Se dirigieron al trote hacia el sonido pero este se perdió enseguida.

Rastros se inclinó sobre sus huellas.

—Se han separado. El herido va solo. No ha podido seguirlos. Camina con cuidado y alerta. Se ocultará para acometernos —avisó a su acompañante.

Conocía bien a los uros heridos y sabía que el animal intentaría un postrer ataque al verse acorralado y sin fuerzas. Por eso quería descubrirlo entre la maleza antes de que el toro arremetiera contra ellos.

El camino se hizo cada vez más lento y sigiloso, con Rastros taladrando con ojos y oídos el espacio. Tenían fortuna con el viento. Les daba en la cara.

De pronto, Rastros se inmovilizó e hizo un gesto al otro de que se agachara. Entonces el jefe le indicó un cogollo de carrascas bastante espeso.

—Está ahí dentro. Nos aguarda. No huirá más.

Al joven le costó, a pesar de las indicaciones, descubrir a la bestia. No pudo hacerlo hasta que el uro movió la cabeza. Estaba lejos y a cubierto para alcanzarlo con las azagayas.

—Quédate aquí. El uro nos ha visto. Yo retrocederé y le buscaré la vuelta por el costado derecho, donde no lo tapan las matas. Tú, cuando yo llegue a aquella encina, te levantas y te muestras para que fije su atención. Pero no avances. Él no te atacará desde esa distancia, pero estará pendiente de ti y yo podré acercarme. Cuando lance mi azagaya, puedes avanzar un poco y lanzar la tuya. Pero no arremetas con las lanzas. Solo somos dos. Esperaremos a que caiga para rematarlo.

En su rodeo lo perdió de vista. Cuando Rastros llegó a la encina señalada, el joven se levantó despacio para que el animal no se arrancara. Sí vio que se removía inquieto con la testuz apuntando hacia él. No avanzó, pero apretó su pie firmemente en tierra y asió con fuerza su venablo.

La azagaya de Rastros voló veloz y precisa hacia el costillar del uro. Este recibió el impacto con un mugido y una arrancada hacia el cazador, que se puso de inmediato a cubierto tras la encina. La bestia se descubrió entonces para el venablo del muchacho, que fue a clavarse en su costillar contrario. El golpe le hizo doblar las manos delanteras. Pero se rehízo y reculó hasta el matón donde había estado refugiado. Los dos cazadores esperaron. El veterano, sabiendo que a la postre se desplomaría; el otro, con ansia e impaciencia. Al fin el toro comenzó a expulsar por la boca la sangre que lo ahogaba, los temblores le recorrieron el cuerpo y se apoderaron de sus recias patas, y tras tambalearse varias veces, cayó de rodillas. El joven se disponía ya a rematarlo, pero Rastros lo detuvo, hasta que rodó de costado. Todavía con precauciones, se acercaron y le asestaron con la lanza larga el golpe final.

Estaban lejos del campamento, que además tenía faena suficiente para todos. Se llevarían solo lo que pudieran cargar ellos dos. Rastros se puso con rapidez a quitarle los lomos y las paletillas delanteras quebrándole las patas por las rodillas. Les costaron algo más los jamones traseros pero no estaban dispuestos a dejarlos. En una bolsa metieron envueltas en hierba la lengua y las criadillas. Con una cuerda de cuero unieron por los tendones paletillas y jamones y los colgaron de un palo grueso que se echaron al hombro. Rastros delante y el joven detrás comenzaron el regreso. Llegaron ya cuando comenzaba a decaer la tarde y fueron recibidos con algarabía y gritos. Pero quedaba mucho por hacer.

El jefe comprobó que las hogueras estaban encendidas, que habían comenzado a ahumar la carne en un fuego muy extenso alimentado con matojos y ramas para que el humo brotara en abundancia y alcanzara las piezas puestas sobre un ensamblaje de palos recién cortados y sustentado en cuatro postes bien recios. Observó que habían llevado los menudos y deshechos al fondo de la pradería, casi fuera del alcance de la vista, aunque los buitres y los carroñeros señalaban ya el lugar.

—¿Han asomado lobos o algún león o la pantera?

—Todavía no. Ni las hienas. Solo los buitres.

—Aparecerán. Estad vigilantes.

La boma encargada a Roble se estaba completando. No detendría a un gran felino,

pero tampoco se atrevería a asaltarla si había lanzas dentro que la defendieran.

No podrían terminar de descuartizar antes de que se echara la noche. Dejaron el toro y la vaca más grandes para el día siguiente. Los taparon con ramas y hierba fresca y completaron la tarea con los otros cinco. Prendieron una segunda hoguera en el interior del recinto para que el ahumado avanzara más rápidamente. Caía ya el sol cuando se alertó de la llegada de quienes venían del viejo campamento. No había ya tiempo para hacer los círculos de hoyos y piedras en los que montar la tienda. Podían dormir en las pieles, bien tapados, y tendrían además la panza bien llena. Era hora de preparar el festín y de comer hasta hartarse.

El chamán se saludó con Rastros y fue agasajado por todos por haber puesto a los uros a su alcance. Recorrió las piezas cobradas comprobando que a todas se les había puesto en la boca un manojo de hierba o de ramas tiernas, particularmente a las hembras.

—Ellas han de volver a nacer y a dar más vidas para que podamos aprovechar su carne. Hay que darles el último bocado.

Se cortaron las lenguas como el manjar primero para asarlas sobre lascas de piedra y esperaban a tener disponibles hígados ahumados, aunque los más se los comían crudos. Los bofes era mejor cocerlos en agua hirviendo, pero eso lo harían mañana, ahora reposaban cubiertos de hierbas y, al igual que la carne que aún no se estaba ahumando, cubiertos por pieles para que no les cagaran las moscas.

Hicieron fuerte acopio de leña para pasar la noche y cuando la luna casi llena salió, antes incluso de que la claridad del sol despareciera por poniente, oyeron los primeros rugidos por donde estaban los deshechos de la matanza. Los leones habían llegado y habían expulsado a las hienas. El leopardo no se atrevería a asomarse. Los hombres se metieron a su boma, avivaron las hogueras, que chisporrotearon en la noche, y degustaron lenguas asadas, hígados crudos y descarnaron el choto tierno. Su matador se comió sus sesos y todos se repartieron el tuétano. Comieron hasta hartarse y bebieron el agua del arroyo para refrescarse y poder seguir pasando la comida.

Alrededor de la hoguera los cazadores esa noche no se acordaban de la cueva, se contaban una y otra vez la cacería, y a cada poco el lance del joven guerrero resbalando ante la cara del toro, y todos volvían a reír a carcajadas. Que fueron a más cuando este se prestó a recrear la escena con otro de los jóvenes haciendo de novillo sujetando su cabeza recién cortada, escarbando, mugiendo y bufando. El protagonista estaba risueño por el elogio del jefe, que le había atribuido buena parte del mérito del cobro y remate del uro, y rememoró con entusiasmo su tropezón y caída. Y fue tal el regocijo que hubo que repetirlo varias veces para gran jolgorio de todos. Aquella noche comenzaron a llamarlo Tropezón y desde entonces ese fue su nombre en la tribu. Al comprobar que lo aceptaba de buen grado, que se reía con sus compañeros, que además parecía liderar a los más jóvenes y se mostraba muy dispuesto a recibir sus consejos y enseñanzas, Rastros pensó que lo llevaría siempre cerca de él en sus expediciones. No había nacido en el fuego de la mujer junto a la que dormía y a la

que con más frecuencia montaba en la cueva, ni tampoco en el de sus hermanas, pero era alguien que aportaría mucho al clan y a la fila de los cazadores.

Permanecieron en el nuevo campamento hasta que la luna empezó a menguar, y ya iba por menos de la mitad cuando el jefe y el chamán decidieron que era llegado el momento de regresar hacia la cueva y preparar la cacería del bisonte. En la parte baja de las praderías ya solo quedaban huesos descarnados y los más grandes, que no habían podido partir ni siquiera las hienas. Los leones ya hacía muchas noches que no aparecían, repelidos por el humo y la presencia de los humanos. Estos se llevaron los huesos largos y gruesos, los partieron con sus hachas y se relamieron de gusto con el tuétano, al que no podía llegar la lengua ni el colmillo de carnívoro alguno. Fue la postrera golosina. Cargaron a sus espaldas la carne de los uros en grandes mochilas de cuero, hicieron pesados fardos de pieles y, penosamente pero con alegría, se dirigieron hacia su cueva. Dejarían allí la carne, tendrían a sus mujeres y partirían de nuevo a la cacería. La matanza de los uros era un buen augurio para propiciar una mucho más numerosa del bisonte, que ya estaría pastando en las mejores praderas del valle, entre los tres ríos.

7

Envidia

El hijo de la Callada debía de empezar a asumir ya las tareas que realizaban los pequeños machos del clan. Aunque seguían con sus madres, en cuanto habían tirado los dientes de leche ya salían con algunas partidas que no se alejaban mucho y ayudaban en los campamentos mientras aprendían de los hombres las artes de la caza, de fabricar sus armas, de seguir pistas, de preparar trampas y de desollar y descuartizar las presas. La Callada le había enseñado otras muchas, la primera a encender el fuego y a conservarlo, después todas las demás necesarias para sobrevivir: cómo conseguir comida de frutos, semillas y pequeños animales, cómo resguardarse mejor de las ventiscas y estar siempre alerta ante cualquier peligro y cómo ponerse a salvo.

La Callada seguía siendo su refugio pero cada vez con mayor frecuencia ya no estaba tan cerca y a Nublo no tardaron en dejarle claro que no era como los demás. Que había nacido de una madre Oscura. Se lo habían hecho sentir desde muy cachorro, nunca los adultos, tampoco las mujeres, sino sus iguales en edad. Aquello, al principio retrajo más aún su carácter, pero a poco brotó en él una resistencia y una rebeldía que fueron creciendo. No solo no se sentía menos que ellos, sino que empezó a intentar superarlos y lo logró en algunas habilidades. La más señalada era la carrera. Se dio cuenta de que era, con creces, mucho más veloz que los otros y disfrutaba humillándolos. Los retaba de continuo:

—Del río al refugio. Os doy ventaja hasta aquella piedra.

Ellos, después de perder en muchas ocasiones, ya no aceptaban el nuevo desafío y hacían como que despreciaban su velocidad.

Se vengaban porque eran más fuertes en las luchas cuerpo a cuerpo, aunque tampoco ahí era fácil vencer a Nublo, pues se escurría como un pez y escapaba corriendo.

Cuando lo alcanzaban y le propinaban algunos golpes, solía acabar acogiéndose al fuego de su madre, donde llegaba serio y cariacontecido, pero sin quejarse nunca. Ella le miraba las raspaduras y los moratones y, sin decirle nada, procuraba darle alivio con algún emplasto, cruzaban aquella media sonrisa cómplice entre ambos, ella le acariciaba aquel pelo suyo crespo y oscuro, y en cierta ocasión, cuando el castigo había sido un poco más grave, alcanzó a decirle mientras le ofrecía un gran bocado de buena carne:

—Envidian a mi hijo Nublo. Lo temen. Come.

8

La altiva

Ababol crecía esbelta y mimbreña. Allá donde iba era bien recibida, porque era la hija de la Guardiana de la Diosa y un día sería ella quien desempeñaría esos poderes, si tenía el don y llegaba a la edad. Jugaba con los otros cachorros, pero menos que ellos, ya que su fuego estaba separado de los demás del clan. Desde muy pequeña era una niña muy seria y comenzó a crecer con altivez y cierto despego.

Ova se percató y le puso inmediato remedio. Le afeaba con mucha gravedad su conducta y la castigaba. Durante toda una luna Ababol hubo de recoger cada día un brazado de leña y llevárselo a la matriarca de cada uno de los fuegos del monte de las Cinco Cuevas. Las madres sabían por qué lo hacía y, por indicación de la Guardiana, no le daban gracias ni le sonreían siquiera. Hasta que al acarrear la última brazada se juntaron todas, la acariciaron y le hicieron un regalo. Una pequeña bolsita hecha con la piel de invierno de un armiño.

Ova le dijo cuando se lo enseñó:

—Has ganado su afecto y mi perdón.

La besó y Ababol durmió feliz por vez primera en aquella luna.

9

El aprendiz

El Autillo se convirtió en la sombra del forastero. Adonde el hombre iba, silencioso y manteniendo la distancia, lo seguía el niño. Cuando el hombre se paraba y comenzaba una tarea, el cachorro sin fuego se acuclillaba y se quedaba observándolo con atención absoluta. No se acercaba demasiado, había recibido demasiados golpes por hacerlo. Los únicos de todo el clan que no le habían puesto la mano encima para alejarlo eran Rastros y, a pesar de que le tenía más miedo que a ninguno, su fiel Roble. Así que con el Errante era prudente en mantener la distancia, pero no podía dejar de seguirlo, fascinado por todo lo que hacía y decía. Allá donde el hombre estaba, bastaba mirar alrededor para encontrarse la pequeña y delgada figura del crío, acurrucado en cualquier sitio, quieto y procurando pasar desapercibido. Pero siempre estaba.

El forastero no solo se había incorporado a las tareas cotidianas del clan, sino que, al ser el único hombre vigoroso que quedaba en la cueva, se convirtió en el referente de las mujeres para su campeo en busca de alimento, leña y agua. Las matriarcas de los fuegos se disputaban su ayuda y eso provocó que algunos de los viejos lo comenzaran a mirar con recelo y resentimiento porque era indudable que las mujeres lo consideraban de superior rango. Además, su cercanía y complicidad con la Guardiana incrementaba su posición en perjuicio de ellos. Pero como en todo aquel periodo, con los cazadores fuera, las matriarcas de los fuegos eran quienes tenían el control, no tuvieron más remedio que callar, aunque el Desconfiado no dejaba de barbotar reproches y rezongaba de continuo, no muy alto, no fueran a tomarlo demasiado en cuenta. Por el contrario, los cachorros ya más crecidos que intentarían su iniciación en la temporada siguiente para dar el salto a fila de los hombres y la «gran caza» lo tomaron como modelo y maestro, y procuraban aprender sus mañas y sabiduría, que él había aprendido en sus estancias con los otros clanes de los hombres.

El Errante siguió mostrándose servicial y en absoluto altanero, respetuoso en extremo con todas las costumbres y ritos del clan. Al Autillo le sorprendía que alguien tan poderoso se comportara de aquella manera tan humilde. Él hubiera deseado algo de su fuerza y su poder para vengarse de quienes lo acosaban. No podía alcanzar a entender que el Errante había aprendido a actuar así debido a sus correrías, para que las bienvenidas no se convirtieran en expulsiones, a veces violentas. Alguna experiencia había sufrido por no haberse acomodado a las costumbres de cada cueva o campamento, o por pretender imprudentemente confrontarlas con las suyas.

En las expediciones por los alrededores de la Cueva Mayor, el hombre seguía mansamente a las mujeres y atendía sus instrucciones sobre aquello que debían

recolectar, qué plantas, qué raíces y qué frutos. Ellas conocían mejor que nadie su territorio, sabían discernir entre las cosas buenas y las que podían ser malas, venenosas y hasta mortales. Por ejemplo, los hongos y las setas, que en cada lugar eran diferentes. Así le descubrieron unas que parecían pequeños nidos, más que de abejas, de avispas, y a las que llamaban, por eso, «colmenillas». Salían al principio de la estación buena, cuando crecía la primera hierba y casi a la par que ella, al igual que otras minúsculas que crecían mejor en las sendas pisadas por hombres o animales y a las que conocían por «senderillas». Ambas eran exquisitas y las mujeres las hervían en los odres con las piedras del fuego. Con todo, lo mejor de las setas vendría después, justo antes de que comenzara de nuevo el gran frío, cuando ya se barruntaran las primeras nevadas y cayeran las lluvias fuertes que las precedían.

Ahora era el renacer de todo lo que vivía, de los árboles, las hierbas, las aves, los insectos, los peces, las ranas, los que se arrastraban y los que tenían pelo y, sobre todo, de la vida nueva de las muchas vidas que en madrigueras, en los pastos, en el bosque o nidos nacían. Era ahora, cuando ya las aguas no helaban el cuerpo, sino que se recibían alegres con la cara, cuando todo el clan se desparramaba, tras los algarazos y el sol haciendo brillar las gotas aún prendidas de las hojas recién abiertas, por las zonas más frescas y húmedas, a orillas de los arroyos a recoger caracoles, hasta que nos les cabían en bolsas y cuencos. La recolección de los animalillos que sacaban sus cuerpecillos y sus cuernos de los caparazones y se deslizaban por la hierba con su rastro de babas era un verdadero jolgorio en el que participaban hasta los más chicos, todos compitiendo por ser el que más cogía o encontraba el rodal donde eran más abundantes. Salían a por ellos en cuanto acababa la lluvia, pues de lo contrario se escondían, y eran mejor los amaneceres y los crepúsculos porque el sol los hería y se ocultaban, y donde antes había muchos luego solo quedaba el rastro de sus babas recruzándose entre ellas.

La temporada de huevos, sin embargo, estaba llegando a su fin y daba paso a la captura de los pichones. Fue en estas actividades cuando el Autillo consiguió una mayor cercanía con el Errante. Porque en huevos y pichones no había cachorro en la cueva que igualara las habilidades del sin fuego. Y el hombre no tardó en darse buena de sus mañas y procuraba discretamente beneficiarlo. El Autillo no pasaba ahora hambre y además la cercanía del forastero le procuraba protección contra los otros. Así que se esmeraba en encontrar lo que los otros no veían entre las zarzas o los cogollos de maleza y en descubrir los agujeros en los árboles donde había nidos de estorninos, de palomas o de tórtolas. El día que el crío dio con una abundante puesta de avutarda de enormes huevos, el Errante no permitió que nadie le robara su captura y se la mostró a todos como muestra de la valía de quien comenzaba a ser su protegido.

En todas esas tareas el hombre era solo uno más del grupo, pero cuando de artes de caza y sobre todo de pesca se trataba, las mujeres no pusieron traba alguna en que las guiara. Los conejos y las perdices se capturaban con losas de piedra levantadas

con un sutil equilibrio de varillas que caían sobre la pieza cuando esta tropezaba con la que sostenía el tinglado. El forastero sabía ponerlas en los lugares oportunos y de tal forma que lograba más presas. Con las aves les enseñó a cebar la trampa con una hilera de semillas y un corrillo de estas esparcidas justo donde el pájaro iba a hacer caer sobre él la piedra.

Pero su gran aportación al sustento del clan fueron sus lazos. Sacó de su mochila de viaje una de aquellas trenzas hechas con crin de caballo y les enseñó a prepararlos, sujetos por estaquillas profundamente clavadas en la tierra en la salida de las gazaperas o en las entradas de los nidos de las aves que anidan en la tierra como los urogallos, los sisones o las perdices rojas o las de las nieves.

—Solo sirve para estos pequeños animales, pues uno más grande los rompería o se llevaría la estaca. Pueden como mucho llegar a sujetar una liebre si no es muy grande —les explicó.

—De estos animales pequeños y de las plantas come más el clan que de la gran carne que traen los cazadores —se enorgulleció una vieja matriarca que había sacado mucha prole adelante.

—Los hombres traen la gran caza. Y se ufanan de ello, pero quienes mantienen la cueva caliente y sin hambre de continuo somos nosotras —reafirmó una de sus hijas con un niño en su bolsa de lactante colgado del pecho.

Uno de los viejos cazadores se atrevió a replicar:

—Un bisonte da comida para una luna entera. Y la carne ahumada dura todo el tiempo del hielo cuando casi nada puede recogerse ahí fuera. Y son las lanzas de los cazadores quienes mantienen alejados al león, a la hiena, al lobo y a la pantera.

—Ahora no están y no nos atacan —replicó una joven hembra.

—No lo hacen porque tienen miedo al hombre, a sus venablos y sus lanzas. El cavernario se retira ante la fila de los cazadores y teme al fuego. Ha aprendido a temer la herida que le llega antes de que pueda alcanzarlo con sus dientes y sus garras, y ese miedo es el que lo mantiene alejado de la cueva.

La vieja disputa era parte de las noches en torno a las hogueras de todos los clanes y enardeció a todos, que terminaron por elevarse las voces. Los chicos más jóvenes estaban con los ancianos cazadores y las hijas hacían causa con sus madres, aunque algunas no dejaran de pensar en algún cazador cuya compañía añoraban entre sus pieles. El Errante no quiso entrar en la disputa y el Autillo comprobó que sonreía.

El forastero volvió a sorprender a todos cuando el sol comenzó a picar y se despojaron hasta de camisas y calzas y decidieron que era llegado el momento de bajar hasta el río para las tareas de pesca. El día señalado el clan entero se puso en marcha, incluso las madres con mamoncillos colgados en sus regazos. Delante de todos, el Errante marchó hacia el valle, como siempre seguido por el Autillo, que caminaba detrás hasta que el hombre le hizo un gesto amistoso para que se aproximara. El chico lo entendió como el nacimiento de un vínculo.

Ya en las cercanías del río el hombre miró en los taludes y en las zonas arenosas

buscando una planta. No tardó en encontrarla. El Autillo la había visto muchas veces y la reconocía por sus flores amarillas y aquella especie de vello que le cubría el tronco. Pero no entendía para qué la querría el forastero, pues ni se comía ni se podía aprovechar para cosa alguna su raíz, aunque cuando el hombre le dijo que comenzara a recoger todas las que pudiera se puso a ello sin rechistar y al instante. Arrancaron todas las que pudieron, con su raíz completa, pues en ella tenía particular interés el hombre, y completaron dos haces. Cuando llegaron los demás, también se extrañaron de semejante recolecta. El Errante entonces les explicó que con aquella planta lograrían atrapar muchos peces y ellos, aunque incrédulos, secundaron su plan y se desparramaron en busca de todo el gordolobo[11] que pudieron encontrar. El forastero preguntó en qué tramo del río se remansaban más las aguas y podían encontrarse algunos pozos sin demasiada corriente.

Localizado el lugar más idóneo, les indicó cómo proceder: machacaba un poco la raíz y los tallos de la planta para que soltaran sus jugos y los iba arrojando a las aguas mansas, pero para que la corriente no se los llevara ataba a los brazados unas piedras para que se hundieran y se quedaran en el fondo. Tras echar una cantidad que le pareció suficiente les pidió que, mientras esperaban, prepararan las cestas y que algunos bajaran con otras a las chorreras, por las que el río fluía desde el pozo a aguas más rápidas y someras.

Todos miraban expectantes y no faltaba el viejo rencoroso que se sonreía con sorna cuando pasaba el tiempo y nada sucedía. Hasta que el primer pez apareció boqueando en la superficie y a poco lo hizo otro, unos niños gritaron señalándolos, y luego comenzaron a flotar cada vez más con las panzas boca arriba. El júbilo se apoderó de todos, que se lanzaron al agua para capturarlos, y el pozo y sus salidas se convirtieron en una algarabía de gritos, risas, carreras y chapuzones.

Cogieron muchos en aquella poza y luego repitieron en otras hasta concluir el día con la mayor pesca que el clan de la Cueva Mayor recordaba haber logrado nunca. El Errante fue aquella noche muy celebrado ante los fuegos y todos comprendieron que la tribu había aumentado su sabiduría. Las mujeres se disputaron en ofrecerle los mejores bocados de sus barbos y truchas.

Pero antes de regresar del río, el forastero había hecho algo más que también intrigó al pequeño sin fuego. Sacó una de aquellas cuerdas tan finas y tan fuertes de crin de caballo y en ella anudó muy fuertemente un huesecillo en forma de gancho. Allí pinchó una jugosa y gorda lombriz y lo depositó en un tramo del cauce lleno de broza y vegetación, y repitió la operación hasta dejar una mano de cuerdas en los lugares que estimó oportunos.

—¿Vas a coger más peces? —preguntó el Autillo.

—No solo son peces los que quiero que se los coman —contestó el Errante a su aprendiz—. Mañana al amanecer veremos.

Aquella noche al Autillo, sentado al lado del hombre, ya nadie le regateó el pescado. Luego se acurrucó para dormir, feliz y confiado tal vez por vez primera, no

lejos de donde el hombre se había aposentado definitivamente en la cueva. Durmió a gusto pero no dejó de estar despierto a los ruidos y de enterarse de algunas cosas.

La noche no todo era silencio y ronquidos en la caverna. Ya había aprendido a distinguir otros sonidos: roces, gemidos, pequeños estertores. Y sabía lo que significaban desde siempre. Los hombres montaban a las mujeres como también había visto hacer a muchos animales, incluso los pájaros lo hacían. Ahora no había apenas hombres en los fuegos y, aunque algunas se arrimaban a algún viejo e incluso las había que invitaban a algún muchacho un poco crecido a que las cabalgara, las hembras echaban de menos a sus machos. En el clan, por costumbre, cada hembra tenía el suyo y este dormía en el fuego. A veces el hombre tenía alguna más, una de las hermanas o de las primas que no tenían hombre propio, y alguna hembra también retozaba con un macho de otro fuego, sobre todo si era fuerte o de mucho rango. A Rastros y a Roble no les faltaban nunca. Y por lo que comprobó aquella y otras noches, al Errante tampoco. No se había oído todavía el primer ronquido en el portalón de la cueva cuando una de las hembras más jóvenes y de carnes más prietas, nalgas más redondas y llenas y pechos más apuntados vino a meterse entre las pieles del hombre y a nada se oyeron sus gemidos y algunas risas sofocadas.

El Autillo durmió bien aquella noche, pero no del todo, pues aquellos sofocos también a él lo excitaban. Como le sucedía cuando veía a un corzo montar a la hembra. Pero ahora era un picor más intenso. Antes del amanecer, cuando despertó y se marchó la joven, una de las de piel más negra y lustrosa, que tan solo había parido una vez y había perdido la cría, el hombre ya estaba removiéndose en su lecho. No tardó en hacer una seña al Autillo y ambos salieron, aún entre dos luces, hacia el tramo de río donde había puesto las cuerdas. En las primeras no encontraron sino que la lombriz había desaparecido en dos casos y en el otro estaba intacta. Pero en la siguiente los recibió un revoloteo desesperado de un ave. Era una focha. El Autillo comprendió entonces la trampa. Se había tragado la lombriz con el huesecillo en forma de gancho, este se le había clavado en el buche y ahora no podía escaparse. El forastero cogió a la polla de agua y le retorció el pescuezo. Ni siquiera tuvo que hacer esto en la última cuerda, tras otras cuantas fallidas, pues en ella había caído un pequeño pato con la cabeza colorada y, en sus ansias por escapar, se había desgarrado por dentro.

—Uno de los grandes azulones hubiera sido mejor, pero tal vez la cuerda o el hueso no hubieran resistido y se hubiera escapado.

Los grandes patos, con sus colores verdes y azules los machos, y más pardas las hembras, eran piezas codiciadas por los habitantes de la cueva, pero casi imposibles de capturar, y tan solo en alguna ocasión podían coger alguno que no podía volar cuando cambiaban la pluma y se convertían en *mancones*, también muy difíciles de atrapar pues se sumergían y buceaban. Tampoco eran nada fáciles los todavía más grandes ánsares, pero algunos cazadores los acechaban ocultos entre las aneas y lograban alcanzar alguno con un fino venablo. O mejor con una red que conseguían

preparar con finas hilas de anea.

—Mejor que no cuentes cómo los hemos capturado. Apenas si me quedan cuerdas de crin de caballo —advirtió el Errante, que las había recogido y enrollado cuidadosamente, y el niño sin fuego advirtió que le había contado su primer secreto. El primero que le confiaban en su vida.

La luna aquella estaba acabando, no tardaría en brotar la nueva. Las hembras siguieron viniendo a las pieles del viajero. El Autillo ya se dormía sin prestar atención a sus ruidos y sofocos. Cuando la luna asomó con unos cuernos tendidos como los de un uro, la fila de cazadores regresó y fueron recibidos con grandes gritos de alborozo.

Los cazadores llegaron caminando muy orgullosamente, con Rastros a la cabeza, cargados hasta los topes con la carne y con los fardos de pieles en las mochilas o colgadas de un buen palo. Venían alegres y hasta los lloros de los mamoncetes, asustados por el tumulto, resultaban gozosos.

El Errante se retrajo a un segundo plano y a él se pegó el Autillo. Hasta que todas las salutaciones concluyeron no fue el momento de ser presentado, a cargo del mayor de los ancianos y de la Guardiana, aunque ya era conocido por algunos. Rastros lo saludó con agrado, lo mismo hizo Roble, y los más jóvenes lo miraron con gran curiosidad.

Pero tiempo habría de hablar con él, porque antes que nada había que descargar el botín, a lo que se afanaron ya muchas manos, y meter en la cueva el cargamento para almacenarlo adecuadamente. La carne venía ya ahumada, pero era preciso proceder de inmediato a estirar y estaquillar las pieles, que apenas si habían tenido un ligero raspado para que no se estropearan. Fue a lo primero que se dedicaron las mujeres y pronto estuvieron listas para que secaran bien antes de su curtido. Las de reno se estaquillaron en armazones de madera que el clan tenía para ello y en los que se tensaban utilizando cordajes de tendones que se engastaban en los travesaños. Las de los uros las dispusieron en el suelo, clavadas y tensadas merced a estaquillas de madera y tendones, en la entrada de la gruta, que era de solana.

El reparto ya se había hecho entre los cazadores antes del regreso y cada uno llevó su parte al fuego de la matriarca en el que se calentaba. Todas las madres y mujeres se sintieron orgullosas de sus hombres, sobre todo de los más jóvenes que habían participado por primera vez en una gran cacería, y cada uno empezó a contar su particular peripecia y sus hazañas. Al cabo de nada el lance del Tropezón se conocía en todos los fuegos de la cueva y el muchacho aguantaba de nuevo las bromas y las risas, ahora de los ancianos y de las mujeres. Pero no le importaba porque pronto observó que algunas de las jóvenes lo miraban y se hacían mirar por él. Con su resbalón, pero también con su cercanía al jefe y su éxito en el pisteo y cobro del uro, no era ya el que cerraba la fila de los hombres sino el que caminaba el primero entre los nuevos.

El chamán, Rastros y sus cazadores hicieron una ofrenda a la Diosa y entregaron

algunos bocados exquisitos a la Guardiana para luego introducirse todos por la gatera de una galería que daba al recinto donde el brujo oficiaba sus ceremonias y a la que solo podían entrar los iniciados, y donde estaban impresas las manos de todos los cazadores que en el clan habían sido y eran. En algunas de las hornacinas y repisas de las paredes había cráneos de animales y también algunas astas. Dejaron junto a ellas una del reno más grande abatido y los dos cuernos del uro que casi ensarta a Tropezón. Las demás, así era la costumbre, se repartieron entre quienes había hecho la primera sangre del animal cazado pues eran buenas para hacer punzones o, en el caso de los cuernos de los uros, hasta como vasijas. Los ancianos no tardaron en contarles lo que les había dicho el Errante sobre su estancia con los Hombres de los Caballos y sus encuentros con los Patas Cortas, y decidieron llamar al forastero a su habitáculo. Hubo alguna discusión, pues no era un cazador iniciado en el clan de la Cueva Mayor, pero tanto el chamán como el jefe de caza hablaron en favor de que entrara y, conocedores todos de su prestigio en muchos clanes, decidieron aceptarlo. Una frase de Rastros fue definitiva para cortar cualquier oposición:

—Si tiene nuevas de los Patas Cortas; si, según dicen las mujeres, han raptado a algunas de los clanes de los Hombres de los Caballos, es mejor tratarlo aquí entre nosotros.

Salió el chamán, llamó al forastero y, seguido por todas las miradas, este penetró en el recinto sagrado de los cazadores. Uno a uno, le fueron presentados con ceremonia y elogiando sus virtudes. Cuando concluyeron fue él quien habló:

—El clan de la Cueva Mayor es un clan poderoso. Lo saben todos los clanes y puedo yo comprobarlo ahora, al conocer la fuerza y la sabiduría de sus jefes y de todos los que marchan en la fila de sus cazadores.

Todos se complacieron con el gran elogio de alguien que había estado en los lugares más remotos y con gentes de las que ellos ni siquiera tenían recuerdo.

Tardaron los hombres mucho en salir, pues se hicieron todas las preguntas y repitieron muchas veces aquellas nuevas de los Patas Cortas. El chamán recordó que en esa misma ellos habían hecho sus fuegos antes. Nadie de los vivos los había visto, pero el anciano cuya abuela sí llegó a verlos de niña decía que tenían más fuerza que cualquiera de los hombres y que arremetían con la fuerza de un bisonte.

—La madre de mi madre me advertía que, de no obedecerla, los Patas Cortas me cogerían y me comerían. En su tiempo los persiguieron, pero no consiguieron atrapar a ninguno.

—Se comen a los hombres y se llevan a las hembras. Es sabido. Si ahora merodean por las tierras de los clanes de los Caballos, es que no están lejos. En el tiempo bueno pueden alcanzar nuestro territorio. Deberemos estar alerta.

—Los Hombres de los Caballos dicen que tan solo descienden desde su lado de la montaña hasta el suyo, y no bajan demasiado, aunque a veces se internan por el valle y las llanuras, pero que retornan rápidamente a sus refugios. Siempre es bueno ser precavido.

Al fin salieron los hombres y, como lucía el sol y necesitaban lavarse los cuerpos, con la tibieza de la tarde bajaron hasta el río todos cuantos quisieron excepto bastantes de las mujeres, que se quedaron preparando, con la carne que habían traído y lo que ellas tenían en sus despensas, una gran cena de bienvenida. Las más jóvenes sí bajaron, y también los ancianos, que les contaron a los recién llegados lo que les había enseñado el Errante para hacer salir amodorrados a los peces a la superficie. Era muy agradable sentir el agua fría sobre la piel, aunque la hiciera estremecerse, y hasta hacerse espumas en el pelo y en el vello con aquella planta que conocía la Guardiana y que ayudaba al agua a desenredar el cabello y limpiar la mugre y la grasa.

El joven Tropezón fue de los más entusiastas en zambullirse y Rastros se reía, pues no eran tan lejanos los tiempos en que él había hecho aquellas cosas y luego había tenido recompensas entre las pieles. Esa noche, desde luego, pensaba tener algunas y todos sus cazadores seguro que estaban pensando en lo mismo. Sobre todo, viendo lo alegres que estaban las mujeres. Algunos ni siquiera esperaron a la noche y se escabulleron entre los árboles y arbustos del soto del río. Tenían más hambre de hembra que de carne, y las mujeres la tenían de hombre.

La cena fue muy copiosa y cada cual comió lo que quiso. Quienes habían permanecido en la cueva se atracaron de reno y uro, quienes habían partido a la expedición preferían los pescados, las aves y algunas plantas hervidas o crudas que hacía tiempo no comían. Se relató la cacería alrededor del fuego central y, como colofón final, Tropezón hubo de representar su caída ante la cara del uro. Y no solo una vez.

Luego cada cual fue a sus pieles y las hembras con ellos. No faltó una joven que se escabulló desde las suyas hasta las de Tropezón. Ya lo había mirado muchas veces, al llegar, en el río y junto a la hoguera. Aquella noche, sin embargo, a las pieles a las que no acudió nadie fueron las del Errante. El Autillo no oyó jadeo ni risa alguna en su recoveco, aunque resonaban por la cueva entera.

10

El cántico

Nublo los había visto en alguna ocasión, hurtándose en las sombras, penetrar por la estrecha entrada de una gruta que permanecía tapada con piedras y ramas, en la que no se adentraba ni vivía nadie. Iban hombres y mujeres, en el abrigo quedaban tan solo algunos adultos como vigías y al cuidado de los pequeños. Los demás, en silencio, iban saliendo uno a uno del refugio, algunos con una tea preparada en la mano, y se metían por aquel pasadizo y encendían las antorchas. La curandera y los más destacados del clan iban delante, Nublo se había escabullido para espiarlos tras unos matorrales, y justo tras ellos un cazador que algunas jornadas antes había sido muy loado. Era quien había asestado el lanzazo definitivo a un rinoceronte lanudo. Había bajado todo el clan al lugar de la matanza y se habían traído, menos las tripas, toda la carne del enorme animal. También la cabeza con sus dos imponentes cuernos, que habían descarnado hasta dejarla limpia, y ahora vio que su matador la llevaba en vilo flanqueado por otros dos hombres que le iluminaban con el fuego. Vio pasar a su madre, la Callada, entraron todos en la galería y fuera quedó el silencio.

Nublo se aproximó con sigilo hasta llegar casi a la boca de la gruta y algo que sonaba en su interior lo detuvo en seco. Jamás lo había oído hasta entonces. Eran muchas voces, elevándose todas y reverberando en las profundidades. Era un sonido que se repetía, aunque no distinguía las palabras, subía, bajaba, parecía apagarse y volvía a subir de nuevo. Y así una vez tras otra. El clan del Valle de los Primeros Hombres cantaba.

11

Caricia

Ababol no había visto jamás tan feliz a su madre como aquella noche. Todo era alegría en el monte de las Cinco Cuevas. La montaña Mamut tenía no solo una vida nueva, sino dos. Una mujer había parido, y con los saberes de Ova se había logrado que ambos mellizos, dos niñas además, sobrevivieran. La Diosa Madre los bendecía.

La Guardiana convocó a todos, mujeres y hombres, a la cueva más grande y de entrada más espaciosa, la primera de la ladera, avivaron las lumbres, comieron truchas y carne, golosearon fruta, tocaron flautas de hueso y danzaron alrededor de las llamas. Al regreso y al respirar el aire limpio y húmedo del exterior, libre de humo, Ababol, ya grande, fue la última vez que Ova la cargó, medio dormida en sus brazos, sintió en la mejilla y en todo su ser la caricia de la noche. Una noche, con la luna en creciente y los pequeños e incontables fuegos guiñando sus ojos en lo alto, que olía a hierba, a bosque y a río.

12

La canción del bisonte

Los cazadores del clan de la Cueva Mayor no remolonearon ni siquiera un día en su gruta y comenzaron a preparar de inmediato la cacería del bisonte. De ella dependía, en buena parte, poder sobrevivir a las Lunas del Hielo y llegar vivos, los más posibles, a los Soles de la Hierba Nueva.

La primera decisión de Rastros fue la de enviar a varios batidores en descubiertas hacia los lugares frecuentados en esa época por las manadas, sobre todo hacia las juntas de los tres ríos, pero sin olvidar la zona alta de la sierra pues en ocasiones gustaban de permanecer en lo espeso de los bosques y no quería el jefe que volviera a sucederle lo de los renos. También quería saber cuáles eran sus desplazamientos cotidianos y sus querencias favoritas, y así poderse anticipar a ellos. Los escuchas, en parejas, pues Rastros no quería correr riesgos con los grandes predadores que también andarían al acecho, iban y venían solo de día y no caminaban por la noche, y luego informaban en el cónclave que tenía lugar en el reducto de los cazadores y al que el Errante era ya siempre invitado. A los pocos días Rastros comenzó a tener una idea bastante precisa de que los bisontes estaban dispersos en varios grupos. También había ejemplares solitarios, machos que habían sido vencidos por los grandes sementales y buscaban territorios lejos de sus vencedores. Esos no interesaban al clan. El objetivo era emboscar a la manada más numerosa que creían tener localizada.

—La manada grande duerme en la sierra, subiendo por la orilla del río que baja desde el pico. Desciende casi al amanecer y pasta durante casi todo el día en las hierbas frescas de las orillas. Al caer la tarde vuelven de nuevo a sus dormideros en el monte.

—¿Bajan hasta el valle siempre por la misma senda? —preguntó Rastros.

—Salen, casi siempre, del bosque por el mismo lugar, pero para descender toman una vez una trocha y otras eligen o abren diferentes senderos.

Aquella información interesó en gran manera al jefe de los cazadores. Tanto que fue él mismo quien, antes de que el sol volviera a salir, estaba ya en marcha hacia los robledales, y los primeros rayos del astro ya los encontraron a él, a su leal Roble y al batidor tendidos en la hierba, acechando el paso de los bisontes. Había aceptado la petición del Errante y también los acompañaba.

Acariciaba el sol las copas de los poderosos árboles cuando el bosque cercano comenzó a sonar. Los enormes animales habían comenzado a moverse. Los hombres, tumbados tras una pequeña elevación del terreno, se inmovilizaron como piedras. Despacio, parsimoniosamente, los bisontes comenzaron a asomar a un claro. Un par de grandes ejemplares venían al frente, con la seguridad de quien no teme nada, y a pocos pasos los seguía el grueso del rebaño: hembras, jóvenes y algunas crías ya

crecidas. Marchaban desplegados en forma de cuña, pero en la linde del bosque más espeso aún quedaban algunos rezagados. Eran dos hembras. Los cazadores supieron a quién aguardaban. A su lado aparecieron sendos terneros de apenas días que al principio permanecían pegados a las patas de sus madres, pero nada más pisar la hierba, el más inquieto de ellos se lanzó a correr y cabriolear y el otro lo siguió en su juego. Las madres avanzaron entonces, y a poco los recentales, ya más serenos, se colocaron de nuevo cerca de ellas. La manada inició su marcha hacia los pastos del valle.

Los hombres se mantuvieron inmóviles observando los movimientos de las bestias hasta que estas se perdieron de vista, por el regato abajo. En todos quedó un sentimiento silencioso de admiración hacia aquel animal tan poderoso. Roble lo escenificó con un movimiento de cabeza, una sonrisa y un gesto contenido en su cara y en sus manos, pero que expresaba lo mucho que su visión le afectaba. El Errante compartió aquella emoción que también a él le embargaba al contemplarlos caminar como si nada en la tierra pudiera pararlos.

Cuando hubieron desaparecido del todo, de la vista y del oído, Rastros aún tardó un buen rato en moverse y permitir a los demás que lo hicieran. Luego, a uno de sus gestos, lo hicieron ligeros y a trote largo, para dar un rodeo, adelantarse a su marcha y volver a encontrarlos más adelante, cuando ya llegaban a la planicie de la sierra, justo antes del viso de caída hacia el río, y comprobar cuáles eran sus descolgaderos.

—Ayer no bajaron por este lugar, lo hicieron más altos —dijo el explorador señalando una barranca no muy pronunciada que descendía más hacia el norte— y también se dirigieron a pastar bastante más arriba.

Aquella noche en el habitáculo de los cazadores hubo mucho que debatir. Lo primero en desecharse fue emboscarlos junto al río.

—Podríamos alancear uno o dos como mucho. En la pradera abierta tienen todas las ventajas —sentenció Rastros.

—Podríamos emboscarlos como hicimos con los uros en la salida —sugirió el cazador que había descubierto su querencia nocturna.

—Pudiera hacerse. Pero allí tienen bien cerca el refugio del bosque y lo buscarían de inmediato. No. Hemos de hacerlo cuando lleguen a la meseta antes de la bajada y empujarlos por las cárcavas. Aunque —se sinceró Rastros— no sé aún la mejor manera de hacerlo, estoy seguro de que ha de ser allí si queremos hacer una buena caza.

—La vez pasada los esperamos ya a la salida de la barranca, a punto de llegar al valle, y la caza fue buena —dijo Roble.

—Y los bisontes grandes y las hembras viejas lo recordarán como lo recordamos nosotros —respondió el jefe.

—Podemos empujarlos con fuego.

—El pasto no está seco. Deberíamos llevar antorchas encendidas.

El cónclave concluyó con muchas discusiones, muchos relatos de cómo se había

hecho en años anteriores, como unas veces había tenido éxito y otras se había fracasado, pero sin que se tomara decisión alguna.

Al amanecer siguiente Rastros salió solo y volvió ya con el sol tapándose. Se encerró con el chamán y todos supieron que el jefe había ideado ya un plan de cacería. Confiaban en él. Si el plan era algo que comprendieran, claro. Los convocó. Con un palo comenzó a trazar líneas y círculos en el suelo de la cueva. Cada uno significaba una cosa: el lugar por donde salían los bisontes, la meseta a la que solían dirigirse para bajar, las diferentes barrancas, y marcó unos puntos en la planicie justo antes de llegar al viso del monte. Sabían lo que eran. Unas simas por las que a veces caían animales que luego ellos conseguían capturar muertos o moribundos entrando por las bocas de aquellas torcas traicioneras y mortales. Los leones, las hienas y los lobos también las conocían y en muchas ocasiones habían tenido que disputar con ellos la presa o la carroña. Durante muchas generaciones los cazadores de la Cueva Mayor habían explotado aquellas trampas naturales.

Rastros expuso su plan. La primera línea de cazadores habría de quedarse en la retaguardia de los bisontes cuando estos salieran del profundo bosque. Se situarían allí la noche anterior, provistos de antorchas. Cuando el rebaño hubiera avanzado bastante debían desplegarse a sus espaldas, siguiéndolo al principio sin ruido hasta llegar tras ellos al terreno ya más claro, dominado por brezales y enebros. Los jóvenes serían los encargados de esta tarea. Y se hacía el honor a Tropezón de ser quien los dirigiera. Pero el Errante iría con ellos y el joven habría de escuchar sus consejos.

Dos líneas más de cazadores, también con teas, debían situarse en los flancos. La una, más allá de donde se abría la barranca hacia al norte, y la otra, por debajo de la que estaba más hacia al sur, la más cercana a la cueva, que habría de ser la última en cerrarse pues allí se abrían las torcas. Roble, con los más avezados, asumiría el mando de esas líneas e intentaría que los bisontes no la tomaran empujándolos hacia el sur. Un último y bien nutrido grupo de cazadores liderados por Rastros cerraría la salida de esa barranca, donde la noche anterior pondrían estacas afiladas, parapetos y rocas. En ello colaborarían los ancianos que aún tuvieran fuerzas. Hacia ella deberían intentar espantar a la manada, y con suerte, hasta un despeñadero que quedaba justo en su costado derecho. Ese era el objetivo. Si los bisontes rompían el cerco y conseguían huir hacia el norte y descolgarse por allí al valle, la cacería se habría frustrado. Y habría que intentarla de nuevo, en otro lugar y cuanto antes, pues, si no, los alcanzarían las nieves, el hielo y el hambre.

El chamán oficiaría los ritos, llamaría al bisonte y lo pondría al alcance de los venablos. Al brujo le llevó un día ultimar los preparativos de la ceremonia. En el interior de su recóndito cubículo había ido amasando una figura de barro y dispuesto lámparas de grasa que alumbrarían las paredes y acompañarían a la fogata central para iluminar todo el recinto. Cada cazador habría de venir con el amuleto de su tótem, su hueso de iniciación del animal que había cazado para merecerlo, y con sus

armas al completo. El chamán había preparado la bebida y el ungüento de ocre. Esa noche no se dormiría.

Entraron todos al recinto de los cazadores, también los ancianos, aunque algunos no fueran a participar en la batida, y cayó la piel que cubría la entrada del pasadizo. En la cueva, donde mujeres y niños estaban, se hizo el silencio. Al rato oyeron la salmodia de los cazadores que cantaban. El cántico era lo único de la ceremonia que podían escuchar. Todos los clanes lo conocían pues era la tradición antigua de la caza de los hombres. La de esa noche era la canción del bisonte.

digas: Soy cazador.
Yo sigo los pasos
bisonte.
á la Madre quien nos dé a beber su sangre.
á la Diosa quien nos entregue su carne.
á la Madre Diosa quien haga nacer otros de los
ıtres de sus hembras.
emos nosotros quienes les pongamos en la boca su último bocado.

digas: Soy cazador.
Yo sigo los pasos
bisonte.
arcañal en la tierra, el compañero al lado.

golpees de frente, apunta al costado.
ı toda tu fuerza, busca la entraña, el pulmón o la panza.
ena los pulsos ante su fuerza, arremete y mata.

digas: Soy cazador.
Yo sigo los pasos
bisonte.

El clan la escuchaba en completo silencio. Los niños ansiaban poder entonarla ellos un día. El Autillo la musitaba y llevaba el compás con el pie contra el suelo. Él cazaría algún día al bisonte. Y le darían a comer su lengua.

Dentro, los cazadores habían bebido en sus cuencos de madera y la excitación iba creciendo a cada instante. El brujo descubrió la tosca figura, pero de considerable tamaño, que había moldeado con arcilla y el bisonte apareció a la luz de la hoguera, proyectando su sombra en la pared. Los hombres seguían cantando. El chamán se colocó sobre su cabeza un tocado con la testuz y los cuernos de la bestia y danzó ante el fuego. Luego cogió un venablo, él también participaría en la matanza al día siguiente, y lo clavó en la paletilla de la figura. Después lo hizo Rastros, luego Roble y todos y cada uno de los cazadores. Hasta los ancianos y el Errante. Las lanzas que

ahora se clavaban en la figura de arcilla se clavarían mañana en la carne del bisonte. El clan tendría comida durante las Lunas del Hielo.

Por último el brujo hizo desfilar a todos y les trazó en la frente con el dedo la marca del clan de la Cueva Mayor: dos franjas de ocre rojo que bajaban desde el nacimiento del pelo al de cada una de las cejas.

Luego todos, en silencio, fueron saliendo hacia la sala de entrada y de allí hasta el exterior, observados atentamente por quienes se quedaban en la cueva a la espera de que un emisario les diera la señal de acudir a la matanza para desollar, destazar y descuartizar las presas. Aún era noche cerrada, aunque los fuegos del cielo comenzaban ya a palidecer en su brillo y una cierta claridad se presentía por el naciente. Tropezón encabezaba la primera fila, la de los jóvenes, que tenía que recorrer el trecho más largo, y la cerraba el Errante. Roble, la segunda, y Rastros partió con la última, cuando ya comenzaba a clarear. Las mujeres les iban entregando las antorchas resinosas y a cada grupo, un brasero con ascuas en un cuenco de corteza de abedul recubierto de hojas verdes, para que no tuvieran que prender el fuego con el pedernal y la piedra negra.

Durante los últimos días el Autillo apenas si había podido disfrutar de la cercanía de quien era ya su protector. El Errante pasaba todo su tiempo con los cazadores y el muchacho había vuelto a estar solo. Los otros chicos del clan ya no lo molestaban y no le faltaba comida, pero de alguna forma se sentía ajeno a los demás. Ahora se aislaba por voluntad propia y sin ocultarse. Participaba en las tareas comunes, pero al regresar a la cueva se quedaba en el aposento del forastero y lo esperaba allí hasta que regresara de sus conciliábulos o de sus salidas. Permanecía en silencio y una congoja comenzaba a roerlo. Un día el Errante se iría y entonces él estaría aún más desamparado y expuesto. Porque notaba en las miradas de los de su edad y de los algo más mayores que iban a castigarlo y escarnecerlo por aquella cercanía con alguien que a la postre era un extraño a las gentes de la Cueva Mayor. Nada le dijo al hombre, pero este tenía ojos para verlo, y en los momentos en que coincidían se prodigaba en algunas muestras de apoyo y de afecto. Gestos que el Autillo nunca había recibido. Se alegraba en el momento, pero luego aún era peor, porque el negro presagio de que un día partiría aún se le hacía más penoso.

Uno de los muchachos que más lo había acosado se lo confirmó con una frase y una sonrisa aviesa:

—El Errante se marchará y el Autillo volverá a quedarse sin fuego y a tener que mendigar en los nuestros.

No replicó porque bien sabía que él tenía algo que los otros deseaban y no alcanzaban: el aprecio de alguien sabio e importante. Casi tanto como sus propios jefes.

Cuando la cacería se hizo inminente, el Autillo comprendió que debía ser él quien se ofreciera primero si no quería verse postergado. Se decidió a hablar con el hombre la tarde anterior a que los cazadores se metieran a invocar al espíritu de los bisontes:

—Quisiera poder ayudar. Los otros tienen madres e irán con ellas a despellejar y traer la carne. Yo no tengo con quien ir y quisiera que me llevaras contigo.

El Errante lo meditó sonriendo.

—Eres aún muy pequeño, no puedes venir con los cazadores. No sabes lanzar un venablo.

—Sí que sé.

—A una presa pequeña, tal vez, pero no a un bisonte. No te dejarían.

El Autillo insistió:

—Soy rápido de piernas. En carrera gano a todos los de mi talla y hasta a los que me sacan un palmo.

—No —zanjó el hombre, pero se quedó pensativo.

Y antes de la ceremonia habló a solas con Rastros.

—¿Quién avisará a la cueva de que acudan al lugar de la matanza?

—Cualquiera de los cazadores jóvenes.

—¿Y por qué no llevar con nosotros al Autillo, que es ágil como una ardilla, sabe quedarse quieto y nada más concluir la cacería podría regresar y dar el aviso?

Rastros se quedó perplejo por la petición, pero no era hombre de despreciar a los demás, y menos que nadie a aquel forastero al que admiraba por tantas cosas.

—Pero no puede venir con nosotros, y aún menos contigo, que irás con los primeros a acosar a la manada desde atrás.

—Hay por encima de la barranca una gran roca desde la que se divisa todo. Él puede ir hasta allí desde la cueva, pues conoce bien el lugar. Allí se ha apostado muchas veces. Y sabe estar oculto y en silencio como ninguno de tus cazadores. Yo lo instruiré bien para que sepa cuándo ha de dar el aviso, cuando oiga el alarido del final de la cacería. Todo el tiempo que ganemos se lo quitaremos a lobos, hienas y leones, que sin duda vendrán a intentar aprovecharse de lo que nosotros hayamos matado.

—Y que podrían comerse también al Autillo.

—Sabe cuidarse y no hay tanto camino hasta la cueva.

Alguna vez, era cierto, los muchachos habían hecho esa labor. Pero este le parecía demasiado pequeño a Rastros. Al final cedió. Si se lo comía un lobo, no habría hembra que lo llorara ni que le reclamara a él nada.

Así que cuando acabaron de salir los cazadores de la cueva el Autillo ya sabía cuál había de ser su cometido y se sentía tan ufano que quería proclamarlo ante todos pero se guardó de hacerlo. Rastros, el chamán, Roble y el Errante le habían advertido, cada uno y por turno, de cómo debía comportarse. Saldría ya con el día abierto y se dirigiría a la roca señalada. Bajo ningún pretexto habría de moverse hasta no oír abajo el grito del jefe. Entonces correría a toda prisa y avisaría a la Guardiana, que era la única que estaba en el secreto y quien daría a las mujeres y los demás niños la voz de partir, provistos de todos los útiles de desollar, eviscerar, sajar, cortar y descuartizar para volver antes de que se hiciera de noche a la cueva. Con la oscuridad ya sería imposible defender la carne de las fieras.

Salió la última fila de los cazadores, la que encabezaba el jefe, que le hizo un gesto al chiquillo, entre cómplice y de advertencia, y el Autillo se preparó ansioso para partir él también, aunque hubo de esperar con impaciencia a que el sol tiñera de naranja el monte por detrás del cual asomaba. Cuando asomó al fin, amarillo y fuerte, el Autillo se escabulló y se fue por la trocha sobada que descendía un poco y luego costeaba por la ladera, y a la carrera y sin detenerse llegó a la gran roca. Trepó hasta lo más alto y allí buscó una hendidura donde meter su cuerpecillo y se quedó tan inmóvil como la propia piedra. Desde su divisadero contemplaba no solo la barranca y el valle, sino también el viso por donde tendrían que aparecer los bisontes huyendo de los hombres, de sus gritos y su fuego. El Autillo estaba tan emocionado que temblaba y notaba que le se ponía la carne como si fuera la de un pájaro desplumado. La mañana estaba calma, casi sin sonidos y él sabía por qué. El paso de los cazadores hacia sus apostaderos los había callado y tan solo algunos pájaros lo rompían. Los animales grandes habían sentido al hombre y permanecían ocultos. Desde su atalaya apenas si alcanzó a ver algunos conejos aunque los mirlos y los arrendajos parecían mucho más vocingleros que cualquier otro día. Ellos le indicaban al Autillo con cierta aproximación por dónde se ocultaba la línea de cazadores emboscados.

Cuando al fin escuchó un grito, resultó inconfundible porque no hay nada que suene como la voz del hombre y su largo alarido de matanza. Lo oyó lejano pero claro y luego lo siguió un clamor. Los bisontes también lo estarían oyendo y ya olerían a los cazadores tras ellos, sentirían su olor acre y aún más el del fuego, el humo y la resina quemándose a su grupa, pero no el de los que estaban delante emboscados.

Los hombres en efecto habían prendido fuego a las teas y los bisontes comenzaron a agitarse. Los gritos hicieron primero que el rebaño se conjuntara y luego el fuego, aunque no prendía bien en el pasto, los atemorizó. Cuando las hembras viejas y los machos grandes se lanzaron hacia delante todos los siguieron en una frenética carrera. Retumbó el suelo bajo sus pezuñas y hasta el Autillo, aunque aún estuviera lejos, alcanzó a sentir el trueno de la estampida. Clavó sus ojos en la linde del bosque y tras una angustiosa y palpitante espera, vio a los primeros que asomaban a terreno abierto.

Parecían dirigirse directos a la trampa, pero el gran macho que venía al frente dio un giro repentino y se escoró, corriendo en oblicuo hacia la barranca de arriba, y el rebaño lo siguió. Se alejaban del viso del monte, lo rehuían. El Autillo intuyó que aquello era malo. Si los bisontes no asomaban, si ni uno siquiera caía en las torcas, no habría caza ni carne. Pero algo estaba sucediendo de nuevo arriba. Volvió a oír alaridos, estos provenientes de la cresta de la siguiente barranca, y al cabo comenzó a sentir de nuevo el estruendo de los bisontes que retornaban.

Roble y sus cazadores, al ver que la manada se escapaba por su lado y como había previsto Rastros, se mostraron saliendo a su encuentro. Echaron mano a las antorchas y prendieron arbustos y pastos pues solo con sus lanzas no iban a ser capaces de

desviar la carga de aquellas moles que iban en tropel hacia donde estaban.

Lo lograron a medias. Por la parte más baja, la vanguardia logró traspasar su línea, los machos más grandes se colaron por ahí y alcanzaron la cuesta, donde ya no fue posible pararlos. Pero las hembras, jóvenes y pequeños que venían más rezagados se encontraron con el fuego y giraron bruscamente despavoridos, intentando retroceder. Así se encontraron de nuevo con la línea de hombres que los había espantado y que también traían humo y fuego en las manos. El rebaño, ya sin guía, se arremolinó hasta que una hembra cogió la bajada hacia el río. Todos los demás se lanzaron tras ella aunque algunos porfiaron en retornar al bosque. Pero el semicírculo de quienes iban con el Errante y Tropezón ya había tapado aquel escape y solo unos cuantos lograron de nuevo entrar al monte.

Las bestias se veían ahora cercadas y el pánico se apoderó definitivamente del rebaño, que ya distinguía cercano el Autillo justo por la zona en la que se abrían las torcas. Un pequeño pelotón, justo por encima de la peña del Autillo, logró zafarse escapando en oblicuo hacia el naciente, pero una buena punta del rebaño bajó en tromba por la rampa de la cárcava y se dirigió hacia los apostaderos de los cazadores de Rastros. Vio entonces el Autillo que desde la meseta por detrás y hacia el poniente confluían, hacia donde él estaba, las otras dos líneas de cazadores que se lanzaban tras las bestias barranca abajo para no darles tregua.

Pero no alcanzaba a contemplar lo que se sucedía abajo pues se lo tapaban los relieves del terreno y la vegetación. Al fondo, fuera de su vista, es donde se produciría el choque.

Oyó los chasquidos de la vegetación al ser aplastada, mugidos y gritos de hombres y bestias, y entre los alaridos humanos uno que le pareció que no era de furia sino de dolor y muerte. A poco, los ruidos que venían de la barranca se fueron apagando. Los últimos bisontes desaparecieron de su vista entre los sotos del río. Oyó entonces la voz de Rastros elevándose, gritando su nombre, la señal convenida, y como un ratón saltó de la roca y salió a escape corriendo con todo lo que le daban piernas y pulmones hasta llegar a la gruta. Consiguió llegar sin detenerse aunque en un par de ocasiones sintió que le fallaban las piernas y le faltaba el aire. Pero ya tenía la cueva a la vista y se sobrepuso al desfallecimiento. Alcanzó la entrada, fue hasta la Guardiana y le dio las nuevas:

—Rastros llama. Unos deben ir al final de la barranca primera que baja hacia el río, otros a las torcas, en la meseta.

Las gentes del clan de la Cueva Mayor habían oído también el rumor lejano de la cacería y hasta los niños más chicos, colgados de los zurrones en que los llevaban las mujeres, se apresuraron a acudir al lugar de la matanza. En la cueva no quedó ni el viejo más lisiado.

El Autillo, una vez recuperado el resuello, se unió al grupo que subía hacia la meseta, donde estaban las trampas naturales de las torcas, en busca del Errante, que había estado en la línea de retaguardia. No tardaron en dar con algunos cazadores que

estaban inspeccionándolas para rematar a las reses malheridas que habían caído por ellas. De una vio salir a Tropezón, acompañado de otro joven, que les señaló el agujero de entrada.

—Hay que meterse por ahí. Ya lo hemos rematado, es una hembra. Hay más en otras. Hay que desollar y descuartar rápido.

El chiquillo observó que Tropezón le había cortado la lengua a la vaca y la estaba envolviendo en hierbas para guardársela en su zurrón.

—¿Dónde está el Errante? —preguntó.

Tropezón no se dignó en contestar al crío. Simplemente hizo un gesto indicando el sendero por el que él y su compañero comenzaron a avanzar. El Autillo los siguió.

Fueron ladera adelante hasta dar con otra entrada, y por ella, tras hacerle un gesto de que aguardara fuera, se introdujeron hacia las profundidades de la tierra. No le quedó más remedio que esperar un buen rato. Oyó ruidos dentro y algún grito, pero no pudo descifrarlos hasta que a la postre quien apareció fue el Errante. Tenía la prenda de abrigo manchada de sangre y un cierto gesto de disgusto en el rostro. Sonrió al ver al chico.

—Dentro hay dos, una hembra y una cría muy pequeña. La madre estaba casi muerta de la caída, pero el recental ha caído encima de ella, en blando, y estaba vivo. He tenido que matarlo.

Como no le quedaba ya venablo alguno, había tenido que abrirle la garganta con un cuchillo de pedernal. Se había manchado de sangre y no le había gustado.

—Era una cría muy pequeña.

Tropezón y su acompañante salieron tras él, y también traían la lengua del choto junto con la de la madre.

—Espera aquí al grupo de mujeres para cuando avíen la primera —ordenó Tropezón al otro joven cazador—. Enséñales la entrada y que vayan aviándolos. Guárdalos de los lobos que pueden venir.

Y el cazador joven le obedeció. Tropezón estaba ascendiendo muy rápido en la línea de caza.

El Autillo siguió con el Errante y los otros al encuentro del resto de los cazadores. Los encontraron bastante lejos, en la boca de la última torca, arremolinados y discutiendo. La entrada era un estrecho pasadizo por donde había que entrar arrastrándose. Y otros habían llegado antes. Los lobos. Y ninguno tenía demasiadas ganas de ser el primero en meterse.

—Hemos visto a los lobos desde arriba. Les hemos tirado piedras y gritado, pero no han salido y se están comiendo el bisonte.

—El bisonte es nuestro y hay que arrebatárselo. Lo han matado nuestras lanzas. Vamos dentro —dijo Tropezón haciendo ya ademán de echarse al suelo y reptar por la entrada.

—No hace falta —le detuvo el Errante—, aún tenemos antorchas. Espera aquí con el venablo presto. Aún cazarás un lobo y sin exponerte a una dentellada en la cara

o en el cuello. Algunos subid conmigo y encended todas las teas. Otros esperadlos aquí con Tropezón y con las azagayas listas. Ya verás cómo salen.

Los cazadores habían logrado recuperar parte de su armamento lanzado y tenían suficiente para hacer frente a los cánidos. Luego recogerían todos los venablos que pudieran por el campo.

Ya arriba, el Errante señaló, asomándose a la tolva de la piedra, a los lobos que gruñían abajo y se peleaban por comer del bisonte muerto. Los cazadores gritaron enfadados. El forastero buscó alimento para la llama, pasto seco, arbustos, aliagas, retamas, todo lo que ardiera e hiciera humo. Los otros lo secundaron. A poco grandes haces de broza ardiendo caían hacia el fondo de la torca y a nada una gran humareda y hasta llamas se habían apoderado de la cavidad. Un grito de triunfo en la ladera, en la entrada del pasadizo es lo que oyeron después. Los lobos habían salido huyendo del fuego pero no todos habían escapado.

Uno se había dejado el pellejo en la lanza ligera de Tropezón, que la agitaba exultante y victorioso. Se haría un gorro con la piel de su cabeza y un collar con sus colmillos. Aquel lobo era la fiera más grande que había cazado hasta el momento.

—Al salir a escape he tenido suerte y le he alcanzado en la paleta. Ha huido con el venablo clavado, pero ha corrido poco. Ha caído muerto, dando brincos y retortijones, a tan solo unos pasos. Mira, Errante, qué colmillos tiene. Tendré su piel y sus garras.

—Pero ahora hay que entrar a coger la carne del bisonte. Y darse prisa. Es el último. Ya no hay más animales caídos. Dos hembras, la cría y este macho joven —cortó el forastero, y el joven se allanó ante aquel hombre a quien respetaba.

Las tareas de despellejar, eviscerar e ir descuartizando a las reses se hicieron largas y pesadas, aunque llenas de alborozo y risas. Por fortuna, eran muchas manos y sabían manejar bien los cuchillos. Lo primero en ser trasladado hacia la cueva fueron las pieles y los solomillos. El Autillo llevó la del recental.[12]

Esperaban encontrar ya en el Portalón a más gente también regresando y compartir con ellos la alegría por el éxito de la cacería. Pero nada más llegar ya supieron que algo la ensombrecía. En la barranca había sucedido una desgracia. Un cazador había caído. El Autillo recordó aquel alarido de muerte que había escuchado.

Lo estaban subiendo ahora, en una piel extendida que traían entre seis hombres cogiendo cada uno de una de las cuatro puntas y dos de los laterales. El bisonte lo había matado al ir a socorrer a uno de los viejos, al Desconfiado, que había bajado antes de tiempo, que no se había protegido bien tras las rocas y que había sido arrollado y se había quebrado una pierna. Por su descuido un cazador joven y fuerte había muerto. El clan lo lloraba, las mujeres que lo tenían en su fuego se echaban ceniza por los cabellos, los hombres recordaban a su compañero. El chamán, que sabía componer huesos, le entablilló la pierna al Desconfiado, que no dejaba de quejarse. Y el Autillo, al ver la cara grave y sombría de Rastros, supo lo que el jefe pensaba. El clan había perdido un brazo útil y una lanza fuerte y se había cargado con

un viejo inválido y una boca inútil.

Pero se le daría de comer, aunque como seguía soltando denuestos mientras lo curaban, Rastros acabó por decirle que no gritara ni se quejara tanto. Y el viejo se calló al instante, no fueran a dejarlo sin comida.

Los hombres del clan de la Cueva Mayor no se comían a los suyos, excepto si eran los sesos de alguien muy destacado y que mereciera por encima de todos que se guardara su recuerdo, en cuyo caso se conservaba su cráneo limpio en una hornacina del reducto de los cazadores e incluso se utilizaba de vasija para los grandes ritos. Este era solo un buen cazador. Se le limpió de su sangre y de sus propios intestinos. Luego los cazadores descendieron con su cadáver por uno de los oscuros pasadizos que salían del Portalón de la Cueva hacia una inmensa y altísima galería que se abría en las entrañas de la tierra y donde la luz de las antorchas no llegaba a alumbrar el techo, pero sí sus enormes columnas relucientes. Habían de tener cuidado en su camino pues a sus lados se abrían simas terribles y algunos había caído y desaparecido para siempre en la oscuridad de aquellos abismos. Pero conocían bien la senda y la transitaban mucho, pues al final de aquella gruta había un verdadero tesoro que el clan guardaba en secreto. En el último recoveco, cuando los techos de la cueva eran ya mucho más bajos y quedaban al alcance de la mano, allí habían incrustado multitud de riñones de sílex de la mejor calidad y con los que se trabajaba mucho más fácilmente y con mejores resultados que con los que recogían de las orillas del río.[13]

Solo los hombres bajaron a su compañero y tan solo una mujer pudo acompañarlos, la Guardiana de la Diosa, que le puso ocre en la frente, la cara y los párpados. Hicieron un hoyo junto a una de las paredes, cerca de donde gota a gota se acumulaba un pequeño pilón de agua, lo cubrieron con grandes lajas de piedra, clavaron, a cada lado, un cuerno del bisonte que lo había matado y que finalmente los otros cazadores habían logrado abatir.

Retornó por fin el cortejo a la amplia sala de la entrada. Ardían los fuegos, volvió la alegría al olor de la carne asada. Estaban preparando las lenguas. En muchas ocasiones lo hacían en el propio lugar de la matanza, asándolas sobre lajas de pizarra solo para los cazadores, pero ese día hubo para todos. Habían logrado matar casi tres manos de animales y habría mucho tasajo que los ayudaría a pasar el invierno. A curtir las pieles y a recolectar todos los frutos que pudieran antes de que llegaran las nieves había de dedicar a partir de ahora el clan su tiempo.

Que era también el que parecía haber llegado para la partida del Errante. El Autillo empezó a sospechar que el momento estaba cerca cuando lo observó en cada vez más frecuentes conciliábulos con Rastros y con el brujo. Hablaban separados de los demás largos ratos y el muchacho los veía gesticular y al jefe negar con la cabeza. Luego el Errante regresaba a su lugar y el niño lo miraba expectante, pero el forastero callaba. Y la angustia del Autillo crecía.

Una tarde vio que los tres hombres se metían en el reducto de los cazadores, del que el Errante salió al cabo de largo rato y se llegó a sus fardos. Extrajo un envoltorio

y volvió con los otros dos al reducto sagrado. Cuando finalmente salieron todos lo hicieron sonrientes. Y los tres fueron donde el Autillo, que, en cuclillas, inmóvil y con los ojos bien abiertos, lo observaba todo.

Rastros le dijo:

—El Errante quiere llevarte consigo, y al Hombre Espíritu y a mí nos parece bien que vayas con él. No tienes madre ni fuego. Pero este es tu clan y no te arrojaremos de él si tú no deseas irte.

El Autillo abrió la boca y se quedó mirándolos atónito. Había soñado y acariciado aquella posibilidad, incluso había llegado a pensar en pedírselo al viajero. Pero la había desechado. Era muy pequeño. Ahora sabía que se estaba haciendo mayor, que era ya un joven, que dejaba de ser un niño. Y el jefe de los cazadores le estaba preguntando por su voluntad y deseos.

—Esto hubiéramos tenido que consultarlo con cualquiera de tus parientes —señaló el brujo—, pero no tienes. Así que nosotros hemos actuado como si lo fuéramos y hemos creído que es bueno para ti.

El Autillo volvió a abrir la boca y esa vez pudo hablar:

—Quiero ir. —Y de inmediato comenzó a empacar sus cosas, que cabían todas en un pequeño y raído zurrón.

Otra sorpresa lo esperaba. Rastros le ofreció un regalo. Era una parka completa, algo grande para él. Estaba un poco vieja pero bien cosida y apretada, con su capucha con el pelo por dentro y que se cerraba bien al cuello. El brujo le regaló unos perniles para protegerse las pantorrillas.

—Este seguirá siendo tu clan aunque ahora te vayas. Puedes volver a él cuando quieras. Serás bien recibido.

Y el Autillo pensó que sí, que un día volvería pero ahora ansiaba irse, y miró con una enorme esperanza y gratitud al hombre que lo llevaba consigo.

Aquella tarde prepararon todo, siendo aún de noche se levantaron y al clarear el alba salieron por el Portalón de la Cueva Mayor. El Errante volvía a las trochas y las veredas rumbo a cualquier otro clan, pero para el Autillo comenzaba una vida nueva, algo que jamás había conocido ni se imaginó. En algún momento el chiquillo se preguntó quién era aquel hombre, de dónde venía y adónde iba y cuál era su destino, pero lleno de excitación dejó el pensamiento de lado. Le rebullía todo por dentro y hasta tropezaba al comenzar a andar. No acertaba ni con el paso ni con su sitio. El Errante se volvió a mirarlo y le dijo:

—Camina siguiendo mi paso.

Al Autillo se le serenaron los pulsos y comenzó a caminar tras él poniendo su pequeño pie de niño donde justo antes había marcado su pisada el hombre.

13

El Valle de los Primeros Hombres

Cuando murió la Callada, a Nublo se le encharcó la mirada y sintió desgarrársele la entraña, como si le hubieran clavado una lanza de pino con la punta recién sacada del fuego para afilarla. Le habían dicho que no lo había parido y que era hijo de una Oscura, pero ella fue siempre su madre, ella fue la única en la que tuvo y depositó cariño, porque todo lo demás en su vida fue resistencia, ira y combate. La Callada fue primero protección y refugio, luego, aliento, y después, orgullo. Nublo enseñó desde muy niño a los demás sus dientes blancos en su cara cetrina y se los clavó con saña cuando tuvo que defenderse, para aprender luego a mostrarlos en una sonrisa amenazadora y burlona cuando ya era él quien atacaba y quien vencía.

La Callada le curaba las heridas, pero no hacía falta que le consolara ni cuando los otros lo magullaban, porque Nublo ni gemía ni lloraba nunca. Solo cuando murió la Callada se le encharcaron los ojos. Antes nunca, ni cuando más dolorosamente lo golpeaban o lo ofendían. Iba, sí, al lado de su madre buscando su protección, se quedaba allí quietó mirando fijamente a sus enemigos y de ella sí admitía algún gesto de afecto. Cuando la Callada le revolvía el pelo crespo y rizado, que volvía de inmediato a su sitio, con la mano, Nublo sonreía pero era entonces otra su sonrisa, no era aquella de lobo a sus adversarios, era la de un niño que con ella agradecía y alegraba a quien quería. A la Callada es al único ser vivo que Nublo quiso. Por el único en cuya muerte se le encharcaron los ojos.

Había dejado de necesitar ya su protección hacía algún tiempo, aunque siempre gustó de su cercanía y aliento. Lo había logrado aquella mañana junto al río, al que había descendido el clan casi por entero a recolectar en sus orillas, cuando a él todavía no le sombreaba el vello en la cara y sí presumían de comenzar a tenerlo sus iguales y hasta bastante menores en edad, que una vez más, arremolinados, se mofaban de sus oscuras diferencias. Entre ellos destacaba el más fuerte de la pandilla, uno que ya pugnaba por formar en la fila de los hombres y esperaba con ansia ser llevado a una gran cacería. Era quien más le acosaba, le golpeaba a la menor oportunidad y Nublo había tenido que defenderse en más de una ocasión con uñas y dientes. Esa mañana comenzó a salpicarle con el agua gritando:

—Lávate tu piel sucia de Oscuro. No se te aclarará por mucho que te restreguemos. No eres del clan, no eres de los Primeros Hombres. No deberías vivir entre nosotros.

Lo secundaron otros con burlas y muecas. Miraron el tumulto las hembras y sus crías, hasta algunos cazadores se quedaron observando y el cabecilla, complacido por ello, agitó los brazos, haciendo grandes aspavientos, y se fue aproximando a Nublo empujándolo a que se fuera. Y entonces sucedió.

Nublo, sin una voz, sin una señal de advertencia siquiera, con un gesto repentino y veloz cogió una piedra de buen tamaño, redondeada por el agua, saltó como una pantera y le destrozó la cara de un solo golpe, haciéndole caer de espaldas en la corriente, donde hubieron de ir los demás, mudos y estupefactos, a socorrerlo. Gritaban todos, con mucho agitar de manos, mientras lo sacaban del agua. Nublo, erguido y en silencio, los contemplaba aún con la piedra ensangrentada bien agarrada en la mano. Nadie se atrevió a acercársele. Solo la Callada bajó hacia donde estaba, le hizo gesto de que fuera hacia ella y juntos se mancharon ladera arriba hacia el abrigo y su fuego. La madre miró al hijo y este vio en sus ojos que no había pesar ni reproche alguno. Había orgullo.

El herido, que había quedado desvanecido por el golpe, volvía a abrir los ojos y a mover las manos y las piernas. No había muerto pero sangraba mucho. El impacto de la roca le había aplastado la prominente y curvada nariz y destrozado la boca y roto varios dientes. Aquel día le nació el nombre por el que lo mentarían de ahora en adelante, el Mellado. Su cara quedó desfigurada para siempre pues los huesos de la nariz no eran como los de un brazo, que soldaban por dentro, y los dientes ya no eran de los de leche que se caían y salían nuevos. La herida curó pero nunca sus cicatrices. Menos aún cuando comprobó que su primacía entre la banda de los más jóvenes se tambaleaba y que algunos incluso comenzaban a frecuentar la cercanía de Nublo. Rumió venganza, buscando el momento oportuno para arremeter contra su enemigo. Pero Nublo siempre estaba en alerta, era imposible cogerlo desprevenido y caerle encima.

Nublo iba creciendo y deseaba tener una lanza, aunque no fuera de las largas de los hombres, cuanto antes. Los cazadores se fabricaban las suyas, pero algunos eran más hábiles tallando que otros y sus puntas eran muy apreciadas. Uno de ellos era el hombre que compartía el fuego de la hermana mayor de la Callada y en él solía fijarse el muchacho sin perder detalle de sus movimientos. Le había visto extraer de la piedra raederas, raspadores y también tallar alguna hermosa punta para engastar en la punta del astil. Se sentaba a su lado, y aunque el cazador era bastante hosco y no parecía tenerle simpatía, comenzó a halagarle su interés. Y cuando el chico intentó imitarlo no pudo contener la risa porque había cogido piedras de las que nada podía sacarse.

Así supo Nublo que una de las carencias del valle era la piedra buena, el sílex, con el que se sacaban los filos más cortantes, y que también era difícil encontrar otras para esos menesteres. En un lugar bastante lejano, aguas arriba, aún se encontraban algunos bloques de pedernal pero el clan había encontrado un sustituto: era como hielo de piedra que estaba dentro o afloraba de algunas rocas, y eso es lo que el hombre le dijo que buscara y que si le traía algunos buenos trozos, le haría con ellos una punta. Y Nublo no tuvo otra obsesión que encontrarlo y, a fuerza de mucho recorrer laderas y borde del río, logró encontrar algunos de aquellos cristales de roca y otros parecidos aunque no fueran tan limpios y se los llevó al tallador.

Pero antes de ponerse a tallar punta alguna había que conseguir el astil de la lanza. Los hombres las tenían enormes, más del doble que ellos mismos de largas, pero para Nublo valdría con algo bastante más pequeño, así que en vez de buscar un pino joven optaron por una buena rama de fresno, de los que crecían en abundancia por las riberas. Le enseñó a desramarlo y desbastarlo pero sin quitarle la corteza. Luego comenzó la talla de la punta con mucho tiento y cierto miedo, pues antes de lograr concluir una fueron varias las que quedaron desechadas por haberse quebrado o haber quedado inutilizadas por un golpe mal dado. El veterano cazador se quedó perplejo cuando el muchacho se puso a trabajar un trozo que él había despreciado.

Descubrió que, aun sin haber practicado apenas, la habilidad de las manos de Nublo era bastante mayor que la suya. Movía los dedos con una agilidad y precisión que asombraban y por ello podía tanto coger mejor el núcleo como aplicar con mayor tino y precisión el golpe. Se miró sus propias manos y luego observó de cerca las del muchacho. No parecían diferentes, aunque las suyas fueran más gruesas y peludas. Pero algo debían tener de lo que las suyas carecían. Porque lo que al hombre le había costado tanto aprender para conseguir su destreza, el chico parecía hacerlo a nada de aprendizaje. Sin aparente esfuerzo lograba los filos deseados como si la piedra estuviera esperando su golpe para partirse por donde él quería.

A Nublo le fascinó el proceso de engastar la punta de piedra en la madera. Para ello el tallador utilizó resina de pino e hilachas trenzadas de tendones de ciervo. Y le enseñó un secreto: la resina había que mezclarla con cera de abejas y amasarla al calor porque así la resina no se agrietaba ni partía. Luego talló en el extremo más fino de la gruesa vara una hendidura y allí encastró la punta de cristal de roca. Entonces vertió la resina amasada con cera y rodeó la junta con ella para, antes de que se enfriara, y con todas sus fuerzas asegurarla con vueltas y revueltas de tendones hasta que quedó firmemente sujeta. Con un gesto solemne se la entregó al muchacho, que la empuñó con mucha seriedad. El Mellado ya se guardaría de ahora en delante de arremeterlo.

Así tuvo Nublo su lanza, así con ella en la mano se presentó ante su madre y, desde su fuego en el gran abrigo bajo la visera de rocas, la levantó para que su punta se perfilara en el aire justo enfrente de donde se erguía, poderosa y protectora, la gran Peñalanza, a la que ofrendó su arma. Pero también la levantó para que los demás vieran que la tenía en la mano y que no se separaría de ella. No sería ya él quien temiera a los otros chicos ni tampoco al Mellado.

Seguía saliendo con las mujeres a conseguir comida o a traer leña, pero ya no dejó nunca su lanza. Pronto comenzó a acompañar a los hombres y aprender de ellos cómo cazar animales más grandes aunque era obligado a quedarse atrás cuando llegaba el momento culminante de la cacería. Le adjudicaban las tareas más penosas, como era cavar pacientemente con palos, lajas y manos en el suelo hasta lograr hacer un gran hoyo en el suelo, hondo, ancho y largo, donde cayeran los animales sobre las estacas afiladas y endurecidas al fuego que habían clavado en el suelo. Los hombres

vieron que Nublo se esforzaba al máximo y les agradó, aunque no le dijeron nada.

Nublo iba guardando en su memoria cómo disponían la trampa, la cubrían con un entramado de ramas y con tierra, hojas y palitos, hasta que no se distinguiera en nada del suelo de la trocha o del calvero que rodeaba a la fosa. Y después cómo se retiraban barriendo el suelo con un brazado de ramas de piorno y esparcían excrementos de animales, si era posible de los mismos a los que pretendían capturar, para borrar las huellas y el olor de los cazadores humanos.

Esperaba ansioso cuando los hombres, pasadas varias noches, acudían sigilosamente a comprobar si algo había caído en ellas y sentía su decepción cuando quien se había adelantado hacia un gesto de desaliento y de retirarse en silencio. Pero guardaba en su memoria aquel día primero en que, desde una de las trampas, un cazador dio el grito de aviso para que se apresuraran. Era una cierva y ya estaba muerta cuando ellos llegaron, pues dos estacas la habían atravesado. Nublo la consideró su primera presa pues él había contribuido a cavar el hoyo.

Los hombres del clan cazaban mucho con trampas y no se alejaban demasiado de las cuevas. Si les era posible, regresaban por la noche a ellas, pero en un día abarcaban mucho territorio y aquel era muy abundante en caza. Si durante un tiempo cazaban río arriba luego dejaban aquellos parajes en paz y lo hacían río abajo, así como trasladaban sus batidas de los bosques del naciente a los de poniente, en una rotación que ellos sabían acompasar dependiendo de la temporada.

Al finalizar su primera añada de aprendizaje, Nublo ya había alanceado alguna res herida y rematado a unos jabatos que habían caído con su madre y chillaban aterrados. La jabalina estaba ensartada, la dejaron morir y luego le dijeron a Nublo que bajara y rematara a los rayones. No le fue fácil alcanzarlos con una piedra en la cabeza ya que se le escurrían. A uno lo agarró vivo y lo sacó cogido de las patas traseras. Un cazador le propinó un seco golpe encima de la jeta.

—Golpea ahí con la piedra. Es el mejor sitio. Con la lanza, mejor detrás de la pata delantera, de atrás adelante, y para rematar por la oreja.

A veces forzaban, si la trampa estaba en un paso, o aún mejor en un pequeño desfiladero, que los animales cayeran en ella persiguiéndolos con alaridos y fuego. En ello también comenzó a participar Nublo. Hacía siempre con empeño todo lo que se le encomendaba sin rechazar ni siquiera con un gesto ningún trabajo ni ninguna tarea, obedecía en silencio, se aplicaba con esfuerzo y respetaba a los hombres y se colocaba detrás de ellos o donde se le indicaba. Y los hombres, aunque no decían nada a los jóvenes cuando hacían a su gusto las cosas, lo observaban y querían cada vez más que los acompañara.

Fue cuando se murió la Callada y a él se le encharcaron los ojos. Pero ya tenía una lanza y un fuego y traía a él su caza. Ya era Nublo uno más en el Valle de los Primeros Hombres, aunque todavía no tuviera sitio en la fila de los cazadores.

14

Huellas en la Cueva del Ojo

El hombre le señaló al Autillo el ojo de la cueva, en la pared que dominaba el valle, resguardado de los vientos, mirando todo lo que a sus pies discurría y por donde fluía el río que hacía ya casi un día que seguían.[14]

Habían viajado rápido y sin demasiados contratiempos. El Errante era ducho en esquivar peligros y prudente para guardarse de ellos. Bastante antes de llegar la noche el hombre comenzaba a buscar el cobijo donde pasarla bien resguardados y protegidos. Casi siempre era una oquedad profunda que taponaban con piedras grandes y se apresuraban a encender el fuego justo a la entrada y a acumular reservas para alimentarlo.

El Autillo aprendió a prenderlo tanto con el pedernal y la piedra negra como con una varita fina y dura de madera. El Errante llevaba en una bolsita un pequeño tesoro que le mostró y luego lo adiestró en su búsqueda, preparación y uso. Se trataba de un hongo especial[15] que se secaba y, reducido a migajas, era la mejor yesca. En él la chispa prendía de inmediato y en cuanto añadía alguna pajita, o mejor aún alguna piel de jara, la llama brotaba enseguida. Aprendió a buscarlo pegado a los troncos de los árboles viejos y aún mejor en los caídos. Era grande, a veces más que toda la mano, y se parecía al casco de un caballo. Cuando el hombre le dijo que también podía comerse, el Autillo no tardó en conseguir tantos que al final una noche acabaron cenando con ellos.

El niño no se limitaba a mirar y obedecer sino que preguntaba por todo aquello que le intrigaba. Comprobó que al Errante no le molestaba y sus preguntas se hicieron continuas. Una atardecida, ya guarecidos en un buen agujero en el roquedo, el hombre le dijo con una sonrisa:

—Cuando te conocí, parecías un pequeño búho mudo y tenías bien puesto el nombre, pero ahora pareces cada vez más un pajarillo que no deja de piar todo el día.

A pesar de ello el chico contuvo sus preguntas sobre el destino de su marcha, del que solo sabía que iban a pasar por un clan que el hombre había visitado y de donde procedía el muchacho que antes lo acompañaba y al que había matado la pantera. Y que estarían allí pocos días, pues el Errante quería alcanzar los clanes que vivían en las cercanías del Gran Azul, donde pretendía quedarse a pasar las Lunas del Hielo. Le explicó que el Gran Azul era como un río tan inmenso del que no se veía el otro lado, ni se sabía que lo hubiera, que se agitaba en espumas que rompían en la orilla, que su color era como el del cielo cuando no había nubes y que el agua no se podía beber porque quemaba la boca.

No se detenían a cazar ni a intentar pescar, pues tenían las provisiones que les habían dado en el clan de la Cueva Mayor, pero al paso iban recolectando lo que

pillaban, incluso aprovecharon algún algarazo fuerte para recoger caracoles y asarlos. Pero el viaje fue corto y a la tercera noche el hombre le indicó que llegarían ya antes de la siguiente. El Autillo había oído hablar de aquel clan al que se dirigían pues incluso había gentes en el suyo que provenían de él y otras allí que habían partido del de la Cueva Mayor.

A medio día de que se lo anunciara, el muchacho vio por vez primera el Gran Ojo oscuro rodeado de otros más pequeños en la pared de roca pelada y veteada, curvada hacia adentro y poco después otro ojo aún más extraño y donde sucedía algo que él jamás había imaginado ver: por aquella oquedad la montaña se tragaba el río, que se introducía en su vientre y se perdía en las entrañas de la tierra. Aquello le hizo estremecerse. Él había visto manar el agua de entre las piedras pero jamás que estas la engulleran.

Pronto los vieron a ellos y, como había sucedido cuando el hombre llegó ante su cueva, oyeron gritos y vieron a gente que se asomaba gesticulando a la entrada de la gruta. El Autillo había visto al Errante llegar así, pero ahora era él quien lo acompañaba y los otros quienes lo miraban.

Los recibieron con agrado, aunque en un fuego hubo mucha tristeza cuando el Errante hubo de relatar por qué ahora lo acompañaba aquel más pequeño y que quien partió con él no venía. La madre no pudo ocultar su resentimiento.

—No debiste habértelo llevado. Mi hijo hubiera vivido aquí protegido por su clan. Tú caminas de un sitio a otro, sin fuego y sin clan. Haz lo que quieras, pero no debes llevarte a nuestros hijos.

El Errante mostró su pesar y no replicó. Entregó varios presentes y una ofrenda muy preciada: un collar de conchas que brillaban por dentro. La Guardiana de la Diosa las recogió y dejó a la madre que se quedara lo que quisiera en recuerdo de su hijo. Ella cogió el collar y el gorro de piel de oso que el hombre había recuperado del lugar donde lo mató la fiera y fue con ambos apretados junto a su pecho a llorarlo a un lugar oscuro.

El Autillo apenas si se sintió concernido por aquello, aunque pudiera ser el siguiente en correr aquella suerte, en su clan natal aún le parecía peor la que le hubiera aguardado. El Errante se enredó en largos conciliábulos con los cazadores y el chico quedó un tanto solo, expuesto a la curiosidad de los otros de su edad, que lo miraban con una actitud desconocida y grata para él. Todos lo rodeaban curiosos por saber de dónde venía o cómo era que acompañaba a aquel hombre con fama de sabio y de hablar con los espíritus de la tierra, del agua y del cielo, pues, si no, no comprendían cómo las bestias respetaban su vida en sus viajes entre los clanes. Con los niños del clan del Ojo de la Roca que se traga a un río, el Autillo comenzó a sentir que había dejado atrás al que había sido. Y aunque tardó mucho tiempo en que el pensamiento tomara firmeza en su cabeza, sintió, antes incluso de comprenderlo, el cambio que sobre él y luego en él se había obrado. Los chicos buscaban su compañía y lo animaban a acompañarlos en sus juegos, le mostraban sus cuevas y los lugares

donde rendían culto a la Diosa o donde los cazadores celebraban sus ritos.

Él, gozoso, se dejaba llevar aunque no tardó en detectar que alguno se ponía celoso y a la defensiva con su notoriedad y que algún otro pretendía mostrarle su superioridad. Pero el Autillo tenía en aquellas artes mucho vivido y supo soslayar aquellos recelos con silencio y prudencia.

Empezó también entonces a preguntarse por el hombre al que acompañaba y que lo había cogido bajo su amparo. Era alguien en verdad extraño, sin clan y sin fuego, pero en todos recibido con respeto. ¿Quién era? ¿De dónde había venido? ¿Hacia dónde iba? ¿Por qué vagaba por la tierra? Aquí, en esta nueva tribu, aún lo trataban con mayor consideración que en la suya. Sin duda, lo tenían por alguien poderoso. Pero ¿por qué lo era y por qué vivía de aquella manera?

Aquel paraje le resultaba fascinante y lleno de maravillas. Era la primera vez que conocía a otro clan y donde vivía este era en verdad impresionante. Aquel roquedo liso, lavado y el ojo abriéndose en la piedra solo era la entrada a un sinfín de cosas asombrosas. Lo primero que sus nuevos compañeros le enseñaron fueron otras muchas bocas y algunos otros habitáculos con asideros y escalones tallados para trepar hasta ellos. Pero le dijeron que ellos no podían subir porque era un gran tabú y serían muy castigados en caso de romperlo. Desde abajo se vislumbraba una repisa donde había unos colmillos gigantescos.[16] Le contaron que allí se reunían los cazadores antes de sus partidas y que aquellos gigantescos colmillos eran de un animal que era como una montaña y habían batido en una cacería tan lejana que solo quedaba un anciano vivo que hubiera participado en ella. Pero recientemente otros cazadores habían visto una pequeña manada y ellos un día, cuando fueran iniciados, cazarían uno como aquel que daría carne a todo el clan para toda una luna helada.

En otra de aquellas repisas a las que estaba vedada la entrada, en una cueva que llamaban de las Palomas pues allí acostumbraban a anidar muchas de aquellas aves, [17] existía otro habitáculo solo para uso de las mujeres y un reducto especial de la Guardiana de la Diosa.

Los otros chicos le contaron que las cuevas no tenían fin y que era muy peligroso perderse en ellas y que muchos eran los hombres que se habían arriesgado a adentrarse por sus laberintos y pasadizos y de ellos no se había vuelto a saber nunca. [18] Le retaron a entrar y que demostrara su valentía, ya que había atravesado por tanta tierra y cruzado tantos ríos. Fue aquel muchacho que parecía tenerle más celos. Pero el Autillo sabía que su mentor se enfadaría y, aunque soportó alguna burla, renunció al reto.

El Errante proseguía en sus largas sesiones con los más notables del clan y su chamán. Este se vistió un día con una pelliza ceremonial de juncos y de hierbas sobre una piel de ciervo, tapado por una máscara y un casquete de lobo para encabezar una procesión, seguido por el Errante y por un grupo de los más arrojados cazadores portando grandes antorchas resinosas, la primera de las cuales encendieron en la boca de la Cueva de las Palomas. La comitiva se adentró en la oscuridad y se perdieron de

vista. Aún se percibía el resplandor de las teas y se oían sus quedas voces. Luego hasta aquel fulgor se perdió y el silencio y la oscuridad se los tragaron.

Las mujeres, arremolinadas en torno a la Guardiana de la Diosa, se congregaron a la entrada. La Guardiana salmodió una invocación y todas murmuraron. Estaban muy disgustadas por aquella estupidez de los hombres, que habían mantenido su plan en secreto y que no tenía objeto alguno excepto el perderse, morir y dejar los fuegos sin lanzas y sin caza. Los hombres muchas veces hacían las cosas más estúpidas. Hubieron de esperar con creciente ansiedad y enfado durante un tiempo que se hizo insoportable y algunas se levantaron y se marcharon a hacer sus cosas para no tardar en regresar al poco y seguir esperando. Pero no iban a ser ellas tan tontas como ellos y entrar a buscarlos. Ellas tenían que proveer para el clan y criar a los hijos.

Fue ya casi en el crepúsculo cuando una creyó oír una voz, y al poco, y cuando creía que le había engañado su deseo, otras ya más fuertes y todas vieron una luz, la de la última tea que traían ya casi consumida. El chamán volvía al frente con el Errante a su lado y todos los seguían muy animosos y alegres. Pero si esperaban alguna bienvenida, se encontraron con el regaño enfurruñado de las mujeres y un aluvión de reproches y se les puso cara de pasmo sin alcanzar a comprender su enfado. Ellas habían pasado preocupación y miedo y querían hacérselo pagar, encima por haberlo hecho sin objetivo alguno, como niños sin sentido. ¿Cómo iban ahora a prohibirles a los chicos imitar lo que habían visto hacer a los mayores? Su actitud podía traerles desgracias. No hubo uno solo, ni siquiera el chamán ni el jefe, que se librara de la regañina.

Pero ellos estaban contentos y el Autillo, deseando que su maestro le contara. Comprobó que también el Errante, aunque no hubiera rechistado ante las hembras, estaba ufano de aquella hazaña.

—Llevábamos dos manos de antorchas preparadas. Una para ir y otra para volver. Establecimos que solo avanzaríamos hasta agotar la mitad e iríamos marcando con ellas las paredes con sus tizones para no perdernos de vuelta. Caminamos mucho, aunque muy despacio y agrupados, por la oscuridad que nos envolvía, y llegamos a una sala bastante amplia donde el suelo estaba lleno de barro por la humedad que se filtraba del techo y de las paredes y que lo cubría con un dedo de agua. Pasamos por allí descalzos hacia otra galería por la que nos adentramos hasta que la última antorcha de la primera mano se consumió. Entonces volvimos y recruzamos aquella sala encharcada y arcillosa para regresar y aunque en alguna ocasión perdimos el camino en algún cruce de galerías, las señales nos permitieron volver a encontrarlo.

—¿Y qué había dentro?

—No hemos encontrado otras huellas que las nuestras. Solo los espíritus de la noche y la oscuridad moran allí. Los de la Tierra Profunda habrán de salir por esas bocas pero no llegamos al final. Tampoco hemos visto, más que al principio, huellas de animales. Y estas, como algunas garras de oso en las paredes, no eran de ahora. La cueva no tiene fin. Se hunde hasta las entrañas de la tierra y temimos siempre que

pudiera hundirse en un tremendo abismo.

A las mujeres no les habría gustado nada, pero los hombres estaban gozosos de lo que habían hecho y se lo relataban los unos a los otros a cada momento. Pero en los conciliábulos, los hombres también hablaban de más cosas. Sobre todo de los Patas Cortas, cuya memoria era allí lejana, aunque había una cueva que no visitaban nunca pues era de la que habían hecho huir muchas generaciones atrás a los últimos. Las nuevas de los ataques y raptos de mujeres contra los Hombres de los Caballos los enfurecieron.

También quisieron aprovechar la oportunidad del paso del Errante para que varios de sus jóvenes más fuertes, ya iniciados, caminaran con él hacia los clanes de las orillas del Gran Azul. Habían oído que junto al agua inmensa vivía cada vez más gente y había abundante comida, que allí no eran tan terribles las Lunas del Hielo y que quizá pudieran asentarse con ellos durante el tiempo en que la nieve y el frío no dejaban salir siquiera del Ojo de la Cueva. Sus jóvenes podían guiar al Errante en sus primeros trechos pues conocían bien las trochas y los portillos para cruzar la poderosa sierra,[19] que ya tenía sus alturas cuajadas de nieve, de hecho ya casi nunca la perdía del todo. El Errante conocía en realidad mejor que ellos aquellas veredas pero se avino gustoso a que lo acompañaran.

Fueron tres los que se unieron a la marcha y los cinco pusieron rumbo a la alta cordillera. El Autillo siguió justo detrás de su mentor y se sintió protegido por los fuertes y joviales cazadores a su retaguardia. Caminando juntos habían de ser las bestias las que los temieran y se reiteraran a su paso. Hasta la pantera y el león los esquivaban y no se atrevían a acercarse a su hoguera. Con todo, hacían turnos de vigilia. Cazaron algún animal pequeño al paso o justo cuando llegaba el momento de la acampada. Los jóvenes bromeaban con el muchacho y le enseñaban cómo lanzar un venablo más lejos poniéndolo en la pestaña de la lanzadera. Y el Autillo se daba muy buena maña.

El trayecto fue, sin embargo, duro. Atravesaron varios ríos, algunos con aguas poderosas que los hicieron desviarse hasta encontrar un vado. Uno de ellos era particularmente caudaloso y optaron por seguirlo aguas arriba pues sabían que su curso los acercaba a su destino.[20] El mal tiempo comenzó a venírseles encima nada más cruzarlo. El Autillo se quedó absorto la primera vez que ante ellos aparecieron las crestas de la cordillera que debían cruzar. Aquellos picos, cubiertos de nieve, parecían infranqueables pero los hombres sabían el rumbo. Primero padecieron la lluvia y cuando fueron subiendo ya los alcanzó alguna ventisca cargada de nieve. Pero no se detuvieron, se pusieron encima sus prendas de abrigo con capuchas, con la piel por dentro, bien cosidas y cerradas. En las de sus jóvenes acompañantes estaba pintado un ojo redondo, silueteado en rojo y con el centro negro, como símbolo de su pertenencia a aquel clan.

Al Autillo le costaba seguir la marcha, pero se recuperaba bien y al amanecer comenzaba de nuevo con mucha energía y vigor para la ascensión por aquellas

empinadas cuestas. El Errante era quien concluía, a pesar de su mayor edad, la jornada mejor que los demás.

Una noche, mientras se secaban en una covacha tras una subida particularmente dura, un desfiladero que llegó a infundirles temor por su angostura y un camino de íbices donde un traspié podía despeñarlos, el Errante les dijo, no sin cierta sorna, cuando le alabaron su resistencia:

—Hay que comenzar a caminar como un viejo para acabar como un joven. Vosotros lo hacéis al revés.

El Autillo lo comprendió muy bien. Su mentor comenzaba el día sin prisas, con pequeños pasos, como si estuviera cansado y fuera ya un anciano, luego iba estirando paulatinamente su zancada y cuando se encontraba con una cuesta dura repetía la misma secuencia. No se apresuraba nunca ni daba arreones, pocas veces se detenía ni tampoco abusaba del agua. Bebía mucha menos que los otros.

—Estamos atravesando por lo más bajo de las montañas. El paso está cerca. Ya solo nos queda una jornada para remontar. —Señaló un portillo entre dos picachos, muy a lo lejos, iluminado todavía por el último sol—. Desde allí daremos con las aguas del río que nos llevarán al monte de las Cinco Cuevas.

El paso lo conocían también los jóvenes. Hasta él habían llegado cuando iban a cazar íbices y rebecos, y lo habían señalado clavando unas altas estacas.[21] Pero más allá no habían pasado, aunque otros de sus mayores sí lo habían hecho. El de mayor edad y talla de los tres exclamó:

—Nuestro clan cazó un gran oso cerca de aquí la primera vez que yo fui con los cazadores.

—No tardarán en meterse a dormir —contestó otro.

—Todavía no. Todavía no han llegado la Lunas del Hielo. Hay muy poca nieve. Ahora se están atracando de bayas, hayucos, bellotas y castañas.

Ellos también. Todos los frutos del bosque estaban madurando y no les hacía falta caza alguna. Cada noche podían hincharse de bayas y moras y asar castañas y bellotas hasta hartarse. Solo echaban mano a algún tasajo por el simple gusto de la carne.

La última subida hizo desfallecer al Autillo a pesar de haber seguido los consejos de su maestro. El sendero se hizo cada vez más empinado y peligroso. Tanto que en no pocas ocasiones uno ayudaba al otro ofreciéndole el astil del venablo que utilizaban además para apoyarlo en las laderas y evitar despeñarse. El Autillo logró superar el trance apretando los dientes y tragándose el miedo, pero cuando ya llegaron donde la nieve era continua a cada paso se hundían más en ella, hasta por encima de las rodillas, y una vez quedó atrapado con la nieve casi por la cintura. Lo sacaron entre carcajadas y por turnos se lo fueron cargando a la espalda hasta que a lomos del más grandullón consiguió poner el pie en el collado. En la otra vertiente había aún más nieve, pero al derramar la vista hacia abajo el verdor de los bosques se apoderaba del espacio, los valles profundos bajaban vertiginosos y se presentían las cascadas de agua desplomándose.

El Errante escudriñó el horizonte para buscar el camino de bajada siguiendo el curso del río del que les había hablado.[22] No tardó en dar con la trocha ni encontrar sus aguas, que eran allí apenas las de un riachuelo. Y los adentró entre bosques y praderías en aquella tierra hermosa, llena de animales y vida. Acamparon en una pequeña oquedad oyendo el rumor de la corriente y los jóvenes pescaron algunas truchas, que asaron. Por la mañana reemprendieron el camino, y al poco, desde una cresta, el Errante les señaló hacia una montaña desde la que ascendía una columna de humo. Y entonces distinguieron otra más, y otra…

—Es la montaña Mamut, la de las Cinco Cuevas.

15

La montaña Mamut

Desde el amanecer el Errante tenía el semblante alegre y, raro en él, había marcado un ritmo mucho más vivo a la marcha. Estaba cercano a su destino y tenía prisa por llegar. Además, el camino por las márgenes del río[23] era mucho más fácil. Una estrecha pero sobada trocha seguía el cauce, aunque no eran pocas las ocasiones en que era necesario remontar hacia las laderas o incluso salvar algún repecho o alguna nariz de piedra. Los ojos siempre alerta de los hombres no tardaron en señalar algunas huellas bien recientes. Muchas eran de corzos y jabalíes. Pero otras eran de hombres. Los jóvenes, aunque iban a su encuentro, no dejaron de sobresaltarse. El Errante los tranquilizó.

—Pronto los veremos. Allá donde vamos viven tantos que no podréis conocerlos a todos. Solo en el lugar al que hoy llegamos y en un solo monte se abren cinco cuevas y en todas ellas arden los fuegos de los hombres. En ningún sitio de la tierra viven tantas gentes como aquí. Pero no tengáis miedo. Seremos bien recibidos.

No tardaron en serlo, y antes de lo que pensaban. Caminaban ligeros, observando con sus ojos cazadores las manadas de bisontes paciendo y los grupos de ciervas con gabatos, cuando al llegar a un cruce donde ya el agua fluía más plácida y ensanchaba su cauce, un grito humano los sobresaltó. Era de advertencia y los hizo parar en seco. Venía de entre los árboles, aguas abajo, y a él se apresuró a contestar el Errante con otro de saludo, para luego avanzar solo, tras clavar su lanza en el húmedo suelo, en señal de pacífica actitud. Emergió entonces de la vegetación un hombre armado con un venablo ligero dispuesto ya en su lanzador. Iba vestido con una larga prenda de cuero bien curtido que le caía muy por debajo de la cintura, adornada con muchos dientes en hileras, y unas polainas del mismo material. Los observó con fijeza y, sin desenristrarlo del todo, inclinó la punta de su azagaya hacia el suelo. No estaba solo. Llamó a quienes lo seguían y un grupo de cazadores se desplegó con sus armas preparadas pero sin apuntarlas ni hacia el Errante ni hacia los que llegaban. Eran más y se sentían seguros de su fuerza. Preparados pero no amenazantes. Aún menos cuando su jefe, el de la larga chaqueta de cuero, avanzó un poco más, levantó la mano abierta e hizo un gesto de reconocimiento. Luego volvió la cara a los suyos para tranquilizarles:

—Es el Que Viene y Se Va. Ha vuelto y siempre es bienvenido en la montaña Mamut.

El Errante indicó a los suyos que clavaran sus venablos en el suelo. Ellos eran los que llegaban, los forasteros. Todo lo hicieron. Incluso el Autillo, a quien los jóvenes le habían fabricado medio en broma uno muy pequeño pero con su propulsor y todo, clavó el suyo con un gesto muy serio y muy digno que levantó sonrisas a todos. Más

en quienes se acercaban y que ya habían quitado sus venablos ligeros de las hendiduras de las lanzaderas y los llevaban recogidos.

Conocían bien al Errante y lo saludaron con más deferencia aún, observó el Autillo, que en el clan que habían dejado atrás. El de la chaqueta de cuero le extendió un brazo que el otro recogió con el suyo en un claro gesto de amistad que acompañó de palabras:

—¿Quiénes vienen con el hombre sabio y quién es el gran cazador que los protege a todos? —preguntó con una sonrisa jocosa señalando al Autillo.

—Un día lo será, ya verás. Como tú, Fresno, que hace nada no eras más que un jovenzuelo alborotador. —Se rieron todos con las palabras del Errante y este en tono más serio prosiguió—: Los jóvenes pertenecen al clan del Ojo de la Roca, donde la piedra se traga al río.

—Conocemos el clan. Tienen aquí parientes y algunos de los nuestros los encontraban cazando en la cuerda divisoria de las montañas. Pero hace mucho que no los vemos.

—Las Lunas del Frío son cada vez más largas, la nieve cada vez más temprana y más honda y el hielo mata cada vez más gente. Por eso vienen a veros.

No quiso decir más. Sabía que ningún clan iba a aceptar gustosamente que otro clan se estableciera y habría de ser tras arduas discusiones y siempre en un lugar que no tuviera apenas caza. Eso lo sabía el Errante y lo sabía su interlocutor, que hizo un gesto con la mano como quien espanta algo. Luego Fresno los invitó a seguirlos.

En el camino unos y otros no tardaron en ponerse a hablar sobre cuanto querían saber y desconocían. El Errante y Fresno iban delante en una larga conversación que solo concluyó cuando dieron vista al monte dominando lo mejor de aquel valle que ya se abría en onduladas lomas y espacios por completo cubiertos de bosques, aunque muy pespunteados de buenos pastizales. Los bisontes y el fuego de los hombres abrían aquellos claros. El Autillo quedó el último, olvidado de todos, y pensó que los hombres hablaban mucho. Incluso más que las mujeres a las que observaba escondido en la Cueva Mayor. Pero estaba contento por aquellas palabras que el jovial Fresno le había dedicado. Y desde aquel momento lo admiró.

Precisamente ahora se había detenido en un pequeño claro, a la orilla derecha del río, y señalaba orgulloso, enfrente, a su montaña. Los jóvenes cazadores entendieron de inmediato por qué la nombraban así: semejaba, en efecto, la silueta del enorme animal, la cabeza, la giba y la curva escurrida del lomo.

La forma cónica del monte de las Cinco Cuevas, como también era conocido, sobresalía como si fuera la cabeza de la bestia, y en sus faldas se abrían las grutas. Ya desde donde estaban podían comprobar la inusitada actividad por los senderos y entre las bocas, de donde salían los humos de los fuegos.

—Parecen hormigas —exclamó el hombretón de los jóvenes del Ojo—. No podréis conoceros entre todos ni contaros.

—Sí alcanzamos a saber quiénes son los otros, aunque es cierto que ni yo mismo

sé los nombres de todos, pero al menos sí el fuego o la familia del clan a quien cada uno pertenece. Y a los cazadores de todo el monte y todo el valle hasta el Gran Azul sí que los conozco a todos —protestó Fresno, que hubo de responder a varias preguntas que aún le sorprendieron más, porque era el niño quien las hacía con el mayor desparpajo.

—¿Por qué la llamáis la montaña Mamut?, ¿los hay por aquí?, ¿has cazado alguno tú?

—Porque es su forma, te darás cuenta cuando veas al mamut, el más poderoso sobre la tierra. No faltaban en las planicies hacia la Gran Agua, pero ya es difícil verlos por aquí, los hemos ahuyentado y apenas si aparecen de tarde en tarde y en lo más crudo del invierno por las zonas llanas. Y no, no he cazado ninguno. No es fácil, aunque en mi clan sí los cazaron y con su carne comieron lunas enteras.

Casi ya en el sopié del monte, Fresno envió al más ágil de sus cazadores hasta la cueva más poblada, la de las Manos la llamaban, porque en ella estaban estampadas las de generaciones de cazadores, para que comunicara el encuentro al jefe de todos los cazadores de la montaña Mamut, y también sin demora a la Guardiana de la Diosa, la custodia de la Estatuilla Negra que habitaba en la de al lado.[24] Lo entrevieron subir a la carrera y cómo a su paso aumentaba la excitación de quienes se iba encontrando en el sendero. Muchas gentes se estaban asomando ya a las bocas de las cuevas para verlos llegar y otros que se encontraban en las orillas del río se les unían en la ascensión. Nadie quería perderse el acontecimiento. La llegada de forasteros no debía ser allí muy inusual, pero el Autillo se percató de que la excitación tenía que ver con la llegada del Errante, al que muchos señalaban y algunos mentaban por su nombre saludándolo con efusión. Y volvió a pensar en quién era aquel hombre que le había hecho su aprendiz.

El Autillo ascendió pegado a su protector para señalar que era alguien que caminaba a su lado, sobre todo a los muchos chiquillos que se fijaban, más que en ninguno de sus acompañantes, en él. «¡Que tuvieran en cuenta con quién venía!», se dijo el Autillo. En la entrada de la Cueva de las Manos los esperaba tal multitud que habrían hecho falta muchos dedos de manos y pies para contarlos, y al frente de ella se encontraban un imponente gigante, de anchísimos hombros, de dientes blanquísimos que destacaban en una piel muy oscura y de muslos como patas de uro, que ya tenía entradas en su cabello crespo y canas en su barba, y a su lado, una mujer de piel mucho más clara, cobriza, de rasgos muy finos, también en la edad madura, que recibía con una amplia sonrisa al Errante. Y junto a ella el Autillo vio a una chiquilla, de parecida edad que la suya, muy espigada, de piel aún más clara que su madre, que se mantenía muy erguida y expectante, observándolos a todos con unos ojos marrones y almendrados. Esa fue la primera vez que Ababol y el Autillo se vieron. Y los dos se miraron muy detenida y seriamente.

Los saludos fueron ceremoniosos. El Autillo alcanzó a oír nombrar al gigantón como Zarpa de Oso y como Ova a la Guardiana. Fueron invitados a pasar al recinto

de entrada e instalarse provisionalmente, mientras el Errante, con un pequeño grupo de notables de la montaña Mamut, entre quienes estaba Fresno y un anciano que supuso que sería el chamán, desapareció con Ova en las entrañas de la cueva. Debían hablar y celebrar ritos. El Autillo adoptó su vieja actitud de pasar desapercibido en algún rincón poco visible. Pero esta vez no le sirvió de nada. En un instante tuvo junto a él a la niña que estaba con la Guardiana.

—Yo soy Ababol, la hija de Ova —le espetó—. El Errante vendrá al fuego de mi madre. ¿Tú quién eres?

Al Autillo le invadió una enorme timidez. Alcanzó a pronunciar su nombre y nada más:

—Soy el Autillo y vengo con él —dijo, y enmudeció.

Los dos niños se miraron fijamente. El Autillo era algo mayor en edad y también en estatura, de rostro serio, barbilla y boca firmes y rasgos afilados en pómulos y nariz. La niña era algo más pequeña, pero mantenía un aire dominante y serio que hasta la hacía parecer más alta. El Autillo se le quedó mirando los ojos, que no eran negros como los de casi todos, sino con extraños reflejos verdosos. Grandes e inquisitivos como su boca.

Ababol siguió hablando con tono autoritario.

—Entonces seguramente vendrás con nosotras también. Mi madre es la Guardiana de la Diosa —reiteró ufana— y cuando salgan de ahí irán adonde se custodia la estatuilla de la Diosa para hacer las ofrendas. Pero tú a eso tampoco podrás ir. Yo me quedaré contigo y te lo enseñaré todo. Yo ya había nacido cuando el Errante vivió entre nosotros, me lo ha contado mi madre, pero no me acuerdo de él. —Ababol no paraba de hablar y encima comenzó a hacer todo tipo de preguntas que no eran fáciles de responder—: ¿Tú por qué estás con él? ¿Eres de su mismo clan? ¿Dónde ha estado? ¿Por qué ha vuelto?

El Autillo se sentía mareado. Alcanzó a decir que era del clan de la Cueva Mayor y optó por mantenerse en silencio ante aquel torbellino que, vistas las pocas ganas de contestar del chico, se enfurruñó y le regañó:

—¡Qué soso! No me cuentas nada. —Hizo ademán de irse, pero se volvió a sentar —. Bueno, me quedaré aquí a esperar a que vuelvan. Tengo que cuidar de ti. Me lo ha dicho mi madre.

El Autillo esperaba que ahora se callara y así pareció hacerlo durante un corto intervalo pero a nada siguió preguntando, y preguntando acabó, por mucho que se resistiera el otro y tuviera que sacarle las palabras una a una, por saberlo todo de él.

Al cabo salieron la Guardiana y el Errante, que le hizo al chico un gesto de que los aguardara, y fueron a otra gruta a hacer las ofrendas. Pero esta vez volvieron pronto y la seña ahora fue de que los siguiera. La gruta a la que se dirigieron, de pequeña entrada y sala primera muy reducida, donde vivían Ova y Ababol, sería su hogar. La niña lo precedió con aire de triunfo y le indicó su sitio, que ella había elegido.

—Ahí es donde puedes dejar tus cosas.

El Errante había sido añorado y ahora era más que bienvenido. Los jóvenes del clan del Ojo también estaban contentos. Fueron aceptados, pero sus peticiones de que su clan pudiera trasladarse allí habrían de esperar a las deliberaciones de todos los clanes de la zona y ellos habrían de quedarse allí durante las Lunas del Hielo. Y eso no les entristecía en absoluto. A los de la montaña Mamut no les entusiasmaba, pero al fin y al cabo era jóvenes y fuertes y amén de ser bocas que alimentar también eran brazos y lanzas que podían aportar. Ya se vería después qué hacer.

Lo del Errante era bien diferente. Durante los días siguientes el Autillo empezó a saber algunas cosas de su maestro que se había estado preguntando y que no conseguía saber. Ni ahora lo consiguió tampoco del todo, pero de algo más sobre él sí que se pudo enterar. Los moradores del monte de las Cinco Cuevas estaban deseosos no solo de acogerlo sino de que se quedara el máximo tiempo con ellos. Lo consideraban uno de los suyos y lo tenían en gran estima. En los clanes de aquellos valles era donde más tiempo de su existencia vagabunda había pasado, y no eran pocos los que recordaban su llegada y todos su leyenda de cuando le habían visto aparecer, muy joven entonces, caminando por el borde del Gran Azul y hasta había quienes afirmaban que había salido del agua misma. En aquel entonces, que pocos habían presenciado, se entendió con ellos con las palabras, pero en su boca había acentos y giros extraños. Señaló al norte y al naciente cuando le preguntaron de dónde provenía y nunca quiso decir nada más sobre sus orígenes. No estaban, eso sí se fue sabiendo, en ninguno de los muchos clanes que habitaban toda la franja litoral. Nadie sabía en realidad donde había iniciado aquel largo y solitario viaje suyo que le había llevado hasta ellos, pero no tardó mucho en hacerse un lugar y ser considerado persona relevante y, no mucho después, con asiento al lado de los jefes de caza, de los chamanes y también apreciado en mucho más aún por la Guardiana de la Diosa.

Era ducho en la caza, pero aún más sabio en conocimientos de las plantas, de los árboles, de las raíces, de las que podían comerse o de las que podían causar la muerte y de las que hacían alegrarse los pulsos y las que hacían tener visiones. Y también de las pinturas que han de hacerse para atraer a los animales a las lanzas o de las que hay que poner sobre los rostros de los que mueren antes de hacerles volver a la tierra. Sabía muchas cosas cuando llegó pero muchas las aprendió con ellos, pues siempre escuchaba a quienes conocían las sendas y las querencias, pero aún más a quienes hablaban con los espíritus de las bestias, de las montañas, de los ríos, del Gran Azul y de los cielos, y sobre todo a quienes conocían y custodiaban los secretos de la Diosa, que como hombre no podía compartir, pero sí acercarse a los conocimientos de las Guardianas, sobre hierbas que pueden sanar bebiéndolas o masticándolas o de las que han de aplicarse a las heridas o con las que lavarse las llagas o los ojos.

Ova había sido quien más le había enseñado y en otras cosas fue instruida por él. La Guardiana había esperado largo tiempo su regreso y no hubo duda alguna de que compartiría con ella su fuego. Pocos hombres accedían a su cueva y tan solo en

contadas ocasiones, pero el Errante ya había sido la excepción que luego se hizo costumbre cuando Ova lo eligió a él también para compartir sus pieles y acabó por establecerse allí. Ova había tenido varios hombres y había ido criando hijos, pero a ninguno lo había dejado aposentarse con ella hasta que escogió al Errante.

Un día él marchó y ella se quedó triste hasta que a poco nació Ababol. Había regresado en otra ocasión para volver de nuevo a partir y aquella vez, como esta tercera, Ova lo recibió con la misma sonrisa. Que ahora viniera con aquel jovencillo no solo no le importó sino que la satisfizo. Ya le preguntaría por qué lo había traído, pero algo habría visto para hacerlo su acompañante y crecería junto a su hija. La Guardiana se sentía cada vez más cansada y entre los dos podrían adiestrar mucho mejor a Ova y al Autillo. Esperaba que, al revés que en su regreso anterior, no solo se quedara con ella durante aquellas Lunas del Hielo, sino que no partiera en los Soles de la Hierba Nueva, y que juntos vieran las estaciones alternarse hasta que ella pudiera descansar al fin tras ver crecida por entero a su hija.

16

La Jara

A Nublo seguía sin salirle pelo en la cara, apenas en los brazos y tan solo un cierto vello en su entrepierna cuando llegaron los grandes fríos y las salidas de la caverna se redujeron a las breves calmas entre las continuas celliscas, que a veces parecía que no dejarían nunca de azotar la tierra. Solo entonces, aprovechando el mínimo sosiego en los cielos, recuperaba el valle el movimiento y la vida aunque fuera en dura brega con la nieve.

Por algo el abrigo bajo la roca protectora estaba tan cerca del río. Aunque cuando el frío se hacía intensísimo no les quedaba otra opción que llenar calabazas de nieve y dejarlas al lado de las hogueras para poder beber, siempre era aquello más fácil que abrir un agujero con las lanzas en el hielo. Pero más difícil era cazar y comer. Salían siempre que se lo permitía la ventisca. Ellos padecían mucho pero no lo pasaban mejor sus presas. Se hundían en la nieve, estaban débiles y tendían a concentrarse en determinados sitios más resguardados, que los hombres conocían bien.[25] Aprovechaban la debilidad de las bestias para que no aumentara la suya, cada captura era recibida con gran júbilo pues a veces significaba la diferencia entre seguir vivo mañana o morir aquella misma noche.

A quienes envidiaban en verdad los cazadores, que atalayaban desde el divisadero sobre sus propios abrigos, era a los lobos. Ellos parecían flotar sobre el manto blanco y deslizarse tras ciervos, corzos y hasta uros o bisontes pequeños o debilitados a los que daban alcance, acorralaban y acababan por matar. Envidiaban su facilidad y estaban atentos por si podían aprovecharla y robarles la presa. En cuanto detectaban alguna matanza suya, corrían hacia allá para arrebatarles lo que aún no hubieran engullido. Les lanzaban piedras y los ahuyentaban con el fuego y con sus lanzas. Tenían que ser bastantes para lograrlo pero los Primeros Hombres cazaban siempre juntos. Un hombre solo, y más en las Lunas del Hielo, no tardaba en morir y ser comido. Eso fue lo primero que enseñaron a Nublo los cazadores aunque fuera imberbe y lampiño, a ser uno de ellos pero de un rango muy inferior. Ayudaba en todo aquello que se le ordenaba y no protestó cuando no lo dejaron ir hacia un desfiladero lejano y propicio, en los pies de la Peñalanza, aprovechando que el cielo aparecía despejado y el viento calmado, cuando sus víveres estaban a punto de agotarse. Fue una expedición fallida, regresaron agotados, casi congelados y sin presa alguna. No pudieron alcanzar el lugar, sorprendidos por la tormenta que volvió repentinamente, y hubieron de retornar en la noche, pugnando por salvar su vida entre el vendaval.

Las trampas-fosa seguían siendo lo más eficaz. Con la nieve se camuflaban tan bien que resultaba imposible para las presas detectarlas. Así capturaron a una cría de

rinoceronte lanudo bien crecida que fue recibida con gran alegría pues su carne les duró bastantes días. En las Lunas del Hielo el hambre siempre era la compañera inseparable, día y noche, y algunos no lograban llegar vivos para volver ver reaparecer la hierba en las orillas del río ni oír correr de nuevo sus aguas revueltas y libres.

En el clan no era costumbre comerse a los suyos, aunque en una ocasión estaban tan famélicos que sí lo hicieron con un joven que se hirió y murió, y con un viejo que también pereció. Se los comieron royendo hasta sus huesos y su muerte salvó a todos los demás. Pero se hubieran comido mejor a un ciervo o a un Oscuro que a uno del propio clan.

Cuando pasó por fin aquel Tiempo del Hielo a Nublo ya le había salido algo de barba, aunque muy poca, y ya había montado a una hembra. Había visto cómo lo hacían los hombres y se lo había visto hacer a los caballos, a los ciervos y a otros animales. No se lo tuvo que enseñar nadie, como cuando aprendió a tallar. Pero sabía que tenía que hacerlo a hurtadillas y sin que los hombres mayores y más fuertes lo vieran. Quería hacerlo y sabía con quién. Por eso se escurrió tras una muchacha muy joven que bajó al río. Ella se agitó y se resistió algo cuando la cogió por atrás, pero ya la habían montado antes y se dejó hacer. Además, Nublo no la desagradaba. Él la arremetió y ella ya se abrió para recibir su empujón y se apoyó en los codos para aguantar sus embestidas, que no fueron muchas, pues Nublo no tardó en derramarse y descabalgar. A la hembra la llamaban la Jara, pues si los Primeros Hombres solían tener el pelo rojizo, ella lo tenía casi bermellón y también muchas pecas sobre su rostro de piel muy blanca. Los ojos eran de un azul lavado y pálido frío. Era muy arisca en el trato, pero nunca había zaherido a Nublo por su color. Al revés, la intrigaba, y el día que le destrozó la nariz al Mellado, que la había disgustado mucho cuando con otros también la montó, se alegró de que lo hiciera. A partir de entonces repitieron el encuentro siempre que pudieron, cuando él conseguía encontrarla sola o ella hacía lo posible para que él la sorprendiera. La hembra ahora, lejos de resistirse, lo esperaba húmeda y gruñía de placer al ser penetrada, apretando su trasero para que el miembro de Nublo la ahondara lo más posible.

Cuando la nieve comenzó a retirarse del valle, Nublo ya salió en la fila de los cazadores a las expediciones largas. Iba el último pero partió con ellos. Así lo ordenó el jefe y así lo aceptaron todos.

17

La dueña del Autillo

Ababol tomó al Autillo bajo su protección, que entendió también como su dominio. Y el niño, de nuevo retraído y receloso por aquel nuevo escenario lleno de tanta gente extraña y desconocida, se avino a ello ante la sonrisa del Errante y la complacencia de Ova. Ababol se convirtió en su dueña y el chico la obedecía sin rechistar, se sometía sin resistencia ni pelea, no se le enfrentaba ni la rehuía, como habría hecho en sus años huérfanos de la Cueva Mayor, y parecía aceptar a Ababol como superior y maestra. La muchachita se tomaba muy en serio su papel de guía y ama, adoptaba un aire de mayor, casi de madre, al tiempo que le mostraba todo y a todos los que en el monte de las Cinco Cuevas consideraba que debía conocer y tratar, señalándole con mucho rigor cómo debía comportase y regañándolo cuando a su parecer él no hacía lo correcto.

El Errante los observaba, se reía y comentaba con Ova cómo aquel chiquillo tan arisco y esquinado seguía mansamente a la niña, que se pavoneaba de su poder y lo sometía a sus caprichos. Pero Ababol sabía hacerlo, porque su dominio no era hiriente sino sutil y hasta almibarado. Además de muy útil para el muchacho. Ella tenía, como hija de la Guardiana, un indudable rango, y ello permitía al Autillo ir encajando entre los de su edad manteniendo una cierta distancia que en absoluto lo incomodaba pues se sentía amparado y protegido.

Detrás de Ababol iba captando y absorbiendo todo, conociendo a todos y enterándose de su posición y lugar. Además, Ababol le fascinaba en todo lo que hacía, en cómo se movía entre la gente, segura y ágil, con aquella manera suya de moverse, juncal y ligera, que le había enmudecido desde la primera mirada, y disfrutaba con la continua atención que le prestaba. Así se mantuvo su relación por bastante tiempo. Crecían juntos, pero el Autillo también crecía por su cuenta comprendiendo muchas cosas que antes no alcanzaba ni a sospechar siquiera.

En la montaña Mamut, el Errante tenía un gran rango y prestigio y su voz y su sabiduría eran tenidos en cuenta por todos aquellos clanes de las orillas del Gran Azul. Si para las gentes de su clan, el de la Cueva Mayor, su llegada había sido la de un ser extraño, alguien a quien no acababan de situar aunque lo respetaban, para las gentes del monte de las Cinco Cuevas y de otras tribus vecinas que por allí pasaban, el Errante gozaba en todas de una inmensa fama y, de hecho, no eran pocos los que venían ahora tan solo por verle y consultarle sus asuntos y pedirle sus consejos y predicciones.

El Autillo fue descubriendo que el Errante era un gran chamán, el más poderoso, pues tenía contacto con los espíritus de todas las cosas y de todos los lugares, de los cielos, de sus hogueras, de las lunas y los soles, de las nubes y de los vientos y sus

susurros o alaridos, del trueno y del rayo, él era quien sabía y hablaba con los espíritus de los animales, de los que los hombres cazan y se comen y de los que se pueden comer ellos a los hombres, de los valles, de las montañas, de los bosques y los árboles y de los ríos y sus palabras de agua y, también y sobre todo, de los mundos oscuros, misteriosos y terribles que se ocultan bajo tierra y de los que las cuevas son entradas. Solo él y algunos elegidos podían penetrar en ellos y allí oír sus voces y percibir sus visiones y mensajes. El Errante era no solo uno de aquellos a los que los espíritus de los cielos y el aire, de las tierras y las aguas e incluso los de la tiniebla y el subsuelo, hablaban sino que entre ellos tenía el lugar más prominente y una fama alcanzada y ganada a lo largo de las muchas visiones ciertas y predicciones cumplidas desde aquel día en que apareció caminando por la costa.

Su misterio lo seguía acompañando, así como aquellos impulsos repentinos, cuyo motivo y momento acaecían de pronto como si de una revelación se tratara, y lo llevaba a emprender los más peligrosos y solitarios periplos de los que eran muchos los que creían que jamás volvería, capturado por las sombras, muerto por las garras o sepultado por el alud, pero de los que siempre regresaba. Zarpa de Oso, el gigantesco jefe de las Cinco Cuevas, veía acrecentada su seguridad y su poder con él al lado, y bastante menos la de los chamanes locales aunque le ofrecieran zalameras muestras de bienvenida con que intentaban ocultar su envidia. Mientras el Errante permaneciera entre ellos, su rango y su voz quedaban rebajadas.

Pero a Ova todavía se le alborotaban los pulsos y se le alegraban las entrañas, por compartir sabiduría y porque con él cerca se volvía a sentir hembra y viva. El Errante era un cómplice agradable que no solo traía nuevas experiencias y remedios aprendidos, sino que gustaba él también de escuchar y aprender de ella, como guardiana y como sanadora, y de esa forma Ova le descubría gustosa todo lo que podía compartir con un hombre, pues había cosas que para ellos estaban vedadas y ocultas y así habían de permanecer siempre. Sobre algunas sustancias también conversaban, pero en cuanto a su preparación tanto el Errante como las sanadoras procuraban mantener cada cual sus secretos. Solo él y Ova llegaban a trasmitirse algunas confidencias que alcanzaban a hongos, a cortezas, ciertas rocas y tierras y algunas semillas y raíces que solo los muy sabios y escogidos podían consumir, y eso tras rituales protectores y cuidadosos preparativos, para viajar a otros mundos, percibir sus visiones y lograr retornar de ellos.

Aquello formó también parte, aunque muy despacio y con cierto secreto, del adiestramiento del Autillo y de Ababol. Algunas las practicaban en común pero en otras los recorridos no tardaron en ser diferentes, para cierto disgusto de la muchacha y cierto alivio del joven, que así podía sacudirse durante unos ratos del yugo de su tutora, aunque luego retornaba a acatarlo sin disgusto. Con los otros muchachos, sin embargo, no admitió desde el primer momento superioridad ni imposición alguna. Pronto les enseñó que estaba dispuesto a atacar y a defenderse, y que sabía hacerlo. Y cuando, tras una expedición, a una primera llamada de los adultos para que los

ayudaran a trasladar tanto el botín conseguido como el desmantelado campamento, se mostró como el más dispuesto, capaz y resuelto de todos, aún le cogieron más aprecio. Fue además con su pequeña lanza en ristre, y Fresno, el segundo tras Zarpa de Oso, el primero con quien se habían topado a su llegada, volvió a embromarlo con aquello del «poderoso cazador», que levantó de nuevo risas, pero su tono cariñoso y cercano no le levantaba ampolla alguna. Es más, el Autillo y muchos chicos como él lo tenían como a su líder y era a quien procuraban complacer e imitar.

Para el Autillo la cercanía a Fresno se convirtió en uno de sus anhelos en todo su adiestramiento. Desollar un conejo o una liebre o pelar un ave era algo que había hecho en muchas ocasiones, pero Fresno le enseñó que con un jabalí, un corzo o un ciervo era ya otra cosa muy diferente y que, de hacerlo mal o bien, dependía que se pudiera aprovechar bien la piel y hasta que no se estropeara la carne. Por ello a los chicos se les exigía una atención total en cómo había que utilizar los cuchillos, lascas y raederas y en qué partes de las presas había que extremar el cuidado.

Con las reses se solía empezar, tras colgarlas de los tendones de las patas traseras, por sajarlas por su parte interna desde el extremo inferior y, con cortes precisos, pequeños y continuos, ir ascendiendo hasta llegar al tronco. Era preciso utilizar fuerza y manos y hasta la rodilla para ir tirando o presionando con un cuero sin pelo alguno, para ir separando piel y carne. Era también importante aprender a descoyuntar las patas por sus junturas y la cabeza buscando la bola, aunque en animales grandes era preciso utilizar hachas para completar la operación.

Había algunos pasos muy difíciles: uno era conseguir que el contenido de la vejiga del animal no se derramara dentro de la canal, y otro, aún peor, cuando ya se abría esta y se procedía a sacarle el menudo. Aquí había que extremar la precaución pues si se reventaba la bilis, luego la carne sabía muy mal aunque se asara. Era también importante saber sacar bien los bofes, el corazón y los hígados, pues eran muy apreciados. No se desaprovechaba nada. Ni los huesos, y menos su tuétano, y desde luego aún menos las cabezas y los sabrosos sesos. También los tendones y las tripas tenían mucha utilidad para sujetar las armas, para hebras de coser o para cuerdas. Llegado el día en que a un joven le daban permiso para hacerlo era casi tan importante como aquel en el que conseguía cobrar su primera pieza. Y cuando Fresno le propuso al Autillo que continuara solo aquella faena, el muchacho se sintió feliz e importante.

El cuidado de la piel era otra actividad que requería enseñanza y dedicación. Lo primero era limpiarla y con los raspadores dejarla sin la menor brizna ni de sebo ni de carne. Para secarla se la estaquillaba en el suelo o en un armazón de palos, bien estirada y tensa. Era importante que no se mojara y por eso en muchas ocasiones las mantenían dentro de la propia cueva. Se las seguía repasando después con raederas y se les aplicaba ocre y algunos preparados de plantas para comenzar a curtirlas. Luego se trabajaba en suavizarla hasta lograr un cuero bien liso, terso y suave. Entonces, si se quería entera, para cubrir el suelo de una tienda o para extenderla como lecho

alrededor del fuego, ahí concluía la faena, pero si iba a ser destinada para calzado o ropa, había que hacer muchas otras labores. En el caso de calzas y camisas, era preciso desprenderla de la pelambre y dejarla limpia por ambos lados. Se la remojaba y se volvía a tratarla y sobarla para conseguir hacerla suave y flexible. Las mejores para prendas de vestir eran las de ciervos, corzos o íbices. Las de uros, para cubrir las tiendas; las de bisontes, como alfombras y abrigos, aunque para esto ninguna como las de oso. Las de leones y panteras suponían un prestigio añadido para el fuego que las poseía. Para gorros y manoplas se preferían las de animales más pequeños, como linces, zorros, nutrias, martas o glotones. Y siempre era mejor la piel de animales muy jóvenes y aún mejor de crías. Las de jabalí eran las peores, por ásperas y difíciles de trabajar.

Luego había que coserlas, con puntadas muy juntas y muy prietas con las agujas afiladas que se conseguían de esquirlas de hueso y, aún mejor, de un ave grande y zancuda, como las esbeltas garzas o las cigüeñas, y se afilaban después en rocas porosas. Tras confeccionar la prenda le añadían las mangas y la capucha hasta hacer una sola pieza que en las Lunas del Frío era indispensable para mantenerse caliente. Las zamarras, pellizas y camisas de cuero se adornaban con dibujos y también cosiéndoles adornos, fueran estos huesos, dientes o conchas, o con pequeños flecos del propio cuero. Ese era un trabajo en el que despuntaban las mujeres, pero ancianos y chicos debían ayudar en ellos y saber cómo hacerlos.

Pero si en algo descollaba el Autillo, al igual que Nublo en el Valle de los Primeros Hombres, era en el tallado de todo tipo de armas y utensilios. Acompañaba a los talladores de sílex en la recolección de los riñones y nódulos en los canchales del río y si encontraba en sus campeos algún buen bloque de pedernal, se apresuraba a llevárselo para luego contemplar fascinado cómo operaban en él.

El Cojo era el mejor de todos ellos y a esa condición debía su rango en el clan, después de haberse chascado una pierna y quedar lisiado de por vida, pues soldó muy mal y apenas podía sujetarse en ella. Tenía que llevar siempre un grueso palo de madera que él mismo se había construido y que se ponía bajo el sobaco para apoyarse bien y caminar. Pero sabía como ninguno leer en el corazón de las piedras. Él veía en su interior el cuchillo, la raedera, el buril, el punzón y la punta de lanza antes de comenzar a trabajarla y cómo iba a ir extrayéndoselas tras quitar a la piedra su cáscara y descubrir su corazón de sílex.

El golpeo con el percutor sobre el bloque o la forma de ejercer la presión para hacer saltar la lámina fascinaban al Autillo. Y se mantenía en fervoroso silencio cuando el Cojo trabajaba sobre su nódulo favorito, el que tenía forma de caparazón de tortuga, pues de él podía sacar un sinfín de útiles y haciendo saltar casi a cada golpe un instrumento valioso. Una lasca ya casi lista para cortar, un cuchillo que con unos retoques quedaba ya preparado para engastarlo en la madera y colgar de la cintura del cazador, un raspador, una raedera, y luego ya una punta más grande o más pequeña según fuera para acoplarla a una lanza de arremeter o a un venablo para ser lanzado

con un propulsor.

No se quedaba ahí su labor, luego junto con los cazadores procedía al ensamblado de aquellas puntas y para ello utilizaba una doble técnica: a unas les hacía en la base una hendidura a modo de labios para engastar mejor la madera y, con resinas mezcladas con cera y tendones, quedaba ya preparada el arma. Pero en ciertas ocasiones, en vez de abrir aquellos labios, desgastaba uno de los laterales de la punta, sobre todo alguna de venablo de la que había quedado más satisfecho, y la ensamblaba con un costado del astil de madera. Quedaban así muy bien fijas y compensadas, y los cazadores solían disputarse aquellas piezas. A poco el Autillo sabía hacerlas mejor que muchos, pero desde luego muy lejos de la habilidad de su maestro.[26]

Ababol también aprendió y no lo hacía nada mal. Sabía manejar incluso el propulsor y la azagaya. De hecho, tenía una buena puntería, al igual que con las piedras. Más de algún pequeño mamífero la había sufrido al creerse fuera de su alcance. Fresno fue quien enseñó al Autillo el uso del lanzador cuando el muchacho ya tuvo un venablo y un propulsor en condiciones, y además de los mejores, regalo del Cojo. Con astil de vara de fresno y con punta de pedernal de hermoso color crema, larga y de limpios filos. El cazador sonrió al ver que estaba hecha con el árbol ribereño del que él tomaba el nombre.

—Buena madera, buena madera —ponderó, y luego comenzó su lección—: Lanzar solo con la fuerza del brazo te obliga a acercarte mucho a la res. Pero para lanzar con el propulsor es necesario aprender a hacerlo y a afinar la puntería. Lo primero es saber cómo cogerlo y luego cómo y en qué momento debes soltarlo.

Fresno le demostró cómo encastraba la base del venablo en el saliente del artilugio, cómo cogía los dos con los dedos, lo contrapesaba bien a la altura de la cadera, tomaba una pequeña carrerilla y, llegado a un punto, soltaba hacia delante el brazo. Fresno llegaba muy lejos y daba donde apuntaba. El Autillo al principio se quedaba corto o se le iba muy alto, pero tras no demasiados esfuerzos aprendió los rudimentos y poco más o menos acertaba en el blanco o en sus cercanías.

—Ahora es cuestión de que todos los días practiques y, claro, de que tu brazo vaya cogiendo fuerza, pero esa ya irá viniendo, y más si te ejercitas.

El Autillo alardeó un poco ante Ababol y se ganó como réplica una lección de plantas, pues en lo que la muchacha le sacaba toda la ventaja era en lo relativo a arbustos, cortezas, hojas y hasta musgos. Ababol no perdía ocasión de demostrárselo, sobre todo cuando salían a las pequeñas expediciones de recolección, que ahora se intensificaban pues era perentorio recoger hayucos, bellotas y avellanas, que eran abundantes y lo mejor para almacenar, pues se conservaban mucho tiempo y daban mucha energía en los tiempos fríos. Bien lo sabían los otros animales, fueran osos o ardillas, que también hacían acopio o se atiborraban de ellas. Pero también había que buscar bayas y frutos. Unos ya se habían recogido antes, como los arándanos, las cerezas y las guindas, pero aún quedaban moras y escaramujos. Ababol encontraba

ahí su momento de mayor dominio sobre su acompañante, que pasaba a ser un sirviente perseguido por la voz de la niña. Pero acababan siempre riendo los dos y comiéndose alguna baya de más cuando pensaban que no los veía nadie. El Autillo rumiaba que ya llegaría el tiempo de los nidos y entonces iba a enterarse aquella sabihonda, él había sabido cómo ingeniárselas desde muy pequeño por la cuenta que le había traído.

Bajaban en ocasiones en grupo al río, a pescar y a buscar fibras, juncos y varas delgadas y elásticas para hacer cestas, trampas y redes. Algunos utensilios habían sorprendido al Autillo. Había visto cestas en su clan, pero desconocía ciertos trenzados realizados con aneas y no sabía para qué podrían servir algunos armazones muy bien entrelazados con mimbres resistentes.

Se lo acabó por preguntar al Errante, que esos días le hacía poco caso, enredado con sus asuntos chamánicos por las diferentes cuevas.

—Ya lo verás cuando llegue la gran fiesta de la pesca del salmón. Será cuando suban el río, al principio del buen tiempo, apenas se vaya la nieve. Las utilizarán cuando el salmón venga del mar.

Ababol le ilustró aún más sobre el gran encuentro:

—La fiesta del salmón la organiza un clan cada año. Y los demás acuden. Aquí vinieron desde donde sale el sol hasta donde se pone. Es el gran encuentro. Se juntan antes de que comience la subida, esperan a que lleguen y hacen la fiesta cuando se capturan los primeros. Luego cada cual regresa a sus propios ríos para hacer acopio de esos peces. Las gentes se encuentran y hay música, danzas. Y cuando fue aquí algunos se marcharon a otros clanes y otros se quedaron en el nuestro.

El asunto de los tres jóvenes llegados de la Cueva del Ojo parece que iba a llevar aquel camino. Se veía bien a las claras que no tenían ninguna gana de marcharse y ya se había decidido que no lo harían hasta el Encuentro del Salmón. Luego ya hablarían de su propuesta y les darían respuesta definitiva sobre dónde podrían instalarse. Las gentes de la montaña Mamut estaban decididas a poner todas las dificultades posibles para impedir que vinieran más. Empezaba a haber allí ya demasiada gente. Pero los tres jóvenes podrían hacerlo. Eran brazos para el clan y eran fuertes. Se harían parte de él y no su competencia.

Así, en pleno aprendizaje del Autillo, se echó encima la primera Luna del Frío, que llegó intenso y tras una poderosa tormenta que duró desde la tarde hasta la tarde del día siguiente, tras una noche de alaridos del viento y un amanecer en que todo el espacio apareció cubierto de blanco. La nieve se quedó ya como señora y ama de la tierra, y ya no se retiró.

18

La hija de la Jara

Los jóvenes del Valle de los Primeros Hombres comenzaron a seguir a Nublo. Procuraban su cercanía, comían juntos, se situaban próximos a él en las cacerías y se echaban a dormir a su lado cuando pernoctaban lejos del abrigo. Los machos adultos observaban aquellos movimientos con cierto recelo pero no hacían nada. Era así siempre. El grupo de los jóvenes se sometía a su mandato, pero luego entre ellos tenían también sus jerarquías. Pero los dos dominantes, los más fuertes, los que siempre rivalizaban por la primacía del grupo, aunque se apoyaban el uno al otro, pues se habían criado en el mismo fuego y eran hijos de la misma madre con apenas dos añadas de diferencia, no le quitaban el ojo de encima. Presentían que un día u otro aquel hijo de la Oscura sería un problema. Incluso el Mellado se le había sometido y, aunque anidara el resentimiento en él, se guardaba de demostrarlo para no quedarse aislado de los de su misma camada.

Nublo se mostraba astutamente sumiso con los machos adultos, sobre todo con los dos hermanos líderes, pero también con quienes los seguían en rango, a los que estaba siempre dispuesto a obedecer y hasta hacer por ellos las tareas más ingratas. Con ello se fue ganando a quienes ocupaban los puestos anteriores al suyo y lo comenzaron a contemplar casi como a un igual. Los subordinados también guardaban mucho resentimiento pues los dos jefes, desde adolescentes, habían impuesto su poder conjunto frente a todo el que había osado desafiarlos y alguno había quedado lisiado ante la fuerza combinada de ambos.

Pero entre el Mayor y el Menor también había diferencias. Ambos tenían gran fuerza, pero destacaba con holgura el Mayor, cuyos hombros, espalda, pecho, brazos y piernas, peludas y masivas, recordaban al cuerpo del uro y al andar del rinoceronte. El Menor, era algo menos ancho y un poco más ligero. El Mayor era seco en el trato, pero no gustaba de utilizar la fuerza con el resto del clan a no ser que se pusiera en peligro su supremacía con un desafío abierto. El Menor era más agresivo y hasta parecía buscar los encontronazos con otros machos para hacerles sentir su poder y castigarlos con crueldad. Quizá para descargar sobre ellos la ira y la frustración que le generaba su hermano. Su envidia hacia él había latido en su interior. Pero era listo y había aceptado su papel de segundón, gozando de los privilegios y estatus que le suponía, pero sin dejar de acechar su oportunidad y mientras abusando de su posición dominante con todos los demás. Cogía a las hembras que quería, excepto si ellas se apareaban con su hermano, y entonces había de aguardar, y no dudaba en golpear a sus inferiores para quitarles los mejores bocados. El Mayor era respetado. El Menor era temido. Pero los dos eran uno. Así había sido desde hacía mucho tiempo. A Nublo no se le escapaba la larvada ambición del Menor.

Los dos también se habían fijado en las habilidades y creciente rango del hijo de la Oscura y, aunque estaban atentos a la más mínima señal de rebeldía, esta no se mostraba nunca. El joven Nublo era el más servicial y sumiso y por su escasa corpulencia, no parecía un rival peligroso ni temible. Era quizá ya más alto, pero ahí terminaba su poderío, pues sus espaldas eran mucho más estrechas que las de los demás y sus brazos y piernas tan delgados que poca fuerza podían tener. Y aquel color marrón y aquellos extraños ojos que pregonaban su mestizaje hacían prever que jamás podría aspirar a la jefatura del clan. Cualquiera lo vencería en una pelea cuerpo a cuerpo y nadie apoyaría a uno que en el fondo no era del todo de los suyos, de los Primeros Hombres. Sin embargo, rumiaba el Mayor, había vencido ya al que parecía que iba a ser el cabecilla de los jóvenes y ahora era a quien estos admiraban y seguían.

Por eso no lo perdía de vista y buscó la forma de hacerlo saltar y poderle entonces aplicar un duro correctivo: lo obligó a hacer las cosas más bajas y reservadas a los más débiles e inútiles y las tareas más desdeñadas que eran exclusivas de los que acababan de ser admitidos en la fila de los cazadores. Pero Nublo las realizó sin rechistar. El Mayor prosiguió con su acoso y lo separó a empellones del festín en la pieza que acababan de cobrar obligándolo a coger su carne el último, no dejándole probar bocado hasta que los demás se saciaron, y aún entonces le ordenó traerle agua de un riachuelo cercano. Solo entonces pudo comer de las sobras. Esa pauta la repitió el jefe durante varias jornadas hasta que entendió que Nublo no tenía voluntad ni carácter para rebelarse. El Mayor lo entendió cobarde y lo dejó al fin tranquilo. Pero algo seguía inquietándolo cuando veía pasar al hijo de la Oscura.

La maniobra del Mayor no pasó desapercibida para el Menor, que optó por tomar el relevo en el maltrato a Nublo. Este aguantó también, pero comenzó a observar la reacción del Mayor y vio que la imitación de su hermano no le agradaba, como si menoscabara su autoridad. Así que Nublo procuró que el Mayor fuera testigo de los abusos a los que el Menor lo sometía. Intuía que el Mayor acabaría por detenerlos.

Acabó por suceder. El Menor le ordenó que ocupara el peor lugar en una cacería, aquel donde se ponía al más torpe, sin posibilidad de participar en el derribo y cobro de la presa. Nublo iba a ocupar su puesto, una vez más sin protestar, cuando el Mayor dio su contraorden:

—Nublo no es un niño. Es buen cazador y buena lanza, y lo necesitamos en la emboscada. No hemos de despreciar las lanzas útiles. Se adelantará contigo a cerrar el barranco por el que hay que hacer huir a los uros.

El Menor soltó un resoplido y miró con rabia, no ya a Nublo sino a su propio hermano, pero lo acató. En aquella batida, Nublo fue quien abatió una vaca y los demás atraparon a su cría. Pero en vez de alardear, se acercó con sumisión al Menor y le ofreció la res abatida para que eligiera el mejor bocado. Este, sorprendido y halagado, soltó una risotada y le dio un fuerte golpe con la mano abierta en la espalda como señal de gratitud. Y a partir de ahí su actitud con él cambió por completo. En

vez de humillarlo y acosarlo lo hizo avanzar a su lado y se convirtió en cierta manera en su valedor. De esta manera, Nublo dio un nuevo salto en la fila. Logró que poco a poco algunos machos adultos lo consideraran un igual, y el Menor, sin la necesaria perspicacia para penetrar en las intenciones ocultas de los demás, creyó que eso fortalecía sus aspiraciones, largo tiempo contenidas, de desplazar a su hermano en la jefatura máxima del clan.

El hijo de la Oscura tenía además otro motivo de alegría, y esta podía expresarla sin tapujos. La Jara ya compartía con él de manera habitual y visible las pieles y el fuego cuando dormían dentro del abrigo frente a Peñalanza. Había quedado atrás el tiempo en que se apareaban a escondidas y ahora Nublo ya era alguien en el clan, todavía de no demasiado rango, y siempre algún dominante podía quitársela. Pero la Jara volvía con él. Y al cabo de un tiempo su barriga comenzó a hincharse más y más. Nublo se prodigó en cuidados, esmerándose en que a la hembra no le faltara nada y afanándose en tareas que, en su creciente gravidez, a la Jara le costaban gran esfuerzo y fatiga.

Una noche la mujer se apartó de todos y fue donde la vieja mujer de las hierbas para que la ayudara a parir. Nublo estuvo atento y sin dormir pero no oyó gritos ni chillidos hasta que comenzó a presentirse la luz del amanecer y solo fue como un alarido final. La Jara había aguantado el dolor mucho más que otras hembras que ya no eran primerizas como ella, y solo lo había desparramado en la convulsión final cuando su cría salió de su entraña. Se dejó caer entonces, empapada en sudor y exhausta, y la partera la ayudó a secar a la recién nacida. Porque la Jara había parido una niña. Y el clan del Valle de los Primeros Hombres se regocijó mucho con ello. Nublo más que nadie, y entendió que él debía ser, por encima de todos, quien proveyera para ellas dos. Desde la muerte de la Callada se le pudo ver por vez primera enseñar sus dientes, no en una mueca hostil de su boca siempre apretada y dura, sino para reír al contemplar a aquel indefenso ser que no dejaba de llorar. Tras verlas a las dos, a la madre y a la hija, salió al exterior del refugio, subió a la pequeña meseta de piedra, la atalaya desde la que se divisaba el valle, y allí se quedó mirando para contemplar al sol nacer tras la montaña y levantarse en el cielo azul.

19

El trance del chamán

El Autillo gustaba ver salir la luna, y Ababol, sentir nacer el sol. El joven se quedaba mudo, contemplando ensimismado el cambio de luz, viendo como los últimos rayos del sol acariciaban postreramente las tierras y los árboles y como estos parecían agradecerlo con unos colores suaves, pero de una intensidad y tonalidad diferente y estremecedora. El Autillo no solía mirar hacia el propio sol poniéndose ni a su rojizo resplandor, sino hacia donde dirigía sus últimos resplandores.

Después le gustaba escuchar cómo los sonidos del día iban apagándose al tiempo que sus claridades hasta que, tras el arrebato vocinglero de un mirlo, ya con la oscuridad apoderándose del bosque a sus pies, un silencio animal total, solo quedaban el del agua en el río y el del viento si lo había, se apoderaba por completo del espacio. No duraba mucho; las criaturas de la noche, desde el grillo hasta el búho, desde su homónimo el autillo hasta el bramido del ciervo en celo, comenzaban a sonar. En los plenilunios se quedaba a contemplar emerger a la luna y así aguantaba inmóvil en algún lugar elegido de la ladera hasta que su luz le bañaba la cara. Al Autillo lo intrigaba tanto su movimiento y su crecer, decrecer y desparecer que atosigaba de preguntas al Errante, y este con toda su sabiduría solo podía responder lo que él mismo veía. El Autillo había comprobado que sin duda su poder era menor que el del sol, pues a veces coincidían en el día ambos a la vez, y según el primero aumentaba su brillo, la otra empalidecía hasta desparecer. Pero, aún con ello, si podía y más en los plenilunios, le gustaba ver a la luna salir.

Ababol gozaba el nacimiento del sol. Tenía un lugar favorito para disfrutarlo desde casi la misma puerta de la gruta. Antes de verlo aparecer se demoraba tiñendo de naranja los montes de enfrente y, tras parecer jugar al escondite con ella, la sorprendía con un primer destello en los ojos que la hacía siempre reír, y cuando había sido más niña, saltar. Ahora, cuando su luz ya envolvía todo, se recogía el largo pelo en una coleta y entraba para comenzar sus faenas.

Hubo un día en que tan absorto se quedó el Autillo que el Errante hubo de llegarse hasta él para llevárselo hasta el fuego. Sucedió cuando vio por primera vez el Gran Azul. Casi todos en la montaña Mamut, a excepción de algunos niños de pecho, lo habían visto pues eran frecuentes las expediciones de las tribus hasta la costa. Pero no era el caso del muchacho de tierra adentro. Tuvo que aprovecharse de una visita del Errante a uno de los clanes asentados en el litoral que solicitaba sus saberes chamánicos para poderlo contemplar. El Autillo y un par de cazadores lo acompañaron. El impacto, tras haber caminado todo el día aguas abajo por la orilla del río y llegar ya cuando atardecía a un pequeño promontorio tras el cual, de golpe, apareció aquel escenario inaudito, lo dejó inmóvil y absorto. Aquel gigantesco azul se

movía en un ondulante vaivén y se derramaba en espumas continuas al romper contra la tierra, unas que morían y se retiraban suaves, otras que se encrespaban al chocar contra las rocas.

Estaba aún lejos para ni siquiera bajarlo a tocar, y de hecho no llegaría a hacerlo, pues el campamento estaba a su vista, en un acantilado donde parecía que en un tiempo había llegado a golpear, pero ahora bastante retirado de su orilla.[27] El color era, como le habían dicho, de un azul profundo que se juntaba con el otro azul. Pero ante sus ojos había algo más: el sol estaba cayendo en él. El Autillo supo entonces que era allí donde el sol se acostaba de verdad, donde se iba a lavar sus brillos y a descansar. Era una gran bola ardiente y roja que se iba sumergiendo y cuyos rayos teñían el agua de su color y le daban su ardor allí donde la alcanzaban. Fue hundiéndose despacio, lentamente, hasta que al final solo quedó un resplandor y, poco a poco, este se fue apagando también y el Gran Azul se volvió oscuro y luego negro, y el Autillo seguía mirándolo sin moverse hasta que el Errante lo fue a buscar. Le preguntó a su maestro dónde acababa y ni siquiera él le pudo contestar. Solo los espíritus del agua y del aire podrían saberlo. Y no se marcharon hacia los fuegos del clan aún, porque entonces fue el Errante quien se quedó un tiempo absorto. Pero él no miraba al mar, sino costa adelante hacia el naciente y hacia el norte, y en su mirada había una extraña zozobra, una inquieta intensidad. Miraba, eso lo sabía el muchacho, hacia el lugar desde donde un día había viajado hasta ahí. Y el Autillo pensó que en la mirada del chamán estaba el día de volver.

El Autillo había ido descubriendo que el hombre al que acompañaba era en realidad muchos hombres y escondía, en el fondo de todos, un secreto que con nadie compartía. Ni siquiera, y a pesar de su intimidad, con Ova, y aún menos con él.

El niño era ya un joven mimbreño, fibroso y ágil, al que muy pocos superaban en carrera y en resistencia al cansancio. No parecía fatigarse nunca y era capaz de mantener andando, al trote o utilizando toda la velocidad de sus piernas, un ritmo que dejaba atrás y agotados a todos. Esa rapidez lo había llevado muy pronto a alcanzar consideración entre los cazadores, en cuyas filas no tardó en formar y participar con ellos en las expediciones de caza veraniegas con una tarea en la que parecía sacar lo mejor de sí mismo: actuar como enlace, como adelantado y vigía.

El gigantesco jefe Zarpa de Oso lo estimaba en mucho, y aún más Fresno, que siempre lo reclamaba a su lado, y era a él a quien le encomendaban esas tareas procurando que no partiera solo, pero siempre con él a la cabeza. Su rango fue creciendo y tuvo su lugar también en los ritos de los cazadores aunque no fuera nacido en ninguna de las Cinco Cuevas de la montaña Mamut. Seguía siendo el discípulo del Errante y ambos vivían aparte de los demás. Y aún mantenía su aire esquivo y reservado. Su incorporación a las filas de los cazadores le fue separando paulatinamente de Ababol, que a su vez también comenzó a distanciarse. Ella permanecía fijada a Ova y aprendiendo todo lo que su madre podía enseñarle.

Continuaban compartiendo los cuatro la pequeña cueva de la Guardiana. Las

gentes miraban siempre con cierto respeto y alguna aprensión la entrada de esa gruta, percibiendo que allí dentro se guardaban secretos y saberes que no alcanzarían a conocer. Tampoco el Autillo alcanzaba a muchos de ellos, pero lo que aprendía lo ponía por encima de sus compañeros.

Ova había tenido desde niña el don, heredado de su madre, de conocer el espíritu de las plantas y hasta de los sudores de la tierra y la misma roca. El Autillo la había observado, al principio con estupor y algo de miedo, preparar ungüentos que detenían el flujo de la sangre por las heridas, y luego aplicarles emplastos que, al retirarlos, conseguían que donde antes había carne viva desgarrada se formara una costra que se acabaría desprendiendo y la piel reparada aparecía debajo de ella. Incluso había ciertos brebajes y pócimas, cocidos en los odres con piedras del fuego, que servían para que los humores internos del cuerpo se evacuaran cuando estaban corrompidos. Otras cosas ya eran de dominio común, como que el barro era lo mejor contra las picaduras y que embadurnarse con él, además de atufarlas con humo, era la mejor protección para quitarles la miel a las abejas, o que hervir en agua los botones amarillos de la manzanilla no solo lavaba los ojos, sino que también aliviaba la tripa.

Pero ni siquiera el Errante estaba autorizado a observar los exclusivos ritos de las mujeres. Cuando estos se celebraban ellos debían abandonar la cueva. De la misma forma, las hembras tampoco podían participar en los ritos previos de los cazadores antes de que estos partieran a las grandes cacerías. Estas ceremonias tenían lugar en una galería de la Cueva de las Manos,[28] y era allí donde el Errante, junto con otros chamanes, concitaban a los espíritus de los animales para que estos les fueran propicios.

El Autillo comprobó que, tras los ritos femeninos, aparecían en las paredes de una de las galerías unas pinturas realizadas con ocre rojo en las que se repetía como figura única la vulva femenina, el sexo de las mujeres. El joven las miraba a la luz de una lámpara cuando nadie lo veía y comprendía que allí se escondía algún secreto que quizá fuera mejor no conocer pues pertenecía a los secretos de la madre, de la fecundación y de la vida. Alguna relación debía de tener con algunos ritos y conjuros de los cazadores, cuando en los grabados o pinturas se representaban hembras de animales preñadas. Eran el símbolo y el deseo de que alumbraran nuevas crías, que aquellas ciervas parieran y se reprodujeran para que la caza no se agotara. Se mataban hembras en las cacerías, pero en ocasiones había oído al Errante que los cazadores respetaban a las madres preñadas. Sobre todo cuando en determinadas zonas comenzaban a escasear las reses. Las vulvas de las mujeres pintadas en la cueva y las tripas prominentes de las ciervas preñadas algo tenían que ver, pero ese algo escapaba a la comprensión del Autillo.

Había visto a los machos de muchos animales montar a las hembras, a los bisontes bramar y pelear con otros machos para que el vencedor, con la lengua fuera, buscara lamer el sexo de la vaca, y a esta dejar que la penetrara con su enorme verga. Había oído también la sobrecogedora berrea de los ciervos, y cómo era el momento

más propicio para que los cazadores abatieran a los enfebrecidos sementales, enloquecidos en sus peleas y por el olor de las hembras. Y lo mismo le pasaba al corzo, y de ambos había llegado a encontrar animales trabados por sus cornamentas que habían encontrado la muerte al no poderse separar. El celo de los corzos tenía lugar a principios del verano y el de los venados al comienzo de las primeras lluvias que ya presagiaban los siguientes fríos. Ya con la nieve caída resonaban los poderosos topetazos de los íbices, y por las noches, ajenos a los hielos, los grandes verracos se daban terribles puñaladas con sus afilados colmillos. No eran ajenos a aquella fiebre tampoco los lobos, ni los linces, ni los zorros, ni ningún animal, del más grande al más pequeño, que caminara o reptara por la tierra, volara por los aires o se bañara en las charcas. Ni tampoco los hombres, a los que había visto también desde niño copular más o menos a escondidas con las hembras y asistir a peleas y hasta causarse graves heridas por ellas. También los niños hablaban de ello y se señalaban y tocaban sus todavía pequeños miembros entre risas y sofocos. A alguno más mayor ya le había visto cómo la verga se le ponía dura y que, tras frotársela, en vez del meado le salía una especie de leche. Otros querían jugar con las niñas a montarlas, pero si alguna mujer los veía solía volar algún manotazo duro. Cuando las niñas alcanzaban la pubertad y comenzaban a sangrar, ya era en los ritos de la Diosa y con la Guardiana donde ellas hablaban y se transmitían las advertencias. Entonces era cuando los jóvenes y los que eran mayores solían acecharlas, y alguno solía terminar por mudarse del fuego de su madre al de la madre de aquella con quien comenzaba a dormir.

Todos los animales y los hombres, cada uno a su forma, tiempo y manera se apareaban, excavaban madrigueras, construían nidos, parían crías, ponían huevos y sacaban polluelos. Los animales terrestres, los que mamaban leche, eran en eso los más parecidos a los hombres.

Las crías de todos los animales tardaban mucho menos que las humanas, y entre ellas las de las aves eran las más rápidas en valerse por sí mismas. Los cachorros humanos debían pasar todos los dedos de las manos, y aún más, para librarse del amparo de sus madres y del clan. Aunque, también lo había observado el Autillo, en las tribus de los animales, los machos en no pocas ocasiones dejaban o eran obligados a abandonar sus clanes, y, sin embargo, las hembras solían quedarse juntas y las había que parecían criar en colaboración a sus cachorros. Algo parecido, pensaba el Autillo, sucedía entre los humanos. Las mujeres eran el suelo, el armazón y clan en sí mismo, y los hombres quienes iban y tornaban.

Aquello podía llegar a entenderlo. Lo que lo rodeaba en la superficie eran miedos concretos y visibles: una fiera, una herida, un desplome, la negrura de la noche cuajada de pequeños fuegos o la llegada de la tormenta con el rugir de la más inmensa de las bestias y el restallar de aquellas culebras de fuego que en ocasiones prendían en los pastos o derribaban gigantescos árboles. Pero era mucho peor otro miedo a algo que habitaba en los abismos y que parecía acechar a todos los que

vivían sobre la tierra: los hombres, todos los hombres morían, y era algo que al Autillo solo ahora se le había ocurrido pensar. El Errante, Ova y la misma Ababol sí penetraban aquellos misterios, algunos de los cuales podían ser muy aterradores, y el Atillo creía que era mejor no conocerlos ni tenerlos que saber. Porque en ocasiones había visto hacer al Errante cosas que le erizaban todo el vello y había tenido que sobreponerse a muchos miedos para servirle de ayudante en algunos conjuros y rituales.

El Autillo llevaba desde hacía algún tiempo detectando en su preceptor una cierta ansiedad contenida. Apenas si era perceptible para él y estaba seguro que en absoluto para los demás, excepto por Ova. El cambio fue creciendo a medida que se alargaban los días y se preludiaba el final de las Lunas del Hielo. Tras una de sus visitas a la costa, el Errante regresó una tarde con una extraña excitación y una mirada como si tuviera fiebre. Hizo llamar a otros chamanes y entre todos prepararon un brebaje que solo él bebió. El Autillo se lo había visto preparar en otras ocasiones a Ova, era una planta que guardaban con enorme secreto y celo y que solo en ocasiones muy señaladas se atrevían a beber algunos.[29] El Errante quería comunicarse con los espíritus. Pero con los espíritus de abajo, de lo profundo de la tierra. Y por ello debía perderse en la oscuridad de la cueva más grande, por la galería más recóndita, y allí esperar a que estos brotaran de la roca y se le aparecieran.

Se introdujo, acompañado hasta la entrada por la salmodia de los otros brujos que cantaban y bailaban al son de una flauta y un tambor que golpeaban repitiendo una y otra vez el mismo paso y el mismo sonido que el Autillo no alcanzaba a comprender. Le entregaron una antorcha y el Errante pasó allí, en las entrañas de la tierra, dos noches y solo apareció con el tercero de los soles.

Salió en profundo silencio, sin dirigirse a nadie y sin querer decir palabra. Bajó hasta el agua del río, se desnudó y se limpió con ella, luego regresó, llamó al Autillo y le ordenó que él, y nadie más que él, debía prepararse para acompañarlo de vuelta a las oscuridades, pero esta vez debían ir provistos de lámparas con abundantes mechas y también de leña para encender hogueras que iluminaran el recinto que había elegido. Debería ayudarlo en sucesivos viajes a trasportar los utensilios para grabar y pintar sobre las rocas y su tubo de soplar, y urgir a Ova y a Ababol para que le prepararan abundante ocre, piedra negra, piedra roja, tizones de madera quemada y grasas de animal y vegetal.

El Autillo lo siguió por la oscura galería, que iba emergiendo a la luz de su tea encendida, y con el ánimo estremecido encendió el fuego en los puntos donde su maestro le indicó. Cuando las hogueras iluminaron las paredes de aquel recoveco el Errante se sentó a escucharlas. Cerró los ojos y se quedó largo tiempo inmóvil y mudo. De pronto se levantó y, apresurado, entró en una febril actividad, como si deseara plasmar cuanto antes lo que recordaba. Antes de que sus visiones huyeran. Indicó al muchacho que con una lámpara de tuétano y mecha de aguja de pino le fuera alumbrando determinados espacios de la pared y allí comenzó a sembrar con el

dedo hileras de puntos rojos hasta completar unas figuras. Luego trazó rayas, unas rectas y cruzadas, otras como serpientes que se enroscaban y otras que giraban en círculos. Se consumieron varias lámparas y casi todas las mechas de pino. Y El Autillo hubo de salir a por más. Cuando regresó encontró de nuevo al Errante sentado con los ojos cerrados, que ahora aún tardó más en abrir. Reinició su tarea con mayor agitación que antes; buscaba con la mano los relieves y protuberancias de la piedra y allí aplicaba el punzón y el buril primero y luego el tizón y la piedra roja, la negra y el ocre después. Y de sus movimientos comenzaron a brotar las bestias de las rocas. La lámpara del Autillo alumbró un espacio y un caballo apareció allí donde antes solo hubo una piedra vacía. El Errante le pidió entonces el tubo de soplar, un hueso hueco de una garza, puso su mano al lado del animal, aspiró el polvo licuado que había preparado y lo sopló, y su palma y sus dedos quedaron impresos al lado de la bestia que acababa de crear.

El Errante se volvió a sentar. Pero siguió sin comer nada y tan solo pidió agua, que el Autillo le trajo presuroso al comprobar que el hombre estaba bañado en sudor. Tras beber se levantó de nuevo y, ante la muda contemplación del muchacho, comenzó a danzar y a emitir sonidos de alguna extraña lengua, si es que lo era, o tan solo era un silabeo monocorde y continuo que lo acompañaba mientras daba tumbos por todo el recinto. En una ocasión, el Autillo temió que acabara cayendo en una de las hogueras, pero logró salvarse del traspié y continuó con su danza. Tan de repente como había comenzado, paró. Le pidió al Autillo que le alcanzara una nueva lámpara encendida y otra de repuesto y le ordenó que esta vez no lo siguiera y esperara a que saliera, y se introdujo aún más en las entrañas de la tierra. El joven llegaba a vislumbrarlo mientras de nuevo se afanaba en la pared con un punzón y un tizón. Parpadeó la luz mortecina y se apagó. Volvió a lucir otra y también al cabo se consumió. Esperó entonces el Autillo, esperó mucho, hasta que las hogueras ya se consumieron también y no le quedó más leña. Entonces, con su última tea, aún a costa de provocar su ira, decidió entrar. Lo encontró caído en el suelo, ardiendo de fiebre y empapado en sudor. Respiraba jadeante, pero apenas si se movía, y entendió que debía sacarlo cuanto antes de allí, pero pudo más su deseo de ver lo que había hecho. Y lo que vio lo llenó de espanto. Sobre la roca había brotado un ser que era a la vez un hombre y un animal. Un animal que eran a la vez varios animales a su vez. [30] No quiso ver más y utilizó toda su fuerza para conseguir levantar al Errante, que pareció despertar un poco, lo hizo apoyarse en él y logró llegar a la entrada de la galería que daba al gran recinto donde moraba el clan. Pidió a gritos ayuda y que fueran a buscar a Ova, pues los espíritus se habían apoderado del Errante y era preciso que lo rescataran o estos acabarían por llevarse su aliento a las profundas oscuridades de donde los hombres ya no volvían.

Llegó presurosa Ova y, ayudada por algunos hombres, trasladaron al Errante hasta su cueva y lo tumbaron en sus pieles. Ella les dijo a todos que se marcharan, que el Errante había hecho un viaje al lugar de las tinieblas y que ahora debía regresar. Ni

Ababol ni el Autillo se libraron de ser expulsados. Y hasta que no fue la noche no les permitió la entrada. Cuando lo hicieron vieron al Errante, a quien Ova había despojado de las vestimentas, que, llenas de adornos, plumas y figuras pintadas sobre la zamarra, se había puesto para entrar en la galería. Estaba desnudo, envuelto en gruesas pieles, pero ya tenía abiertos los ojos y bebía a pequeños sorbos de un cuenco. Saludó con una sonrisa al Autillo y le indicó que se acercara. Este no pudo reprimir su pregunta:

—¿Qué has visto allí?

—Hoy nada. Hoy solo he tenido que revivir lo que antes se me había presentado, el lugar donde antes había estado. —Y no dijo nada más y al poco cayó en un sueño ya profundo y tranquilo.

Al día siguiente los chamanes y jefes de las cuevas entraron con antorchas y vieron lo que el Errante había dejado sobre las paredes.

—Los espíritus le han hablado. Le han mostrado los caminos y él los interpretará para nosotros. Porque es su mano la que está impresa junto a lo que ha visto.

20

El valle sin crías

Dos primaveras después Nublo había alcanzado un poderoso rango en el clan del Valle de los Primeros Hombres. Su alianza con el Menor lo había beneficiado. Era el más alto de la fila de los cazadores, pero, aunque había ganado algo en corpulencia y peso, no podía equipararse en potencia a la mayoría de los adultos. Había rehuido toda prueba de fuerza con astucia y sabido, aun así, mantener el respeto. Con el Menor se había hecho uña y carne, y eso le daba una posición de privilegio. Además, sus habilidades en la caza eran cada vez más estimadas. Llegado el tiempo bueno, de la hierba y la abundancia de animales, a él también el sol parecía sonreírle. La hija de la Jara crecía y a Nublo le gustaba jugar con ella, y su duro y afilado semblante, que seguía casi del todo lampiño, perdía algo de su habitual dureza.

Fue de improviso como a él, a la Jara y al clan entero los alcanzó la desgracia. La pequeña, alegre y vigorosa, comenzó a toser un día. Tal vez alguna ráfaga de frío, tal vez algún mal se le metió dentro en un descuido. La Mujer de las Hierbas le dio algún remedio, infusiones y vahos de bayas y hojas, y otra de manzanilla para que tuviera el sueño más tranquilo. Pero siguió agitada, sin poder descansar ni reponerse, y la tos no solo no se reblandeció sino que fue haciéndose más ronca. Probaron entonces con emplastos en el pecho, pero la respiración de la niña se hizo cada vez más difícil y la frente y las sienes comenzaron a arderle. La curandera entonces salió con Nublo y buscaron corteza de abedul y un hongo que ella conocía, y aunque tardaron mucho, pues la Mujer de las Hierbas lo quería recién cortado, lograron hallarlo.[31] La curandera preparó a toda prisa los remedios y al cabo pareció que la niña mejoraba. Bajó el calor del cuerpecillo y se calmó su respiración. Pero esa misma noche empeoró de manera repentina y, cada vez más débil, dejó de respirar y se quedó yerta a poco de la amanecida. La Jara prorrumpió en un estremecedor alarido de pena y muchas mujeres la secundaron, pues aquella niña era la única que había nacido y sobrevivido en todo el clan desde que la parió la Jara. Otro recién nacido no solo no vivió sino que en el parto mató a su madre. La pérdida dolía a todos. Y enloqueció a Nublo.

Sin decir palabra, cogió su lanza y sus armas y salió del abrigo. Algunos jóvenes lo siguieron. Les dijo adónde iba: a matar un uro. Sabían por dónde pastaba una manada y hacia ella se dirigieron. Les dio miedo de que Nublo en su rabia se arriesgara demasiado, pero su furia era fría. Señalaron un macho de grandes y afilados cuernos y lo emboscaron, lo separaron del rebaño y le clavaron las lanzas por los dos costados. Nublo dio el golpe final con su punta. No quiso siquiera la cabeza entera, solo el frontal y la cuerna, sin maxilar ni mandíbula. Pasó todo el día cociéndolo en un odre y descarnándolo. Por la noche les dijo al Menor y al Mayor

que quería hacer esa ofrenda a la niña muerta y a los espíritus para que otras vidas nacieran pronto en el clan. Los jefes lo aceptaron. La Mujer de las Hierbas preparó los rituales y la Jara la vistió con sus ropas. Ella la llevaría en brazos hacia aquella galería donde, poco más que un niño, Nublo había visto pasar la cabeza del rinoceronte lanudo y oído el cántico de la tribu. En una sola ocasión había entrado ya de adulto a aquel recinto al que solo se iba en contadas ocasiones y siempre que algo muy bueno o muy malo pasaba. Allí se encendía el fuego y había ya restos de muchas hogueras y sobre él se depositaba la ofrenda a los espíritus. Había de ser un cuerno, fuera este de rinoceronte, de ciervo, de bisonte o de uro. Era aquella la costumbre y lo permitido, pero no lo era que bajo el fuego se enterrara a nadie. Pero esta vez sí, esta vez la Mujer de las Hierbas lo autorizó, porque si no nacían más niños, el clan se extinguiría.[32]

La comitiva salió del abrigo encabezada por la curandera y la Jara, que llevaba a su hija muerta en brazos. Las seguía Nublo, con los cuernos del uro que él mismo había matado, flanqueado por los jefes. Tras ellos, el clan entero, a excepción de un anciano inválido, y los niños que andaban. Porque de los que mamaban aún en el pecho de sus madres y no se separaban de su regazo no había ninguno.

Se sentaron todos en dos hileras, una a cada lado de la galería. La Jara hizo el hoyo, depositó el cuerpo, la Mujer de las Hierbas dejó sobre él un pequeño brazado de plantas con flores, pusieron encima una losa de piedra y luego lo taparon con tierra hasta colmarlo, sobre el túmulo encendieron el fuego y cantaron. Cantaron hasta que se apagó la hoguera, hasta que ya no quedó rescoldo, hasta que solo hubo cenizas. Entonces Nublo clavó allí los cuernos del uro. Y salieron en silencio, tristes y angustiados. Los vientres de las hembras parecían haberse secado y el Valle de los Primeros Hombres se estaba quedando sin crías.

21

La ballena varada

El viaje a las tinieblas y las visiones del chamán, ahora plasmadas en la pared de la Cueva de las Manos, recorrieron todos los fuegos de la montaña Mamut. Solo los elegidos, los iniciados cuyas palmas estaban también impresas en la roca, pudieron contemplarlas. Los más jóvenes miraron al Autillo con envidia y muchos que ya no lo eran le preguntaron qué había visto allí dentro. Pero él calló y solo a Ababol quiso contárselo.

El Errante, tras aquel episodio, volvió al poco a su actividad cotidiana. Participó en los conjuros previos a las expediciones de caza, hizo girar la bramadora para concitar a los espíritus del aire, hizo sonar la flauta y el tambor para los del agua y la tierra y danzó con los cazadores imitando al bisonte, al caballo, al uro y al ciervo. Pero llegada la hora de la partida, no marchó con ellos. Ova fue la única que empezó a barruntarse la razón. El Errante quería volver a serlo y ella temía por el rumbo que esta vez cogería, pues sabía que un día partiría hacia el norte y esa vez ya jamás regresaría.

Pero para su alivio, el hombre no emprendió aquel camino. Un día se despertó con semblante muy alegre y llamó al Autillo, al que le había pedido que tampoco formara parte de aquella primera expedición de caza. Quería ir hacia el poniente, costa adelante, a visitar a clanes hermanos de los de las Cinco Cuevas, partícipes en la gran fiesta del salmón y que habitaban en el mismo litoral o en los valles que bajaban hasta el Gran Azul. Todos ellos mantenían fuertes lazos de parentesco, pero eso no significaba que no hubiera conflictos entre ellos. Había disputas, peleas y hasta combates sangrientos. Los chamanes, más que los jefes de caza, y sobre todo las Guardianas, solían conseguir apaciguar las iras y si tenían que dar escarmiento o imponer castigos o pagos, lo hacían con dureza para que los ofendidos se sintieran compensados y así evitar que los conflictos acabaran siendo de clan contra clan. El consejo de los jefes y los chamanes se imponía entre los cazadores si eran cuestiones individuales, pero si afectaban a familias o clanes, eran las Guardianas de la Diosa las que tenían la última decisión. Muchas de estas disputas solían tratarse en la Reunión del Salmón. Aquel año tocaba en uno de los clanes más lejanos y esa había sido la excusa del Errante para partir hacia allá. Así llevaría el saludo de la montaña Mamut a quienes la distancia les quitaba las ganas de participar, porque luego debían volver a su propio río y hacer acopio de salmones antes de que la subida y el desove concluyeran.

Ova se despidió con una sonrisa del Errante y le conminó con aparente enojo a que estuviera pronto de vuelta, pero Ababol hizo como que la marcha del Autillo no le importaba nada.

Esta vez el joven sí pudo tocar las aguas del Gran Azul. Volvió a verlo desde los acantilados y luego descendieron a la costa y caminaron hacia el mar, que aún estaba lejano, tras una extensa franja donde quedaban restos de pozas y algunas de ellas, más numerosas cuanto más se acercaban a la gran inmensidad moviente, todavía contenían agua. La rompiente de las olas estaba precedida por abundantes despojos arrojados por las mareas y donde se mezclaban restos vegetales y animales, entre ellos muchas conchas. El Errante quería llegar hasta el mismo borde de las olas. Allí había mucha comida. El Gran Azul los alimentaría en su viaje.

Le recordó al Autillo que aquella agua no podía beberse pues acababa quemando la boca y la entraña. Al observar que parecía dispuesto a llenar su morral de conchas y nácares, le dijo que era más importante conseguir alimento vivo que caparazones de animalillos muertos, y que era bastante fácil encontrarlo si se sabía buscar. La comida estaba pegada a las rocas, debajo de las piedras o en los charcos que habían quedado aislados. La primera jornada, mientras caminaban, la dedicaron a recolectar lapas y mejillones, que desprendían con un raspador, a capturar un pulpo y hasta algún pez que se había quedado atrapado en el charco con la bajamar, ensartándolo con la azagaya, a atrapar cangrejos y otros animales con caparazones de diferentes trazas y tamaños que corrían cuando levantaban algunas piedras. En ciertos bancos de arena el Errante, observando los gorgoritos que se formaban a flor de agua cuando la ola se retiraba, excavaba rápidamente con su cuchillo y desenterraba conchas, pero estas llenas de carne, unas redondeadas, otras alargadas, que abría y se comía como la mejor golosina. Aprendió a hacerlo el Autillo y a engullirlas también. Tenían un extraño gusto, como aquella agua que no podía beberse, y le gustaron mucho. Dejó de entonces ya de recoger conchas vacías y se preocupó más de encontrarlas llenas.

—Aquí tantas conchas y nácares no te servirán de mucho, excepto si quieres adornarte con ellos un gorro o una zamarra o hacerte un collar, pero allá, en las tierras interiores donde has nacido, sí te darán muchas cosas por ellos. Serán buenas para hacer trueques por los clanes.

Así que el Autillo siguió cogiendo de vez en cuando alguna, pero ya solo las que le parecían más hermosas. Vislumbró también en las palabras del Errante que tenía la intención de proseguir sus viajes y que su estancia en la montaña Mamut, aunque regresaran, no iba a ser muy duradera.

Durante varios días no tropezaron con hombres y tampoco con demasiados animales terrestres. Su compañía eran, sobre todo, las aves, aunque en ocasiones vieron algunos zorros, una manada de lobos alejándose y les pareció distinguir un oso. También vieron una piara de jabalíes que bajaron hasta la línea de oleaje a la caída de la tarde, hozando en la arena, mientras los hombres, sentados y quietos en una roca, veían al sol sumergirse. El muchacho contempló, fascinado como la primera vez, cómo el Gran Azul apagaba sus fuegos. Ellos hicieron el suyo con restos traídos por el oleaje en un refugio en la pared de los acantilados, aquí bastante más cercanos a las aguas.

A su calor el Errante le explicó al Autillo el sentido de aquella maravilla.

—El sol es el fuego, es amarillo cuando está en el cielo en lo más alto, como la llama de la hoguera en su plenitud, luego adquiere el color de la brasa, rojo vivo, y cuando toca el agua y lo mata, se vuelve negro, como un tizón. El Gran Fuego entra en el Gran Azul cada día y el agua lo apaga, pero él encuentra su camino y regresa poderoso de las entrañas de la tierra donde recupera su ardor. En las entrañas de la tierra ha de arder una gigantesca hoguera. Pero ahora parece que está falta de alimento pues el sol calienta cada vez menos y durante menos tiempo.

La noche no estaba apenas iluminada por la luna, que semejaba ahora la cuerna de un uro, pero sí brillaban los pequeños e incontables fuegos que se iban encendiendo en lo alto.

—¿Cómo se sostienen allá arriba los fuegos?

—No todos. Algunos caen, ¿no has visto desprenderse alguno?

—Sí. Los he visto atravesar el espacio y caer sobre la tierra pero siempre muy muy lejos. No he visto nunca el sitio donde haya caído alguno y no sé de nadie que haya encontrado ninguno.

A la mañana siguiente siguieron su ruta al rape del desfiladero pues el Errante creía estar ya cerca del primero de los clanes a los que iban a visitar. Fueron los gritos de sus mujeres, asustadas al verlos llegar cuando bajaban a recolectar al borde del agua, los que les señalaron que habían llegado.

A poco del griterío un grupo de cazadores descendió hasta donde se habían detenido. El Errante extendió hacia ellos sus brazos con las palmas abiertas y ellos lo reconocieron y le dieron la bienvenida. Ya había estado allí también otras veces.[33]

La cueva del clan estaba tierra adentro aunque no lejos de los acantilados. De hecho, mantenían dos emplazamientos: uno junto al Gran Azul y otro donde se refugiaban durante el periodo frío. Ahora todavía estaban divididos entre ambos. El Errante era también muy respetado entre ellos y quisieron que subiera hasta la caverna, pues su chamán se encontraba en ella. Aceptó con gusto y emprendieron rápidamente la marcha pues había un buen trecho por delante. El lugar le pareció al Autillo uno de los más hermosos y mejores donde había visto aposentados a los hombres.

La boca de la cueva daba sobre el valle de un río[34] rodeado por unos inmensos bosques, praderías y un entorno que denotaba ser un magnífico cazadero. A los vigías de aquel clan les bastaba con asomarse a ella para escrutar a los rebaños y preparar sus cacerías.

El chamán le mostró al Errante, tras la ofrenda de este a la Diosa en presencia de la Guardiana, el camarín de la galería donde celebraba sus ritos. Para acceder pasaron el amplio vestíbulo de la gruta donde se hacía la vida de la tribu, se introdujeron por una pequeña cavidad y, tras caminar agachados y a veces a gatas, llegaron a una amplia sala donde estaban las pinturas y los grabados que el chamán les mostró. El Autillo comprobó que eran parecidas a aquellas composiciones de puntos, rayas y

círculos rojos que él mismo había visto trazar al Errante durante su trance en la Cueva de las Manos. A la luz de la antorcha alcanzó a vislumbrar también un ciervo brotando de la roca y una imagen extraña que le pareció que era de una mujer, algo que había visto en las tallas en madera y estatuillas de piedra, pero nunca pintada en la roca.

Pasaron algunos días recibiendo y contando novedades de los diferentes clanes y conociendo que, al igual que al monte de las Cinco Cuevas, allí habían llegado también clanes del interior, espantados por la duración y crudeza de las Lunas del Frío, que huían hacia el litoral, pues en las alturas perecían helados o de hambre o de ambas cosas.

Pero el Errante parecía tener prisa. Así que, aunque les instaron a prolongar su estancia, ellos se despidieron tras recordarles que los anfitriones del Encuentro del Salmón serían ese año las Cinco Cuevas de la montaña Mamut y que serían tan bien recibidos como ellos lo habían sido aquí. Los viajeros regresaron a la línea de la costa en dirección al poniente. El Errante apuraba más las jornadas y algo del porqué le contó al Autillo:

—El clan al que nos dirigimos es uno de los más poderosos de todas estas tierras y la magia de sus chamanes, la más potente de las que en esta costa se ha conocido nunca. Estuve aquí antes y deseo compartir con mis hermanos lo que he aprendido y recoger de ellos todo cuanto puedan enseñarme.

El Autillo también deseaba seguir aprendiendo. En este recorrido costero se daba cuenta de que era un consumado rastreador, don que parecía haber adquirido de Rastros, el jefe de su clan natal, pero sus dotes solo servían tierra adentro. Allí parecía poder anticiparse a las querencias y a los movimientos de las manadas. Despertaba con ello tanta admiración que los clanes del monte de las Cinco Cuevas ya lo habían apadrinado y le habían hecho ya poner su mano junto a las de los demás. Fue Fresno quien le sopló el polvo sobre ella. La prueba para poder hacerlo la había superado con facilidad y sin una queja.

Consistía en partir solo y alejarse al menos medio día de marcha para, tras sobrevivir al ataque de las bestias carnívoras, retornar antes de que aquella luna finalizara con carne y el trofeo de una de ellas. Él volvió con dos: los lomos y la jeta de un gran jabalí, pues quería sus amoladeras para hacerse un colgante y las navajas para regalarle un collar a Ababol, y con la cabeza de un buen corzo y casi toda su carne, mejor que la del jabalí. Una de las cuernas la convirtió en el mango de su cuchillo y la otra se la dio al tallador. Al verraco lo alanceó en una baña, que conocía como su querencia predilecta para rebozarse en barro, desde lo alto de un árbol para no ser olfateado. Lo dejó malherido en la noche y fue prudente en no bajar y esperar al amanecer para seguirle la pista por la mañana y encontrarlo ya tieso tras un largo rastreo. Tuvo que espantar de su cadáver a un par de hienas a las que echó a pedradas, pero a las que cedió buena parte de la carne cuando a sus llamadas apareció la

manada entera. Le dio tiempo a llevarse los lomos y, con mucho esfuerzo, a cortarle la cabeza por detrás de las orejas, que era por donde mejor se podía separar. También le cortó el rabo y algunas cerdas de la crin.

El corzo lo mató al paso, de vuelta a la cueva, pues estaba en celo y no se percató, enloquecido tras la hembra, de su presencia. Se limitó a esperar oculto e inmóvil a que en una de sus locas carreras se pusiera a su alcance. Esa carne sí que pudo aprovecharla casi toda para el clan y se demoró hasta que logró destriparlo y trocearlo. El olor a sangre puso tras su pista a un grupo de leonas y tuvo que dormir en lo más alto de un gran árbol para no ser devorado.

El Errante se enorgullecía de todo aquello, pero el Autillo sabía que en algo se sentía defraudado: su discípulo no parecía ser llamado por los espíritus ni que él se esforzara en escucharlos. Sí que había aprendido las enseñanzas sobre ocres y tizones pero tampoco hizo ademán siquiera de ponerse a trazar nada en la roca. Le parecía que aquello no estaba a su alcance y que era algo que pertenecía a su maestro en exclusiva. Al Errante le hubiera gustado que siguiera en esto su camino, pero comprendió que el mozo tenía el suyo propio, aunque aún no supiera cuál. Que tampoco parecía ser el del liderazgo. Destacaba pero no pretendía imponerse a nadie, tendía a la soledad y, en muchas ocasiones, en vez de buscar la compañía de los de su edad y condición, prefería la de Ababol, a la que seguía mostrando una cierta sumisión y ante la que volvía a actuar con comportamientos infantiles. Él mismo se reía de ello pero le resultaba agradable hacerlo.

Sin embargo, enseñó a todos que golpeaba rápido y que sabía cómo zafarse de quien tenía fuerzas superiores y acababa por derribarlo. No consentía jamás que nadie lo humillara y, como sabían de su puntería con la azagaya, entendieron que lo mejor era dejarle su espacio.

Sus largos ratos compartiendo trabajos con los talladores y en especial con el más anciano, que era un gran maestro, le hicieron ser el mejor de todos de quienes había aprendido. Portaba un propulsor de hueso de ciervo, mucho más difícil de fabricar que los de madera, que era la envidia de todos, como lo eran sus venablos, sus azagayas y sus lanzas largas. No importaba el tiempo que necesitara para hacerlas. No le pesaban sus fracasos hasta conseguir la pieza deseada. Cuando lograba ultimarla a su gusto se sentía feliz con ello y daba por buenos todos sus anteriores yerros. Aprendió incluso a emplumar algunas de las azagayas más ligeras y su último descubrimiento había sido enderezar un asta de ciervo para convertirla en una larga y afilada punta de lanza. Fresno le enseñó a ponerla en remojo y a utilizar el bastón con el agujero para irla poniendo totalmente recta. Luego se la dejaba secar y quedaba perfecta para engastar. El bastón servía también para enderezar los astiles de los venablos finos, pero hacerlo con los candiles del venado le llenó de satisfacción. Tan orgulloso estaba de ella que le pidió al Errante que le grabara unos signos en ella y este se lo otorgó, así como también en su propulsor, aprovechando la intersección con un candil, y completada con la figura de una hembra de bisonte tallada en la

protuberancia del asa, cuyo morro puntiagudo era donde se encastraba la base de la azagaya.

El Errante, al sentir la emoción de su pupilo, comprendió que sería un gran cazador y que si dejaba definitivamente atrás sus resentimientos y recelos llegaría a dirigir su fila. Pero que para proseguir sus saberes y sendas de chamán habría de encontrar otro. Pero eso sería tiempo más tarde, porque quería al muchacho, se sentía su protector y no concebía alejarlo de él.

Caminaban ahora costa adelante, por terreno aún compacto y mojado para hacerlo mejor, y el hombre se asombraba de la vista y la agudeza de su acompañante. Nada escapaba a sus ojos, tanto para prevenir un posible peligro como para percibir la ocasión de cobrarse una presa. No fue pues nada extraño que fuera el Autillo quien divisara al monstruo varado en la arena.

Era un animal del mar, tan inmenso como jamás habían visto ser alguno. Más grande que muchos grandes mamuts juntos, resoplaba como si dentro le hirviera un lago de agua. Se aproximaron con mucho miedo y precaución. Pronto vieron que no podía apenas moverse y que parecía estar agonizando. Sacudía a veces su enorme cola y golpeaba el agua, pero la hondura de esta era tan escasa que quedaba ya sobre la arena, donde reposaba gran parte del corpachón. Se pararon, mudos, insignificantes al lado de enorme pez, porque un pez parecía ser, aunque gigantesco, y no supieron qué hacer excepto contemplarlo.

Los resoplidos del animal proseguían, pero el Autillo detectó que su frecuencia iba cambiando y cada vez más hacía un estertor que él había observado en grandes animales heridos en el pulmón.

—Se está muriendo —afirmó.

Decidieron buscar refugio cerca. Se acercaba el crepúsculo y aquello era carne. Tanta carne como para que clanes enteros pasaran las Lunas del Hielo. De ello hablaron cuando se sentaron al lado del fuego.

—¿Se podrá comer? —preguntó el Autillo.

—Es como un monte, pero no parece que su piel no pueda rasgarse, aunque será muy gruesa. He visto varados animales parecidos, pero mucho más pequeños, y nos los hemos comido. Pero como este jamás. Es un pez porque no anda fuera del agua como las focas, que esas viven en el mar pero salen a las rocas y, aunque mal, caminan con sus aletas por la tierra. Este animal fuera del agua muere.

—Pero no ha muerto y respira.

Oían en efecto el resoplido de tiempo en tiempo del animal que agonizaba. Decidieron esperar al día siguiente y entonces decidir qué harían. Cuando despertaron comprobaron que desde luego su carne se comía. El monstruo estaba inmóvil y a su alrededor habían comenzado a llegar carnívoros dispuestos a cebarse en tan inmensa presa. Había ya una manada de lobos que daban vueltas en torno a él y un oso pardo que buscaba por dónde penetrar con sus garras y sus colmillos. Multitud de aves, gaviotas, cuervos y águilas se habían posado sobre su lomo o revolaban buscando

clavar sus picos. Pero el cadáver aún estaba fresco y habría de tardar un tiempo, más allá de algunos puntos sensibles como los ojos, antes de que pudieran entrar en su carne picos y colmillos.

El clan al que el Errante se dirigía estaba cerca y decidieron que habían de dar cuanto antes aviso de lo encontrado. El Autillo, resistente y rápido en carrera, debía ser el que llevara la nueva. El Errante aguardaría en el refugio, a salvo de fieras que además estaban ocupadas, a que regresara con todos los que pudiera pues allí había alimento abundante, y si de otros clanes venían, también podrían aprovecharse. Pero deberían ser muchos porque se concitarían numerosas fieras a las que abría que ahuyentar con muchas lanzas.

El Errante le repitió varias veces las indicaciones y puntos de referencia que recordaba para encontrar al clan. La principal era dar con la desembocadura de un río y después seguirlo aguas arriba por la margen izquierda. Luego habría de encontrar su cueva o su campamento por el humo de sus hogueras o dar con ellos por sus rastros en las sendas. Sin perder más tiempo, el Autillo se puso en marcha provisto tan solo de sus armas, agua dulce y algo de comida. Toda su impedimenta quedó al cuidado del Errante y él inició su carrera sin forzarse pues sabía que habría de soportar un mismo ritmo durante todo el día. Esa era la estimación que habían hecho y su objetivo era llegar hasta ellos antes de que la noche cayera.

Se mantuvo en su trote lo más cerca de la orilla posible y afortunadamente apenas sí tuvo que dejarla, excepto para sobrepasar algún accidente del terreno, pero el agua dejaba suficiente trecho hasta los acantilados y los cortados. El esfuerzo le hizo a veces meterse en el Gran Azul para refrescarse y acabó por quitarse la zamarra. Descansó cuando comenzó a sentir fallar sus fuerzas, bebió agua dulce, comió un poco para recuperarlas y siguió, tenaz, con la sola idea en su cabeza de encontrarlos cuanto antes.

Pero el sol llegó a lo más alto sin haber encontrado siquiera una sola huella de su presencia en los contornos. A media tarde creyó que estaba cerca pues observó ciertos montones de conchas que sin duda eran producto de su estancia y hasta comprobó que había restos de viejas hogueras. Pero siguió sin ver a nadie cuando al fin alcanzó la desembocadura del río que le había descrito el Errante.[35] Sus fuerzas ahora sí que en verdad flaqueaban. Siguió por el lado indicado el curso del agua, aún salada, según comprobó al intentar beberla, y fue ya cerca del crepúsculo cuando le pareció distinguir una fina columna de humo ascendiendo y, por fin, el inconfundible brillo de una hoguera. Al acercarse vio a un pequeño grupo de hombres en un bajío en torno a ella y se lanzó gritando y agitando los brazos hacia ellos. Se levantaron en guardia y preparados para hacerle frente, y no bajaron sus armas ni cuando vieron que venía solo y jadeante. Se paró a una distancia prudente, clavó su venablo en el suelo resollando, con las piernas temblándole por el esfuerzo, y clamó:

—Me manda el Errante, vengo del monte de las Cinco Cuevas. Veníamos hacia vosotros por la costa y hemos hallado un pez gigantesco varado en la playa. El

Errante dice que vayáis, que habrá comida para todo el clan y para más. Es gigantesco. Como un rebaño entero de mamuts.

Los Hombres del Sella lo contemplaron estupefactos. El jefe y algunos más conocían al Errante, y aquel muchacho no parecía ofrecer ningún peligro y no parecía que nadie viniera con él. Le dijeron que dejara en el suelo, donde la había clavado, su lanza y se acercara. Lo hizo sumisamente y repitió más despacio su mensaje. Entonces ya le prestaron toda la atención y comenzaron a hacerle preguntas. Hasta que su jefe los mandó callar para hacerlas él:

—¿Dónde habéis encontrado el gran pez y dónde está el Errante?

—He corrido todo el día hasta encontraros. El Errante aguarda allí, porque las fieras han comenzado a reunirse y si no vamos pronto, se lo comerán ellas.

El jefe era un hombre prudente.

—Si hay tanta carne como dices, pronto habrá allí muchas manadas de quienes tienen garras y colmillos. Nosotros somos pocos. Hemos de avisar al clan entero para que vengan muchos cazadores, pero que algunos se queden aquí contigo. Si comprobamos que es como cuentas, vendrán luego las mujeres, los viejos y los niños y haremos allí campamento. Hemos cogido a veces peces grandes que se han quedado varados en las playas. Pero no tanto como el que dices que has encontrado. Ya veremos.

Antes de decidirse a partir hacia la gruta, aún le preguntó más cosas del Errante y de las Cinco Cuevas. Él les habló de Ova, de Zarpa de Oso y de Fresno, y se convencieron de que era quien decía ser y de que, lejos de suponer peligro, podía traer buenas nuevas y sustento para todos. Entonces el jefe se marchó con dos más a toda prisa para estar de regreso antes del amanecer y partir al encuentro del Errante, y los otros lo invitaron a sentarse a su fuego, le ofrecieron bebida y comida y le permitieron recoger sus armas. El Autillo no comió ni bebió mucho. Agotado, se durmió muy pronto sin dejar de pensar que el Errante se había quedado solo. Pero él sabría guardarse. Había caminado muchas veces solo entre bestias, fieras y hombres.

Antes de la primera luz ya estaban todos caminando hacia él. Era una gran partida a paso rápido, pero sin correr, y ya habían hecho mucho trecho por la playa cuando los rayos del sol les hicieron desprenderse de sus camisas de piel. Pararon a comer brevemente y un pequeño grupo con los más ligeros de pies, el Autillo entre ellos, se adelantó. Pero, aun así, no llegaron antes de que el sol se hundiera en el mar ni de que se encendieran los pequeños fuegos del cielo. Ya bien de noche oyeron cada vez más cerca los gruñidos, aullidos y peleas de los carnívoros que se disputaban la presa muerta y alcanzaron a distinguir su inmensa mole. Encendieron todos antorchas y, con ellas en alto, se separaron un poco del agua para hallar antes de nada el escondrijo del Errante. No tardaron en hacerlo pues él ya les había visto venir y salió de su covacha agitando también una tea y dando voces de alegre bienvenida.

Decidieron esperar a que viniera el resto de cazadores, que fueron llegando en grupos hasta que, por fin, con un último pelotón de rezagados, estuvieron ya todos.

Pero era noche cerrada y las fieras venían en ella mucho mejor que los hombres. No podían ahuyentarlas y ellas tendrían ventaja en la oscuridad para matarlos.

El Errante les habló y les dio nuevas:

—Las fieras casi no han podido ni abrirla. Tiene la piel tan gruesa que no pueden hincar garras ni dientes hasta que se pudra y reblandezca. Entre las bestias ha habido grandes combates; es ahora un clan de leones quienes se han apoderado del cadáver, aunque osos, lobos y hienas se acercan cuanto pueden, y un diente de sable, que hace mucho tiempo que no veía ninguno, ha trepado a su lomo y ese sí ha llegado a su sangre.

Acamparon. La noche transcurrió en un continuo desasosiego de rugidos, aullidos, risas de hiena y un trasiego de acercamientos y patas acolchadas que se aproximaban al campamento a cubierto, en una cueva más grande que les señaló el Errante, a cuya puerta desplegaron sus fuegos y a la que llevaron un fuerte acopio de leña para que las hogueras se mantuvieran encendidas. Se turnaron en las guardias y al alba comenzaron a discurrir cómo asaltar el cadáver y quitárselo a las fieras.

Los leones habían logrado abrir ya un boquete en la parte más baja de la panza y allí se estaban dando un atracón. Algunos ya tenían las barrigas hinchadas. No había rastro del diente de sable, que también debía de haberse saciado. Enormes bandadas de aves revoloteaban sobre la ballena y muchas gaviotas habían formado una larga fila posadas a lo largo de todo su lomo. El animal olía muy fuerte, incluso a la distancia, y con pocos días más de sol comenzaría a descomponerse. Pero habían llegado a tiempo.

Los hombres prepararon su ofensiva en dos grupos. Todos llevaban fuego en las manos, gruesas y redondas piedras y las lanzas. Fueron primero contra los ahítos leones. Estos plantaron cara, enormes y terribles, rugiendo y enseñando sus colmillos, que de un mordisco atravesaban a un hombre, y sus garras, capaces de arrancar la cabeza de un zarpazo. Pero ellos también sabían que los hombres herían y mataban a distancia. Con las primeras y dolorosas pedradas se levantaron todos, y dos machos hicieron ademán de ataque, pero voló una azagaya y al que más se había adelantado lo alcanzó en el brazuelo, no muy hondamente pues se le desprendió pronto. Con el venablo llegaron además un par de teas ardientes y los felinos decidieron que ellos ya habían comido bastante. Sin perder la cara y rugiendo, sin prisas, como con desgana, fueron retrocediendo, rodearon por la cola a la ballena varada y, por el otro lado, en formación, se dirigieron hacia tierra. Cuando tuvieran hambre de nuevo, volverían.

Pero los hombres no estaban dispuestos a consentirlo. Tras ahuyentar a los leones, hicieron lo propio con hienas y lobos a quienes atacaron con decisión lanzando venablos y azagayas. Los lobos, astutos y precavidos, salieron a escape sin esperar la acometida, pero alguna hiena que se demoró se llevó una lanza ligera clavada en el costillar y se retiró gimiendo malherida. Las aves gritaban como poseídas en las alturas y las gaviotas volvieron a posarse. Contra ellas los hombres no podrían hacer nada y solo tenían que esperar a que la piel se agrietara y se abriera.

El jefe de los Hombres del Sella ordenó preparar una *boma* alrededor de la ballena. Levantaron durante todo el día una empalizada rellenada con ramas, arbustos espinosos y piedras. Y dentro del recinto prendieron un círculo de hogueras. Allí dentro se establecerían, cuando llegaran, las mujeres, los niños y los viejos. Con el clan al completo, las bestias se retirarían. Hasta los leones cavernarios lo harían.

Aquella luna, que apenas era la cuerna de un uro cuando el Autillo descubrió la ballena, se llenó del todo y aún proseguía el festín y el acopio. El jefe del Sella quiso compartirlo, pues su clan no podía consumir toda aquella carne, ni almacenarla ni conservarla, y mandó aviso a otros clanes cercanos y emparentados. Vinieron de la costa, del Chufín, por el que antes habían pasado, pero también de las primeras montañas del interior, del Buxu, y los hombres del desfiladero de las Cabras.[36]

Los clanes se hermanaron en los fuegos en torno a la abundancia. El campamento desbordó el círculo y se construyeron otros. Por las noches, al lado de las olas e iluminados por la luz de las hogueras, bailaban y sonaban la flauta, la ocarina y el tambor. Los chamanes prepararon un brebaje en odres, donde añadieron agua cocida, diversas frutas espachurradas, hierbas que solo ellos conocían, y, tras mantenerlo varios días, lo ofrecieron en cuencos, y hombres y mujeres danzaron, gritaron y rieron. La bebida agitaba los sentidos y aceleraba los pulsos. El frenesí se apoderó de muchos y las hembras buscaban a los hombres y los machos a las mujeres. Se apareaban sin importar ni el clan ni el fuego, se perdían por la oscuridad y volvían con el pelo y las ropas sucias de arena. Algunos después se despojaban de sus vestidos y chapoteaban en el Gran Azul. Uno fue demasiado lejos y estuvo a punto de perecer ahogado, aunque aquellas gentes sabían cómo mantenerse flotando en las aguas y hasta avanzaban en ellas imitando a los lobos y a los renos cuando cruzaban los ríos. No faltaron, por la disputa por alguna hembra o por los celos de algún macho, enfrentamientos y peleas que los jefes hubieron de reprimir con su autoridad y ayudados por los chamanes y las guardianas. Los del Llonín estuvieron a punto de enfrentarse a lanzazos con sus vecinos de la Covaciella porque una hembra de estos últimos abandonó su fuego y puso sus pieles en el de un joven del primero. La pelea, primero a golpes, se enconó cuando algunos echaron mano de los venablos, y brotó la sangre, aunque no hubo muertos pues pudieron intervenir antes quienes tenían el poder de separarlos. La disputa concluyó con la entrega de regalos del clan del hombre al de la mujer, como contrapartida por perder a una hembra joven, que fueron cuantiosos y con todo no evitaron que el encono persistiera y que los de la Covaciella regresaran a su cueva los primeros y con caras hoscas.

El amanecer despertó a más de uno con telarañas por la cabeza, ojos hinchados, tripa revuelta y una sed que tardaba en apagar el agua pues parecía que el fuego seguía ardiendo en sus entrañas. Por fortuna, el Gran Azul les bajaba la temperatura de la piel y les aliviaba el palpitar de las sienes.

Y en todo aquel tumulto había alguien que disfrutaba más que nadie y, por vez primera en su existencia, era el centro de las cosas y no quien desde un rincón las

miraba. Para él eran los elogios, las gratitudes, las sonrisas de las jóvenes y de las que no lo eran, las alabanzas de los jefes y las palmadas de los cazadores. El Autillo se vio convertido en el protagonista, en el Hombre Ballena, que es como comenzaron a llamarle aquellas gentes, y aquel fue el nombre con que ellos y las generaciones que los sucedieron lo conocieron. El Errante fue en buena medida la causa de su fama y su prevalencia. Y luego, se lamentaría, también de su desviación y su soberbia.

Al llegar las gentes del clan del Sella y comprobar la magnitud del regalo que el Gran Azul y los viajeros les hacían, fueron a dar los parabienes al Errante con grandes muestras de reconocimiento y gratitud, pero él los rechazó y dirigió el elogio a su joven acompañante.

—Fue su aguda vista quien descubrió la ballena varada, fueron sus rápidos pies los que corrieron sin descanso y fue su habilidad en el rastreo la que logró encontraros y traeros de vuelta aquí. A él le debéis la presa. Él es, y no yo, quien fue elegido por el espíritu de las aguas para entregárosla y que su carne la aprovecharan los hombres y no las manadas con colmillos y las aves con picos carniceros.

El discurso del Errante convirtió al Autillo en el gran héroe, aquel de quien todos los hombres querían ser amigos y todas las mujeres atraerlo a sus pieles o a un lecho de la arena. Para él fueron los mejores bocados. El Hombre Ballena era agasajado y nada se le negaba. Disfrutó por vez primera de una hembra y luego de muchas otras. Y el Autillo empezó a no ser quien había sido y el Errante a observarlo con preocupación creciente.

La primera reacción del muchacho fue de una cierta timidez y de aceptar con humildad los elogios y presentes. Pero quizás aquel viejo resentimiento, el rencor escondido desde su niñez huérfana, el retraimiento obligado de tantos años, el ser el niño sin fuego, el joven sin clan y el cazador sin compañeros, acabó por aflorar en él y hervir en su interior como el agua abarrotada de piedras candentes, hasta que se desbordó.

Comenzó a gustar del protagonismo, a disfrutar del privilegio y, al cabo, a abusar de todos. Se saciaba en las hembras y luego las miraba con sonrisa altiva y hasta de desprecio. Suponía que las podría tener cuando quisiera y por delante de cualquiera. Con los otros jóvenes se mostró cada vez más soberbio, y con el brebaje su carácter se volvía agrio y violento. Pasaba de la risotada al silencio hostil. Y sucedió lo inevitable. Una noche hubo quien no soportó su prepotencia y cargó con furia contra él. Ambos rodaron por la arena, y el Autillo, bastante embriagado por la bebida fermentada, se llevó la peor parte. No fue mucho, sangre en la nariz y alguna magulladura. El otro también recibió golpes. No era más que una de las enganchadas que aquella bebida provocaba tras la euforia y que la mayoría tenía ya olvidadas al amanecer siguiente. Pero en él dejó rencor e ira. Aunque el Autillo fue lo suficientemente listo para ocultarla a casi todos, menos a quien mejor lo conocía. El Errante sabía que tenía que esperar el momento oportuno para que él mismo pudiera comprender el mal que se estaba haciendo.

El campamento tuvo que ser trasladado de sitio cuando los intestinos de la ballena se derramaron y el hedor se hizo insoportable. Fue cuando las fieras tuvieron una nueva ocasión y los hombres les permitieron que se cebaran en lo que ellos no querían. Se apartaron un poco, pero aún siguieron aprovechando algunas partes del inmenso corpachón. Luego ya se levantó definitivamente, y cada cual con su carga a la espalda, una vez que se había logrado ahumar o simplemente secar con sal de mar, partieron hacia sus respectivos fuegos.

El Errante y el Hombre Ballena siguieron hasta su cueva a las gentes del Sella, pues ese era su destino para visitar a sus reconocidos chamanes. En el campamento playero ya habían hablado algo y también con los del Buxu. Aún ofuscado por su éxito y atrapado por sus ansias, el Autillo alcanzó a saber que una cueva en el interior más recóndito de las montañas más altas,[37] y algunas extrañas memorias que sobre ella se guardaban, era lo que atraía la atención de los Hombres Espíritus y por lo que habían hecho llamar al Errante. Algo que entendió que tenía que ver con los Patas Cortas, con los Jaros, que es como su guía los llamaba. Aquello lo sobresaltó. ¿Permanecían aún allí, en aquellos bosques impenetrables? Parecía ser que sí; por lo que cuchicheaban, aún vagaban por las fragosidades de aquellas montañas como lo hacían por las de más al sur los que bajaban a robarles las hembras a los Hombres de los Caballos. O si no eran ellos, aún podía ser peor y haber regresado de las tinieblas sus espíritus. Los chamanes los consideraban la peor de las amenazas, a la que debían conjurar de inmediato.

22

La caza de la hembra

Si algo quedaba cálido en Nublo, se heló aquella noche cuando clavó los cuernos del uro sobre la ceniza y la tierra que cubrían el cuerpecillo de la hija de la Jara. Se quedó después solo en el fuego siempre encendido en lo alto de la atalaya, sin meterse en el abrigo, aguantando el relente, impávido, hasta que llegó la amanecida. Nublo había estado meditando sobre todo lo que afligía a los Primeros Hombres y había tomado una decisión definitiva. Pero sabía que le sería muy difícil llevarla a cabo. Por eso calló, no se la confió a nadie y menos a los dos jefes del clan. Nublo vería la manera de hacerlo solo, porque aquella era la única posibilidad de que su clan sobreviviera.

Tenía que lograr que el Menor fuera la mano que ejecutara su plan y hacerle creer que era a él a quien se le había ocurrido. Porque el clan se moría. En el Valle de los Primeros Hombres las mujeres escaseaban, parían cada vez menos y de los pocos niños que nacían eran más los que morían que los que alcanzaban siquiera el destete, y apenas algunos alcanzaban a cambiar sus dientes de leche. Y, además, perecían más mujeres adultas en los partos que cazadores en las garras, cuernos o colmillos de las bestias.

Hacían falta hembras, en el Valle no había, pero él mismo había nacido de una Oscura y esas hembras parían más que las suyas. La prueba era que los Oscuros eran cada vez más sobre la tierra y ellos menos. Poco a poco Nublo fue consiguiendo meter aquello en la cabeza del Menor, pero teniendo mucho cuidado de que al otro le pareciera que era algo que había pensado él primero. Su propio caso no era el único, otras Oscuras habían parido en el clan. Había una mujer, ahora mayor, de la misma condición que la suya, y era la que había parido más hijos que ninguna. Al cabo, hasta al Menor acabó por presentársele la solución como si fuera propia. Había que quitarles las hembras a los Oscuros y así su clan volvería a tener hijos. Que además eran muy buenos para el Valle, como probaba su subordinado Nublo.

Cuando la idea penetró en su cabeza, el Menor no dejó de pensar en ella día y noche. Pero aunque al principio pensó en decírselo al Mayor, al final optó por no hacerlo. Ese sería su gran triunfo, lo maquinaría con Nublo, y al regresar con las hembras, su prestigio superaría al de su hermano y podría arrebatarle la primacía. Encargó a Nublo que seleccionara a aquellos jóvenes que le eran más adictos y que estuvieran dispuestos a seguirlos sin preguntar siquiera hacia dónde se dirigían. Incluso llegó a advertirle de la necesidad de mantenerlo en secreto ante su hermano:

—Si el Mayor se entera de mi plan, querrá apropiárselo y lo hará cosa suya. Encabezará la partida, traerá las mujeres, crecerá su poder y elegirá las que quiera para aparearse con ellas.

Nublo se hizo el disgustado y, con un gesto hostil, contestó:

—Pero has sido tú quien ha pensado en ello y quien ha de dirigir la partida. No digas nada, no lo haré yo tampoco, regresaremos con las hembras y el Mayor no podrá quitarte lo ganado.

—Pero ¿quiénes vendrán con nosotros? Si se lo decimos a ellos, ellos se lo dirán a mi hermano.

—A los que yo avise no se lo dirán al Mayor. Tenlo por seguro. Son los jóvenes y están conmigo. Además, no les diré adónde vamos hasta que estemos lejos. Parecerá como cualquier otra expedición de caza.

—¿Cuántos iremos?

—Con una mano que venga con nosotros, será suficiente. Podremos traer una hembra cada uno.

—¿Y cómo podremos cazarlas si van hombres con ellas? —siguió preguntando el Menor.

—Hemos de sorprenderlas cuando salen a recolectar y cazar pequeños animales con sus hijos pequeños y algunos viejos. Ellas lo hacen y se separan mucho de sus campamentos, donde además apenas hay cazadores pues están lejos en sus expediciones. Eso lo he visto y yo sé dónde están porque siempre que he podido los he acechado.

Nublo, en efecto, lo había hecho en solitario siempre que cualquiera de las partidas lo había llevado cerca del territorio de los Oscuros. Allí había empleado las noches en bajar hasta el valle para espiarlos y volver a juntarse con los demás, pues tenía la ventaja de que sus piernas eran mucho más ligeras que las de los Primeros Hombres.

Ahora quedaba por poner en marcha aquello que lo atormentaba casi desde la muerte de la niña. Avisó a aquellos en quien más confiaba para una presunta expedición de caza que iría hacia el otro lado del río y subiría por la montaña. Así que la partida salió, aparentemente hacia la cuerda de la serranía, comandada por el Menor, Nublo y con cinco de los jóvenes más osados y leales a este, rumbo al territorio de los Oscuros. No les contaron cuál era su intención, hasta que llegaron al collado de Navafría, donde por el otro lado se desplomaba el agua en una potente y fría cascada que daba nombre a aquel paso. Los jóvenes no solo no se opusieron sino que lanzaron gritos de excitación y alegría. Aquella noche, aprovechando una luna casi llena atravesaron el portillo, dejaron atrás la cascada y, siguiendo en buena parte el curso del agua, descendieron hasta el valle, donde guiados por Nublo se encaminaron hacia un campamento de los Oscuros, el que estaba en el sopié mismo de la montaña y que tan solo era utilizado en los meses cálidos.

Allí, había comprobado Nublo, se aposentaba el clan entero para dedicarse a cazar caballos en aquellas estepas. Pero los hombres marchaban casi todos hacia donde estaban las yeguadas y estaban fuera varios días, quedándose las mujeres, ancianos y niños en las tiendas grandes que plantaban en el suelo y rodeaban de grandes cercos de piedras.

Confiaba en poder caer sobre ellas en una de esas ausencias de los hombres y en una de las salidas de las mujeres a recolectar y poner trampas por las cercanías. Pero de principio se llevaron un chasco. Cuando en medio de la noche siguiente alcanzaron el lugar y se arrastraron en la oscuridad para poder observarlo de cerca, comprobaron que los hombres estaban dentro.

El Menor se enfureció y miró con saña a Nublo, al que ya empezaba a culpar del fracaso. Se retiraron a un lugar donde no podían ser descubiertos, no encendieron el fuego, comieron crudo y esperaron al amanecer para decidir qué harían.

El enfado del Menor se transformó en un ansia casi febril cuando vieron que toda una hilera de cazadores partía con las primeras luces y se dirigía a buen paso hacia el poniente.

—Se van —dijo excitado—. Podemos atacar y llevárnoslas. Hay muchas hembras. Nos llevaremos una cada uno.

—Así lo haremos —concedió Nublo para objetar luego suavemente—: Pero espera mejor a que se alejen los cazadores. Que suba el sol y que ellas salgan del campamento a recolectar. Las sorprenderemos fuera de su campamento y no podrán defenderse ni pedir ayuda.

—Y con los viejos y con las crías, ¿qué hacemos?

—Matarlos, para que no puedan dar aviso a sus cazadores, que son muy ligeros, y que tarden así todo lo posible en comenzar a perseguirnos. A alguna cría joven podemos cogerla y nos la comeremos cuando estemos ya seguros arriba, de nuevo en lo alto de la montaña.

Se apostaron acechantes e impacientes y no tardaron en ver que la tropilla de mujeres, algunas con sus cachorros al lado y en algún caso colgando de bolsas de piel en su pecho o a la espalda, salían de las tiendas. Las acompañaban unos cuantos muchachos y algunos viejos. Algunos llevaban sus finas lanzas.

—Tened cuidado con esas pequeñas lanzas que arrojan desde lejos.

—Pero son niños y viejos —dijo con sorna uno de los jóvenes—. Son muy débiles.

—Pero pueden herirte con esos palos afilados a mucha distancia y hasta matarte si te alcanzan en la tripa, en el pecho o en el cuello. Primero matad a los que los llevan.

La partida de recolectoras se dirigió a un pequeño vallejo recorrido por un riachuelo. Era un buen lugar para coger frutos, bayas, plantas y raíces, pero también el más propicio para una emboscada, pues se podría llegar casi hasta ellas tapados por los árboles de sus orillas y cortarles la retirada hacia el campamento.

Nublo trazó el ataque, aunque una vez más se lo atribuyó al Menor cuando lo expuso. Cuatro, ellos dos y dos más, atacarían y matarían rápidamente a los jóvenes y viejos armados. Los otros tres taparían la huida hacia el poblado y atraparían a las mujeres que intentaran escapar hacia allí. Lo mejor era derribarlas y atontarlas con un golpe en la cabeza, atarles las manos y ponerles una cuerda al cuello con un palo como una horquilla para evitar que pudieran abalanzarse en el camino sobre ellos.

Los palos ahorquillados los habían preparado con esmero la noche anterior y ya los tenían dispuestos.

Se deslizaron con sigilo y dando una gran vuelta para no ser descubiertos hasta llegar al otro lado del río. Los tres de la celada se quedaron escondidos en el más cercano al campamento.

Las oyeron bajar. A Nublo siempre le sorprendía su extraño hablar, muy rápido, como el gorjeo de los pájaros. Los Oscuros emitían muchos sonidos y mucho más rápidos y chillones que los suyos. Los había escuchado en sus acercamientos para espiarlos y todos, mujeres y hombres, hablaban de continuo y no callaban nunca. Los Primeros Hombres permanecían mucho más tiempo en silencio y se entendían mucho mejor por gestos cuando tenían que avisarse para hacer cualquier movimiento en las cacerías. Era mejor que estar gritando todo el rato, se decía Nublo.

Las mujeres Oscuras ya iban aguas abajo del arroyo, que se notaba que era un lugar que visitaban a menudo y donde caminaban sin demasiadas precauciones, pues debían saber que no las amenazaban por allí grandes fieras. Menos aún se esperaban que los estuvieran acechando ellos.

El ataque lo precipitó el Menor, quien, nada más tener a su alcance a un anciano que iba un poco adelantado y que llevaba un venablo, corrió hacia él como un uro furioso y le asestó un terrible golpe con una gran maza de madera acabada en un grueso y duro nudo que le reventó la cabeza y le hizo caer muerto. Luego todo fueron alaridos, chillidos y carreras.

Nublo, con su lanza, se encargó del muchacho más mayor, que, paralizado, ni siquiera llegó a lanzar su azagaya. Sí lo hizo otro de los chicos y alcanzó a uno de los jóvenes en un costado; la gruesa pelliza de bisonte que llevaba paró el golpe, pero, aun así, la punta de la lanza le penetró en la carne. El joven Oscuro consiguió, con una finta, salir huyendo. Otras mujeres y chiquillos escapaban también corriendo por la ladera hacia el campamento. Confió Nublo que los de la emboscada los cogerían. Ellos pudieron atrapar también a algunas hembras, aunque les costó mucho. Se defendieron arrojándoles piedras, mordiéndolos y chillando como las peores fieras. Además, eran muy rápidas y varias se les escurrieron. La que finalmente alcanzó a capturar el Menor tampoco pudieron llevársela. El golpe que le dio en la cabeza fue tan fuerte que la desnucó. Pero eso hizo que otras dos se acobardaran y se dejaran caer rendidas. Nublo, por su lado, había logrado atontar y maniatar a la suya. Lograron capturar tres en total, y a una niña y a un niño que ya andaban. A una cría de pecho que una de las cautivas llevaba la mataron también.

Oyeron los alaridos de las que habían huido y al cabo vieron regresar a los de la emboscada. Traían dos hembras más y habían herido a un muchacho, pero este logró escapar. El resto corría hacia su campamento. Nublo recogió del suelo el propulsor y el venablo del chico que había herido a uno de los de la partida, y tras mirarlo con gran curiosidad y atención, se lo guardó. Tenía que comprobar por qué aquello lanzaba tan fuerte y tan largo las lanzas.

Pero ellos debían ahora correr también hacia las montañas. Ataron del cuello a las mujeres, les echaron el lazo asido al palo largo con horquilla y salieron a escape. Nublo tenía muy prevista la ruta de huida y por ella se dirigieron a toda prisa sin detenerse para nada. Sabían que las mujeres les retrasarían el paso. Pero los Oscuros fugitivos debían de llegar al campamento y desde allí salir a encontrar al grupo de los cazadores. Tardarían al menos medio día en dar con ellos y en volver hasta donde se había producido el ataque. Ya estaría al caer la noche cuando pudieran comenzar la persecución. Con la oscuridad les sería mucho más difícil seguir sus huellas. Ellos para entonces ya podrían estar ascendiendo por la sierra. Si podían, con la luna, caminarían toda la noche sin descansar. Nublo aspiraba a llegar a la cascada. Entonces se sentiría más seguro ya. Acamparían allí y al día siguiente descenderían hacia el Valle.

Pero ahora había que correr y escapar a toda prisa. Nublo había previsto todo, incluso lo planificó contando con la luna. Les vendría bien a los perseguidores, sí, pero a ellos aún mejor para trepar mucho más rápido montaña arriba. La luna les convenía más a ellos para huir que a los otros para seguirlos. A ellos les bastaba para caminar pero con su luz no era suficiente del todo para seguir huellas. Por muy llena que estuviera la luna y muy clara la noche no bastaba para que el ojo penetrara las sombras sobre la tierra y menos bajo los árboles y entre las matas. Solo el lobo podría seguir ese rastro. Pero el hombre no tenía la nariz del lobo.

El plan dio resultado aunque hubo que parar para aplicar un emplasto de musgo al herido y para matar al chiquillo capturado. Les entorpecía todo lo que podía el paso y se resistía a seguirlos, lo que hacía que lo imitaran las mujeres. Así que lo desnucaron golpeándolo con un grueso pedrusco como a un conejo. Lo abrieron, lo evisceraron y lo descuartizaron. Cada uno cogió una parte y la metieron en sus bolsas para asarlo y comérselo cuando llegaran a la cueva. Ahora no había tiempo ni se podía encender el fuego. El Menor se apropió de la cabeza, del corazón y del hígado. Las mujeres cautivas los miraron aterrorizadas y callaron en sus gritos. A partir de aquel momento fueron mucho más sumisas. Sobre todo, cuando Nublo se acercó con la lanza y le puso la punta a una de ellas en el pecho. Le miraron con pánico pensando que iban a comenzar a matarlas a todas y cuando no lo hizo y sí un gesto de que callaran y les siguieran, lo hicieron ya sin oponer resistencia.

Antes del amanecer oyeron el rumor de la cascada y se miraron con satisfacción. Remontaron con un último esfuerzo y se echaron un tiempo hasta que comenzó a alborear. Ya salido el sol, el Menor y dos jóvenes con las cautivas traspasaron el portillo de la divisoria de aguas y comenzaron a bajar. Nublo y otro se quedaron en el paso para ver si los Oscuros ya los seguían. Nublo buscó el mejor divisadero desde la cascada y apostó allí a su acompañante de vigía, advirtiéndole que no se descubriera ni se perfilara contra el cielo. Él desanduvo su camino provisto de unas ramas para en lo posible borrar sus huellas y luego trazar un pista falsa que iba a perderse en unos roquedos y peñascales sin salida pues acababa concluyendo en neveros, pedrizas y

cortados infranqueables. Incluso dejó algunos jirones de ropa de las mujeres Oscuras para mejor engañarlos. Fue muy fatigoso, pero a la postre, y tras muchas vueltas y revueltas y gran cuidado de encubrir su paso, logró retornar donde había dejado al vigía. Este no había visto aún señal alguna de los perseguidores y solo cuando el sol estaba ya en lo más alto los alcanzó a divisar por las primeras estribaciones. Avanzaban despacio y con crecientes dudas sobre su pista. Nublo había hecho a los suyos atravesar un río y bastantes arroyos, incluso un buen trecho por el agua para que así se perdieran sus huellas.

Pero a pesar de todas sus artimañas, los Oscuros, con perseverancia, iban logrando descifrar la verdadera pista y llegaron al lugar donde habían matado al muchacho. Los ayudaron los buitres que habían bajado a comerse los restos. Allí se pararon, hicieron conciliábulo y miraron hacia lo alto. Nublo los veía gesticular y discutir señalando a los picachos, algunos nevados. Al fin tomaron decisiones. Observó que dos corredores emprendían raudos de nuevo la bajada mientras los otros subían un poco más, pero con sumas precauciones, como quien teme una emboscada, y antes de que cayera la tarde se detenían, montaban campamento y encendían sus fuegos. Entonces comprendió que esperaban al grueso del clan, que vendría entero contra ellos.

Nublo comprendió que si superaban el paso del Valle de los Primeros Hombres estaría perdido. No se fiaba de que el Menor convenciera a su hermano de que se pusiera en marcha y decidió entonces enviar al único joven que quedaba a su lado con estas instrucciones:

—Dile al Mayor que los Oscuros vienen contra nosotros. Que son muchos y que si traspasan la montaña caerán sobre el valle y nos matarán a todos. Que es aquí en este portillo donde podemos detenerlos y matar nosotros a muchos de ellos. Que aquí no les valdrán sus lanzas cortas que vuelan, pero que, si logran llegar al Valle, no tendremos salvación alguna.

No iba desencaminado Nublo con su barrunto. El Mayor ya se había enfurecido con su hermano por no haberle contado su partida de caza de hembras contra los Oscuros. Blandía su gruesa y larga lanza y les gritaba a los que habían retornado con las cautivas. Se tranquilizó un poco cuando el Menor le ofreció escoger a la hembra Oscura que gustara, y a la más jovencilla por si quería comérsela.

Pareció apaciguarse un poco, pero cuando el Menor le informó de que los Oscuros les podían venir a los alcances, su furor se expandió de nuevo y la rabia inundó su cara y sus ojos.

—Has puesto en peligro al clan, a todo el Valle de los Primeros Hombres. Es tu culpa. Decidiremos todos qué hacer ahora y qué haremos contigo. —Se dio media vuelta y se metió en la cueva rodeado de algunos de sus hombres más cercanos. Pero no se olvidó de llevarse con él a una hembra Oscura y a la muchachita, y sus hombres les arrebataron también las otras cuatro que traían.

El Mayor convocó a todos los cazadores de todas las cuevas al fuego central, a los

ancianos y a las madres. Allí estaban deliberando y discutiendo cómo debían de castigar al Menor y a quienes habían ido con él cuando llegó el joven vigía y hubieron de ocuparse del peligro que se les venía encima.

—Los Oscuros vienen. Están subiendo. Han acampado y esperan a más para venir contra nosotros. Nublo ha borrado la pista, pero encontrarán el paso. Dice que es allí, en el estrecho desfiladero al lado de la cascada donde podemos aplastarlos. Hay grandes rocas y sus lanzas que vuelan no lograrán alcanzarnos.

El Mayor rezongó como un oso al oír el nombre de Nublo, pero prestó atención a lo que decía el muchacho. Le preguntó cómo era el lugar y cuántos venían, y comprendió que Nublo tenía razón. Rumió, además, que él sería el salvador y su jefatura sería indiscutible. Demostraría que solo él velaba y defendía al clan y al Valle, se quedaría como único jefe y desterraría al Menor. Y se quedaría con todas las hembras que había traído.

No tuvo apenas oposición para convencerlos de que no había otra salida que subir para cerrar el paso y que, además, lograrían matar a muchos Oscuros. Que se los comerían luego y se harían fuertes e indestructibles devorando sus corazones y sus cerebros. El viejo hechicero lo apoyó sin reservas, y las madres, temerosas de que los Oscuros llegaran a sus fuegos y acabaran con todas y con sus hijos, les suplicaron que partieran cuanto antes. Algunas habían llegado al Valle huyendo de los Oscuros que habían asaltado sus cuevas al otro lado de las montañas y sabían que si llegaban allí, habrían de volver a huir.

El Mayor conocía bien aquel paso y creía en su fuerza y en la de sus cazadores. Los arrojarían montaña abajo. Dio una gran voz. Y todos los cazadores, hasta los más jóvenes y algunos casi niños y hasta alguna hembra que no tenía cría, se pusieron en marcha. El Valle de los Primeros Hombres subió hacia las cimas que lo habían protegido dispuestos a no consentir que los Oscuros las atravesaran.

Nublo los vislumbró primero y los escuchó luego irse aproximando guiados por el joven vigía, y sonrió con aquella manera suya, afilada y silenciosa. Había temido que el Mayor no viniera porque había previsto su furia por su desobediencia. Pero el jefe había puesto al clan por encima de su ira. Era más listo que su hermano y más difícil de engañar que el Menor, que también venía, pero ya no flanqueando al Mayor, sino atrás y cabizbajo en la fila.

Llegaron al fin y Nublo se mostró, indicó que no traspasaran la divisoria, que no se perfilaran sobre el cielo aunque fuera de noche y se sometió al jefe. Este lo reprendió duramente:

—Has puesto en peligro al Valle siguiendo a mi hermano en la caza de las hembras sin consultarme como jefe. Serás castigado, como él, pero ahora hemos de defender el paso y matar a los Oscuros. ¿Dónde están?

Nublo le señaló el brillo de las hogueras abajo. Y le dijo al jefe que ellos no debían encenderlas y hacer todo lo posible por que los Oscuros no supieran que estaban allí en lo alto acechándolos. Que debían sorprenderlos. Que no debían saber

que los aguardaban. Que debían permanecer ocultos y callados, tapados a este lado de la vertiente. Luego informó de las fuerzas de sus enemigos y de sus planes.

—Han ido llegando más y llegarán todavía otros durante la noche. He trazado una pista falsa que los lleva a aquellos cortados y riscos de allá. —Le señaló los pelados farallones a lo lejos—. Si llegan bajo ellas, podremos aplastarlos desde arriba y tendrán que huir pues no tiene paso alguno. Pero acabarán por venir por aquí y es entonces cuando debemos resistir como sea.

El Mayor no entendía que hubieran de dividirse, pero Nublo logró convencerlo.

—Yo iré con un puñado, más no hace falta, a lo alto de la pedriza. Ellos no pueden subir y sus lanzas que vuelan no nos alcanzarán. Les tiraremos grandes piedras y escaparán colina abajo. Nosotros volveremos por detrás de nuevo hasta aquí y estaremos contigo cuando descubran la pista buena y el paso.

El Mayor accedió. Nublo cogió a quienes lo habían acompañado en la correría, pero no al Menor, al que ni siquiera mentó en su habla con el jefe. El Menor ya no era nadie que importara y al Mayor le agradó que Nublo ni lo mencionara.

Para la defensa del paso establecieron que habían de ocupar sigilosamente los dos costados y hacer acopio de piedras grandes e incluso conseguir, cuando empezara el combate, hacer rodar alguna gran roca que arrastrara a las demás y provocara una avalancha que los aplastara bajo ella. Que debían guarecerse ellos tras las rocas de las lanzas que volaban y que no bajarían a arremeterlos con sus lanzas gruesas y sus mazas hasta que no quedaran sino unos pocos y heridos y los demás hubieran huido todos ladera abajo. Pero una vez más, y en ello insistió Nublo, deberían mantenerse a cubierto y en silencio. Si los Oscuros los veían y sabían dónde los esperaban ellos serían los muertos.

Los Primeros Hombres comprendieron que en ello estaba su vida y pasaron frío sin fuego lo que quedaba de noche y no se dijeron uno al otro palabra alguna y hasta contuvieron sus señas.

El amanecer trajo la nueva de que, en efecto, más Oscuros habían llegado y se preparaban para la subida tras la pista de los raptores. Lo hacían con precaución pero también con confianza. Sus voces ya se escuchaban. Y el Mayor y Nublo, tambados en el suelo justo en la divisoria, seguían como leones al acecho cada uno de sus pasos. Cuando uno de los pisteros Oscuros descubrió la huella que había dejado Nublo y, dando un alarido llamó a los demás, este retrocedió reptando y cuchicheó al jefe:

—Van a ir hacia los riscos. Me voy yo también a lo más alto del cortado. Oirás el griterío nuestro y el suyo. Luego vendrán hacia aquí.

—Cuando oiga las voces, apostaré ya a la gente a los lados y yo me quedaré cerrando el paso con los mejores y los más fuertes. Vuelve cuanto antes. Si no, te trataré aún peor que a mi hermano —lo amenazó el Mayor.

Los Oscuros seguían subiendo desviándose levemente hacia el poniente y su batidor iba señalando el paso de Nublo cada vez con mayor excitación según se

aproximaba a los picachos. Los Oscuros suponían que aquella trocha conduciría a algún paso por el que traspasar la sierra. No confiaban demasiado en encontrar vivas a sus mujeres, pues habían visto no solo a los niños y los viejos muertos en el arroyo junto a las tiendas sino al muchacho al que habían descuartizado, pero les quedaba la esperanza de lograr salvar a alguna, pues se daban cuenta de que, de las mujeres jóvenes, no habían matado a ninguna y, al principio, cuando en el sopié la pista era clara, habían comprobado que las cinco mujeres y la niña estaban vivas.

Nublo condujo a sus jóvenes a lo alto de los cortados. Los hizo arrastrarse hasta que cada uno ocupó una posición privilegiada a gran altura, en la franja donde la montaña tan solo estaba cubierta de herbazales y arbustos, y se levantaba de golpe en una pared casi vertical, infranqueable y alargada con pedrizas igualmente peligrosas para cualquier paso y neveros que no permitían su flanqueo. Nublo acechó expectante. Los Oscuros venían directos a su trampa. Vio aparecer primero al pistero y luego a quienes lo seguían más de cerca. Llegaron casi bajo la pared y se separaron mirando hacia arriba y a los lados, buscando algún paso o hendidura. Llegaron más, y uno que parecía mandarlos interpeló al batidor. Este le mostró el jirón de ropa de una de las mujeres que Nublo había dejado como señuelo y comenzaron a desplegarse buscando la grieta por donde suponían que los que perseguían habrían pasado. Fue entonces el momento. Nublo se levantó con una gran piedra en la mano dando un enorme alarido y los otros cinco lo secundaron. Descargaron las rocas más grandes que pudieron mover contra los de abajo. Oyeron sus gritos de agonía al ser aplastados. Algunos hicieron ademán de arrojar sus lanzas, pero comprendieron lo inútil de su intento. El jefe corrió a refugiarse tras una roca en la ladera y los demás lo imitaron. Pero varios cuerpos aparecían inmóviles al pie del cortado y uno se arrastraba pugnando por ponerse a cubierto. Algunos batidores corrieron hacia los lados y buscaron aproximarse por las pedrizas, pero recibieron otra lluvia de rocas y comprobaron que tampoco podían subir por allí. Volvieron. Habían logrado rescatar al herido, pero cuando intentaron alcanzar a los muertos aún estuvieron a punto de perder algún hombre más al volver a caer las piedras. Comprendieron que habían caído en una emboscada y que debían retirarse. Los oyeron gritar gesticulando y vieron a los batidores negando que pudiera remontarse por allí por lugar alguno. Al fin comprobaron que decidían volver sobre sus pasos y que volvían a la primitiva senda. Nublo supuso que no tardarían en descubrir el verdadero portillo de paso y apresuró a los suyos a que volvieran rápidos para apoyar al jefe en el definitivo combate. Estaba satisfecho. Había mermado sus fuerzas, aunque también se habían puesto al descubierto. Pero no donde estaba el grueso de su fuerza y los Oscuros podrían suponer que seguirían apostados en lo alto de los cortados. En cualquier caso, si querían pasar, habrían de hacerlo por el estrecho portillo junto a la cascada.

Llegó resollando junto al Mayor por delante de los jóvenes. Se acercó sumiso y le dio nuevas:

—Hemos matado algunos y herido a más que ya no podrán combatir contra

nosotros. Vienen ahora hacia aquí. El jefe me dirá dónde quiere que me ponga y qué desea que haga.

Al Mayor le agrado la sumisión pero le respondió hoscamente:

—Te quedarás aquí, cerrando el paso en el último repecho, ya pasada el agua, y donde no protege la pared de roca. Tú y los que fueron contigo sois los culpables de que ellos nos ataquen. Así que serán vuestras vidas las primeras que tomen. Y no huiréis ninguno porque yo estaré detrás y os mataré yo mismo si cedéis ante los Oscuros. Mi hermano se quedará con vosotros. Ya que fue vuestro jefe, que ahora sea él quien os mande también. —Lanzó una risotada y se marchó a colocarse tras ellos.

Era evidente que esperaba que ninguno saliera de allí vivo, fuera por mano de los Oscuros o por la suya propia.

El jefe se dirigió con sus más fuertes cazadores a la que sería ya la última línea de defensa si los enemigos lograban atravesar el paso. Nublo y los demás se aplastaron en el suelo, y con ellos el Menor, que había dejado la lanza por la maza y los miró a todos y en particular a Nublo con resentimiento y odio. Ahora lo consideraba el responsable de todas sus desgracias. Si salía de aquella, el Medioscuro se lo iba a pagar caro. Lo aplastaría con su maza en cuanto tuviera la mínima ocasión. Luego ya se entendería como siempre con su hermano y las cosas volverían a ser como antes. Nublo estaba sentenciado.

Pero eran los Oscuros a quienes ahora debían todos temer. Ascendían con mucha cautela siguiendo el cauce del agua. Llevaban batidores delante que se iban resguardando detrás de cualquier cosa que pudiera protegerlos. Finalmente llegaron a la cascada, ya no hablaban y se comunicaban por gestos. La superaron mojándose y desplegándose a ambos lados para adentrarse en el paso. Eran muchos. No tenía un hombre dedos en los pies ni en las manos para contarlos. Entraron, pero no lo hicieron todos juntos ni apelotonados. Ya estaban encima y había que pararlos.

El alarido de los Primeros Hombres se elevó entre las rocas y el eco lo repitió por la montaña. Las grandes piedras cayeron de uno y otro costado. Y hasta provocaron una pequeña avalancha que causó pavor entre los que atacaban. Algunos lograron escurrirse y traspasar la lluvia de rocas. Pero fueron pocos, los más habían retrocedido. Traían los venablos dispuestos en las manos, y cuando el Menor, Nublo y los demás se levantaron, lograron lanzarlos. E hicieron sangre. Un joven quedó traspasado de lado a lado y el Menor fue alcanzado en un muslo. Pero los Primeros Hombres lograron llegar a ellos con sus lanzas y arremetieron cuerpo a cuerpo.

Nublo, más rápido, fue quien mató primero, atravesando a uno que intentaba rearmar su propulsor y volver a lanzar. La larga lanza de pino se le clavó en la tripa y el hombre trastabilló hasta caer ensartado y muerto. El Menor con su maza, aun cojo, logró aplastar una cabeza, pero otros dos venablos le llegaron y uno se le clavó en el costillar tan hondo que, a pesar de su fuerza y de su furia, cayó al suelo. Nublo vio que el jefe de los Oscuros, que era ya uno de los dos únicos que habían logrado subir y que quedaban en pie, había abatido con otro tiro certero a otro de sus jóvenes, y

antes de que pudiera recargar con una nueva azagaya, se lanzó rápidamente intentando alcanzarlo. Pero no le dio tiempo a llegar, el jefe de los Oscuros se escurrió con mayor velocidad aún que la suya y retornó al paso para descolgarse por la cascada envuelto en espumas y dando grandes gritos a su gente de que se replegara.

El Mayor se había adelantado y entre varios habían acorralado al último Oscuro que había logrado subir y ahora había quedado rezagado. Presentó batalla pero lo ensartaron por todos los lados. El Mayor quiso darle el golpe de gracia y, tras rematarlo, comenzó a dar grandes alaridos de victoria mientras contemplaba a sus enemigos huir ladera abajo. Los Primeros Hombres bajaron tras ellos por los costados del paso de la cascada y alcanzaron a un herido que, con la pierna rota, se arrastraba intentado escabullirse. La matanza fue celebrada con rabia y con júbilo. Cuando la completaron aclamaron al jefe, y el Mayor dejó que todos le rindieran sumisión, Nublo en particular.

Fue ya después cuando se dirigió hacia donde estaba tendido su hermano, al que la sangre le salía a borbotones por la boca. El venablo había llegado a los pulmones, y daba ya las postreras y sanguinolentas boqueadas. La muerte no tardó en llegarle mientras el Mayor lo contemplaba, y pareció que en ese momento la pena superaba a su deseo de venganza. Así debía ser porque se agachó junto a él y le puso su enorme mano en el pecho y después en la cara, y el Menor lo miró con fijeza como pidiendo su ya imposible amparo justo antes de que una convulsión última le dejara los ojos abiertos y fijos para siempre.

El Mayor ordenó que le cortaran la cabeza, pues decidió que debía ser depositada en una hornacina de la cueva y que sería él, su hermano, y nadie más que él, quien se comería sus sesos y la descarnaría y limpiaría con esmero y cuidado. Ordenó que a él y a los otros dos jóvenes del clan que habían perecido se les tapara con losas y piedras y depositó al lado de su hermano su gruesa cachiporra, su arma favorita. Habían pagado con sus vidas su desobediencia. Luego pensaría qué hacer con Nublo, pero ahora veía que este era agasajado por muchos de los combatientes por cómo había luchado y preparado la emboscada. Él había traído a los Oscuros, pero también había logrado vencerlos y hacerlos huir.

El jefe lo observó con suspicacia pero también era el momento de su propio triunfo y era Nublo quien más lo aclamaba. Dispuso que, tras enterrar a los suyos, cogieran los cadáveres de los Oscuros muertos, les sacaran las tripas para que pesaran menos, pero extrayéndoles el corazón y los hígados, los colgaran atándolos de pies y manos de unas fuertes ramas y los bajaran hasta el abrigo. Celebrarían un gran festín con ellos.

Nublo se puso a cumplir diligentemente sus órdenes, pero antes hizo otra cosa solapadamente. Recogió otra fina azagaya y otro propulsor del suelo y al último Oscuro que había matado le despojó de su chaqueta de cuero, con raras cosas pintadas de colores y con filas de dientes cosidas en hileras por toda la pechera, y le

arrebató un collar de garras, parecía que de pantera, que llevaba al cuello. Alguno alcanzó a verlo pero no le prestaron atención alguna.

El Mayor decidió dejar al pie de las risqueras a los demás Oscuros muertos. Resultaba muy penoso llegar a ellos. Los buitres lo aprovecharían. O algún león encontraría sus cuerpos. Ellos ya tenían suficiente carne.

23

Bramaderas

Chamanes de todos los clanes fueron llegando al encuentro en la cueva sobre el Sella. La llamada estaba precedida de relatos repetidos, cargados de miedos y malos presagios, que se extendían por todos los fuegos, tanto los de las grutas costeras, desde naciente hasta poniente, pero sobre todo en los del interior, los que perseveraban en los profundos valles de los ríos hundidos, en las abruptas y escarpadas montañas, en los más umbríos y húmedos bosques por donde osos y hombres se cruzan entre nieblas, en las verdes praderías donde pace el caballo y cruza el bisonte, siempre el bisonte, y en las altas, donde lo hace el rebeco y los lobos vigilan los valles desde la divisoria de las aguas recorriendo su senda, la senda del lobo.

Allí, en aquellas fragosidades torturadas por la roca y el agua, entre las angosturas y las nieblas, decían que volvía a acechar la amenaza: los Patas Cortas, los otros, los extraños. El miedo antiguo, la memoria agazapada del peligro se extendía alrededor de las hogueras. Habían regresado, se les había vuelto a ver, envueltos en bruma, fantasmales, y retornado a sus ancestrales cuevas en los más inaccesibles lugares. Habían vuelto desde la tiniebla adonde habían sido ahuyentados, muertos o vencidos, por los verdaderos hombres. En los fuegos, las madres abrazaban a sus hijos, susurrándoles que no dejarían que aquellos hombres se los comieran y advertían a los chiquillos que si se alejaban solos o las desobedecían, ellos serían a los primeros que los Patas Cortas asarían en sus hogueras. Y hasta los cazadores, cuando se aventuraban por desconocidos bosques e incluso en las sendas que transitaban de continuo, miraban y escuchaban con recelo sus sombras.

Los chamanes celebraban sus conciliábulos en una espaciosa cavidad al final de una galería, donde los Hombres Espíritu habían grabado y pintado una y otra vez al animal del clan, al caballo, convertido desde hacía generaciones en su tótem. Destacaba una gran yegua preñada invocando la ansiada fertilidad de las bestias, y no faltaba el bisonte, el otro gran tótem que unía a los clanes de aquellos territorios.

Los chamanes fueron autorizados por la Guardiana de la Diosa a visitar su santuario y presentarle una ofrenda. En su recinto también había grabados y signos. Pero estos invocaban, con sus vulvas rojas, a la Diosa Madre y a la vida. La Guardiana los iluminó con una lámpara de tuétano y reclamó su atención sobre uno de ellos que parecía querer ser un hombre o quizás una mujer o ambas cosas:

—La memoria de las Guardianas que me han precedido dice que todos los demás signos los hemos trazado nosotras, y en ocasiones, aún lo hacemos. Es nuestra invocación a la Madre. Pero no hay recuerdo de que ese ser lo grabáramos nosotras.

A los chamanes les recorrió un escalofrío al pensar quiénes pudieron haberlo

dejado impreso allí. Decidieron entonces, como rito común antes de iniciar los conciliábulos, añadir a los símbolos de la tribu, y en cierta manera compartido con otras pues a muchas había dado de comer y alegrado sus vidas, a la ballena varada. Los cazadores se mostraron reacios a dibujarla en las paredes de sus caballos y así se eligió un lugar intermedio en la galería central, entre el recinto de los cazadores y donde se recogían las mujeres. El Errante fue encargado de hacerla brotar de la roca. [38]

El grabado de la ballena reavivó la admiración hacia su descubridor, sobre todo por parte de los forasteros, y el Hombre Ballena pareció ahora recibirla de una manera más humilde. En ello algo tuvo que ver el Errante. El joven había escuchado sus advertencias y ante él parecía haber cambiado su comportamiento, pero cuando su mentor no estaba o suponía que no alcanzaría a enterarse, tornaba a su soberbia y a actuar como si todo pudiera cogerlo y a nada estuviera obligado. Aunque lo hacía con cierto disimulo y buscando tretas, engañaba cada vez a menos y el clan comenzó a hacerle vacíos y silencios cada vez más extensos.

Aunque eso no era ya de lo que se susurraba ni en la fila de la caza ni en las partidas de recolección ni en los fuegos donde se cocinaba y junto a los que se dormía. La presencia de los chamanes reavivaba una vez tras otra la conversación hacia los ancestrales miedos que parecían regresar del fondo de las memorias del clan. Un espeso manto de malos augurios parecía haber caído sobre ellos y las gentes miraban a los chamanes y a su jefe esperando una decisión y algo que ahuyentara de nuevo a los Patas Cortas. Al final la decisión fue tomada. Los chamanes irían hacia los lugares en que se decía que habían vuelto a reaparecer y buscarían la cueva en que se suponía que habían vuelto a refugiarse.

Partieron hacia el interior acompañados por los cazadores más fuertes de varios clanes, prestos al combate y a exterminarlos si daban con ellos. El Errante y su joven acompañante fueron de la partida. El chamán además de su gran prestigio había tenido mucha relevancia en las reuniones pues parecía saber más que nadie de los Hombres Jaros, como él los llamaba, y no solo por sus andanzas entre los Hombres de los Caballos de las llanuras sureñas, donde la amenaza se había hecho presente con aquellos ataques y capturas de hembras, sino también porque demostró tener conocimientos anteriores sobre ellos, tal vez aprendidos en los lugares de donde provenía y que seguían siendo un misterio para todos. Pero sobre todo impactó su relato del ataque de sus hordas a los Hombres de los Caballos de las planicies, que compartían su mismo tótem y, aunque lejanos, aquello les unía, y les llenó de furia y ansias de venganza. Fueron, junto a los del Sella, hombres de cuatro clanes los que se pusieron en camino, los dos del desfiladero de las Cabras[39] y los más cercanos al lugar donde se suponía que volvían a merodear los Patas Cortas, los del Buxu,[40] que harían de guías y batidores por el terreno que ellos conocían mejor que nadie, aunque sus expediciones de caza habían dejado de hacerlas hacia los oscuros bosques del poniente tras algunos avistamientos de figuras en la penumbra de los árboles y que

huyeron al acercarse, y el hallazgo de huellas de pies humanos y no propios marcados en las sendas. Era una sensación repetida de muchos cazadores, la de sentirse vigilados.

Los malos augurios parecieron concretarse nada más comenzar el camino pues los cielos se encapotaron de una manera que no pareció normal. La oscuridad llegó de repente, los truenos y relámpagos comenzaron a media tarde y se prologaron durante buena parte de la noche acompañados de una lluvia violenta y pertinaz. Por la mañana, calados y con frío, pues cuando encontraron refugio sus ropas estaban ya empapadas y los fuegos apenas si consiguieron secarlas y aliviarlos un poco, prosiguieron la marcha bajo una lluvia algo más mansa, entre resbalones y cada vez más mojados. Los hombres callaban y perseveraban, aunque de vez en cuando se oía alguna imprecación en voz alta.

La lluvia no les dio respiro en ninguna de las jornadas hasta que ya estuvieron próximos a la cueva donde se suponía que los Patas Cortas se habían establecido de nuevo. Las nubes, al fin, les dieron tregua y aunque el cielo siguió cubierto dejó de llover y celebraron consejo.

Los Hombres del Buxu informaron:

—Es memoria de nuestro clan que donde vamos estuvieron antes los Antiguos, los Patas Cortas. Que los hombres de nuestro clan los hicieron huir y abandonaron su cueva. Fue hace tanto que apenas había recuerdo. Tanto era así que un pequeño grupo de nosotros se estableció en ella y la habitó mucho tiempo. De vez en cuando, a pesar del camino difícil, venían a visitarnos, o nosotros llegábamos hasta ellos en alguna expedición de caza. Pero hace ya mucho que no sabemos nada. Ni ellos han venido ni nosotros hemos llegado a verlos cuando nos hemos acercado a su territorio.

Se decidió extremar la precaución, desplegar exploradores, flanquear la columna y estar atentos a la menor señal, al menor ruido y sobre todo a avistar u oler cualquier humo. Pero todo era silencio y cuando entraron ya en los bosques más próximos a la gruta este se hizo ominoso. Aquellos lugares parecían vacíos de toda vida animal terrestre y alada. Los musgos cubrían las piedras y los pies de los árboles, asfixiados sus troncos por enredaderas que trepaban hasta las copas. Por todos lados un verdor tan intenso y húmedo envolvía todo el espacio de manera casi opresiva. El pie no hacía ruido alguno al caminar sobre aquella especie de pelliza vegetal y la ausencia de todo sonido alrededor, ni siquiera el piar de un pájaro, les inquietaba aún más. El Autillo y dos del Buxu se adelantaron para dar ya vista a la boca de la gruta y volver a informar.

Se aproximaron los tres con el mayor de los sigilos, separados pero a la vista los unos de los otros, y al fin, a una señal de uno de los del Buxu, volvieron a juntarse y, ocultos tras unas rocas, divisaron ya la entrada de la cueva. Ningún humo, ningún sonido, ninguna huella humana delataba vida en ella. Acecharon largo tiempo y al fin oyeron algo. Un golpe repetido contra la madera. Pero casi antes de dar un respingo ya sabían lo que era: un picamaderos taladrando una corteza con su pico. A los tres se

les escapó un suspiro de alivio. El picapinos, al menos, vivía en aquellos bosques.

Los exploradores se atrevieron a llegar hasta donde se iniciaba el repecho de acceso a la oquedad. No había senda sobada ni huella de paso alguno. Oyeron algo más que los tranquilizó: el agua de un arroyo corría, clara y limpia, por un pequeño cauce entre helechos y hierba. Retornaron.

Sin retirar las manos de los venablos, desplegados y alerta, los hombres subieron acercándose por ambos costados hasta la gruta.[41] No había allí rastro de vida ni siquiera de alguna fiera que la hubiera convertido en su cubil. Sonaba el agua del arroyo y, cuando traspasaron el umbral, el único sonido que escucharon fue el de alguna gota cayendo desde el techo. Olía a moho, a musgo, a humedad. A nada más olía.

En la sala de entrada quedaban restos de fuegos hacía ya tiempo abandonados. No había ni utensilios, ni pieles, ni cuencos, ni lanzas o azagayas. Tan solo algunos restos de sílex, lascas, raspadores, núcleos a medio tallar, asomando en el suelo húmedo entre el barro. También algunos huesos de animales, partidos y abiertos, restos de comida.

—Los vuestros que vinieron hace ya mucho que aquí no viven. Se marcharon.

Uno del Buxu no quiso dejar de añadir lo que todos pensaban:

—O los mataron. No regresaron a nuestro clan ni en ninguno de la zona dieron señal de vida.

Buscaron entonces alguna huella de su paso. Se adentraron por las galerías iluminando paredes y llegaron al fondo de uno de los pasadizos, en cuya pared vieron los signos rojizos de unas pinturas. Supieron qué eran: las vulvas de los ritos femeninos estaban allí y también parecía aflorar de la roca la silueta de una mujer pariendo. Los suyos habían habitado la entrada y habían celebrado allí sus ritos. Pero habían desaparecido.

Exploraron otras galerías. En una tuvieron que abrirse paso por un desprendido del techo y de parte de la pared. Al fin uno consiguió traspasarlo y se metió reptando con una tea. A poco oyeron sus gritos y el que había entrado salió por el boquete gateando apresuradamente, desencajado y gritando:

—¡Allí dentro están! ¡Allí están! Todos muertos, todos muertos.

Retrocedieron todos, lo calmaron en lo posible y consiguieron que les explicara lo que había visto.

—Huesos, muchos huesos, con piedras encima.

El Errante convenció a los demás para que entraran. Debían comprobarlo. Ampliaron el boquete y avanzaron. El Autillo fue de los primeros en acceder al recinto al lado de su maestro. Levantaron las antorchas y los vieron.

Era un informe montón de piedras y huesos revueltos y también la huella de que un turbión de agua había atravesado la cueva entera. Entre las rocas desprendidas o arrastradas se podían ver restos de varios cuerpos, cráneos de adultos y de niños, fémures, tibias, omoplatos.

—¡Los mataron! ¡Los Patas Cortas los mataron y se los comieron! —exclamó uno del Buxu.

Los huesos, en efecto, presentaban signos de que habían sido carneados y algunos los habían machacado para extraer el tuétano.

El Errante se agachó para estudiarlos mejor. Cogió un gran cráneo y lo sacó a la luz del día, a la entrada de la cueva. Algo en aquella calavera lo intrigaba.

Tras él salieron todos, sobrecogidos, sufriendo la matanza de sus congéneres, parientes de algunos. El Errante seguía en silencio y pasaba los dedos por encima de las cuencas vacías. Al final se decidió a hablar:

—No son los vuestros. Esto no es de un hombre como nosotros. En las hornacinas de nuestros clanes hay calaveras de nuestras gentes y no son como estas. Fijaos y comparadlos. No son iguales en su forma pero tampoco en su mandíbula y su frente. Estos huesos son de los Hombres Jaros, de los Patas Cortas, porque yo he visto en algún sitio sus cráneos y eran como estos. Son, además, de hace mucho, están todos mondos, sin resto alguno de piel ni de pelo. No huele a podrido ahí dentro. Esa galería parecía estar tapada antes y solo otro corrimiento o la riada la ha destapado ahora. Los Patas Cortas estuvieron aquí, pero mucho antes que los vuestros, y desde luego llevan mucho mucho tiempo muertos. Hay hombres, mujeres y niños. Y, sí, se los comieron.

—Pero, entonces, ¿dónde están los nuestros?

Nadie sabía contestar. Quizás al descubrir aquello habían huido. Pero ¿adónde habían ido y por qué no se habían puesto en contacto con su clan? Y, además, ¿quién había matado y se había comido a los Patas Cortas si era como decía el Errante? ¿Y si habían sido otros Patas Cortas que vagaban por allí? Los hombres sí se comían a los Patas Cortas, sobre todo sus sesos, pero si no tenían gran necesidad o era por ritual, no se comían a otros hombres, pero los Patas Cortas sí se comían entre ellos si un clan derrotaba a otro.

El Errante envolvió la calavera en musgo y se la llevó con él. Todos querían marcharse cuanto antes. Dejar aquellos bosques y acampar lo más lejos posible aquella noche. Un miedo que ninguno confesaba, y hacían lo posible por evitar que los demás notaran, los estremecía y les hacía juntarse y estar muy cerca los unos de los otros. Allí había habitado algo terrible y podía seguir acechando en la oscuridad. Lo sentían en los huesos y en la nuca cuando comenzaron a desandar el camino. Al atardecer salieron al fin de los umbrosos bosques y encontraron un amplio claro que les permitía ver el cielo y respiraron aliviados. Hicieron gran acopio de leña y prendieron una gran fogata central, y otras más rodeándola, y se sintieron reconfortados sentados alrededor de la lumbre, sintiendo la cercanía de los otros. Los chamanes celebraron consejo aparte en otra hoguera.

Su debate fue muy intenso, pero no llegaron a conclusión alguna. La presencia de grupos de Patas Cortas merodeando por todo el territorio y responsables del festín de sus congéneres y de la desaparición de los suyos no podía descartarse por aquellas

osamentas que el Errante aseguraba que eran de su raza. Además de aquella cueva, había otros lugares donde filas de cazadores aseguraban haberlos entrevisto. En particular, un enclave había sido señalado en varias ocasiones y la expedición tenía que proseguir su misión hasta allí.

Al día siguiente la partida, más animada con un sol brillante en un cielo limpio, reinició su marcha hacia un punto muy alejado ya de todos sus clanes. No temían a nada de lo que camina en la luz y por la tierra, pero se sentían aterrados ante aquello que pudiera brotar de la tiniebla, y eso habían de ser aquellos Patas Cortas retornados de las profundidades, escapados de las simas por alguna grieta de las entrañas de la tierra. Eso temían y hubo necesidad de que los chamanes les hablaran, y algo les reconfortó la presencia, más que de ninguno, del Errante, que les alentó:

—Los Hombres Jaros no son espíritus. Sangran y mueren. Son sus huesos yertos lo que habéis visto. Si los hallamos, solo cuidaros de lanzar con fuerza y tino vuestros venablos. Nosotros, no temáis, nos ocuparemos de invocar a los espíritus del aire, el agua y la tierra, que son los que viven en la luz y nos protegerán en el viaje.

Hubieron de remontar desfiladeros, atravesar ríos y seguirlos durante mucho trecho hasta encontrar un paso. Pero el esfuerzo les serenó el ánimo. Hubieron de detenerse algunos días para cazar, pues se les fue acabando la comida y lo que recogían al paso no era suficiente. Cazaron y pescaron y esa actividad les alegró los pulsos y la cara. Se toparon con osos y con lobos y fueron ellos quienes les tuvieron miedo y huyeron de los hombres. El guía erró en el camino y hubieron de volver sobre sus pasos pero sirvió como burla y motivo de risa hasta reencontrar la senda buena. Al fin dieron con el humo y la cueva del clan que buscaban. Un enclave de paso que no siempre habitaban, pero al que solían trasladarse en lo mejor del tiempo y donde celebraban sus ritos.[42]

Al ver aproximarse a un grupo, solo de hombres y con las armas dispuestas, sus moradores se alarmaron y corrieron a refugiarse en el interior de la gruta desde cuya boca amenazaron y gritaron a los que llegaban. Pero las palabras de los chamanes los tranquilizaron, y cuando supieron lo que hasta allí los llevaba, se apresuraron a recibirlos, ofrecerles comida y cobijo y darles cuantas nuevas pudieron.

Su jefe y su chamán les relataron que se habían topado con sombras furtivas en los bosques, un cazador relató cómo un día que se quedó rezagado sintió que algo, que andaba sobre dos patas, venía tras él y lo acechaba, y desde un altozano lo desafió, pero aquel ser se retiró y se escabulló entre la foresta.

—Nosotros —contó el jefe— creímos ver a un grupo cruzando un arroyo. Era una mañana brumosa en que la niebla no dejaba apenas ver a unos pasos, pero cuando llegamos al sitio encontramos huellas y eran como las nuestras pero no eran de nosotros. Las seguimos y las perdimos en otra corriente de agua. También hemos encontrado restos de hogueras que nosotros no hemos encendido. Pero esto fue ya hace tiempo y ahora hace ya varias Lunas del Hielo que no hemos visto rastro alguno.

Los cazadores del pequeño clan confirmaron que, excepto aquel que parecía

haber seguido a uno de ellos aislado, el resto parecía huir y evitarlos. Si eran Patas Cortas, de nuevo habían desaparecido.

Los chamanes entendieron que debían completar su periplo con una gran ceremonia que ahuyentara a aquellos seres de todas aquellas tierras. Para ello llegarían a una punta de grandes peñas que se adentraba en el Gran Azul y donde las poderosas olas rompían en un combate continuo que no cedía ni de noche ni de día. [43]

Les pillaba al paso un clan que, aunque alejado, estaba íntimamente emparentado con los del Sella, pues eran también del tótem del Caballo, y donde el Errante también había pasado con ellos un invierno en su recorrido hacia el poniente. Habitaban uno de los más feraces valles del territorio, pues no había lugar alguno donde hubiera ni tantas ni tan nutridas yeguadas, ni río que tuviera tal abundancia de peces ni de todo tipo de animales a sus orillas.[44] Y lo cierto es que allí fueron jubilosamente recibidos y agasajados.

Los hombres de Candamo, así mentaban a su cueva, no parecían tener miedo alguno de los Patas Cortas y, aunque habían oído algunas nuevas, apenas sí las habían tenido en cuenta. Eran un clan muy poderoso, de los más potentes de toda la tierra interior, sus filas de cazadores eran muy nutridas, sus chamanes, sabios, y las Guardianas de la Diosa conservaban la memoria de los secretos de la vida. Abundaban allí los bisontes y sobre todo los caballos, pero también los ciervos y los íbices. Cazaban, y se sentían orgullosos de hacerlo, al gran oso, de cuya carne gustaban más que de ninguna. Los árboles y las plantas les daban además muchos y buenos frutos en castañas, hayucos, bellotas y avellanas. Por el río ascendían los salmones y ellos no los desaprovechaban.

Era un clan alegre y confiado, que se sintió muy honrado de recibir a tantos hombres sabios, y en especial al Errante, e hicieron muchas muestras de asombro cuando se les contó que con ellos venía aquel joven que había hallado el gran pez varado. De ello sí habían tenido noticias y le hicieron muchas preguntas y le dieron grandes parabienes. A todos les enseñaron con gran orgullo su cueva, cuya amplitud, altura, bóvedas y extensas galerías asombraban, y su situación privilegiada les permitía dominar buena parte de todo su gran cazadero. De hecho con solo asomarse podían verse allá abajo a las yeguadas pastando en las praderías junto al río. A todos los visitantes les permitieron contemplar sus grabados y paneles pintados, incluido el camarín en lo más alto, donde aparecía su símbolo, el caballo, dominándolo todo. Había un lugar desde el que la visión, iluminado el muro por la luz de las lámparas, resultaba tan portentosa que el Autillo, fascinado, vio al caballo tomar vida y moverse. Pero solo los chamanes fueron autorizados a penetrar con la Guardiana de la Diosa en el camarín de las vulvas para presentar sus ofrendas.

Los de Candamo estaban ávidos de que les contaran de otras tribus, sobre todo de las de sus hermanos. Querían saber de las andanzas del Errante, al que aquí parecían apreciar como amigo cercano. Y también del Hombre Ballena y cómo era posible que

un pez fuera tan grande que diera de comer a clanes enteros, pero con su comportamiento no daban pie a que alguien se ensoberbeciera por ello, y el Autillo fue lo suficientemente avisado para captarlo. De todo ello querían hablar y saber y como eran generosos con lo que tenían, que era bastante, les dieron un gran festín de bienvenida con la carne de un oso que habían cazado hacía muy poco y cuya piel estaban secando y curtiendo. En varias hornacinas conservaban algunos cráneos de este animal de tan poderosa mandíbula y habían decidido que también lo harían con este, un gran macho, porque había sido una bestia valerosa y fuerte que había matado a uno de sus cazadores.

Al Autillo le gustó especialmente aquella carne y aún más aquellas gentes, que sabían cocinarla de una manera que resultaba exquisita. A él le ofrecieron un pedazo asado de su jamón como muestra de admiración por haber encontrado la ballena, hallazgo que hubo de relatar una vez más y que esta vez procuró no hacer con tanto orgullo como en otras ocasiones y trasladando al Errante la mayor parte del mérito. Al chamán le gustó aquel cambio en su comportamiento, pero por algo en su tono se malició que ocultaba cierto fingimiento.

Demoraron unos días la partida hacia Punta Peñas, a la que se unieron el chamán y algunos cazadores de Candamo, encabezados por el jefe, para mostrarles el camino de bajada hacia la costa. En ocasiones, algunas de sus expediciones de caza llegaban hasta ella. Esta era una buena ocasión para hacerlo y participar en el conjuro que protegería también al clan de aquella amenaza de los Patas Cortas, aunque ellos no los hubieran visto nunca. Pero tenían su recuerdo y la Guardiana de la Diosa les impelió a que participaran en el rito.

Llegaron a aquella gigantesca nariz de roca entrando sobre la inmensidad del agua. El roncar del mar, aquel sonido repetido y al mismo tiempo siempre cambiante, y el olor que desde abajo subía, intenso y vegetal, que parecía tener cuerpo, se unían en una sensación total que los hombres percibían por los ojos, la nariz y el oído, pero también por la propia boca y la misma piel, que les hacía permanecer ensimismados en la contemplación y en un humilde silencio. El Autillo, asomado en el borde mismo de la roca, sintió su propia pequeñez y pensó que aquello escondería quién sabe qué monstruos y qué seres parecidos a la gigantesca ballena.

Señalándose el horizonte unos a otros o retirándose de algunas olas que los salpicaban con espuma traída por el viento, los hombres fueron recuperando el habla y los chamanes comenzaron sus preparativos. Debían traer madera para una gran hoguera, pues allí no había. Mientras, ellos formaron un círculo de piedras y seleccionaron unas rocas sobre las que situarse para convocar a los espíritus. Utilizando cantos como si fueran puntos, al igual que hacían con el dedo en las cuevas, trazaron unas hileras cruzadas con otras, semejando al entramado que se colocaba sobre las trampas excavadas en la tierra.

Esperaron a que el sol empezara su caída hacia el Gran Azul. Entonces cada cual se puso una prenda distintiva de su clan, condición y rango, y todos al unísono,

rodeando la pira, la prendieron al tiempo. Formada con madera resinosa, comenzó a arder con fuerza, hasta que a poco se levantó hacia el cielo del crepúsculo una llama gigante mientras el horizonte enrojecía con el sol que ya tocaba el agua. Entonces cada chamán ascendió a la roca elegida y todos al tiempo hicieron girar sus bramaderas llamando a los espíritus cada uno en una dirección y todos unidos en un mismo cántico. Las bramaderas, con sus grabados rituales, zumbaron en el aire de Punta Peñas, y no dejaron de hacerlo hasta que el sol se sumergió del todo y las aguas del Gran Azul se volvieron oscuras. Hasta que allá, ante los hombres solo quedaba una oscuridad infinita y solo se escuchaba ya el golpear y el mugir del mar y el crepitar de la hoguera.

Fue cuando los chamanes, primero de uno en uno y luego todos juntos, elevaron sus voces dirigiéndose al Gran Azul, a tierra dentro y hacia el cielo, que ya se cuajaba de fuegos, y hacia las entrañas del mundo a través de una hendidura en la roca sobre la que habían colocado la retícula de cantos semejando una malla para que impidiera salida alguna de los abismos. Clamaron a los espíritus del aire, del agua y de la tierra que preservaran a los hombres, y luego, en clamor final al que los cazadores se unieron, se dirigieron a la Diosa Madre para que los protegiera como criaturas suyas que eran.

Así continuaron hasta que la hoguera dejó de ser llama y pasó a convertirse en una enorme brasa. Fue cuando arrojaron sobre ella las ofrendas de carne, frutos y plantas, y cada chamán un objeto que había elegido en señal de súplica y de apaciguamiento. El Errante pronunció su invocación final contra los Patas Cortas, para que regresaran a la oscuridad y no reaparecieran nunca jamás por aquellas tierras. Entonces sacó unos huesos que, junto a la calavera, había cogido de la cueva donde encontraron sus esqueletos, los colocó en una piedra plana y los machacó con otra piedra redondeada hasta hacerlos añicos, que recogió con sumo cuidado y barrió con un pincel para que ni una brizna quedara y los fue haciendo caer por la hendidura de la roca sobre la que habían trazado el armazón de puntos blancos.

Con ello se completó la ceremonia nocturna, durmieron al lado del fuego y al amanecer repitieron las invocaciones al sol, que comenzaba a iluminar las aguas y a acariciar las tierras y el aire. Solo entonces los hombres comieron y bebieron.

Ese mismo día partieron cada uno hacia su clan de origen. El Errante y el Autillo, con aquellos que seguirían por la costa. Tenían intención de llegar hasta la montaña Mamut pero las Lunas del Frío los alcanzaron antes. Al día siguiente comenzó a caer una intensa lluvia cada vez más fría, y esa noche, la primera y copiosa nevada. Solo se libró de su manto blanco una delgada franja al lado del mar, solo hasta donde llegaba la marea. El frío se hizo tan letal que el Errante y el Autillo hubieron de desistir de continuar solos y se decidieron a invernar con las gentes del Sella, a cuya cueva se acogieron después de una terrible jornada zarandeados por la cellisca.

24

El collar de Nublo

El Mayor hubiera querido castigar a Nublo y al menos relegarlo en la fila de los cazadores pero la misma noche del festín que se dieron con la carne de los Oscuros ya se dio cuenta de que el joven tenía todavía más partidarios que antes. Había traído hembras al Valle, había logrado vencer y matar a muchos enemigos y ahora se los estaban comiendo. El Mayor había acudido a taponar el paso pero a los hombres no se les había escapado que había sido Nublo quien preparó la trampa y el artífice de la emboscada y la victoria. Y también quien había acabado con aquel Oscuro al que le había arrebatado el collar de garras de pantera que llevaba ahora al cuello, algo que a todos les había extrañado e incluso algunos lo habían mirado con algún desagrado pues les recordaba, por si no fuera bastante el color de su piel, que él también era un «medio Oscuro».

Pero eran los menos, los más viejos, quienes tenían tales suspicacias. Los jóvenes ya estaban todos a su lado y muchos de los demás también. Además, Nublo le otorgaba al Mayor todo el mérito del salvamento del valle y alababa su benevolencia al perdonarlo por la cacería de las hembras. Al repetirlo lograba que los demás pensaran que no era así del todo sino que era el propio Nublo quien había sido el hacedor de buena parte de ello. Pero sus palabras complacían y henchían de orgullo al Mayor y mediado el banquete e hinchada la barriga con carne de Oscuro, ya se había olvidado de sus intenciones de castigo. Por si fuera poco, tenía hembras Oscuras para saciarse en ellas.

Nublo exhibió su collar al cuello y fueron muchos quienes se acercaron a mirarlo. Las hembras lo hicieron todas. En especial, la Jara, a la que, a pesar de haber perdido a su cría, seguía aquerenciado y acudía siempre a su fuego. A ella le dejó tocarlo y la Jara pensó que podría hacer uno igual si él le traía dientes o garras, y también se lo pondría.

Aquella noche, con las hogueras altas, las llamas subiendo hacia el espacio, el olor a la carne asada y agasajado por tantos, Nublo se sentía contento aunque no quería hacerlo demasiado ostensible. Los jóvenes supervivientes que había participado con él en la cacería de las hembras no se separaban de él, siguiéndole a todos lados y contando sus hazañas y sabiduría para capturar a las mujeres y luego derrotar a sus machos. Las hembras del Valle lo contemplaban con deseos nada encubiertos y el grupo de maniatadas Oscuras lo miraban con terror cuando se acercaba, apelotonadas las unas con las otras, temiendo ser comidas en cualquier momento. Nublo les indicó por señas que comieran de la carne de sus hombres y les tiró algunos trozos. Pero ellas los rechazaron con gesto de asco y repugnancia. Nublo se echó a reír.

Las hembras Oscuras fueron repartidas por los diferentes fuegos y puestas cada una bajo el dominio de una mujer anciana que sería la encargada de hacerla trabajar y que se sometiera por entero. Los hombres de aquel fuego u otros podrían usarlas también a su antojo. El Mayor escogió la que más le gustó, que era la más rotunda y entrada en carnes, con potentes caderas y unas gordas posaderas. Se parecía un poco más en hechuras a las hembras suyas.

Nublo ni siquiera intentó coger ninguna. Hubiera quizá chocado con el Mayor y no le interesaba, pero, al revés que los demás, Nublo no quería copular con aquellas hembras con las que sabía que tenía parentesco. No quería que su clan viera que sentía afinidad o atracción alguna. Él solo copularía con las hembras del Valle y, en realidad casi en exclusiva, con la Jara, que era con él tan complaciente y sumisa, y con la que gozaba más que con ninguna.

El que Nublo no montara a ninguna de las hembras Oscuras no pasó desapercibido para las hembras del Valle e hizo que lo estimaran y lo recordaran con reconocimiento. Eso no era lo habitual entre los demás hombres, que aunque solo fuera por la novedad, se llegaban a pelear por las morenas recién llegadas y las montaban de continuo, para el disgusto de las Antiguas. Y lo acababan pagando las Oscuras, pues las otras se vengaban golpeándolas con cualquier motivo, haciéndolas trabajar hasta que caían extenuadas y dándoles tan solo algunas piltrafas como comida.

Del Menor a poco ya no se acordaba nadie. El Mayor se comió sus sesos y había limpiado y pulido muy bien su cabeza, que colocó en una hornacina al fondo del abrigo. Consideró que con ello dejaba zanjado el asunto y se olvidó por completo de su hermano. Los demás lo olvidaron aún antes pues nada grato tenían que recordar de quien durante su vida los había hecho sentir su fuerza y obligado a reconocer su poder obligándolos a entregarle todo lo que se le encaprichara tener, fuera comida, fuera una piel o una hembra. El Menor pasó, junto con su cabeza descarnada, a la oscuridad y las entrañas de la tierra.

A los cráneos de los Oscuros abatidos que no estaban rotos también les dieron utilidad. Sus calotas se convirtieron en los mejores cuencos, que además les hacían rememorar su victoria. La Mujer de las Hierbas acondicionó uno, el del niño que habían tomado prisionero y matado después, para verter en él sus brebajes y pócimas.

Cuando llegaron las Lunas del Hielo Nublo se puso la zamarra del Oscuro y comprobó que lo abrigaba bien porque le envolvía todo el torso sin dejar entrar en viento por resquicio alguno y la capucha le protegía de la nieve. La Jara la miró por todos lados y se fijó mucho en las tiras de dientes y de conchas que llevaba cosidas, pero no vio cómo poder hacer algo parecido. En realidad, tampoco es que lo pensara apenas pues ellos tenían otra manera de preparar y curtir las pieles, tanto para ellas como para los hombres, y así es como lo habían hecho siempre. Nublo, al fin y al cabo, era un medio Oscuro, pero ella estaba orgullosa de que fuera cada vez más poderoso y la distinguiera entre todas las otras. Ya le había traído unos dientes y ella

también se había colgado un collar al cuello que enseñaba a las demás hembras como muestra de quién era su protector. Su vientre ya no se había vuelto a hinchar desde que parió a la niña perdida, se sentía triste y vacía por no sentir de nuevo que una vida crecía en su interior, pero Nublo la hacía gozar más que lo había hecho nadie nunca cuando la montaba pues tenía un miembro muy grueso y duro que la penetraba hasta muy dentro.

Los hombres y mujeres del Valle al principio se mostraron sorprendidos de aquellos adornos de la pareja pero al poco ya no les prestaron demasiada atención. Nublo, sin embargo, no quiso mostrar sus otras capturas y se ocultó de todos para probar las armas que les había arrebatado a los Oscuros. Mantenía escondidos dos propulsores y dos venablos y esperó al tiempo en que la nieve lo cubrió todo e impidió las partidas de caza y de recolección, para intentar aprender a manejarlos en solitario.

Le costó muchos intentos comprender cómo lanzaban los Oscuros sus finas lanzas con aquellos artilugios. Descubrió que la hendidura de la base de la azagaya debía engastarse en la protuberancia del propulsor. Luego se desesperó cuando intentó imitar el lanzamiento tal y como había visto en la batalla. No era capaz de controlar el tiro y se le iba cada vez por un lado, o muy alto, o caía sin fuerza. La primera vez que atinó fue por una casualidad, pero, un fracaso tras otro, logró algún tiro con cierta fuerza y puntería. Un día recordó, de pronto, la imagen del Oscuro lanzando: llevaba prendida una cuerda en la muñeca que sujetaba el propulsor cuando lanzaba y se había quedado en la mano del muerto. Se puso a elaborarla hasta que logró una que le recordaba a la que había visto fugazmente. Lanzó entonces bastante mejor y fue adquiriendo mayor precisión. Pero le seguía faltando algo y no acababa de hacer blanco. Desde niño había aprendido a arremeter con la lanza, no a lanzarla. Si ya le costaba con la mano, aún le resultaba más difícil con el lanzador. En cuanto a las dos azagayas, le había surgido una dificultad añadida. En un tiro, una de ellas había pegado contra una piedra y la punta se había quebrado. Y aquella punta era mucho más fina que las que ellos hacían. Además, era de aquel material, el sílex, del que ellos carecían. Lo intentó con el cuarzo cristalino, pero no alcanzaba a lograr una punta tan fina y para nada aceptable. Y eso que él era con mucha diferencia quien mejor tallaba, porque los Primeros Hombres demostraban una cierta torpeza en aquellos menesteres.[45]

Nublo pasó las Lunas de Hielo intentando sacar provecho a su adquisición, pero el resultado no le satisfizo. Guardó, pues, muy escondidos los dos propulsores y los dos venablos y se propuso espiar cuando pudiera a los Oscuros y ver qué se le escapaba. Llegaba el buen tiempo y no debía descartarse que los Oscuros volvieran a intentar superar el paso de las montañas aunque tras sus pérdidas no parecía probable. Ellos tampoco lo harían hacia la otra vertiente. El Mayor ordenó que ninguno de los Hombres del Valle traspasara jamás la divisoria de aguas. Quien lo hiciera sería desterrado y expulsado del Valle.

Aunque Nublo supo que sus advertencias iban particularmente dirigidas a él, no hizo gesto alguno de darse por aludido y apoyó con energía al jefe. Procurarían cazar más por la sierra del sur, la de los Fontanares, y también explorarían en dirección al naciente, donde parecía haber algunos valles aprovechables y la añada anterior había llegado la noticia de algún avistamiento de otros Primeros Hombres. Algunos propusieron ir a encontrarlos pero el Mayor se puso furioso. No quería ni salir del Valle ni que nadie entrara a él. Y lo mejor es que nadie, ni Oscuros ni Primeros Hombres supieran de su existencia. El jefe deseaba que las cosas siguieran y se hicieran como siempre habían sido y siempre se habían hecho, sin salir ni de las sendas ni de las costumbres. Cualquier alteración lo único que traería serían males y muertes.

Nublo calló, se aplicó a la caza y a seguirse ganando la voluntad de los otros hombres del clan y mostrando sus respetos a las madres de los fuegos. Siguió sin tocar a ninguna de las Oscuras cautivas, que además iban mermando. Dos habían muerto. Quedaban solo tres y la niña. Pero dos estaban preñadas y presentaban unos abultados vientres. Tal vez trajeran nuevas vidas al Valle, como la había traído la Callada, la madre de Nublo.

25

Las lágrimas del Autillo

Los oscuros tiempos del frío y el hielo se hicieron en aquella ocasión más largos y terribles que nunca en la cueva sobre la ría de las gentes del Sella. Y no porque faltara comida, que con el hallazgo de la ballena y la buena despensa de carne de caza pocas temporadas se habían presentado con mejor cara, sino por la imposibilidad de salir apenas al exterior, ya que el temporal no dio tregua, por la frustración por no poder retornar a la montaña Mamut y porque, además, la relación del Autillo con el clan que con tan buenos auspicios había comenzado no hizo más que envenenarse. Su relación con el Errante se deterioró cada vez más y su grado de tensión cuando estaba cerca de él se hizo insoportable. Durante la expedición en busca de los Patas Cortas, en continuo movimiento y excitación, había sido más llevadero y hasta se produjo cierto acercamiento durante la alegre estancia en el clan de Candamo. Pero nunca se había reestablecido la confianza ni escapaba a los ojos del mentor el fingimiento del pupilo. Encerrados a la fuerza en la cueva, el roce obligado se convirtió en una tortura para ambos. El Autillo procuraba evitar la cercanía del Errante, reconcomido por su propia desazón y sin poder escapar, sin embargo, de su propio rencor. El chamán, tras comprobar que sus advertencias lejos de hacerle mejorar provocaban la reacción contraria, optó por el silencio. Lo que corría por dentro al Autillo debería rebosar hasta reventar de una vez. Y entonces él sí estaría para poderlo ayudar.

La parálisis y el encierro contribuían a las fricciones entre todos los que se apretujaban en la cueva y ponían a todos de creciente malhumor. Un estado de irritación donde cualquier nimiedad se convertía en motivo de disgusto y resquemor que cada día se enconaba más y que podía traspasar muy fácilmente la delgada línea que separaba de la confrontación y la violencia. A todos les afectaba, pero al que habían nombrado como Hombre Ballena aún lo aprisionó más. Caía en todas las provocaciones o era él quien iniciaba los conflictos; sus peleas se hicieron constantes y hubo de ser reprendido gravemente primero por el jefe, luego por el chamán y al final por la propia Guardiana, después de un abuso con una joven mujer. De ser el más admirado pasó a ser aquel a quien nadie se deseaba topar y no tardó demasiado en volver a aquel hosco aislamiento que había marcado sus días infantiles en su cueva natal. Aquí, además, el hecho de ser un forastero pesaba y lo aplastaba aún más. En esa soledad fue quizá cuando comenzó a reaccionar y su tristeza no le pasó desapercibida al Errante. Pero no intervino todavía, y el otro, aunque dormían en el mismo fuego, apenas si le hablaba y lo seguía rehuyendo pues le hacía sentirse todavía más a disgusto consigo mismo. El silencio de su mentor aún le quemaba más la entraña que cuando fue amonestado ante todo el clan por los jefes y el Errante no alzó su voz contra él pero tampoco lo hizo a su favor.

Para su fortuna, un pequeño alivio de los temporales permitió al clan salir hacia la costa y el Autillo fue de la partida, en la que volvió a demostrar su valía y capacidad de esfuerzo y ayuda a los demás. Como si fuera dos hombres diferentes a la vez, en aquella ocasión volvió a ser el admirado Hombre Ballena cuyas facultades para la observación y la captura de presas, fueran estas minúsculas o enormes, y capacidad de sacrificio por la tribu reaparecieron como aquel sol lejano, distante y que parecía no trasmitir calor alguno. Nadie sino él se esforzó hasta la extenuación por intentar conseguir comida, nadie cargó con tanto peso, ni nadie ayudó a los menos fuertes ni luego compartió hasta la última brizna de lo que habían conseguido. Todo el clan recordó las cualidades del Hombre Ballena y algo de la tensión se disipó, pero permanecía latente, retornaría sin duda y quizás aún peor, y el Errante se decidió.

Era muy posible que conociera por lo que estaba pasando su protegido mejor incluso que él mismo y de dónde provenía aquella ira y aquella soberbia que le estaba desjarretando la vida. Porque el Errante se daba mucha cuenta de que el Autillo, pasado su arrebato de rabia, padecía más que nadie las consecuencias de sus actos. Comprendió que no era aquel el entorno más adecuado donde pudiera superarlo y que debían partir cuanto antes hacia la montaña Mamut, y allí, entre los que consideraba los suyos, podría salir de aquel foso donde había caído.

Lo peor de las Lunas del Hielo parecía haber quedado atrás y, aunque darían aún terribles zarpazos, cuando dieron el siguiente respiro y aprovechando el alivio de la tensión con su pupilo que también se había producido, entendió que era el momento de marchar y a todos les pareció bien que lo hicieran. Es más, su inminente partida dio un total vuelco a la situación: donde había labios apretados volvían las sonrisas; donde la mirada se echaba al suelo ahora se tornaba directa y cordial; donde solo había memoria del agravio regresaba ahora el recuerdo de los días de alegría y sol. Solo quedaba la memoria de los buenos tiempos y la amistad: las gentes del Sella recordarían siempre el encuentro con el pez gigante y le estarían agradecidos por no haber pasado hambre aquel invierno. Pero si se alejaba, se lo agradecerían más.

Bajaron a la costa decididos a no dejarla hasta la desembocadura del río que los llevaría hasta la montaña Mamut y a no acercarse ni parar en ninguno de los clanes intermedios. Además de por la necesidad de ir rápidos para que no volviera a atraparlos la tempestad, deseaban caminar solos, y nada más comenzar a andar, el Autillo sintió como si algo oscuro se desprendiera de él, pero aún le costó romper a hablar. Aquella primera noche, refugiados en una hendidura del acantilado, otra vez a solas los dos, su corazón se desbordó. Lo que le había oprimido manó como un torrente, la súplica del perdón y de la comprensión brotó de sus labios, y cuando descargado de todo aquel peso, el Errante, casi sin mediar palabra alguna, lo abrazó, el Autillo, niño y desvalido aún, lloró. Y lo hizo con verdad. Por la mañana, al despertar, era ya un hombre el que se levantó.

El resto del camino hasta el monte de las Cinco Cuevas fue alegre, a pesar de que no faltó ni lluvia fría ni ventisca ni nevada antes de llegar a la gruta. Pero el Errante y

el Autillo hablaron de todo aquello que habían callado y que tenían pendiente. Fue una definitiva lección que el muchacho superó, pero también el propio maestro tuvo que aprender a aceptar.

El Errante veía más allá de las palabras y hasta incluso más de lo que el joven creía sentir, en la continua pugna entre los propósitos, los deberes y los deseos. Lo que había aflorado con el primer atisbo de poder en el Autillo estaba dentro de él mismo, y de su control dependía que no saliera e hiciera daño a propios, cercanos y extraños. Eso se lo dijo, pero se guardó que la furia oculta no sería cosa a desdeñar cuando hubiera de enfrentar a los verdaderos enemigos que un día, sin duda, aparecerían y contra ellos habría de emplear todo lo que a su alcance estuviera.

Pero antes tenía que aprender, y eso sí se lo explicó, que no podía tratar así a quienes eran sus gentes y habrían de ser siempre sus aliados, y que a todos ellos había que ganarlos y nunca herirlos ni humillarlos. Que un jefe lo era si los demás lo seguían y no porque fuera el más fuerte ni el más cruel con los suyos. Que por el miedo o la fuerza podría tal vez encumbrarse pero que acabaría por derribarlo, y pronto, uno más fuerte o temible que él.

Otra cosa se guardó para sí el maestro: ahora el que más solo se sentía era él, lejos, desterrado, en verdad errante, esperando esa señal que tanto tiempo había aguardado y que cuando se presentara no tendría duda alguna de que era la que le ordenaba regresar. Porque el Errante también debía retornar a su lugar. La ansiedad iba creciendo en él y la expedición y el conjuro contra los Hombres Jaros la habían acentuado aún más. Pero la revelación no llegaba y él desesperaba sintiendo decrecer sus fuerzas y acercarse su vejez.

Pero era cierta su alegría, igual que desbordaba la del Autillo, al subir por la senda hacia las bocas de las cuevas e ir saludando a todos los que los salían a recibir, a Zarpa de Oso, a Fresno y a tantos rostros que se alegraban, antes de al fin toparse con Ova y Ababol, que bajaban presurosas a su encuentro. Habían sufrido por su demora y temido por ellos. Lo decían su rostro, lo decían sus manos y todo su cuerpo. Se lo dijo Ova al Errante, pero Ababol, que no se había querido despedir, no sabía bien cómo decírselo al Autillo y lo que le salió, aunque la sonrisa le desbordaba la boca, fue ponerse de entrada una tarea y una obligación.

Aquel atardecer, en un cónclave de todos cuantos quisieron ir hasta la Cueva de las Manos, el Errante dio cuenta de lo sucedido en su periplo y no ahorró elogios para el Autillo ni para el nombre que le habían otorgado por su avistamiento del gigantesco pez, ni dejó de relatar la misión por el territorio donde decían haber avistado a los Patas Cortas y del conjuro que todos los chamanes habían realizado en Punta Peñas para que nunca jamás volvieran.

Eso relató el Errante a todas las gentes del monte de las Cinco Cuevas y calló lo que solo a él y al Autillo importaba. Habían regresado y, en cierta manera, se sentían en su hogar, aunque de ninguno de los dos lo fuera.

26

La muerte del sol

No se supo lo que sintieron antes. Si fue el silencio, si fue un detenerse de todo, una inmovilidad que paralizó la vida, un repentino frío sin nube ni cuchillo de aire que lo hiciera llegar, o aquella sombra oscura que comenzó a avanzar. Entonces miraron hacia arriba. Todos los seres sobre la tierra se pararon con sus miradas puestas en el sol. Los hombres, casi sin hablar, se señalaron los unos a los otros lo que estaba sucediendo en el cielo y un escalofrío les recorrió la espina dorsal; las mujeres abrazaron a sus hijos y los niños se echaron a llorar. Algo se estaba comiendo al sol, una sima lo estaba devorando. Costaba mirar pues quemaba el ojo a pesar de que la negrura iba avanzando y la parte que aún brillaba se reducía más y más.

La oscuridad se abatía como el ala de una inmensa ave sobre la montaña, el valle y el río. La noche profunda llegaba en pleno día y, sin embargo, el horizonte lejano seguía extrañamente iluminado. Y se dieron entonces cuenta de que la propia sombra de su cuerpo, la que antes tenían al lado, había desaparecido también.

La boca de aquella caverna celestial acabó por tragarse el sol por completo. Donde antes estaba solo había un agujero siniestro, de negrura total. La tiniebla se lo había llevado por aquel pozo redondo y lo había hecho desaparecer. Unos levantaron los brazos, otros gimieron, se elevó un clamor de miedo, otros se mesaron los cabellos y algunos se dejaron caer al suelo. El gran fuego había muerto y la vida de la tierra se apagaba con él.

Fueron solo unos instantes pero la sensación de pérdida quedó grabada como una amenazante eternidad. A poco, por donde el sol había empezado a ser mordido, comenzó a brotar de las terribles fauces. Un hilo primero, luego un gajo, luego dos y luego ya la mitad. Y la vida comenzó a moverse por la tierra. Se movieron los caballos en los pastos, el bisonte en el brezal, el oso en el roquedo, y el águila volvió a volar. Y los hombres, cuando por fin volvió entero y su luz retornó a hacer el día, volvieron a hablar y a tocarse y fueron hacia sus chamanes y sus Guardianas de la Diosa a buscar amparo y a superar el miedo. Seguían sobrecogidos y solo pudieron decir que era precisa una ofrenda a la Diosa y que entrara el brujo a su habitáculo para intentar oír alguna voz de los espíritus que les diera consuelo.

Pero en la montaña Mamut hubo un hombre que entendió que era la señal tanto tiempo esperada, una orden de partida que la muerte y resurrección del sol le enviaban, el mensaje para cumplir al fin su destino. Entendió que sus tiempos de errar por la tierra habían llegado a su fin y que ya sin demora debía regresar al lugar de donde la muerte lo hizo un día huir y, durante tantos años, vagar.

27

La luz de Nublo

En el Valle de los Primeros Hombres todos habían subido a la atalaya y se habían apretado en un compacto círculo, presintiendo que aquel morir del sol era también su propio morir. Pero cuando la luz de nuevo los iluminó Nublo sintió en su entraña la rebelión. La niña de la Jara había muerto pero de los vientres de las Oscuras habían nacido dos, un macho y una hembra. Eran vientres fértiles lo que el clan necesitaba. Y él los traería como fuera.

28

La despedida de Ababol

Aquella mañana en que una gran boca negra se comió el sol y después lo vomitó quedó marcada en la memoria de todos los clanes: todos pudieron verlo y todos tuvieron miedo. Hubo muchos conjuros, muchas ceremonias, muchos presagios, pero pasaron los días y nada más sucedió. Seguían recordando con pavor lo sucedido pero la vida estaba ahí y no daba respiro para sobrevivir. El Errante no había contado a nadie aún su decisión, pero a Ova no se le escapó el cambio que había experimentado. Y cuando vio que parecía ir concluyendo tareas para no dejar nada inacabado, lo entendió. Ya se había marchado otras veces, pero esta le parecía diferente a las demás.

El Errante se había puesto ya fecha de partida: cuando el deshielo hubiera concluido del todo e inmediatamente después de la Fiesta del Salmón. Quería compartirla como despedida con quienes, más que ningunos otros, lo habían hecho sentirse en su lugar. En breve se lo diría a Ova, aunque suponía que la Guardiana ya se lo barruntaría, y también al Autillo, a quien intentaría convencer de que no lo siguiera en aquel viaje final del que ya no volvería jamás. Sentía que el joven aún no estaba preparado, pero confiaba en que los últimos tiempos le habrían hecho madurar. En la montaña Mamut tenía amigos y le profesaban gran estima. No tendría problema alguno para ser importante y servir a aquel clan. Allí tenía un fuego y era evidente, para todos menos para él, que Ababol lo encendería.

Aprovechó bien el tiempo que aún le quedaba junto a él. Volvieron a caminar siempre el uno al lado del otro, volvieron a ser discípulo y maestro y volvieron la humildad y la serenidad al rostro del joven. También retornó en el Autillo la alegría de vivir, y ya con una risa se resistía a que Ababol siguiera dándole ordenes, pero a la postre acababa medio en broma por ceder y ambos recuperaban la complicidad perdida.

La nieve fue subiendo en su cuota hasta solo resistir en las alturas y era ya llegado el momento de que los salmones emprendieran su loca carrera curso arriba de los ríos. Era aquel el momento, casi el único, en que podían capturarlos en mucha cantidad y era vital para su subsistencia aprovechar la oportunidad. Habían de elegir bien los lugares, algunos ya conocidos desde muchas generaciones atrás, aunque siempre había algo que modificar porque la corriente variaba, y preparar en ellos las trampas y los vallados para conseguir entrampillarlos y estrechar los pasos para ensartarlos con los venablos o simplemente conseguir sacarlos a tierra. Y tenían que estar atentos con los osos, que como siempre llegarían para participar en el festín.

Comenzaron los preparativos para recibir a los visitantes durante el gran acontecimiento, del que este año era anfitriona la montaña Mamut, y todos se

afanaban en ellos. Fue entonces cuando el Errante lo llamó y el Autillo supo, nada más verlo, que algo grave iba a suceder. Tampoco a él se le había pasado por alto su desasosiego.

—Desde que eras un niño has caminado a mi lado. Ya eres un hombre, ya está tu mano junto a las de todos en la montaña Mamut, ya tienes un clan y un lugar. Pero yo he caminado largo tiempo errante sobre la tierra y es llegado el momento de regresar a mi lugar, de donde vine y de donde ya no volveré jamás. En este clan tienes ya tu sitio en su fila y en sus fuegos. Yo ahora debo partir solo y este viaje tú no has de seguirlo conmigo, porque este es mi destino y nada tiene que ver contigo. Yo sé adónde me dirijo y sé por qué debo hacerlo. Pero tú no lo sabes ni tienes por qué saberlo. Después de la Fiesta del Salmón partiré.

El joven se mantuvo en silencio. Supo que no podía preguntar nada, ni porqué, ni el lugar, ni cuál era el destino al que irremediablemente debía acudir su maestro. Pero no acababa de entender si con sus palabras le prohibía seguirlo y lo arrojaba definitivamente de su lado.

—¿Acaso sigue tu enfado conmigo? ¿Acaso te decepcioné tanto en nuestro viaje anterior que ya no deseas tenerme a tu lado? —preguntó.

El Errante no esperaba esa reacción. Se sobresaltó y quiso atajar de inmediato su dolor:

—Nada más lejos, nada más contrario a eso, ni para nada siento enfado contigo. Estoy lleno de orgullo por ver en lo que se ha convertido aquel niño esquivo que conocí. No es eso, no lo pienses así. Quiero que entiendas que esta es mi última senda, por la que ya no pienso volver, y que no es la tuya ni tienes por qué venir.

El Autillo había pensado en más de una ocasión que habría un día en que su maestro le diría algo así, pero no había alcanzado a suponer que él se quedaría atrás, que no marcharían juntos como siempre habían hecho. Por eso volvió a insistir:

—Entonces, si es así, ¿por qué deseas partir solo?

—No es mi deseo lo que importa. Ya no eres ni aprendiz ni yo maestro tuyo en nada, ya no nos une ese vínculo. Y no regresaré nunca, te digo.

—¿Y si es mi deseo hacer también mío ese camino? ¿Y si es mi voluntad seguir el tuyo?

Ahora quien calló antes de hablar fue el Errante. Al fin lo volvió a hacer.

—Aquí está tu gente. Adonde regreso es la mía. Y allí puedo hallar mi muerte por su mano y la de todo aquel que me acompañe. Nada más puedo decirte. Pero has de pensar en tu propio destino y ese está aquí, donde moran los que aprecian tu valor, tu corazón y tu venablo. Aquí están quienes te quieren. —Y señaló a Ova y a Ababol, que subían desde el valle hasta la cueva, la hija reposando el paso para no cansar a la madre.

Las miró el joven y sintió en su entraña que era verdad lo que decía y algo se despertó en sus adentros al comprender la sensación de pérdida que iba a apoderarse de él si lo seguía. La figura y la cara de Ababol se le hicieron presentes. Más allá de

aquel valle, era la joven que ahora subía a media cuesta quién lo enraizaba allí. Pero sintió a la vez que no debía perder al Errante, que no estaba aún preparado para quedarse solo y que, después de lo sucedido aquel invierno, aún necesitaba a su maestro. Aún no estaba en condiciones de caminar solo.

Pero era algo más lo que le impelía ahora a hacerlo. No estaba ahora dispuesto a dejarlo solo. El Errante empezaba a ser mayor, era ahora el otro quien podría necesitarlo a él. No podía dejar de corresponder sus cuidados ni de pagar la deuda inmensa que con él tenía, y no estaba dispuesto, precisamente cuando iba a enfrentarse a su secreto, a abandonarlo.

Y antes de que la madre y la hija llegaran hasta donde se encontraban, lo afirmó con total rotundidad y decisión:

—Este hombre irá contigo.

El Errante comprendió que tampoco podía prohibírselo. Y, además, no quería.

Las mujeres vieron que ambos se habían cogido del brazo y se lo estrechaban. Luego entraron los cuatro en la gruta a seguir preparando la Fiesta del Salmón.

El Autillo comprendió que debía contárselo cuanto antes a Ababol. Pero algo siempre lo hacía echarse atrás. Los dos hombres discutieron más su decisión pero tan solo sirvió para reafirmar la voluntad del joven, a quien, a pesar de la angustia cierta por partir, lo embargaba una creciente excitación.

Siguió diciéndose cada noche que a la mañana siguiente se lo diría a Ababol, pero los días pasaban sin hallar la ocasión, y la subida del salmón comenzó sin que se hubiera decidido porque no había en realidad cosa que más temiera que aquel momento.

El Autillo fue uno de los vigías destacados en las chorreras donde ancestralmente ya se colocaban para dar la señal de la subida de los peces. Unos años se adelantaba, otros se retrasaba, unos era tan ingente el número de salmones remontando que casi no cabían por algunas estrecheces de la corriente y otros disminuía tanto su cantidad que la pesca resultaba escasa y hasta raquítica. Confiaban en que este año fuera abundante y para ello la Guardiana de la Diosa celebró con las mujeres sus ritos propiciatorios de la fertilidad y de la vida.

Los jóvenes encargados de la vigilancia se desplegaron con júbilo por las orillas. Solo el Autillo se ensimismaba dando vueltas a su secreto y se desesperaba en cómo comunicarle a Ababol la noticia de su marcha. Además de que se iba, sabía que necesitaba decirle algo más que pugnaba por salir de su interior. Desde luego que si había tristeza en su partida era por dejarla a ella.

Los vigilantes del agua tan solo tenían que no quitar ojo a las chorreras o a algunos pozos en los que los peces se detenían antes de atacar las pequeñas cascadas. El clan preparaba sus trampas más arriba, donde las aguas eran más someras o podían utilizarse las plantas que los adormecieran en algunas profundas pozas, al igual que había hecho el Errante en el río bajo la Cueva Mayor donde había nacido el Autillo. Pero los jóvenes apenas si alcanzaron a ver salmones sueltos y comenzaron a

aburrirse y a vagar por las orillas buscando comida y asando caracoles. Cuando ya casi llevaban media luna allí, una noche precisamente a su luz vieron la avanzada reluciendo ya por las chorreras y luego oyeron su chapoteo en el pozo. Al amanecer, nerviosos y excitados, comprobaron que muchos habían alcanzado ya la primera cascada. El Autillo, por su rapidez de piernas, fue una vez más el encargado de dar la jubilosa nueva y la llevó con presteza y alegría. Todos cogieron sus lanzas, sus cestas, sus trampas, y se dirigieron a los lugares previstos donde se agazaparon. La subida del salmón había, por fin, comenzado.

Con las primeras capturas se haría la fiesta y se agasajaría a los visitantes de otros clanes. Después de ella seguirían pescando y pondrían a secar y a ahumar todos los que no se comieran. Nada apenas se desperdiciaba del pez. Menos aún, las huevas de las que venían cargadas las hembras. Nada había más exquisito que aquel bocado que se deshacía en la boca.

La subida era muy potente. Los salmones semejaban rebaños en los pozos ante las pequeñas cascadas. Había muchos pero no resultaba nada fácil cogerlos. Ni siquiera cuando caían en las trampas y en las pequeñas empalizadas a las que lograban conducirlos. Tampoco era demasiado efectivo el gordolobo en aquellas aguas corridas y cambiantes. Pero todo era un jolgorio y los chapoteos, los fracasos, los resbalones y las caídas al agua eran motivo de risas continuas y de burlas. Cuando alguien lograba levantar un gran pez ensartado en una azagaya todo eran parabienes y griterío. Las piezas se iban destripando y luego colgando en largas varas. Pero las primeras fueron un manjar que se puso a asar de inmediato en lajas de piedra.

Al subir del río, el Autillo pensó que era el momento propicio para hablar con Ababol, pero se encontró que siempre estaba rodeada. Habían ido llegando de los clanes cercanos y también emisarios de los más lejanos. Hubo muchos saludos y parabienes y todo aquel gentío hacía imposible un instante de sosiego y a solas. Todos traían obsequios y presentes y todos venían con el ánimo alegre pues habían logrado pasar otras Lunas del Hielo y ahora esperaban que la tierra y las aguas les fueran propicias. Los espíritus del frío, el hielo, el hambre y la muerte parecían conjurados un año más. La Guardiana de la Diosa sacó de su hornacina la pequeña estatuilla, y en una repisa de piedras la colocó en medio de un pequeño prado, rodeada de reluciente hierba fresca. A su alrededor depositaron todo tipos de brotes, de carnes, de ofrendas y, por supuesto, el mayor de los salmones pescados. La Guardiana se lo ofreció a la Madre pidiéndole fertilidad para todos los seres, para los del aire, los del agua, los de la tierra, para los árboles, para las plantas, para las bestias y para los seres humanos. Para todas las hembras cuyos vientres habrían de hacer que la vida repusiera sus pérdidas y que todas las manadas, los rebaños y los clanes aumentaran.

La ceremonia de la Guardiana, a la que acompañaban las matriarcas de los fuegos, era la señal para que la fiesta llegara a su zenit. Tras ella los chamanes hicieron girar sus bramaderas y comenzaron a sonar las flautas y las ocarinas. En una

gran campa, sobre hierba verde recién cortada, se sirvió el salmón recién asado y cuando las panzas estuvieron llenas se reavivaron las hogueras para que ahora las llamas subieran hacia el cielo, comenzaron a sonar los tambores y hombres y mujeres comenzaron a danzar en torno a los fuegos. Cuando cayó la noche y con la bendición de la Diosa, aquella más que ninguna, las mujeres y los hombres se buscaron con deseo y se aparearon con frenesí.

La Fiesta del Salmón estaba llegando a su término y el Autillo aún no había sido capaz de decirle a Ababol que se iba. Se había retraído un tanto del desenfreno final pues de su experiencia en el campamento de la ballena le había quedado un regusto amargo, era entonces cuando había montado y penetrado a muchas mujeres y se había saciado en ellas, pero luego llegó su frustración y su ira, y ahora todo ello era un revoltijo en su cabeza al que no quería regresar. Sabía que en la Fiesta del Salmón eran las hembras quienes elegían y que aquel día no se respetaban los compañeros habituales en los fuegos. Pero él no deseaba que hembra alguna lo invitara a aparearse y se escondió. Tan solo deseaba que lo hiciera Ababol. Esa certeza y el deseo lo habían asaltado aquella misma tarde y se habían desbordado por todo su cuerpo y ocupado todos sus pensamientos. Tan solo podía decirle que se marchaba, que no sabía hacia dónde y que se perdería su paso seguramente para siempre.

Decidió entonces alejarse de la campa y de la luz de las hogueras, retornar en cierto modo a aquella manera suya tan arraigada en su infancia de ocultarse de la gente, de taparse en alguna oscuridad y quedarse aparte sin ser visto ni tenido en cuenta. Eso sí sabía hacerlo bien, y eso hizo. Tan solo hubo de apartarse un poco. Todos los demás estaban ocupados. Creyó que nadie lo echaría en falta. Pero sí había quien lo echaba de menos. Ababol lo buscó, lo descubrió y fue a su encuentro. Era una hembra hermosa y joven, con sonrisa abierta, y una forma de acercarse diferente a la de tantas otras veces. Sintió que siempre la había deseado, siempre había querido tenerla y siempre había sido su dueña, desde niña y ahora ya mujer. Pero ahora él se marchaba y eso era antes que nada lo que ya sin remisión debía decirle.

Ella se sentó a su lado, a la sombra de uno de los primeros árboles junto a la pradería, donde no alcanzaba el resplandor, y sin decir palabra se recostó sobre él. Era un ofrecimiento. Era la elección de Ababol. Pero él se levantó de un salto.

Ella lo miró con estupor, con un incrédulo gesto de disgusto y sorpresa. Ella también había sentido acelerarse sus pulsos al tomar su decisión. Era él con quien quería yacer, culminar el rito de la vida. Y él la rechazaba. Iba a salir huyendo llena de pesar, vergüenza y rabia. Pero el Autillo al fin reaccionó, la sujetó de un brazo y le suplicó que no se fuera, que había algo que debía saber y todo lo que pensaba decir en un parlamento pensado mil veces lo soltó a borbotón:

—Me iré con el Errante. Cuando la fiesta concluya nos iremos. No sé adónde pero sí que él no volverá nunca. Y seguramente tampoco yo. Es lejos, es muy lejos, donde nadie excepto él ha estado. El Autillo quiere a Ababol, es a quien ha querido desde niño y durante toda su vida, es a la única persona; al Errante también, pero es

otra cosa, por la que se siente latir y por la que daría su vida. Es ella la única mujer que hoy quería que me encontrara. Pero yo me marcho, yo me voy, Ababol —acabó casi en un sollozo.

Ella, extrañamente, lo primero que sintió fue un gran alivio, pudo respirar. No la rechazaba, no. Al contrario, la quería para él, a ella y nada más que a ella. Pero luego le llegó toda la angustia de él y la asaltó. Aunque era mucho menos que el dolor que antes había sentido. El Autillo la miró entonces con una tremenda tristeza que ella comprendió aún mejor que él, y se volvió a sentar a su lado.

—No sé si el Errante se lo habrá dicho a Ova —balbuceó él.

—Se lo habrá dicho, pero mi madre a mí no. Eras tú quien debías decírmelo. —Hubo un cierto reproche en la última afirmación.

—Quise hacerlo desde antes de bajar a los pozos y nunca pude… —dijo atropelladamente.

—Y si no te hubiera buscado, ¿te habrías marchado sin decir nada?

Él se tapó la cara con las manos. No fue un sollozo, quizás una desesperada aspiración lo que ella alcanzó a oír. Lo sentía sufrir y no quería verlo así. A su niño, al muchacho cómplice con quien creció, y ahora al que como hombre quería y como hombre lo había buscado solo para ella, no quería verlo sufrir, aquella noche no al menos.

Lo abrazó, lo obligó a descubrir su cara, notó humedad en sus dedos al retirarle la mano y apretó su cuerpo contra el de él. Lo había hecho otras veces jugando, pero ahora era con calor de hembra con el que lo consolaba. El Autillo devolvió el abrazo, y tendidos juntos en la hierba, se quedaron largo rato muy quietos los dos.

Ababol había traído una piel, la recogió de donde la había dejado y la extendió. Ella ya había celebrado sus ritos de iniciada y él yacido con otras hembras. Pero él no sabía ahora qué hacer y ella sí sabía muy bien cómo hacerlo. Descubrió todo su cuerpo, una verde y joven rama con los frutos de sus pechos redondos, y él la cubrió, pero antes de abrir su vulva abrió su boca y le hizo besarla y beber en ella. Y solo cuando las dos bocas estuvieron ansiosas y jadeantes ella se entregó a la cópula, dejó que el hombre la penetrara y arqueó las caderas para que llegara más adentro. Él no fue más allá de algunas embestidas, su tensión estalló y, mucho antes que con aquellas hembras de cuando él era el Hombre Ballena, se derramó.

Se desenlazaron, él con una cierta sensación de vacío y desamparo. Pero ella no lo dejó así. Volvió a abrazarlo y a enroscarse a él. Puso su boca junto a su oreja e inició un ronroneo de pequeña fiera que de pronto le hizo a él sonreír. Le acarició el pecho, él pareció despertar y con toda la suavidad deslizó entonces su mano por su cuello, tan esbelto como el de una garza, y por su cara, y ahora fue él quien buscó sus labios. Cuando el Autillo se entregó al juego de los besos, ella se echó a reír y por un instante volvió a ser la chiquilla traviesa, la pequeña Ababol, la que le hacía obedecerla en todos sus caprichos. La risa de ella lo contagió. De golpe estuvo alegre, con todos sus pulsos agitados y compartiendo las chispas de los ojos más verdosos de

ella con las suyas, más afiladas y oscuras.

Hablaron, jugaron y copularon la noche entera. Ella quería dominarlo también en aquel juego y él se dejaba hacer, hasta que en algún momento utilizaba su mayor fuerza, pero sin tosquedad, y ella entonces parecía rendirse tan solo para, en un descuido, intentar volver a mandar. Con una risa traviesa le permitió montarla por detrás y ahí no pudo luego ya zafarse, ni quiso, del asalto del macho que la ahondó hasta que el jadeo de ella se convirtió en grito y el de él, derramándose, en un hondo y gutural gemido. Él aún se quedó dentro, ya sin embestir, mientras ella se dejaba caer y luego, también exhausto, rodó a su lado. Descansaron tapándose con la piel. Asomaba ya la primera claridad y la tristeza volvió.

Subieron juntos hasta la cueva. Entonces él no se hubiera ido. Con que ella hubiera hecho una seña, él se habría quedado. Pero Ababol sabía que, por mucho que lo deseara, no debía retenerlo. Al día siguiente, el Errante partió y el Autillo siguió su huella. Al despedirse de Ababol no quiso pronunciar siquiera la palabra «regreso», pero al mirarla supo, y ella también, que si podía hacerlo y sus huesos no acababan por blanquear una cueva o una costa lejana, un día volvería a ella. Pero nada dijo porque no podía dar una esperanza que no estaba en su mano cumplir.

29

El tótem de Armintxe

Al adentrarse en aquel territorio, siempre siguiendo en lo posible la línea de la costa, el Autillo observó que si en las diferentes cuevas el Errante era siempre recibido con respeto, llegados a algunos clanes aquello se transformaba en algo cercano a la veneración, como si alguien enviado por un espíritu en particular los visitara y bendijera con su presencia. Algo había cambiado también en la actitud del Errante, incluso en su manera de caminar. Demostraba un ímpetu y una determinación que hacían su paso más enérgico y todo él parecía haber rejuvenecido. Se ensimismaba con frecuencia en sus pensamientos, se volvió más silencioso y un brillo intenso asomaba a sus ojos. En absoluto era adusto, al contrario, sonreía con mayor frecuencia y se mostraba alegre y dispuesto, pero pareciera querer emplear toda su energía en avanzar y no se demoraba apenas en ninguno de los enclaves habitados por humanos en los que les ofrecían comida y cobijo. Pasaban allí una noche a lo sumo y al amanecer salían de nuevo a campo abierto.

El primer lugar al que se dirigieron era conocido por el joven. De hecho, los habitantes de aquella gruta tenían parentesco y continua relación con los clanes de la montaña Mamut. En los viajes hacia el mar a veces se desviaban un poco para visitar a aquella gente y hasta hacían campamentos juntos tanto para cazar como para bajar a recolectar todo lo que el Gran Azul les ofrecía. En muchos de los fuegos de las Grutas del Monte había gentes provenientes de la cercana Altamira, como la llamaban por su posición, aunque a los de las montañas llamar así a aquel promontorio les pareciera un tanto presuntuoso. Pero gozaban de unos magníficos cazaderos y de una todavía más abrigada y extensa cueva, cuyo interior era sin duda uno de los mejores para que el hombre pudiera vivir, resistir el invierno y ser el punto de partida para las más largas expediciones de caza o para acercarse desde allí al Gran Azul a mariscar.

Fue en Altamira donde para el Autillo comenzó a desvelarse algo del secreto de su maestro. Al principio, a él lo apartaron cuando recibieron con mucha ceremonia al Errante, quien, con tan solo algunos elegidos, se perdió por una de las galerías que partían de la gran sala central. El Autillo hubo de permanecer allí rodeado de la curiosidad de todos, aunque algunos lo reconocieron de algún encuentro y otros habían oído hablar de la gesta del Hombre Ballena.

La bóveda de la cueva, iluminada tanto por la luz de la entrada como por los fuegos de las hogueras, parecía proteger como un cuenco a todos los que bajo ella vivían. Miró hacia arriba en busca de algunas señales o pinturas de los chamanes, pero no vio ninguna. Tan solo en una pared, casi en la boca de la galería por la que había desaparecido el Errante, pudo distinguir los habituales puntos y figuras

reticuladas en rojo. Atisbó también algunos grabados y dibujos. Aquellas eran gentes del bisonte, aunque también había una fuerte presencia del caballo, los dos animales totémicos de casi todas las cuevas del entorno.[46]

El Autillo se quedó largo tiempo observando a un joven, poco más que un niño, que estaba dedicado a preparar pigmentos, buriles, lámparas y todo el instrumental necesario para grabar y pintar. Debía ser el aprendiz del chamán de la cueva y estaba incluso probando el material en algunas planchas de piedra para que su preceptor lo encontrara todo listo. Y el Autillo no pudo reprimir un respingo de admiración cuando el chiquillo, con un solo y firme trazo del carbón, hizo brotar en la piedra el lomo exacto, desde la grupa a la giba y de ahí a la cabeza y al cuerno, de un bisonte. Al sentirlo detrás de él, el chico se volvió y le sonrió. Sí, él era también ayudante del chamán, como en cierta forma lo era el Autillo. Era muy despierto y vivaracho y se convirtió en su guía e introductor. Le mostró el recinto y, hasta con cierto secreto, lo llevó medio a escondidas a que viera una hermosa imagen, coloreada en rojo en su interior, de otro bisonte en la que el animal parecía que se iba a levantar y echar a andar. El chico se llevó un dedo a los labios, le guiñó un ojo y le dedicó una pícara sonrisa, y el Autillo comprendió que aquella imagen la había hecho, a escondidas, el propio chaval.

El Errante y los chamanes salieron al fin de la galería. El Autillo y el aprendiz siguieron apartados de ellos, que no cesaban de cuchichear, y aprovecharon para hacerlo ellos también.

—El Errante es, según dice mi chamán, alguien con un secreto y poder desconocido, solo él pudo venir desde tan lejos, cruzar todos los territorios y ser respetado por bestias y hombres. Sabíamos de su llegada, envió aviso con alguien que fue a vuestra Fiesta del Salmón. Lo agasajan porque saben que ahora se marcha para siempre y que ya no lo verán más. Se entristecen porque ninguno posee su sabiduría ni puede concitar como él a los espíritus. Hasta las Guardianas lo consultan, tal es su poder —le secreteó el niño pintor.

Ese cambio en la manera de recibirlo se fue haciendo, según avanzaban por la cornisa costera, cada vez más ostensible. Lo introducían, sin permitir al Autillo acompañarlo, en las ocultas galerías de los rituales, tanto de los cazadores como de las mujeres, y apenas si tenía otro contacto con la gente que el de los chamanes, la Guardiana y algún otro privilegiado. En la siguiente de aquellas cuevas, en la que aún se demoraron una noche, se hizo aún más patente aquel cambio de actitud. Era un clan costero, pero como otros muchos disponía de varios campamentos, tanto en la desembocadura al borde del mar como río arriba, en un pequeño monte de no mucha altura pero bien situado como protección y atalaya.[47] Aquella tribu tenía memoria de sí misma desde muchas generaciones anteriores, tantas que afirmaban habérsela arrebatado a los Patas Cortas, y habitaba dos galerías, una superior y otra inferior, de una gran oquedad que se adentraba en las entrañas de la tierra. A su llegada, el Errante fue agasajado como en anteriores clanes pero el Autillo detectó algo especial

en aquel comportamiento. Le introdujeron primero en la galería superior, a la no se permitió al Autillo acompañarle, y allí se le invitó a impregnar su mano para plasmarla en la pared en la que ya había aquellas líneas de puntos, figuras y círculos.

La galería inferior, donde residía el clan, sorprendía por su amplitud y porque dentro del recinto se levantaran, rodeadas por sus círculos de piedras, varias tiendas de piel sustentadas por troncos y palos. Eran gentes del caballo y su imagen presidía la mayoría de sus paneles. Pero algo más guardaban en otra galería en la que tampoco dejaron penetrar al acompañante. Entre cuchicheos se llevaron al Errante y el Autillo observó que había sacado algo de su zurrón y lo llevaba cuidadosamente envuelto apretado contra el pecho.

En las siguientes fue sucediendo algo similar. Eran clanes ya diferentes, de una reciedumbre especial y algo más metidos tierra adentro, que guardaban celosamente la memoria de su estirpe y señalaban sus lugares con duros y sonoros vocablos. El primero de ellos Karrantza. Eran muy orgullosos, pero su clan era pequeño y en la sala de entrada apenas si se contaba un total de cinco círculos de hogueras.[48] Se mostraron tremendamente hospitalarios ofreciéndoles de todo a ambos y se empeñaron en acompañarlos, como gran señal de deferencia y respeto, hasta la siguiente gruta. Y aquella actitud de protección y de que nada les sucediera a los viajeros comenzó a ser la pauta.

En el nuevo trayecto tuvieron de nuevo a la vista al Gran Azul, aunque la cueva estaba situada al pie de un monte,[49] y es aquí donde se produjo un nuevo salto en el trato cada vez más deferente hacia el Errante. Alertados por algún batidor que se había adelantado a la carrera, la Guardiana, el chamán, los jefes de caza, las madres y el clan al completo detrás de él, le presentaron ofrendas. Las aceptó pero de inmediato, con ellas en los brazos, acudió a depositarlas junto a la Diosa con algo que él aportaba.

En cuanto cruzaron el umbral de la cueva, al Autillo tampoco se le permitió acompañarle e incluso se le alejó de él, como si pretendieran preservar algo de su vista. Volvió a quedarse solo con la tribu en la sala de los fuegos y pudo enterarse de algunas cosas. Esa era una de las grutas por las que primero había pasado cuando llegó solo y sus años eran mucho más cortos. Allí sí se creía saber algo de su origen, algo que le hacía ser considerado distinto a otros hombres. La causa solo la sabían los chamanes y las Guardianas, que guardaban el secreto pero las mujeres y los cazadores sabían que ya en aquel lejano entonces sus medicinas eran las más poderosas y que sus sanaciones y saberes se habían quedado en la memoria del clan. Algo más añadieron: que el Errante tenían un gran tótem protector que lo amparaba de cualquier ser vivo, fuera hombre o bestia. Y que aquel tótem lo había compartido con ellos y ahora los protegía a todos.

Pero ni siquiera allí se demoraron más de dos días, aunque la insistencia de un mensajero que llegó de un clan cercano y las de sus propios anfitriones los obligó a variar levemente su ruta. Aquellas gentes querían despedirse del Errante, querían dar

un adiós último a quien tanto había significado para ellos y él comprendió que no podía herir ese sentimiento. No prosiguieron, pues, por la costa, sino que torcieron hacia las tierras interiores, donde moraba el clan de Ekain.[50] El Autillo comprendió incluso por qué el Errante tampoco oponía apenas resistencia. Él también se despedía, y de hecho, era lo que habían estado haciendo desde que se dirigieron a los clanes del poniente, donde recibió la señal que se comió el sol. Quería demostrarles a todos su inmensa gratitud por haberlo amparado y cobijado cuando llegó a ellos desterrado y huyendo.

En Ekain, gentes también del bisonte y del caballo, les sorprendió ver que, entre las nuevas figuras de la cueva, hubieran colocado un salmón, pero no extrañó al Errante que, junto a otras muchas de íbices y ciervos, hubieran pintado un oso. Alardeaban ellos de ser grandes cazadores de aquel animal y tenían en sus hornacinas algunos de sus cráneos.

De Ekain retornaron a la costa, siempre avanzando hacia el naciente. Los del clan de Ekain los dejaron con sus parientes de Altxerri, y allí, una vez más les mostraron su deferencia, añadida al joven, al que el Errante señaló como el Hombre Ballena y relató su hazaña. En su pared de los rituales, el Autillo pudo contemplar animales que había visto en los montes y las campas, pero hasta ahora jamás impresos en la roca. Entre ellos, una pequeña liebre, presa que habitualmente cazaban las mujeres, y una serpiente. En el clan de Altxerri, las mujeres participaban en los rituales de los cazadores, aunque ellas se reservaban los de la Diosa, y era la mano de una hembra la que había plasmado alguna de aquellas pinturas.[51]

Pero donde algunos de los secretos se desvelaron fue al llegar a la cueva de Armintxe, emparentados con los del clan de Atxurra, ambos en vecindad costera y fuertes lazos familiares.[52] La tribu entera, sin que faltaran ni los niños más pequeños, sonando flautas y con las bramadoras zumbando, salió a recibirlos encabezados por el chamán y la Guardiana, que le llevaba al Errante una guirnalda de brotes verdes entreverada con flores. El brujo era un anciano de imponente rostro que fue tratado con mucha reverencia por el Errante, con quien cambió misteriosas palabras y susurros nada más encontrarse. Las mujeres le ofrecieron un cuenco con carne, pescado y frutas, y Bela, tal era el nombre del anciano, que lo era también del más sabio de los pájaros, el cuervo,[53] le entregó una piedra hueca con toda una gama de útiles, ungüentos y grasas, además de la piedra roja,[54] el carbón negro y el ocre.

—Para el Errante, como último presente de este viejo. No volveremos a vernos sobre la tierra pero en el espíritu, que ambos compartimos, mi hermano y yo nos reencontraremos —declamó ante todos al entregársela.

En Armintxe, al Autillo no le prestaron apenas atención, pues ya venía envuelto en el grupo que escoltaba al Errante. Tan solo algunos jóvenes se le acercaron para preguntarle, pero nada sobre él sino sobre el gran chamán al que acompañaba. Tuvieron la deferencia de sentarlo en un buen lugar en el festín de bienvenida y, con

el relato de la ballena por delante, le permitieron acompañar a la comitiva por largas y estrechas galerías hasta el panel donde estaba el tótem del clan. O mejor dicho, los tótem antiguos y el que ahora tenían, y sobre el que el Errante había tenido una participación decisiva.

Los caballos, que eran multitud, y los bisontes dominaban una parte del panel. Uno de estos últimos era sobre el que parecían dirigirse la culminación de los rituales de caza pues tenía en la barriga múltiples impactos de puntas de azagayas. Pero ya no eran ni el caballo ni el bisonte ni la cabra montés a los que se dirigían la invocación. Estaba reservada al león cavernario. Dos había allí y uno de ellos, con la cola enhiesta, poderoso, terrible y desafiante, era el destinatario de la salmodia del chamán de Armintxe, cuyo influjo se extendía por todos aquellos territorios, pues el nombre de Bela era respetado en las grutas costeras y del interior, desde la de Atxurra. Cuando su canto al león concluyó, tomó el relevo el Errante. Y entonces sucedió algo muy revelador para el Autillo. Todos, menos los dos brujos, hubieron de retroceder y apartarse para preservar su intimidad con el tótem. Él intentó rezagarse sin dejar de observar lo que hacían. Y alcanzó a ver que el Errante sacaba algo que ya le había visto extraer otra vez del zurrón en el viaje y que llevaba entre sus ropas, en una pequeña bolsa: una pequeña figura que no alcanzó a distinguir y que elevó hacia la imagen del león, mientras que el chamán de Armintxe daba respetuosamente un paso atrás. No vio más, pues la oscuridad ya se lo ocultó todo. Pero supo que aquello era algo esencial en el secreto del Errante y parte del poder que todas aquellas tribus le atribuían. Y que tenía algo que ver con la más poderosa de las fieras, el de las garras más potentes y la dentellada más letal, el que descabezaba al hombre de un zarpazo, el que disputaba los territorios a los clanes: el león cavernario.

Sabía el joven que no podía decir que lo había visto, ni por tanto preguntar por su significado. Así que esperó a que, llegado el tiempo y el momento, aquello le fuera revelado. El tótem y el culto al león cavernario tenían algo que ver con la figura del Errante, eran su seña distintiva. Bela y él compartían hermandad en aquel espíritu. Y aunque Bela era de gran rango, el Errante parecía estar todavía en uno más alto, pues había sido él quien levantó la figurilla y el anciano quien dio un paso atrás.

30

El Hombre León

Muchos clanes tenían como tótem principal al bisonte. Otros al caballo. Ambos eran animales fuertes y poderosos que les entregaban su carne. Algunos en las abruptas montañas que habían dejado atrás tenían su símbolo en el oso de las cavernas y, a pesar de sus garras y colmillos, lo cazaban y se lo comían. Pero que fuera el gran león quien señoreara una cueva con fuegos humanos, eso el joven no lo había visto jamás, aunque al Errante pareciera no sorprenderle sino agradarle en grado sumo.

Porque el gran león cavernario era en ocasiones quien cazaba a los hombres. El clan del león y el clan del hombre se evitaban. Moraban a veces en un mismo territorio y hasta llegaban a compartir los límites de sus respectivos cazaderos, pero entre el hombre y la fiera existía tanto respeto como miedo mutuo. El hombre temía al cavernario, pero el cavernario también temía al hombre. El león con solo alcanzar al cazador humano ya lo había matado de un zarpazo, pero el hombre mandaba la muerte desde lejos. A distancia de la garra arrojaba lanzas y piedras, dañaba, hería, infectaba y mataba. Y, además, el hombre tenía el fuego y podía protegerse tras él o enviarlo por delante. Más que nada en el hombre, el león temía al fuego en su mano. Y lo evitaba si era una fila la que pasaba. Los leones huían de la voz de los hombres y a estos se les erizaba el vello al escuchar su rugido.

Excepto el oso, los animales de garra y colmillo no tenían buena carne, y esta a veces era infecta. De las fieras de garra y colmillo había el hombre de cuidarse. El leopardo sabía acechar cuando se recolectaba, alcanzar a un cachorro humano y llevárselo a devorar a un árbol; la hiena, si iba en manada, no solo podía arrebatar la caza sino hacer presa en quien se descuidara; el lobo cazaba mejor que el más avezado de los cazadores humanos, le disputaba los rebaños de renos, emboscaba a los ciervos, los gamos y los íbices, y no perdía jamás la huella de una res herida. Los más pequeños glotones, zorros, tejones, nutrias, martas, garduñas y hasta armiños y comadrejas, le quitaban al hombre de la boca liebres, conejos, peces y huevos. No tenían buena carne pero sus pieles eran mejores que ninguna, eran suaves y finas y a la piel del hombre de gustaba ser acariciada por ellas.

Con los leones, el oso y las hienas los hombres se disputaban las cuevas. Con el fuego como aliado, los hombres los expulsaban y les impedían su vuelta. El clan de los hombres, a la postre, era más poderoso que el de cualquier fiera. Porque si bien había huesos de hombre en algún cubil del felino, había más pieles de león en las tiendas de los hombres. Pero de todos los sonidos de la noche, entre los que destacaban el aullido del lobo, el barritar del mamut, la tos de la pantera y el bramar del uro, era el rugido del cavernario el que hacía que el hombre ya no durmiera y velara.

Pero el Errante parecía no temerlos en absoluto. Al Autillo le pareció incluso que procuraba ir a su encuentro y, desde luego, no parecía tenerles pavor alguno, aunque eso no significaba que no fuera prudente, mantuviera la distancia y buscara refugio conveniente por la noche. Pero sin duda conocía muy bien a la manada de los cavernarios.

El viaje estaba siendo largo, muy largo, y nada indicaba todavía que ni siquiera estuvieran cerca del destino, que seguía siendo un misterio. Habían seguido la línea de costa siempre hacia el naciente, pero en un momento la propia orilla giró hacia el norte y ese fue ya el rumbo que mantuvieron. Caminaban por la amplia franja que se extendía desde la orilla del Gran Azul hasta las líneas de acantilados y montañas, hubieron de penar al cruzar algunas desembocaduras de río y el Errante optó por remontar tierra adentro para salvarlas mejor.[55] Cuando cumplieron una luna entera de camino es cuando al Autillo le entró la duda de si él tampoco volvería a ver nunca jamás a todos esos clanes que cada jornada iban quedando más atrás. Porque era tan lejos ya donde estaban que parecía imposible regresar.

Aún bastantes jornadas después, tras haber circunvalado una enorme bahía, el errante dejó la orilla del Gran Azul y torció de manera brusca de nuevo hacia poniente. Caminaron ya por llanuras, tierra adentro, hasta alcanzar un extraño territorio. Parecía que volvían a topar con el mar, pero, aunque había mezcla de aguas y la salada se metía profundamente tierra adentro, y esto también sucedía en los rías costeras que conocía, aquí topaba con la desembocadura de un gigantesco río cuyas aguas oscuras, llenas de sedimentos, teñían las del Gran Azul y encharcaban una enorme extensión de territorio que se hacía imposible de cruzar.[56]

En medio de aquel inmenso pantanal, a veces somero y otras profundo, había numerosas islas e islotes, pero el Errante no tenía interés alguno por perderse allí, sino en poder seguir su curso aguas arriba. La noche que el Errante consideró que al fin había logrado llegar a ese punto de su ruta descubrió a su compañero el camino que aún les quedaba por andar, que era todavía mucho, y cuál era su objetivo final.

—Es por este río por el que debemos subir, lo haremos hasta dar con otro que le llega por su margen izquierda y que seguiremos después, pues él nos llevará al fin ya a las montañas a las que me dirijo. Allí debo recuperar mi lugar para poder presentarme de nuevo ante mi clan. Por este río descendí un día y por él debo comenzar mi retorno.

Otra noche, en torno a la hoguera, hablaron de la mañana en que la boca negra se comió el sol y el Errante le descubrió algunas razones del poder de los chamanes. Supo que no solo en las cuevas de las montañas Mamut y en sus vecinas las gentes habían contemplado aquello, sino que en todas por las que habían pasado se había producido aquella misma tiniebla repentina. Cada uno de los chamanes se lo había ido contando, pero las gentes guardaban su miedo, suponiendo que la calamidad solo los había amenazado a ellos y temiendo verse señalados por los demás. Pero entre los chamanes meditaron el porqué del terrorífico suceso y la forma de conjurarlo. En la

memoria de algunos existía el recuerdo de algo similar que fue un presagio funesto. Las gentes lo habían ido olvidando y era mejor que fuera así, pero ellos lo trasladarían a quienes vinieran después.

Hacía ahora muchas jornadas que ya habían dejado de divisar las impresionantes montañas que, hasta girar hacia el norte, corrían paralelas al mar y cuyas cimas cuajadas de nieve cerraban todo el horizonte. Mientras las tuvo a la vista, el Errante había hecho todo lo posible para no encontrarse con hombres. Prefería la cercanía de las peores fieras y en cuanto detectaba cualquier rastro de cazadores, hacía lo posible por esconderse, alejarse y ocultar sus huellas.

Ahora parecía ya mucho más tranquilo y más seguro de llegar hasta su destino. Fue cuando el Autillo aprovechó para preguntarle como había hecho en muchas ocasiones, sin respuesta, por qué emprendió su vida errante.

—Huía. Ahora es aún pronto para que me muestre. Primero hemos de llegar a un sitio y que se me reconozca. Luego iremos adonde nací para recuperar mi rango y mi lugar.

Aquel ocultamiento les hizo transitar en ocasiones por el territorio del león y tropezar con alguna de sus manadas. El Errante encendía rápidamente una tea y profería grandes alaridos y hacía aspavientos en su dirección. Parecía incluso amenazarlos en alguna extraña invocación de la que su compañero apenas si entendía alguna palabra. Un día, cerca de un abrevadero donde los felinos acechaban a sus presas, ante el peligro inminente, el Errante echó mano a algo que llevaba guardado entre las ropas y se plantó ante ellos gritándoles. Fuera por ello, o por el fuego que ya había encendido el Autillo, o porque descubrieron más tarde, al ver la osamenta de un uro casi por completo devorado, que estaban saciados, los felinos se alejaron.

El Autillo creyó ver en la mano del Errante la misma figura que había mostrado en la cueva donde la efigie del cavernario presidía los ritos de los cazadores, pero se la guardó antes de que lo pudiera confirmar. La estatuilla no era más grande que la mano que la empuñaba. Pero debía de ser en extremo poderosa para que el Errante no temiera al león cavernario.

Y aquella noche le contó cosas de los cavernarios, que seguían rugiendo a no mucha distancia. Se habían procurado un refugio por cuya abertura no cabría jamás, tras haber colocado por dentro grandes piedras, la cabeza de un cavernario.

—El macho es más fuerte y corpulento que la hembra, que es más rápida y ágil. [57] Esa manada, lo sé por sus dos diferentes voces, la dominan dos hermanos. Se habrán criado juntos desde cachorros pues si no se matarían el uno al otro. Habrán conquistado este clan y matado al anterior gran macho. No hay cachorros y eso es porque los dos nuevos jefes del clan los han matado a todos hace poco. Cuando vencen al jefe anterior, matan a las crías y se aparean con las hembras. Odian a los cachorros que han nacido bajo el dominio de otro macho y extirpan cualquier olor que los recuerde. Son los machos los que pelean y combaten guardando su territorio contra otros leones. Pero son las leonas quienes dirigen la caza y casi siempre abaten

las presas. Los leones solo aguardan, aunque en ocasiones las ayudan, si el animal que han de derribar es muy grande, un gran uro o un rinoceronte.

El Autillo lo escuchó fascinado, casi tanto como cuando era un niño. Y al poco pudo comprobar que el Errante no le había mentido. Porque aquel amanecer vieron a la manada de cavernarios cazar al gran bisonte.

El rebaño de herbívoros bajaba en una poderosa formación, con dos grandes machos al frente, hacia aquel abrevadero. Ellos lo contemplaban desde la puerta de su cubil, que ya habían despejado para salir cuando el Errante le hizo un gesto y lo obligó a tenderse sobre el suelo. Además de los bisontes, había visto algo más entre los arbustos que rodeaban el manantial y el pequeño embalse que luego fluía por un riachuelo. Los ojos alerta del hombre habían detectado un mínimo movimiento en un macizo de arbustos. Clavó allí su mirada y no tardó en distinguir que, camuflada y agazapada, allí se escondía una silueta felina.

—Los cavernarios están cazando. No consiguieron presa anoche.

Los bisontes seguían avanzando despacio, sabedores de su fuerza, protegiendo a sus crías, aunque a veces estas se entregaban a juegos y corcovetas. De los machos que venían al frente uno era enorme, sin duda el dominante del rebaño, el otro era todavía joven pero de gran corpulencia y vigor. No tardaría en desafiar al gran macho, pero ahora le guardaba las espaldas. Otros machos jóvenes y las hembras adultas cubrían los flancos. No dejaban de estar alerta pero las leonas tenían el viento de su parte y los bisontes, la fortuna en contra.

Cuando comenzaban a bajar una leve pendiente hasta la charca, el Autillo señaló con un gesto un nuevo movimiento en su retaguardia. Allí también se movían las hierbas altas. Los cavernarios estaban cerrando el cerco. El rebaño sentía ya el agua en sus belfos, el gran macho ya pisaba el barro cuando algunos jóvenes y alguna cría ansiosa lo adelantaron y llegaron antes que él a la charca.

Los hombres vieron cómo de los arbustos donde habían detectado a la leona, pues era una hembra la que dirigía la cacería, esta se perfilaba, todos los músculos en tensión, con toda la elasticidad y potencia de su cuerpo y se desplazaba en un sinuoso deslizamiento que al instante siguiente se convirtió en una explosión de movimiento que avanzó hacia su presa con la velocidad de un vendaval. Otros arbustos y matas también tomaron vida y otras tantas leonas brotaron cargando contra la manada. El ataque se concentró en los rezagados. Las crías, sus madres y algunos jóvenes, en vez de dar la vuelta, salieron en estampida por la misma orilla del cilanco buscando el otro lado. Solo el gran macho se revolvió haciendo frente y quedó aislado, al igual que otro joven que cerraba el grupo y que se vio rodeado. Contra él cargó la leona guía. Otras dos consiguieron retener al gran macho en la poza, donde se había refugiado buscando la hondura, ya que él hacía pie, pero no los carnívoros.

El bisonte atacado por el grueso de la manada se defendía con firmeza, a pesar de llevar cargada en su grupa a la vieja leona y otra colgando de su costado. Pero no podían derribarlo. En un par de ocasiones logró incluso liberarse, pero a nada volvió

a estar rodeado, aunque sus cuernos eran peligrosos y los leones tenían extremo cuidado en no ser alcanzados. Parecía que la lucha iba a seguir así durante mucho tiempo. Entonces apareció el macho, el gran león cavernario. Las leonas eran grandes, pero él era enorme, una masa de músculos con los belfos entreabiertos que llegaba en rápido trote desde la retaguardia y desniveló la contienda. El cuello del cavernario tenía el grosor del cuerpo de un hombre recio y su peso hizo que al fin el bisonte se desnivelara y acabara desplomándose de costado. Las leonas remataron la faena prendiéndole el morro con sus fauces e impidiéndole coger aire. Y antes de que hubiera muerto, el cavernario macho y algunas hembras, abriéndole la tripa con su garra, habían empezado a comérselo vivo. Los hombres ni siquiera lo oyeron ya mugir pues la vieja leona no dejó de taparle con el cepo mortal de su dentellada la boca y, hasta que sus patas no se estremecieron por vez última e incluso un rato después, no soltó su presa.

Pero no se unió al festín. Con el león macho se dirigió a la charca, donde las otras dos hembras seguían acosando al bisonte refugiado en las aguas más profundas. A la llamada de la guía vino el resto de la manada y entre todos intentaron hacerlo salir de su refugio. Rodearon la pequeña laguna, parecían lanzar el ataque por un lado y lo hacían por el otro, penetrando dos a la vez en el agua somera mientras el resto acechaba en la orilla contraria y de nuevo giraban en torno a su presa confiando en que, en un descuido, el herbívoro dejara las aguas donde ellos no hacían pie. Pero el gran bisonte era viejo y sabio y no caía en la trampa. Una vez sí estuvo a punto de hacerlo y una leona llegó a saltarle encima, pero pudo llegar a las aguas hondas ya casi en el centro mismo de la poza y la leona se desenganchó y retorno a la orilla. El león macho acechaba agazapado en la mínima playa donde era más fácil la salida y por donde suponía que emprendería su presa la huida, pero el bisonte parecía saber que aquella era la ruta que no debía intentar.

Si antes la lucha de los leones con el macho joven se hizo larga, esta parecía no tener fin alguno. La manada de los carnívoros incluso se tomaba reposos y se echaba en las orillas pero siempre vigilando cualquier movimiento del bisonte. Este permanecía emplazado en el centro del manantial y tampoco hacía excesivos movimientos a no ser que fuera necesario para seguir manteniendo a raya a sus enemigos. Los hombres en la ladera vecina tampoco podían salir de su refugio. Aparecer a la vista de los leones en plena furia cazadora era algo a lo que no iba a arriesgarse el Errante por mucho poder que tuviera.

La mañana avanzaba y el tiempo parecía detenido entre los cazadores y la presa. Los leones tenían ahí al lado la carne del otro recién matado a su alcance. Intentaron un nuevo ataque, pero algo debió de percibir el gran bisonte porque entonces decidió dar el paso definitivo. Cuando las leonas cargaron desde un lado, él se dirigió aparentemente hacia la playita donde lo aguardaba el león, pero justo antes de llegar torció por donde la laguna se derramaba creando el riachuelo y se lanzó en tromba para romper el cerco. Una leona que intentó detenerlo salió volteada por los aires y

aterrizó a buena distancia aunque el cuerno no le llegó a penetrar en la carne. El bisonte emprendió la huida por la pequeña corriente, rompiendo con su inmenso cuerpo todo lo que se le ponía por delante, y una vez estuvo entre los árboles que flanqueaban la corriente, la cacería se hizo imposible para los felinos. Aunque lo siguieron un trecho, al cabo regresaron. Tenían comida abundante y el agua al lado. El macho se puso a comer donde mejor le plació y las hembras fueron uniéndose al festín. Los hombres aprovecharon entonces para escabullirse y poner con los cavernarios toda la distancia que pudieron hasta que les volviera a caer la noche.

—El león cavernario ha matado al bisonte —dijo luego, ya en la hoguera, el Errante, orgulloso parecía por los que en cierta forma consideraba espíritus cercanos a él mismo.

—Pero ni entre todos han logado derribar al gran macho. El bisonte grande los ha burlado —replicó el Autillo, pues no podía dejar de defender al tótem de su clan.

—Quienes se están comiendo la carne del bisonte son los cavernarios. Quien ha huido de su fuerza, de su colmillo y de su garra ha sido el gran bisonte.

Discutieron sobre ello aquella noche hasta que se durmieron. Por si acaso, también buscaron un buen refugio en la oquedad de un gran roble cuyo tronco estaba hueco.

Por la mañana siguieron viaje sin contratiempo, siempre por la orilla del caudaloso río, aguas arriba, procurando esquivar cualquier presencia de otros humanos, alimentándose de lo que recolectaban al paso o aprovechando alguna pieza cobrada en un lance, con el Errante cada vez con más ansias y su joven acompañante ya del todo metido en su aventura y deseoso también de llegar a aquel destino y conocer el secreto de quien aún era su mentor y maestro, al lado de quien se había hecho hombre.

La orilla del río suponía un continuo encuentro con manadas de caballos, con rebaños de bisontes, con ciervos de grandes cornamentas y con grupos de hembras de la misma especie con sus crías y algunos varetos, con huidizos corzos, con estruendosos jabalíes, con sinuosas nutrias, pero siempre iban alerta a la aparición furtiva del leopardo o a la llegada sigilosa de los lobos. Estos en ocasiones se acercaban más que ningún otro animal al fuego y al amanecer los hombres comprobaban que habían merodeado la hoguera situada a la puerta del refugio y dejado la huella de sus patas en las cenizas ya frías. Los lobos no los atacaron nunca, pero los siguieron durante días. Al Errante lo incomodaban, pero al joven le gustaba observarlos y se asombraba de cómo lograban emboscar y abatir piezas mucho más grandes que ellos: al gran ciervo, a una yegua y a su potro. En algunas ocasiones los hombres los ahuyentaron a pedradas y con teas encendidas y les quitaron la carne, que asaron y disfrutaron luego en su fuego.

—Solo el hombre caza mejor que los lobos, que lo hacen todos juntos y cada cual tiene su lugar —señaló el Autillo.

—Los cavernarios también cazan en manada, y también las hienas —refutó el

Errante.

—Pero ninguno con la astucia del lobo.

—Las leonas la tuvieron en la charca.

Y cada cual se quedó con su sentencia, aunque cuando aquel día le quitaron la presa a los cánidos, el Errante le recordó la disputa con cierta sorna.

—A los cavernarios no les hubiéramos quitado su carne.

—Es sabido que en ocasiones una fila de cazadores ha conseguido alejar al león cavernario y quitarle su presa.

El Errante lo sabía y la carcajada le salió fresca y alegre. Hacía mucho que no comían carne asada como aquella del corzo que le habían quitado a los lobos. Estaban contentos.

Estaban ahora en lo mejor de la estación cálida. El tiempo era seco y por el día estorbaban las zamarras, aunque por las noches la lumbre acariciaba y las pieles no molestaban. Seguían invariablemente el curso del río con tesón y sus orillas les ofrecían comida en cantidad. Llegaron al fin a otro de los puntos que el Errante saludó con una exclamación de júbilo: por fin el poderoso río se unía a otro de no mucho menor caudal que venía a juntársele por la margen izquierda.[58]

—Hemos de atravesar ahora este, es el que conduce adonde hemos de ir primero. Si siguiéramos las aguas por las que hemos venido, nos llevarían a nuestro destino final, pero es pronto aún para ir allá y no he de ir solo. Aún debemos seguir ocultándonos de los hombres. Cuando bajaba, me persiguió un clan que cazaba en este territorio y no quisiera topármelo ahora de nuevo.[59]

La muerte puede venir siempre, pero muchas veces viene cuando nada parece indicar su presencia. La cercanía ya del final del viaje había ido llevando una creciente seguridad al Errante. Siempre tan precavido, la confianza estuvo a punto de acabar con su vida. De haber caminado solo hubiera perecido en un cenagoso remolino de aquel río.

Iban buscando un vado para cruzar en la junta de los dos ríos. Al caminar por el borde, la tierra falló bajo los pies del Errante, que cayó por la terrera y fue a dar a una gran poza donde giraba un traicionero remolino. Cayó con toda su impedimenta y sintió que el agua lo absorbía y lo metía a su entraña. Y sintió el pavor y supo que moriría, allí, estúpidamente, y que no podría cumplir con su destino. Intentó patalear pero el agua lo arrastraba hacia el fondo. Cuando ya desesperaba, notó que una fuerza tiraba de él hacia arriba. El Autillo nadaba bien, los niños de su clan aprendían a hacerlo pronto en las pozas del cercano río, bajo la Cueva Mayor, pero sabía que, si entraba al remolino, ambos perecerían. Por ello se quitó toda la impedimenta y buscó una buena rama con horquilla, se descolgó por la terrera y cuando asomó el Errante, con ella pudo engancharlo de la mochila, que iba a ser lo que lo ahogara y resultó ser el asidero por el que pudo salvar la vida. Lo arrastró como pudo y logró que sacara la cabeza y respirara. Pasó el pánico, agarrado a la rama consiguió llegar a la base de la terrera y ponerse a salvo. Empapado pero vivo. Aguas abajo, y mientras se

reanimaba, el Autillo recuperó sus dos venablos.

Se miraron ambos junto al fuego donde secaron la ropa. El joven Autillo le había salvado con su inmediata reacción la vida. Al final, podría cumplir con su destino gracias a aquel pequeño huérfano que había recogido.

Al día siguiente, con muchas más precauciones, buscaron un vado y aquella noche ya estaban remontando por el otro lado. El Errante puso al corriente a su acompañante de sus próximos pasos:

—Queda un largo camino aún, muy largo. Ahora tendremos muchas jornadas siguiendo este río por grandes llanuras. Ahí seremos aún más vulnerables. Jamás debemos dejar la protección de los árboles. Dormiremos en ellos. Si es preciso, en sus ramas. Aquí nos será difícil encontrar cuevas. Tardaremos en divisar las montañas a las que nos dirigimos y entonces llegará lo más duro del camino pues habremos de atravesarlas entre el hielo antes de que la nieve caiga, de otro modo el viaje habría sido en balde.

—¿Adónde vamos? Ya debes decírmelo. Te he seguido hasta aquí.

—Es cierto, ya puedes saberlo. A la cueva del león, al clan de los Hombres de los Cavernarios es hacia donde nos dirigimos.

—Pero tú me has dicho que huías de ellos.

—No. Los Hombres del León fueron quienes me cobijaron y me protegieron. Allí regreso para comenzar a cumplir la profecía para la que hube de caminar errante por todas las tierras. Mi retorno es la prueba de que mi visión era certera, que he superado la prueba y que podré después culminar mi destino.

No descansaron ya desde entonces una sola jornada. Caminaron de sol a sol. A veces, arriesgándose en exceso en apurar hasta el crepúsculo, cuando las fieras más grandes ya acechaban. Pero al fin divisaron las montañas y comenzaron a remontarlas cuando ya el río había dejado de serlo, convertido primero en riachuelo y luego despreciado como guía, pues el Errante parecía estar ya en terreno de sobra conocido y se orientaba por los picachos nevados y por los portillos por donde subían con una creciente fatiga. Su resistencia iba menguando y solo el ímpetu y la determinación cada vez más febril del Errante los mantenía una jornada y otra subiendo, bajando y volviendo a remontar por aquel macizo montañoso en el que el Autillo se encontraba absolutamente perdido y a veces con la sensación de dar vueltas sobre sus mismos pasos, pero el Errante sabía hacia dónde dirigirse con absoluta certeza. Más aún cuando llegó a un nuevo río que reconoció de inmediato y que le produjo un incontenible alborozo.[60] Pareció recuperar, con solo llegar al borde de sus aguas y beber en ellas, toda su energía, y el brillo de la esperanza llegó de nuevo a sus ojos. Hasta se lavaron gozosos en sus frías aguas.

Desde aquel punto el Errante ya no solo no se ocultó de otros hombres sino que hizo lo posible por mostrarse. Esa noche hicieron una enorme hoguera y en un lugar alto para que pudiera ser divisada desde lejos. El Errante anunciaba su venida y ahora deseaba que lo encontraran. A la noche siguiente prendieron de nuevo una gran pira

en lo alto de un cerro, en medio de un círculo de enhiestas rocas que los protegían. Al tenderse agotado para recuperar fuerzas con el sueño, el Errante anunció:

—Estamos ya muy cerca.

Antes de que clareara el día, un círculo de hombres, con los propulsores a punto y las azagayas montadas, los rodeaban en actitud amenazante. El Autillo hizo ademán de echar mano a su venablo. El Errante lo detuvo con un gesto de autoridad y un semblante solemne y tenso como jamás había visto en él. Se echó mano entre sus ropas, extrajo aquella pequeña bolsa donde guardaba su estatuilla y se la mostró a los cazadores que los apuntaban con sus lanzas.

—Soy el Hombre León. Este es mi símbolo. Es vuestro tótem y yo lo porto. Miradlo. He vuelto.

El Autillo pudo ver por fin la imagen que el Errante había custodiado tan secretamente pegada a su propio corazón. Estaba tallada en marfil de un mamut y relucía con los rayos del sol naciente mientras la mantenía en alto. Representaba a un hombre, pero su cabeza era la de un león cavernario. Era un hombre león.[61] Los cazadores bajaron de inmediato sus armas, se miraron con estupor los unos a los otros y se inclinaron ante el Errante.

—El Hombre León ha regresado. Yo lo vi partir cuando era un niño —anunció el jefe de la fila de los cazadores—. Corred al clan y anunciad su llegada.

31

Los cachorros de Nublo

El jefe del clan de los Primeros Hombres, el Mayor, se acordaba de su hermano, el Menor, y lo echaba de menos a su lado. No había sufrido en su momento su muerte y tampoco lo había querido, pero le había servido y sido útil. Cuanto más veía crecer a Nublo en el clan, más notaba su ausencia y sentía su pérdida. Al Menor lo conocía, sabía llevarlo y, dándole su lugar y consintiéndole sus abusos, sabía que contaba con él para imponer, entre ambos y sin que hubiera nadie capaz de oponerse a esa dupla, su poder y primacía. Ahora estaba solo, y Nublo crecía. Lo notaba a cada paso, en cada gesto, en la actitud del resto de los cazadores. El Mayor era el jefe y nadie, y menos que nadie Nublo, lo discutía, pero él no se sentía seguro.

En ocasiones, lo provocaba, quería forzar su rebelión precipitada para aplastarlo, pues sabía que no podría el medio Oscuro oponer su débil fuerza a su torso de uro y a sus brazos como patas y zarpas de cavernario. Pero Nublo se sometía, se humillaba si era preciso ante el jefe. Si le quería arrebatar la comida, él mismo se la entregaba sin un gruñido siquiera; si cogía a la Jara y la montaba ante sus ojos, se daba media vuelta y se retiraba. El Mayor incluso llegaba a golpearla y maltratarla, pero Nublo aparentemente se desentendía y demostraba una total indiferencia.

En la caza caminaba el segundo tras el jefe, pero todos reconocían sus méritos pues no había quien leyera mejor las pistas ni preparara como él las emboscadas y las trampas. La mayoría de los cazadores lo observaban con admiración y lo obedecían sin que recurriera a voces y aspavientos, como el Mayor hacía.

Nublo no tenía, sin embargo, amigos con los que tuviera complicidad especial. Cierto que los jóvenes que lo habían acompañado en sus correrías permanecían cercanos, pero era una actitud de ellos, no alentada por el propio Nublo. En la gruta comía solo con la Jara, se sentaban ante el fuego y en silencio observaban a todos. No compartía hoguera con nadie más porque no era parte de ninguna de las estirpes. Tras la muerte de la niña, no frecuentaba a ninguna otra hembra, y la Jara, tras los abusos y malos tratos, era en Nublo en quien se refugiaba, al que regresaba y con el que se acurrucaba entre sus brazos y en sus pieles.

Las hembras del Valle de los Primeros Hombres apreciaban y respetaban a Nublo porque el solitario, el medio Oscuro, el que no parecía amistar con nadie, se desvivía por las crías del clan entero, sin importarle de qué madre fueran. Quería y protegía a los cachorros. Se alegraba cada vez que uno nacía y lograba sobrevivir y él ayudaba a que no faltara nada a quien lo hubiera parido para que tuviera la leche suficiente y creciera vigoroso. No hacía distingos ni si el nacido era macho o hembra, ni siquiera si era un mestizo, como lo era él de una de las Oscuras, a las que seguía sin tocar, pero cuando dos parieron se encargó de proveerlas. Las cautivas habían logrado

sobrevivir a pesar del maltrato y de que fueran las últimas a la hora de comer. El ser madres mejoró algo su situación. Se las empezó a considerar algo más por sus hijos, un niño y una niña. En ello Nublo tuvo mucho que ver pues les aportaba de continuo a las dos carne aunque tuviera que quitársela él de su propia boca. Su ejemplo y algunas palabras suyas dejadas caer, tanto en la fila de los cazadores como en el abrigo, sobre la necesidad de que los cachorros del clan salieran adelante, hicieron que cambiara la actitud de la mayoría con las dos nuevas madres.

Aquel cuidado de los cachorros era observado con profunda atención por la sanadora del clan. La anciana siempre lo había mirado con afecto, desde que aún vivía la Callada, con quien tuvo amistad y cercanía. Las mujeres del clan acabaron por ser sus mejores valedoras, quienes callada y soterradamente lo iban aupando en su camino hacia la jefatura. Porque a los ojos de las hembras se ocultaba menos su ambición, por mucho que este la reservara, pero no solo no la reprochaban sino que la alentaban. Para las madres, Nublo sería un jefe mucho mejor que el Mayor. Sentían que Nublo cuidaría mucho mejor que el otro, y que nadie, a sus hijos.

El cariño de Nublo por las crías era sincero y en absoluto fingido. No solo era algo pensado y el camino que él veía como única forma de que el clan sobreviviera sino que de natural y de manera espontánea le salía. Nublo los quería. Eran su mayor preocupación. Su alegría cuando nacían y su tristeza honda cuando sin llegar a hombres, perecían. Y muchos lo hacían. Nublo sentía cada una de aquellas muertes como si se muriera una parte de él mismo. Cada muerte de un cachorro la sentía como una parte del clan que se extinguía, como algo que a todos iba sumiendo en la senda de la muerte total, del fin del clan.

Había que preservar como fuese a las crías, a los pocos cachorros que nacían y lograr que ellos un día se reprodujesen y lo hiciesen hasta hacer crecer el clan, como él había visto que crecían los clanes de los Oscuros, cuyos campamentos estaban llenos de niños. Seguía fiel a su idea de conseguir hembras Oscuras, todas las que pudiera. Sabía que esa era la única posibilidad que tenían. Y la mejor prueba, aparte de él mismo, eran aquellas dos criaturas que las hembras cautivas habían parido. Un día conseguiría que el clan comprendiera aquello y lo siguiera.

Pero antes debía conseguir derribar al Mayor. Y eso ahora parecía imposible. Tendría que acechar su oportunidad y su momento. Mientras, proseguía su silencioso acercamiento a quienes eran la vida de los fuegos, las madres y sus hijos pequeños. Por eso ellas, aunque no copulara con ninguna y jamás hubiera montado a ninguna de las Oscuras, querían al cazador Nublo más que a ninguno de toda la fila de los hombres. Aunque no compartiera su fuego, sí era quien compartía, cuando era escasa, su comida con ellas y sus cachorros.

El Mayor no había dejado de observarlo pero no le dio excesiva importancia. Y en el fondo le parecía cobardía que hiciera aquello en vez de plantarle cara. Que era lo que el poderoso jefe intentaba continuamente que hiciera para poder aplastarlo de una vez por todas.

En eso sí que pensaba, en cómo lograr que Nublo se le enfrentara, que lo retara, porque tampoco podía lanzarse a un ataque contra él sin motivo, esa no era la ley del clan. Para poder matarlo, debía ser el jefe el desafiado. Una agresión suya sin motivo sabía que se volvería en su contra, que el clan entero la rechazaría porque no estaba ni en su pauta ni en su memoria. Podía zaherirlo, humillarlo, empujarlo y apartarlo, pero para iniciar el combate debía ser Nublo quien se le enfrentara y lo retara. Eso el Mayor lo sabía. Así que no pensaba en otra cosa que en la forma de que se le enfrentara. Entonces lo aplastaría con su maza y le sacaría las tripas con su lanza. Se comería sus sesos y conservaría la calota de su cráneo como copa.

32

La cacería con los cavernarios

El Errante había dejado de serlo. Había recuperado su nombre, era el Hombre León, pero aún no su lugar entre sus gentes. Porque aquel clan y aquella cueva en cuya entrada lo recibían con enorme júbilo no era la suya. Lo esperaba adelantado a todos, ataviado con todos sus atributos mayores de gran chamán, un hombre ya anciano que con la más amplia sonrisa le daba la bienvenida elevando sus ya huesudos brazos hacia el cielo y clamando para que lo oyeran todos:

—El Hombre León ha vuelto de caminar errante por la tierra. Yo lo envié hacia allí y yo lo recibo. Él debía conocer a todos los clanes y las tribus antes de que recobrara lo que le fue arrebatado. Debía esperar una señal. La recibió y ha vuelto. Yo también la vi en el cielo y supe que estarías de regreso. Te estaba esperando.

El viejo lo abrazó con fuerza y lo retuvo un largo tiempo hasta que lo separó de él. Le pidió entonces que mostrara su símbolo a todos los que aguardaban tras el brujo y no lo habían contemplado desde que el Errante se marchó para dar cumplimiento a la visión del chamán y a la suya propia.

El ahora Hombre León levantó la figura de marfil en alto para que hasta los niños pudieran contemplarla y exclamó:

—Él me ha protegido, por él he podido caminar sin sufrir daño entre leones y entre hombres. Él ha sido mi fuerza. Tú, Gran Chamán, el Hombre Búho,[62] el más sabio de los hombres, el que hace brotar las bestias en la roca y a quien los espíritus le indican nuestro camino, me la entregaste y es a ti a quien se la devuelvo.

Hizo ademán de dársela, pero el anciano rehusó cogerla.

—Aún no es tiempo de que la devuelvas. No antes de que restablezcas con ella lo que fue quebrado. Hasta entonces has de conservarla y custodiarla como has hecho hasta ahora. Es cuando más la necesitas.

Se acercaron ya al Hombre León todos los demás, casi en tropel. Deseaban tocarlo y sentirlo, pero antes que ninguno llegó hasta él a grandes zancadas un hombre fornido, alto, de piel menos oscura que la mayoría, de ojos marrones y mirada limpia. Reconocía al que volvía, habían crecido juntos. Lo nombraban el Claro, era el jefe del clan y abrazó a su amigo.

—Ahora eres fuerte, lo somos también nosotros, recobrarás el lugar que te arrebataron. Los Hombres del León habrán de decir a quienes olvidaron sus recuerdos, a sus descendientes que borraron su memoria, quiénes son los hombres primeros que llevaron a la tierra y obligarlos a unir lo que no puede romperse y ellos rompieron. Cuando vayas, iré contigo, y contigo iremos los cazadores de la Gruta de los Leones.

El Hombre León se acercó, antes de esperar que lo hiciera ella, a la Guardiana de

la Diosa. No tenía allí, y él lo sabía, la prevalencia que gozaba en la mayoría de los clanes. En este el Hombre Búho y el jefe Claro eran muy poderosos, pero por ello quiso mostrar su respeto y rendir tributo tanto a ella como a las madres custodias de los fuegos. Y lo primero que quiso hacer fue depositar su ofrenda ante la estatuilla, en una hornacina situada en la más recóndita galería.

En esta ocasión el Autillo iba a su lado. El Hombre León estaba en su territorio y aquí quería y podía mostrar su aprecio por el joven que lo acompañaba. Lo anunció y lo presentó a todos:

—Este hombre ha caminado conmigo. Desde que era apenas un niño ha seguido mi paso y ahora ha ido a mi lado como hombre por todas las tierras desde el otro lejano Gran Azul que existe más allá de las más altas montañas y hasta las inmensas llanuras hacia el sur y hacia donde el sol sale. Él ha hecho conmigo el camino y a mi lado estará aquí y donde yo vaya.

Entendieron todos sus deseos y acataron su voluntad. Por ello lo dejaron pasar con los elegidos adonde las madres y la Guardiana apenas permitían entrar a nadie. Ambos harían la ofrenda del viajero. Ambos quemaron unos granitos de aquellas espigas moradas que crecían allá donde el Autillo había nacido y que llevaban en un saquito.[63] A la luz de las lámparas el Autillo se fijó no solo en la pequeña y rechoncha figura de la Diosa, de grandes caderas y pechos, sino en una pintura que había en una pared cercana. La pelvis, la vulva y las piernas de otra representación suya llamaban a la fertilidad de las hembras hacedoras de la vida de los hombres y de cuyos vientres nacían los clanes.[64]

Al retornar a la sala de entrada el joven seguía pensando en las palabras de quien había sido su mentor. Había un Gran Azul también cercano, pero este hacia el naciente del sol. Le preguntó a uno de los cazadores, que se lo confirmó:

—Sí. Hacia el naciente todas las tierras acaban ante él. No está lejos. A veces llegamos a su orilla en las expediciones más largas de los Soles Calientes.

Pensó el Autillo que si un Gran Azul cerraba las tierras por un lado y también lo hacía por el otro, entonces era que todas las tierras estaban rodeadas por él. Pero los hombres de Chauvet decían, y lo escucharía muchas veces, pues era de lo que más orgullosos estaban, que ellos habían sido los primeros en llegar de algún lugar mucho más allá. Tenía que preguntarle al Hombre León de dónde y por dónde habían venido si el mar lo rodeaba todo y desde luego el Gran Azul era imposible de atravesar.

Los Hombres del León habían tenido tiempo suficiente, al ser avisados por quienes los encontraron, para preparar una gran fiesta de recibimiento. La celebraron dentro de la cueva pues las noches comenzaban a ser frías y el tiempo de las Lunas del Hielo se anunciaba. Antes le señalaron un lugar bien protegido y desventado, un sitio de privilegio donde ya habían hecho un círculo de piedras, encendido la hoguera, despejado el suelo y echado una cubierta de hojas para que ambos extendieran allí sus pieles y dejaran sus enseres. Estaba muy cerca de donde el Hombre Búho tenía su aposento, en un pequeño recoveco de la gran sala de entrada. Muchos habían sido los

que uno a uno se habían acercado al Hombre León para saludarlo y abrazarlo. Compañeros de su juventud que le daban la noticia de que otros que había conocido habían vuelto al inframundo en su ausencia y habían sido en él depositados tras cubrir de ocre sus párpados. Eran estos, los que habían compartido sus peripecias cuando él había llegado hasta allí en su huida, como el Claro, los más efusivos. Los pocos adultos, pues ya solo quedaban un puñado, se le presentaban buscando que los reconociera en su decrepitud y ponderaban lo que antes había sido la fuerza de su brazo y de su lanza. Y los que eran entonces poco más que niños, y ahora los más enérgicos jóvenes, le insistían en quiénes habían sido y que todavía alcanzaban a recordarlo porque sus madres y abuelas los ayudaban señalando sus estirpes y parentescos. Entre las mujeres había muchas sonrisas y hasta alguna picardía haciendo memoria de que se habían apareado juntos y quién sabe si alguno de aquellos que habían criado no llevaba la simiente del Hombre León. No faltaba tampoco alguna de las jóvenes que los mirara tanto a él como a su acompañante con el deseo de que pudiera sembrar algo en ellas. El uno era alguien sabio y poderoso y el joven que le acompañaba venía de tierras lejanas y traía nuevas de aquellos lugares que nadie había conocido nunca ni jamás ellas conocerían.

Esa creencia de que la simiente del Hombre León tenía algo que ver con la llegada de la vida estaba allí, entre aquellas gentes, muy arraigada, y desde luego era sustentada tanto por el Hombre Búho como, eso lo supo el Autillo después, por todos los chamanes que pertenecían a sus cultos y tenían en esto hermandad. Ello hacía que la posición de la Guardiana no fuera tan marcadamente superior en este aspecto a la suya, sino que aquí parecía tener incluso un rango secundario.

De todo ello comenzó a enterarse en aquella primera noche de festín y bienvenida. Eran gentes alegres, que gustaban de vivir y saboreaban los manjares de la tierra, y muy hospitalarios y abiertos con el joven forastero. Pero era mucho el cansancio que traían y, tras la abundante comida a base de carne de uro, de peces del río y de frutas frescas recién cogidas de los bosques, el sueño hacía que los párpados de los viajeros se cerraran. El Hombre Búho dio la señal:

—El Hombre León se quedará con nosotros y tendremos muchas noches para que nos cuente hasta dónde fue y que vio en todos aquellos lugares.

Eso les permitió retirarse a dormir, y el Autillo casi de inmediato cerró los ojos. Antes vio que en la puerta de la cueva encendían una gran hoguera y que dos hombres con lanza la guardaban, y que el Hombre León, antes de echarse en sus pieles, aún cuchicheaba un rato más sentado al lado del Hombre Búho.

Se despertó con el sonido del clan. También lo había hecho, pues ya no estaba acostado en sus pieles, el Hombre León. Cuando se incorporó el Autillo vio que muchos habían salido y que dentro tan solo quedaban algunas ancianas y algunos pequeños. Una vieja le indicó que estaban en el río y hacia allí se dirigió bajando por el estrecho camino que seguía un viejo paso de íbices y de osos, ahora ensanchado y a veces tallado y asegurado, por la pared del desfiladero desde la gruta hasta casi el

mismo borde del agua.

Bebió de ella y se lavó la cara. Encontró al Claro, le preguntó por el Hombre León y este le dijo que no tardaría en regresar, que había ido con el Hombre Búho a una cueva muy cercana,[65] de unas cuantas familias del propio clan que se habían ido a vivir a ella pues ya eran demasiados en esa. En el río algunos se lavaban, otro grupo se preparaba para salir de recolección y un puñado de jóvenes con algún veterano cazador quería probar suerte en algún rececho por los vados. El Autillo cogió sus armas y se unió a ellos.

No cazaron nada, a excepción de dos que, subiendo aguas arriba, abatieron a una gabata de ciervo que bajó con las hembras a beber a un vado. Las mujeres trajeron más comida que ellos. Pero el joven recién llegado fue conociendo a quienes iban a ser sus compañeros durante el tiempo frío que ya estaba echándoseles encima y los mantendría casi todo el tiempo encerrados en la cueva.

Sobre ello, precisamente, estaban celebrando conciliábulo junto a las hogueras exteriores los cazadores más expertos, con el Claro a la cabeza. Ultimaban los planes para una postrera cacería antes de la llegada de las grandes tormentas de nieve.

Regresaron los dos chamanes y algunos que los habían acompañado pues tenían parientes en la cueva vecina. El Hombre León le confirmó que se quedarían allí durante las Lunas del Frío, pues no había tiempo ya para ir hasta su clan natal y aquella era una expedición que necesitaba preparar meticulosamente, ya que podrían enfrentarse a combates con aquellos hombres y a la muerte misma.

—Viviremos aquí con los Hombres del León. Cuando se comience a retirar el hielo partiremos a completar la profecía y a restablecer lo que fue roto y me fue arrebatado. Pero no iremos solos pues ellos vendrán con nosotros. Porque puede que haya de verterse sangre de los hombres como los otros la vertieron y por la que yo hube de huir de donde nací y del fuego en el que fui criado.

El Autillo se dijo que el clan del León que ahora los acogía era muy poderoso y estuvo seguro de que con magia y la ayuda de ellos lo conseguiría. Había vislumbrado el día de su llegada no solo la sala primera y central de la gruta, sino algunas otras aledañas de la inmensa cueva, que era la más grande que había conocido, pero no era por lo espaciosa que era por lo que anhelaba poderla ver entera o al menos todo lo que le permitieran conocer. Nada más entrar había observado algo que ya había encontrado en todos los clanes: las paredes de la gruta de los Hombres de León estaban cuajadas de grabados, de signos y de una cantidad tal de figuras de animales como él jamás había visto nunca. En las grutas que conocía podían verse figuras dispersas o algunas pocas agrupadas, pero en esta constituían una abigarrada multitud de bestias que llenaban hasta las bóvedas. Quedó maravillado al ver a los animales brotar de la roca tan exactos y reales como se los veía sobre la tierra: caballos y uros, rinocerontes lanudos, mamuts y felinos iban en manadas recorriendo las paredes como si se movieran por ellas. Había podido contemplarlos de soslayo y de paso, y esperaba ansioso el primer cónclave de cazadores para adentrarse con ellos

por las salas rituales y descubrir lo que en ellas había.

Los jóvenes cazadores se pusieron contentos de servirle de primeros guías. Lo primero que le mostraron no fueron señales de los hombres, sino de quienes antes que ellos habían habitado la gruta. En las paredes aparecían las marcas hechas por los grandes osos cavernarios con sus garras, y en el suelo, los nidos donde los plantígrados entraban en su profundo sueño durante todo el invierno. El piso de la gruta era de barro, un barro que se escurría entre los dedos descalzos de los pies y que se podía amasar con las manos. Un barro rojizo donde se marcaban las huellas y el peso del oso acababa por hacer cama.

No se extrañó de que las primeras figuras que le enseñaran fueran las de dos de aquellos animales y no muy lejos una pared cubierta de signos y puntos rojos similar a la que el Errante había hecho tras su trance en el monte de las Cinco Cuevas. No faltaban tampoco las manos impresas. Aquí la mayoría, en rojo, no las habían hecho soplando el polvo pringoso sino untando con él la propia mano y apretándola contra el muro, pero había algunas con el método de soplar con una cañita o un hueso. Por toda la tierra las manos, los puntos y las figuras eran ritos y mensajes comunes. Cada mano y cada conjunto de ellas contaba una historia que había quedado impresa, como ellas en la pared, en la memoria del clan.

—Son las manos de los primeros de nuestro clan que llegaron a este río y se aposentaron en estos cazaderos. Ellos son los que combatieron a las fieras, arrebataron a los osos sus grutas y arrojaron de estas tierras a los Patas Cortas —proclamaron con orgullo.

—Nuestros antepasados mataron al león, al oso y dieron caza al rinoceronte lanudo —le dijeron mostrándole la figura de uno de estos últimos, la enorme bestia cuya piel no atravesaban las lanzas y cuyo cuerno, enorme y afilado, podía despanzurrar a un hombre con solo alcanzarlo—. Solo nosotros y los leones cavernarios somos capaces de cazarlos. Solo nosotros y el león hacemos caer a la bestia. Nadie más que los Hombres del León y los cavernarios son capaces de enfrentarse a su embestida y a su furia ciega.

En otras figuras iba reconociendo animales al bisonte, al ciervo y al caballo, pero de nuevo otros felinos emergían también de la roca. Ya había podido ver la figura de un león trazada en rojo casi al entrar pero estos eran diferentes.

—Son la hiena y el leopardo. El moteado caza solo y no atacará de cara al hombre, pero mata al cazador antes de que este lo sienta caer sobre su nuca. La hedionda manchada puede llevarse a uno de nuestros cachorros al menor descuido y cuando se juntan muchas habrá de cuidarse hasta un grupo de cazadores. Si son muchas, matarán al león mismo si está solo o herido y le chascarán los huesos al hombre que no ande precavido.

Le dijeron que en las estancias interiores era donde podría ver los símbolos y tótem del clan, pero para ello debía aguardar al próximo ritual de los cazadores, pues entrar a aquel recinto sin el chamán podría poner en peligro la suerte de las cacerías

venideras y espantar para siempre a sus presas.

Sobre aquel alarde suyo de que ellos habían sido primeros hombres en llegar a aquella tierra y los antecesores de todos los hombres de todos los clanes hacia el poniente, le contaron mucho más aquella noche misma y en todas las venideras, pues aquella era la memoria del clan que todos tenían impresa en su recuerdo y que las abuelas, las madres y los cazadores repetían a sus hijas, a sus hijos, y obligaban a recitar como una salmodia a los jóvenes que se iniciaban en la fila.

—Vinimos de donde el sol sale, cruzamos las montañas más altas cuando aún la nieve y el hielo no las cubría por siempre y por entero, y llegamos a la cueva, la que mira al Gran Azul y está cerca de la Gran Marisma por donde se derrama el Gran Río.[66] Arrojamos a los pantanos a los Patas Cortas y les arrebatamos a los medio humanos sus cazaderos. Eran fuertes como el uro y grandes como los osos, tenían la piel sin color ni brillo alguno y el pelo lacio del color del ocre. De ellos teníamos noticias en los recuerdos pero nunca nos los habíamos topado. Infundían mucho miedo, nos tiraron piedras y nos arremetieron con lanzas, mataron a algunos de nosotros y se los comieron, pero los Hombres del León los vencieron y los hicieron huir a los cenagales, de donde ya no salieron ni han vuelto a reaparecer nunca. Fueron gentes de la tribu del León las que caminaron hacia las otras grandes montañas y hacia el otro Gran Azul, donde termina la tierra. Los Hombres del León fueron los primeros, las madres de su clan son madres de todos los hijos que ahora pueblan las cuevas de todos los confines de la tierra, entre los dos Grandes Azules que las cercan.

Eso era lo que el Hombre Búho enseñaba y todos estaban obligados a aprenderlo, recordarlo y trasmitirlo.

Los días siguientes fueron de una creciente excitación. El Claro y sus más aventajados cazadores habían localizado las querencias de varias hembras de rinoceronte lanudo con algunas crías ya muy crecidas. Los grandes machos, solitarios y siempre enfurecidos, era más difíciles de seguir, pero las hembras eran de hábitos más previsibles y podían hacerse grandes zanjas y trampas con estacas para que alguna cayera en ellas. Pero ahora estaban en terreno abierto y no transitaban por senderos marcados por lo que habían decidido intentar cazarlas tras lograr aislar a alguna y poderle arremeter desde todos los lados con las lanzas. Pero sabían que era muy peligroso pues de muchas de aquellas cacerías había memoria de cazadores muertos. Confiaban en que la magia del Hombre Búho y la del Hombre León unidas los preservaran de sus cuernos y de su embestida, pues un pisotón de su pata reventaba el pecho de un hombre como si fuera una cáscara de la nuez más débil y seca. Confiaban en sus ágiles pies y en que los ojos de aquellas bestias eran débiles y confundían las siluetas. Pero para matar a la bestia no valían las ligeras azagayas, ni siquiera los más fuertes venablos. Deberían arremeter con las lanzas más gruesas y de más afiladas puntas.

Iban y tornaban los batidores desde la cueva a la planicie donde pastaban los rinocerontes. El Claro señaló el siguiente día como el de la partida, en la noche se

reunió el cónclave y los dos grandes chamanes realizaron su conjuro. La fila de los cazadores se adentró a la luz de las antorchas por la galería, pasaron por los nidos de los osos y siguieron oscuridad adelante por extensos corredores hasta penetrar a la sala de los rituales. Un gran honor que le era concedido al Autillo y este supo aceptar con humildad.

Así el joven huérfano nacido en una pequeña y lejana sierra entre las grandes llanuras entró en el santuario de los hombres que se decían los primeros entre los de su estirpe, en el lugar donde guardaban su memoria, sus recuerdos y el orgullo ancestral de sus hazañas. En el recinto sagrado pudo contemplar a sus tótems y sus bestias como jamás antes las hubiera visto. Aquellos caballos cuyas cabezas parecían que tenían vida y sus crines iban a mecerse al viento, y de hecho se mecían al moverse de las teas, jamás los había visto. Aquel clan tenía sin duda los más poderosos brujos que atrapaban los espíritus de los animales y los fijaban en las paredes tanto para que fueran sus presas o los protectores de sus tribus.

Los caballos parecían piafar por los ollares de sus belfos, unos en alerta, otros en reposo, otros a punto de iniciar la galopada. Había uros que parecían al borde mismo de la embestida y dos rinocerontes cargaban el uno contra el otro. Mientras los dos chamanes salmodiaban al unísono la canción de la caza, la misma canción que ellos también cantaban, y que le hacía meditar que quizá los recuerdos de aquellos hombres fueran verdaderos aunque los demás los hubieran olvidado y hubieran sido ellos antes que nadie y sus hijos y los hijos de sus hijos los que se hubieran extendido por todas las tierras y las grutas, aunque eran otras bestias más poderosas las que invocaban aquella noche sus voces y sus cánticos. Invocaban al rinoceronte, a la gran bestia lanuda de los dos cuernos y piel impenetrable, y untaban sus lanzas en un líquido que el Hombre Búho y el Hombre León habían preparado para que pudieran atravesar con su magia su durísimo escudo y llegar con su punta a las entrañas.

El Hombre Búho alumbró una figura en el panel y en ella se fijaron todas las miradas: la hembra preñada de rinoceronte, perfilado su corpachón en negro. Pero el chamán iluminó su boca y de ella salía a borbotones el rojo de la sangre. Los cazadores prorrumpieron en una exclamación. La bestia herida agonizaba, a punto de desplomarse, y su carne sería suya. Cantaron entonces con brío renovado la canción de la caza. El rinoceronte moriría y ellos cogerían su carne para comérsela cuando las Lunas de Hielo congelaran la tierra y los hombres solo pudieran sobrevivir sin apartarse de sus fuegos.[67]

Al día siguiente los exploradores guiaron sin contratiempos a los cazadores hasta donde se encontraba el pequeño grupo de rinocerontes. Era una zona llana con algunas grandes charcas y cenagosos barrizales donde las bestias gustaban de rebozarse durante el tiempo en que no estaban pastando. Los dos batidores más adelantados les dieron a todos la nueva reciente y la sorpresa:

—El clan de los cavernarios también ha venido. Las leonas y los machos. Llegaron anoche. —El vigía señaló unas colinas bastante alejadas—. Allí están

apostados. No se han movido en toda la mañana. Tan solo un par de leonas se han aproximado flanqueando las charcas. Los cavernarios también saben que nosotros estamos aquí. El aire sopla de nosotros hacia ellos y seguro que han olido el humo de nuestra hoguera. Ellos quieren también la carne de los rinocerontes.

Las hembras adultas eran cuatro y el grupo se completaba con dos crías, un macho semiadulto y otra hembrita más pequeña. Los leones intentarían cazar a alguna de estas dos presas, más fáciles que las madres, que hasta para los cavernarios resultaban una presa casi imposible. Los hombres pensaban lo mismo.

—Los cavernarios atacarán al atardecer. Quizá debamos nosotros esperar también hasta entonces —dijo el Claro dirigiéndose al Hombre León, que los había acompañado.

Este asintió y todos se retiraron al pie de la pequeña colina, dejando tan solo al par de vigías. A su resguardo deliberaron, el plan de caza quedó trazado y el Claro dio las órdenes:

—Si los leones avanzan sobre las charcas, empujarán a los rinocerontes hasta nosotros. Los cavernarios cazarán desplegados como una media luna, avanzando entre las altas hierbas de la estepa con el viento a su favor. Cuando carguen sobre alguno de los pequeños, la madre lo defenderá y puede que alguna otra también, pero los demás huirán hacia donde estamos nosotros. Ahora hemos de permanecer aquí, pero, si no cambia el aire, deberemos desplegarnos por los dos lados de la colina pues aireamos demasiado. Debemos de tapar los flancos porque por allí intentarán escapar. Con los rinos no servirá el fuego, cuando cargan ya no paran ante nada. Apuntad a los costados, abajo, a la barriga. Ahí tienen la piel más blanda. Si logramos herir a alguna pieza, la seguiremos y la acorralaremos. Los leones cavernarios cazarán hoy con los hombres. Esperaremos a que sean ellos quienes inicien la caza.

Los rinocerontes apenas se movieron del agua y del barro durante todo el tiempo que el sol se mantuvo alto. Solo cuando empezó a declinar, salieron de las charcas rumbo a la estepa, justo en la dirección donde estaban los cavernarios. Y seguro que las leonas ya habían detectado su movimiento y ellas también habrían comenzado a colocarse.

Los hombres se pusieron con sigilo en movimiento y, agachados, divididos en dos grupos cada uno a cubrir un flaco, avanzaron despacio, casi con el mismo compás que las parsimoniosas bestias, sabedores de su mala visión, pero alejándose para que no les llevara su olor el aire.

El Autillo iba entre los zagueros en la fila que comandaba el Hombre León, al que vio echarse al suelo y seguir avanzando a rastras hasta quedarse inmóvil detrás del pequeño cobijo que les proporcionaba un montón de tierra removida o un arbusto. Todos lo imitaron.

El Hombre León había entrevisto a los cavernarios avanzando desplegados, las hembras ocupando las puntas de los cuernos de la media luna y los machos, atrasados, cerrando el centro. El Autillo alcanzó a ver alguna sinuosa silueta felina

entre las hierbas y alguna cabeza apuntando las orejas y los enormes ojos fijos en las presas. Las leonas se tapaban pero no se ocultaban demasiado. Conocían también la mala vista de los rinocerontes y lo único de lo que se ocupaban era de no perder nunca el aire y el olor rancio de los rinos en sus olleros. Los hombres esperaban en silencio y en tensión mientras los leones avanzaban. Los felinos habían por fuerza de saber que los hombres permanecían entre las hierbas, pues su olor debía de llegarles con nitidez. Y los rinocerontes también debían haber captado la presencia de los humanos, pues empezaban a dar muestra de nerviosismo y a emitir bufidos. Pateaban y miraban en dirección a los hombres, sin percatarse de que el viento traidor los estaba empujando, al alejarse de ellos, a las fauces de los leones.

Las leonas se inmovilizaron al percibir su maniobra. Una de las rinos con el macho mediano iba recta hacia una de las leonas apostadas. Estaba tan solo a unos pasos cuando la leona saltó. En dos brincos enormes trepó a la grupa del joven rinoceronte. Su movimiento disparó el de todos los felinos, que brotando de sus refugios lo lograron separar de la adulta. Esta cargó desorientada intentando defenderla pero las leonas la alejaban cada vez más de ella. Al final la madre ya no la olía ni sentía a su cría y menos aún cuando cargó sobre dos leones que la provocaron a ello y la separaron aún más llevándola en dirección contraria.

Pero los hombres ya no estaban para observar a los leones que cazaban sino para intentarlo ellos. La línea del Hombre León se incorporó y se lanzó hacia delante. Los rinos corrieron hacia el costado contrario, donde se apostaba la emboscada del Claro. Los oyeron gritar mientras corrían entre las hierbas y cuando llegaron donde habían estado aplastados sus compañeros solo vieron sus siluetas corriendo a toda velocidad a lo lejos. De los rinos no parecía quedar ya ni rastro. Alcanzaron a ver que una hembra y su cría pequeña se perdían precisamente por detrás del montículo donde ellos habían estado escondidos. Redoblaron entonces su carrera detrás de los otros y, tras un gran esfuerzo, poco a poco, irles dando alcance. La llana estepa se cortaba en una profunda barranca. Allí, en su borde, se había detenido el Claro y los esperaba.

—Hemos herido a una. Lleva dos lanzas clavadas. Una está muy trasera, no da mucha sangre. Pero se ha quedado sola y se ha metido en la barranca.

Atardecía ya. Oían el rugido de los leones. Era un rugido triunfante, seguido de los gruñidos y peleas de la manada despedazando y comiéndose a su presa. Los cavernarios habían cazado. Los hombres no lo habían logrado. Todavía.

—Haremos aquí fuego. Pero antes un grupo habrá de cerrar también con una hoguera la salida de la barranca. Es posible que el rinoceronte no haya seguido en su huida y se haya quedado refugiado aquí. Lo veremos mañana. Los leones han cazado y estarán saciados, pero estad atentos y no os alejéis de la hoguera. Que sea grande y que no le falte alimento —ordenó el Claro.

Por la noche los hombres ni durmieron casi ni comieron apenas más que algunas tiras de tasajo. Antes del amanecer los pisteros ya estaban moviéndose. No tardaron en dar con la sangre, un pequeño charquillo ya seco donde el rino se había detenido

bajo un gran árbol en el fondo de la cárcava. Se había restregado contra él y había chascado el mango del venablo, que encontraron en el suelo. A partir de aquella sangre seca no volvieron a encontrar ninguna más y partir de allí ya no acompañaba las pisadas de la bestia. Perdían la esperanza, pero entonces el Hombre León dijo:

—El ungüento debilitará a la bestia. Confiad en ello. Si no ha salido de la cárcava antes de esta noche, podremos matar al rinoceronte.

Pero allí en la angostura había que extremar el cuidado. Una embestida podía acabar con un hombre pateado al más mínimo descuido. Los rinos, a pesar de su inmenso cuerpo, sabían ocultarse muy bien y desaparecer entre los arbustos y los espinos.

Los pisteros del clan avanzaban y de nuevo encontraron muestras del paso del animal herido.

—Se echó aquí. —Señaló un pequeño regato en el fondo del barranco—. Ha vuelto a sangrar y ha intentado taponarse la herida con barro.

—Lleva la punta de la lanza dentro y el ungüento hará que le tiemblen las patas —alentó el Hombre León.

Siguieron adelante con extremo cuidado y el sol subía mientras ellos descendían por la cárcava. Vieron en lo alto de una roca que señalaba la salida del barranco a los hombres que había enviado el jefe a taponarla y desesperaron. Pero al fijarse mejor vieron que los hombres que atalayaban hacían grandes aspavientos y les señalaban un espesar de matas. Supieron que la rino herida estaba allí y le oyeron removerse entre los arbustos espinosos pero sin llegar a destaparse. Estaba a su alcance y cercada, pero ahora era la bestia quien podría matarlos a ellos en aquellas estrecheces. Entonces los hombres de la roca de la salida bajaron, prendieron el fuego y las llamas se levantaron crepitando con furia barranca arriba, donde la rinoceronte y ellos se encontraban. El Claro vio entonces la oportunidad. En un lugar la cárcava dejaba tan solo un angosto pasil entre dos rocas. El fuego pasaría rápido y ellos podrían ponerse a salvo por las laderas pedregosas sin árboles. Y desde allí podrían alancearla a su paso por la angostura.

La bestia venía. Cargando. Piafó y se detuvo un momento al sentir el humo y a los hombres ante ella, y el cuerno larguísimo se movió compulsivamente de arriba abajo y ofuscada por el olor acre que la seguía echó de nuevo a correr. Algún venablo la alcanzó pero tan solo una gruesa lanza, lanzada desde muy cerca, se clavó en su cuerpo. Siguió adelante. Los hombres hubieron de ponerse a salvo de su propio fuego. Tiznados y con el pelo y algunas de sus ropas medio chamuscadas, se encontraron arriba de la cárcava.

—El rinoceronte ha escapado —dijo uno de los más jóvenes—. El fuego ha quemado toda la barranca, pero la bestia habrá remontado a la estepa y huido.

—Estará aún más herida que ayer. Podremos seguirla y cazarla —objetó otro intentando animarse.

El Claro fue más contundente y el Hombre León sonrió al oírlo.

—El rinoceronte está ya asado. Lo estoy oliendo —dijo con una carcajada.

No querían creer algunos a su jefe pero a nada le creyeron sus narices. La bestia, debilitada, alcanzada por nuevas azagayas, alguna en el pulmón y la más fuerte en el costillar trasero, no había podido remontar la cárcava y se había refugiado en un espesar donde el fuego la había cercado. La lumbre había prendido prontamente en la lanuda capa de pelo que la protegía y, en efecto, olía a socarrina a mucha distancia.

La descuartizaron allí mismo y con los rescoldos del fuego asaron el corazón, los riñones y los hígados y se los comieron. No iban a ser solos los cavernarios los que probaran la carne del rinoceronte. Cargaron cada uno con toda la que pudieron y emprendieron el camino de vuelta. No era cuestión de que vinieran las mujeres a recoger la que ellos no pudieran llevarse porque lo más posible es que los cavernarios siguieran allí y su presa había sido más pequeña. Pero casi no dejaron nada ni para ellos ni para las hienas. Tal vez sí para los buitres.

De regreso hacia la cueva el Claro le dijo alegre al Hombre León:

—Los cavernarios han cazado hoy junto a los hombres. Los dos clanes han matado al rinoceronte juntos.

33

Los Tres Hermanos

La carne del rinoceronte fue la última alegría del clan de los Hombres del León. La primera Luna del Frío llegó temprana y crudamente. La nieve, la ventisca y el hielo vinieron con ella y acompañaron a todas las lunas que la siguieron hasta completar las siete.[68]

La primera tormenta fue intensa y duró varios días. Los grupos recolectores aprovecharon sus resquicios para hacer acopio de todos los recursos que el bosque ofrecía. Los cazadores consiguieron apoderarse de alguna presa. Habían hecho abundante acopio de carne y de peces, pero barruntaban que acabaría por faltarles y se esforzaron en acumular cuanto pudieron. Pero nuevas heladas lo congelaron todo y la recogida de hayucos, castañas o bellotas se hizo imposible al igual que la de frutos carnosos y raíces. Tampoco fue posible siquiera hacerlo en las orillas del río, pues fue tanto el frío que hasta este no tardó en aparecer cubierto por el hielo.

Fue preciso también hacer todo el acopio posible de leña y en ello se afanaron todos. Se amontonaba y guardaba ahora que aún podían salir al descubierto para poder hacer las hogueras del día a día, porque sabían que llegaría el momento de las celliscas continuas donde ni siquiera podrían hacerlo y estarían obligados a permanecer guarecidos en su gruta.

El Autillo se ganó entonces el aprecio del clan, pues al tener solo un fuego que atender, el que compartía con el Hombre León, ayudaba a los que tenían muchas más bocas que alimentar y necesitaban más madera. Su aprendizaje le había enseñado muchos trucos y, cuando tenía éxito, su botín, por muy pequeño que fuera, era celebrado con alborozo y él agradecía más aquel parabién y aquellas sonrisas que cuando había descubierto la ballena.

Las madres de los fuegos lo señalaban con su afecto y sus hijas jóvenes lo reclamaban en la oscuridad y bajo sus pieles. Y aunque él no las buscaba y seguía en muchas ocasiones recordando en la lejanía a Ababol, tampoco las rehuía. Sus compañeros de caza le preguntaban por sus viajes con el Hombre León y se quedaban mudos cuando les relataba todas las peripecias desde que lo recogió en su clan tan lejano. Se lo contaba con humildad y señalando siempre sus enseñanzas y su gratitud hacia él, aunque a veces no podía evitar el alarde y callaba sobre su todavía no curada rabia hacia su propio clan por el trato que recibió de huérfano. Eso permanecía en sus entrañas, encapsulado en una cáscara muy fuerte y bien cerrada que un día germinaría.

El Hombre León y el Hombre Búho pasaban mucho tiempo juntos y un día reclamaron al Autillo y a una muchacha a la que el Búho utilizaba en los menesteres para los que ahora les requerían a ambos. Los dos chamanes habían tenido largos

parlamentos sobre la cacería del rinoceronte junto con los leones cavernarios, habían decidido que debía estar en la memoria del clan y para ello debían de dejarlo plasmado en las paredes de la sala de los ritos de la caza. Aunque el Hombre Búho no hubiera estado presente, habría de ser quien dirigiera y representara toda la escena porque sus manos eran prodigiosas, hacían brotar como nadie, ni en su clan ni en ningún otro, a las bestias de la roca hasta parecer que, de tan vivas, podían moverse y escapar de ella.

El Hombre Búho ordenó a los ayudantes que prepararan la pared para trabajar mejor sobre ella. La muchacha enseñó al Autillo a rasparla y a pulirla hasta dejarla lo más lisa posible. Lo consiguieron con los raspadores y frotando luego con una piedra porosa y dura de color negro que el Hombre Búho guardaba como su mayor tesoro. Los dos chamanes, mientras, preparaban sus buriles y punzones, así como los diferentes pigmentos y carbones. El Hombre León extendió los que Bela, el Cuervo, le había regalado en el clan de Armintxe.

Los jóvenes fueron disponiendo fuegos donde los chamanes les indicaban para iluminar mejor la pared, amén de ir preparando las lámparas de grasa y las velas de tuétano para alumbrarlos. Iba a ser una tarea de muchos días. Y nadie sino ellos cuatro podría penetrar en el recinto hasta que no estuviera todo concluido.

Aquello le dio al Autillo oportunidad de descubrir algunas pinturas que antes le habían pasado desapercibidas. Al fondo de la sala, en un recodo tras un último pasadizo, encontró un nuevo panel y en él la gran bestia, la más grande que caminaba por la tierra y a la que todas las demás cedían el paso: el gigantesco mamut. Había visto sus huesos utilizados para dar soporte a habitáculos y cabañas, los colmillos que algunos clanes poseían y hasta había alcanzado a vislumbrar alguno pintado en las paredes de las grutas. En el largo viaje con el Errante les pareció un día verlos a lo lejos, pero nunca los había contemplado de cerca y aún menos participado en cacería alguna sobre ellos. Había oído contar la captura de algún animal herido o atascado en algún cenagal. Sabía que algunos clanes los habían cazado y parecía que uno de ellos era este de los Hombres del León. Lo preguntó y le contestaron.

—Antes los Hombres del León los cazaban más e iban tras sus manadas hacia las marismas del Gran Río que vierte en el Gran Azul sus aguas y hacia las anchas planicies, más allá de donde abatisteis al rinoceronte, pero ahora acechan más al bisonte y al uro, a los ciervos y a los caballos. Matar un mamut da comida durante mucho tiempo pero en su cacería siempre se pierden cazadores. El mamut no entrega su carne sin matar a alguno de ellos. Es posible cazarlos asustándolos con el fuego e intentándolos atrapar en algún desfiladero, pero no entran fácilmente en las trampas y aprenden pronto a evitarlas. Tienen memoria de otras veces. Pero incluso una vez acorralados, abatirlos supone enfrentar la muerte a cada lanzada —le explicó el Hombre Búho.

El mamut no estaba solo en la pared, también había algunos caballos, pero era quien la dominaba por entero. Tenía el rabo enhiesto, larguísimos colmillos, e

infundía pavor solo mirarlo. No era el único animal representado en la cueva pero parecía tener un lugar en lo más recóndito, en señal de respeto.

A la entrada de aquel último recoveco y casi en el propio estrechamiento que la permitía aparecía otro animal: un ciervo, el más grande y poderoso de todos los ciervos. Era el megaceros y los Hombres del León ponderaban su robustez, su velocidad y su resistencia. Pero como todos los de su especie, los de patas finas y pezuñas estrechas, tenían desventaja con los lobos en la nieve. Los cánidos se hundían menos y el megaceros sucumbía a su persecución. Los Hombres del León lo respetaban y enaltecían su carrera y su impresionante cuerna.

Los dos chamanes deseaban realizar ahora una obra mayor, y solo podrían hacerlo juntando sus fuerzas, concitando ambos a todos los espíritus y echando mano de todo su saber y maestría. El Hombre León había estado presente en la cacería de los cavernarios y los rinocerontes y tenía el recuerdo fresco en sus pupilas. Pero el Hombre Búho había observado despacio a los felinos y tenía impresa en su mente su figura, su gesto, la rotundidad de sus cabezas acechantes. Y era el maestro cuando había de trazar con un solo movimiento continuado y firme, a pesar de su vejez, la perfecta silueta de la expresión viva de los cavernarios al acecho. Uno a uno, ante el pasmo del Autillo, iba brotando la manada entera y el Hombre León, tras la incisión primera del Hombre Búho, la repasaba con los carbones y creaba las sombras precisas.

Al observar al anciano chamán, al Autillo le vino a la memoria el recuerdo de aquel joven aprendiz en la cueva de Altamira al trazar también con un solo golpe de su mano la silueta de un bisonte. Su maestro, el Hombre León sabía también hacer figuras, pero era siempre el otro, mucho más preciso, el que les daba la vida, parecía hacerlas respirar incluso por sus bocas entreabiertas o llevar a sus ojos la ansiedad de la caza.

La manada de leones quedó concluida tras días enteros de agotador trabajo y multitud de lámparas consumidas. Sin tomarse siquiera un respiro, en otra superficie contigua comenzaron a hacer revivir a los rinocerontes. Los negros carbones se consumían uno tras otro y cuando solo quedaba por concluir uno, el Hombre Búho hizo algo que los llenó de extrañeza a todos, incluso al Hombre León: dibujó primero su cuerno más pequeño y, al grabar el largo, no se limitó a hacer uno, sino que superpuso otro y otro y otros más, hasta que la bestia tuvo tantos cuernos como dedos las manos de un hombre. Cuando concluyó su tarea aún los dejó más perplejos: colocó la lámpara cerca de la pared y de costado, comenzó a moverla y, con el juego de luces y sombras, pareció que el rinoceronte arremetía con su cuerno moviéndolo de abajo arriba. Exactamente igual a como le había visto hacer el Autillo a la hembra herida cuando la acosaban. Al contemplar ya todo el conjunto de las dos paredes, el Autillo comprendió la escena: los leones acechaban a las presas, aquellos mismos leones que habían cazado aquel día con ellos.

Tras retocar varias en los días sucesivos, los dos chamanes consideraron

concluida su tarea. Deseaban que nadie la viera hasta que no celebraran los rituales propiciatorios. Los animales habían quedado allí atrapados pero había que realizar los conjuros necesarios para que su espíritu no se ofendiera y los animales se borraran no solo de allí sino de toda la tierra. Por ello se hizo tabú penetrar en aquel recinto. Apagaron las hogueras, retiraron los instrumentos utilizados y soplaron las lámparas, y tan solo con una vela volvieron a la sala. Habría de pasar una luna y sería cuando la siguiente naciera cuando la fila de los cazadores pudiera entrar a contemplarlos y a presentar sus ofrendas y su respeto, a los unos como su tótem y a los otros por haberles dado su carne.

El Hombre Búho se retiró a su fuego, uno que solo él utilizaba, lejos de la sala grande, apenas poco más que un recoveco donde estaba grabado su símbolo, el gran búho.[69] Estaba situado casi enfrente de donde se abría el estrecho pasadizo por el que se accedía a la sala de los ritos de la caza. Nadie podría penetrar por él sin que el brujo lo viera y además para hacerlo habría de ir provisto de una antorcha encendida. Pero nadie osó acercarse siquiera. Solo cuando el Hombre Búho consideró que los espíritus de los animales se habían fijado ya en la roca y la sentían como su propio territorio en el que vivirían siempre, se procedió al ritual y a los conjuros junto al Hombre León y ambos dieron entrada al Claro y a todos los cazadores, quienes aquella noche se sintieron orgullosos de serlo, de sus chamanes y de su clan y sus recuerdos.

Pero las Lunas Heladas fueron muchas, largas y terribles. El clan del León pasó hambre y tuvo frío. Murieron los débiles y perecieron algunos niños. Los más fuertes hubieron de arriesgar su vida para conseguir comida y acopio de leña. El Autillo demostró su valor y su energía, y el clan lo sintió como a uno de los suyos y comprendió por qué el Hombre León lo había elegido como compañero en sus viajes errantes por la tierra. El Claro le ofreció quedarse para siempre y él lo agradeció con serias muestras de sentirse honrado. Replicó que habría de culminar primero el Hombre León su visión y que estaría con él hasta entonces.

—Cuando vaya, está ahí nuestra palabra, iremos también con él los cazadores de este clan. Esta vez no caminará solo —sentenció el jefe.

Pero siguió insistiendo al Autillo para que formara parte de su clan. Le convenció para que en otro panel con las manos más recientes en la pared de la cueva, donde se ponían aquellas de las que el clan del León quería guardar memoria y estaba la del Hombre León, estampara también la suya. Lo hizo y allí quedó impresa. Quiso dejar su huella en blanco silueteada por el óxido rojo y que fuera su maestro quien soplara.

—Ahora eres en todo un cazador del clan del León. Esta es tu gruta y aquí hallarás siempre fuego y cobijo. Si un día te alejas, sabrás que siempre serás bien recibido y que ningún hombre de este clan levantará mano ni lanza contra ti y sí acudirá a socorrerte ante cualquier hombre o cualquier bestia que te ataque —proclamó el Claro, y le entregó como muestra de su pertenencia un afilado diente de cavernario, igual al que llevaban los miembros de la tribu, aunque algunos portaban

una uña de su garra. Muchos también llevaban pintada una pequeña cabeza del felino que el Hombre Búho les dibujaba en la espalda de su prenda de abrigo.

Las Lunas del Frío daban para mucho tiempo al lado de la lumbre y el Autillo pudo ir descifrando la que más le intrigaba tras recurrir al Hombre Búho, que pidió permiso al protagonista. El Hombre León accedió al fin a que todo se conociera pues ya las noches comenzaban a ser menos largas y entonces sería llegado el día en que habrían de ir a enfrentarse al final de su visión y a reestablecer la gran profecía.

El Hombre Búho comenzó al lado de la hoguera central su relato para que lo escucharan todos:

—Los Hombres del León fueron los primeros en venir a estas tierras. En ellas se aposentaron y arrojaron a los inmundos Patas Cortas. Nacieron muchos hijos de los vientres de las madres y el clan se hizo grande y poderoso. Tan grande que no hubo lugar ni caza para todos y algunos decidieron seguir viajando en busca de nuevos territorios. Un grupo muy numeroso, con una sabia madre, un hija y heredera de la Guardiana de la Diosa, caminó hasta las más altas montañas que hay en la tierra entera[70] y encontraron un lugar muy hermoso, lleno de todo lo que un clan necesita para crecer y multiplicarse. Se establecieron en dos grandes cuevas[71] y allí prosperaron. Eran hijos del clan del León, mantenían fraternidad con nosotros y conservábamos los mismos recuerdos y las mismas costumbres, ritos y tabúes.

»Aquella hija de la Guardiana se hizo la más sabia y poderosa de todas, la que mejor sanaba a los hombres y hacía que las mujeres parieran los hijos más fuertes. Ella misma parió tres varones que le vivieron y los tres estaban tocados por la voz de los espíritus. Desde muy jóvenes fueron grandes brujos los tres hermanos: el mayor, el Hombre Músico;[72] el mediano, el Hombre Pájaro, y el tercero, mucho más tardío en nacer que los otros dos y al que conoces bien, fue el Errante y es ahora el Hombre León.

»Mientras vivió la madre, el Hombre Músico y el Hombre Pájaro compartieron con armonía su sabiduría y poder, llamando a la abundancia y al sol y ahuyentando el hambre y el hielo. Y parecieron seguir haciéndolo cuando la Guardiana pereció sin que, para desgracia de aquellos clanes, hubiera conseguido hacer vivir a hija alguna que la sucediera. Pero la concordia entre los hermanos duró poco. El Hombre Pájaro ambicionaba todo y sentía gran envidia del mayor, cuyas ofrendas le parecía que complacían a los espíritus mucho más que las suyas.

»Además, el Hombre Músico estaba tocado por los espíritus del aire y fuera con la flauta o tañendo una cuerda era capaz de hacer vibrar los más hermosos sonidos. Era bondadoso y humilde, alegre y risueño, presto a la risa, se adornaba con conchas y flores, tenía gestos delicados de mujer joven y gustaba de oír respirar a todos los seres vivos.

»El Hombre Pájaro se tocaba con alas de cuervo negras y parecía que solo se complacía con alimentarse de cualquier despojo. Pero era su magia muy poderosa para atraer a los animales hasta las lanzas de los cazadores y estos le consentían y

además le temían porque también hacía conjuros para que las bestias los hirieran, como ya había sucedido cuando alguno se le había enfrentado.

»El pequeño de los hermanos había permanecido hasta su muerte al lado de la Guardiana, era el que más había aprovechado la sabiduría de la madre. Él escuchaba y sentía dentro mejor que los otros dos la voz de los espíritus. Mientras que el Hombre Músico lo protegía y admiraba, el Hombre Pájaro añadió a la envidia por el hermano mayor una aún más fuerte por el Pequeño. Temió que cuando este creciera, ambos se impondrían, le quitarían su poder y lo desterrarían. El odio anidó en su entraña y acechó al hermano menor para matarlo.

»Estuvo a punto de conseguirlo, pero el Hombre Músico se interpuso entre su venablo y el cuerpo del más joven y murió ensartado en la azagaya del Hombre Pájaro, que lo atravesó de parte a parte, le entró por debajo del esternón y le asomó por la espalda. Lleno de furia, aún lo remató clavándosela en el cuello pues si algo había odiado más que nada era la dulzura de su voz, que semejaba la de una mujer. El Pequeño, así lo llamaban, huyó aterrorizado y se escondió.

»Aquel día el sol fue devorado por la tiniebla, su luz engullida por la oscuridad. Las bestias y los hombres temblaron. Las madres abrazaron a sus hijos y todos pensamos que era nuestro fin. Pero, por fin, las fauces de la terrible caverna, que se lo había tragado, lo vomitaron y volvió a brillar.

»El Hombre Pájaro consiguió imponerse al clan, y la joven Guardiana elegida por las mujeres no tuvo fuerza que oponerle. El jefe se alió con uno de los más crueles entre los cazadores y ambos impusieron su poder a aquella tribu y también a la vecina. Aquellos que se les opusieron fueron muertos por la maza y la lanza del jefe o por los ungüentos y conjuros del hechicero. Por el temor consiguieron dominar aquella gruta y el mal se estableció en ella.

»El hermano pequeño hubo de huir en medio del terror y la oscuridad. Solo e indefenso, pero sin duda protegido por los espíritus, consiguió encontrar el camino hasta nuestra cueva, donde llegó ya casi moribundo. La Cueva del León supo quién era y lo acogió. Se discutió en cónclave si habíamos de ir hasta las dos cuevas que habían violado toda la memoria y las leyes de los Hombres del León, pero decidimos no hacerlo porque en aquellos días nuestras fuerzas habían mermado y éramos muy pocos, pues el mal se había metido en muchos cuerpos y los dejaba consumidos y, tras toser mucho, acababan pereciendo. Además, el hermano pequeño tuvo una visión que compartió conmigo. Esta fue la profecía: habría de viajar errante por toda la tierra, verlo y aprenderlo todo, y volver solo cuando recibiera la señal. Al verla de nuevo yo también supe que emprendería su camino de regreso y ahora ha vuelto. Cuando partió nos juramentamos a que a su regreso los Hombres del León lo ayudaríamos a cumplir con su destino y para su protección le entregamos el tótem de nuestra tribu. Lo llevará cuando vayamos contra el Hombre Pájaro y la maldad que cobija.

Así acabó el parlamento del Hombre Búho, así se descubrió a todos el secreto y el

misterio del Errante y así supieron que cuando llegara el tiempo de la Hierba Nueva partirían hacia las montañas para restablecer la ley de los Hombres del León que había sido violada.

34

La rebelión de las hembras

El Valle de los Primeros Hombres se había congelado. La dureza de las Lunas del Frío fue tan atroz, las ventiscas tan continuas y las nieves tan repetidas que debieron resguardarse en la parte más cobijada del abrigo para resistir. Por fortuna, la leña no faltaba. Pero la carne y cualquier otra comida escaseaban. No podían recolectar nada debido al manto blanco que cubría incluso las copas de los árboles que mantenían sus hojas mientras que los otros, desnudos, semejaban esqueletos ateridos. Solo el río ofrecía algunas posibilidades. Pero eran muchas las veces que los cazadores regresaban casi congelados y con las manos vacías.

Cuando la hambruna se abatió sobre ellos, la Jara le dijo a Nublo algo que él ya sabía: las crías no aguantarían, o conseguían carne o morirían en unos días.

No era posible salir pero Nublo se levantó, cogió sus armas, se abrigó todo lo que pudo y recorrió algunos fuegos, sin hablar apenas pero con su gesto y decisión, pidiendo a quien tuviera valor que lo acompañara. Lo hicieron un puñado. El Mayor los miró con cierto desprecio desde su rincón más resguardado. Él tenía todavía carne. Tal vez Nublo se muriera de frío y no regresara. Se habría acabado su problema.

Consiguieron llegar al río y lo siguieron aguas abajo. Cegados por la nieve, hubieron de pasar la noche a la intemperie con el estómago vacío. Menos mal que hallaron una covacha, se metieron dentro y pudieron encender fuego. Apretados los unos contra los otros lograron no morir congelados.

El amanecer no pareció dar tregua pero dejó al menos de nevar. Fue entonces cuando Nublo oyó los aullidos de los lobos y supo que en ellos podía estar la salvación del clan entero. Porque era aullidos de persecución y cerco. Tenían alguna gran presa rodeada. Cuando al fin llegaron hasta ellos se les salía el corazón por la boca reventados del esfuerzo pero ante ellos estaba el gran megaceros, recién muerto en la misma orilla del río, con parte de su cuerpo metido aún en el agua donde había intentado refugiarse pero donde el hielo se lo había impedido, y los lobos comenzaban a comérselo. Se lanzaron sobre ellos, a pedradas, tirándoles tizones encendidos y con las lanzas en ristre. Los lobos les plantaron cara y se lanzaron sobre alguno de los cazadores, pero no tenían número suficiente para hacerles retroceder y se retiraron con los belfos retraídos y los colmillos al aire. Aún hubieron de soportar cómo los hombres descuartizaban a la presa que ellos habían cazado y se la llevaban consigo. Les dejaron los menudos, la cabeza y las patas, y con ello la manada hubo de conformarse.

Nublo y los cazadores intentaron regresar a escape al abrigo. De nuevo la tormenta estaba encima y, con la carga, el camino les fue aún más penoso que el de

ida. Anochecía cuando al fin vieron el resplandor de la hoguera en la atalaya. Nublo, una vez hubo descargado, se volvió a ayudar a un rezagado que parecía agotado y a punto de perecer. Consiguió llevarlo consigo y ponerse ambos a salvo al lado del fuego.

La alegría por la carne inundó al clan. Habría para varios días. La repartiría la Mujer de las Hierbas, y las hembras y los cachorros serían los primeros en comer. Nublo le entregó su carga, excepto un trozo de pernil que cortó para la Jara y se retiró a su rincón con su hembra.

Iba a comenzar el reparto cuando estalló el conflicto. El Mayor se levantó de entre sus pieles y avanzó agresivo sobre la anciana. Reclamaba su parte, toda la que quisiera y el primero. Otras veces las madres se habían atemorizado y consentido, pero aquel día lucharon por sus hijos. Un griterío enorme, un alarido de rabia inundó el abrigo. Más aún cuando de un manotazo el Mayor derribó a la Mujer de las Hierbas y pretendió echar mano a un jamón entero del megaceros. Las hembras se abalanzaron sobre el jefe. Este, estupefacto, intentó quitárselas de encima a golpes pero se vio rodeado. Y los cazadores se habían incorporado también y con las lanzas en la mano le plantaban cara. No iban a consentir que pegara a las hembras ni que les quitara la carne que ellos habían traído. El Mayor entendió que contra todos, y menos contra las mujeres enfurecidas, no podría y con un gruñido impotente se volvió a su cobijo. Nublo no había participado en la revuelta, se había mantenido tenso y expectante, en pie, pero sí lo había hecho la Jara. De las primeras.

El Mayor perdió aquel día mucho más que el pernil. Nadie se iba a atrever a desafiarlo, pero las hembras supieron que, contra todas ellas juntas, no podría imponer sus abusos. Había golpeado además a la anciana curandera y ello quedó grabado en la memoria del clan como algo despreciable. Y la Jara consiguió al fin librarse de su acoso. La próxima vez que intentó montarla salió corriendo hacia otros fuegos, estalló de nuevo el griterío y el Mayor hubo de dejarla.

Nublo no había levantado ni una mano ni una lanza contra él, pero el Mayor sabía de sobra que él estaba detrás de todo aquello que lo mermaba. Tenía que matarlo, que aplastarlo como fuera. Si no podía antes, en la primera expedición, cuando regresara la Hierba Nueva.

35

La danza del hombre-bestia

La expedición se demoró una luna más de lo previsto. Antes que pensar en cumplir con aquella misión, era imprescindible aprovechar la más mínima rendija de mejor tiempo para conseguir alimentos. Y a ello se dedicó el clan del León entero en cuanto la primera soleadilla calentó la tierra. Les sonrió la fortuna pues con el deshielo encontraron, aflorando apenas de la nieve, varios cadáveres de ciervos atrapados en un ventisquero, se los arrebataron a los carroñeros que los habían localizado primero y supusieron un botín equivalente a una exitosa cacería y, además, sin tener que realizar otro esfuerzo que descuartizar las piezas y llevarlas hasta la cueva.

Con aquella provisión de carne extra, el Claro decidió que era el momento de la partida. Seleccionó a un nutrido grupo de los cazadores más fuertes y valientes, que, dirigidos por él mismo, acompañarían al Hombre León a castigar a aquellos que habían trasgredido todas las leyes y memorias, que habían matado y desterrado a todos cuantos se les habían opuesto y traicionado los vínculos con el resto de las tribus. Los Hombres del León iban dispuestos para el combate, prestos a la venganza y seguros de su victoria, pues tanto el Hombre Búho, cuya vejez le había impedido acompañarlos, como el Hombre León habían realizado los conjuros y comprobado que los augurios eran favorables. Lo que fue roto se restablecería y los culpables sufrirían el castigo. En la Cueva de los Leones quedaron los hombres necesarios para asegurar su protección y alimento.

Conocían bien el camino de las montañas. Llevaban botas con el pelo por dentro, prendas de abrigo con buenas capuchas, sobrepellizas de junco para que resbalaran la nieve y el agua, una pequeña provisión de tasajo de ciervo y el ánimo dispuesto para esta cacería que sería diferente a todas. El hombre cazaría al hombre.

Al llegar a las estribaciones de las gigantescas montañas la marcha se ralentizó y las precauciones se fueron incrementando cada noche. Los del clan que invadían terminarían por localizarlos pero querían que ello se produjera cuando estuvieran lo más cerca posible de su cueva. Y con el buen hacer de sus exploradores y el sigilo empleado por el Claro lo consiguieron. Dieron vista a la gruta antes de que desde ella los avistaran y estuvieron apostados hasta que el Autillo, en su buen hacer habitual como vigía, vio cómo algunos cazadores retornaban a la carrera y alertaban a los demás sobre la presencia de invasores en sus territorios. Un grupo de cazadores salió con los venablos en la mano, pero no hicieron intención alguna de dirigirse contra ellos. Se pusieron en guardia, con hombres siempre vigilantes atalayando desde su altura, pero bajaron contra los que les invadían. Aquello hizo pensar al Claro y al Hombre León.

—No vienen contra nosotros. Tienen miedo —opinó el Claro.

—O son precavidos y nos esperan. Habremos de ser nosotros quienes los ataquemos y ellos están al amparo de la altura y de su cueva —respondió el Hombre León.

—Pero no podrán salir a cazar. Y si salen, los emboscaremos.

—Eso es bien cierto. Pero no sabemos cómo son de numerosos. Nosotros hemos de mostrar que somos muchos y parecer más de los que venimos. Esta noche encendamos multitud de hogueras.

El consejo del Hombre León era sabio y lo siguieron.

Al día siguiente, al ver que sus enemigos seguían encerrados y sin moverse, decidieron desplegarse en semicírculo. Llegaron al pie de la ladera donde estaba la cueva sin que los hostilizaran siquiera. Decidieron cerrar el cerco solapadamente y sin mostrar sus fuerzas, y por la noche volvieron a encender muchas hogueras.

Por fin, al tercer día, una mano de guerreros tomó posiciones en la plataforma de entrada y se lanzó dando alaridos ladera abajo. Pero se limitaron a llegar a un riachuelo y hacer provisión de agua en unos odres para volver a toda prisa a su refugio. Los Hombres del León corrieron tras ellos y lograron alcanzar con una azagaya al más rezagado en una pierna. Pero los otros lo ayudaron a acabar de subir y lo pusieron a salvo en su refugio. Desde allí les lanzaron muchos insultos y gritos blandiendo sus armas.

—Tienen miedo. Están asustados —se ratificó el Claro.

—Veo a su jefe de caza. Pero no veo al brujo, no veo al Hombre Pájaro. No se muestra y debería haberlo hecho. No parece estar con ellos. Pero su cómplice, el Cetrino, es tan perverso como él y más cruel y brutal incluso —observó el Hombre León.

Los de la cueva no hicieron más intentonas de salida ni de alcanzar el agua. Se sucedieron los días. Al fin, una mañana se produjo en lo alto un cierto tumulto. Quien se asomó en dirección a los sitiadores no fue el chamán ni el jefe de los cazadores, sino una mujer. Portaba la estatuilla de la Madre en la mano y elevó su voz para que la oyeran:

—¿Quiénes sois que venís a herirnos y no permitís siquiera que bebamos agua? ¿Por qué nos cercáis y queréis matarnos?

—Somos los Hombres del León. Con nosotros viene el hijo vuestro que hubo de huir pues queríais matarlo, igual que hicisteis con su hermano, el Hombre Músico. ¿Dónde está su asesino? ¿Dónde está el Hombre Pájaro? ¿Por qué se esconde?

Las palabras del Claro provocaron arriba una gran conmoción. Se oyeron alaridos y reapareció el Cetrino rodeado de un puñado de hombres con propulsores y venablos. Hubo entre ellos grandes discusiones, pero volvió a hablar la mujer:

—Yo soy la Guardiana de la Diosa. El chamán de quien habláis ya no está entre nosotros, ya no está entre los vivos. No podemos entregar lo que ya está enterrado.

Entonces se elevó la contestación del Hombre León:

—Yo soy quien hubo de huir tras la muerte de mi hermano, yo soy a quien

quisisteis matar luego, yo soy quien ha caminado errante y ahora vuelvo para recuperar mi lugar y reclamar la sangre de quienes vertieron la del Hombre Músico y la de muchos otros. Y esa sangre la derramó no solo el Hombre Pájaro, sino que fue el Cetrino y quienes lo rodean. Ahora es la suya la que habrá de verterse a cambio.

Hubo nuevos alaridos e imprecaciones al escuchar y mostrarse el Hombre León. Pero se hizo el silencio cuando avanzó con su tótem en la mano, pues todos descendían de aquel clan primigenio y estaban bajo su protección.

—Traigo el símbolo en la mano, el tótem en el que todos un día se cobijaron. Los Hombres del León vienen conmigo. Entregad a los asesinos —exigió.

El Cetrino y los suyos elevaron sus lanzas en desafío. No iban a ir como recentales a entregar su cuello.

La mujer, rodeada de las madres del clan, respondió:

—No se verterá la sangre. Nuestro clan ya ha vertido mucha. La Diosa no quiere más muerte, ni más hambre ni más frío. —Se dio media vuelta y acompañada de las mujeres regresó a la cueva.

Aquella misma tarde reapareció en la repisa de entrada a la gruta. Iba hermosamente ataviada y flanqueada por dos madres. Con decisión y paso firme comenzó a bajar hacia donde estaban los sitiadores. Al acercarse vieron que era una mujer aún joven, bastante más que sus acompañantes, de elevada estatura, esbelta, de fina cintura y rotundas caderas, que caminaba con paso elástico y felino. Su piel, bastante más oscura que las de las otras dos, relucía al sol. Traía suelto el pelo muy largo y muy negro, pero extrañamente liso, no crespo ni rizado como el de la mayoría de las mujeres.

Al llegar al riachuelo se paró y llamó:

—Mostraos, hombres. ¿O acaso vais a permanecer ocultos ante nosotras? Veis que no os tememos.

El Hombre León y el Claro se adelantaron brotando de entre la maleza. El segundo habló:

—Nada ha de temer ni la Guardiana ni las madres, ni sus hijos ni quienes no tienen sangre de sus hermanos en sus manos. Los Hombres del León guardan las normas y viven de acuerdo a sus recuerdos y a sus memorias. Son los de aquí quienes la han perdido y traicionado.

—Hablaremos de todo ello —dijo la Custodia de la Diosa—. Pero ahora permitid que las mujeres bajen a recoger agua. Sus hijos tienen sed.

Asintieron el Hombre León y el Claro. Eso no podían negarlo. Pero solo podrían bajar hembras y niños, advirtieron. Los sitiadores, el Autillo fue de los primeros, se iban mostrando a la vista de las mensajeras. El joven miró con atención a la mujer que las encabezaba, y esta, a su vez, clavó en él su penetrante mirada de brillos negros.

Mujeres y niños con odres y calabazas huecas bajaron en fila hasta el arroyuelo mirando con cierta aprensión hacia la otra orilla, a la que ya habían pasado sus

enviadas.

Los Hombres del León ofrecieron comida, las mujeres la aceptaron y todos se sentaron en torno a la hoguera central del campamento. Hablaron hasta que llegó la noche y no acordaron nada. Las mujeres se marcharon. Volverían a bajar mañana. Todos habrían de pensar. El Autillo oyó que el Hombre León musitaba al Claro:

—La sangre exige sangre pero solo trae más sangre. Es la de mi hermano la vertida. No debes tú ni tus hombres derramar la vuestra por vengarla. No lo quiero. Ya es inmensa mi gratitud y mi deuda para tener que cargar con ella. El Cetrino y los suyos no se rendirán sin luchar hasta morir si saben que solo la muerte los espera.

—Hablaremos mañana. La joven Guardiana también lo sabe. Habla tú esta noche con los espíritus, llámalos y dinos.

El Hombre León permaneció toda la noche en vela. El Autillo escuchó zumbar su bramadora en la oscuridad, alejado un trecho de la hoguera. Cuando despertó al alba, comprobó que estaba ya levantado y hablaba con el Claro. Los espíritus le habían hablado. Comieron algo y esperaron la bajada de las mujeres. Junto a las tres venían otras tantas, las tres más ancianas de todo el clan. El Hombre León las reconoció. Eran ya madres cuando él era solo un niño y alguna lo había cuidado en su fuego.

Hablaron entonces ya con otro tono y ante las ancianas madres las amenazas se retiraron de la boca de los hombres. No era ya la cueva del Cetrino. Era la cueva de ellas, de las madres y sus fuegos, la que cercaban y querían asaltar. Ninguno de los Hombres del León se veía levantando una mano contra ellas. Lo primero en establecerse fue que el acceso al agua fuera permitido en todo momento y los grupos recolectores podrían salir por los alrededores. Los únicos a los que mantenían recluidos por el cerco eran los cazadores y, en particular, a quienes permanecían vinculados al Cetrino.

El Hombre León y el Claro observaron el papel determinante de la joven Guardiana, de la Negra, así llamada por la evidencia de su piel y de su pelo. Había sido providencial en el clan. Se había ganado el respeto de las mujeres, incluso de las más ancianas, y las había liderado en aquellos años pasados de adversidad, odio y sangre. Pues tras la muerte del Hombre Músico y la huida del Pequeño, así seguían llamándolo, la violencia había proseguido. El Hombre Pájaro y el Cetrino habían dominado el clan con crueldad y habían cometido un abuso tras otro hasta llegar a derramar la sangre de todo aquel que osó oponérseles. Los demás se plegaron a su poder y fueron sumisos a sus antojos.

Solo las madres se mantuvieron más firmes y el Hombre Pájaro no se atrevió a causarles excesivo daño aunque sí hacerles pasar todas las calamidades que pudo. Entonces emergió La Negra. Era una niñita cuando la huida del Errante, aprendiz aunque no hija de la vieja Custodia y la sucedió a su muerte. El Hombre Pájaro supuso que se plegaría a su voluntad. Pero ella tuvo el valor de enfrentarlo con la fuerza de la Diosa, con el poder de su magia: lo amenazó con que cualquier daño que las infligieran a ella o a las madres llevaría la definitiva desgracia al clan y los

vientres de las mujeres ya no engendrarían nuevos hijos.

Y durante un tiempo se cumplió la amenaza. La Negra realizó el sortilegio, las mujeres bebieron la pócima y no hubo vientres fecundos. Ante ello el Hombre Pájaro y los suyos hubieron de dejar de acosarlas, proveerlas de carne y caza y no pretender someterlas a sus arbitrariedades.

Aquello fue el principio de la decadencia del malvado chamán. Según les relataron la Negra y sus acompañantes a los Hombres del León, la cueva hermana, Gargas, se sacudió su dominio. Un nuevo chamán apareció en ella y no se permitió al Hombre Pájaro entrar en su territorio y los cazadores eligieron al mejor de ellos para que liderara su fila, y cuando el Cetrino y los suyos pretendieron seguir dominándolos les enseñaron los venablos y las azagayas y hubieron de retirarse.

El clan languidecía y el recuerdo de la sangre vertida hacía aún más tenebrosa la oscuridad y más tristes las Lunas del Frío. El Hombre Pájaro no parecía tener poder para que los espíritus de la caza y de las bestias les fueran favorables. El clan pasó hambre, calamidades y frío. Solo la fortaleza de la Negra y la perseverancia de las madres les permitieron sobrevivir.

En una desafortunada partida de caza liderada por el Cetrino el año anterior, un gran bisonte, con muchos venablos clavados, cargó en su furiosa agonía contra el Hombre Pájaro, le sacó las tripas con sus cuernos, lo pisoteó y le rompió todos los huesos hasta hacer de su cuerpo un amasijo sanguinolento antes de caer él también muerto. El gran bisonte hizo trizas incluso la lanza con el pájaro tallado en su mango que el chamán llevaba siempre como símbolo de su poder.

En este nuevo encuentro con la comitiva de la Negra les volvieron a ofrecer comida y compartieron la carne. El enfrentamiento y la sangre se alejaban y discutieron la forma de resolver el conflicto. La solución comenzó a vislumbrarse cuando la Negra y las mujeres ofrecieron al Pequeño, al Hombre León, restablecerlo en el lugar que le correspondía. Lo necesitaban, las madres lo reconocían y lo querían. Él, por su parte, renunció a cobrarse sangre por sangre para vengar a su hermano. Pero la discusión volvió a tensar las voces cuando hubo que decidir qué hacer con el Cetrino y aquellos que más se habían distinguido en secundarlo en sus atrocidades. No iban a rendirse y las mujeres no podían dominarlos ni quitarles sus armas. Entonces la Negra impuso que su castigo sería el destierro y que a él estarían obligados los que ellas decidieran más las mujeres que libremente quisieran seguirlos. Expuso su plan y los Hombres del León hicieron juramento ante la estatua de la Diosa y ante la figura del Hombre León de no conculcarlo.

Aquella noche, a una señal desde la gruta con una tea, un grupo elegido entraría en la cueva. La Negra garantizaba que cuando vieran la luz moverse es porque ya no había vigías despiertos. Deberían luego limitarse a desarmar y maniatar a los que les fuera señalando, comenzando por el propio Cetrino.

El Claro eligió a los más ágiles y decididos y entre ellos estuvo el Autillo. Aguardaron pacientemente que llegara la oscuridad, vieron moverse a los centinelas

junto a la hoguera, algunas otras siluetas que venían hacia ellos y algún cambio de turno. La señal se demoraba y ya estaba muy entrada la noche cuando una antorcha brilló, se movió un par de veces, y desapareció de nuevo. La propia hoguera ante la cueva languidecía también. Los Hombres del clan del León ascendieron en silencio, a la carrera cuesta arriba para llegar cuanto antes a la cueva. Los dos vigías estaban caídos en el suelo, dormidos. A la entrada les esperaba la Negra. Ella fue señalando las pieles donde dormían los que había que hacer prisioneros antes de que despertaran. El primero, el Cetrino. De él se encargó el Claro, que lo inmovilizó, y antes de que se diera cuenta, estaba atado y dando alaridos. Cuando sus secuaces despertaron los Hombres del clan del León tenían la cueva bajo control. La Negra y las madres llamaron a la calma a otros cazadores que hicieron ademán de defenderse. Hubo un momento de tumulto y confusión cuando el grupo asaltante irrumpió al completo en la cueva con el Errante al frente, pero ya no había resistencia posible. Atados también de pies y manos traían a los dos centinelas dormidos.

El grupo del Cetrino y sus secuaces fue arrojado a un rincón con un círculo de venablos apuntándolos. La Negra se dirigió a la tribu

—Las madres y yo hemos pactado con los Hombres del León. Con ellos viene uno de los hijos de este clan, el Pequeño, el hermano del Hombre Músico y del Hombre Pájaro, que hubo de escapar para que este no lo matara como hizo con su hermano mayor. Buscaban venganza y sangre, pero no habrá ninguna de esas cosas. Eso hemos pactado las madres y yo con ellos y serán leales a su palabra. Porque su clan fue el nuestro y todos nosotros estuvimos un día unidos y venimos de las mismas madres. El Cetrino y los suyos no morirán. Se respetará su vida. Pero tendrán que irse y no volver nunca. Si intentan volver, cualquiera que se los encuentre podrá matarlos.

Sus palabras tranquilizaron un poco a todos, pero con su cueva invadida, los Hombres del León armados, su anterior jefe atado y tirado en el suelo, los demás cazadores seguían inquietos y lloraban algunos niños.

El Claro hizo que bajaran todas las armas, incluso las que apuntaban a los prisioneros, que ya no podían hacer daño alguno. Y se dirigió a los hombres de la cueva que permanecían libres para asegurarles que respetarían el pacto.

—Hemos bajado nuestras lanzas y no os hemos quitado las vuestras cuando pudimos hacerlo. Nadie os ha infligido herida ni se ha derramado sangre alguna. Respetamos nuestro pacto.

Entonces habló el Hombre León:

—Me llamabais el Pequeño. Mi hermano, el Hombre Músico, murió por salvar mi vida. Hube de huir y he andado errante por toda la tierra. Vuelvo ahora a mi gruta y a mi clan. Los Hombres del León me entregaron su tótem —lo mostró en alto— que fue un día de todos nosotros. Somos todos hijos de las mismas madres y yo también, aunque tendría el derecho de tomarme la vida del Cetrino, me he comprometido a que no se vierta ya más sangre y no tengan las madres que llorar por ningún hijo muerto. Esos días han acabado para este clan. Regreso con vosotros, mis hermanos, devuelvo

su tótem al pueblo del León, con el que viviremos en alianza, y los unos y los otros nos visitaremos, compartiremos fuego y cazaremos juntos.

Todos en el clan, aunque contada a escondidas, sabía la historia de los Tres Hermanos y del Pequeño huido. Ahora hablaron de su peripecia y los grandes poderes que tenía. Había viajado por la tierra entera, conocido todos los clanes que la habitaban y pasado por en medio de las manadas de las más poderosas bestias, del león al mamut, sin que estos le hirieran ni con garra ni colmillo.

La cuestión pendiente eran los prisioneros que iban a ser expulsados, un total de cinco. Un joven, el sexto de ellos, suplicó tanto y adujo tantas veces que no había hecho mal alguno, sino que tan solo había cumplido los designios del jefe, que al final se concedió, mucho tuvo que ver su anciana madre, que se quedara, aunque sería el último en la fila de los cazadores, y debería estar dispuesto a las tareas más penosas. Con lágrimas de agradecimiento y las miradas de odio del Cetrino, que llegó a escupirle furioso, fue liberado. Sobre los otros cinco al final se decidió que serían los hombres de la cueva y los del León quienes los llevaran hasta los confines del territorio, no permitiéndoles que bajaran río abajo sino obligándolos a adentrarse en lo más profundo de las montañas. Con ellos quisieron marchar otras dos mujeres y una hija, ya casi una muchacha, de una de ellas. No se les impidió hacerlo y, al día siguiente, tras entregárseles algunas provisiones, salieron, maniatados y flanqueados por sus captores. En los confines del clan les cortaron las ligaduras de las manos y les ordenaron alejarse. Pero todavía no les entregaron sus armas. Cuando el sol fuera cayendo se las dejarían donde ahora estaban y podrían recogerlas junto a las bolsitas donde estaba la yesca y el pedernal para que pudieran hacer fuego y defenderse de las fieras. Quedaban malditos para el clan y para todos los clanes del León, y si un día los encontraban en sus cazaderos, los matarían de inmediato. Ellos serían ahora los que habrían de vagar errantes por la tierra.

Al regreso de quienes los habían conducido al destierro se celebró un ritual de fraternidad entre los dos clanes para reestablecer los vínculos rotos y recuperar las memorias y los recuerdos comunes. Compartieron los ritos hombres y mujeres juntos. El chamán, el que había sido el Pequeño, el Errante y el Hombre León, recuperó su sitio y su rango, los clanes, el sosiego, y los espíritus de los muertos pudieron reposar al fin tranquilos. Pero para esto último aún se necesitaba hacer algo que lo concluyera.

Al día siguiente de la ceremonia el chamán se aisló en las profundidades de la cueva y al salir pidió al Autillo que lo acompañara y, al igual que había hecho en la montaña Mamut, estampó su visión en la pared. Su meditación había tenido lugar en la pared donde danzaba su hermano mayor, el Hombre Músico, el mago afectuoso, alegre y bailarín que con su flauta atraía a las bestias y congregaba a los pájaros. Quería que fuera su recuerdo y su espíritu el que anidara también en él y, por ello, dos figuras, una reno hembra y un híbrido de ese animal y de bisonte, volvían sus cabezas fascinados por el brujo que hacía sonar su melodía. Ambos animales quedaban

atrapados por el baile del hechicero tañendo su flauta. En su representación en la roca, él era también mitad humano y mitad bestia, con cuernos, pezuñas y cola de bisonte.

El chamán había estado dos días y dos noches completas en su trance, solo con agua, algún brebaje y algunos hongos y lámparas para poder contemplar aquel abigarramiento de figuras, pues las paredes albergaban ya multitud de animales y escenas, allí dejados por sus antecesores e incluso por sus propios hermanos.

Salió al fin y el Autillo le tenía preparado, como la vez anterior, recado de grabar y pintar y lo necesario para alumbrarse. Presintió que aquella podría ser la última ocasión en que lo hiciera. Era ya un hombre, no seguía las sendas de los espíritus sino las de la caza, su rango subía entre los hombres, pero cada vez era más evidente que no seguiría los pasos del chamán. Este también parecía, desde que había regresado a su lugar, alguien diferente, como si otro ser, sin por ello haber acabado con el que había sido, estuviera emergiendo. Pero el Autillo lo reconocía como su mentor, maestro y guía, y el otro veía en el joven a alguien a quien quería y en quien confiaba.

Y quien ahora lo cuidaba, pues el trance lo había dejado débil y febril, pero quería a toda costa, y sin reposar un instante, angustiado por olvidar su visión y no poder recordarla, plasmarla cuanto antes. A pesar de que se apresuraron, hubo que contar con más ayuda, pues donde quería hacerlo necesitaba un andamiaje de troncos al que izarse y llegar a aquella altura. El Claro lo ordenó y el Autillo intentó que, aprovechando la espera, comiera algo, pero solo aceptó ingerir un caldo caliente, pero nada sólido, temiendo que la comida estorbara sus visiones. Seguía mientras tanto salmodiando cantos y trazando con su mano signos en el aire. En un momento le dijo a su joven ayudante, apoyándose en su hombro:

—He de unirlos a todos, todos los animales han de estar en mí y yo en ellos.

Preparado al fin el entramado, listos los buriles y los pigmentos, avivadas las hogueras y encendidas las lámparas, el Autillo subió también para alumbrarle mejor y el mago comenzó a trazar de manera compulsiva, pero muy firme en su trazo, muy profundamente marcado, como si a su brazo lo impulsara una fuerza tremenda y misteriosa, una gran figura que llenaba la pared entera.[73] Allí fue brotando un ser que eran muchos y que de cada bestia tenía un atributo. Era también un ser danzante, como su hermano, detenido en pleno salto mágico, con una cabeza de ciervo de poderosa cornamenta, con cara de lechuza, quizá, pensó el Autillo, como respeto a la impronta del Hombre Búho, con orejas de lobo y barbas de gamuza.[74] Los brazos eran humanos, pero terminaban en garras de oso, las piernas, fuertes y musculosas, y el sexo, bien marcado, eran de hombre, pero su cola era la de un caballo. Completados los trazos, aplicó los colores, algún pigmento rojo, pero la mayoría con carbones negros que resaltaban las siluetas y los fondos. Concluida la tarea, la poderosa figura del chamán, del Errante, del Hombre León, del Pequeño de los Tres Hermanos parecía, desde arriba, dominar con su mirada y su presencia a todas las

otras bestias de las paredes.

El Autillo lo ayudó a descender, pero, como en la montaña Mamut, nada más bajar se desplomó agotado y hubieron de llevarlo a la sala de los fuegos, donde la Negra se dispuso a darle todos los cuidados. Pero hubieron de pasar bastantes días antes de que el hechicero se incorporara y comenzara a comer y a hablar con normalidad.

Cuando ya estuvo recuperado, los Hombres del León entendieron que era llegado el momento de que ellos se marcharan. Celebraron un último ritual conjunto de despedida y el Claro y su fila de cazadores inició el camino de regreso. Antes el chamán quiso hacer un último anuncio y que ellos también fueran participes de él:

—Los espíritus me hablaron. Me dijeron que la cueva habrá de llamarse de los Tres Hermanos, y que sean sus tres espíritus, al fin reconciliados, los que velen, protejan y provean a sus moradores. Eso me han dicho las voces y eso habrá de ser en memoria del Hombre Músico, el Hombre Pájaro y mía.

Así fue dicho y se unió a los recuerdos y la memoria de todos. Los del León partieron, pero el Autillo no se fue con ellos. Había venido con el Errante y entendió que debía permanecer a su lado. El clan donde había nacido, el clan donde se había iniciado como hombre, sus recuerdos, Ababol y los demás nombres estaban lejos, tan lejos que a veces se perdían durante días enteros sin aparecer por su memoria, y ninguna atadura tenía con quienes ahora marchaban en busca de los suyos. Su único vínculo era con aquel hombre que lo había amparado desde niño y al que, tras sus sucesivas transformaciones, le costaba reconocer en ocasiones, pero al que seguía sintiéndose profundamente unido.

Al chamán le prepararon un habitáculo aparte y, aunque el joven tenía acceso a él, entendió que el brujo no quería compañía permanente. En la sala de los fuegos donde se instaló todos eran extraños y él comenzó a sentirse cada vez más solo y ajeno al lugar y a ellos. De nuevo los malos presagios y recuerdos de su niñez huérfana comenzaron a asaltarle los pensamientos y los sueños. Pero entonces los ojos de la Negra se posaron en él y, cuando le cogió de la mano y lo llevó con ella a sus pieles, supo que mucho más poderoso que el embrujo del hechicero y del chamán era el de la hembra.

36

La Negra

La mujer sintió la soledad del hombre joven y tuvo deseo y necesidad de darle su cobijo. Era una hembra en plenitud de energía, vida, mente y todas y cada una de las líneas de su cuerpo. En sus nalgas redondeadas e incitantes, en sus largas piernas, firmes, cálidas y del más suave tacto, en sus caderas poderosas, en sus brazos sinuosos, en sus pechos elevados y turgentes, en sus labios carnosos y hasta en su pelo fino y voluptuoso. Pero la mujer no había engendrado nunca, la Diosa no había bendecido jamás su vientre, siempre liso, aunque a través de ella bendijera los de tantas otras mujeres y le hubiera entregado muchos de sus misterios.

La Negra era mayor en edad y en poder que el hombre joven que, en medio de todos, estaba solo y se quedaba noche tras noche ensimismado ante su fuego mientras las demás gentes hablaban, reían, hacían dormir a los cachorros y se apareaban entre sofocados gemidos y resuellos profundos, gruñidos ansiosos o hirvientes suspiros. Ella lo observaba desde que llegó con los Hombres del León y el Gran Chamán a cercar su cueva. Había comprobado que no era de los suyos y que su clan estaba muy lejos y sus recuerdos le pesaban y le entristecían la mirada cuando se quedaba absorto ante las brasas mordiendo la madera hasta convertir su entraña en un corazón rojo y ardiente.

La Negra se había fijado desde el principio, cuando bajó por vez primera al campamento de los sitiadores, en el espigado cazador que procuraba siempre la cercanía del brujo y que observaba todo desde el silencio, penetrando con su mirada las sombras de los lugares y los rincones de los hombres. Había preguntado al Gran Chamán sobre el joven que lo acompañaba y este le había narrado su encuentro, su largo viaje y su tránsito. En la Cueva de los Tres Hermanos el Autillo había sido bien recibido, en la caza fue un avezado compañero al que los hombres respetaban, su vínculo con el Hombre Espíritu le daba rango y hasta despertaba envidia, las madres lo miraban con cariño y alguna de sus hijas lo buscó alguna noche entre las pieles. Pero el Autillo volvía a encontrarse solo, aun más solo que en su propia cueva cuando había de defenderse de todos, porque estos, que lo apreciaban, no eran de los suyos. Y echaba en falta sus montañas y sus prados y las llanuras y las hierbas lacias y amarillas. Y, aunque no quería siquiera recordarlo, aquellos juegos felices en el monte de las Cinco Cuevas con Ababol, la niña que lo obligaba a cumplir todos sus caprichos y cuya entrega y despedida, ya como mujer, le hacía sentir el filo del pedernal rasgándole por dentro. El hombre estaba en verdad solo porque no quería siquiera hacerse acompañar por sus recuerdos pues estos lo llenaban de nostalgia y de tristeza. Y sus ojos a veces, mirando al fuego, se humedecían y parecía a punto de brotar el agua.

La Negra, sabia hembra, aún sin conocer de aquello apenas nada, presentía su desamparo por más fuerte que se mostrara a la luz del día. Por ello una noche se acercó a él, lo cogió de la mano y se lo llevó al rincón donde ella, oculto de la vista de los otros por un enramado cubierto de pieles, moraba y custodiaba la estatuilla de la Diosa. Al lugar donde muchos hombres habían ansiado ser llevados y solo unos pocos y por breve tiempo habían estado.

Por la mañana fue también ella quien se acercó hasta el fuego del hombre, que se había apagado, a recoger sus cosas y llevarlas junto a las suyas. Las mujeres y los hombres de la Cueva de los Tres Hermanos se percataron. Las ancianas sonrieron, las hijas hicieron por no verlo y los hombres lo envidiaron.

La Negra le enseñó al hombre a sentirse orgulloso de serlo. Pero no como él había pretendido hacerlo en su momento de triunfo y vanidad desatada cuando fue el Hombre Ballena y cuando tomaba a las hembras para demostrar su poder y su dominio sobre todo y sobre ellas al montarlas. Ella le mostró que su orgullo era complacerla, lograr colmarla y ser por ella vaciado.

El cubículo de la mujer era bastante reducido, pero cálido y agradable. El suelo y las paredes estaban cubiertos de las más mullidas y suaves pieles. El olor allí era diferente al de la cueva, impregnado este de esencias y de aromas. Un pequeño fuego ardía al fondo, a medias tapado por una losa de piedra, y el humo parecía poder salir por alguna rendija y colarse por la montaña arriba. En una hornacina, al fondo, estaba la estatuilla de la Diosa, y a sus pies lámparas, símbolos en rojo y ramos de hierbas y flores secas, además de algunos saquetes con semillas. Grandes y pequeños cuencos de calabaza o de piedras huecas y algunas cáscaras de huevos grandes contenían pigmentos y sustancias, muchas para él desconocidas.

Pero en poco de aquello se fijaba entonces pues no tenía ojos ni manos excepto para el cuerpo de la mujer que se le ofrecía en su desnudez plena y le iba adiestrando en cómo complacerla al tiempo que él resultaba complacido. Le incitó aquella primera vez a que, montándola por atrás, exhibiendo sus firmes nalgas y ofreciendo abierta su vulva, la penetrara con fuerza y violencia. Su juego y ardor hizo que el joven, en las primeras ocasiones, encelado como un venado en berrea se derramara muy pronto. Ella entonces, cuando él desmontaba, se volvía, reposaba de espaldas, con sus pechos y muslos relucientes, y le sonreía con cierta alegría compasiva, para abrazarlo y comenzaba no a excitarlo sino a hacerle sentir entre sus brazos cobijado, acunado y protegido.

Le preguntó algunas cosas y la risa brotó entre ambos. La Negra se incorporó y compartió con él un brebaje templado, de intenso sabor y olor, que despertó sus sentidos y afinó su olfato, su tacto y su piel hasta hacerla estremecer al más leve roce de los dedos de ella. Pero era su vista la que más gozaba con los brillos del suave resplandor de la hoguera y de las lámparas jugando sobre su piel tersa, y bruñida. Los movimientos sinuosos de la Negra semejaban a los de una pantera, se movía a veces onduladamente, a veces en quiebros repentinos que volteaban su mata de pelo

cayendo en cascada sobre la piel desnuda de su espalda. El brillo de sus dientes blanquísimos en los labios rojos y el guiño malicioso de sus ojos hacían que él nada pudiera mirar ni sentir sino a ella y a sus felinos movimientos, que lo atraían irremediablemente hacia el punto que ella deseaba.

Deseaba ser besada y jugar con la lengua y le enseñó a hacerlo. Deseaba ella besarlo y lo hizo por todo el cuerpo para acabar por coger entre sus labios su verga y conseguir levantarla enhiesta de nuevo. Pero no la dejó penetrarla ahora sino que lo obligó a repetirle a ella el mismo beso continuo por todo su cuerpo, deteniéndolo en los botones de su pecho, en sus ingles, y finalmente fijarlo en su sexo, bien protegido por una pequeña alfombra de pelo, que ofreció a su boca y que supuso por primera vez que la hembra no pudiera ni quisiera reprimir un gemido. Tras ello sí que le incitó de nuevo a ahondarla, haciendo que la cubriera totalmente extendido sobre ella para luego abrazar su cuerpo con sus fuertes muslos llenos de ardor rodeando su cintura. Logró hacerle acompasar sus arremetidas y vaivenes pasando por momentos de lentitud a otros de trote, y al frenesí del galope con la lanzada fija clavada en la entraña.

La piel de la mujer también se fue empapando de sudor y ello excitó aún más al hombre, que forcejeó por dominarla en algún momento y ella, jugando ahora, combatió y se resistió hasta aparentar rendición con una risa. Pero luego, con otro de sus elásticos movimientos, fue ella la que se puso encima e introduciéndose su miembro comenzó a cabalgarlo, sujetados ambos por las manos, y con los pechos y el cabello de la mujer bailando alborotados.

Fue más tarde cuando, acurrucado el hombre sobre la espalda de la mujer que yacía de costado, debió de quedarse dormido, pues se despertó tapado por una piel confeccionada con varias de gamuza cosidas las unas a las otras. Al incorporarse comprobó que la mujer se había marchado. Oía los sonidos del clan despertándose en la ancha sala de la cueva y vislumbró en la boca la claridad del día. Había comenzado a vestirse cuando sintió que ella regresaba. Vio que traía un brazado de sus pertenencias y que las iba dejando cuidadosamente apiladas en una esquina al lado del lecho, en el costado que parecía haberle asignado. Volvió a salir y esta vez ya trajo su zurrón de caza, su propulsor y sus armas.

Las Lunas del Frío de aquel año no fueron para el Autillo tan largas ni tan crudas como las del anterior. El clan consiguió abundante reserva de caza y algunas mejoras pasajeras de la temperatura permitieron salidas a recolectar y aprovisionarse de leña. No faltaron tampoco ni el hielo ni el hambre en ocasiones. Antes de que las primeras tormentas fuertes comenzaran, el Gran Chamán requirió al Autillo para que lo acompañara, en unión de un nutrido puñado de cazadores, a la cueva vecina y hermana de linaje de la suya. Estos, enterados de los cambios en Los Tres Hermanos, habían enviado emisarios y solicitado la presencia del brujo, cuya peripecia y fama comenzaban a extenderse de clan en clan y se contaba como parte de la memoria colectiva de todos.

El hechicero había contemplado con mucho agrado la relación de su pupilo con la Negra. Pensó que aquello contribuiría a que su compañero no sintiera la nostalgia de sus tierras y sus gentes dejadas atrás y que acabaría por echar raíces en las suyas. No dejaba pasar ocasión para un guiño cómplice y parecía revivir en su relación con el Autillo el recuerdo de su continua cercanía y camaradería. Pero era consciente de su papel y de lo que para todas aquellas gentes significaba y, por ello, a poco volvía a recluirse y a estar atento no solo al devenir de aquel clan sino también de todos los vecinos. Pues varios ribereños del gran río enviaron a algunos de los suyos al Gran Brujo para escucharlo, conocer sus visiones y pedirle que visitara sus grutas. Creyó que al menos aquel año visitaría al clan hermano de Gargas, solicitó la compañía de su compañero de viajes y se dirigieron hacia la cueva que se abría junto a la caudalosa corriente del poderoso río.

—Este es el mismo que aquel que en las llanuras seguimos al principio hasta desviarnos por el que vertía en él sus aguas para llegar así al territorio de los Hombres del León —le recordó el chamán.

En las Grutas de Gargas[75] fueron recibidos con grandes festejos, con sonidos de flauta tanto en honor suyo como en el del Hombre Músico, al que habían venerado, y se volvió a reestablecer el vínculo entre los clanes que compartían madres y se reconocían como parientes y aliados. Los cazadores de los Tres Hermanos fueron invitados y el Autillo con ellos a dejar sus manos impresas en la galería donde el clan había ido dejando las suyas hasta completar varios paneles y donde ya había multitud de ellas. Estaban silueteadas la mayoría en rojo pero había también algunas en negro. Los de Gargas alardeaban de haber sido en realidad los primeros en llegar al río, antes incluso que los de los Tres Hermanos, desde la primigenia Cueva de los Leones.

No se demoraron mucho en su estancia, pues la primera Luna del Hielo se barruntaba ya en el aire, que comenzaba a cortar como un cuchillo, y tras celebrar los ritos, retornaron rápidamente hacia el interior de las montañas. El Autillo, con la prisa de volver a tener el cuerpo de la Negra enroscado al suyo y el ardor de su piel pegada a la suya.

Durante el invierno el chamán escogió a un cazador para que liderara la fila de los hombres. Era prudente y había sabido mantener su sitio y proteger a los suyos sin enfrentarse al Cetrino, de quien ninguna nueva más hubo excepto algún rumor de que habían ascendido a lo más alto de las montañas y de ellas parecía que ya no habían salido. Era callado y no cuestionaba la autoridad del chamán y por ello fue el elegido. Era paciente en la espera y buen seguidor de los rastros. Con ello bastaba.

Al joven Autillo durante varias lunas le sobró con el abrazo de la Negra y se sintió ensanchado como hombre y alegre de estar allí y de serlo. Realizaba con premura sus tareas, se esforzaba en la caza y en hacer salidas desafiando las tormentas, y la sonrisa de la mujer al recibirle parecía quitarle todo el hielo que traía en el sobretodo de juncos. Fue con los primeros síntomas de que el deshielo no tardaría en comenzar cuando el rebullir de la tierra resucitando pareció impregnar su

propio espíritu y acelerarle los pulsos.

La mujer detectó aquel cambio, al que sucedían episodios de melancolía, y le prodigó sus mayores cuidados, sus mejores habilidades en las cópulas, sus caricias una vez llenas de ternura y otra de picardía y lascivia, y el hombre pareció pasar aquel episodio y volver a compartir deseos venideros y preparar junto a los cazadores las primeras expediciones.

Y fue en ellas, donde alejado del embrujo de la Negra, volaron hacia atrás sus recuerdos y volvió a caer en la nostalgia. El deseo de la vuelta y otra vez la memoria impresa y nunca del todo borrada de Ababol lo persiguieron en los campamentos al aire libre y poblaron sus noches. Pero otros días deseaba más que nada retornar a la cueva y reencontrarse con la Negra, y creía que el ansia de partir había quedado de nuevo dormida. Cada día parecía tener y vivir en un ansia diferente y ello volvió a trastornar su ánimo. Se hizo arisco con sus compañeros y cada vez más callado con la hembra. Y esta ahora supo que lo perdía y que el hombre se alejaba de ella.

El Autillo no tomó su decisión con facilidad. Un día el deseo de volver era absoluto e iba a decirlo. Era un extraño allí y excepto por la Negra todo le era ajeno. Al siguiente día, sin embargo, la sensación era absolutamente la contraria y se decía que allí estaba su lugar y su senda. Pero al fin los deseos de volver se hicieron cada vez más intensos y ya dominaban totalmente a los que lo retenían. Casi decidido y hasta temeroso de que una caricia de la Negra podría debilitar de nuevo su voluntad, quiso hablar con quien, incluso más que la mujer, lo sujetaba a aquellos lugares, a su maestro el Errante. No sabía si deseaba más, aun con la duda mordiéndolo, que el chamán lo animara o que, por el contrario, lo desaconsejara e impidiera. El Autillo casi necesitaba partir, pero al tiempo no deseaba marcharse.

Además, debía hacerlo, si se decidía, cuanto antes, pues si no el mal tiempo se le echaría encima y si de por sí el viaje era duro y casi imposible para un hombre solo, con las Lunas del Frío sería la muerte segura. Se acercó por fin a la galería donde moraba el mago y de manera atropellada y confusa, como si volviera a ser un muchacho atolondrado, le expuso sus intenciones. El chamán se quedó muy sorprendido. No había detectado aquella inquietud en él y había supuesto que se sentía a gusto y feliz con su gente, máxime cuando compartía el fuego con la Guardiana de la Diosa.

Su primera reacción fue intentar convencerlo de que no debía hacerlo. Pero aquello le descubrió al Autillo que su decisión estaba tomada. Que ya no podía demorar el regreso. Que allí no estaba ni su gente ni su destino. Ni Ababol. Las razones del Errante sobre el inmenso peligro al que iba a enfrentarse y cómo sus esperanzas al llegar a su destino podrían verse rotas, no solo no lo arredraron sino que lo estimularon. ¿Adónde iba? ¿Quién lo esperaba? ¿Qué destino tenía que cumplir ni qué puesto recobrar? Aquí, en el clan de los Tres Hermanos, lo tenía todo y era por todos envidiado. Todo ello y muchas cosas más le dijo su maestro y él las comprendía bien pero todo su ser se rebelaba. Debía volver. Aunque allá nadie lo esperara, no

tuviera siquiera un clan que pudiera llamar de los suyos y Ababol tuviera a un hombre en su fuego y estuviera amamantando a un hijo.

Cada día a partir de aquella conversación mantuvo largas conversaciones con su viejo maestro y este comprendió aquel impulso. El joven, en su zozobra, lo expresó con rotundidad:

—Siento dentro que estoy obligado a volver. Si no lo hiciera, lamentaría siempre no haberlo hecho. Y debo hacerlo ahora.

Y entonces el hechicero entendió que, en efecto, debía hacerlo, que aquella no era ni su tierra ni su gente y lo mismo que él ansiaba reencontrarlos aunque nadie lo esperara. Y recordó que en la montaña Mamut él mismo había dicho a quien había sido el discípulo que seguía su andada y luego su leal compañero que no quiso separarse de él para que no lo siguiera en su último periplo que no tenía por qué hacerlo y que a donde iba era su tribu pero no la suya. Y, sin embargo, él había decidido seguirlo y lo había hecho arriesgando su vida y salvando en una ocasión la suya. Él había librado al muchacho en varias ocasiones de la muerte pero no podía olvidar cuando el joven no había dudado en ponerse en el máximo peligro para salvar la suya.

A partir de entonces ya no solo no se opuso sino que se convirtió en cómplice y comenzaron ambos a preparar su itinerario. Le trazó el mejor camino, le insistió una vez tras otra en que no debía dejar, una vez en Gargas, el curso del río por su margen izquierda en la bajada. Que reconocería las juntas donde ellos habían dejado su curso subiendo y que ya más abajo no tenía que llegar en esta ocasión a la marisma de la desembocadura, sino que cruzara la tierra llana en dirección al poniente hasta llegar al Gran Azul. Le entregó algunas medicinas y le obsequió con un presente: una pequeña figurilla grabada en un canto con la cabeza de un bisonte. Ofició para él los mejores conjuros y rituales para que los espíritus lo protegieran.

El Autillo no le había dicho todavía nada a la Negra, pero esta parecía ya saberlo. Llevaba tiempo intuyéndolo. Y no hizo ni un mal gesto cuando él le comunicó que se marchaba. No lloró ni hizo otra cosa que abrazarlo aquella noche con más fuerza y con una pasión desbordada que no conoció ningún límite y parecía querer dejar en él una marca indeleble. Lo condujo a placeres y sensaciones de frenesí tales que parecía no poder reponerse hasta que de nuevo volvía a despertarle todos los sentidos y a saciarlo en nuevos placeres. En un momento le dio un salvaje mordisco en el pecho, de donde llegó a brotar algo de sangre. También le hizo un obsequio, amén de una bolsita de cuero con hongos para la fiebre, con semillas para la tos, con musgos y filamentos para taponar las heridas y cortar la sangre. Le puso al cuello un colgante. No llevaba prendido colmillo ni garra alguna, sino un pequeño gajo de marfil, muy fino, una pequeña y mínima luna naciente. Aquella mañana, como había hecho la noche que lo trajo hasta sus pieles, recogió sus cosas y con cuidado las depositó en el lugar donde había tenido antes su solitario fuego y encendió lumbre para que en el tiempo que aún le quedara no pasara frío.

Fue solo una noche, al siguiente amanecer se despidió de todos con el afecto con que a él también lo habían tratado, se quedó luego a solas con el Errante, para él siempre lo sería, quien sobre la cara le trazó con sus dedos unas rayas protectoras con ocre, le apretó fuertemente las dos manos y lo abrazó con fuerza, pero no salió a la boca de la gruta. Tampoco pudo ver a la Negra. No estaba en su cubículo cuando acudió para el último adiós, ni la pudo encontrar por la sala de los fuegos ni a la entrada cuando marchaba.

Ya salía el sol cuando inició el camino y bajó hasta el riachuelo. Allí se giró para contemplar por postrera vez la boca de la Cueva de los Tres hermanos, y donde la había visto a ella por vez primera la vio también por última. Lo miraba desde lo alto, flotando su largo y negro pelo al viento. Y al sentir en ella también la mirada del hombre, levantó sus dos brazos desnudos hacia los cielos e invocó a lo alto. El Autillo supo que la Negra imploraba para él la protección de la Diosa.

Quizá fue aquella invocación, pensó siempre después, la que llevó hasta él a la loba. Y hasta quizá fuera ella misma, o un espíritu de ella brotado, cual pantera convertida en loba gris, quien lo protegió en el viaje.

37

La loba

Vio por primera vez a la loba gris dos días después de dejar atrás las Grutas de Gargas, donde fue reconocido, bien recibido y le proporcionaron una noche de cobijo en sus fuegos y al amanecer le dieron algo de comida para seguir su camino. La loba se mostró dos noches después, merodeando alrededor de su hoguera, que había hecho pegada a la boca de una mínima covacha. La loba cruzó en varias ocasiones el semicírculo que la hoguera alcanzaba a iluminar, a prudente distancia, pero a la suficiente como para que el hombre pudiera comprobar que se trataba del mismo animal, que parecía estar solo y que además de tener sucio el pelaje, posiblemente de su propia sangre, renqueaba de su pata trasera, cuya parte superior parecía tener herida.

El hombre se comió asada parte de la provisión de carne fresca, un trozo de costillar de un jabato, que le habían dado en Gargás y tiró los huesos sin apenas brizna de carne alguna adherida a ellos. Luego echó toda la leña al fuego, se metió a la covacha y la taponó con piedras. Al amanecer salió de su escondrijo. El fuego estaba apagado y no había rastro alguno de la loba, pero tampoco el más mínimo de las costillas del jabato.

—Se ha comido hasta los huesos —musitó el viajero—. Tiene mucha hambre, está sola, herida y no puede cazar. Morirá pronto.

Pero aquella noche la loba se volvió a presentar ante su fuego. Debía haberlo seguido a distancia todo el día sin que él la detectara, porque a la loba le bastaba para seguir su rastro con los ojos de su nariz y podía hacerlo desde larga distancia. Aquella noche se acercó aún más y el hombre solo, anhelando cualquier compañía, hizo una cosa extraña con la que se sorprendió a sí mismo. Arrojó uno de los huesos del resto del costillar del pequeño jabalí con algo de carne pegada que no terminó de apurar a propósito. La loba, al ver el gesto del brazo, saltó hacia atrás en un brinco fulgurante de costado, sintiéndose amenazada, pues cuando un humano movía así el brazo lo que llegaba era la piedra o el venablo. Se retiró a la penumbra pero al poco salió avisada por su olfato y con una rápida carrera cogió la sobra y se marchó con ella en los belfos a comérsela en la oscuridad. Cuando el hombre se volvió a dormir, oculto tras otro refugio de rocas, merodeó alrededor del fuego casi apagado para dar cuenta de cualquier otro resto que hubiera dejado.

La rutina se fue prolongando día a día, mientras el hombre seguía sin desviarse la orilla del río. El animal aparecía todas las noches. Se debía haber alejado tanto de los suyos que no sabría volver o no podía hacerlo y aquellas sobras eran su única fuente de alimento porque seguía cojeando y eso debía impedirle cazar. Pero al Autillo las provisiones le estaban menguando mucho y cuando llegó a un lugar que le pareció

muy conveniente, pues vio abundantes rastros de caza, decidió detenerse un tiempo. Consiguió un refugio seguro y pudo hacerse con algunas pequeñas presas, dar también con algunos nidos de aves acuáticas y hasta alancear algunos peces que embarbascó en una poza. Le echó algo más de comida a la loba y esta se fue haciendo cada vez más confiada y osada en sus acercamientos. Ya no solo se mostraba por la noche sino que en todo momento aparecía por cualquier lado, llegando a sobresaltarlo en algún caso.

Pero el hombre se había acostumbrado a su compañía y cuando una noche se demoró en aparecer sintió que echaba de menos su presencia. Cuando al fin asomó ante la luz de la hoguera se puso contentó y le arrojó un trozo más grande de sus sobras. La loba seguía cojeando y con mal aspecto, aunque ya tenía el pelaje más limpio y posaba mejor la pata herida en el suelo. Aquel descanso le había venido tan bien como a él y cuando el Autillo abandonó aquel efímero campamento vio que, ya sin recato, lo seguía a cierta distancia y hasta parecía entretenerse acercándose y alejándose. Por la noche ya llegaba hasta el borde mismo de la hoguera y él tan solo dejaba caer el trozo de comida a sus pies para que se acercara de un salto.

El hombre comprobó que era una hembra joven, apenas una cachorra del año anterior, y que era muy probable que la herida de la pata trasera se la hubiera hecho algún congénere. Posiblemente otra hembra. Sabía que los lobos machos se disputaban la jefatura, pero que también lo hacían las hembras: cuando alguna rondaba al macho dominante, su compañera, la que se apareaba con él y paría los cachorros, se lanzaba contra la rival y la obligaba a huir a dentelladas. Tal vez había sucedido algo así. Desde luego, la joven loba había sido expulsada de su manada y lo había sido a dentelladas. Estaba pues tan sola en la llanura como lo estaba el hombre.

Una de aquellas mañanas se produjo el incidente decisivo en su vínculo. Al despertarse el hombre, tras haber pasado la noche en el tronco de un árbol hueco, vio por una rendija en su corteza que en el pequeño prado pastaba confiado un corzo macho. Sin hacer ruido alguno, con los pulsos agitados y con la ansiedad de saber que aquella presa le suministraría comida para muy buena parte del viaje, armó en el propulsor la más ligera de sus azagayas y la lanzó, aunque con bastante dificultad, por la abertura. Alcanzó al animal en su cuarto trasero y este dio un salto y ya se perdía de vista. Salió a escape tras él con otra azagaya cargada, pero tras meterse en el sotobosque, solo alcanzó a encontrar caída la que había lanzado, con la punta del pedernal machada de sangre y algunas gotas por el suelo. Siguió un trecho muy desalentado pues estando el corzo con una herida tan somera iba a resultarle casi imposible su cobro. Perseveró porque la lanza sí había entrado con fuerza y, si le había llegado algo a los ijares, podía tener una posibilidad, y además a cada trecho iba dando con gotas de sangre que lo estimulaban a no abandonar.

Fue entonces cuando sucedió todo y lo dejó atónito. La loba también había seguido la pista. Con el hocico pegado a la hierba taloneaba tras el corzo herido, y el hombre, al percatarse, echó a correr a todo lo que le dieron las piernas tras ella. Le

sacaba cada vez mayor distancia, pero al asomar a un claro la vio detenida y le señalaba un cogollo de espinos y brozas, ya que daba vueltas alrededor de aquel escondrijo. Supo que había localizado al corzo herido. Se acercó procurando ganarle la espalda al animal emboscado y cubriendo el lado opuesto de la loba. Justo cuando alcanzaba su postura, el corzo buscó el escape con un potente salto. Pero el Autillo estaba muy cerca y atento. Al primer salto apuntó la azagaya y al segundo la lanzó adelantando la mano. El corzo fue alcanzado en el costillar y, tras tropezar en el aire, cayó e intentó arrastrarse. La loba llegó antes y se le tiró al cuello. El animal agonizaba ya en un último pataleo cuando el hombre la remató, la loba se apartó entonces, con un tajo del cuchillo en el garganchón para que se desangrara y le puso ritualmente la última brizna de hierba en la boca, como le habían enseñado a hacer desde niño. Se separó del cadáver para preparar una horquilla en un árbol y se dispuso a desollarla y descuartizarla. Pero la loba, ansiosa y muerta de hambre, había comenzado a lamer la sangre y el hombre la dejó hacer. Recuperó su azagaya y la alejó para que no comenzara a comerle los menudos. Lo evisceró y le echó las tripas y el bofe que la lanza había destrozado y la loba se sació con ello. Logró descuartizarlo rápidamente y, quedándose con los perniles de atrás y las paletas delanteras, le sacó los lomos y se fue cuanto antes, no fuera a ser que el olor de la sangre alertara a otras fieras. La loba se resistía a abandonar la presa y se quedó sobre ella mientras él se marchaba.

En el tronco hueco donde había pasado la noche, lo metió todo en el zurrón, y lo que no le cupo, en una bolsa de cuero, y reemprendió el camino. La loba no apareció ante su vista hasta la mañana siguiente. Al verla reaparecer, el Autillo no pudo evitar sonreír. Ella también se había traído algo, pues no soltaba un buen trozo de costilla de la boca, y pareció hasta saludarlo con un gesto del rabo, que hasta entonces había llevado encogido entre las piernas.

Desde aquel día, la loba ya lo seguía muy cerca en el camino e incluso se adelantaba explorando el terreno y volviendo con gestos que él cada vez iba entendiendo mejor para avisarle de lo que podían encontrar por delante. El Autillo comprendió que discernir aquellos gestos de la loba podía servirle de mucho pues eran avisos que podían hasta salvarle de la acechanza de las fieras. La manera de envarar el cuerpo, pero, sobre todo, cuando envelaba las orejas como advertencia o fruncía los belfos entre el miedo y la amenaza comenzaron a ser para él las señales mismas de un vigía adelantado. El oído y el olfato de la loba iban siempre por delante, y cuando se detenían, era el mejor avisador de la presencia de cualquier fiera que se emboscara en la oscuridad. El animal se acostumbró a poco a dormir en el círculo mismo de la luz de la hoguera, aunque temía a la llama, a la brasa y al tizón, pero sin duda gustaba de su calor. Con la loba el hombre se sintió más seguro y fueron recorriendo el largo río hasta que un día llegaron ya a las llanuras y a los altos pastizales. Fue entonces cuando dieron vista a los enormes mamuts y estuvieron a punto de sucumbir ante la manada de los cavernarios.

La manada de leonas, apareciendo entre las hierbas, los sorprendió en campo abierto y alejados en demasía del río, donde el hombre podía haber intentado la huida a nado en el peor de los casos. Pero las leonas les cortaron por allí la retirada. La loba huyó hurtándose entre las hierbas en una sinuosa carrera. Pero el hombre no podía hacerlo y se lanzó para alejarse de las garras de los felinos que sin demasiada prisa vinieron tras él, seguros de alcanzar su presa, hacia el rebaño de mamuts que pacían tranquilos en un terreno encharcado. Vio una enorme hembra y su cría y fue en su dirección. Los leones apretaron su carrera pero la mamut levantó la trompa y lanzó un barrito de alarma que hizo levantar a todo su rebaño las suyas. La cría se refugió junto a su madre y a su alrededor se concitaron otras hembras prestas a ayudarla. Supusieron que los leones pretendían cazar a la pequeña. A los mamuts no les gustaba nada la presencia de los grandes leones, eran los únicos, con la excepción del escaso dientes de sable, que podían hacer presa en las crías e incluso matar a un joven si lo cogían aislado. Las hembras formaron un frente ante las leonas, que se detuvieron en seco y se camuflaron aplastándose entre las hierbas.

El Autillo había conseguido colarse entre dos de los gigantescos animales y pasar al otro lado del rebaño poniendo a los mamuts entre él y los felinos. Los paquidermos, sorprendidos por su irrupción, habían dado también algún barrito pues temían más que a los cavernarios las lanzas de aquellos seres que corrían tan extrañamente solo sobre dos patas, y habían abierto un poco su línea, por la que el Autillo consiguió colarse.

La mamut con la cría, sin embargo, no estaba dispuesta a que los leones se quedaran allí emboscados. Así que con otras de sus hermanas lanzó una poderosa carga buscándolos en sus escondrijos. Al ver llegar a aquellas moles cargando, los leones intentaron retirarse sin dejar de plantar cara y luego salieron huyendo al trote. Nada podían hacer ante aquellas inmensas patas y aquellos gigantescos colmillos.

El hombre comprobó que la ancha planicie continuaba aguas abajo y prefirió mantenerse al resguardo, a distancia de los grandes paquidermos, que parecían seguir también su rumbo. Se acogió a su orilla por si necesita zambullirse en una emergencia y se decidió a pasar allí la noche pues el crepúsculo ya estaba dando paso a la penumbra. Consiguió alcanzar una roca bastante grande en un lado de la corriente a la que pudo llegar vadeando y, tras acarrear unos brazados de leña, encendió un pequeño fuego. En medio de la noche, en la que veló atemorizado, oyó con miedo un chapoteo en el agua. Aprestó su lanza pero quien apareció fue la cabeza de la loba, que llegaba chorreando, y nada más poner el pie en la roca se sacudió el agua lanzándola en todas las direcciones. Con su compañía, el hombre hasta se atrevió a dormir un rato.

Al día siguiente continuó siguiendo de cerca al rebaño de mamuts, que se había adentrado en la estepa y parecían reunidos en torno a algo. Movían sus cabezas y con sus trompas parecían estar palpando alguna cosa que había en medio de un pequeño claro pelado. Se demoraron allí un buen rato y, al final, aunque la hembra más

grande, la matriarca del rebaño, volvió de nuevo al lugar y se quedó todavía allí un tiempo, reemprendieron la marcha. Cuando la matriarca volvió al río y todos la siguieron, el Autillo, curioso, quiso conocer la causa de su movimiento y en la distancia le pareció ver blanquear algo. Se acercó y encontró el motivo de la parada de los mamuts: la osamenta de uno de ellos, con su enorme cráneo mondo que aún mantenía los colmillos. El hombre se quedó también un rato junto a aquellos huesos. La actitud de los mamuts junto a uno de los suyos, ya muerto hacía mucho tiempo, le provocaba una cierta desazón, la de algo que no acababa de comprender. Luego pensó que, de haber estado cerca del campamento, hubiera utilizado aquellos huesos y aquellos enormes colmillos, pero desde luego él no podía acarrearlos. Los mamuts se perdían en la lejanía y optó por apretar el paso para no perder el contacto. La loba y él volvieron a dormir esa noche en otra roca sobre el río.

Al amanecer siguiente los mamuts habían desaparecido y ya hacía dos días que tampoco había señal alguna de los leones. Las noches eran cada vez más frías y ansiaba ver las juntas por donde se había desviado en su camino junto al Errante y dirigirse cuanto antes ya hacia la costa. Pondría desde allí dirección a poniente, abandonando la ribera, y así llegaría cuanto antes al Gran Azul. Junto a él se sentiría más a salvo.

A la unión de los dos grandes ríos, el que venía de las montañas de los Hombres del León y el que corría desde la aún más altas cumbres que cerraban el horizonte de las Grutas de Gargas, lograron el hombre y la loba llegar sin contratiempo. Decidió entonces lanzarse llanura adelante recto hacia el poniente, al encuentro del Gran Azul. Habría de conseguir atravesarla antes de que las ventiscas de nieve lo envolvieran en aquella estepa pelada y el vendaval se convirtiera en una fiera aún peor que los cavernarios que habían estado a punto de hacerle su presa.

Pero la tormenta los alcanzó. A los pocos días de dejar el río, una tarde, de pronto y en nada, se convirtió en noche, las nubes vinieron desde el mar y lo cubrieron todo, chocaron entre ellas ennegreciendo los cielos y luego haciéndolos estallar y retumbar. Bajo la tormenta el hombre se sintió minúsculo, un ser atemorizado e impotente. Caminó a toda prisa hacia una pequeña estribación que distinguía en lontananza, allí quizás encontraría algún refugio. Pero antes llegó furioso el chasquido terrible del relámpago, que con su resplandor los dejaba paralizados, tanto a él como al animal que caminaba, atemorizado también, a su lado. Tras el brillo cegador del rayo cayendo sobre la tierra con aquel crujido que parecía que iba a hendirla y abrir en ella las simas más profundas, se producía aquel retumbar profundo que parecía hacer temblar todo el espacio. La lluvia, muy fría y con muy gruesas gotas, golpeaba con saña la capucha de la prenda de abrigo y la cara, pues el vendaval les daba de frente haciéndole penoso avanzar. Pero había de seguir, todo menos detenerse si no quería perecer allí. Supo que, en cuanto avanzara la noche, la nieve sustituiría al agua y lo acabaría por cubrir todo. La loba, con el rabo entre las piernas, afilando el hocico en dirección al viento, las orejas gachas, caminaba a su costado intentando buscar la

protección del hombre.

El agua caía como un torrente y ya había empapado todas sus ropas, sus botas pisaban cada vez más trabajosamente sobre el barrizal en que se iba convirtiendo toda la planicie, corrían regatos en todas direcciones, habían de atravesar en ocasiones balsas arcillosas y el trueno y el relámpago parecían no querer dejar de rechascar y prender aquel fuego sobre sus cabezas. Tropezó y cayó un par de veces, falto de fuerza, y volvió a levantarse cada vez más exhausto. Al fin, entre la cortina de agua, vislumbró aquella pequeña cresta que era su esperanza y hasta allí, donde ya habían comenzado a caer copos de nieve, se dirigió tambaleándose. Había algunas rocas, pero no parecían ofrecer cavidad alguna en la que meterse. Tras recorrer la pequeña pared y desesperar casi, dio con una grieta entre dos grandes piedras. Aquello sería mejor que nada. Pondría la pelliza encima y allí intentaría aguantar la noche. Se introdujo hasta el fondo, apenas si cabía su cuerpo y por las paredes caía torrencialmente el agua, pero comprobó que la piedra tenía un último recoveco donde ofrecía un mínimo refugio. Se quitó la pelliza empapada y la colocó de tal forma que ayudara a proteger el reducto. No podía ni pensar en encender fuego y temía que el frío iba a ser terrible aquella noche. Se acurrucó como pudo. Entonces sintió entrar a la loba y apretarse contra su cuerpo. Estaba también empapada, pero pareció irse secando y su cuerpo peludo comenzó a darle algún calor. Apretados el uno contra el otro, tiritando el hombre, hecha un ovillo la loba, esperaron con resignación la llegada del alba. Si es que la luz del día volvía sobre la tierra, pues durante toda la noche a pesar de algunas treguas la tormenta prosiguió feroz, aunque al cabo el trueno se alejó y el rayo fue rasgando el horizonte cada vez más lejos. La nieve siguió cayendo, pero ahora ya más blandamente.

Al insinuarse el amanecer, el Autillo vio que la llanura entera estaba ya blanca y sobre el tapón de la pelliza se había depositado una gruesa capa. Tanta que los había protegido. El hombre se incorporó aterido, buscando desesperado alguna broza seca en cualquier agujero con la que comenzar un fuego, pero la loba pareció alegrarse con la nieve y comenzó a hacer cabriolas sobre ella, jugando con los copos.

Tras muchos esfuerzos y desesperación, el Autillo logró acumular un poco de broza y algunos matojos y arbustos mojados. Un descubrimiento le trajo por un lado la furia y por otro la alegría. A nada de donde había pasado la noche había un refugio que no había detectado la noche anterior. Una pequeña covacha cuya entrada tapaban matojos y una planta muerta y descuajada casi al completo. La tormenta le impidió verla pero ahora fue providencial encontrarla. Allí llevó todo lo que había acopiado y se introdujo en ella arrancando también las plantas de la entrada. Aquello serviría para una primera lumbre, poderse quitar sus ropas e intentar secarlas. La prenda de abrigo había aguantado, pero la pelliza, las polainas y las botas necesitaban el fuego para secarse. Sacó el hongo yesquero y los pedernales que había protegido pegados a su propio cuerpo en una bolsa hermética y dentro de una piedra redonda y casi totalmente hueca. Le costó varios intentos encender pero consiguió prender la chispa

y al fin brotar la llama. La visión del fuego, antes incluso que su propio calor, le llenó los ojos de esperanza. Extendió sus ropas empapadas para que se secaran cuanto antes y, procurando ir quemando poco a poco la leña de la que disponía, comió con verdadera ansia pues necesitaba recuperar fuerzas y le dio también una buena ración a la loba, que vino rápida al olor de la carne. Bebió agua que caía en un pequeño chorro por encima de la entrada del refugio y se sintió revivir. Luego se quedó mirando al animal y comprendió que quizá vivía por ella. Su calor lo había salvado. Entonces comenzó a pensar que aquella loba era alguien enviado por la Negra, o tal vez su espíritu mismo. Que era la hechicera quien había puesto a la loba en su camino, que era la propia mujer la que alentaba en ella y por eso se había acercado a él. Porque los lobos no cazan con los hombres, ni los hombres comparten su comida con los lobos, ni los lobos y los hombres duermen juntos, ni el calor de la bestia sirve para que el hombre sobreviva a la helada. No había sido así nunca, pero ahora lo había sido. Y aquello solo podía ser algo que el conjuro de la Negra hubiera trazado.

Consiguió ir secando su impedimenta y cuando pudo vestirse y calzarse salió a la búsqueda de más combustible para la hoguera y repeló hasta el último matojo de la cresta. Pasaron la noche en aquel reducto y el Autillo lo disfrutó como si fuera uno de los lugares más confortables y cálidos en los que había estado. Comieron de nuevo en abundancia y, con la loba enroscada ante la hoguera, el hombre cayó dormido profundamente. Al despertar, el sol ya iba alto, el cielo estaba azul y la tierra era por completo blanca hasta donde llegaban sus ojos. Pero allá al fondo, en dirección al poniente, aquel azul que ahora alegraba su vista se toparía con el otro del agua inmensa, del Gran Azul cuya orilla buscaba, y que ya no podía estar lejos. Estaba alegre, miraba al animal y todo encajaba: la Negra no lo había dejado solo. No volvería a verla nunca pero ella había querido seguir con él enviándole su espíritu y su protección en aquel cuerpo de loba. Ese mismo día reemprendieron el camino, la loba ahora por delante, abriendo un pequeño surco en la nieve, y él detrás. La primera noche lograron un buen refugio y abundante leña y antes de la segunda divisaron ya las grandes aguas y durmieron en una cueva profunda del acantilado, sobre la suave arena.

38

El jefe de los Primeros Hombres

Cuando la fila de cazadores del Valle de los Primeros Hombres con el Mayor a la cabeza partió aguas abajo del río hacia los bosques del naciente en la primera gran expedición tras las Lunas del Hielo, Nublo sabía, siguiendo los pasos del jefe por la nieve aún no desaparecida del todo, que uno de los dos no volvería a ver las hogueras del clan. El Mayor tenía la firme voluntad de matarlo. Lo sabían ambos y lo sabían todos y cada uno de quienes los seguían por la senda.

Durante todo el invierno la tensión había ido haciéndose insoportable y en una ocasión el estallido pareció definitivo. El jefe llegó a golpearlo con la mano en la cara y hacerle caer de la piedra donde estaba sentado al lado de la lumbre cuando fue a coger un trozo de carne que estaban asando. Nublo rodó por el suelo e hizo un ademán de responder a la agresión. El otro lo estaba esperando. Pero él contuvo su furia y optó por alejarse al otro extremo de la hoguera. La humillación fue más allá, pues el jefe, al acabar de comer el trozo de carne, le arrojó el hueso mondo y pelado con una brutal risotada que algunos celebraron.

Desde aquel día Nublo escapaba de la cueva en cuanto la inclemencia lo permitía. El Mayor se sentía complacido pues varios cazadores, al ver cómo Nublo era incapaz de enfrentársele, lo fueron abandonando y se alejaban de su cercanía. Pero más le hubiera valido al Mayor comprobar a qué se dedicaba el otro en sus salidas solitarias.

Nublo no había olvidado el uso que los Oscuros hacían de sus propulsores y sus finas y ligeras lanzas. Y aunque había fracasado en sus intentos de usarlos, siguió insistiendo y a la postre consiguió alcanzar un blanco a diez pasos y con la suficiente fuerza para que la punta de sílex se clavara hondamente. Procuró elegir objetivos blandos, montones de nieve en muchos casos, para sus pruebas, pues solo le quedaba una punta y desde luego esta era mucho más cortante y penetrante que las que ellos hacían en el valle, donde era difícil encontrarlo, y por eso las lanzas de los primeros Hombres relucían al sol pues sus puntas eran de cristal de roca.[76] Había comprendido que de aquellos artilugios arrebatados a sus enemigos iba a depender su vida. En una pelea donde el jefe pudiera emplear la fuerza de sus brazos, asestar su maza o arremeter con su lanza él sucumbiría. Su única posibilidad era hurtar el cuerpo a cuerpo y lograr herirle a distancia y así irle mermando sus fuerzas. Al final del invierno había conseguido avanzar bastante con su técnica de lanzado, había destrozado del todo la azagaya ya deteriorada, que hubo de tirar, pero logrado conservar intacta y con su punta en perfecto estado la otra.

Ahora, caminando tras el jefe hacia aquel primer campamento de caza, ambos sabían que había llegado el momento. El Mayor podría matarlo con mayor impunidad que ante los ojos de todos los fuegos, de las mujeres y de los ancianos. Los cazadores

callarían. Aunque fuera contra él sin que mediara desafío alguno. Tendría que combatir o huir y abandonar el valle para siempre. Y eso Nublo no estaba dispuesto a hacerlo.

La primera de las noches en campo abierto, observándolo fijamente a través de las llamas, el Mayor decidió que aquel maldito medio Oscuro no llegaría a la siguiente. Lo miró tan fijamente que el otro sintió la mirada y levantó la suya. Por unos instantes ambas se cruzaron y se sostuvieron. El Mayor la completó con una mueca de risa y de desprecio. Nublo hizo como que volvía a mirar a la hoguera. Pero supo que ya no le quedaba otro remedio que combatir.

Pero no iba a ser el jefe quien eligiera el momento del ataque, sino que, y eso desconcertaría al otro, sería él quien iniciara la ofensa, y así el combate. También había pensado mucho en cuál podía ser el momento más favorable para pillarlo desprevenido. Al ver cómo el Mayor preparaba sus pieles para dormir, cayó en la cuenta de un detalle que podía darle un resquicio de ventaja y hasta una posibilidad de victoria. El jefe solía dormir, tras apropiarse del mejor lugar para aprovechar el rescoldo de la hoguera, despojado de una gruesa piel de bisonte que le envolvía la parte superior del cuerpo. Ponía en el suelo otra que llevaba en el zurrón, se tumbaba y se tapaba con la que se había quitado.

El jefe del Valle de los Primeros Hombres había dispuesto que Nublo no vería ya la hoguera del campamento la noche siguiente, pero no esperaba que al rayar el alba una patada lo sacara del sueño, y al incorporarse, se encontró a Nublo ante él, desafiante, retador y amenazante con un venablo. Una pequeña y ridícula azagaya que llevaba en la mano.

El Mayor lanzó un rugido de rabia y hasta de júbilo, pues había esperado aquello largo tiempo, y a sus grandes voces se levantaron todos los hombres que aún dormían. Rápidamente, echó mano a la maza que siempre dejaba a su lado, al igual que la larga lanza, y enfebrecido por la inminencia de la pelea, no se arrolló la gruesa pelliza de piel de bisonte al cuerpo antes de lanzarse sobre el otro con su peludo dorso al descubierto.

Nublo, aquella noche anterior, tras comprobar que el jefe ya roncaba al lado de la hoguera, lo primero que había hecho había sido irse más allá de la luz de la hoguera y aprestar su propulsor y la azagaya que conservaba intacta, la que le había quitado al Oscuro que mató en el Paso de la Cascada de Navafría. Aquella fina lanza era la que podría darle una oportunidad si el Mayor al levantarse bramando no se ponía la piel de bisonte, pues sin su protección su punta penetraría mucho más hondamente en su carne. Pero también sabía que esa sola herida no sería suficiente para detenerlo y que si, aunque mermado lograba alcanzarle, estaría más enfebrecido y su ataque sería terrible. Si lograba poder utilizar la maza y aún peor si conseguía agarrarlo, estaría muerto. Para intentar frenarlo, lanzada la azagaya, habría de usar su lanza larga, la de arremeter, a la que también llevó con él al amanecer y la clavó en el punto hasta donde pensaba retroceder, antes de acercarse donde dormía el Mayor y patearlo con

fuerza.

El Mayor blandía su maza y se bamboleaba antes de cargar para aplastarlo de un solo golpe. Se lanzó como un uro al ataque. Pero no había ni siquiera dado dos brincos en su carga cuando fue a él a quien le llegó la herida, la fina lanza encontró su carne, la penetró muy hondo y la punta asomó por el otro lado. La azagaya no le había alcanzado en el pecho, ni siquiera en la parte alta del estómago, pues había llegado baja y ladeada. Le entró por los blandos, por la tripa, en un costado, justo por encima de la cadera.

Aquel impacto no hizo caer ni detenerse al Mayor, pero si trastabillar un instante, lo que otorgó otro a Nublo para zafarse y correr. Hacia un lado y hacia atrás donde la noche anterior había dejado clavada su lanza. El jefe bramaba y se miraba la herida de la que salía sangre y otros jugos del cuerpo. Aquellas heridas no mataban al momento pero eran de las que hombres y bestias morían. Su rabia creció aún más y se lanzó de nuevo a intentar acorralar y aplastar como fuera a su contrincante. Intentó quitarse aquel venablo que lo atravesaba pero no vio cómo hacerlo sin provocarse un desgarro brutal. Optó entonces por romper su astil para que al menos no lo estorbara tanto. Lo sujetó con una mano y con la otra lo partió dejando tan solo un palmo sobresaliendo de la carne. El alarido de dolor que soltó culminó en un nuevo bramido de furia. Vio que Nublo empuñaba la lanza larga del clan, recogió su maza y se lanzó contra él.

El Mayor había comprendido que debía cambiar de táctica y que no podría abatirlo de un solo golpe en la cabeza, sino que tendría que irlo acosando y, con golpes laterales, penetrar en su defensa. En cuanto el otro cayera podía machacarle el cráneo. Quizás él se moriría de aquella herida, pero antes se comería los sesos de Nublo.

El Mayor era un luchador formidable. Fintaba hacia un lado y hacia el otro con grandes saltos laterales y lanzó un golpe que estuvo a punto de hacer caer la lanza de la mano a Nublo, que hubo de recular dando traspiés. Fue cuando el Mayor pudo matarlo. El siguiente golpe le llegó a rozar el hombro despellejándoselo. Perdió pie, pero no cayó y buscó de nuevo distancia. El Mayor entendió que esa era la manera de vencerlo e intentó la misma táctica de nuevo. Primero un golpe lateral que Nublo intentaría contener o desviar con la lanza. Lo desestabilizaría y luego con un salto hacia delante asestaría el definitivo golpe a la cabeza. Aunque igual era si le alcanzaba en el hombro. Caería.

Pero ahora Nublo lo esperaba y utilizó sus piernas, más ágiles y rápidas. No intentó parar el siguiente golpe sino que saltó como un felino hacia atrás. La maza solo encontró el vacío y quien perdió entonces el equilibrio fue el Mayor. Ya no iba a poder recuperarlo. Aprovechando aquel mínimo vacile, con la misma rapidez Nublo saltó hacia delante arremetiendo con la lanza larga y esta vez sí la clavó justo en el centro del corpachón del jefe, que cayó hacia atrás soltando la maza que tantas cabezas de hombres y bestias había aplastado.

El Mayor quedó allí tendido, haciendo aún esfuerzos por levantarse, pero hasta él mismo se daba cuenta de que ya estaba muerto. Aun así, miró hacia donde estaba su lanza larga, sabiendo que ya no podría alcanzarla, y a la pelliza de bisonte que no se había puesto antes de iniciar el combate.

Nublo se acercó sin precipitarse. El Mayor intentaba sacarse la lanza con manos convulsas. Nublo la cogió por el mango, la puso en vertical y con un alarido la empujó con todas sus fuerzas clavando al Mayor firmemente en el suelo mojado. El resto de los cazadores se acercaron a ver cómo su jefe agonizaba y, tras una última bocanada de sangre, soltaba las manos de la lanza clavada, extendía sus gigantescos brazos, soltando el astil, y moría.

Nublo desclavó con esfuerzo su lanza larga ayudándose con los pies apoyados en el cuerpo de su enemigo y luego poniéndose de rodillas le dio la vuelta al cadáver para extraer su azagaya rota. La limpió cuidadosamente en la hierba de la sangre y de los trozos de intestino que se le habían adherido. El astil de fresno podría sustituirlo fácilmente.

Todos lo miraban expectantes. Nadie hizo un gesto siquiera de retarlo. El grupo de los jóvenes que lo habían seguido en su expedición para capturar hembras Oscuras fue el primero en ponerse a su lado, luego lo fueron haciendo todos y no fue de los últimos el Mellado, quien había sufrido de muchacho la primera derrota a sus manos. Uno a uno lo acabaron rodeando y aceptando su jefatura. Se quedaron esperando su decisión mientras contemplaban el corpachón del jefe muerto, al que todos habían temido y seguido.

Nublo también lo miraba en silencio. No había pronunciado aún palabra alguna y todos la esperaban.

—El Mayor fue un poderoso jefe. No lo dejaremos aquí para que se lo coman los lobos o los buitres, ni tampoco lo enterraremos y que se pierda su carne. Aún servirá al clan sobre el que mandó. Lo honraremos y su cráneo lo colocaremos al lado del de su hermano.

La fila de los cazadores del Valle de los Primeros Hombres aprobó sus palabras. El medio Oscuro conocía y seguía las viejas costumbres. La carne de un jefe tan poderoso trasmitiría fuerza al clan entero. No era igual que cuando se comían la de un Oscuro, que era una carne como la de un jabalí o un corzo, pero esta era la de un jefe de su tribu que había matado a muchas grandes bestias, a Oscuros y hasta a hombres que se le habían enfrentado. Ahora él había sucumbido y su fuerza pasaría a todos. Antes que nadie y por encima de cualquiera, a su matador. Nublo tenía derecho a comerse su cerebro.

Y con los sesos se deleitó Nublo cuando volvieron al Valle, llevando al Mayor por turnos, tendido en su propia piel de bisonte.

Las mujeres los vieron venir y los muchachos salieron corriendo a su encuentro. Los ancianos miraron a Nublo esperando alguna señal, pero este no les hizo ninguna. Recorrió fuego por fuego para decirles a todas las mujeres que no les faltaría comida,

que de inmediato saldría de nuevo con los cazadores y que traerían abundante carne. Y las mujeres se musitaron unas a otras que sería un buen jefe, que proveería para todos y que no dejaría morir a los niños. Las hembras, a solas con la Sanadora, prepararon una bebida y salmodiaron en honor del nuevo jefe un conjuro.

Y él cumplió su palabra. Dos días después salía con sus cazadores y antes de que aquella luna comenzara el declive había vuelto con la primera carne fresca. Había logrado entrampar a una tropilla de caballos y su jefatura empezaba con las tripas de su tribu llenas y la puerta de la cueva en frenética actividad ahumando carne, secando pieles y contando los cazadores sus hazañas en la batida.

Nublo mantuvo a lo largo de todo el periodo de buen tiempo una actividad continua. Nunca se habían realizado tantas salidas ni de caza ni de recolección, ni se había llegado tan lejos en todas las direcciones. No solo a lo largo del río que venía de poniente a naciente, sino que también atravesó las montañas de los Fontanares hacia el sur, donde encontraron otro valle con mucha caza, y tras él otra cadena de cimas aún más altas, y al cabo volvieron con mucha carne, sobre todo de íbice, pero también con la nueva de que al otro lado de aquellos picos habían encontrado otro clan de Primeros Hombres y que se habían saludado con ellos. Que les habían señalado dónde moraban y que alguna vez los clanes se reunirían. Y esos les habían dicho que más allá de ellos, hacia el sur, había todavía más hombres.

Aquella temporada Nublo no hizo por ascender al paso de la montaña que separaba su territorio del de los Oscuros. No era tiempo todavía. Cazaron a media ladera y no quiso llegar nunca a la divisoria de aguas. Pero Nublo pensaba mucho en ello. Primero debía consolidar todo su poder, y si podía, establecer alianzas con otros hombres, como aquellos con lo que se habían encontrado. Había derrotado y matado a los Oscuros. Les había quitado a sus hembras y estas habían dado hijos al clan de los Primeros Hombres. Él había emprendido ese camino y era el que seguiría. Ahora era tiempo de aprovisionarse para atravesar el frío que ya comenzaba a sentirse en las alturas y que no tardaría en llenar de nieve el Valle de los Primeros Hombres, que ahora tenía un nuevo jefe, aunque este fuera hijo de una Oscura.

39

Lobo Alto

Los cazadores vieron venir a aquel hombre a quien precedía un lobo y echaron mano de sus propulsores y sus lanzas. Luego uno de ellos vio algo familiar en aquella silueta y otro acabó por reconocerlo.

—Era quien marchaba junto al Errante. Aquel que encontró la ballena.

—El Gran Chamán no viene con él.

—Camina con un lobo.

—Los hombres no caminan con lobos.

—Pues uno lo precede en la senda. No lo huye sino que a cada trecho vuelve la cabeza y parece esperarlo.

Los hombres de Armintxe discutían y miraban desde lo alto a las dos figuras que lentamente se iban acercando. Tenían memoria del chamán, compartían con él su tótem y había celebrado rituales para protegerlos. Tenían memoria del joven que lo acompañaba, al que habían recibido también en su cueva. Era quien ahora regresaba. Pero no tenían memoria alguna de que el hombre y el lobo caminaran juntos. Los lobos y los hombres se disputaban las presas, y si podía, el hombre mataba al lobo y le quitaba la piel, y si podía, el lobo se comía al hombre.

El Autillo había visto desde mucha distancia el humo del clan. Iba a encontrarse con otros hombres después de mucho tiempo sin ver ninguno. Necesitaba ahora su compañía y su cobijo, pues las Lunas del Frío ya estaban encima y la primera a punto había estado de acabar con él congelado en medio de la ventisca. El calor de la loba lo había salvado. Pero ahora sabía que era muy difícil que los hombres aceptaran recibirlo llevando como compañía a aquella fiera. Tampoco sabía cómo reaccionaría el animal, si huiría o se lanzaría al ataque sobre el primer hombre extraño que se le acercara.

Había meditado mucho sobre aquello desde que alcanzaron la línea de costa. El viaje se hizo entonces algo menos peligroso y pudo rebajar en cierta parte la tensión constante que había mantenido desde que abandonó la cueva donde había vivido con la Negra.

Era aquel recuerdo el que iba quedando atrás, cada vez más lejano, como si en cierta manera permaneciera ya para siempre en un pasado al que no retornaría, como algo que sentía como dejado atrás definitivamente. Pero, si asomaba a su memoria, una oleada de gratitud y de cariño lo envolvía. El recuerdo del Errante, cuyos pasos había seguido por tantos lugares y durante tanto tiempo, ahora el brujo más poderoso de aquellos territorios montañosos que había conocido y a los que nunca volvería.

Echaba de menos al Errante, pero si miraba a la loba que caminaba ante él, otro recuerdo, más intenso, todavía envuelto en olores y tactos, lo estremecía: el de

aquella mujer hermosa, misteriosa y llena del poder de los hechizos. La Negra lo había convertido definitivamente en hombre. Porque un muchacho siempre se habría quedado a la sombra del chamán y cobijado en los brazos de la hembra. Pero ser ya un hombre lo había llevado a pensar en su propio camino y emprenderlo, dejándola. Y en su recuerdo estaba siempre Ababol.

Él no tenía visiones, como el Errante, pero en algunos momentos del viaje, sobre todo en los días de la tormenta de nieve, volvió a sentir que la hechicera no lo había abandonado, que la pantera se había convertido en loba. Ella seguía amparándolo.

Pero los hombres no la aceptaron. Cuando ya estuvo al alcance de la voz, los cazadores lo llamaron por su nombre y él respondió al saludo. Le daban bienvenida y le dejarían sitio en su fuego pero aquel lobo no podría subir con él. Si lo hacía, le clavarían sus lanzas.

El Autillo les pidió a algunos que descendieran para hablar. Clavó sus lanzas en la tierra y encendió un pequeño fuego. En cuanto los hombres del clan bajaron, la loba desapareció en la espesura. Él sabía que no andaría lejos y estaría emboscada, teniéndolos a la vista y atenta a lo que hacían.

—El lobo se ha ido. ¿Camina contigo?

—Sí lo hace. Desde hace casi dos lunas. Caza también conmigo y duerme a mi lado. Estaba herida y muy débil. Comió de las sobras y se acostumbró a seguirme. Ahora no se separa de mi lado. Vela por mí y yo la protejo. Es una hembra, es una loba. Es joven.

—Tú eres bienvenido a nuestra cueva, pero el animal no puede entrar y si se acerca lo mataremos. Los lobos comen carne y en nuestro clan han matado y se han comido a algún niño.

—No entrará, y yo tampoco si no queréis que lo haga.

—Eres quien venía con el Gran Brujo, tú eres el que encontró la ballena. Es alegre verte, pero ¿dónde está el chamán al que acompañabas?

A fin de que les contara lo sucedido, lo invitaron a acogerse a su gruta y a sus fuegos. Debía de contarlo para todo el clan porque todos respetaban la memoria de aquel hombre con el que iba y querían saber cómo había sido su camino y más aún cuando les dijo que ahora era el Hombre León, el chamán de todas las cuevas de las montañas que tenían al cavernario como tótem. Pero para que la loba no huyera más lejos dejó allí, al lado del pequeño fuego que había encendido, algo de comida para ella y al lado de un árbol una de sus camisas de cuero. Había comprobado que la loba gustaba de hacerse un ovillo al lado de algo que mantuviera su olor y allí se quedaba esperándolo.

Enviaron corredores ante él, como cuando iban de ida, para que avisaran al clan siguiente de que llegaba y que no se alarmaran porque caminaba con una loba. Que lo recibieran con hospitalidad y le dieran comida y cobijo como se la habían dado a su maestro. Pero que ellos no le habían dejado entrar en su cueva porque los hombres ni caminan ni duermen con lobos.

Fue a Bela, el Cuervo, el chamán de Armintxe, a quien el Autillo debió su definitivo nombre. Allí, donde el Hombre León había sido reconocido como portador de la seña del tótem que a ellos también protegía, la estancia habría de ser por fuerza algo más larga. La loba, al igual que en el primer clan, desapareció de la vista en cuanto asomaron los hombres y el viajero dejó su señal para que lo esperara cuando reemprendieran la marcha.

Sabía que habría de contar con todo detalle al brujo, el gran chamán costero de la hermandad del tótem de los cavernarios. Bela lo llevó al recinto donde estaban pintados los leones y allí lo sometió a un exhaustivo interrogatorio. Le interesaron especialmente las imágenes de los tres chamanes y que si no había perecido había sido por la loba que le envió en su ayuda la Guardiana de la Diosa.

Cuando pasaron ya a la sala de los fuegos y relató su periplo a todo el clan, Bela elevó su voz y pronunció por vez primera su nombre:

—Lobo Alto, el que camina con una loba delante. Nos has traído noticias que nos alegran. El Hombre León es ahora el Gran Chamán de todos los clanes que el cavernario protege y su espíritu nos seguirá protegiendo a todos. El vínculo sigue anudado por el aire y por la tierra. El clan de Armintxe y todos te damos la bienvenida y anunciaremos tu vuelta.

Así fue sucediendo de un clan a otro por toda la cornisa costera, anunciado en su llegada por su nombre nuevo. Lobo Alto, alguien sin duda muy poderoso debería ser para haber logrado completar aquel viaje con el Errante. Aunque no dirigiera una fuerte fila de cazadores y aunque no tuviera clan propio. La loba lo esperaba, escondida de todos, y en cuanto se ponía en marcha, aparecía a su lado.

En uno de aquellos clanes en los que se habían detenido más en el camino de ida y donde con más reverencia había sido tratado el Errante se encontraron con algo imprevisto. Era aquella gruta en cuyo interior tenían montadas tiendas de piel para mejor protegerse de las inclemencias y los malos vientos. Él recordaba un clan alegre y bien alimentado pero ahora estaban nerviosos, conmocionados por algo que llevaba ya una luna sucediendo. Y al ver retornar a quien había acompañado al Errante y sabiendo cuál era el tótem protector de este, le pidieron ayuda. Además habían visto que llevaba una de sus garras como gran amuleto colgando de su cuello. No pudo ni quiso negarse.

Un gran león cavernario estaba aterrorizándolos, los había convertido en sus presas predilectas. Ya había matado y comido a un joven, a dos mujeres y, tan solo dos días antes, arrebatado casi a la vista de la cueva a una niña pequeña. Estaban recolectando muy cerca de la gruta, pues tenían miedo de alejarse, cuando el león, que nunca había aparecido tan cerca, se abalanzó sobre un grupo de mujeres. La pequeña, que estaba un poco separada de los demás, había sido su última víctima, y ante la mirada y los gritos desgarrados de su madre, el carnívoro la cogió en sus fauces y en cuatro saltos desapareció en el bosque con ella. Desde entonces los grupos recolectores no se atrevían a salir y los hombres discutían lo que podía

hacerse.

El Errante le había contado muchas cosas de los leones. Cómo se formaban las manadas, como las hembras eran quienes cazaban y los machos quienes protegían los territorios y que si estos eran vencidos los nuevos dominantes mataban a las crías. Pero recordaba que también le habían contado que a veces el macho perdedor frente al nuevo dominante de la manada no moría sino que se alejaba solo, y que entonces, sin el apoyo de su manada para cazar, vagaba errabundo alimentándose de lo que podía alcanzar. Carroña, alguna presa herida o el hombre. Que estos animales acababan ellos mismos por ser una noche comida para una manada de hienas, que se vengaban así de todo el daño que los leones les habían infligido a ellas. Porque hienas y leones se odian y se combaten a muerte. Pero antes de llegar a tan lastimoso fin, los cavernarios viejos y sin clan a veces se convierten en devoradores de hombres. Porque el hombre sin lanza ni fuego es una presa muy fácil.

Eso es lo que Lobo Alto contó a los cazadores de La Garma. Aquel animal podía ser algún viejo macho desterrado que una vez que había cazado a su primera víctima humana había cogido aquello por costumbre. Había que matarlo o acabaría por comerse al clan entero.

Los de Armintxe los habían matado en ocasiones y ellos también lo habían hecho en el pasado. Pero nunca dejaban de costar sangre a los humanos. Por fortuna, este parecía estar solo. Aun así, era un enemigo formidable, un animal astuto y perverso que no se mostraba, sino que cazaba apostado y en emboscada.

—Hay que lograr atraerlo a un lugar propicio, a un claro o, aún mejor, a campo descubierto —dijo Lobo Alto.

—Pero ¿cómo logramos hacerlo? Él se oculta en las espesuras y de allí no podremos sacarlo —preguntó uno de los más jóvenes.

—Podríamos con el fuego —aportó el jefe de los cazadores.

—Sería una forma, pero habríamos de ser muchos y conseguir localizar su encame y cercarlo. No somos bastantes para ello.

—Podemos pedir el apoyo del clan vecino —insistió el jefe.

Lobo Alto propuso que intentaran una treta:

—El cavernario pasa hambre. Parece que no vale para cazar presas fuertes y que corran. Si no come, en unos días saldrá, y si le ponemos carne en un lugar apropiado, podemos cercarlo.

Asintieron. Salió la fila, con todas las armas y las teas preparadas para ser encendidas. Llevaban un pernil de ciervo al que miraban con cierta pesadumbre pues entregárselo al león les penaba a todos. Encontraron no muy lejos un ancho claro, pegado al bosque pero que a poco se abría ya en una más extensa planicie. Lo más seguro era que se aproximara al señuelo desde la espesura y podrían cortarle la retirada. Prenderían allí el fuego y lo cercarían.

Habría, eso también que hacerlo de día, pues en la oscuridad aquello sería suicido y el león tendría todas las ventajas, los desbarataría y ellos serían sus presas.

Colocaron la pierna del ciervo en una rama baja cuando comenzaba a clarear. El león tendría que saltar para cogerla y podría maliciarse de que aquello encerraba una trampa e incluso detectaría el olor a hombre, pero ya no parecía temerlo y el hambre acabaría por empujarlo a llegar a la carne. Esperaron todo el día hasta el atardecer. El cavernario no apareció. Retiraron la carne y la volvieron a colocar al día siguiente. Ya estaba llena de moscas y comenzaba a oler a podrido. Lobo Alto ideó una nueva añagaza: trazó un rastro de sangre desde la linde del bosque hasta el claro para incitarlo a salir.

Poco después del mediodía los escuchas señalaron hacia el bosque e hicieron gestos de que venía. Hasta oyeron un par de rugidos, pero luego volvió el silencio. Ya comenzaba a caer la tarde cuando lo sintieron de nuevo. Venía despacio, y ahora rugía con fuerza. Había olido la sangre. Venía al trote y brotó al claro. Era inmenso, terrible. Las tremendas zarpas, los poderosos músculos, la boca carnicera infundían pavor. Se paró en seco, casi en la linde. Parecía barruntar algo, cataba el aire y volvió a acogerse a la espesura.

Sin embargo, esta vez tardó muy poco en volver. Lo oyeron de nuevo rebullir y a nada salió en carrera y llegó hasta donde estaba la carne. La olfateó en lo alto y dio varias vueltas a su alrededor. Fue el momento de la señal con el fuego. Cuando el león comenzó a saltar para lograr alcanzarla y ya se prendió a ella con sus garras, surgían ya las llamas a su espalda y en torno a él se levantaba el alarido de los hombres que llegaban desde todos los lados con la tea en una mano y el venablo en la otra.

Pudo el cavernario emprender la huida y romper el cerco pero, desafiante, prefirió defender su presa de aquellos seres de los que había comido toda la luna y que habían sido las presas más fáciles de todas las que en su vida de león había abatido. Les plantó cara gruñendo y se aplastó entre las hierbas altas con los belfos fruncidos y la cola tensa, presto a lanzarse al ataque y matar al primero que considerara cercano.

Pero le llegaron dos venablos. Uno no lo alcanzó y se clavó en la tierra a su lado, pero el otro sí logró morder en su carne. En un brazuelo. Rugió de dolor y saltó en el aire. Tras caer se lanzó a la carga. Pero un hombre corría y otro se cruzó en aquel momento ante su vista. Dudó un instante a cuál perseguir y otra azagaya se le clavó en el costado. Se revolcó con dolor para intentar desprenderse de ella y cuando se levantó se lanzó fijamente sobre una de aquellas siluetas hasta darle alcance y lo derribó. Iba a romperle el cuello de un mordisco fatal cuando un nuevo lanzazo le llegó por detrás y asestado desde muy corta distancia. Este le penetró en la barriga, de arriba abajo, y le hizo soltar su presa, que se arrastró reptando, y ya solo había a su alrededor un círculo de siluetas verticales en continuo movimiento. Algunos hombres habían echado mano a las lanzas largas.

Lobo Largo era uno de ellos y se plantó ante la inmensa cabezota de la fiera con el mango apoyado en la tierra. El león saltó hacia él y el hombre aguantó la embestida sujetando firmemente la lanza hasta que, con el impacto, esta dio un chasquido y se

quebró bajo el enorme peso de la fiera. Lobo Alto rodó sobre sí mismo para ponerse fuera de su alcance. Pero el cavernario ya no iba a seguir a nadie. Su propio impulso le había clavado, hasta lo más hondo, la lanza que había partido. Los cazadores se arremolinaban a su alrededor y los venablos le llovían. Otra lanza acabó finalmente con sus estertores. El cavernario había muerto. Los cazadores aclamaron a Lobo Alto. Había sido su astucia quien lo había puesto a su alcance y su lanza la que le había infligido la herida mortal. El hombre herido sangraba abundantemente, por un profundo desgarro en la pierna que le había rasgado la polaina de cuero y marcado cuatro profundas marcas de sus garras. El chamán descubrió la herida, la limpió con agua y luego le aplicó un emplasto de hongos y diversas plantas, y por último la espolvoreó con ocre y unos polvos que llevaba en una bolsa. Si no se le corrompía, como hacía a veces, podría vivir y seguir cazando.

Danzaron alrededor del gran león que habían logrado abatir. Ellos eran más poderosos que el cavernario y así lo cantaban y proclamaban al viento. Lobo Alto se acercó al animal y se fijó en su boca. Solo tenía uno de sus terribles colmillos carniceros, el otro estaba roto casi por la encía. Sus fauces desprendían un olor fétido y toda aquella parte de la cara la tenía hinchada. Sobre su piel, y en especial sobre uno de sus cuartos traseros, había profundas heridas de otros colmillos y garras. Supuraba y estaba llena de moscas.

Su suposición había resultado cierta. Era un viejo macho, con un colmillo roto e infectado, que había sido vencido y desterrado. El jefe de La Garma llegó hasta su lado.

—Lobo Alto elegirá el primero su trofeo. El clan tendrá la piel. La carne es dura y áspera y no tenemos tanta hambre.

Lobo Alto pidió para sí aquel único e imponente colmillo. Se lo colgaría al cuello junto con la garra del otro.

Se pusieron de inmediato a la tarea de despellejarlo. Querían sacarle la piel entera desde la punta del hocico hasta el mechón de la cola. Aquel trofeo sería el símbolo de la fuerza y el poder de su clan. Aquella piel la curtirían y la pondrían en un lugar preferente en la cueva para que todos la vieran y supieran del valor y la fuerza de los hombres de La Garma.

Al retornar hacia la cueva, alegres y contándose una vez tras otra qué había hecho cada cual, ayudando por turnos al herido, Lobo Alto vio fugazmente a la loba, que los seguía a distancia, enmontada y furtiva. Cuando él iba en compañía de otros hombres había aprendido a no mostrarse y debía haber permanecido oculta pero teniéndolo a la vista. Le pareció que venía de donde habían dejado los despojos del león. Tal vez la loba hubiera aprovechado aquella comida que los hombres habían despreciado y ella sí que hubiera comido del león.

En la gruta hubo alborozo y todos quisieron ver la piel, y hasta los niños más pequeños la tocaron. La extendieron, le rasparon hasta la más mínima brizna de carne o sebo que tuviera pegadas, le dieron los untes y tratamientos con el mayor de los

cuidados y la estaquillaron muy firmemente para que fuera secándose y luego se pudiera curtir de la mejor manera.

Lobo Alto fue elogiado y le pidieron que pasara las Lunas de Hielo con ellos, pero él deseaba alcanzar cuanto antes el monte de las Cinco Cuevas y la nieve no tardaría en llegar para quedarse. Partió en cuanto pudo, con cuatro cazadores que deseaban acompañarlo hasta el clan vecino, dar cuenta de su hazaña y de paso contar la suya propia. El jefe le entregó una hermosa, compensada y fuerte lanza, con una punta muy bien trabajada, para que sustituyera a la que había partido en el embroque con el cavernario. Y en la sala de los rituales le manifestaron todos que siempre sería allí recordado y bienvenido si un día deseaba retornar. Cuando emprendió el camino, como iba en compañía de otros hombres, la loba se limitó a seguirlos a una prudente distancia. Al caer la tarde Lobo Alto se rezagó pidiendo a los otros que se alejaran un poco, el animal se acercó y le tiró algo de comer por si no había conseguido nada del cadáver del león.

Llegaron a la cueva de Altamira alargando todo lo posible el paso y las jornadas pues Lobo Alto sentía cada vez más ansia de llegar a la montaña Mamut. Cuanto más se acercaba, más añoraba la imagen de Ababol y más miedos le entraban al pensar que ella podía no estar o, mucho más probablemente, compartir ya fuego con un hombre y estar amamantando un pequeño.

Su paso por la gruta fue breve. Pero sí pudo, en la única noche que pasó con ellos, conversar de nuevo con el joven pintor, que le mostró algunos de sus grabados, casi realizados a escondidas y en algunas esquinas y recovecos. Una vez más miró la bóveda de la gruta y, señalando algunas protuberancias de la roca, le dijo a Lobo Alto:

—Allí hay un bisonte tendido. Está pidiendo brotar de la roca.

El último tramo del camino, río arriba hacia la montaña Mamut, lo hizo ya solo. Estaba en territorio bien conocido y llevaba a la loba como el mejor de los vigías y el más atento de los escuchas. Le daba vueltas a cómo conseguir que siguiera a su lado, pues no iban a dejarla entrar a las cuevas y él tenía previsto quedarse allí y temía que si era obligada a alejarse acabaría por volver con los suyos y abandonarlo. Y eso Lobo Alto no quería que sucediera. Estaba esperanzado en que Ova lo comprendería, y si Ova lo apoyaba, podría haber alguna solución que le permitiera quedarse con el animal cerca.

Pero era el recuerdo de Ababol el que lo aceleraba y al mismo tiempo lo agarrotaba. Deseaba mucho verla. Se daba cuenta de que lo llevaba deseando desde el día que partió de la Gruta de los Tres Hermanos y aún mucho antes, y era lo que más le había alentado en el viaje pero cuando ya estuvo en tierra conocida el deseo le había aflorado como un borbotón de un agua que se le había desparramado por todo el interior de su cuerpo.

Por fin vio los fuegos y las grutas. Llegaba por un sendero que enfilaba frontalmente hacia la Cueva de las Manos. No podía distinguir, desde esa posición, la

entrada de la cueva más pequeña, el santuario donde habitaban Ababol y su madre, Ova, y donde habían vivido también él y el Errante. Se sorprendió al ver que había un numeroso grupo de gente que parecía estar esperándolo, y aún más lo saludaban con la mano, en señal de alegría, mientras que algunos dedos señalaban a la loba, que trotaba unos pasos delante. Al llegar al pie de la boca de la gruta, el animal se hizo a un lado y se perdió entre los arbustos. Pero él ahora no estaba para nada pendiente de ella. Sus ojos recorrían con ansiedad el grupo que lo aguardaba. En un primer vistazo no la vio, pero luego, con un salto de sus pulsos, divisó a Ababol, un poco detrás, como algo escondida, pero que agitaba la mano y sonreía. Y al Autillo, para ella así se sentía, se le iluminó la cara y devolvió la sonrisa.

Se sorprendió de que lo llamaran por su nuevo nombre y entonces vio que dos batidores de la vecina Altamira se habían adelantado corriendo y habían traído la nueva, y con ella todo el relato de su hazaña:

—Acompañó al Errante hasta el otro final de la tierra, hizo solo el largo camino de vuelta. Viaja en compañía de una loba y en La Garma ha matado al león cavernario. Lobo Alto vuelve con vosotros y no ha querido detenerse en ninguno de los clanes.

40

La lanza de rinoceronte

Los talladores del Valle de los Primeros Hombres llegaban a elaborar con soltura hachas de dos caras si encontraban una buena roca de cuarcita. La bifaz era un utensilio que llevaban haciendo muchas generaciones. No solo era importante conseguir la roca de la que extraer el raspador, la raedera o la punta sino que era preciso conseguir un buen yunque sobre el que golpearla. Algunos podían hallarse en las riberas del río. Encontrar núcleos de pedernal resultaba difícil pero había un lugar al poniente y debajo de Peñalanza donde se encontraba algún riñón de sílex. A Nublo le gustaba mucho más que las puntas de lanza de cristal de roca e intentó que aprovecharan alguna expedición de caza hacia aquellos territorios para hacer acopio. Pero observaba que el clan era reacio a hacer cosas diferentes a las que siempre había hecho y le costaba convencer a los cazadores de que modificaran cualquier hábito por muy sencillo que pareciera el cambio. Él, sin embargo, sí intentaba mejorar sus armas, tanto para herir mejor a sus presas como pensando en el momento en que hubiera de enfrentarse a los Oscuros. Porque ese día inevitable llegaría.

Había recompuesto su azagaya capturada a los enemigos. Le había sido relativamente sencillo conseguir un astil como el que tenía antes de que el Mayor, herido, lo partiera. Eligió una buena vara de fresno y se dispuso a engastar la punta de sílex tras desprenderla del venablo roto. Pero sintió una fuerte envidia del trabajo preciso de los Oscuros cuando una vez más se asombró de la finura y corte de la punta de sílex. Tras conseguir una buena muestra de sílex logró una punta que, aunque no llegara a la perfección del modelo, se le aproximaba bastante. Se sintió muy orgulloso y les enseñó las dos armas a sus cazadores. Esta vez sí prestaron atención porque habían visto cómo Nublo había conseguido herir al Mayor con ellas. Y algunos habían visto también cómo las manejaban los Oscuros y los herían a ellos desde lejos.

—Nublo mató al final al Mayor con la lanza larga. Con la fina solo pudo herirlo. De no echar mano a ella, el Mayor le hubiera aplastado la cabeza.

—Se alcanza más lejos, pero el cazador, tras hacerlo, queda desarmado. Yo seguiré con la mía.

Nublo comenzó a llevar al menos una azagaya con propulsor a las cacerías con la esperanza de que fueran comprendiendo sus ventajas y se acostumbraran a usarlas. Pero tan solo alguno de los jóvenes lo intentó para acabar por dejarlo frustrado.

Lo que todos quisieron tener fue el cuerno de rinoceronte lanudo que cayó en una de sus trampas y murió clavado en sus estacas. Era un gran macho y lo tenía muy largo y afilado. Solían conservarlos y llevarlos al santuario, donde depositaban aquellos trofeos y donde habían dejado la cuerna de uro sobre el fuego que

prendieron para la hija muerta de la Jara. Nublo reclamó el del rinoceronte y nadie se lo disputó.

El jefe sabía que, por mucho que los cazadores lo siguieran, miraban su cuerpo más delgado, sus armas más pequeñas y sus brazos más débiles. Debía tener un arma poderosa y encontró en aquel cuerno la manera de lograrla.

El cuerno del rinoceronte no era como el del uro ni como el del íbice. Era muy duro pero podía irse enderezando. Haría falta mucho trabajo y mucha perseverancia pero consiguió hacerlo. Hubo de remojarlo mucho tiempo y muchas veces e irlo desbastando durante lunas enteras pues en su base era tan grueso como su pantorrilla, pero si algo era Nublo era testarudo. Ante el estupor de todos, tuvo en sus manos la más impresionante y mortífera punta de lanza que pudiera imaginarse. Medía de largo lo que un brazo extendido. No le hizo falta apenas afilar lo que había sido la afilada punta del cuerno, pero sí hubo de emplearse a fondo para hacerlo también por la base para lograr encastrarlo firmemente en la madera. Al fin quedó un arma formidable que hizo sonreír orgullosa a la Jara y brotar la envidia y el deseo de tener una igual en todos los cazadores.[77] Máxime al demostrar en el primer lance su terrible eficacia. Cuando la asestó contra un bisonte, se hundió en su flanco de manera tan profunda y letal como no habían visto nunca.

La lanza de rinoceronte supuso la confirmación definitiva de la jefatura de Nublo. Los cazadores del Valle de los Primeros Hombres contemplaban su arma y sabían que era la lanza de un jefe. Nublo pensó que con ella en la mano cruzaría de nuevo las montañas hacia los cazaderos de los Oscuros. Y volvería a cazar a sus hembras, para que siguieran pariendo hijos en su clan.

41

La muerte de Ova

Ababol no se adelantó a recibirlo sino que permaneció en segundo plano. Ova, la Guardiana no estaba en el grupo y se inquietó, tampoco lo estaba el jefe, aquel amable gigantón Zarpa de Oso, pero sí reconoció delante de todos, flanqueado por un chamán de una de las cuevas al que recordaba, al jovial Fresno. No le cupo duda alguna que era él quien ahora ocupaba la jefatura. En sus caras había reconocimiento y alegría, los saludó con un gesto abierto y las manos extendidas.

—Me dicen que venía un Lobo Alto, al que precede una loba parda, un terrible cazador que ha matado al cavernario. Pero yo veo al Autillo, al niño que llegó a nosotros y aquí se hizo hombre. El que clavó su pequeña lanza en el suelo cuando me topé con él y con el Errante. El amigo, el hijo de este clan al que quiero, aunque no naciera en nuestros fuegos, es quien regresa al monte de las Cinco Cuevas, a la montaña Mamut, y yo en nombre de todos le doy la bienvenida. Aquí tiene su clan y su cueva para las Lunas del Frío que ya están llegando. Nos lo contarás todo. Ahora entra, descárgate, come y descansa. —Fresno lo abrazó con entusiasmo y en voz más queda le dijo—: Nosotros también tenemos cosas que contarte y algunas son tristezas. —Levantó de nuevo la voz para que lo oyeran todos y con una carcajada pero también con tono de advertencia le ordenó—: Pero no subas aquí tu loba. Las madres la quieren lejos de sus hijos.

Lobo Alto temió las nuevas. Ababol seguía sin moverse y con la cara baja. Fresno se lo llevó un poco aparte de los demás y hubo de dárselas:

—La Guardiana de la Diosa conoce tu llegada pero se ha quedado en su gruta. Está muy enferma y apenas se levanta. Su hija Ababol te llevará con ella, pues quiere verte.

Hizo un gesto a la joven, que le respondió con una sonrisa triste. Sintió la necesidad casi angustiosa de ir hacia ella. Pero antes preguntó por Zarpa de Oso. Fresno le señaló una roca detrás de todos en la que el gigantón estaba sentado y ahora se levantó y quiso acercarse con mucha fatiga, cojeando y apoyado en grueso palo que le servía de cayado. Se movía con lentitud y torpeza y fue Lobo Alto quien se aproximó a él para mostrarle su respeto y pedirle que se sentara. El grandón habló con una sonrisa en la boca:

—Ya soy un anciano, o peor todavía, porque no estoy en edad de serlo. Un bisonte fue más fuerte que yo y me llevó por delante. Me quebró por dos lados y la pierna no se ha vuelto a juntar bien y apenas si me puedo valer para caminar. Como mucho, acompaño a las mujeres cuando van cerca. Pero el clan me ampara y hasta he engordado —dijo riendo.

Zarpa de Oso había sido muy querido como jefe y lo seguía siendo ahora que

estaba casi inválido. Aún hacía muchas cosas por la tribu y siempre tenía risas para los chiquillos. Y sí, había engordado y ya no era el primero en la fila, pero seguía teniendo el cariño de su clan y el respeto de quienes ahora dirigían las partidas de caza y de los jóvenes que de él aprendían muchas cosas. Estar tullido no le había agriado el carácter, se conformaba con su suerte y no se amargaba ni amargaba a los otros.

Pero él ya no podía resistirse a ir donde Ababol, que se había quedado un poco aparte y callada. No parecía ser la que había conocido. En su expresión vio un atisbo de alegría y luego la oscureció la tristeza. Pero cuando él ya estuvo cerca de nuevo le volvió la alegría a los ojos. Lo miró de arriba abajo, volvió a ser Ababol de nuevo y le espetó con sorna:

—Te fuiste como el receloso y asustadizo Autillo y ahora, mira, como ha dicho el jefe Fresno, regresa un Lobo Alto y vienen por delante de ti pregonando tus hazañas y que caminas con una loba. Te pareceremos insignificantes, y yo una pequeña hormiga.

A él se le subió la sangre a la cara, no esperaba este parlamento. Había hablado en voz alta y algunos alrededor no evitaron la risa. Él comprendió que era en ella el mejor gesto de complicidad y confianza.

—No seré yo quien la pise ni Ababol se dejaría hacerlo. Pero ahora, antes de nada, quiero ver a Ova. Tengo mucho que contarle y traigo un presente del Errante y otro mío para la Diosa, que nos amparó en nuestro viaje.

Gustó la respuesta, y aún más a Ababol, que le hizo gesto de que la siguiera y los dos solos cogieron el camino a la cuevecilla. Tenía un acceso propio y había que bajar primero y volver a subir luego. En el trayecto aprovechó para decirle a Ababol lo que se había repetido tantas veces en la soledad de las noches escondido en algún agujero o en el penoso camino que no parecía concluir nunca.

—En todo el vagar por la tierra te he tenido presente, Ababol. Y he vuelto aquí, al clan y a ti, Ababol —lo dijo recalcando su nombre.

Ella iba delante, ni siquiera volvió la cabeza y no respondió tampoco. Permaneció en silencio y Lobo Alto lo respetó, aunque la inquietud lo consumía. Pero había ido a recibirlo y ya estaba junto a ella. Cuando ya llegaban a la cueva de la Guardiana se volvió a mirarlo y el vio que tenía los ojos encharcados.

—Mi madre se muere, Lobo Alto. La Guardiana se marcha a la Diosa, a la que tanto ha servido. Se muere. Pero será una gran alegría para ella verte y saber del Errante. —Pareció que iba a callar pero añadió—: Y para mí también lo ha sido.

Ova estaba tendida en un lecho de pieles muy bien aderezado y tenía a su alcance bebida y el fuego calentaba el recinto. Antes de ver su cara, oyó Lobo Alto su respiración entrecortada. Ella los esperaba y se intentó incorporar un poco. Su hija acudió presurosa a ayudarla.

—Me llena de gozo saber, antes de morir, que vives y estás sano. ¿Y el Errante? —preguntó con ansiedad.

—Está bien, Guardiana de la Diosa, y te manda saludos y presentes para la Madre. Es ahora el Gran Chamán de muchos clanes, los de todos los Hombres del León, el Hombre León lo llaman. Cumplió su destino.

—Has de contármelo todo, aunque yo alguna cosa sabía. Sabía que no volvería ya jamás, pero me alegra que tú sí lo hayas hecho. Me alegra mucho que estés aquí de nuevo con nosotras.

Era, y así lo entendió, una invitación implícita a que ocupara de nuevo su pequeño recoveco en la gruta. También se lo hizo entender con un gesto Ababol, dando por supuesto el hecho. Una fuerte tos se apoderó de Ova, que pareció ahogarse, y Ababol se apresuró a darle de beber de una pequeña calabaza, aunque escupió buena parte al sobrevenirle otro ataque cuando estaba bebiendo.

—Descansa, madre, luego te contará todo lo que desees. Yo también deseo escucharlo. Se va a quedar durante todas las Lunas del Hielo, así que tendremos mucho tiempo para escucharlo. —Intentó que su sonrisa pareciera alegre, pero la anciana era sabia y consciente de que sus días se le estaban acabando.

La Guardiana hizo un gesto desvalido y volvió a tenderse. Pero aún se sobrepuso para decir otras palabras:

—Quedará al menos el suficiente para contármelo. —Y repitió, recalcando el plural—: Nos alegra mucho que el Autillo haya vuelto. —Luego cerró los ojos.

En la cueva de la Custodia de la Diosa iban a tardar en llamarlo por el nombre nuevo. Hizo ademán de dirigirse entonces hacia Ababol pero esta rehuyó su mirada, se hurtó de su lado y se puso a atender a su madre. Entendió que debía dejarlas solas y marchó hacia la Cueva de las Manos a reunirse con los hombres. Al descender hacia el sopié del monte vio fugazmente a la loba. Le dio un silbido y ella se mostró un instante para correr de nuevo a ocultarse. Aquello iba a ser difícil. Había pensado que estando los tres solos en la cueva pequeña, la loba podría quedarse, pero ya había escuchado a Fresno. No la querían cerca. Temía que fuera motivo de conflicto esa misma noche y suponía que se lo platearían en el primer conciliábulo de cazadores.

Pero uno al que conocía y tenía en cierta estima, aunque a veces era en exceso impetuoso y rayano en lo violento, Crin se llamaba, por llevar en esa forma el pelo como homenaje a la bestia que más admiraba y consideraba su tótem, lo abordó a la entrada mientras le señalaba la ribera del río.

—He visto allí a la loba. Ha salido a tu silbido y luego se ha emboscado. No se marchará y merodeará por el campamento. Puede matar a un niño.

—No subirá a las cuevas. Haré que se quede más lejos. Verás que nos resultará muy útil para la caza… —respondió.

Crin rezongó y no se anduvo con rodeo alguno:

—Lo hemos hablado ya antes, a muchos no les agrada y a mí me disgusta mucho. No quiero a un lobo cerca. Y el chamán se opone a ello más que ninguno. Eso diré cuando nos juntemos en consejo. Dices que nos ayudará en la caza y yo creo que se comerá lo que cacemos. Eso si no caza a alguno de nosotros.

Habría de ver lo que opinaba Fresno y quiso concebir alguna esperanza cuando la loba pudiera demostrar lo que podía ayudar a la fila de cazadores. Pensó que era posible que hasta quisieran tener ellos también lobos que fueran su nariz y su oído.

En los clanes algunos niños tenían la cría de algún animalillo y hasta se amansaba y jugaba con ellos, pero al final o crecía o se escapaba, o acababa por morirse aunque le dieran comida y bebida. De un lobo no se había tenido noticia nunca.

Nadie mencionó por el momento el asunto y el chamán tampoco. Celebró los rituales y los cazadores escucharon con gran atención el relato de Lobo Alto. Permanecieron en silencio, bebiéndose sus palabras y congratulándose del buen final de su camino. Cuando concluyó ensalzando la figura de quien allá llamaban el Hombre León, todos lo secundaron pero sintió que no era unánime la sinceridad en la alegría. El chamán parecía celebrarlo, pero Lobo Largo había empezado a saber ver en los hombres lo que estos querían ocultar y percibió que en él latía una cierta hostilidad, como si la sombra poderosa, aunque distante, del gran brujo lo molestase. Pero por ahora disimulaba porque estaba bien a la vista la simpatía que despertaba en todos, que lo consideraban uno de los suyos y se alegraban mucho de contar con él en su fila. Y, en especial, Fresno, que no dejó de hacerle demostraciones de amistad y de alegría por su vuelta y del viejo Zarpa de Oso, que con el cayado hacía giros en el aire celebrando sus hazañas.

Durmió en la pequeña cueva. Ni él se acercó a Ababol ni esta pasó siquiera cerca de su lecho. En los días posteriores tuvo tiempo de contar su historia a Ova y a Ababol, y estas le hicieron continuas preguntas. Pareció, además, que la Guardiana se recuperaba. Hasta llegó a levantarse y caminar un poco. Algunas madres de las cuevas vinieron a verla y se fueron muy contentas a comentar la buena nueva en los fuegos.

Lobo Alto se atrevió al fin a exponerle a Ova el asunto del animal que lo acompañaba y al que todos los días bajaba a ver a la orilla del río, aguas arriba y un tanto alejado ya del sopié de la Cueva de las Manos para no causar problemas. Ante su sorpresa, Ova se mostró más interesada por la loba que por cualquier otra cosa que le hubiera narrado y quiso saber todo lo relativo a aquella peripecia, a cómo la había encontrado, cómo se había ido haciendo a él y siguiéndolo, cómo cazaban juntos y cómo su calor le había salvado la vida.

—Es un regalo, un don de la Madre, te la ha enviado la Diosa y es una señal para los hombres. Yo se lo diré a ellos y podrás quedártela.

Lobo Alto calló que él pensaba algo parecido, pero por medio estaba aquella mujer, también servidora de la Madre, de la que prefirió no revelar nada ni mentar su nombre estando Ababol presente.

Ova se empeñó en bajar a verla. Hizo un enorme esfuerzo y, apoyada en Ababol, logró descender hacia el río. La loba era siempre muy arisca en cuanto alguien que no fuera Lobo Alto se aproximaba. Pareció serlo también con Ova al principio, se alejó al verla llegar con su hija, pero al silbido de llamada asomó de nuevo y algo sucedió

de inmediato entre la Guardiana y ella: el animal se le acercó sin miedo alguno, Ova la habló y la loba levantó la cabeza y puso en ella sus ojos de color miel. Ante el estupor de Lobo Alto, se aproximó aún más y dejó que la hechicera le acariciara la cabeza. Luego se tendió apaciblemente a sus pies. Antes de irse, Ova extendió sus manos hacia ella y la loba las lamió.

—Es como dice la Guardiana, es un regalo de la Diosa —exclamó Ababol y volviéndose a Lobo Alto le soltó con una sonrisa que no le había vuelto nacer en la cara durante los anteriores días—. Y así es porque ya quiere a mi madre más que a ti. Y me querrá más a mí también.

Aquel comportamiento del animal había despejado para ambas cualquier duda, sobre todo en la joven, que algún recelo sí había albergado. Las dos comenzaron entonces su tarea de ir hablando y convenciendo. Ova se mostró confiada. Era cosa de la Diosa. Ella ayudaría.

Lobo Alto no lo tenía tan seguro. Pero algo incluso más punzante lo remordía a cada instante. Había regresado ante todo por Ababol. Y no sabía ahora qué hacer ni qué decir, más allá de lo dicho el primer día, ni siquiera cómo abordarlo. Tenía la sensación de que ella lo rehuía y ello lo llenaba de zozobra y de los más oscuros temores. En su presencia, como si volviera de nuevo a la niñez, enmudecía y se quedaba paralizado.

Se llevó una tremenda sorpresa cuando estando un momento a solas con Ova esta se dirigió a él de la manera más directa y sin circunloquio alguno:

—¿Has vuelto por Ababol?

Asintió con la cabeza. Hubo de esperar un rato hasta que le volvió la voz a la garganta.

—Sí. Mi vuelta ha sido por ella.

—Pues, entonces, ¿a qué esperas, pequeño Autillo? ¿A que sea ella la que te diga que te ha estado esperando y que no ha querido compartir ni este fuego ni esta gruta con ningún hombre?

Lobo Alto salió a escape. Buscó a Ababol por varios sitios y la encontró volviendo de la cueva más lejana, adonde había ido a dejar algunos remedios que le habían demandado. Salió a su encuentro tan azorado que ella se echó a reír, como solía hacer para desconcertarlo. Ababol sabía lo que el hombre iba a decirle y tenía su respuesta.

Él empezó a hablar y a recordar aquella noche y ella le tapó la boca:

—Eso fue entonces. Una despedida. Tú no sabías siquiera que ibas a volver. Nada dijiste. Quedó atrás.

Ababol lo abrazó, buscó estrecharse contra él lo más posible y le ofreció su boca.

—He vuelto a ti, Ababol, solo quería regresar contigo. Temía que tuvieras ya un fuego, hijos y un hombre.

—No he sido madre ni has visto en mi fuego un hombre.

—He venido a quedarme. A que este sea mi clan y compartir tu fuego.

—Lo sé. Pero temía que me lo dijeras. Ahora no es tiempo. Ahora es mi madre la que necesita de mí y no quiero que nada la turbe. Tendrás que esperar.

—Pero si ha sido ella la que me ha impelido a decírtelo y quien me ha urgido a ello.

La risa de Ababol, gozosa, se contagió a Lobo Alto. Subieron juntos, agarrados de la mano. Ova los recibió con la mejor de las sonrisas y les dejó que le contaran lo que ella sabía desde siempre.

Aquella noche ya compartieron las pieles y dieron salida al ansia contenida. Lobo Alto nada dijo de la Negra ni ella del tiempo en que había estado sola.

Ova se sentía feliz de ver a su hija serlo. Hasta llegó a reñirla por volver a someter al hombre a todos sus caprichos y comprobar que el cada vez más poderoso cazador lo hacía con gusto y sin queja. Pero esa actitud, pensaba, acabaría por darle problemas.

—Lobo Alto para mi será siempre el Autillo. Y no le someto a nada, madre, él y yo sabemos desde siempre que es nuestro juego, solo entre nosotros, ante los demás nunca.

Ova comprendió entonces que su hija sería, cuando ella muriera, una buena Guardiana de la Diosa, pues había adquirido sabiduría. Y, además, era fuerte, valerosa, y parecía tener siempre dentro la alegría de la vida, incluso cuando esta se volvía sufrimiento.

Este llegó a la cuevecilla de repente y cuando menos lo esperaban. Ova empeoró de golpe. Como si la mejoría hubiera sido algo robado a la enfermedad y ahora esta se cobraba perversamente ese tiempo. Estaba cayendo la primera y copiosa nevada cuando comenzó su agonía.

Fueron dos días en los que por la pequeña cueva desfilaron todos los habitantes de las cinco que se abrían en el monte. No faltaron sus dos hijos varones, que tanto tiempo hacía que vivían en otros fuegos, pero siempre atentos y cariñosos con ella. Llegaron todas las madres y sus hijos, los cazadores, los ancianos y los jefes de la caza con Fresno al frente, y también el chamán. Ova aún abría de vez en cuando los ojos y musitaba unas palabras al oído de su hija:

—Dile a Lobo Alto que se guarde de este hombre. Hasta su olor anuncia que no lo quiere. Tú, hija mía, guárdate también de él. La envidia lo pudre.

Ababol ya no se separaba ni un instante de su lado y la última noche tampoco lo hizo Lobo Alto. La Guardiana preguntó entonces por la loba:

—Me hubiera gustado volver a verla. La Diosa no me ha querido dar tiempo para convencer a los clanes, con algunos sí he hablado, de que es su regalo y que deben dejarte que la tengas. Que quiere que establezcamos un vínculo y anudemos con ella y sus descendientes un lazo de vida. Pero temo por ella, Lobo Alto. Has de prometerme que la protegerás de todo daño. La Madre te la ha donado.

El hombre lo prometió. Desfallecía la Guardiana. Y entonces del río llegó un aullido, un gemido lastimero, de inmensa pena, de la loba. Hacía oír su voz para que

Ova la oyera. Y ella la oyó como si aquel aullido fuera también una llamada de la Diosa para ella.

Su respiración fue ya un estertor angustioso. El aire le faltaba y el esfuerzo por conseguirlo le hacía sudar y arder su frente. Ababol la refrescaba con agua y suaves y olorosas hojas de hierbabuena. Hacía tiempo que, aunque tenía los ojos abiertos, había dejado de verlos, ni tenía ya otro signo de vida que aquella respiración cada vez más terrible, pero que no parecía extinguirse. Hubo un momento en que se convulsionó y sus cejas se movieron espasmódicamente. Pareció el fin, pero volvió a inspirar con la boca ansiosamente abierta. Sufría ella y sufría más Ababol, que lloraba, y Lobo Alto a un lado tenía los ojos encharcados.

El estertor se hizo menos angustioso, como si algo se hubiera rendido. Ova aspiró aún unas cuantas veces, pero cada vez más espaciadamente y con apenas ya ninguna fuerza hasta que, de golpe, exhaló un suspiro, ya ni siquiera fuerte, y ya no volvió a aspirar de nuevo. Ababol y él lo esperaron todavía, pero ya no hubo movimiento alguno. Lo que sí volvió a sonar en la noche, estremeciéndola, fue el aullido, ahora larguísimo, de la loba en el río. Los fuegos de las Cinco Cuevas, los hombres y las mujeres de la montaña Mamut supieron que su Guardiana, la Custodia de la Diosa que durante tan largo tiempo los había protegido y amparado, había muerto. Y se sobrecogieron al anunciarlo el aullido de la loba. Porque supieron que aullaba por ella.

42

El ataque de Nublo

Nublo atacó las llanuras de los Hombres de los Caballos antes de que el deshielo hubiera llegado a las cumbres más altas. Los que lo habían acompañado en la anterior expedición fueron los más entusiastas en volver contra los Oscuros. Los demás se plegaron a las órdenes del nuevo jefe, que había demostrado durante las Lunas del Hielo un formidable liderazgo. No hubo hambre, ni faltó la leña, ni se dejó de aprovechar un solo claro para conseguir carne y provisiones. Y él siempre iba a la cabeza y no escatimaba fatigas. Siempre regresaban con algo, su lanza de cuerno de rinoceronte asestaba el golpe letal y se convirtió en un símbolo de su poder.

Cuando expuso su intención de regresar al otro lado de la divisoria de aguas para cazar también en aquella vertiente que había vedado el Mayor todos lo aprobaron. Cuando cruzaron el paso de la Navafría, donde bajo los cantiles blanqueaban aún los huesos de sus enemigos, recordaron su victoria. Cuando hicieron abundante despensa de carne de íbice se sintieron dueños de aquel cazadero abandonado. Y cuando, al fin, Nublo les expuso que no solo iban a quedarse allí sino que bajarían hasta las estepas, que habían sido solar de sus antepasados, y volverían a cazar hembras Oscuras para que les dieran hijos y el clan creciera, no hubo nadie que se opusiera a su voluntad.

Todos reconocían que era él quien había derrotado a los Oscuros. Quien los había emboscado, matado y hecho huir había sido Nublo. Ahora había demostrado su capacidad para mandarlos y resultaba evidente que los Oscuros les tenían miedo, pues no había rastro de su presencia ni siquiera en el sopié de las montañas cuando descendieron. Ni una huella, ni un humo, ni una muestra de que por allí caminaran.

Los Hombres de los Caballos habían hecho retroceder sus campamentos en la llanura. Con ello el Mayor se había dado por satisfecho y ni siquiera había ido a comprobarlo. Le bastaba con que no aparecieran por las crestas y amenazaran el Valle Oculto. El clan pensaba y actuaba de esta manera. Pero Nublo era diferente, tan distinto que hacía en ocasiones lo contrario a lo que siempre se había hecho. Pero daba resultado, cazaban más y mejor y habían obligado a retroceder a quienes siempre les habían expulsado a ellos de sus cazadores. Y Nublo les había quitado hembras y las había traído al valle para que dieran hijos al clan de los Primeros Hombres. Ahora volverían a cazarlas.

Este era el objetivo primordial al que Nublo pensaba dedicarse nada más poner pie en la planicie. Por eso se había puesto en marcha con el primer síntoma de buen tiempo. Ahora tenían caza suficiente para completar la expedición y a la vuelta al valle volverían a acumular provisiones. Mientras por las orillas del río y en ese periodo las mujeres encontrarían comida suficiente, él podría conseguir su objetivo. Debía comenzar por localizar los campamentos de los Oscuros.

Los Hombres de los Caballos, después de la muerte de tantos de los suyos y de la pérdida de mujeres y niñas en la anterior incursión de los Patas Cortas, habían cogido pavor a ascender aquella cadena de montañas donde todos los fuegos de la tribu habían perdido algún hombre y alguno se había quedado por completo vacío de cazadores.

En los primeros momentos de pánico habían llegado a temer que los Patas Cortas bajaran y prosiguieran en sus ataques. Por ello habían agrupado sus campamentos y los habían retranqueado hacia el interior de la gran llanura. Por fortuna no se había producido ninguna nueva incursión, se habían ido recuperando, algunos niños ya empuñaban las lanzas y habían vuelto a sus viejos hábitos de diseminarse en pequeños campamentos en campo abierto, en las zonas más frecuentadas por las manadas de caballos, no lejos de sus abrevaderos más querenciosos.

Aguantaban muchas de las Lunas del Hielo en sus tiendas, muy bien acondicionadas y calientes, acogiéndose a pequeños valles más resguardados del viento norte o a algunos afloramientos rocosos de aquellas tierras arenosas. A los Hombres de los Caballos no les gustaban las grutas. Preferían el campo abierto y sus tiendas se podían montar y desmontar rápidamente para mejor seguir a sus presas favoritas, los caballos, que se movían de continuo por las extensas planicies herbáceas.

La necesidad obligaba a que los hombres hubieran de salir dejando en las tiendas tan solo a las mujeres, a los ancianos y a los niños, aunque procuraban no alejarse demasiado y que quedara algún hombre protegiendo al grupo. Dejaban bien señalado su itinerario y destino para que les enviaran aviso rápido si se producía cualquier alarma. Ya habían respondido en más de una ocasión a algunos supuestos avistamientos de Patas Cortas que resultaron ser falsos y producto del miedo, y tras acudir a la carrera para rechazar el ataque, este solo había existido en la imaginación o el pavor de alguna muchacha o de algún anciano. Poco a poco su tensión se fue relajando y, fieles a sus costumbres, sus gentes se fueron desperdigando. De nuevo cuando los herbazales reverdecían pequeños grupos de familias se separaban del grueso y partían a sus cazaderos predilectos. Los Hombres de los Caballos gustaban de vivir así, porque su espíritu era libre y amaban las llanuras abiertas y los grandes horizontes. Así habían vivido siempre y así volvían a hacerlo.

Nublo no conocía aquellas costumbres pero las aprendió y aprovechó en su favor de inmediato. Él mantuvo compacta a su tropa, que apenas alcanzaba a las tres manos de hombres, y enviaba cada día batidores en diferentes direcciones con la misión de detectar los humos y si estaban los cazadores. Tras media luna al acecho, tuvo ubicados a dos pequeños grupos, alejados bastante el uno del otro. En el más cercano, hacia el poniente, supo que los cazadores acababan de partir para la caza, y en el otro, más hacia el naciente, acababan de regresar de ella y era previsible que se quedaran un tiempo en las tiendas.

Decidió no demorar más su ataque y se dirigieron de noche hacia el primero de

ellos. Los batidores les habían informado que las mujeres solían bajar con las primeras luces a un arroyo a recoger agua. Y Nublo resolvió que era mejor preparar allí la emboscada que cuando luego ya salieran todos a recolectar por los campos, pues con ellas iban algunos jóvenes con venablos y algunos ancianos también podían usarlos todavía. Y sus propulsores compensaban la diferencia de fuerza y sus piernas muchos más rápidas les daban ventaja en la huida. Acecharían a las hembras cuando estas fueran al agua. Cogerían a las que pudieran y huirían a escape.

La emboscada resultó fructífera y sin pérdida alguna. Lograron agarrar a dos y a una niña que una de ellas llevaba, y aunque se les escaparon otras gritando aterradas, cuando algunos muchachos llegaron a la carrera, de los Patas Cortas solo quedaba un rastro que luego, y hasta que no se dio aviso y llegaron los hombres, nadie se atrevió a seguir. Tampoco los cazadores que llegaron a la carrera lo siguieron cuando comprobaron que el grupo de agresores era bastante más numeroso que el suyo y que se encaminaba directamente a las montañas de tan terrible recuerdo para ellos. Decidieron levantar su pequeño campamento y dar aviso a los cercanos. Cuando llegaron al situado más hacia el naciente, Nublo había ya pasado por él hacía unos días intentando dar allí otro golpe de mano.

En esta nueva intentona el jefe de los Primeros Hombres no había tenido tanta suerte. Tras haberse dirigido aparentemente de vuelta hacia los pasos montañosos viró con la mayor parte del grupo hacia naciente mientras ordenaba a quienes llevaban a las cautivas que siguieran avanzando y los esperaran a la mitad de la falda. Él con los demás marchó a acechar el segundo campamento. Pero ahí tenían un pequeño manantial prácticamente en el centro de su emplazamiento y tampoco se alejaban mucho en sus partidas de recolección. Solo le quedaba aprovechar algún descuido. Y este se produjo al final de la segunda jornada de acecho: una mujer ya vieja se alejó en demasía de las tiendas. La agarraron pero sus alaridos fueron tan grandes y su resistencia tan fuerte que hubieron de golpearla en la cabeza con un hacha y cayó desplomada y chorreando sangre por la cara. No era caso de cargarla y algunos, armados con sus finos venablos, salían ya de las tiendas y venían corriendo.

Nublo había previsto la retirada y los perseguidores no alcanzaron ni siquiera a verlos. Se metieron por un pequeño bosquecillo cercano y, aprovechando una quebrada, se perdieron. A salvo del ataque de los Hombres de los Caballos, pero frustrados, prosiguieron el camino hasta dar con sus compañeros en la falda de la montaña.

Ellos seguían manteniendo vivas a todas las cautivas y estas se habían sometido sin demasiada lucha a sus captores y ahora los obedecían. Las seguían teniendo atadas de pies y manos por las noches, pero por el día les soltaban los pies para que pudieran caminar. En cualquier caso, no era mal botín y el clan regresaba sin ninguna baja.

Pero la vieja herida en el último ataque no había muerto y ella sí los había visto. Describió aterrorizada cómo los Patas Cortas habían caído sobre ella y que estaba

segura que se la habrían comido si no hubiera empezado a gritar con todas sus fuerzas. Recordaba que quien los dirigía no era como los demás, que era más alto y de piel más oscura. Que llevaba una zamarra y un collar como la de los Hombres Verdaderos, y en la mano, un propulsor y un venablo como los suyos.

Al campamento atacado no tardaron en llegar los del otro que había sufrido el rapto de dos de sus mujeres y una niña. El miedo se apoderó de todos y más aún cuando los cazadores que los habían perseguido contaron que eran un grupo numeroso y que se dirigió directo a las montañas. Parecía haber varias partidas de Patas Cortas sobre el territorio que estaban invadiendo toda la llanura.

La noticia fue corriendo de campamento en campamento y estos comenzaron a toda prisa a reagruparse. A poco, nuevas de avistamientos eran cuentos recurrentes y asustados alrededor de todos los fuegos. Y el recuerdo de los días en que volvieron heridos, derrotados y con muchos de los suyos muertos en las cimas, regresó al presente como la más terrible de las amenazas.

43

El clan errante

Antes del amanecer todas las gentes de la montaña Mamut se habían congregado o iban desfilando por la pequeña gruta para rendir su adiós a la Guardiana. Los hombres llegaban con rostros afligidos. Las mujeres no ocultaban sus lágrimas ni contenían sus sollozos. Ova había sido en verdad una madre para ellas. Y a muy pocos de los que se acercaban compungidos no los habían recibido sus manos cuando brotaron a la luz. Todos se habían pintado en la cara franjas negras como señal de duelo. Su hija Ababol lo presidía. Las ancianas y las madres de las Cinco Cuevas tenían prioridad a su lado. Lo hombres se limitaban a presentar su pésame y salir.

Lobo Alto lo comprendió sin que Ababol le dijera nada y se apartó. Sabía que ella y las mujeres debían preparar el cuerpo, lavarlo y vestirlo, y que iban a enterrarlo en la propia cueva donde había vivido, en un hoyo muy profundo, junto al que colocaron el presente que el Errante le había enviado: una pequeña escultura en marfil, apenas de un dedo de largo, que representaba a la Diosa, para que fuera ella quien la custodiara para siempre. Antes de colocar losas de piedra sobre ella, Ababol espolvorearía ocre sobre toda su piel y su ropa. Esparciría también aquellas semillas de las plantas de olor intenso que tanto le habían gustado en vida y de las que siempre guardaba un ramo o un saquito en la cueva.

Ningún hombre podía haber en la cueva cuando estos ritos tuvieran lugar. Ni siquiera el chamán. En este caso, bien lo sabía Ababol, menos que nadie el nuevo chamán. Debía dilucidarse si Ababol ocuparía ahora su puesto. Y en eso tampoco los hombres podían opinar.

Lobo Alto aprovechó aquel obligado retiro para acercarse al río y buscar a la loba. Desde aquel aullido final cuando Ova expiró, no la había vuelto ni a ver ni a sentir. Bajó hasta el agua y no la encontró. Se adentró en el bosque y recorrió todo el entorno de la montaña Mamut, pero no acudió a sus llamadas.

La loba se había ido. Tras la muerte de Ova había decidido abandonarlo y regresar con los de su especie. Y aquella noche parecieron confirmarse sus temores: una manada de lobos aulló cerca del monte de las Cinco Cuevas y el hombre pensó que alguno de ellos era el de la loba que había caminado con él.

El frío, que parecía haberse retrasado en aquella ocasión, enseñó sus colmillos más crueles y sus lunas fueron de las más crudas y terribles que hubieron de soportar. Todo pareció concitarse para traer la desgracia a los hombres. Las tormentas y las ventiscas no dieron treguas, las expediciones que aprovecharon los breves claros regresaron con las manos vacías, las partidas que fueron hacia la costa apenas si consiguieron sobrevivir y las provisiones se fueron agotando en las grutas.

Ababol era la nueva Guardiana, pero era joven y aún no tenía ni el crédito ni el

predicamento de los que había gozado su madre. El chamán hacía lo posible para socavar su prestigio y buscaba todas las excusas para hacer ver que no estaba preparada para tal misión. Y aunque las mujeres no le echaban apenas cuentas, sí lo hacían algunos cazadores y el cuento acababa corriendo por los fuegos.

Pero como los intentos del brujo contra la joven Guardiana no acababan de fructificar, supuso que sería más fácil hacer mella dirigiendo su ojeriza contra Lobo Alto. Las penalidades y hambrunas que las cuevas padecían eran la mejor leña para alimentar las lumbres de la envidia, y los días sin poder salir de la gruta, la mejor ascua para que la murmuración se extendiera. Que Lobo Alto y Ababol compartieran fuego y pieles no hizo sino crecer a ambas.

El único alivio fue el regreso de la loba. Tan repentinamente como había desaparecido regresó. Una tarde, al mirar hacia donde solía estar, algo que había seguido haciendo desde que se marchó, a Lobo Alto le pareció ver algo moverse. Esperó al crepúsculo y bajó hacia el río. Antes de llamarla, ella salió rápidamente para pegarse a sus piernas y cabriolear jugando en la nieve ante él. Le había bajado algo de comida y la loba la cogió de su propia mano. Ababol se alegró mucho cuando se lo contó y ambos hablaron de la promesa que él le hizo a Ova de cuidar al animal y de que aquello era señal de que su profecía y mandato se empezaban a cumplir. Cada tarde, Lobo Alto, aunque se lo quitara de la boca, bajaba con algo de comer. Pero al tercer día quien llevó comida fue la loba a él, depositándole una gran liebre nival a los pies.

Aquello, además de alborozarlo, lo hizo meditar. Acudió a hablar con Fresno. La loba, en aquel momento de adversidad, podía ayudar y era el momento de que se lo demostrara al clan.

Costó convencer al cazador, pero era un hombre abierto a las novedades y consciente de que la gravedad de la situación hacía necesario intentarlo todo. Lobo Alto y su fiera marcharían delante y la fila de cazadores los seguiría un buen trecho detrás. No todos quisieron ir, Crin entre ellos, y el chamán se negó a rito propiciatorio alguno, no iba a hacer conjuros por un animal.

Quienes los acompañaron, que fueron bastantes, pudieron ver que mientras sus pies se hundían profundamente en la nieve, la loba parecía flotar y resbalar sobre ella. Que comenzó de inmediato a cazar como si supiera lo que esperaban de ella y que no dejaba de volver la cabeza para mirar a Lobo Alto y parecía indicarle la senda a seguir. Al fin, dio con una huella donde durante largas jornadas los cazadores no habían encontrado ninguna y su olfato infalible los llevó hasta un gran ciervo al que consiguió acorralar contra un ventisquero y los hombres pudieron alancearlo con sus venablos. Se lo trajeron entero, hasta la cuerna y las patas. Nada se iba a desperdiciar y en la Cueva de las Manos y en las vecinas hubo al fin algo de carne fresca. Que lo hubieran conseguido por la loba fue algo que Fresno y, entre los viejos, Zarpa de Oso no se cansaron de pregonar. Para enfado de Crin y del chamán.

Estos dos pretendieron desacreditar su labor, pero como todos tuvieron su ración,

en la próxima salida fueron muchos más los que quisieron seguir a la loba en la cacería.

Esta vez fue aún más decisiva. Y aún causó mayor impacto entre los hombres. El animal los llevó, tras mucho detenerse a escuchar y a olfatear, a una matanza que una manada de sus congéneres había conseguido culminar. En este caso, un jabalí. Lo tenían a medio devorar cuando, guiados por la loba, que entonces se quedó atrás, llegaron los hombres y tuvieron que emplearse con piedras y venablos para hacer a los lobos abandonar su presa. Aquello, aunque fuera mucho menos la carne conseguida, fue lo que a muchos decidió.

—La loba eligió entregarnos su carne y quitársela a los de su raza. La vieja Guardiana antes de morir me dijo que era un don que la Diosa nos regalaba y que como tal la debíamos tratar —proclamó Lobo Alto.

Y, en esta ocasión, ni Crin ni el chamán le replicaron.

Los cazadores comenzaron a ver en ella el mejor aliado y ya se ponían inmediatamente detrás de Lobo Alto cuando salían, tras su escurridiza y adelantada silueta gris, a campear. Pero entre una minoría aquel prodigio produjo un resentimiento que no dejaba de crecer. El chamán no dejaba de hurgar la menor oportunidad de atacar su cada vez mayor rango en el clan.

—Hasta camina delante del jefe Fresno en la fila cuando se sale a cazar —señalaba para concluir que el forastero, pues como tal lo trataba, pretendía ocupar el poder y que para ello tenía como aliada a Ababol, en cuyas pieles dormía—. Una joven curandera con todo que aprender y un extraño quieren mandar en la montaña Mamut. Nuestro jefe, ciego, no ve que lo quieren suplantar —murmuraba en los oídos de quienes lo querían escuchar, que no eran muchos.

Y Crin lo secundaba en su acción.

Aunque la mano de Lobo Alto estaba puesta en la pared, aunque se hubiera criado allí, crecía el malestar también porque era quien compartía su lecho con la joven y hermosa Guardiana, a la que muchos habían deseado, alguno llegado a yacer con ella, pero ninguno logrado que lo estableciera en su fuego. A bastantes había rechazado Ababol en esa pretensión y aquella ponzoña seguía en su interior.

De las murmuraciones y del daño que podían causar se enteró antes que nadie el viejo Zarpa de Oso, el anciano jefe casi recluido en la cueva. Informó a Fresno y ambos fueron a hablar con Lobo Alto.

—Hay algunos que no te quieren entre nosotros. El chamán los solivianta contra ti. Antes por tu loba, ahora por forastero, aunque no lo seas ya, y aún más por vivir en la cueva de la Guardiana con Ababol. Hay uno sobre todo, quien más pretendió conseguirla, que más pronto que tarde intentara algo contra ti.

—Lo supe casi desde el día en que volví. Es Crin.

—Es hombre impulsivo y la violencia puede en él con todo lo demás. No era así antes, pero el chamán lo ha maleado y más aún desde que Ababol lo despreció por ti —le resumió Zarpa de Oso.

Lobo Alto había visto que Crin en algún momento había concebido esperanzas respecto a Ababol y que suponía que, si Lobo Alto desaparecía, él podría volver a tener su oportunidad.

El vaticinio del lisiado jefe no tardó en cumplirse. Le sirvió de excusa una expedición sin fortuna, a la que Crin sí acudió, donde ni los hombres ni la loba pudieron hallar ni cazar pieza ninguna. Al ver a Lobo Alto darle de comer al animal le recriminó duramente:

—Lo que nos falta a los hombres tú se lo das a un asqueroso animal.

—Le doy de lo mío y este animal otras veces nos ha traído la comida hasta la boca —le replicó Lobo Alto.

—Nuestros venablos son quienes nos traen la comida y no esa bestia salvaje e inmunda que cualquier día se comerá a una de nuestras crías. Matarla, como siempre hemos hecho con los lobos, es lo que deberíamos hacer en vez de darle de comer.

Hizo ademán de empuñar la azagaya, pero no llegó a elevarla siquiera, porque Lobo Alto, que intuyó su intención, velozmente se levantó y se plantó en dos brincos delante de él. Lo desafió:

—Quieres matar a mi loba y a mí y compartir el fuego de Ababol. Me matarías en la oscuridad y a traición. Pero no será así. Será ahora y ante todos si te atreves a empuñar tu arma.

Crin, sorprendido y desbaratado por su propia rabia, no se lo pensó. Intentó levantar su azagaya y lanzársela, pero tan cerca estaba el otro, que antes de hacerlo Lobo Alto había caído sobre él y, con un tremendo golpe del puño en todo su rostro, lo hizo desplomarse en la nieve sangrando por la nariz. Intentó rehacerse, pero, aturdido, ya tenía a su rival encima, que lo sujetaba firmemente contra el suelo y le había inmovilizado los brazos con las rodillas y le había hecho soltar la lanza.

Lobo Alto se había convertido en un rival temible en sus viajes, fatigas y andanzas. Su oponente no podía competir con él ni en fuerza, ni en decisión, ni en rapidez. Por si fuera poco, la loba había acudido en defensa de su amo y, gruñendo torvamente y con los colmillos al aire, amenazaba la garganta de Crin.

Fresno intervino:

—Sujeta a tu animal, Lobo Alto, y retén tu mano. No se verterá aquí sangre por cuchillo o por lanza de ningún cazador del clan. Si alguno de los dos lo hiciera, es la ley de este clan, deberá abandonarlo para siempre y no regresar más. Ambos la respetareis.

El incidente se saldó así, pero el resquemor siguió vivo y el encierro invernal no hizo sino acrecentarlo. Zarpa de Oso volvió a avisarlo:

—Ten cuidado. Su derrota lo tiene fuera de sí. Si puede, te clavará un venablo en la espalda. Confía en que a él no lo desterrarán porque el chamán hará lo que sea por impedirlo y tiene poder para lograrlo.

Sin embargo, la admiración de muchos otros crecía alrededor de Lobo Alto a pesar de aquellos augurios y esa turbia hostilidad. Los más animosos y valientes de la

montaña Mamut comenzaron a salir con él y su loba incluso en medio de la tempestad y sus esfuerzos acabaron por salvar al clan de morir de hambre. Partían a la menor oportunidad y a veces regresaban medio congelados, pero casi siempre con algo que compartían con todos. Ababol se encargaba de que los fuegos con niños lactantes fueran los primeros en recibir su parte.

Por fin, el espantoso invierno dio lugar a síntomas de mejora y pareció que el clan se desperezaba y se alejaban los malos presagios y rencores. Pero cuando parecía que todo aclaraba fue cuando la tormenta se desató en la montaña Mamut.

De nuevo la loba estuvo por medio. Un día volvió a desaparecer. Pero esa vez Lobo Alto creía saber la causa. Había observado algunos síntomas en ella y acabó por comprender que estaba preñada. Su escapada a la manada, impelida por el celo, había traído aquella consecuencia.

Se lo dijo a Ababol:

—La loba se ha marchado. Ha ido a parir sus cachorros a algún lugar donde no puedan quitárselos.

—Procura encontrarlo tú antes que nadie pues los matarían de inmediato.

El grupo de seguidores del chamán también se habían percatado del estado de la loba y de su ausencia. Supusieron lo mismo y se dedicaron a rastrearla. Por fortuna, Lobo Alto llegó antes. El animal reapareció donde solía dejarle comida y pudo seguir sus huellas. Descubrió la madriguera, no muy lejos, en la que se había ocultado para parir. Vigiló aquel día y no ocurrió nada. Pero a la tarde siguiente vio a Crin y a unos cuantos bajar al río y apresuradamente cogió sus armas y corrió para adelantarlos. La loba salió a su encuentro, pero él la hizo regresar al interior. Se apostó tras las rocas que afloraban por encima de la covacha y esperó. Crin y dos de sus secuaces, uno al que llamaban el Tasugo y otro al que decían Fuino,[78] no tardaron en aparecer. Habían dado con las huellas recientes de la loba y encendido las teas para asfixiar a los lobeznos dentro y obligarla a ella a salir.

Esta vez no hubo siquiera aviso ni amenaza. Lobo Alto se alzó ante ellos y al instante volaron las azagayas. Lobo Alto tenía mejor posición sobre la ladera, estaba parapetado tras las rocas y tenía a sus tres enemigos debajo. Estos gastaron sus primeros proyectiles en balde. O dieron en la roca o se perdieron en el aire al esquivarlos Lobo Alto, que se agazapó a la espera de que se descubrieran al subir. El Fuino lo hizo al resbalar en la nieve helada que aún quedaba. La azagaya lo alcanzó en un muslo. Gritó de dolor y se cobijó tras una roca. Pero Crin y el Tasugo se lanzaron a la vez contra él. Crin iba delante aullando, y aullando siguió cuando el segundo venablo de Lobo Alto le atravesó el pecho y cayó echando sangre por la boca. El Tasugo se paró, no sabía si a Lobo Alto le quedaba otra azagaya, y en la duda optó por huir dando alaridos. Crin estaba muerto. El Fuino, herido, se quedó muy quieto cuando fue hacia él, pero Lobo Alto, tras despojarle de la azagaya, que ni siquiera hizo intención de blandir, se arrodilló a su lado y se ocupó de taponarle la herida. Estaba seguro de que, alarmadas las gentes del clan, no tardarían en aparecer.

Pero ahora su preocupación era la loba y sus cachorros. Había de hacerle entender que tenía que llevárselos de allí. Logró que saliera de su madriguera pero aún le costó más atrapar a los tres lobeznos, que aún tenían los ojos cerrados. Por fortuna, su hondura era poca y, tumbado, pudo llegar al fondo con la mano. Cuando cogió al primero, la loba gruñó y le enseñó los colmillos a punto de atacar, pero él dejó al cachorro de inmediato en el suelo y ella lo lamió. El hombre alcanzó al siguiente y repitió el gesto, y cuando iba a hacerlo para sacar al tercero, la propia loba, como si lo hubiera entendido, fue quien entró y cogió entre sus fauces al tercero. Con él en la boca y Lobo Alto con los otros dos se dirigieron apresuradamente a una vaguada no muy lejana donde había abrigos entre las rocas y allí buscó la loba una madriguera bastante profunda y se metió dentro con sus crías. Lobo Alto volvió y con una rama procuró borrar sus huellas, aunque sabía que cualquier cazador avezado a nada que se lo propusiera descubriría la pista y el escondrijo. No tuvo a tiempo de más. Apenas había vuelto junto al herido oyó llegar en tumulto al clan. Fresno venía al frente y su semblante tenso y angustiado era la mejor señal, más que los gritos, de la gravedad de la situación. Lobo Alto había clavado sus armas en la tierra en señal de sumisión. Y los esperó.

Se había vertido la sangre del clan. Un cazador había muerto y otro estaba herido. Fresno ordenó que se llevaran de inmediato al herido, que seguía sangrando, y que otro grupo se llevara también el cadáver de Crin. Apagó todos los gritos y preguntó lo que era evidente, pero debía corroborar:

—¿Ha sido tu mano, Lobo Alto?

—Yo he sido.

—¿Te someterás al juicio del clan?

—Me someto al juicio de las cuevas de la montaña Mamut y acataré su decisión.

Lobo Alto sabía que esta podía ser hasta la muerte a manos de la familia de Crin y parecía inevitable el destierro. Pero estaba sereno. Había cumplido su palabra con Ova y no había sido quien había atacado primero. Se había limitado a defender su vida. Y la de la loba.

—Estarás recluido en tu fuego hasta que el consejo de los cazadores te llame, te escuche a ti y a todos y pronuncie su sentencia —concluyó Fresno—. No podrás salir hasta entonces. Si lo haces, cualquiera que te vea podrá matarte allá donde te encuentre.

Lobo Alto, custodiado por la fila de cazadores, en silencio ascendió hasta la cueva donde vivió Ova y penetró en ella. Dentro lo esperaba Ababol. Ya sabía algo pero él le relató todo y por qué se había visto obligado a actuar así. Cuando concluyó, ella lo abrazó.

—No te matarán. Fresno y muchos cazadores no lo permitirán. Yo estaré contigo e iré allá donde tú vayas. Esta vez no irás solo.

Sus palabras acabaron por tranquilizarlo y le invadió una extraña sensación de quietud. Entonces pensó en la loba. Ababol adelantó la solución: ella, la Guardiana,

se haría cargo del animal y sus crías. Hablaría con Fresno y le diría que ella la ponía bajo la protección de la Diosa por si alguien pretendía hacerle daño. Y como estaba seguro de que algunos cómplices de Crin lo volverían a intentar, la subiría a su cueva y de allí no la permitiría salir hasta que el asunto de Lobo Alto hubiera quedado zanjado.

Fresno accedió. Ni siquiera lo consultó. No había por qué hacer daño alguno al animal que los había ayudado en la caza y procurado comida. La cueva de la Guardiana estaba lo suficientemente alejada. Permitió a Lobo Alto salir por un rato de su encierro, custodiado por él mismo, para que hiciera subir al animal, lo que consiguió cogiendo un cachorro y llevándolo con él. Ababol cogió otro y la loba los siguió con el tercero en la boca. No utilizaron el sendero habitual de subida sino una estrecha y oculta trocha para que nadie viese subir a la extraña comitiva. En un recoveco de una galería fuera de la vista de todos, Ababol puso unas pieles y algo de hierba seca para que la loba estableciera su cubil.

El consejo de madres y cazadores, esta vez todos juntos, debía pronunciarse. Las Cinco Cuevas hervían de agitación. Hacía mucho que alguien del clan no mataba o era muerto por la mano de otro del propio clan. La familia de Crin había pedido sangre por sangre. Había dudas en la mayoría de los fuegos. El chamán los recorría intentando soliviantarlos. El Fuino y el Tasugo contaban su versión pero a través de Zarpa de Oso comenzó a llegar también la de Lobo Alto. Algo era evidente. Habían sido tres contra uno. Y estaba por dilucidar quién había sido el primero en atacar. El Tasugo no era demasiado querido en el clan, y el Fuino reconocía que Lobo Alto lo tuvo a su merced, pero, lejos de rematarlo, evitó que pereciera desangrado. Sobre la loba terminó por saberse que la Guardiana de la Diosa la había recogido con sus cachorros en su cueva; aunque la mayoría de las mujeres que habían ido a solicitar remedios no habían alcanzado a verla, una parecía que sí y no pudo callar. Aquello provocó otro tumulto de discusiones y Fresno decidió que aquella misma noche se celebraría sin más demora el consejo en la sala grande de la Cueva de las Manos.

Lobo Alto sabía que su amigo y jefe del clan, Fresno, se mantendría neutral. Zarpa de Oso hablaría a su favor, y su palabra era escuchada todavía. Bastantes jóvenes lo consideraban un referente y creían que no había hecho sino defenderse. Muchos de los que lo habían acompañado en su esfuerzo durante las Lunas del Frío lo admiraban y apreciaban la labor de la loba.

El chamán había preparado, sin embargo, todo para que apareciera de la manera más perjudicial para Lobo Alto. Ahora sumó que habían subido a la loba sin permiso del consejo de cazadores a una cueva del clan. Fresno de inmediato respondió que él lo había permitido porque la Guardiana había declarado al animal y a sus crías bajo su protección, y a fin de evitar otro enfrentamiento ante su cubil como el que había causado la muerte de Crin.

El chamán comenzó defendiendo que Crin y sus compañeros no tenían por qué saber que aquella loba era la de Lobo Alto, había parido en un bosque muy próximo y

ellos fueron, como habían hecho siempre en el clan con lobas y lobeznos, a cazarlos. Entonces Lobo Alto los había atacado.

A ello respondió Lobo Alto que ellos sí sabían que era su loba porque la conocían de cuando los había ayudado a cazar, que la habían acechado al ver su preñez y que él había llegado justo antes de que fueran con teas y lanzas. Crin y Fuino fueron los primeros en lanzar sus venablos contra él. Que uno se había golpeado en la roca tras la que se agachó, y otro, pasado por encima de ella y caído en la nieve. Que allí habían sido encontrados, según pudieron confirmar tanto Fresno como los que llegaron del clan. Que él había herido después al Fuino y que este se había retirado tras unas piedras. Después Crin y el Tasugo se lanzaron, cada uno por un costado, de nuevo sobre él, y Crin iba a ensartarlo con su azagaya cuando él lanzó la que le quedaba y lo alcanzó en el pecho. El Tasugo, algo más retrasado, huyó cuando él estaba ya sin venablos y solo después clavó en el suelo el que extrajo de la pierna del Fuino, al que pudo matar con su propia azagaya. Ellos habían sido quienes lo atacaron primero.

Contra su palabra se levantó la del Tasugo. Este porfió confirmando lo dicho por el chamán, que fue cierto que eran tres, pero que fue Lobo Alto quien, apareciendo por sorpresa tras la roca, los atacó de repente. Que solo así pudo vencerlos.

La duda quedaba sembrada. Pero entonces Fresno, extrañado por el silencio del Fuino, le preguntó:

—¿Pudo matarte a ti también?

—Sí. Pudo hacerlo. Estaba caído y el Tasugo huyó.

Vio el jefe que el joven sentía rencor por el Tasugo, que siempre se había quedado atrás y había huido dejándolo solo.

—¿Quién lanzó sus venablos primero?

—Primero Crin y luego yo. Resbalé en nieve helada y me alcanzó.

Se levantó un murmullo en la sala de los fuegos. Pero el joven herido, roto su silencio, continuó:

—Crin había visto las huellas de la loba junto al río y sabía que era la de Lobo Alto. Nos lo dijo a los dos. Fuimos a matarla a ella y a sus cachorros. No esperábamos que él estuviera custodiando el cubil. Yo no hubiera ido de saberlo, pero cuando Crin enristró y lanzó su venablo, yo hice lo mismo que él. —Se volvió hacia el Tasugo—. Yo lancé y me hirieron. El Tasugo no usó ni un solo proyectil y huyó —remató con desprecio.

Sus palabras fueron seguidas de un rumor como de enjambre enfadado por parte del clan. Las miradas hacia el Tasugo se cargaron de desprecio.

Pero la madre de Crin había perdido a su hijo y ella reclamaba el castigo para el matador.

—Sangre por sangre. Esa es la ley del clan.

Zarpa de Oso habló a favor de Lobo Alto y les hizo recordar. Recordó al Errante y a quien vino a ellos y se crio como el Autillo y hasta fue Hombre Ballena una vez.

Mucho debían los clanes al mago: las cuevas y los cazadores estaban en paz con los espíritus de las cosas y las bestias. Y señaló hacia las galerías donde los había pintado e invocado. Aquello hizo mella. El actual chamán no gozaba en absoluto del respeto que el Errante había tenido y al que Zarpa de Oso unía la imagen de su ayudante.

Estaba claro que era la segunda vez que Crin había levantado su venablo contra él, que habían ido tres contra uno. Que él tan solo se había defendido. Ni siquiera abundó en el resquemor que Crin tenía hacia Lobo Alto con sus celos por Ababol. Toda la montaña Mamut los conocía.

El monte de las Cinco Cuevas descartó la sangre por la sangre. Fue su primera decisión. Ababol respiró.

Pero, sin embargo, Lobo Alto había roto un tabú, había matado a otro del clan. Y eso suponía que no podría permanecer en él. Los de la familia del muerto no podrían soportar su presencia y él debería partir. Así había sido siempre y ese era el castigo menor que se podía imponer.

Habría de entregar también al fuego del muerto algunas cosas como compensación: carne, dos pieles ya curtidas, una de marta y otra de nutria, dos venablos, cinco puntas de sílex y un propulsor. Y también algo al Fuino. Este pidió la garra de cavernario que Lobo Alto llevaba al cuello y este aceptó. Lo hizo con gusto, pues el joven, con su arrebato de sinceridad, le había salvado la vida. La montaña Mamut dio de plazo a Lobo Alto hasta el final de la luna para partir.

La sentencia del consejo enfureció al chamán, que se sentía vencido con el destierro de Lobo Alto en lugar de su muerte. Buscó el resquicio por el que contraatacar y lo encontró en la loba. Estaba en una cueva de los hombres y eso no se podía tolerar. Enardeció a cuantos pudo y, en esta ocasión, logró hacer mella en las mujeres que tenían hijos pequeños. Las asustó de tal forma con la fiera que muchas dejaron de ir a la cueva de la Guardiana y otras acudieron a pedir a Fresno que la matara a ella y a sus cachorros o que al menos los arrojara de allí.

El propio prestigio del jefe comenzó a estar comprometido. Acudió a la cueva pequeña y les expuso la situación:

—El chamán agita para que maten a la loba y a las crías. No son pocos quienes la consideran la causante de todo el mal traído al clan y no faltan quienes piensan que una fiera comparta la gruta y la comida con los hombres es una abominación.

Ababol tomó la decisión de inmediato:

—Fresno, has llegado hasta donde has podido con tu amistad y protección. Mañana nos marcharemos, pues con Lobo Alto también me iré yo. Así quiero hacerlo. Ya muchas mujeres no me ven digna de mi madre y esto será también lo mejor para el clan.

Ya solos Lobo Alto y Ababol, se adentraron con una lámpara donde la loba amamantaba a los lobeznos. Habían abierto los ojos y se bamboleaban intentando andar, tropezando y rodando como bolas peludas, sus cuerpos y cabezotas de color negro que contrastaban con el gris de su madre. Dos eran hembras y uno macho, y

Ababol sentía por ellos un impulso que la llevaba a quedarse junto a ellos sin dejar de sonreír.

Habían hecho ya la mayoría de los preparativos y su marcha era sabida por todos. Iban a partir al día siguiente. Dirigiéndose a Lobo Alto, a la loba y a los tres cachorros, proclamó como si fuera un motivo de orgullo:

—Nosotros formaremos un nuevo clan.

El hombre se quedó mudo un momento. Había pensado en la posibilidad de establecerse en alguno de los vecinos, que sin duda los acogerían. Aunque seguirían arrastrando el problema de la loba. Siempre había sabido de la decisión de Ababol, de su coraje y su firmeza, pero aquello ni se había atrevido a plantearlo. Ella, mucho más que él, dejaba todo atrás, su raíz, su posición, la cueva y la tumba de su madre, su fuego desde niña, y se convertía en errante, en huérfana de clan, como había sido él. Y lo hacía hasta con alegría, como si aquello la liberara de un peso.

—Nos iremos lejos, Ababol. Partiremos con nuestros lobos y hallaremos nuestro territorio y encenderemos nuestro propio fuego. La loba nos ayudará en el camino. Y cuando crezcan los cachorros, aún seremos más. Seremos el clan Errante. Pero no matarán a nuestros lobos ni nos someterán a nosotros. Ni aquí ni en cualquier otro lugar.

Ella lo abrazó con pasión. Una pasión que desataron ambos aquella noche última en la montaña Mamut. Ella lo invitó con el ardor en los ojos y una sonrisa hermosa y llena de pasión en la boca. No iban a doblegarlos, ni al hombre, ni a ella, ni a la loba. No iban a suplicar un cobijo y un fuego en un rincón.

Se amaron como lo habían hecho aquella primera vez al finalizar la Fiesta del Salmón. También era una despedida. Pero ahora era de los dos. Era mucho lo que dejaban atrás. Todos los recuerdos de ella y el lugar donde él pensaba ya quedarse y vivir. Ahora marchaban desterrados. Pero caminarían juntos y eso los llenaba de alegría.

Pero no caminaron solos. La noticia se extendió por todas las cuevas como el fuego en el pasto amarillo y seco del verano. Algunos de los jóvenes habían empezado ya antes a hablar entre ellos y tenían pensado ir con Lobo Alto, pero se habían dado tiempo porque la luna aún iba media. Ahora lo repentino de la marcha y que la Guardiana Ababol partiera con él conmocionó a todos. El chamán, el Tasugo y sus partidarios hubieron de callar ante los gestos de enfado y hasta de rabia por parte de muchos. Y varias de las madres dirigieron miradas de reproche a las que no habían apoyado a la hija de Ova. Ababol, que era quien guardaba la memoria no solo de la Diosa, sino también la sabiduría y los remedios de su madre, se marchaba. Con ello se rompía el vínculo y trazo que las unía con el antes y con el después, y aquello, que no había sucedido nunca, caía sobre todas. Sobre las madres, sobre sus hijas y hasta sobre las niñas más chicas. Las dejaba huérfanas, y como tal se sentían. Surgieron los primeros lloros en las más pequeñas y luego el grito entre las mayores. Acusaron a los hombres de haberlo provocado. Hubo tumulto pero la cachazuda voz de Zarpa de

Oso se elevó para decir lo que en realidad a todos los corroía:

—La decisión fue de todos. De las madres y de los cazadores. El chamán y el Tasugo os arrastraron a muchos. Luego algunas madres no ayudaron. Se van por ellos, pero se van también por todos nosotros.

Sabían que decía verdad y los llenó de pesadumbre. Algunas ancianas pretendieron ahora intentar convencer a Ababol de que no se marchara por el bien de la montaña Mamut. La joven ni siquiera quiso salir a la puerta para hablar con ellas. Bien sabía que, pasado aquel momento, aquellas mismas viejas que ahora suplicaban volverían a la murmuración y a remover los miedos. Regresaron apesadumbradas y alguna ofendida por su negativa.

Entre los hombres, la mayoría, incluso algunos que habían apoyado al chamán y al Tasugo, hasta el propio Fuino, sentían tristeza por la partida de Lobo Alto. Los pocos que se alegraban de su exilio se guardaban mucho de exhibirlo. Los ojos de la tribu estaban ahora puestos sobre ellos. Fresno los tenía clavados sobre el chamán. Buscaría cuanto antes un nuevo brujo, ya lo pediría a algún clan, porque este, si hablaba con algún espíritu, era para traerles el mal.

Estaban tristes pero sentían que nada podían hacer ya. Pero algo sí podían y lo inesperado sucedió. Esmerejón,[79] un joven de los que más ardorosamente había defendido la causa de Lobo Alto y que había sido el primero en salir con él y la loba en las durísimas expediciones invernales, se levantó y lo anunció. Él también se marcharía con Lobo Alto y Ababol. Que borraran también su mano de la pared.

Fue decirlo Esmerejón, y cinco jóvenes más lo anunciaron. Eran siete ya al amanecer con dos llegados de otras cuevas, y a ellos se unió una mano completa de mujeres, todas jóvenes también, algunas apenas salidas de la niñez. Con sus pocos enseres empaquetados, ellas, y con sus zurrones de viaje y sus lanzas dispuestas, ellos, estaban ante la pequeña cueva de Ababol.

Salieron ella y Lobo Alto al oír el tumulto. Se quedaron atónitos. La más niña de todas se abalanzó llorando sobre Ababol y le rogó que no la dejara allí. Era del fuego donde dormía el Tasugo y no quería seguir allí. Si se llevaba a los cachorros de la loba, no podía abandonarla a ella. Su madre no la dejaba, pero ella se acogía a la protección de la Guardiana de la Diosa, que estaba por encima.

Llegaban ahora algunas madres, llegaba Fresno, otros cazadores y, renqueando, Zarpa de Oso. Nunca había sucedido nada parecido, ni había recuerdo alguno en la memoria de algo así, ni por lo tanto sabían qué remedio podría evitarlo. El chamán ni apareció. Fresno entendió que no había resistencia posible. El clan quedaba mermado, pero si era aquella su voluntad, era mejor que partieran. Y que se fueran en concordia, en paz y con la promesa de que si un día lo necesitaban o querían, no dudaran en regresar. Las madres, tras muchos gritos, regaños y lloros acabaron también por ceder, y a la del fuego del Tasugo que se resistía se lo acabaron por imponer.

El viejo Zarpa de Oso se acercó a Fresno, el que tanto tiempo lo había seguido los

pasos en la fila y a quien había enseñado con provecho el ejercicio de la jefatura, y le dijo:

—Si mis fuerzas fueran otras y mi pierna me valiera para sostenerme, yo me habría marchado con ellos. Y tú, Fresno, si no fueras el jefe y te debieras a este clan, si aún fueras el joven que fuiste, de seguro que también.

Y los dos, sin que la gente supiera por qué, se echaron a reír.

Se decidió que había tiempo para un breve ritual de despedida allí mismo, en la cueva de la Guardiana, que quedaría vacía. Cantarían por una vez última todos juntos y como madres, hijos, hijas y hermanos se despedirían. No estuvieron todos. El chamán, el Tasugo y alguno más fueron advertidos de que no debían acudir, que no los querían allí. Unos se marchaban del clan, pero los verdaderos desterrados, dentro de él, iban a ser ellos.

El clan Errante partió ya con el sol alto. El día era cálido y olía el valle a frescor y a hierba. Abría la marcha Lobo Alto, pero la loba no iba ahora unos pasos por delante abriendo la marcha. No. Caminaba detrás justo de Ababol, que iba junto al grupo de mujeres, y lo hacía porque en un mullido zurrón de cuero con el pelo por dentro, que ella llevaba a la espalda, iban sus tres cachorros, que asomaban sus cabezotas por el borde de la mochila.

44

El retorno

Lobo Alto no era un gran chamán ni a sus oídos llegaba la voz de los espíritus, pero el recuerdo y la figura del Errante guiaba sus pasos, daba certeza a su mirada y fuerza a su ánimo. El huérfano receloso, el Autillo; el ensoberbecido Hombre Ballena; el ahora Lobo Alto, digno de caminar en cabeza porque todo su pensamiento, empeño y esfuerzo estaban por entero dedicados a velar y procurar el bien de Ababol, de las mujeres, de los jóvenes que lo seguían y de los lobos con los que había establecido vínculo de alianza. Lobo Alto se debía a su nuevo clan porque un jefe era, antes que nada, el primer servidor de su clan. Y eso era lo que Lobo Alto había aprendido en su camino con el Errante y ahora debería demostrar él por sí solo.

Intuía su destino y conocía su camino, pero el clan Errante no tenía ruta fija, ni cueva ni territorio, y hacía su morada de aquellos por los que pasaba y de los abrigos a los que se acogía. Si no encontraban oquedades, levantaban tiendas; si daban con ciervos, cazaban ciervos; si topaban con caballos, alanceaban caballos; si seguían un río, pescaban, y si caminaban, como solían hacerlo, siguiendo sus riberas, recolectaban en sus sotos todo lo que les ofrecían.

Al poco de partir de la montaña Mamut pasaron cerca del asentamiento del pequeño clan donde se habían establecido los que habían llegado allí con él y el Errante en aquel primer viaje desde el clan del Ojo de la Roca,[80] cuya vida no había sido fácil pues solo los dejaron aposentarse en un territorio muy quebrado y a demasiada altura, donde las Lunas del Frío eran aún más crudas e insufribles. Lobo Alto tenía noticias de su penosa supervivencia y quiso llegar hasta ellos. Compartieron fuego y días de caza, y cuando reemprendieron la marcha, todos ellos, tres mujeres, una acababa de morir de parto, cuatro hombres y dos niños se les sumaron. Lobo Alto les había dicho que su intención era cruzar de nuevo, hacia los llanos del sur, aquellas cadenas de montañas y que en algún momento pasarían cerca de su territorio natal, aunque ese no era su destino. A ellos volver al clan del Ojo de la Roca no era lo que más los alentaba y sí unirse a aquel clan joven, ellos todavía lo eran, y lleno de energía que marchaba alegre y confiado en su fuerza.

El periplo que Lobo Alto tenía en la cabeza era cruzar la cordillera antes de que llegara de nuevo el gran frío, adentrarse en las llanuras e invernar a las orillas de alguno de aquellos grandes ríos que las cruzaban, acogidos en algún valle o cañón propicio. Pero después continuarían su marcha, pues el jefe del clan Errante quería seguir bajando, más allá incluso de su clan natal de la Cueva Mayor y al menos hasta donde el Errante había llegado: a las planicies de los Hombres de los Caballos.

Lo hablaban por la noche en los fuegos y él les relataba lo escuchado a su maestro: cómo crecía allí la hierba, cuán grandes eran las yeguadas, cuán abundante

la caza de todo tipo de animales y de qué forma vivían las tribus allí establecidas recorriendo aquellas extensas llanuras y llegando al pie de las siguientes montañas.

Las montañas que eran —y eso hacía que la conversación alrededor de la lumbre adquiriera otro tono y hasta silencios— la frontera con los Patas Cortas, que a veces bajaban y atacaban los campamentos de los Hombres de los Caballos. Pero ellos no temían a los Patas Cortas, gritaban los jóvenes. Subirían a sus montañas y los arrojarían de ellas como habían hecho en las que iban a dejar atrás.

No sabían que, en ese mismo tiempo, y aprovechando el tiempo cálido, el jefe de los Primeros Hombres había vuelto a salir de su valle y, esta vez seguido de muchos de sus hombres, estaba lanzándose sobre las llanuras para arrebatarles las hembras a los Oscuros y matar a todos quienes se le enfrentaran. En esta ocasión, Nublo estaba decidido a dar un paso más. A no retirarse del todo al valle, sino establecer de manera fija un grupo en la otra vertiente y recuperar aquel territorio de caza para el clan de los Primeros Hombres.

Tras el éxito de la temporada anterior, Nublo había esperado ansiosamente el final de este invierno. Habían visto que al otro lado había muchas manadas de herbívoros, que los valles estaban llenos de íbices, ciervos, corzos, gamos, más abundantes que en ningún lugar pues durante mucho tiempo nadie los había cazado. Y un poco más allá, en las planicies, caballos, rinocerontes, inmensos mamuts, uros y bisontes. Por dos veces habían derrotado y burlado a los Oscuros. Les habían robado sus hembras y ellos ya no se atrevían a seguirles. Ahora Nublo bajaba.

Había decidido establecerse en el sopié de la montaña. No era imprudente. Quería tener resguardada su espalda por si los Oscuros se reagrupaban y venían contra ellos. Temía sus lanzas ligeras y sabía que no podría contenerlos en campo abierto y que muchos de los suyos morirían. Pero, si se acogían al bosque y a los riscos, la ventaja era suya. Al cobijo de sus últimos árboles, en una oculta y tupida hondonada, estableció su acampada utilizando un buen abrigo rocoso en una de sus laderas. Desde allí sus batidores saldrían a espiar los pequeños campamentos de los Oscuros, y cuando los tuvieran bien situados y conocieran sus costumbres y debilidades, lanzaría su ataque. Por ahora se limitarían a cazar animales. Pero cuando los días comenzaran a acortar y cuando ya fuera momento de retornar al clan, se lanzarían a cazar a las hembras de los Oscuros. Y planeaba incluso dejar a algunos jóvenes, a quienes les daría algunas hembras capturadas, en el refugio que ahora habitaban hasta la próxima añada.

El clan Errante bajó hasta la costa para disfrutar de lo que el Gran Azul ofrecía en abundancia y porque por allí el camino era fácil. Cada mañana se acercaban hasta las rompientes de las olas y cada tarde, con la abundante carga de cangrejos, lapas, mejillones, almejas, pulpos y todo tipo de crustáceos, regresaban a los alejados acantilados que les ofrecían inmejorables cuevas con suelos de suave arena. Iban así avanzando por toda la franja costera, demorándose cuando encontraban algún lugar que los invitaba a hacerlo o acelerando el paso cuando transitaban por parajes más

inhóspitos. En ocasiones se cruzaban con algún clan de la cornisa que recolectaba conchas y aquella noche compartían fuego. De aquellos encuentros resultaba que algunos jóvenes, hembras y varones, decidían abandonar sus fuegos nativos y proseguir viaje con ellos. Recordaban al Errante y al propio Hombre Ballena, ahora convertido en jefe de aquel grupo que cada vez iba siendo más numeroso y que parecía vagar sin rumbo. Pero Lobo Alto sí lo tenía en su mente. Por eso, cuando llegaron a Punta Peñas, doblaban por mucho el número que un hombre puede contar con las dos manos y si fueron a aquel lugar era por algo. Lobo Alto le había relatado a Ababol lo que allí había acaecido y el conjuro que todos los chamanes habían hecho, al mar, al viento y a la tierra, contra los Patas Cortas. Deseaba ahora que la Guardiana de la Diosa, pues no había perdido tal condición por ser Errante, celebrara allí también una ceremonia para invocar a los mismos espíritus en bien de la fecundidad para su clan y que la Madre bendijera los vientres de las mujeres.

La estatuilla de la Diosa se había quedado en su hornacina de la montaña Mamut. Ababol no había querido arrebatársela. Pero la más pequeña de las jóvenes, la del fuego del Tasugo, siempre estaba pegada a ella, atenta a todas sus enseñanzas y palabras, y tenía el don de saber hacer nacer figuras que se escondían en las rocas. A ella Ababol le encargó una nueva figura y para cuando llegaron a Punta Peñas ya la tenía dispuesta. Era pequeña y no tan robusta ni con la feminidad tan destacada como otras. La había tallado en una hermosa piedra, de intenso reluciente color negro al alisarla y lavarla; mientras que su mano izquierda reposaba sobre su vientre, la derecha sostenía un gajo de luna en naciente.[81] A Ababol le agradó en extremo y Lobo Alto no pudo evitar un estremecimiento al contemplarla. Miró a la loba, que en ese momento jugaba con sus cachorros cada vez más crecidos y que ya caminaban con todos, y sintió que la Negra seguía a su lado y protegiéndole. Pero lo guardó para sí y sus recuerdos.

Sí habló a los hombres sobre sus siguientes pasos tras los ritos y ceremonias que celebraron aparte las mujeres y que las hicieron sentirse a todas más unidas y, aun viniendo de fuegos diferentes, ahora hermanas y algunas ya madres en torno a este que ahora todas juntas encendían. Lobo Alto, desde aquella punta sobre el mar, quería dirigirse hacia el interior y tenía muy meditado el camino y sus paradas. Deseaba subir por aquel valle por el que había bajado con el Errante en la expedición en busca de los Patas Cortas, y reencontrarse con aquel poderoso y alegre clan del Caballo, que tenía en su cueva y en su camarín del monte de Candamo su lugar sagrado.[82] Había sentido allí como en ningún lugar, él a quien tan poco alcanzaban, toda la fuerza de los espíritus y recordaba muy bien el recibimiento que aquellos hospitalarios cazadores con la risa siempre a punto le habían ofrecido con el mejor bocado del oso que habían cazado. Irían allí, propuso a sus gentes, y les pediría a sus chamanes que celebraran para ellos ritos propiciatorios pues les aguardaba lo peor del camino hasta lograr atravesar la alta cordillera. Lobo Alto pensaba que, al igual que los ritos de Ababol habían hecho sentirse hermanas a las mujeres, Candamo sería el lugar

propicio para que eso mismo sucediera a los hombres.

Comenzaron la subida por el caudaloso río, sabedores de que en cualquier momento los de Candamo los localizarían y vendrían hacia ellos. Eran fuertes y dominaban todo aquel territorio y, al ver a tan numeroso grupo, los interceptarían de inmediato. Mientras, caminaron por la ribera asombrados de la riqueza en caza y pesca. Al atardecer de la segunda jornada hicieron sus fuegos en un claro y, antes de que oscureciera del todo, supieron que estaban rodeados. Pero Lobo Alto no se asustó, sino que se alegró de ello. Clavando su venablo en tierra y haciendo a los suyos que lo imitaran, saludó y dijo su viejo nombre, el del Hombre Ballena, y proclamó que solo pedía permiso para atravesar su territorio y, si lo permitían, celebrar un ritual en su cueva, porque ellos carecían de chamán que lo oficiara. Lo gritó todo hacia la oscuridad, donde sabía que los otros lo escuchaban. Y, al acabar, le respondió una voz conocida: la del jefe que los había recibido. Brotaron desde todos los lados y se acercaron al fuego. El jefe abrazó a Lobo Alto y a nada estaban todos compartiendo carne y lumbre. Pero estaban también perplejos y no dejaban de mirar a la loba y a sus cachorros con admiración y suspicacia al mismo tiempo.

—¿Cómo es que viajas con lobos y los tienes en tu fuego? —fue lo primero que le plantearon, para luego encadenar una cascada de preguntas—: ¿Dónde está el Errante? ¿Quiénes son los que vienen contigo? ¿Adónde os dirigís? —Y un borbotón de cosas que querían conocer y que los dejaban asombrados pero sonrientes con sus respuestas.

Buena parte de la noche pasó en relatos y exclamaciones para concluir con una decisión del jefe:

—Bueno, ahora ya sabemos por qué el Hombre Ballena es Lobo Alto. Fue entonces y será ahora recibido en nuestro clan, pues viene con respeto y nos dice que no piensa quitarnos nuestra caza. Mientras cruce por nuestro valle, podrá cazar para que su gente coma, pero no deberá hacer campamento más de una noche y seguirá camino al amanecer siguiente. Tu petición de que el chamán oficie sus ritos para vosotros será a él a quien deberéis plantearla.

Al día siguiente ascendieron a la cueva de Candamo y el impacto que produjo entre las gentes del clan Errante fue semejante al que en su día había causado y seguía causando a Lobo Alto. El chamán aceptó su petición y solo los hombres penetraron al camarín que presidía el gran caballo. Los jóvenes salieron de allí reconfortados y agradecidos para siempre a la hospitalidad de Candamo. Aquella noche les ofrecieron pernoctar en el abrigo que la roca tenía, previo a la entrada a la sala de los fuegos donde ellos vivían. Y al amanecer el jefe se presentó ante Lobo Alto con varios jóvenes, entre ellos una muchacha, y un chiquillo que había oficiado de ayudante del chamán.

—En el camarín de Candamo sus gentes no hacen nada a escondidas los unos de los otros. Estos jóvenes vinieron a vernos a mí, al chamán y a la Guardiana anoche. Quieren partir con vosotros. Al menos, guiaros hasta que crucéis las montañas, pero

quizá también seguiros después y formar parte de vuestro clan. La Guardiana lo ha autorizado tras hablar con la vuestra y el chamán ha alentado a su discípulo a que vaya también pues no tenéis quién os trasmita la voluntad de los espíritus. Él lo hará, ya sabe hacer brotar los animales de las rocas y su poder irá creciendo.

Lobo Alto observó que al jefe, aunque sereno en su palabra, le asomaba la tristeza a los ojos. Para un clan tan numeroso como el suyo no era una pérdida excesiva, pero la sentía profundamente y no acababa de entender una decisión que a regañadientes había aceptado. No quería obligar a nadie a quedarse.

Lobo Alto le puso una mano en el hombro y le habló con amistad:

—Sé que al jefe le duele. Sabe que nadie de nosotros les hemos pedido que hicieran tal cosa. Pero ellos, como todos los que aquí caminan, lo han hecho por su voluntad e impulso. En nuestro clan, el de Candamo vivirá y se expandirá, nos traerán vuestra fuerza, vuestra alegría y vuestros tótems protectores. Vamos hacia las llanuras lejanas donde pastan las grandes yeguadas. Nos enseñarán a cazarlas y serán el recuerdo vivo de su clan y de esta cueva.

No se despidieron tristes. No aguantaban a serlo mucho tiempo aquellas gentes. Los que de allí se iban agitaban sus manos al ir bajando por la ladera y los que quedaban les respondían y hasta les acompañaron con cánticos, hasta que su voz ya no los alcanzó, aunque los siguieron contemplando mientras avanzaban río arriba hasta que se perdieron en un recodo bajo las arboledas. A Lobo Alto lo alegraron muchos aquellas incorporaciones. Tendría los mejores guías para cruzar las montañas, tenía un jovencísimo chamán y tenía una hembra más para los fuegos. Pero, más que todo, lo alegraba contar en su clan Errante con la simiente de aquel clan de Candamo.

Al principio no había comprendido del todo por qué tantos jóvenes se les unían, pero luego empezó a sentir él mismo aquel impulso, aquella visión de la cada vez más poderosa horda, pujante en su juventud, decidida y alegre, que cruzaba tierras, ríos, valles, desfiladeros y montañas e iba siempre más allá, en busca del siguiente horizonte.

Con los guías de Candamo al frente, ascendieron por el río y luego siguieron otra agua que hacia él venía y los adentró por un profundo desfiladero donde solo una senda pegada a la corriente permitía el tránsito. Los de Candamo la conocían bien.

—Es la Senda del Oso.

Y no solo encontraron muchas huellas suyas, sino que también tuvieron algún encuentro. No tenían tiempo para intentar cazar ninguno y los osos optaron por retirarse a su paso.

Al salir de aquellas quebradas asomaron ya al pie de las montañas, cuyas cimas eran de roca pelada. Iniciaron el duro ascenso por las sendas de los íbices, atravesando hayedos, después algunos robles y encinares, para llegar luego a los alerces y, ya antes de la hierba y la roca, solo piornales y brezales.

Fue una agotadora subida que pudieron culminar en una jornada, con el sol

poniéndose a sus espaldas divisaron el gran semicírculo de montañas peladas y los neveros, canchales y pedrizas que se desparramaban desde ellas al enorme y mucho más abierto valle que se abría al otro lado. La loba y los tres cachorros se adelantaron al viso y miraron hacia abajo aguzando las orejas. En las praderías pastaban los rebecos y oyeron el topetazo de dos íbices entrechocando sus cornamentas, que, aunque aún no era su época de celo, parecía ya anunciarlo.

Aquel sonido de las cuernas chocando y ver asomar en las praderías unas pequeñas flores moradas decidieron a Lobo Alto, tras consultarlo con los guías, a avivar el paso y no demorarse hasta su siguiente destino. Irían a pasar las Lunas de Hielo a su clan natal, a la Cueva Mayor, pero debían apresurarse.

El clan Errante descendió hasta los pies de la cordillera y sin dejar el sopié se dirigió hacia el naciente. Contaron hasta tres grandes ríos[83] que hubieron de atravesar y se adentraron ya en un territorio que los Hombres del clan de Ojo de la Roca conocían como Las Loras, pero no se dirigieron hacia su cueva, sino que desde ahí y por un corredor donde eran continuas las muestras del paso de animales, pues ellos también lo utilizaban para cruzar a la sierra de enfrente, donde Lobo Alto había nacido y allí había sido nombrado como el Autillo, el niño huérfano sin fuego.

Estando ya tan cerca, ralentizó la marcha para que pudieran descansar, buscaron buena acampada y procuraron abastecerse de carne, que ya les faltaba. El corredor era pródigo en caza.

La loba ya no extrañaba a nadie en aquel clan, los lobatos jugaban con los pocos niños, pero también con hombres y mujeres. El animal se había ganado la estima de todos, pues su ayuda se había vuelto imprescindible para ayudarles en la caza y en el cobro de las piezas heridas en los días en que como mucho podían herir una res al paso. Ahora demostró aún más el acierto de tenerla con ellos, pues las cacerías fueron mucho más fructíferas con su olfato y su oído. La loba se había ido acostumbrando al grupo y ya no solo era Lobo Alto al que se acercaba, sino también a las mujeres, en especial a Ababol, con la que se había encariñado desde que llevaba sus crías en el zurrón, y poco a poco también se iba aquerenciando a los demás hombres. Pero tan solo por Ababol se dejaba acariciar y tan solo a Lobo Alto aceptaba como líder de manada, con el que se restregaba y se acurrucaba a su lado en los descansos.

Para el líder del clan Errante dar vista al portalón de la Cueva Mayor no dejó de suponer un fuerte impacto. Volvía al frente de una fila nutrida y poderosa de cazadores y aquello le hacía levantar la cabeza y afirmar el paso, pero no dejaba de hacerle asomar inquietudes y viejos recuerdos nunca dejados atrás del todo. Envió a dos batidores para que anunciaran su llegada, pues el aparecer tan nutrida tropa podía levantar todas las alarmas, entender que suponían una amenaza y desatar cualquier respuesta agresiva. Les encargó que les dijeran quién era él y que su estancia y paso por su territorio serían efímeros. Seguirían hacia el sur en cuanto pudieran.

Regresaron los emisarios, que habían sido recibidos con cierto recelo, pues los vigías habían detectado a la potente horda y les habían señalado que podrían acampar

junto al río, pero que se abstuvieran de subir hasta la gruta. Que cuando estuvieran acampados podría subir hasta el Portalón su jefe y parlamentar con ellos. Pusieron como condición que lo hiciera tan solo con otros dos más como compañía. La larga fila de lanzas los había intimidado aunque hacían todo lo posible por no demostrarlo.

El clan Errante, ya avezado en paradas, descargó y desempaquetó sus enseres y habilitó con gran rapidez su campamento en una pradera a orillas de la corriente. Las pequeñas tiendas de piel, ensambladas con palos que cortaron allí mismo, estuvieron pronto levantadas y no tardó en subir al cielo el humo de sus hogueras.

Al atardecer, Lobo Alto, Ababol y el Esmerejón subieron a la Cueva Mayor y el ahora jefe no pudo dejar de recordar el día en que había visto llegar desde su escondrijo, donde observaba a las águilas cebar al aguilucho, al Errante, aquel hombre que había cambiado radicalmente su vida. Ahora era él quien regresaba. Y como a él entonces, pero con muchas mayores reticencias, salieron a recibirlo a la entrada.

Esperaba al menos reconocer al jefe, a Rastros, que era de todos quien más guardaba con afecto en su memoria. Pero no era Rastros, ni tampoco vio que el viejo jefe estuviera entre los ancianos que lo flanqueaban, quien lo saludaba con cierta tirantez y no muy disimulado recelo. Al fin reconoció a quien lo interpelaba. Era Tropezón, aquel joven que ganó su apodo en la cacería de uros donde quedó a merced de uno y resbaló en la pastosa boñiga del animal. Era él sin duda. Y aquello lo hizo sonreír.

—Saludo al jefe del clan de la Cueva Mayor y lo reconozco. No sé si ahora será su nombre, pero cuando yo partí de aquí como acompañante del Errante se le llamaba Tropezón. Yo era para él el Autillo.

Al jefe se le distendió la cara y algo parecido sucedió con quienes lo acompañaban.

—¡El Autillo! —exclamó—. Era verdad lo que los emisarios dijeron. Yo sigo siendo Tropezón, fue el nombre que me dio mi tribu y que has recordado. Me has reconocido. Yo no lo hubiera hecho contigo.

Consultó con la mirada a los ancianos y de nuevo se volvió a su interlocutor:

—Sé bienvenido al clan en que naciste.

Varios ancianos se adelantaron entonces y se hicieron las presentaciones. La primera, la de Ababol, que como Guardiana de la Diosa fue rápidamente conducida por la del clan que visitaban y marchó con ella a hacer la preceptiva ofrenda, y luego la de Esmerejón.

Se les permitió a todos ya pasar dentro de la gran sala de la entrada, aunque a Lobo Alto le pareció algo más pequeña que la de su niñez. Celebraron cónclave y se dieron las nuevas. Contó Lobo Alto las suyas y reiteró sus intenciones de adentrarse en el territorio de los Hombres de los Caballos.

Tropezón lo miró entonces con gravedad y les dio por su parte las novedades que debían conocer antes de seguir avanzando.

—Los Patas Cortas han atacado de nuevo. Lo hicieron ya antes pero cada vez son más agresivos y se adentran más en los territorios de los Hombres de los Caballos. Hasta aquí ha llegado el miedo. Los ancianos recuerdan ahora cuando eran la amenaza con la que los asustaban sus madres. Por nuestros cazaderos no los hemos visto aún, aunque estamos alerta.

Tropezón lo avisaba del peligro, pero lo alentaba a que avanzara. Enalteció el poderío de su clan y el número y vigor de sus cazadores.

—Los Hombres de los Caballos te recibirán con alegría. Un clan tan poderoso como el que guías los reconfortará mucho ahora que se ven acosados.

Estaba claro que Tropezón prefería no tener cerca ese poder del clan Errante. Ofrecía su amistad, pero como buen jefe había de velar por los suyos, y toda aquella tropa forastera no dejaba de representar una competencia en la caza. Eran casi tantos como todos los suyos. Y eran todos jóvenes y fuertes.

Lobo Alto se decidió al fin a preguntar por Rastros, con un elogio a sus habilidades que tan bien había conocido. Se apenaron los rostros de sus interlocutores pero bien se demostró que mantenían de su antiguo líder una buena memoria pues les agradó el recuerdo, y un anciano fue quien contestó con una leve sonrisa dentro de la pena:

—Las pasadas Lunas del Hielo han sido terribles para el clan de la Cueva Mayor. Las cacerías del reno, del uro y del bisonte resultaron fallidas. Rastros hacía ya tiempo que, mermado por la edad, no pertenecía a la fila de cazadores. Su palabra era respetada y tenida siempre en cuenta. Pero el clan pasaba mucha hambre. Se murieron los más débiles, los niños, y no había comida que darles. Rastros era ya un tullido pues su cuerpo se había agarrotado y casi no podía caminar, él, que con tal velocidad y certeza seguía las pistas. Entendió que era una boca que quitaba la comida a los que debían vivir. Un amanecer lo echamos de menos. Había desaparecido. Fuera la nevada era inmensa. Nadie además de él había salido de la cueva. Vimos que sus huellas se perdían en la nieve y entendimos que voluntariamente había partido para desaparecer en ella. Supimos que lo hacía como último servicio a su clan. No encontramos nunca señal suya. Solo el propio Rastros hubiera podido seguir su propia huella.

Se hizo un silencio respetuoso y cargado de nostalgia. Las miradas se quedaron prendidas de las llamas y solo se oyó el crepitar de la leña.

Tropezón quería enseñarle a Lobo Alto algo que guardaba en secreto. Lo invitó a que volviera a subir a la mañana siguiente y le pidió que viniera solo hasta el Portalón de la Cueva Mayor. Lo hizo el jefe del clan Errante muy de amanecida y se encontró que lo estaban esperando Tropezón, el chamán y un par de cazadores, que supuso que eran de mayor confianza.

—Los Patas Cortas habitaron estas cuevas. La memoria del clan lo recuerda y el chamán conoce los conjuros para protegernos de sus espíritus, que aún las habitan. Donde voy a llevarte permanecen sus calaveras y osamentas —le dijo en voz queda el

jefe.

Se adentraron con antorchas por estrechas galerías en las que resultaba muy fácil perderse. Hubieron de caminar por sinuosos pasadizos y, al llegar al final, extremar aún más las precauciones. A sus pies se abría una sima cuya hondura era enorme. No hubo necesidad de que bajaran para mostrarle algo de lo que las entrañas de aquella montaña guardaban. Ataron algunas antorchas encendidas a cuerdas trenzadas y fueron haciéndolas descender al abismo. En un momento alumbraron, destacado por su blancura, parte de lo que allá abajo se amontonaba: todo un revoltijo de huesos y cráneos desparramados al fondo. Una visión que los mantuvo en silencio hasta que hicieron subir las teas y regresaron al Portalón de la Cueva Mayor.[84]

—Los Patas Cortas dominaron todo este territorio. No es este el único rastro de su presencia, hay muchos otros, y también recuerdos que nos han sido trasmitidos por los chamanes y los ancianos.

Caminaron en hilera hasta llegar a la abertura casi totalmente tapada de otra cueva.

—Es tabú y la Guardiana y el chamán prohíben entrar en ella. Pocos la conocemos. Es aquí donde los Patas Cortas vivieron antes de que los Hombres llegaran y los ahuyentaran. Hay muchos lugares suyos en toda la sierra. La mayoría de sus entradas están cegadas, menos en la que nosotros habitamos y en otra que da a nuestra galería del sílex, pues ahí se encuentran en su techo riñones mejores que los que recogemos en los canchales del río.[85]

Todo ello interesaba y sorprendía a Lobo Alto. Nada de ello sabía de su época de niño. Nadie le había trasmitido tales secretos y suponía que, si ahora lo hacía Tropezón, es porque suponía que podían servirles cuando avanzara hacia donde los Patas Cortas habían regresado. Más que ninguna otra cosa, despertó toda su atención algo que le confió Tropezón casi de refilón. Era apenas un rumor, pero se había ido extendiendo entre los clanes.

—Los Patas Cortas tienen un jefe que los dirige. Antes andaban diseminados en pequeños grupos, pero ahora sus expediciones y ataques parecen mucho mejor organizados. Dicen que es joven y terrible. Hay quienes le han visto de cerca y han sobrevivido, cuentan que no es del todo un Patas Cortas. Tiene la piel más oscura y sobresale por su altura. Dicen que su madre fue alguien de los nuestros.

Aquello hizo reflexionar mucho a Lobo Alto. Lo que el Errante le había trasmitido sobre los Patas Cortas no se parecía en nada a esto. Ahora parecían tener como principal objetivo apoderarse de mujeres de los Hombres. Debía conocer todo lo que pudiera de aquel jefe enemigo.

Resultó que no eran ellos los únicos que hablaban y establecían vínculos y amistad. Mientras Lobo Alto había ascendido hasta la cueva, muchos de sus habitantes habían descendido hasta el campamento de los Errantes a la orilla del río.

La curiosidad les podía a todos y no cesaban de hacerse preguntas. Los jóvenes del clan de la Cueva Mayor eran los que más y con mayor interés las hacían. El clan

Errante aparecía ante sus ojos lleno de vigor y caminaba sin miedo hacia el sur. Aquellas noches algunos jóvenes, hombres y mujeres, no volvieron a dormir a sus fuegos y por la mañana casi hacían falta los dedos de las dos manos para contar a quienes habían decidido empaquetar sus cosas y seguirlos hacia las llanuras de los Hombres de los Caballos por muy terribles que se contara que pudieran resultar los Patas Cortas. Ellos los enfrentarían, los matarían y los expulsarían de todo aquel territorio. Los arrojarían de nuevo al otro lado de las montañas y se quedarían a vivir en aquellos territorios tan abundantes en caza y donde las Lunas del Hielo eran menos crueles y frías.

La visión de Lobo Alto, el hombre que no tenía visiones, era quien los guiaba. Y decidió que debía llegar a su destino cuanto antes. No invernarían allí. El frío este año parecía demorarse. Lo suficiente para que en algunas jornadas pudieran llegar al lugar donde habitaban los Hombres de los Caballos.

Cuando dejaron atrás el clan donde había nacido a quien llamaron un día el Autillo, los que seguían a Lobo Alto eran ya más que quienes se quedaban en la Cueva Mayor.

45

La alianza

El clan Errante fue recibido con alborozo por los Hombres de los Caballos. La noticia de su llegada los iba precediendo en las llanuras y de los campamentos salían a recibirlos. Sus chamanes recordaban al Errante y veían en Lobo Alto, que ahora llegaba al frente de tan poderosa fila de cazadores, a un enviado de aquel gran chamán que había vivido con ellos y que les enviaba una señal en aquellos tiempos de tribulación. Que aquel clan y aquel hombre avanzaran además flanqueados por lobos que se les sometían y los ayudaban en la caza señalaba que sin duda era alguien a quien los espíritus conjurados habían mandado en su socorro. Lo agasajaban y, según iba a avanzando de norte a sur, se le unían más y más jóvenes que querían caminar a su lado y exterminar a sus enemigos.

Los Hombres de los Caballos eran valientes y querían desprenderse de una vez de su miedo. Porque el pavor a los Patas Cortas llenaba las noches, parecía acechar en todas las oscuridades y aterraba más que a nadie a las mujeres, pues el viento susurraba que eran ellas a quienes buscaban, raptaban y se llevaban a sus cuevas, de las que no había vuelto ninguna. También se llevaban a las niñas pequeñas y a los niños. A los jóvenes y los cazadores que conseguían atrapar se los comían. Por doquier contaban del poderoso jefe que los conducía. Que se parecía a los propios Hombres de los Caballos, con la piel casi tan oscura como la suya, y que había matado a muchos.

Pero Lobo Alto comenzó a ser prudente según iba acercándose a aquellas sierras que ya divisaba. Se dirigió a un gran campamento, donde muchos pequeños clanes se habían agrupado tras los últimos ataques de Nublo, y decidió establecerse y levantar una empalizada por si tenían que invernar allí. Quería reconocer el terreno y conocer en todo lo posible a sus enemigos. La luna siguiente, ya con ventiscas, la dedicaron a cazar junto a los Hombres de los Caballos para acumular provisiones, dejando siempre un considerable número de hombres protegiendo las tiendas y a las mujeres cuando estas salían en busca de comida o de leña.

Con las partidas de caza, Lobo Alto llegó hasta el sopié de la sierra y mandó a pequeños grupos en busca de algún rastro que delatara a los Patas Cortas. Pero no hallaron nada. Volvieron con abundante provisión después de una última y exitosa cacería de caballos, donde los hombres de aquellas llanuras los asombraron con su habilidad para conducir a los veloces y potentes animales a un cañón sin salida donde les cercaron y lograron alancear a muchos de ellos. A su vez, los Hombres de los Caballos ensalzaron a la loba y contaron y recontaron por los fuegos cómo ella y sus espigados lobatos, que intentaban, con torpeza, secundarla, habían sido quienes mordiéndoles casi las patas a los caballos los habían llevado mejor que los propios

hombres a la mortal encerrona. Al poderoso garañón que se resistía a entrar y hacía continuos quiebros para huir fue la loba quien logró que, finalmente, penetrara por el paso que no tenía salida y por donde la yeguada le siguió enloquecida.

Regresados al gran campamento sin noticias de los Patas Cortas y con las Lunas del Hielo ya encima, la vigilancia se relajó un poco. Fue entonces cuando Nublo atacó de nuevo.

El jefe del Valle de los Primeros Hombres había acechado durante mucho tiempo los posibles descuidos de los Oscuros. Detectó el gran campamento situado más hacia el poniente y comprendió que por aquel lado era muy peligroso arriesgarse. Así que decidió ampararse en las laderas boscosas de las montañas hacia naciente e intentar un golpe antes de retirarse al otro lado. Finalmente, sus escuchas detectaron un campamento mediano de los Oscuros situado en una pequeña vaguada a la que se podía llegar oculto hasta una cierta distancia. Pero comprobaron que sus gentes no salían nunca del recinto en pequeños e indefensos grupos, sino siempre con la suficiente protección. Entonces Nublo se arriesgó a dar un golpe mucho más audaz. Atacaría de noche. Se infiltrarían en el campamento y entrarían en sus tiendas.

Logró penetrar en el recinto. Los Oscuros se consideraban allí seguros y dormían. No había centinelas. Las hordas de Nublo encendieron sus teas y las arrojaron contra algunas tiendas, que comenzaron a arder. Con las hachas y las mazas en las manos, penetraron en una, golpearon a quienes se incorporaban y arrastraron fuera a las hembras que pudieron agarrar. Huyeron tan velozmente como habían llegado. El pánico se apoderó del campamento. Todo fue confusión, gritos, alaridos, siluetas corriendo de un lado a otro a la luz de las tiendas incendiadas.

—¡Los Patas Cortas, los Patas Cortas! —gritaban, aunque no acababan de distinguirlos.

Un niño había salido aterrado de su tienda y su grito era el que ahora todos repetían. Los hombres se habían armado y echado a correr unos por un lado, otros por otro, sin dar con nadie. Al final, el muchacho los había conducido a su tienda y allí se toparon con un cazador con la cabeza reventada de un mazazo tendido en el suelo. Una mujer y su hija habían desaparecido. Nadie alcanzó a decir por dónde habían huido los agresores. La tienda era la que estaba en la esquina más próxima al campo abierto y más cercana a la zona de la vaguada donde comenzaba un bosquecillo.

Una partida de hombres salió en descubierta para intentar dar con alguna huella. Las hallaron precisamente en aquella dirección, pero una vez bajo los árboles, la oscuridad les impidió seguirlas. Hubieron de esperar al amanecer y para entonces los Patas Cortas ya estaban muy lejos. Siguieron durante dos jornadas su pista hasta que a la tercera llegaron al sopié de la montaña y comprendieron que por allí no debían perseguirlos.

La noticia llegó al gran campamento del poniente. La conmoción fue total. El jefe de los Patas Cortas los había burlado y vencido de nuevo. Los jefes de los Hombres de los Caballos se mostraban casi resignados.

Lobo Alto, sin embargo, no quiso resignarse a la desgracia ni al invierno. Dejó a Ababol y a las mujeres en su campamento y salió con su loba, sin cachorros, acompañado de casi la totalidad de sus hombres y un buen puñado de batidores. Su intención y firmeza eran muy claras: iban a seguir a los Patas Cortas para saber por dónde venían y adónde se retiraban.

Con los buenos servicios del olfato de la loba, a la que dieron a oler una prenda de una de las niñas secuestradas, encontraron el campamento desde el cual habían permanecido acechantes los Patas Cortas. Por los rastros de sus fuegos calcularon su número. No eran demasiados. Llegaron al siguiente fuego enemigo, que, para su estupor, volvía a estar próximo al campamento grande del que ellos mismos habían salido. Los Patas Cortas se habían escurrido por las laderas dando toda una vuelta y haciéndosela dar a ellos.

—Estuvieron primero aquí y, como no se atrevieron a atacar al campamento grande, se desplazaron hacia el de naciente. Luego han regresado aquí y han emprendido la huida montaña arriba.

Un superviviente de la matanza del paso se lo señaló en lo alto:

—Van hacia aquel portillo. La cascada de Navafría. Allí es donde nos emboscaron y nos mataron a muchos, aplastándonos con piedras.

Lobo Alto no estaba dispuesto a caer en la misma trampa. Pero tampoco iba a dejar escapar impunes a los Patas Cortas. Volvieron al Gran Campamento y allí expuso su plan.

—Los Patas Cortas suponen que no nos atreveremos a intentar de nuevo forzar el paso. Y no lo haremos. Hemos de encontrar otros pasos hacia la otra vertiente de la montaña. Hemos de actuar como ellos y localizar antes sus campamentos y la forma de llegar a ellos. Hemos de encontrarlos y caer sobre ellos. Pero habremos de ir todos cuantos podamos. No sabemos cuántos serán ellos. Estos pueden ser tan solo alguna de sus partidas.

Los diferentes jefes de los Hombres de los Caballos se juramentaron. Habían sufrido bastante. El enviado del Errante les insuflaba ánimos. Se vengarían ahora. Avisarían a todos los clanes de las llanuras, les pedirían que se les unieran y que pidieran ayuda a cuantos clanes vecinos pudieran. Los Hombres debían ir juntos contra la abominación de los Patas Cortas. Todos los clanes de los Hombres debían librar ese combate para exterminar a aquellos seres medio humanos. En menos de una luna deberían estar todos allí reunidos. Durante ese tiempo Lobo Alto y sus hombres del clan Errante hallarían los pasos y descubrirían sus campamentos al otro lado de la sierra.

Los jefes de los Hombres de los Caballos objetaron:

—Podrá hacerse lo que dices, pero no ahora. Las Lunas del Hielo ya están llegando y no podrá atravesarse la montaña.

—Eso es lo que los Patas Cortas creen, que con el hielo y la nieve protegiéndolos están a salvo. Esa será nuestra ventaja. Atravesaremos la sierra y caeremos sobre

ellos cuando estén confiados en sus cuevas.

Aunque algunos fueran a regañadientes, todos lo aceptaron. Nunca los clanes habían ido contra un enemigo todos juntos. Solo en alguna ocasión dos habían llegado a cazar mezclados. Entonces Lobo Alto habló:

—Sí se ha hecho. Sí lo hicieron nuestros antepasados. Donde llegué con el Errante, con el Hombre León, lo hicieron. Cuando nuestros ancestros fueron mucho más al norte, hasta donde otro Gran Azul cerca la tierra también por el naciente, se toparon con los clanes de los Patas Cortas, los Jaros como ellos los llaman, que eran entonces muy numerosos y lo dominaban todo. Los clanes de los Hombres se aliaron y los fueron expulsando, primero hasta el Gran Azul de Poniente, después bajando hasta el sur, hasta esta sierra detrás de la cual se han refugiado. Ahora ya no queda memoria de lo que nuestros ancestros hicieron pero el Hombre León me la enseñó. Por ello sé lo que debemos hacer y que tendremos el aliento de nuestros antepasados y la visión del Errante, que estará ahora también con nosotros.

Aquello acabó por convencerlos. La memoria de los Hombres había sido recuperada. Y quien la había traído del Errante los guiaba. ¿No se llamaba acaso así el propio clan que lideraba?

Los emisarios partieron hacia el norte. Lobo Alto con el clan Errante lo hizo en dirección contraria, hacia las montañas, y alcanzaron prontamente el campamento abandonado de los Patas Cortas, bajo el paso de Navafría.

—Ellos bajan siempre por ahí. Tendrán en lo alto vigías. Hemos de flanquearlos. Iremos hacia el poniente y buscaremos un collado por donde pasar, aunque desde aquí las montañas parecen muy altas y ya cargan con mucha nieve.

Eso hicieron durante largas y agotadoras jornadas, aguantando ya las celliscas. Tras varios fracasos que concluían en paredes de roca verticales o en neveros impracticables dieron con una esperanza. En una zona, los picachos parecían cada vez menos altos y en lo alto de una pedriza les pareció que se abría un portillo. Subieron por un costado, pero acabó resultando impracticable, probaron por el otro y por un sendero de rebecos que parecía ir hacia la cumbre. Y a ella llegaron. Hallaron al fin el paso anhelado.[86] Allá abajo, a sus pies, se abría un impresionante valle cercado de montañas altísimas. Aquel era sin duda el refugio, la guarida de los Patas Cortas.

Tomaron todas las precauciones para no caer de nuevo en una emboscada como les había ocurrido a los Hombres de los Caballos, pero comprobaron pronto que aquel portillo no lo tenían guardado. El grupo más numeroso se rebajó un poco en la vertiente por la que habían subido para eliminar cualquier posibilidad de que detectaran su humo, y un puñado con Lobo Alto comenzó el descenso, enmontados para no ser vistos. Tan solo necesitaban divisar los humos de los Patas Cortas. Con eso bastaría.

Lo primero que distinguieron en lo profundo del valle fue el brillo del río que corría de poniente hacia naciente. Lo contemplaron con ávida mirada. Aquel podría

ser el lugar donde se posara el clan Errante. Aquel podría ser el destino de Lobo Alto. Pero antes deberían acabar con los Patas Cortas.

Tardaron en dar con ellos todavía otra jornada, pero al final vieron el humo. Se acercaron y desde la altura distinguieron las bocas de sus cuevas. Era un gran campamento y eran varios los lugares donde los Patas Cortas parecían tener sus guaridas. Contaron al menos tres humos. Uno en lo alto de una meseta rocosa y dos bajo ella. Lobo Alto retuvo todo en su memoria e inició de inmediato la vuelta. Remontaron hasta casi la cima, pero esperaron a que fuera de noche para no recortar su silueta en la altura, y retornaron por el portillo descubierto hacia la vertiente norte de las aguas. Los Patas Cortas no los habían visto, pero ellos ya sabían dónde estaban.

En el Gran Campamento habían estallado las discusiones sobre la conveniencia del ataque. La vuelta de Lobo Alto al frente de los Errantes sosegó las suspicacias y excitó los ánimos, sobre todo cuando contaron que habían descubierto un paso que no estaba bloqueado ni protegido y también las guaridas de los Patas Cortas en un valle como jamás habían visto antes.

Volvió a desatarse la disputa de si era posible hacer la travesía ahora pues los Errantes habían regresado casi muertos de frío.

—Hemos de lograrlo cuando no nos esperan. Es nuestra oportunidad y no podemos dejarla. Vuestras mujeres están allí secuestradas. No podemos dejarlas en sus manos. Hemos de vencer a la nieve y al hielo para derrotarlos a ellos.

Tropezón, que había venido del clan de la Cueva Mayor, para alegría de Lobo Alto, fue el primero de los recién llegados en decidirse.

—Mi clan no ha venido hasta aquí para volverse. Subiremos para caer sobre esas bestias que semejan hombres.

Ya se decidieron todos. Y salieron de inmediato. Ababol, las mujeres, los niños y un potente grupo de hombres se quedaron protegiendo el campamento, aunque nada hacía suponer que fueran a ser atacados. Pero no podían fiarse.

Desde que comenzó la marcha, Lobo Alto parecía tener solo una obsesión: no ser descubiertos. Haciendo en los ventisqueros cuevas donde guarecerse por las noches, aguantando las peores tormentas, una los impidió avanzar durante una jornada completa y unas espesas nieblas llevaron a despeñarse a dos hombres de la partida, alcanzaron por fin la pedriza y el sendero de rebecos. Algunos tan exhaustos que no pudieron continuar. Uno se había roto una pierna, otros ya no tenían fuerzas. Allí podrían hacer fuego, pues aún estaban en la otra vertiente, y esperar su regreso. Ellos mismos se calentarían con una hoguera por vez última aquella noche pues hasta que atacaran las cavernas de los Patas Cortas no podrían encender fuego alguno, y menos por la noche, para no delatarse. Al alba cruzaron y desde lo alto contemplaron el valle.

Pero cuando iban faldeando para llegar enfrente de las guaridas de los Patas Cortas una terrible tormenta se abatió sobre ellos y estuvo a punto de acabar con

todos. No hacer fuego aquella noche y no encontrar refugio era la muerte segura. Los salvó la loba. Ella encontró la pequeña boca de una cueva, Lobo Alto la vio meterse. Pensó que era una pequeña guarida, pero, desesperado en medio de la ventisca, fue tras ella y tras arrastrarse vio que se ensanchaba. No era mucho, pero era una gruta y cabrían todos. Y allí podrían encender el fuego y no morir congelados. La tormenta duró dos días. La nieve tapó casi por completo la entrada de la gruta. Se les estaban agotando las provisiones. Pero Lobo Alto sabía que estaban cerca.

Salieron al tercer día y esa misma mañana divisaron los humos de los Patas Cortas y comenzaron a descender protegidos por los árboles. Llegaron a mediodía a la orilla izquierda del río. Parecía en algunos lugares helado, pero prefirieron no arriesgarse y buscaron un vado.

Lobo Alto, con Esmerejón, Tropezón y los jefes de los Hombres de los Caballos coordinó el ataque. Atacarían entre dos luces, al ponerse el sol. Aprovecharían el último resol sobre las costeras de las cuevas mientras ellos ya estarían en la penumbra en los sotos del río.

El clan Errante atacaría la cueva más grande y donde parecía que había más gente. Los Hombres de los Caballos, la que estaba no muy lejos de ella, y Tropezón, con los clanes del norte, rodearía la meseta de piedra y atacaría desde atrás el fuego que desde allí se levantaba. Irían hacia ellos con los propulsores listos, los venablos y las azagayas. Debían evitar el cuerpo a cuerpo con los Patas Cortas, ya que tenían la fuerza y la envergadura de las grandes bestias. Había que herirlos y matarlos a distancia. Tenían que recuperar las azagayas lanzadas para no quedarse desarmados y utilizar su agilidad en el salto y su velocidad en las piernas. No debían dejar que los alcanzaran y deberían cuidarse de sus mazas y de sus largas lanzas. Que no les importara huir para alejarse y volver a coger la distancia para desde ella volver a herirlos.

46

El asalto al Valle Oculto

Nublo vio venir el ataque, supo que había sido sorprendido y que, traspasada la sierra, no podrían resistir a los Oscuros. El estupor ante aquel tropel de hombres enarbolando sus lanzas, en veloz carrera, como si fueran una manada de lobos que avanzaban hacia ellos, los paralizó. Aún fue mayor su estupor cuando alcanzaron a distinguir, al lado de quien parecía dirigirlos, a un verdadero lobo. Corrían por la nieve con sus parkas blancuzcas y sus símbolos pintarrajeados de rojo en el pecho. Gritaban y eran tantos como un enjambre de abejas. Nublo supo que resistir era morir, que huir cuantos pudieran parecía la única salvación. Fue su primera orden y se la dio a la Jara. Y a todos los hombres les pidió que intentaran retardar el asalto desde lo alto de la meseta para permitir escapar a los máximos posibles. De pretender hacerles frente en el abrigo y resistir allí, morirían todos. Desde arriba, arrojándoles peñascos y con las largas lanzas, aún podrían contenerlos un poco.

La Jara se impuso en el griterío que se elevaba aterrorizado entre las mujeres del abrigo. Unas se intentaban ocultar en los recovecos del refugio con sus hijos en los brazos, otras salían y se tiraban de los pelos aullando, algunas intentaban esconderse en las galerías del santuario y una había decidido ya escapar a todo lo que le daban las piernas hacia los bosquetes a su espalda. Aquella era la única posibilidad y la Jara consiguió que la secundara la mayoría de las mujeres y los niños que ya se podían valer de sus piernas. Debían correr a ocultarse, desperdigarse luego y subir hacia los Fontanares para cruzar al otro lado del valle.

Nublo sabía que para darles alguna posibilidad de no ser alcanzadas por los ágiles Oscuros debían aguantar todo lo que pudieran. Sus hombres habían subido a la meseta y tenían ya una buena provisión de piedras y hasta algunos peñascos para hacerlos rodar contra los asaltantes. Eso sería lo más efectivo y lo que demoraría mejor el ataque. Vio que estos ya llegaban al pie del montículo y que se separaban en tres grupos. Uno daba la vuelta para intentar cortarles la retirada por su espalda. Se fijó en el que corría junto a la loba. El jefe del clan Errante también divisó al fin al extraño jefe de los Patas Cortas. Fue la primera vez que Nublo y Lobo Alto se vieron.

Nublo, en efecto, destacaba por su altura, se movía velozmente y ordenaba con precisión cómo contener el asalto. Apenas se ponía al descubierto porque conocía bien las armas de sus enemigos. Aunque tenía la larga lanza clavada en el suelo a su lado, llevaba en la mano un propulsor y un venablo. Él se fijó en que el jefe de los Oscuros estaba agazapado con su fiera tras una roca, apenas a unos cuantos pasos de la repisa donde se abría la entrada del abrigo. Estaba gritando para reagrupar a sus hombres y hacía gestos a los de los lados para que culminaran su asalto, pues desde allí un grupo que había quedado atrapado les lanzaba piedras.

Por los costados del refugio y hacia la plataforma llegaba ya también la primera oleada. Cuando los Oscuros estuvieron justo debajo, Nublo ya habían logrado emplazar a la mayoría de sus cazadores que moraban en el abrigo grande. Los de las grutas pequeñas habían quedado aislados. Tenían la ventaja de la altura y la protección de las viseras de piedra contra las azagayas. En medio de un alarido de rabia que enfrentaron al griterío de los que llegaban comenzaron a arrojarles grandes rocas. Un gran peñasco que lograron hacer rodar ladera abajo aplastó a todo un grupo que subía apelotonado. Los demás detuvieron su carrera y buscaron algún resguardo, pero fue solo por unos instantes. La voz de Lobo Alto volvió a resonar y se desplegaron y, buscando apostaderos protegidos, los venablos comenzaron a volar y a alcanzar a quienes lanzaban las piedras. Algunos de los Patas Cortas cayeron revolcándose por el suelo.

Los Oscuros estaban penetrando ya en una cueva y allí se produjo una primera carnicería. El puñado que se había quedado en el abrigo atacó embistiendo con sus lanzas largas al entrar los invasores y echaron mano a sus mazas y hachas intentando llegar al cuerpo a cuerpo. Pero tras la primera arremetida, donde alancearon a algún atacante, estos se retiraron un poco para conseguir distancia y los acribillaron con sus finas azagayas. Cuando cayeron, se abalanzaron sobre ellos y los degollaron, y la feroz loba le desgarró a un moribundo la garganta. Nublo había oído los bramidos de sus hombres, pero después ya solo oyó los chillidos de las mujeres.

Lobo Alto había entrado en el abrigo. Algunas mujeres con sus crías se apretujaban en los rincones y de inmediato se percató de que la mayoría eran cautivas. Las prisioneras no habían seguido a la Jara en su huida y se habían escondido.

—No tocar a ninguna, no matar a sus hijos —gritó, pero sus hombres ya se habían dado cuenta de quiénes eran.

El ataque no se había detenido del todo, sino que intentaba completar el cerco. Los asaltantes seguían subiendo protegidos en las diferencias del terreno y acechaban que algún defensor se pusiera al descubierto para alcanzarle con la ayuda de sus propulsores. Pero los Patas Cortas habían aprendido a resguardarse de las azagayas y apenas si ofrecían blanco. Sin embargo, ya tomado el abrigo, y con todo el montículo prácticamente rodeado, el ataque se hizo masivo y se lanzaron por todos los lados. Porque el segundo grupo había culminado también la entrada a las otras dos pequeñas cuevas cercanas. Allí, por donde atacaron los Hombres de los Caballos, la resistencia había sido feroz y desesperada. Habían combatido cuerpo a cuerpo para penetrar en la cueva y habían sufrido bajas. Pero los Hombres de los Caballos se habían vengado y habían desatado toda su furia contra quienes los habían aterrorizado. Los persiguieron hasta el último rincón de sus galerías, con saña y odio, y no dejaron vivo a nadie, ni hombre, mujer ni niño, excepto a una cautiva que gritó, yendo hacia los asaltantes, en la lengua de los Hombres y no de los Patas Cortas, que no los mataran, y estos bajaron sus lanzas. Otra había tenido peor suerte. Apareció muerta. Su hijo debajo, a

quien con su cuerpo había protegido, estaba aún vivo y los Hombres de los Caballos lo recogieron y se lo entregaron a la superviviente. Su madre no gritó o no la oyeron en el tumulto. No sabían bien quién la había matado en la oscuridad, pero era herida de lanza fina y los Patas Cortas, al final, se habían defendido con sus mazas.

Ahora se estaban juntando todos para el ataque definitivo sobre la meseta rocosa. Nublo había oído también la matanza en las cuevas pequeñas. Otra gran banda de Oscuros, además, les estaba ganando la espalda. Las mujeres habían logrado ya llegar a la protección del bosque. Había que escapar cuanto antes. Gritó a sus hombres, lanzaron el último aluvión de piedras, todas cuantas les quedaban, y cuando Lobo Alto se lanzó a la carrera con los suyos ladera arriba, el jefe de los Patas Cortas se lanzó por el extremo contrario monte abajo para intentar zafarse del cerco. Lo consiguió a medias. Algunos de los rezagados cayeron alanceados por la espalda por los Oscuros que ya habían puesto pie arriba, y la banda de Tropezón cortó el paso a cerca de la mitad del grupo que huía y los exterminó a todos.

Pero la otra mitad consiguió llegar al bosque. Lobo Alto vio de nuevo al jefe de los Patas Cortas, que se volvía hacia quienes estaban masacrando al grupo que habían rodeado y luego miraba con fijeza hacia donde él estaba, en lo alto del promontorio. Después se perdió en la espesura. Nublo había sido derrotado pero permanecía vivo.

Ni tampoco había cesado del todo la resistencia en los abrigos. Y eso hizo que la persecución de los fugitivos se demorara y solo los siguiera el grupo de Tropezón. Cerca del refugio más grande, donde habían liberado a algunas prisioneras, encontraron otra boca que se adentraba en las entrañas de la tierra. Allí se habían escondido un grupo de mujeres, niños más mayores y unos cuantos cazadores. La entrada era estrecha y apenas daba paso a dos hombres al tiempo. Desde dentro, los Patas Cortas tenían la ventaja de sus largas lanzas y ellos no podían hacer efectiva la de su número. El primer intento de entrada se saldó con un par de hombres despanzurrados. Lobo Alto echó entonces mano del fuego. Los atufarían como a fieras y los harían salir de su cubil. Ardieron las teas y consiguieron prender en algunos arbustos aunque no tenían leña seca y no consiguieron meter el fuego muy adentro. Forzaron la entrada y comprobaron que sus recovecos, altura y reductos eran propicios a que los atacaran con lanzas, mazas o rocas. Pero ellos perdían la ventaja del propulsor, pues no podía lanzarse. Aún tenían la de arrojar sus venablos a brazo. Otro más cayó en un recodo, con la cabeza reventada de un mazazo, antes de llegar a una sala más espaciosa, y entonces impusieron el número y culminaron la degollina. Sin que de ella se salvaran un par de viejos acurrucados en un rincón, donde parecía haber restos de una hoguera y una impresionante cuerna de uro. Tenían orden de Lobo Alto de respetar a mujeres y niños y la acataron.

El jefe de los Errantes entró y a la luz de las antorchas vio los muertos, las mujeres aterradas, los niños apretados a ellas y algo que lo sobrecogió más que nada: los fuegos alineados y sobre ellos las cabezas de rinocerontes, de uros, de venados y de íbices. Era el santuario de aquellas gentes. Tenía razón el Errante. No eran bestias.

Ordenó que sacaran a los muertos, a los suyos y a los Patas Cortas, y ahora que los vio de cerca comprendió por qué el Errante los llamaba los Jaros: tenían el pelo rojizo, ojos y piel clara y salpicada de motas rojizas. Y sí, eran anchos, enormes, de piernas y brazos poderosos, de grandes cejas, frentes chatas y mandíbulas rectas. Eran los primeros a los que veía de cerca y estaban muertos.

El Valle de los Primeros Hombres había sido asaltado y los Patas Cortas muertos, huidos y derrotados. Lobo Alto hizo que reunieran a todos los prisioneros. Lo primero, que ya en realidad habían hecho ellas mismas por su cuenta, fue separar a las mujeres jaras de las mujeres cautivas de los Hombres de los Caballos. Habían rescatado a varias. Una, la que se había salvado de morir en la gruta pequeña, era de las primeras que Nublo había capturado con el Menor en su primera incursión y que tenía ya una niña de un par de años a la que ahora se unía el niño de parecida edad de la cautiva muerta. La otra era la que en la oscuridad habían alanceado junto a su hijo. En el abrigo grande era donde habían encontrado a tres más, alguna con un niño casi recién nacido en brazos, y entre ellas a las últimas capturadas tan solo unas lunas antes. A todas ellas las fueron reconociendo los Hombres de los Caballos y hubo quien encontró a su hermana y uno a la mujer con quien había compartido el fuego y a la hija, raptadas en la última incursión de Nublo. Ellas eran las más dichosas. Las que tenían hijos, tanto aquella que ya lo tenía crecido como las que los tenían mamando, parecían alegrase también pero abrazaban con preocupación a sus criaturas.

A las otras, a las pocas Patas Cortas que no habían logrado huir al bosque ni habían muerto en las cuevas, Lobo Alto ordenó que las ataran de pies y manos para que no huyeran al menor descuido. Ellas los miraban con horror, pero también con chispazos de odio en sus claras y frías pupilas.

Pero más odio había en la mujer rescatada en la gruta pequeña, la cautiva más antigua. Cogió un venablo a uno de los hombres de su tribu y se fue hacia una de las viejas a las que tenían atadas en la sala de entrada. La anciana le devolvió la mirada de odio al ver que iba hacia ella, y nadie hizo nada por detenerla. La mujer del clan del Caballo le clavó con rabia el arma, una y otra vez, por todas las torturas, golpes y vejaciones que la vieja le había infligido durante su largo cautiverio. Ella era una de las primeras en ser capturada, este era el segundo hijo que había parido, pues el anterior, una niña, había nacido muerta. El hombre con quien había compartido su fuego hasta que fue raptada había sido uno de los que cayeron junto a la cascada de Navafría cuando intentaba rescatarla, y ella había visto cómo lo traían muerto colgando de un palo y cómo lo asaban, se lo comían y mondaban y dejaban reluciente su calavera.

Fue ella, ya más entera, quien le dio otra novedad a Lobo Alto:

—A otras dos de las cautivas se las ha llevado la Jara. Es la hembra de Nublo, el jefe.

Lobo Alto supo entonces el nombre de su enemigo. Lo había vencido y había

asaltado su valle y sus cuevas, había conseguido matar a muchos de sus hombres, capturado a algunas de sus hembras y liberado a muchas de las mujeres de los Clanes del Caballo. Pero Nublo seguía vivo, había escapado con un buen grupo de cazadores y casi todas las mujeres y los niños, incluso algunas cautivas.

Ellos no habían hecho tampoco prisioneros. Ningún hombre ni ningún joven se había salvado de sus venablos y cuchillos. También había mujeres muertas pues las Patas Cortas se habían defendido en las galerías arrojándoles piedras y algunas habían sido pasadas a lanza. A los hombres fueron cazándolos uno a uno en la oscuridad y el último que encontraron, malherido y con una azagaya en las tripas, acurrucado contra la última pared del último recoveco, recibió una lluvia de venablos.

Regresaban ahora los clanes del Norte, con Tropezón al frente, que habían ido en persecución de los fugitivos. No habían podido sino matar a algún rezagado.

—A los que dimos alcance al entrar en el bosque. Luego allí dentro se han desperdigado. Hay muchas pistas cruzadas. Las de las mujeres que escaparon antes y luego las de los hombres. Ellos conocen bien aquello y huían en todas las direcciones, pero siempre hacia lo alto. Hemos seguido algún rastro que dejaba sangre y alcanzado a un par de ellos y los hemos matado. Los hemos dejado allí. He ordenado volver porque no quería que nos disgregáramos y cayéramos en alguna emboscada.

Lobo Alto dio instrucciones de que llevaran todos los cadáveres donde estaban los muertos en el claro entre la nieve. Les despojaron a todos de sus pieles, que llevaban enrolladas y atadas alrededor del cuerpo. Les sorprendía, como le había sucedido al jefe Errante, lo pálido de su piel, su pelo y barbas rojizas, sus ojos azules, y lo peludos que eran. Pero sin duda tendrían buena carne y eran muchas las bocas entre los del clan Errante, los Hombres de los Caballos y los de los clanes del norte. No podían conseguir caza para tantos y tenían aquella provisión a mano. Desecharon a los más viejos y los tiraron en la orilla del bosque, junto con los menudos de los que evisceraron y limpiaron para comérselos. Allí lejos no corromperían el aire al pudrirse y de ellos se encargarían con presteza alimañas y buitres. El festín animaría a todos, después de las privaciones pasadas, y sería el remate de la victoria lograda. Los Patas Cortas habían sido vencidos y obligados a huir. Las llanuras de los Hombres de los Caballos quedarían libres de su amenaza y las mujeres podrían salir de sus campamentos solo con la precaución de las fieras y no de aquellas abominaciones.

Pero también habían de cuidarse de sus propios muertos, que habían sido bastantes. Uno de los aplastados por el gran peñasco acababa de morir ahora. Para ellos, lejos del abrigo de los Patas Cortas, cavaron un hoyo en el sopié del monte, aprovechando una zanja que el agua había hecho, y allí los depositaron tras haberles untado la cara y las manos con los pigmentos rojos y amarillos para que los protegieran en las oscuridades. A cada uno de sus muertos le colocaron una pequeña ofrenda: unas conchas, unas amoladeras de jabalí, una cuerna de corzo o una ristra de colmillos de zorro.

Los heridos fueron entablillados y curados, restañando las heridas con musgos y

plantas que detenían las hemorragias y con emplastos de hongos para que no se pudrieran. En alguno no sirvieron los remedios, se le gangrenó la pierna y murió también, pero a los demás se les soldaron los huesos, aunque algunos caminaron desde entonces renqueantes y alguno quedó tullido para siempre. También un par de ellos que sufrieron lanzazos y les habían penetrado en las partes blandas acabaron muriendo. Pero los que tenían heridas más superficiales o que no habían llegado a reventarles la porquería de los intestinos, sanaron todos.

Con los cadáveres de los Patas Cortas y las provisiones que hallaron en las cuevas y que estos tenían como reservas tuvieron para bastante tiempo. Pero los Hombres de los Caballos, los de Tropezón y los norteños querían volverse cuanto antes a sus clanes. Aprovecharon la primera clareadilla que hubo antes de que las Lunas del Hielo llegaran a su punto más álgido y atravesaron la cordillera de vuelta a sus campamentos. Pero ahora lo hicieron sin dar rodeo alguno y directamente por el paso de la cascada de Navafría, por donde además querían pasar para decirles a sus muertos que habían sido vengados. Con ellos decidieron irse las mujeres que habían sido liberadas. Y sus hijos nacidos entre los Patas Cortas fueron con ellas. Hubo cierta discusión por ello, pero Lobo Alto y los jefes de los Hombres de los Caballos la zanjaron al instante. Los hijos eran de la madre y del clan al que ella pertenecía, y con él se criarían y lo harían más fuerte y poderoso. Solo una no quiso marcharse, la que de más niña habían capturado y más tiempo había pasado prisionera con ellos. Quiso quedarse con el clan Errante y con sus dos criaturas, la suya y la de la otra cautiva que había perecido en el combate. Ella no tenía fuego al que regresar y podría ser útil a Lobo Alto y a los suyos. Además, era quien mejor conocía a los Patas Cortas y sería quien vigilara a las prisioneras, que se decidió que se quedarían en el Valle bajo la custodia de los Errantes.

Con los que partieron por el paso de Navafría fueron también Esmerejón y un puñado de hombres del clan Errante para llegarse hasta el campamento donde estaban Ababol y sus mujeres y regresar de inmediato de vuelta al Valle con ellas. Lobo Alto había decidido que no había mejor lugar para establecerse que el que habían arrebatado y que su clan Errante podría vivir allí para siempre y dejar de serlo. Y muchos de sus hombres, al contemplar su vegetación, su río, la protección de las montañas y las abundantes huellas de animales, habían pensado lo mismo.

En el grupo prisionero de Patas Cortas solo había mujeres y niños pequeños, uno casi recién nacido. Algunas eran hembras jóvenes y varios hombres ya las habían forzado la primera noche a aparearse con ellos. Ellas se sometieron sin defenderse. Alguna, la que tenía el mamoncillo, se mostró incluso tan sumisa que no tardaron en desatarla y, a poco, aunque con vigilancia, comenzaron a realizar tareas, recoger leña, bajar a por agua y hasta preparar comida. No eran demasiado hábiles con las manos y miraban asombradas las ropas de los otros, aunque ya conocían las de las mujeres cautivas, pero no aprendían a coserlas. No despreciaron la carne de los suyos y la compartieron como comida con los vencedores. De las dos ancianas capturadas murió

rápidamente una de ellas y solo una mujer muy sumisa continuó viva. A la vieja no se la comieron. Los niños más crecidos que con sus madres se habían ocultado en el santuario y que comían ya plantas y carne no solo sobrevivieron sino que a poco correteaban por la gruta. Fueron perdiendo el miedo a los Oscuros, y estos, en su mayoría jóvenes como eran, comenzaron a jugar con ellos y a enseñarles cosas que a los niños Patas Cortas los fascinaban.

Y cuando apenas poco más de media luna más tarde las mujeres del clan Errante con Ababol al frente ya habían llegado y se habían aposentado en el Valle Oculto, así decidieron llamarlo los chiquillos, que a no ser por su diferente aspecto, gestos y aquellos extraños andares, parecían ser parte ya del clan mismo aunque los pocos hijos de los Errantes, la mayoría mucho más pequeños, los apartaban de ellos. Pero los niños jaros hacían esfuerzos por juntarse y aguantaban las burlas y los desprecios y hasta intentaban aprender a imitar cómo hablaban.

Aquellas dos primeras Lunas del Hielo no estaban siendo tan severas como las del año anterior. Las presas no estaban acostumbradas a que los hombres que ahora las acechaban podían matarlas a distancia, y durante algún tiempo les resultó fácil alcanzarlas con las azagayas lanzadas con los propulsores.

Se fueron estableciendo en las tres diferentes cuevas y Lobo Alto y Ababol decidieron instalarse en una pequeña con la loba y sus tres cachorros, que ya eran lobeznos de más de medio año y comenzaban a cazar con ella y con los hombres. A ellos se unió la jovencita que tanto había porfiado por seguirlos en la montaña Mamut y que se había aquerenciado mucho con la Guardiana e intentaba aprender sus saberes. Era en extremo delicada y dulce, y su voz cristalina y sus cantos, que se elevaban de continuo en las caminatas del clan, gustaban y alegraban a todos. Por ello al ver levantarse a unas avecillas que se remontaban verticales desde las llanuras y emitían un melodioso gorjeo, le pusieron su nombre y la llamaron Alondra.

Instalarse en aquella estrecha cueva, aunque bastante honda por parte del jefe y la Guardiana tuvo que ver con el hecho de que todavía, aunque aceptados por todos, la estancia de los lobos en el lugar donde las mujeres dormían con sus niños suscitaba algún recelo, pero además la Custodia de la Diosa necesitaba algún recinto para colocar la estatuilla y que fuera también el lugar de los rituales femeninos. La galería no había sido utilizada anteriormente por los Patas Cortas, pero sí por las hienas, y algunos huesos traídos por ellas se apilaban al fondo. Estaba muy cerca del abrigo grande y a la vista de este, y a Ababol le pareció la más apropiada para sus tareas, al igual que lo había sido la de su madre Ova, allá en el monte de las Cinco Cuevas.

Lobo Alto se mantenía en alerta e hizo una expedición con la loba en busca de los huidos. Y aún hallaron a un Pata Corta herido, al que la loba acorraló y remataron. Dieron luego con la huella del grupo al que perseguían y que se había ido reagrupando según ascendía y ellos también subieron aquella nueva cadena montañosa, aunque de más baja altura que la que la separaba de las tierras de los Hombres de los Caballos. Era una sierra muy surtida por todo tipo de fuentes,

manaderos y calzarizos, la mujer cautiva les había dicho que por ello los Patas Cortas la llamaban de los Fontanares, pero cuando la remontaron perdieron el rastro por una nevada bastante copiosa que lo borró del todo. A sus pies se extendía otro valle parecido al Oculto,[87] cerrado este también por cimas tan altas como las que resguardaban el suyo de los vientos más gélidos del norte. Los Patas Cortas podrían haberse refugiado allí, pero no pudieron divisar humo alguno y lo tomaron como punto de referencia y lo llamaron Ocejón. Quizás allí es donde se habían ido a refugiar los Patas Cortas. Retornaron al Valle Oculto y se dispusieron a pasar el invierno en aquel lugar que ahora les pertenecía.

47

El rapto de Ababol

La tercera de las Lunas del Hielo, para compensar tal vez la suavidad de las anteriores, fue particularmente cruda incluso en el Valle Oculto. La nieve cayó sin descanso durante noches y días. Cuando al fin se despejaron un poco los cielos, Lobo Alto, Esmerejón y una selecta partida de cazadores partieron de inmediato río abajo, acompañados de la loba y dos de los espigados lobatos, un macho y una hembra. La lobita más pequeña se quedó en la cueva con Ababol y las otras mujeres.

La partida solo estuvo fuera dos noches, que pasó en otro refugio que habían descubierto, consiguió abatir un megaceros y retornaba alegre. Al llegar, muy de mañana, la desolación estaba esperando a Lobo Alto. La cueva donde moraba con Ababol había sido asaltada en un audaz golpe de mano que nadie había prevenido y que se ejecutó con tal sigilo en medio de la noche cerrada que cuando los hombres del Abrigo Grande quisieron reaccionar a los gritos de socorro ya fue tarde. Cuando llegaron a la cueva de la Guardiana esta había desaparecido, al igual que Alondra, y la lobita daba los últimos estertores con la cabeza hundida por terribles golpes.

—Intentamos seguirlos en la noche, pero nos fue imposible hacerlo más allá de la linde del boque. Hasta aquí, hasta la cueva, se deslizaron tres tan solo. Esta mañana, ya con la luz, hemos visto que bajo los árboles los esperaban varios más. Un grupo de batidores ha salido tras la pista fresca antes de que la tape otra nevada. Nosotros nos hemos quedado esperándote.

Lobo Alto, antes de ir a su encuentro, quiso con Esmerejón y los mejores rastreadores saber más de lo sucedido y se acercó a la cueva. Allí el jefe no quiso evitar un alarido de dolor que oyó todo el clan Errante. La tristeza, la rabia y la impotencia arrasaban a Lobo Alto, que se maldecía por haber salido de caza.

Por los rastros, era evidente que habían intentado defenderse y que la lobita había logrado hacer sangre en alguno de los agresores. Habían derribado el parapeto protector de piedras y ramas y habían penetrado dos Patas Cortas y otro se había quedado en la entrada. Habían matado a la loba a golpes de hacha y cogido primero a la Alondra. Ababol parecía haberse logrado escurrir pero al salir, el grito de socorro que oyeron fue de ella, un golpe del Patas Cortas que acechaba la había derribado. La habían cargado a la espalda, como también a la Alondra, se notaba en la profundidad de dos de aquellas huellas, mientras que las del que abría la marcha eran menos hondas.

Bien claro estaba quiénes eran y que conocían a la perfección aquel paraje. Las huellas llegaban primero a un cortado, por el que se deslizaron, se metieron luego en una hondonada abierta por un pequeño regato de agua para evitar ser vistos desde la plataforma de arriba y por ahí se escurrieron hasta el bosque.

No perdió más tiempo Lobo Alto. Con Esmerejón y un numeroso grupo de los más fuertes y ligeros partieron tras las huellas de los raptores. Llegaron donde un batidor los esperaba para guiarlos por la pista que los otros iban dejando mientras seguía la de los fugitivos y, al remontar la primera pequeña loma de los Fontanares, Lobo Alto lanzó desde allí un tremendo alarido, de furia, de pena, de rabia y de venganza, con el que quiso alcanzar a Nublo, pues estaba bien seguro de que era él quien se la había arrebatado, y de esperanza para Ababol. En el grito le decía que no cejaría nunca hasta encontrarla. La mujer ya lo sabía, aunque no llegara a oírlo.

Y Ababol sabía otra cosa que Lobo Alto desconocía. Estaba preñada. Lo sabía desde hacía dos lunas. El flujo de sangre no le había venido por segunda vez y sentía que una vida le crecía en las entrañas. Eso fue en lo primero que pensó cuando se despertó de su inconsciencia, provocada por el tremendo golpe recibido al intentar escapar. La habían llevado a cuestas pero, tras atravesar aquel pequeño riachuelo, le habían echado agua en la cara para despertarla, le habían atado las manos, puesto una cuerda también al cuello para tirar de ella y la habían obligado a andar. La Alondra seguía aún desmayada, pero a ella seguía llevándola como un fardo y sin aparente esfuerzo el Pata Corta que la había capturado. Al principio, Ababol perdió el equilibrio a causa de la conmoción en un par de ocasiones, pero se fue rehaciendo y siguió a sus captores. Vivía y habría de vivir por el hijo que llevaba dentro. Eso era lo único. Vivir. Y para ello no debía hacer nada que los enfureciera y decidieran matarla. Vivir era lo único que importaba. Luego ya pensó que Lobo Alto iría tras ella y la acabaría encontrando. Con la loba, la encontraría.

Nublo avanzaba el primero, elástico, moviéndose con decisión, buscando las sendas por donde la nieve era menos espesa, utilizando a veces las de algunos animales. Conocía a la perfección los lugares por los que pasaban y no dudaba ni un instante en la dirección que seguir.

La Alondra se recuperó al fin del desmayo. Los Patas Cortas querían que se pusiera en pie y caminara, pero ella se quedó tendida en la nieve. Los cinco, pues cinco eran los de la partida que habían protagonizado el asalto, la rodearon. Uno hizo un gesto de amenaza con la lanza. Entonces Ababol le habló y la llamó por su nombre:

—Vamos, Alondra, levántate. Si no, te matarán y te comerán. Levántate e intenta caminar. Hazlo a mi lado.

La jovencilla, aún sollozando, al oír a la Guardiana se repuso un poco, se incorporó e hizo un esfuerzo por andar. El Pata Corta desarmó su brazo y prosiguieron camino. Ababol sintió entonces los ojos de Nublo, verdosos y serpentinos, clavados en ella. Se había dado cuenta de su influjo sobre la joven.

Mientras corría hundiéndose en la nieve, la desesperación de Lobo Alto lo desgarraba por dentro como la peor de las heridas. De nadie sino de él mismo era culpa lo sucedido. No había actuado como un jefe prudente, no había previsto el contraataque de un enemigo tan audaz y temerario como Nublo. Una vez más su

soberbia, creerse por entero victorioso, haberse confiado de fuerza y menospreciado la del otro, lo habían conducido al desastre y ahora había perdido a Ababol. Mejor le hubiera parecido sufrir el asalto y haber muerto.

Pero estaba vivo. Y de pronto pensó que era esencial que lo estuviera. Que habría de vivir para conseguir llegar de nuevo hasta ella. Que no cejaría de recorrer todo aquel inmenso y desconocido territorio, aquellas montañas interminables hasta encontrarla. Aquello le reconfortó, le serenó el pulso y le llenó de coraje. Su paso se hizo más elástico y menos atropellado. El clan Errante lo ayudaría en ello.

Exterminarían, ahora ya sin compasión alguna ni sobre hembras ni sobre crías, a los Patas Cortas, y no dejarían que ni uno solo de ellos viviera. Los perseguirían hasta donde fuera necesario, pero recuperaría a Ababol y mataría a Nublo y a todos quienes con él estuvieran. La tierra sería solo para los verdaderos hombres y aquellas abominaciones debían de ser exterminadas de su faz.

Esmerejón, el más rápido de todos los cazadores y el más cercano al jefe, compartía su desolación y sentía como propio su dolor. Percibió también su cambio de actitud, redobló el ritmo de sus pasos y a poco el grupo alcanzó a los batidores que seguían la pista. La habían logrado mantener hasta que remontaron las cimas de los Fontanares, pero allí la habían perdido en una pedriza desnuda de nieve por la que parecían haber atravesado. Celebraron consejo. Los batidores indicaron cuál creían que era la dirección que habían tomado. Parecía ser la misma que cuando habían huido derrotados del Valle Oculto. Divisaron aquel característico pico, el Ocejón, que habían significado la vez anterior. Su ruta parecía dirigirse hacia él, cruzando el Valle y remontando de nuevo después. Si perdían su rastro, aquella montaña sería su guía.

Pero tenían también a la loba. Esta había lanzado un lastimero aullido tras olfatear el cadáver ya frío de su cría y ahora se entregaba con verdadero frenesí a la búsqueda de aquel olor, el de los Patas Cortas, que distinguía bien como perteneciente a los que habían matado a su cachorra.

Tardaron en localizar la pista al otro lado de las rocas, pero la loba dio con ella y eso hizo renacer sus esperanzas. Atardecía y hubieron de buscar cobijo. Al día siguiente, a media mañana, sintieron que los secuestradores no podían llevarles mucha delantera, pues descubrieron los rescoldos de una hoguera en la pared abombada de un cortado. Era de la noche pasada y estaban ya fríos, pero el rastro era bueno. También comprobaron, ahora mejor, que eran cinco los captores y que Ababol y la Alondra seguían vivas pues sus pisadas se marcaban de manera bien diferente en la nieve. Si se mantenía el buen tiempo y forzando el paso, podrían darles alcance en poco más de otra jornada.

Pero aquella misma tarde la tormenta y la cellisca cayeron sobre la tierra y sobre su ánimo con un golpe demoledor. Hubieron de afanarse en encontrar refugio, encender fuego y no perecer congelados. Cuando al día siguiente despejó ya no hubo pista alguna que seguir. Ni siquiera para la loba. Les quedaba la referencia del Ocejón, ahora cubierto de nieve, al igual que todas aquellas sierras. La nevada había

sido extrema y copiosa. Lobo Alto los reunió.

—Los hemos perdido y habremos de buscarlos al otro lado de este valle. Aquí ni antes ni ahora hemos detectado fuego alguno que indique una guarida de los Patas Cortas a la que ellos se dirijan. Están en aquella montaña de allá —dijo señalando al pico con convicción, quizá para darse seguridad a él mismo, que distaba mucho de tenerla.

El grupo perseguidor era demasiado numeroso y ahora era evidente que la caza de los Patas Cortas iba a prolongarse mucho. Lobo Alto tomó otra decisión.

—Ellos no son muchos. Una partida nuestra más pequeña irá más veloz y podrá alcanzarlos antes. Vendrán conmigo solo los más rápidos de pies y más resistentes a la fatiga. Los demás regresarán al Valle. Si los alcanzamos antes de que lleguen a su guarida, con nosotros bastaremos para acabar con ellos y liberar a Ababol y a la Alondra, pero si consiguen llegar adonde los esperan los demás, enviaré emisarios para que acuda el clan entero.

Los Errantes protestaron. No querían dejar a su jefe y todos querían acompañarlo. Pero él los convenció. Las Lunas del Hielo iban a entrar en lo más crudo. Un grupo más pequeño, y al que además dejarían todas las provisiones posibles, podría arreglárselas mejor para sobrevivir. Porque Lobo Alto había decidido traspasar aquella sierra, ir hacia aquella montaña lejana y permanecer allí todo el invierno si fuera preciso en busca de la más mínima señal que permitiera detectar al clan de Nublo. La menor voluta de humo ascendiendo sería suficiente. Y entonces le daría caza.

Pero la mayoría de sus hombres debía volver al Valle y proveer para todos los que allí habían quedado. Al frente de ellos puso a Esmerejón. Perdía al mejor corredor pero era en él en quien confiaba más para dejar en sus manos al clan Errante y sabía que a la menor indicación acudiría sin demora a su lado. Eligió después a los mejores, los más duros y resistentes. Iban a permanecer a la intemperie durante las Lunas del Hielo. Pero Lobo Alto era su jefe, él los había traído hasta el sur, hasta aquellas nuevas tierras, había vencido a los Patas Cortas y les había arrebatado el Valle Escondido. No, no iban a fallarle en su tribulación. Darían con Ababol, con la Alondra, y del cráneo de Nublo harían una copa para beber.

Nublo forzó a Ababol en la primera parada. Quien no había tocado hasta el momento a una Oscura les dijo a sus hombres que aquella hembra la quería solo para él. Los otros no rechistaron y se turnaron sobre la Alondra, que gritó y lloró. Ababol sabía lo que la esperaba y que era estúpido ofrecer cualquier resistencia. Aguantaría su embestida e intentaría que no la golpeara ni que le hiciera ningún daño. Ni a ella ni a lo que llevaba dentro. Nublo se sorprendió cuando la agarró por detrás y, cogiéndola con fuerza del pelo, la penetró. La hembra se mantuvo inmóvil y como yerta. Cuando se derramó y la descabalgó, ella se limitó a rodar hacia un lado. En sucesivas ocasiones y paradas, cuantas veces quiso hacerlo la montó, y ella se mantuvo igualmente calmada y sin ofrecer al macho resistencia alguna. Él volvió a

fijar su mirada en ella intrigado. La había encontrado con tan solo otras mujeres en aquella pequeña cueva en la que no había hombre alguno y aquello también lo había sorprendido. Era una hembra diferente a las otras Oscuras que habían capturado, erguida y firme, con extraños ojos verdosos y era evidente que la muchachita la obedecía y le demostraba respeto. Se quedaría con ella.

En realidad, su captura había sido puramente fortuita. Nublo no sabía quién era. No había visto en el ataque de Lobo Alto mujer alguna entre los asaltantes. El hecho de haber topado con la pequeña cueva también había sido una casualidad. Había decidido asestar aquel golpe intuyendo que, tras su huida y la persecución a que lo habían sometido, los Oscuros lo creerían al otro lado de las montañas. Pero él se había apostado con un escogido grupo en el valle y había enviado a todos los demás, remontando la siguiente serranía, hacia aquel lugar donde sabían que habitaba otro clan de los Primeros Hombres, al abrigo de aquella montaña que les recordaba a su Peñalanza.

Desde lo alto de los Fontanares, Nublo acechó todos los movimientos de los Oscuros. Vio como gran parte de ellos marchaban y retornaban hacia los llanos por el paso de la cascada donde un día los derrotó. Y por él vio venir a una nueva partida en la que iban muchas mujeres y algunos niños, que bajaron hasta el refugio que había sido el de su fuego. Con su golpe de mano nocturno solo había buscado que no se sintieran seguros, que allí en el Valle de los Primeros Hombres, el Oculto, siempre estarían en peligro, y también demostrar a los suyos que no estaba vencido. Sembraría entre ellos el miedo y cuando los suyos pudieran rehacerse, lograría hacerles volver al otro lado de las montañas. Pero para ello habría de unir a más clanes. Él solo no podría.

Los fugitivos del Valle, con las hembras y las crías, encontraron el lugar que él les había indicado merced a un cazador superviviente que lo había acompañado en aquella expedición a aquel pequeño clan en la falda de aquella nueva montaña que tenía sus refugios en un verdadero laberinto de rocas enhiestas de extrañas formas y con muchas cuevas.[88] Allí se aposentaron y enviaron de vuelta al más joven cazador para que se lo contara a Nublo y a los tres que se habían quedado atrás.

Nublo se puso entonces en marcha. Bajó hasta la linde del bosque. Conocía cualquier recodo y collado, cualquier risco y refugio, conocía cada árbol y cada arroyo, y pudieron adentrarse hasta llegar a dar vista a las cuevas sin que nadie se percatara de que habían vuelto. Comprobaron que, en efecto, eran muchos los Oscuros que se habían marchado. Que los que llevaban los símbolos del clan de los Caballos habían partido y solo quedaba aquel clan extraño de cazadores jóvenes que había asaltado su cueva principal al que se habían unido sus mujeres. Pero no vieron al jefe que los mandaba ni a aquella loba que corría a su lado. La tarde anterior al ataque, tras un día entero apostados, cuando Lobo Alto ya había salido con su partida de caza, descubrieron que además de las tres cuevas que ellos habían habitado había una cuarta que ellos no usaban donde vieron entrar a unas mujeres. Nublo fijó en ella

su objetivo y vio que, quizá por su cercanía a la Cueva Grande, no había nadie de guardia. Se dirigieron a ella reptando desde arriba. Iban tres, otros dos aguardaban en la linde del boscaje para ayudarlos a remontar en cuanto salieran con sus presas. No contaron con la pequeña loba, que mordió a uno, pero habían cumplido su objetivo. Los Oscuros volverían a temerlos.

Pero Nublo no sabía a quién había capturado y Ababol lo primero que le dijo a Alondra es que callara aquello. Sí que estaba dispuesta a decir, y que la joven la secundara, que era la hechicera del clan. Había visitado con Lobo Alto su santuario, con los fuegos rituales, los cráneos y las cornamentas, y entre ambos decidieron no tocar ni habitar aquel lugar, que hicieron bloquear con gruesas piedras, y la cautiva liberada les había contado que también tenían una mujer sanadora que sabía de hierbas y conjuros. No eran bestias. Medio hombres tal vez, pero bestias, no. El ser una hechicera quizá le supusiera alguna consideración.

Lo primero que Ababol había observado es que sus captores, aunque muy diferentes, eran también muy parecidos a ellos. Y en especial Nublo, que parecía cruzado entre las dos razas. Los otros tenían rasgos muy brutales y hablaban entre ellos con palabras muy guturales, aunque también se hacían muchos gestos que utilizaban también para entenderse. Se reían y otras veces se enfadaban entre ellos. Nublo los dominaba a todos y les imponía silencio con un ademán o una mirada. A ella ninguno de los otros había intentado siquiera montarla y, tras haberlo hecho algunas veces con la pobre Alondra, también a ella la dejaron en paz, y ello le salvó la vida pues estuvo a punto de perderla con sus maltratos y embestidas, siendo como era apenas una niña que todavía no había sangrado siquiera.

Las fueron empujando montaña arriba, pero conocían bien los pasos y evitaban los neveros y los ventisqueros, y al fin llegaron a su destino. Cruzaron un valle donde soportaron una fuerte tormenta de nieve, remontaron de nuevo y se dirigieron ya decididamente hacia aquella montaña de silueta tan marcada y que desde cualquier punto emergía en el horizonte. No llegaron a subirla, sino que a su sopié la faldearon para penetrar en aquel laberinto de rocas y dar al fin con los abrigos del clan donde se habían refugiado los huidos del Valle.

Ababol distinguió de inmediato que entre ellos había dos mujeres pertenecientes a los Clanes de los Caballos. Con ellas, en cuanto le fuera posible, hablaría e intentaría ver la oportunidad de huir. También percibió que Nublo era recibido con alborozo, en particular por una mujer con el cabello totalmente rojo, que parecía tener mucho poder sobre todas las demás.

Las nevadas se generalizaron y Nublo relajó sus precauciones. No habían encontrado el lugar los que salieron en su persecución cuando el clan hubo de huir y ahora estaba seguro de que habrían perdido sus huellas antes de atravesar la Sierra Negra.[89] Estaban allí seguros hasta que terminara el invierno. Aquella hembra que había traído lo seguía intrigando, la desató y le permitió que se mezclara con las otras cautivas, que parecieron no conocerla, pero rápidamente comenzaron a conversar con

ella. Las dos tenían hijos cruzados como Nublo. Habían sido capturadas hacía tiempo y llevadas al Valle. Los hombres no las habían tratado del todo mal, además de montarlas cuando deseaban, pero algunas de las mujeres sí que las martirizaban y hacían de ellas sus esclavas a las que golpeaban y obligaban a hacer los trabajos peores y más penosos. También parecían odiar a sus hijos, pero en ello se refrenaban, pues Nublo tenía especial cariño por los pequeños y no permitía que a ninguno, fuera hijo de una de las suyas o de una cautiva, le faltara comida y aún menos que se le maltratara. Cuando las hembras Oscuras tenían un hijo, su situación mejoraba. Aquello la reconfortó. Pero parecía regir solo para Nublo, y si se respetaba, era solo por el miedo que los demás le tenían. Algunas de las hembras Patas Cortas no cesaban de decirles que, en cuanto pudieran, les quitarían a sus hijos y se los comerían.

Las mujeres cautivas supieron por Ababol que ella era una Guardiana de la Diosa y que había llegado con un clan venido del norte, que era el que había atacado junto con sus hombres el Valle. Nada más les dijo, y volvió a advertir a la Alondra que tampoco lo hiciera, sobre su relación con Lobo Alto.

Por las Oscuras se enteró Nublo de que su nueva captura era una curandera y aquello lo llevó a suponer que por ello vivía sola con otra mujer en aquella pequeña cueva. Se alegró, pues la suya había muerto en el ataque al abrigo y la del clan de Tamajón era tan anciana que apenas servía para nada. Sería bueno que entre ellas hablaran y podría curar a sus hombres de las heridas.

Había dejado de montarla pues su pasividad total le resultaba frustrante y, llegado al refugio y recibido por la Jara, ya se guardó mucho de hacerlo. Prefería compartir sus pieles con ella y gozar de sus amplias caderas y poderosas nalgas. La bruja de los otros tenía las piernas muy flacas. Además, a la Jara no le gustaría nada si lo veía cabalgando a una Oscura. Él no lo había hecho nunca antes y las mujeres del clan le habían apreciado por ello. Esta vez había sido por lo extraño de la hembra, pero, sobre todo, como venganza contra los que habían asaltado el Valle Oculto y matado a tantos de los Primeros Hombres.

Lobo Alto ascendió a la peculiar montaña, pero, sin saberlo, por el otro costado, más hacia el norte. Perdidas las huellas tras las tormentas erraron un tanto su rumbo y se desorientaron. Fueron al cabo descendiendo y acabaron por dar con una hermosa cascada en cuyas cercanías hallaron un refugio. Lo cierto era que al divisar al otro lado aquella enorme sucesión de montañas y a sus pies todo aquel inmenso paisaje cuajado de nieve, el jefe tuvo un momento de enorme desaliento. Parecía imposible que pudiera encontrarlos allí. Cuando llegaron a aquel río cuyas aguas se desplomaban en medio de chorlitos de hielo y corretones congelados lo llamaron Despeñalagua[90] y se establecieron allí durante unos días para intentar cazar algo. Les costó mucho abatir dos hembras de corzo, un animal que abundaba mucho por allí, y recuperaron ánimo y fuerzas.

Decidió ir faldeando hacia el poniente pues acabó por pensar que muy

posiblemente Nublo hubiera remontado por el paso anterior y más abajo. Lo fueron haciendo muy penosamente porque tormentas y nevadas no les daban tregua. Al final dieron vista al otro costado del Ocejón. Y fue entonces cuando les pareció divisar muy abajo una pequeña columna de humo. Pero era casi al atardecer y no pudieron asegurarse. Lo que le pareció a uno ya no lo vieron los demás y se quedaron con la duda. Buscaron cueva y taparon con lascas de pizarra el hogar para que no brillara la lumbre.

Pero Nublo los había visto ya en la ladera del Ocejón. Al trasluz, silueteados al remontar una cresta en el crepúsculo. Y decidió que esta vez no lo iban a atrapar, pues sus hombres eran pocos y él había visto a muchos Oscuros en el Valle. Sin decir palabra al clan que los había cobijado, ordenó empacar todo y partir con todos los suyos y los cautivos. En silencio se marcharon al alba y los del clan que los vieron irse solo observaron que lo hacían rumbo al sur. No les importó nada que se fueran. Eran demasiados, muchos más que ellos, y a aquel extraño jefe medio Oscuro le habían cogido mucho miedo. Que se fuera cuanto antes y los dejara tranquilos, como habían estado siempre. Además, llevaban con ellos hembras Oscuras y aquello solo podía traer males. No sabían ellos, porque Nublo nada les había dicho, que tenían a los Oscuros encima y que la muerte estaba a punto de abatirse sobre ellos.

La tarde siguiente a la partida de sus incómodos parientes, cuando creían haber recuperado su perdido sosiego, los feroces Oscuros con una loba aún más feroz los tenían cercados. Cayeron sobre su abrigo, las azagayas volaron, mataron al puñado de cazadores que intentó oponérseles, excepto a uno que quedó malherido y sangrando y a varias mujeres y a sus crías. Dejaron vivas a algunas y a un viejo. Nada más comenzar el asalto, Lobo Alto comprendió que Ababol y las otras cautivas no estaban allí, que Nublo se las había llevado. Pero que no estaba lejos. Aquellos Patas Cortas tal vez pudieran decirles algo.

Las aterrorizadas mujeres Patas Cortas y el viejo, aunque no entendían las palabras que les decían, sí comprendieron los gestos. Supieron que buscaban a sus hembras y entonces intentaron hacerse entender. Lobo Alto bajó la lanza, la bajaron todos y les permitieron que curaran a los que estaban heridos. La curandera, que era la anciana superviviente y la que también había tenido contacto con Ababol, por señas y con algún sonido fue componiendo el relato.

Los del otro clan habían llegado hacía tiempo con dos hembras Oscuras. Luego el jefe había venido hacía poco, y traído otras dos con él. Una mujer y otra que era apenas una niña. Que ella había hablado con la mujer nueva y que esta sabía de plantas y remedios. Les enseñó lo que con Ababol había compartido y los emplastos y ungüentos que aplicaba a los heridos.

El viejo ileso había seguido atento y acurrucado los intentos del jefe Oscuro para entenderse con la curandera. Era muy listo y él había escuchado al clan de Nublo hablar sobre su camino. No lo había entendido bien, pero iban hacia el Gran Río Hundido, donde vivían fuertes clanes de los Primeros Hombres con los que tenían

contacto. Era el río más grande de la tierra, su desfiladero era imposible de atravesar y había que caminar a veces jornadas enteras para salvar los precipicios.

Hacia allí se llevaba a Ababol y hacia allá los seguiría Lobo Alto. Por haberles indicado su rumbo, y aunque sus hombres querían matarlos a todos, decidió perdonarles la vida a los pocos que habían sobrevivido. Pensó que eran pocos: un herido, unas cuantas mujeres y dos viejos. Se podrían comer ahora a sus propios muertos, pero después se morirían de hambre ellos solos.

48

La fuga

Ababol, por las prisas con que Nublo dio la orden de partida y su cuidado para borrar sus huellas, supo que Lobo Alto venía a sus alcances. También supo por las mujeres del clan de los Caballos que eso suponía para ellas un peligro. Las cautivas ya comprendían la lengua de los Patas Cortas, que se llamaban a sí mismos los Primeros Hombres y que a ellos los llamaban los Oscuros, y sabían que, de verse cercados de nuevo, lo primero que harían sería matarlas con sus hijos. Y si no lo hacían los hombres, lo harían sus mujeres, que eran quienes en realidad deseaban tener cualquier excusa para ello. Aquellas hembras Oscuras eran las que habían acarreado todas las desgracias y ahora añoraban al jefe anterior, al Mayor, a quien Nublo había matado. Al principio había estado bien tener a aquellas esclavas, después había llegado la catástrofe y ahora suponían que sus hombres los perseguían sin tregua.

Pero Nublo se aferraba a su idea. Aquellas hembras parían muchos hijos y era la única forma de que su clan aumentara, y más ahora, que había quedado tan disminuido. Tenía que dejar atrás a aquellos perseguidores. En cuanto los perdiera y pudiera estar tranquilo, todo volvería a su cauce. Todo volvería a ser como antes y los Oscuros quedarían atrás para siempre. Nublo ya no pensaba en venganza. Solo pensaba en escapar. Y sabía del Gran Río Hundido y de los inmensos bosques y muchos ríos con otros tantos cañones de la tierra adonde se dirigía. Le habían hablado de ella y sabía dónde estaba. Tenía que llegar como fuera.

Una vez más, la suerte le fue favorable. Una nueva tormenta borró sus huellas y pudo perderse tras haber dejado atrás las montañas y entrado en unas estepas onduladas y atravesado algunos ríos.[91] Siguió uno de estos, con sus aguas muy tomadas por la arcilla, y en un gran farallón rocoso, colgado sobre la corriente, vio abierta una cueva, sobre ella venían grandes nublos casi rozándolo, en la que se refugiaron esa noche.[92] Pero no había allí rastro de que otros hombres la hubieran habitado recientemente. Prosiguieron río arriba hasta dar con otro que vertía a él aguas muy claras y dulces y que se adentraba, como hicieron ellos, por angosto y elevadísimo cañón que sobrevolaban los buitres que anidaban en sus cantiles, por donde pudieron ir progresando a cubierto de todas las miradas. La nieve no era allí tan abundante ni el frío tan intenso, aunque arriba, en la paramera, apretara la cellisca. Por la parte alta del cañón hubieron de arriesgarse en ella, azotados por unos heladores vientos, y entre extensos sabinares prosiguieron rumbo al sur.

Lobo Alto, desesperado otra vez, les había vuelto a perder la pista. En la planicie era mucho más difícil detectar los fuegos. Pero perseveró y sus hombres y la loba siguieron incansables junto a él. Debían encontrar aquel Gran Río Hundido y aquellos cañones.

No sabían que Nublo había girado tras apenas dos jornadas después de haberse adentrado en las parameras y se había tendido a su derecha. Iba en busca de un cañón, pero no del río más grande, sino de uno más pequeño, hacia la entrada de un río cuyas aguas eran saladas.[93] De nuevo había encontrado ayuda. Un nuevo clan de los Primeros Hombres con el que habían topado se la había ofrecido y ahora estaba seguro de que les sería a sus perseguidores muy difícil encontrarlos. Esta vez sí que avisaría a quienes lo acogían de que los Oscuros venían tras sus pasos, y procedió a relatarles la matanza que habían hecho en su Valle y la que harían si lograban encontrarlos.

El clan del río Salado[94] vivía a la entrada de un cañón y dando vista a unas feraces aunque pequeñas llanuras y algunos valles. Otros ríos corrían, más sosegados algo más abajo, la caza abundaba en los bosques, los peces también y el frío no era tan intenso. Cerca estaban los profundos cañones del Gran Río Hundido y los de otros como el del río Gallo, así llamado porque en sus riberas abundaban los gallos del bosque. En las juntas de ambos se reunían los clanes para pescar las truchas cuando subían a desovar. Los pequeños y dispersos clanes y los del Salado, apenas si se juntaban con ellos, pues estaban en una esquina del territorio, en la parte menos escabrosa, aunque tan solo con subir aguas arribas su cauce se estrechaba entre grandes roquedos, y al abrirse en un gran prado, se elevaban en su centro dos inmensos farallones de piedra[95] de intenso color rojo en cuya altura, inaccesible, anidaba, año tras año, el águila.

Allí se estableció Nublo con los suyos. Atentos muchos ojos a cualquier llegada imprevista. Presto a huir todos y perderse entre los grandes cañones.

Pero quien estaba perdido en ellos era Lobo Alto. Había seguido hasta dar con el gran río que resultó ser el que bajaba hacia él. Era el de los urogallos. A poco, todo el grupo deambulada perdido por aquel laberinto de ríos, cañones, cascadas y rápidos. No toparon con nadie aunque una vez vieron humo en las alturas de unos gigantescos cortados. Fueron hacia ellos, pero se trataba de apenas unas cuantas familias de Patas Cortas que vivían en un pequeño abrigo. No había rastro de Nublo y no se atrevieron a atacarlos para no alertar a quien de verdad buscaban.

Que las lunas corrieran era lo que había comenzado a preocuparle cada vez más a Ababol. En la cueva sobre el río Salado la tensión entre las hembras Oscuras y las de los Primeros Hombres se había recrudecido. Nublo disponía de parecido número de hombres que el jefe del clan, pero se le sometía. Le había entregado alguna hembra Oscura, la que quiso y eligió de las antiguas. A Ababol, a la que ya no montaba, tampoco la querían sus hombres, pues no les daba placer alguno por su absoluta pasividad y porque era muy delgada y les parecía la más fea de todas, aunque las Oscuras siempre estaban en torno a ella y la escuchaban con gran respeto. Nublo sabía por qué y tampoco le pasaba desapercibido que hacía lo que podía para proteger a la más pequeña, que parecía ser la predilecta de los hombres para aparearse con ella, porque se resistía siempre y lloraba. Ababol le decía que se sometiera y así

perderían ese afán por dominarla y montarla. Pero la Alondra no podía contener los sollozos y las lágrimas. Y a los Patas Cortas eso les divertía.

Poco a poco, Ababol iba comprendiendo mejor a aquellas gentes, su lengua y sus costumbres. Los seguía observando con interés. Se había llevado alguna sorpresa que ya había empezado a percibir con la curandera en su breve estancia en el clan anterior. Aquí fue mayor. Resultó que la curandera del Salado poseía una sabiduría sobre ciertas plantas que ni siquiera ella había alcanzado. Hacía con ciertos hongos un remedio que era mucho más eficaz que el suyo propio para que no se infectaran las heridas, y conocía, como ella, que de la corteza de abedul se obtenía también un poderoso remedio. También aprendió mucho de su conocimiento de raíces, plantas, hojas y frutos comestibles que los suyos no comían. Pero estos parecían aprovecharlos todos. Se alimentan en buena parte de ellos y no dependían tanto de la carne. Aunque allí el pescado, los cangrejos y los caracoles eran otra de sus fuentes mejores y abundantes de comida.

Sin embargo, lo que más le impactó llegó el día en que uno de sus niños enfermó y no hubo remedio, ni suyo ni de la curandera, que lo aliviara. Su cuerpo se puso cada vez más caliente y ardía su frente llena de sudor. Se consumió con aquel fuego interno y murió. Los habitantes de la cueva estallaron en sollozos y las hembras en continuados gemidos y llantos. Lloraban las mujeres, pero comprobó que a los hombres también se les encharcaban los ojos. La curandera envolvió al muchachito en una fina piel y dos hombres comenzaron a reabrir un hoyo que había en la galería que por la derecha partía de la sala de entrada. Vio con estupor que, al excavar, aparecían restos de otra osamenta. Depositaron con enorme cuidado al niño a su lado y después la curandera cogió un ramo de flores secas que Ababol conocía bien, pues eran de espliego, aquel que tanto gustaba quemar a su madre Ova, y las esparció sobre el cuerpecillo. Después lo volvieron a tapar con tierra y lo apisonaron con los pies.

Se sintió cerca de su sentimiento, pero lo que le sucedía con las mujeres, sobre todo con las del clan de Nublo, iba angustiándola cada vez más y sabía que su vida y la del hijo que llevaba dentro peligraban cada vez más. Las mujeres habían observado su prevalencia sobre otras cautivas y que juntas llegaban a plantarles cara en algunas ocasiones, y eso hacía que el odio se concentrara en ella. Pero lo peor era que su preñez avanzaba y ya era tan visible que todas se habían dado cuenta. Ahora ya los hombres habían dejado de montarla, su preñez había acabado por desalentarlos. Pero el miedo se lo tenía ahora sobre todo a las mujeres de Nublo, en particular a su favorita, a la Jara, que la vigilaba obsesivamente y no dudaba en infligirle todo el daño que podía. Ella solía buscar amparo en la curandera, pero esta apenas se lo ofrecía pues sabía que la otra tenía mucho poder con el jefe recién llegado. Incitaba a las demás mujeres y les decía que si aquella hembra Oscura tenía un hijo, iba a ser intocable, pues Nublo no permitiría que le hicieran daño. Además tenía celos, pues veía que Nublo aprobaba sus conciliábulos con la curandera.

Este contemplaba la preñez de la Oscura y se congratulaba. Al final tendría razón, sería un hijo más para el clan. Se había ido tranquilizando pues de sus perseguidores hacía mucho que no tenían señal alguna.

Y en efecto, estos estaban cada vez más desalentados aunque Lobo Alto no quería ni siquiera pensar en retirarse. Cuando pasaran las Lunas del Hielo haría venir a buena parte de su clan y reiniciarían con muchos más hombres la búsqueda. Ya había dividido en dos su propia partida para explorar un mayor territorio. Los unos se quedaron en la zona de los grandes cañones, y otros, con él, fueron asomándose a los más pequeños y no tan flanqueados por los inmensos bosques, que eran por allí más de encina que de pinos. La última Luna del Hielo se despidió, entonces, con la peor de las tormentas.

En la cueva del Salado la tensión estaba punto de estallar. Ababol ya entendía casi todo de la lengua de los Primeros Hombres y lo que escuchó a la más vieja de las hembras de Nublo la hizo estremecerse de pavor.

—La Oscura cree que cuando nazca su hijo tendrá un sitio en el clan y lo podrá criar como hacen las otras. Pero no lo dejaremos nacer. La mataremos antes, le abriremos la tripa y sacaremos a la cría. Se la enseñaremos a Nublo y le diremos que murió al nacer, como mueren tantos hijos nuestros y matan a sus madres al parirlos. Y nos comeremos a los dos después.

Ababol no iba a consentirlo. No había resistido ni se había quejado siquiera de que los hombres la montaran cuando quisieran, ni había realizado todos los trabajos y se había sometido a todas las humillaciones para ahora dejarse matar, y con ella a su hijo también. No. No la matarían sin luchar. Y como muchas fuerzas no tenía, solo encontró una solución: huir.

Nunca lo había intentado, ninguna de las cautivas lo había hecho. Nadie las vigilaba apenas, pero estaban muy lejos de su tribu y jamás podrían llegar. Además, en cuanto salieran a la intemperie morirían de hambre, de frío o se las comería una fiera. La tormenta, cuando parecía que ya las Lunas del Hielo habían pasado, llegó entonces y la nieve comenzó de nuevo a caer. Ahora menos que nunca nadie podía pensar en huir. Pero fue ese el momento que Ababol aprovechó.

El temporal comenzó con no demasiada violencia y le pareció que era llegado el momento. La nieve taparía sus huellas. No podrían seguirla. Ni siquiera lo harían. La darían por muerta. Caminaría en la dirección por donde había venido. O lo intentaría, al menos. Estaba segura de que Lobo Alto seguía buscándola. Iría a su encuentro.

Por la noche salió de la cueva, descendió al río, se escondió entre los carrizos para que no la vieran cruzar por el pequeño vado. Enfrente estaba ya la primera cuesta y se metió por entre los árboles nada más llegar a ella, luego giró hacia la vaguada a su izquierda y comenzó a remontar. Intentaría subir hasta la paramera y, desde allí, aunque muchas jornadas después, podría divisar ya el Ocejón en la lejanía y se dirigiría hacia él. Comería plantas y raíces. Llevaba el pedernal y la piedra negra para encender el fuego. Ni siquiera quería pensar que era la presa más fácil para cualquier

fiera. Solo pensaba en salvar a su hijo.

La primera noche estuvo a punto de perecer. La tormenta se tornó feroz y violenta. Y no se veía capaz de encontrar un refugio, por pequeño que fuera, donde encender fuego. Lo había intentado hallar toda la tarde sin ver ninguno útil y ya caía la noche y seguía sin encontrarlo. Sentía que iba a morir. Desesperaba cuando entre dos luces le pareció ver una pequeña oquedad en una ladera bajo una piedra grande. Era una madriguera de zorros pero pudo colarse un poco en su parte más ancha, ampliándola con las manos hasta que se le quedaron casi congeladas, y allí se acurrucó. Encendió un mínimo fuego con unos pocos matojos, aliagas que le pincharon las manos y unos arbustos leñosos que arrancó entre la nieve. No duraron mucho pero calentaron algo el cubículo y consiguió llegar viva al amanecer. Salió de la madriguera y vio que desgraciadamente seguía nevando, pero ella continuó remontando.

Fue entonces cuando la loba, la loba gris de Lobo Alto cortó su rastro y reconoció su olor. Su excitación fue tal y sus gemidos tan lastimeros que el jefe del clan Errante sintió que el corazón le saltaba en el pecho. Comprendió que algo muy importante quería mostrarle y la siguió con los pulsos desbocados.

La pequeña partida había estado oteando sobre un pequeño cañón y había cazado en él sin ver ningún rastro de Patas Cortas. En realidad, habían estado en la parte más alta del mismo, en cuyo extremo inferior se hallaba la cueva, pero ni siquiera habían llegado hasta los farallones rocosos y habían vuelto a remontar y seguido cruzando por las laderas, cuando también a ellos les sorprendió la intensa nevada. Ellos sí que encontraron cobijo en lo más profundo de un barranco y encendieron un buen fuego. Al salir con la mañana ya avanzada, pues comieron algo antes de volver con la rutina de la búsqueda, la loba se les adelantó bastante y cruzó a la costera de enfrente. Fue entonces cuando la oyeron aullar y regresar excitada y gimiendo para hacer que la siguieran.

Los hombres no percibían huella alguna, pues la nieve cayendo las borraba, pero la loba tenía el olor de Ababol en su nariz. Se puso tan nerviosa que inició una carrera casi alocada ladera abajo. A nada llegó a la madriguera y se metió dentro.

Allí llegó también a la carrera Lobo Alto con los demás. Vieron los restos del escuálido fuego y la huella del cuerpo en la tierra removida. Lobo Alto supo que era Ababol y que estaba viva tan solo un poco antes. Había huido, pero debían de encontrarla cuanto antes, porque iba sola y debía estar a punto de perecer de frío.

Una gran excitación se apoderó de todos. La loba se rebajó la cuesta, pero regresó a escape y volvió a subir rebasando la madriguera. La pista buena iba hacia el páramo y corrieron tras ella con todo lo que sus piernas les daban de sí.

Ababol seguía avanzando tercamente pero las fuerzas le estaban volviendo a fallar, su preñez cada vez le pesaba más y se iba agotando por momentos. Desfallecía ya y le parecía que no podría dar el siguiente paso. Entonces sintió tras ella, en medio de la ventisca, el resuello de un animal que venía. Había huido de la cueva para que

no mataran y se comieran a su hijo y ahora iba a acabar en las fauces de una fiera. No se rindió. No iba a abandonarse a sus colmillos sin luchar. Blandió el robusto y largo palo que llevaba para apoyarse. Pero de golpe lo tiró. ¡Era la loba! Era su loba la que llegaba a rescatarla. Estaba salvada. Gritó y la voz que le respondió muy cerca era la que más ansiaba oír.

49

El ataque final

Los hombres y la loba buscaron de inmediato para Ababol el mejor de los refugios posibles. Vieron su preñez y, sobre todo a Lobo Alto, que aún los acució a cuidarla más. Porque estaba desfallecida y extenuada. Hallaron una buena gruta, prepararon dentro una enorme fogata y hasta lograron con los cantos ardientes de la hoguera hacerle en un cuenco un caldo caliente. Luego le asaron finas tiras de carne y la arroparon en las más gruesas pieles. Lo primero era que Ababol se recuperara. Lobo Alto envió a dos batidores a buscar al otro grupo y a otros dos hacia el Valle Oculto para avisar a Esmerejón que con el grueso del clan se pusiera en marcha rápidamente.

Ababol estaba a salvo pero en cuanto estuviera recuperada y en condiciones de caminar, habrían de establecerse en un lugar adecuado y desde allí planificar el ataque definitivo sobre los Patas Cortas de Nublo y el rescate del resto de las cautivas, en especial de la Alondra. Esta vez no escaparía a su venganza. Pero para conseguirlo y cuanto antes debían contar con todas sus fuerzas.

Con Ababol a su lado contaban ahora con la mejor información posible. Ella conocía la situación de la cueva, la mejor manera de llegar sin ser vistos y la más fácil de atacarla. Ahora la ventaja, la que siempre y desde hacía muchas lunas, Nublo les había llevado, estaba casi toda de su parte.

Toda no. Porque Nublo se habría maliciado tras su huida que era muy posible que Lobo Alto saliera a buscarla. Era por tanto preciso que no los detectara, que la creyera muerta y devorada por las fieras. Ababol se recuperó muy pronto y, a pesar de que le costaba caminar con su prominente barriga, era ella, ahora feliz y tan risueña como antes y quizá más que nunca, la que los animaba a desplazarse ya mismo. La alegría la embargaba y su tenaz decisión hacía sonreír a todos. Lobo Alto parecía también rejuvenecido, como liberado de un peso atroz, y volvía a ser el jefe firme, seguro y lleno de vigor. Pero también notaron sus hombres que en su rostro y su ademán había un rasgo nuevo, un hálito de crueldad y resentimiento que no habían notado antes. Lobo Alto quería la venganza y la preparaba fría y concienzudamente

La partida se retranqueó hacia los sabinares de lo alto del páramo. Allí construyeron una cabaña de piedras y lograron acomodarla con pieles y hojas hasta hacerla muy confortable. Sabían que allí, por ser el lugar más inhóspito y gélido, es donde Nublo iría. Eso lo obligaba a salir de los cañones y caminar por campo más abierto.

Se barruntaba ya el final de las Lunas del Hielo y hasta había atisbos de mejoría en el tiempo. Tendrían que esperar con paciencia, pues el viaje de ida y vuelta era largo, y Esmerejón debía preparar bien la partida. Los batidores le señalarían sin problema el camino, pero además le llevaban recado de que extremara el sigilo en su

aproximación en las últimas jornadas.

Nublo había rastreado a la hembra fugitiva. Se había extrañado de su huida, que la llevaba a una muerte casi segura en medio de la ventisca. Había detectado una tensión creciente entre las hembras de su clan con ella. Consiguió saber la causa tras golpear furioso a la Jara. Esta le acabó por decir que las otras mujeres se habían conjurado para matar a la Oscura y al niño antes de que este naciera. Quizás Ababol se había enterado de alguna manera y por ello había huido. Nublo salió tras ella nada más terminar la tormenta. Siguió el río aguas arriba y luego hacia abajo. Al fin dio con una huella por donde lo había atravesado y supuso bien que había intentado remontar por aquellas laderas. Pensó que con la cellisca, preñada, débil y sin comida habría perecido, pero se quedaría más tranquilo si daba con sus huesos o algún resto que hubieran dejado de ella los carroñeros. Buscó círculos de buitres en el cielo pero no divisó ninguno. Desplegó a algunos de sus hombres por aquellas colinas y uno de ellos encontró el pequeño fuego en la madriguera. Por allí había pasado. Ya no encontraron ningún otro rastro ni de ella ni de nadie. La tormenta lo había borrado todo y regresaron a la cueva casi convencidos de que Ababol había muerto. La Alondra y las cautivas lloraron por ella y la curandera del clan del río Salado también se entristeció un poco. Los hombres se quedaron indiferentes y las mujeres de Nublo se alegraron, aunque hicieron por que no se notara, pues sabían que Nublo había llegado a golpear a la Jara, y si se enteraba de algo más, a ellas las castigaría mucho más cruelmente que a ella.

Nublo no se confió y redobló su alerta. Llegaba el buen tiempo y podía presentarse el enemigo. Aunque esta vez no parecían haberlo seguido, pues no tenía nueva alguna de ellos desde hacía mucho tiempo. Habrían perdido su pista muy lejos, en aquellas montañas, o en la estepa alomada que se extendía desde sus pies hasta los llanos en alto antes de llegar a la paramera y a aquellos cañones. Pero cuando meditaba sobre ello no podía evitar añorar el Valle de los Primeros Hombres que le habían arrebatado y se llenaba de rabia.

Esmerejón llego al fin con una poderosa tropa. La fila de los Errantes lo seguía. Aunque cada vez estaba más próximo su parto, Ababol tuvo aún fuerzas para conducir a Lobo Alto a un lugar desde el cual, tapados, pudieron tener la cueva al alcance de la vista.

No podrían atacarla sin ser vistos desde el valle ni desde las laderas por donde ella había huido. Pero si atacaban desde arriba, por donde se levantaban los farallones rojizos de las águilas, sería difícil descubrirlos. Otro grupo podría envolverla por el otro costado, cruzando el río mucho más abajo por detrás de una fuerte loma y ganando sin ser vistos las laderas que llevaban hasta la entrada.

Ababol hizo entonces una petición a Lobo Alto: sabía que el hombre había decidido acabar con todos los Patas Cortas. Ella había vivido con ellos. Unos la habían maltratado, pero igual que sus hombres maltrataban a los otros y a sus mujeres cuando las cogían. Las hembras del clan de Nublo, la Jara y las otras habían querido

matarla con su hijo sin nacer y comérselos a los dos, pero las del clan del Salado, y en particular la curandera, no le habían hecho mal alguno. Que no matara a todos los hombres eso no podía pedírselo ni ella a Lobo Largo. Los cazadores Patas Cortas que empuñaran una lanza perecerían todos. Pero ante todo le suplicó que respetara la vida de la curandera. Seguro que se escondería en su covacha, que estaba fuera de la grande, como lo había estado en la montaña Mamut la de Ova. Era ya casi una anciana, no levantaría la mano contra ellos. Lobo Alto la escuchó pero no contestó nada.

Esa noche dio a todos las instrucciones para que cada cual estuviera en su sitio y todos supieran qué hacer.

—Esmerejón bajará con unos desde el farallón, yo lo haré desde el otro lado. Atacaremos de costado, nunca de frente pues Nublo ha preparado una enorme cantidad de piedras para arrojarnos. Está muy prevenido ante un ataque como el que sufrió en el Valle. Entrando desde los costados no podrá herirnos con ellas. Cuando entremos, matadlos a todos pero procurar salvar a las cautivas, protegedlas y ponerlas en cuanto podáis a salvo, sobre todo a la Alondra. Ababol dice que Nublo ha dado la orden de que si son atacados, las maten. —Se calló, hizo una pausa reflexionando—. Matad a todos los hombres y a todos los muchachos. Pero no matéis a los niños, y menos a los que son hijos de las cautivas. Y no matéis tampoco a las mujeres. De ellas nos ocuparemos luego. Veremos a cuáles nos llevamos a nuestros fuegos. Mataremos a las que no nos llevemos. Así todos los Patas Cortas perecerán pues no habrá vientres que los engendren. Atacaremos antes del alba. Cuando empiece a clarear.

Llamó aparte a Esmerejón, que iba a entrar por ese lado y se toparía el primero con la covacha de la hechicera.

—Cuida de que no maten a la curandera, está en una pequeña cueva cerca de la entrada de la grande. Ababol, la Guardiana de la Diosa, nos lo ha pedido.

Nublo no parecía tener esta vez escapatoria y su clan no la tuvo. Pero él algo detectó en algún momento antes de amanecer que lo puso en guardia. Salió a la boca de la cueva y se quedó mirando fijamente aguas abajo, en dirección a la loma. Fue dentro, cogió su lanza y se quedó alerta. Envió a uno de los suyos a lo alto de la colina, sobre la cueva, para que desde allí oteara todo el territorio a sus pies.

Lobo Alto vio desde la distancia destacarse su silueta contra el horizonte, que ya empezaba a clarearse, y ordenó a los Errantes que echaran cuerpo a tierra y se ocultaran en una cárcava. No se moverían y esperarían sin ser vistos a que Esmerejón comenzara el ataque desde el otro flanco. A él no podía verlo el vigía de la colina pues venía oculto por el cañón hasta que no los tuviera prácticamente encima.

Y no lo vio. Fue el primero en caer atravesado por dos azagayas. Dio un alarido, pero, casi antes de su grito de muerte, se oyó el ataque de los Errantes. Nublo reaccionó al instante. Corrió costera adelante en dirección contraria buscando altura. Delante de él corría aquella mujer de pelo rojizo. Huían. Lobo Alto se levantó con los

suyos en la cárcava e intentó cortarles el paso. Ella ya casi había llegado arriba, él gateando la seguía. Otros Patas Cortas más habían salido de la cueva, unos hicieron frente a Esmerejón, que asomaba por un costado, y cayeron todos alanceados. Algunos, viéndose perdidos, emprendieron la huida por el mismo rumbo que su jefe. Solo fueron un puñado, pues la tropa de Esmerejón ya había bloqueado la entrada. Y de los que escaparon ya se encargaba Lobo Alto. Las azagayas caían alrededor de Nublo, que seguía reptando para no ofrecer blanco hacia arriba. Una de ellas lo alcanzó en una pierna porque se le vio retorcerse y arrancársela. Ya casi llegaba al viso. Uno de sus hombres lo alcanzaba con él. Ambos se levantaron para iniciar la carrera y trasponer. Llegaron más azagayas volando. Una, la de Lobo Alto, se clavó en la espalda de uno de los dos cuando ya trasponía y cayó hacia atrás rodando por la misma huella por la que había subido.

Subiendo en vertical, trepando y gateando hacia donde estaba el puesto del vigía, habían conseguido huir también algunas mujeres y un hombre, tres o cuatro a lo sumo. Los demás, tanto del clan de Nublo como los del clan de la Cueva del Salado, morían dentro. Los últimos fueron a hacerlo en la galería de la derecha, donde pudieron resistir en un estrecho pasadizo con sus largas lanzas. Tras él, la cueva se ensanchaba y ganaba mucho en altura. Intentaron escalar hacia unas repisas y por donde tal vez se abriera alguna chimenea, pero los Errantes encendieron teas y los descubrieron agazapados. Cargaron sus propulsores y entre risas los alancearon en sus escondrijos. La mayoría de las mujeres, los niños y los muchachos se habían refugiado en otra galería que salía hacia la izquierda y que aún tenía un pasadizo más estrecho de entrada. Los Errantes no fueron tras ellos. Llamaron a las cautivas para que salieran con sus hijos y les dijeran a las otras que no iban a matarlas. La Alondra fue la primera en salir, para gran alegría de quienes aguardaban. Nublo, con tal de huir, no había podido hacer lo que pretendía si era atacado y todas se habían salvado. Las había salvado en realidad la curandera, que había escapado delante de Esmerejón de su cueva cuando los vio subir y las había conducido por aquella galería por la que casi no podía entrarse.

Junto a ella se encontraban ahora algunos chicos, uno ya crecido, un par de hembras de las de Nublo y el resto de las del Salado. No todas, pues algunas habían muerto con los hombres en la estancia de la cueva, allí donde habían enterrado al niño, y otras en la puerta. Otra también de Nublo había sido alcanzada cuando intentaba trepar por donde estaba el vigía y otra de las que escaparon por allí iba dando mucha sangre.

Lobo Alto se acercó al que había alcanzado con la azagaya y que estaba boca abajo tendido en la cuesta. Pero sabía que no era Nublo. Este, otra vez, había conseguido huir, abandonando a todos los suyos. Iba sangrando y cojeando pero había escapado de nuevo. No lo haría tan fácilmente. Lobo Alto llamó a la loba y sus hombres lo siguieron en la caza. Delante de su hocico y el grupo perseguidor eran varios los que corrían. Alcanzaron a algunos. No era Nublo el único que iba herido.

La loba saltó sobre él por detrás y lo remataron en el suelo. Un grupo lanzó sus azagayas sobre una silueta que se escurría corriendo entre los pinos. Resultó ser otra de las mujeres de Nublo, que había remontado por el puesto del vigía. Perdieron la pista de los demás fugitivos al cruzar un riachuelo. La loba buscó al otro lado pero no encontró nada. Volvió y Lobo Alto la hizo seguir aguas arriba hasta que dio con la pista de nuevo. Había caminado por el agua para hacérsela perder. Pero ya no había sangre en esa huella. O Nublo había logrado detener la hemorragia o eran otros Patas Cortas a los que perseguían. Dieron caza a uno más y después perdieron definitivamente la pista. Nublo había desaparecido.

Regresaron a la gruta. La noticia de que Ababol estaba viva alborozó a la Alondra, que lloraba inconteniblemente, pero ahora de alegría. Y a través de las cautivas, que ya se entendían con las otras también, aquel jefe aterrador que los dirigía les fue haciendo entender a las prisioneras que por Ababol no las mataría. Ni a las del Salado ni a sus hijos pequeños. Los que aún no hubieran tirado los dientes de leche se salvarían. A dos de ellos que ya los habían tirado los hombres de Esmerejón se los llevaron aparte y los sacaron de la cueva, y lejos de la vista de sus madres los degollaron. Con los demás se cumplió lo dicho y no les hicieron ningún daño. Pero sí a las mujeres de Nublo, excepto a las dos más jóvenes. A las otras dos se las entregaron a las cautivas de los Hombres de los Caballos, que cogieron lanzas de los hombres y las mataron con sus propias manos. Las dos más jóvenes se salvaron a duras penas porque las de los Caballos también querían matarlas. Pero al clan Errante le hacían falta hembras.

Lobo Alto prosiguió al siguiente día la caza de Nublo. Esta vez con muchos cazadores desplegados. Descubrieron que habían puesto a la loba tras una pista mala. Nublo se había volcado, tras correr un buen trecho, de nuevo hacia el río Salado. La loba volvió allí a dar con su huella y con la de la Jara. Consiguieron seguir ambas hasta una cueva. Allí habían pasado la noche y se había curado la herida. Comprobaron que tan solo había dos huellas, la suya y la de la hembra. Los persiguieron dos jornadas enteras. Al final llegaron a los cortados sobre el Gran Río Hundido. Encontraron la hendidura por donde habían logrado descolgarse hasta el agua. Allí perdieron el rastro. El caudal bajaba turbulento y caudaloso, haciendo rabiones y peligrosos remolinos. Quizás habían logrado atravesarlo o tal vez hubieran perecido ahogados. No lo supieron. Ya no fueron capaces de hallar rastro alguno de su paso.

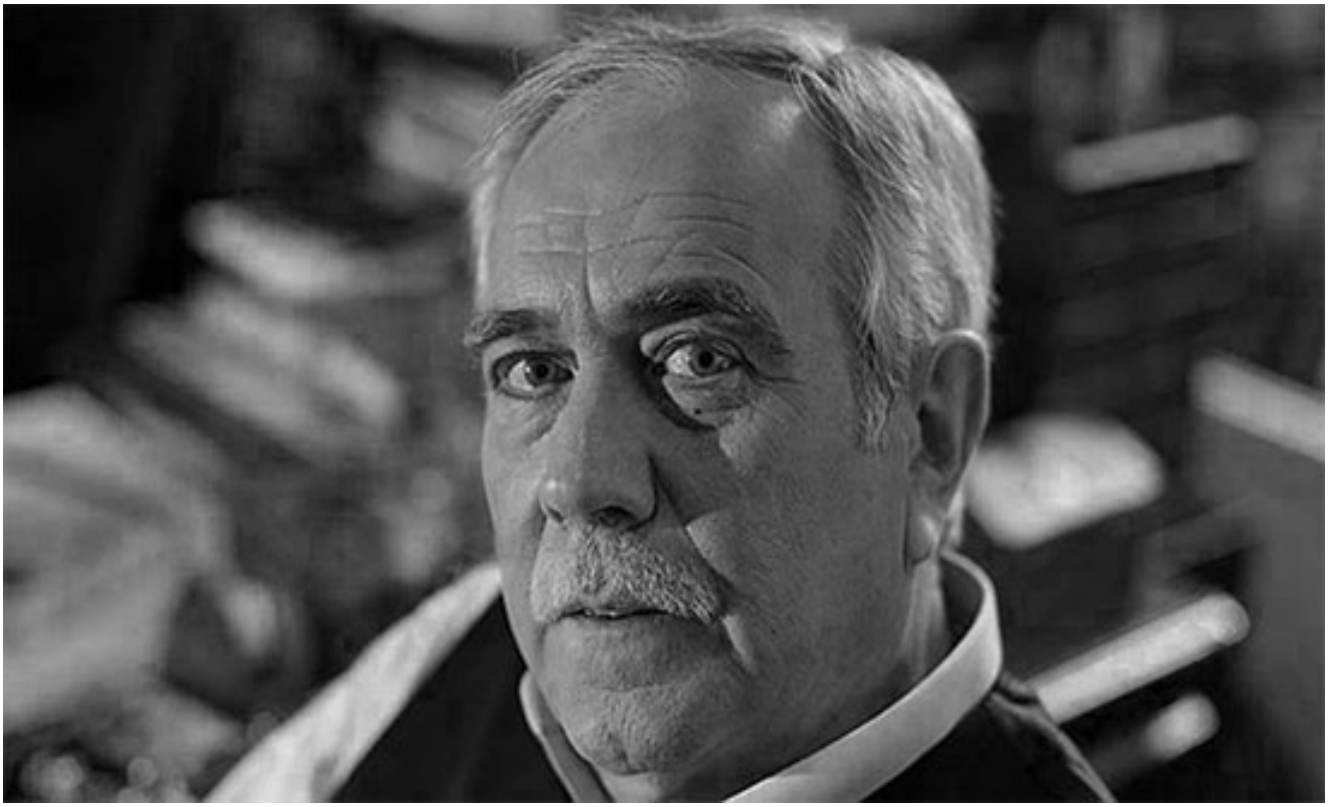
A pesar de que sus compañeros le reiteraban que era seguro que Nublo había muerto en aquellas aguas, Lobo Alto regresó ceñudo a la cueva. Hasta allí habían traído a Ababol, se había mantenido alejada y bien protegida durante el combate, que más bien había sido una matanza. Y el malhumor de Lobo Alto se convirtió en angustia cuando le dijeron que Ababol se había puesto de parto y parecía haber dificultades en la salida del niño. Era primeriza. Ababol llamó a gritos a la curandera de los Patas Cortas y a la Alondra. La vieja mujer acudió a la sala donde habían

muerto los últimos hombres de su clan y habían enterrado al niño. Los aullidos de dolor de Ababol parecían herir a las propias paredes. Hubo uno particularmente agudo e intenso, pero tras él y después de un silencio, lo que se oyó fue el lloro de un niño. La curandera de los Patas Cortas lo levantaba en vilo y le daba pequeños cachetes para que respirara. Luego se lo entregó a su madre. Ababol, la Guardiana de la Diosa, la curandera de los Patas Cortas de la Cueva del Río Salado y la Alondra se quedaron juntas atendiendo a la criatura mientras dejaban ya acercarse a los hombres. Lobo Alto se adelantó hacia Ababol. Esta ya sonreía y le mostró muy contenta a la recién nacida. Era una niña. Contempló, ya sin rastro de su ceño fruncido, a la madre y a la niña, que lloraba, y a la que Ababol intentaba dar por primera vez de mamar. Lobo Alto se fijó también en otra cosa. Vio que no tenía la piel clara.

El jefe de los Errantes no sabía hacer brotar bestias ni fieras de las rocas como sí sabía hacerlo quien había sido su maestro, del que el clan entero había tomado nombre. Lobo Alto no sabía utilizar los colores como hacía el chamán, aunque este le había enseñado al menos a trazar rayas. Con un buril grabó la forma de una mujer pariendo. Iba a comenzar cuando vio que alguien lo había hecho antes que él. Se sobresaltó. Eran unas rayas verticales cruzadas por otras horizontales, como el armazón de una trampa. Los trazos habían sido coloreados con ocre rojo. ¿Quién había pintado allí? Nadie de ellos había pisado nunca aquella cueva. ¿Habían sido los Patas Cortas? Una imagen le vino de pronto a la cabeza. Aquel dibujo ya lo había visto antes. En una cueva de la Montaña Mamut en la que había estado con Ova. Aquellas mismas rayas, aquellos mismos cuadros. Y Ova le había dicho que estaban allí antes de que los clanes de las Cinco Cuevas llegaran.[96]

Respetó con reverencia aquel grabado e inició al lado su trabajo.

Luego salió a la boca de la cueva sobre el pequeño río. Puede que Nublo hubiera huido, pero él había destruido por completo a su clan. Regresarían al Valle Oculto. Pero si algunos querían quedarse en esa cueva, lo permitiría y les dejaría a algunas de las cautivas Patas Cortas. Y aún pensó que tal vez, algún día, él y Ababol regresarían a aquellos parajes, a aquellos inmensos cañones, a aquellos caudalosos ríos llenos de peces y a aquellos inmensos bosques llenos de caza.



PEREZ HENARES nació en Bujalaro (Guadalajara) en 1953. Escritor y periodista. Entre su ya amplia bibliografía como escritor destacan *La conducta sexual de los españoles*, *Nobles y plebeyos* y *Los nuevos señores feudales*, de investigación sociológica, y sus obras de narrativa: *La piel de la tierra*, *Un sombrero para siete viajes*, *La letra de los ríos*, en colaboración entre otros con Manu Leguineche, *La luz del Quijote*, *El Pájaro de la aventura*, relato de sus andanzas con la Ruta Quetzal, (Viajes), *Antonio Buero Vallejo, una digna lealtad*, *Miguel de la Quadra Salcedo, el ultimo explorador* (biografía), *Las bestias* (Cuentos) y sus novelas *La cruzada del perro*, *El río de a Lamia* y *El hijo del italiano*. Su tetralogía basada en la prehistoria peninsular, compuesta por *Nublares*, *El hijo de la Garza*, *El último cazador* así como por *La mirada del lobo*, cosecharon sendos éxitos editoriales obteniendo un gran respaldo de lectores y crítica especializada. Una de sus últimas obras, *Yo, que sí corrí delante de los grises*, es una memoria emocional de los años finales del franquismo que vivió y sufrió intensamente en su comprometida juventud.

Como periodista lleva ejerciendo desde los 18 años en que comenzó en el diario *Pueblo*. Ha trabajado después entre otros medios en *Mundo Obrero*, *Tiempo*, *El Globo* y la *Cadena Ser*. En el año 1989 se incorporó al *staff* directivo de *Tribuna*, publicación de la que fue director entre los años 1996 y 1999. En el año 2001 ingresó en el diario *La Razón* donde actualmente combina su labor como columnista con la dirección de sus Ediciones Especiales y la jefatura de los Suplementos del diario.

Colaborador destacado tanto en radio como en televisión, ha participado, presentado y, en algún caso, dirigido importantes programas de debate y opinión. En este

momento ejerce como comentarista político en RNE, en Tele 5, Telemadrid, Canal Sur y otras televisiones autonómicas. Es consejero editorial y columnista de la revista *OSACA, magazine* dominical que se distribuye con una veintena de diarios del grupo «Promecal» en los que también mantiene un espacio de opinión fijo en todos los «Tribunas» de Castilla-La Mancha y en los diversos diarios de Castilla y León. A través de la agencia Europa Press sus columnas pueden ser leídas semanalmente en más de cuarenta periódicos de toda España. Su *blog* en *Periodista Digital*, «La Marea», ha superado las 60 000 visitas mensuales. Defensor de la naturaleza, cazador conservacionista, es Portavoz de la Real Federación Española de Caza y sus artículos en las diferentes publicaciones del sector han merecido la reciente recopilación por parte de la Fundación FIDA en un tomo titulado *Por la Caza y la Conservación*.

Notas

[1] El águila imperial anida en las copas de los grandes árboles, mientras que la real lo hace en los cantiles. Endémica de la península Ibérica, la imperial apareció en el ecosistema junto al lince ibérico, hace unos 900 000 años. <<

[2] El Portalón. Atapuerca. La gran gruta de entrada que comunica con todo el complejo kárstico de la sierra de Atapuerca y que, al contrario que la Gran Dolina (yacimiento del *Homo antecessor* de hace 1,5 millones de años) o El Elefante, no se llegó a colmatar nunca. Una de sus galerías va a parar a la Sima de los Huesos, donde estaban depositados los cadáveres de decenas de preneandertales; en otra se han encontrado los primeros restos de neandertales ya posteriores y una ocupación continua, después, de los cromañones. <<

[3] Valle del río Lozoya, Madrid, justo al sur de la línea divisoria con Segovia. En su parte alta se encuentra Pinilla del Valle, donde existen hasta cuatro yacimientos prehistóricos actualmente en excavación. El lugar ha sido bautizado como el Valle de los Neandertales. <<

[4] Peñalara. Cumbre más alta de ese tramo de la cordillera Central. Desde la boca del abrigo de Navalmaíllo, semeja una enorme punta de lanza tallada. <<

[5] Los Hontanares. La serranía, de algo menos envergadura, que cierra el valle por el sur. La de Hontanares, ahora, Fontanares, de fuente, en castellano antiguo. <<

[6] Monte Castillo. Puente Viesgo (Cantabria). A orillas del río Pas, elevación caliza de forma cónica, que esconde un laberinto de cuevas que se abren a unos 190 metros sobre el nivel del mar actual, en el Paleolítico estarían a poco más de 300, y utilizadas por el neandertal y el cromañón desde hace 150 000 años. Cuatro tienen manifestaciones rupestres y registros fósiles de fauna y restos humanos. Destaca la cueva del Castillo; sus vecinas son las Monedas, las Chimeneas y la Pasiega. Muy próxima se encuentra la de Hornos de la Peña. El entorno es extraordinario, destacando la fabulosa Altamira y yacimientos como El Pendo, Cuvallera, Covalanas, Chufín o La Garma. Este espacio albergó la mayor concentración de seres humanos del Paleolítico. <<

[7] En la glaciación el mar se retiró varios kilómetros más allá de lo que es la actual costa. <<

[8] El río Duero. <<

[9] *Jaro* significa «pelirrojo». <<

[10] El río Vena que, junto con el río Pico, confluye en el Arlanzón, al oeste de la sierra de Atapuerca. <<

[11] Gordolobo o barbasco. Planta que incluso hoy día siguen utilizando algunos pueblos indígenas, particularmente los amazónicos, y que no hace tanto también se utilizaba en el medio rural español. De ella proviene la expresión «embarbascar el agua». <<

[12] La primera cacería colectiva y organizada de bisontes europeos ha sido recientemente documentada en Atapuerca. El joven investigador Antonio Pérez Hidalgo, tras haber trabajado años con Eudald Carbonell, uno de los codirectores, ha sido el autor del trabajo para el que también ha contado con su experiencia y estudios entre los indios de las praderas norteamericanas, cuya dependencia del búfalo era trascendental. <<

[13] Cueva o galería del Sílex en el complejo de Atapuerca. Quizás el más desconocido de sus yacimientos y donde se encuentran tumbas, grabados y pinturas, en realidad, neolíticas, de hace unos 5000 años «tan solo». <<

[14] Ojo Guareña (Burgos), gran complejo kárstico de cuevas abiertas y de galerías entrelazadas que completan muchos kilómetros, entre las más extensas del mundo, en esa sierra burgalesa sobre el río Guareña. Los yacimientos prehistóricos son muchos en los diferentes enclaves y oquedades, y desde los neandertales hasta ahora los humanos las han utilizado. Su referente más impactante son las huellas paleolíticas impresas en la arcilla de uno de los pasadizos. <<

[15] *Fome fomentario*. Hongo yesquero u hongo del hombre del hielo. <<

[16] Mamut. Existe un grabado del animal en Ojo Guareña. <<

[17] Cueva Palomera. A más de un kilómetro de su entrada está la sala donde se encuentran las huellas de ocho o diez individuos que se arriesgaron a penetrar tan adentro y que quedaron impresas en la arcilla. <<

[18] Uno de los hallazgos prehistóricos, aunque este ya de la Edad de Bronce, fue el de la osamenta de un joven a quien posiblemente se le agotó la antorcha que pudo llevar para alumbrarse y que pereció perdido en aquel laberinto y que vio consumirse sus fuerzas y murió de inanición sin saber que en realidad ya estaba bastante cerca de la salida. <<

[19] La cordillera Cantábrica. <<

[20] El río Ebro. <<

[21] Puerto de las Estacas de Trueba. <<

[22] El río Pas. <<

[23] El río Pas desciende desde la vertiente norte del Puerto de las Estacas creando el valle que lleva su nombre, besa la falda del monte Castillo (las Cinco Cuevas) y se dirige hasta el mar. <<

[24] Cuevas del Castillo y de las Monedas, respectivamente. La primera tiene en su entrada un gran espacio para habitación humana y como tal sirvió durante muchos miles de años. En los espacios ceremoniales, situados en sus galerías interiores, se encuentran las pinturas rupestres más antiguas de España, de hace 47 000 años, amén de la famosa pared de las manos y más de 250 figuras tanto de animales como geométricas, grabadas o pintadas en las paredes o en los techos. La cueva de las Monedas, también con gran riqueza de arte paleolítico, tuvo menos presencia habitacional y fue utilizada más como santuario. <<

[25] Todavía en lenguaje montero se sigue llamando a ciertos bosques más recogidos «montes de enero», pues con el mayor frío es donde se resguarda la caza. <<

[26] El modo de talla conocido como técnica de Levalois supuso un importante avance que superó los métodos anteriores, bastante similares entre cromañones y neandertales, siempre algo más toscos en estos últimos. <<

[27] La glaciación hizo que el mar se retirara varios kilómetros, entre cinco y diez, del litoral. <<

[28] Cueva del Castillo. <<

[29] La belladona. <<

[30] Figura chamánica, posterior en el tiempo, una licencia dramática por la que el autor se disculpa. Del momento prehistórico sí que son los signos y líneas descritos, así como las manos impresas. <<

[31] La manzanilla (*Matricaria chamomilla*) tiene propiedades digestivas, pero también es sedante y antiespasmódica. En la corteza de abedul se encuentra el ácido salicílico, principio de nuestra aspirina, y en el hongo *Penicillium*, el de nuestra penicilina. Recientemente ha quedado demostrado (en la cueva del Sidrón, Asturias) que los neandertales lo usaban. <<

[32] El trascendental descubrimiento en Pinilla del Valle (Madrid) por parte de Arsuaga y Baquedano, todavía hoy no del todo expuesto a la opinión pública, va a cambiar la percepción que hasta hoy existe sobre los neandertales. Cercana al abrigo principal de Navalmaíllo, se abre esta cueva bautizada como la Descubierta, que ellos no dudan en considerar como santuario: han hallado los restos de una treintena de fuegos rituales con cuernas de herbívoros sobre cada uno de ellos, y en una, solo en una, restos de una niña, una mandíbula, de cerca de tres años de edad, allí enterrada. Sobre la niña se encontraba una cornamenta de uro. Y en otro de los escasos enterramientos neandertales hallado, restos de gramíneas sugieren que las depositaron sobre el cadáver. <<

[33] El Chufín, la última cueva prehistórica en el límite casi entre la actual Cantabria y Asturias. <<

[34] El Nansa. <<

[35] El río Sella, con su actual desembocadura en Ribadesella, donde se ubica la cueva de Tito Bustillo. <<

[36] Garganta del Cares, donde se sitúan las cuevas de Llonín y la Covaciella, en el entorno de Cabrales. La cueva del Buxu se localiza en el concejo de Cangas de Onís, sobre el arroyo Entrepeñas. <<

[37] La cueva de Lioni, en Cabrales. <<

[38] Un grabado de una ballena, único en el arte paleolítico, se encuentra en la cueva de Tito Bustillo, en la galería central, tras la sala del Gran Panel (ya del Magdaleniense) de los caballos y antes de llegar al Camarín de las Vulvas, donde también se encuentra el extraño antropomorfo cuya antigüedad se ha estimado en 40 000 años. <<

[39] Cuevas de Llonín y la Covaciella a ambos lados del Cares y en el entorno de Cabrales (Asturias). <<

[40] Cueva del Buxu, en el concejo de Cangas de Onís, sobre el arroyo de Entrepeñas. <<

[41] Cueva del Sidrón en Borines, Piloña (Asturias). Importantísimo yacimiento neandertal, donde se ha podido sacar ADN de los restos de un total de trece cadáveres de hace unos 49 000 años con evidentes signos de antropofagia. La cueva había sido habitada por ellos y posteriormente por el cromañón, aunque con escasos restos de ese paso, excepto algunos grabados y pinturas. <<

[42] Cueva del Fornu o del Conde, en Tuñón, concejo de San Adriano, en la Asturias interior y lindero con Oviedo. Contiene restos líticos de origen neandertal y pinturas y grabados de los cromañones. <<

[43] Cabo de Peñas. <<

[44] Cueva de Candamo, donde se encuentra un carmín de vulvas y alguna de las pinturas rupestres más hermosas de toda la cordillera y quizás el caballo más espectacular y logrado de todo el paleolítico: un «prevalski». <<

[45] Los últimos estudios apuntan en esa dirección. Los neandertales no tenían una mano idéntica a los cromañones y no poseían la habilidad de los dedos de los humanos modernos para realizar determinados trabajos artesanales. <<

[46] Las maravillosas pinturas de Altamira son posteriores a la época, pues pertenecen al Magdaleniense, quizás 10 000 años después del momento en que se inscribe la novela, y aunque el autor se ha tomado en otras pinturas parietales alguna licencia literaria en tal sentido, no ha querido hacerlo en la gruta más importante del arte prehistórico mundial junto, a su juicio, la francesa Chauvet, que sí que pertenece a este periodo, el Auriñaciense. Pero está comprobado que han aparecido entre los grabados y figuras de Altamira algunas datadas en esta época. De hecho, las recientes mediciones por uranio han variado el *ránking* de antigüedad del arte paleolítico poniendo por delante a la del Castillo (40 000 años) frente a Altamira (36 000) y Chauvet (33 000), pero esta última, en ese momento del arte, es inmensamente superior en sus figuras y composiciones. Luego Altamira, ya en el Magdaleniense, es insuperable. Una y otra contaron con un auténtico genio de la pintura universal. Dos artistas excepcionales: uno autor de los famosos leones y rinocerontes de Chauvet, y el otro, de los bisontes y caballos policromados de la extraordinaria cúpula de Altamira, que utilizó los relieves de la roca para hacer emerger sus posturas y movimientos. Genios pues, comparables a cualquiera de los grandes maestros de la pintura, un Manet o un Velázquez. <<

[47] Cueva de la Garma, al oriente de la bahía de Santander, a unos cinco kilómetros de la desembocadura del río Miera, en un monte de apenas 200 metros de altitud. Tiene varias galerías y cavidades a diferentes alturas. La antigüedad de su ocupación se remonta a 80 000 años y hay restos líticos neandertales. De las dos galerías, la superior tiene restos del Paleolítico más tardío, manos y figuras geométricas. La inferior quedó cerrada durante milenios por un desplome en la época magdaleniense, hace unos 16 000 años, y se conservan en su interior intactos tanto los restos de sus habitáculos como de sus utensilios y de sus presas, amén de sus impresionantes pinturas y grabados. <<

[48] Cueva de Venta Laperra o Karrantza. Vizcaya. Restos neandertales y cromañones. Como un guiño a la ancestral lengua vascona, el autor se ha permitido la licencia de mantener el nombre actual en euskera de algunos enclaves, como licencia literaria y pidiendo la comprensión de los lectores. <<

[49] Cueva de Santimamiñe, en el monte Ereñozar, a 150 metros sobre el nivel del mar, en Kortezubi (Vizcaya). <<

[50] Cueva de Ekain, en Zestoa (Guipúzcoa). En sus paneles rupestres aparecen representados, junto a los animales dominantes habituales de toda la cornisa cantábrica (el bisonte y el caballo, este con la inconfundible silueta y crin de los prevalski), especies como el reno, el antílope saiga, la liebre ártica y el glotón. <<

[51] Cueva de Altxerri, en Aya (Guipúzcoa). <<

[52] Cuevas de Armintxe, en Lekeitio, y de Atxurra, en Berriatua (ambas en Vizcaya), el último gran descubrimiento prehistórico vasco. La representación de dos grandes leones cavernarios, que parecen ser los iconos de la cueva, supusieron una tremenda sorpresa, pues apenas hay representación del felino en toda la cordillera Cantábrica ni en los Montes Vascos, aunque sí restos fósiles del animal. También son sorprendentes las veinte lanzadas al gran bisonte del mismo panel, el bisonte más «cazado» de la prehistoria en palabras de su descubridor, el arqueólogo Diego Gárate, que sustituyó a José Miguel de Barandiarán, descubridor en 1929 de la gruta y los primeros restos prehistóricos. <<

[53] *Bela*, en euskera, «cuervo». El apellido se mantiene hasta hoy mismo. <<

[54] Óxido de hierro. <<

[55] Con la glaciación, el nivel del mar bajó y los océanos se retiraron dejando una ancha franja costera en lo que ahora es el litoral Cantábrico y que permitía mucho más fácilmente el paso desde la actual España a Francia, sin tener que atravesar los Pirineos ni sus estribaciones. El paso en el Paleolítico se realizaba por esa franja costera con mucha mayor facilidad, mejores posibilidades de alimento y temperaturas mucho más aceptables. <<

[56] Desembocadura del río Garona, en Francia. Todo un enorme estuario por donde el océano Atlántico entra profundamente en tierra y se une al delta del río con numerosas islas e islotes, y que en tierra se convierte en una extensa y fangosa marisma. <<

[57] Los machos de león cavernario, como demuestran los grabados de Chauvet y otras cuevas, donde sus atributos masculinos aparecen claramente reflejados, carecían de la gran melena, o la tenían muy incipiente, de los actuales leones africanos. <<

[58] El río Lot. De seguir el Garona, su cauce los hubiera llevado hacia los Altos Pirineos, donde se encuentran las cuevas de Gargas y de Trois Frères. <<

[59] La cueva más cercana habitada en el Auriñaciense era la de Pech Merle. <<

[60] Río Ardèche, sobre cuyo curso se abre la cueva de Chauvet. <<

[61] La escultura más conocida de hombre león fue hallada en el estado alemán de Baden-Wurtemberg, en la cueva de Hohlenstein-Stadel. Mide 29,6 centímetros de altura y está tallada en marfil de colmillo de mamut. Representa a un ser humano erguido con cabeza de león. En su brazo izquierdo tiene impresas siete marcas horizontales. Su antigüedad se remonta a más de 30 000 años, en el Auriñaciense. En la cueva de Chauvet (Francia) están representados en pinturas rupestres híbridos similares y una estatuilla parecida, aunque más pequeña y en mucho peor estado, ha sido hallada en una cueva de su entorno. <<

[62] En Chauvet aparece grabado un búho real, el Gran Duque, la mayor de las aves nocturnas. Única representación de esa ave, muy escasas en cualquier especie, de todo el Paleolítico. <<

[63] Granos de espliego. <<

[64] La Venus de Chauvet. Tan solo de medio cuerpo para abajo con los genitales femeninos claramente remarcados. <<

[65] Gruta de Saint-Marcel, en Bidon, muy cercana a Chauvet. Yacimiento gravítense. <<

[66] Gruta de Cosquer, cerca de Marsella y de la desembocadura del Ródano en el Mediterráneo. <<

[67] La figura del rinoceronte echando sangre por sus belfos es una de las más características pinturas rupestres de Chauvet. <<

[68] «La luna de octubre siete lunas cubre». Viejo proverbio aún recordado en los años de intenso frío en la meseta castellana. Significa que si la primera luna del otoño viene con nieve, esta acompañará cada luna hasta la primera de la primavera inclusive. <<

[69] La sala Hillaire de Chauvet. Allí se encuentran los grabados de un búho, un caballo y algunas figuras y líneas más, carentes de pigmentación y color alguno. Enfrente está el pasadizo hacia la conocida como Sala du Fond, donde están las impresionantes pinturas de la manada de leones y la de los rinos, amén de algunas otras de osos y otros animales. Al fondo de esta se encuentra la Sacristía, donde aparece la gran figura de un mamut. <<

[70] Los Pirineos. <<

[71] Gargas y Trois Frères. <<

[72] Uno de los dos antropomorfos de la cueva Trois Frères es un chamán con un arco musical. Aunque es posterior al tiempo de esta novela, el autor se toma una nueva licencia literaria, al igual que los grabados y dibujos de esa gruta posteriores al Auriñaciense, del que sí quedan rastros en la vecina Gargas. <<

[73] Una pintura en la cueva de Lascaux, de datación mucho más tardía, magdaleniense, y a mucha distancia de Trois Frères, representa la escena de un bisonte herido arremetiendo contra un hombre que cae muerto y al lado aparece una especie de bastón con cabeza de pájaro. <<

[74] La figura del hechicero de Trois Frères tiene cerca de 80 centímetros de alto y domina desde los 3,5 metros de altura, donde se encuentra toda la escena, y la galería, donde están representados cientos de animales. <<

[75] Grutas de Gargas. Son notables sus paneles con numerosas manos, más de doscientas, en negativo, realizadas por la técnica de la plantilla. Las imágenes son de color rojo (ocre) o negro (óxido de manganeso) por el uso de una mezcla de óxido de hierro y de manganeso aplastada con grasa animal y pulverizada alrededor de la mano contra la pared. Contiene los restos de arte paleolítico más antiguos de Francia (27 000 años) tras los de Chauvet y tuvo ocupación desde el Musteriense. <<

[76] La escasez de sílex en el valle del Alto Lozoya hizo que los instrumentos líticos y las puntas de las lanzas neandertales fueran talladas en cuarzo o en cristal de roca. <<

[77] Una poderosa y larguísima punta de lanza hecha con el cuerno de un rinoceronte lanudo ha sido encontrada recientemente en Siberia, en la actual isla de Gran Liajovski, en su costa más al norte. <<

[78] Tasugo: tejón. Fuina: garduña en el lenguaje popular de los labradores de Castilla. <<

[79] Ave de presa emigrante, de la familia de las falcónidas, más pequeña y oscura que el halcón peregrino, que viene de tierras nórdicas. <<

[80] Ojo Guareña, Burgos. <<

[81] La Venus de Laussel, en la Dordoña francesa, es de azabache y tiene esos detalles. <<

[82] La ruta del clan Errante parte del Nalón para luego seguir el río Proaza, llegar a Teverga y ascender el Puerto de Ventana, donde Peña Sobia preside el semicírculo de montañas que por el valle de San Emeterio ya se adentra en las tierras leonesas de Babia. <<

[83] Los ríos Porma, Esla y Pisuerga, hasta llegar a las Loras burgalesas y desde allí bajar a la sierra de Atapuerca. <<

[84] Prosiguen su ruta por el corredor de fauna, esencial en la época glaciar hasta alcanzar Atapuerca, el fabuloso yacimiento donde, amén del *Homo antecessor* de 1,5 millones de años de antigüedad, se han hallado los restos de preneandertales con una antigüedad próxima a los 400 000 años. Cráneos completos y restos de osamentas de más de treinta individuos. Una gran fosa común. Uno de los aspectos que más ha conmocionado a los científicos, que en esa excavación comanda Juan Luis Arsuaga, así como a sus compañeros, los otros dos codirectores de Atapuerca, Eudald Carbonell y José María Bermúdez de Castro, son los evidentes signos de violencia intraespecífica, con heridas que en varios casos debieron de resultar mortales. Pero en este caso no hay posibilidad de achacárselo al *Homo sapiens* (cromañón), que aún no había aparecido siquiera. <<

[85] Como es mundialmente conocido y ha situado la sierra de Atapuerca a la cabeza de los descubrimientos sobre el origen de la humanidad, en esa serie de cuevas colmatadas se encuentran los restos del *Homo antecessor*, de más de 1,5 millones de años de antigüedad (la Gran Dolina) y que prueban la salida primera de los *homos* de África hace dos millones de años. En la cueva Fantasma se han hallado ya restos líticos neandertales y, en 2017, un hueso de esta especie, en la galería de las estatuas colindante con la cueva Mayor. En el Portalón se hallan restos de las culturas cromañonas del Magdaleniense, Gravitense y Auriñaciense, cuando se desarrolla la novela y cuando aún había potente presencia de neandertales en todo el centro y sur peninsulares. Lo más «moderno» de Atapuerca es la galería del Sílex, precedida de un estremecedor santuario de elevadísimos techos, con columnas de estalactitas y estalagmitas, y donde hay enterramientos y extraordinarios grabados y pinturas neolíticas muy poco conocidas. El acceso, dificilísimo y agobiante, ha de hacerse por sifones subterráneos, reptando, y fue descubierto por el grupo de espeleólogos Edelweis. Atapuerca tiene en sus entrañas el registro fósil, ininterrumpido y continuo de 1,5 millones de años. <<

[86] Puerto del Reventón. <<

[87] Valle de Canencia. <<

[88] La ciudad encantada de Tamajón (Guadalajara). <<

[89] La sierra de Ayllón o Negra, así conocida por las formaciones de pizarra que la identifican y de las que están hechas las casas actuales. <<

[90] Cascada de Despeñalagua, muy cerca del nacimiento del río Sorbe, sobre el hermoso pueblo actual de Valverde de los Arroyos, icono de la arquitectura negra (Guadalajara). <<

[91] Desde el Tamajón por la Toba, cruza el Bornoba y, subiendo Henares arriba, se mete por el cañón del río Dulce hasta asomarse a las parameras molinesas. <<

[92] El autor hace un pequeño guiño a Nublares, cueva en Bujalaro (Guadalajara), que dio nombre a su primera novela prehistórica que inició su saga del mismo nombre a orillas de su río natal, el Henares, Arcilloso en la novela. <<

[93] Río Salado, que un poco más abajo desemboca en el río de la Loma para buscar luego el Tajo (el gran río Hundido). Al Salado se asoma la cueva de los Casares (Riba de Saelices, Guadalajara). <<

[94] Río Salado. Un poco más abajo desemboca en el río de la Loma. Sus aguas, como las de muchos arroyos de la zona, son muy salinas y se siguen explotando algunas salinas artesanales. Saelices de la Sal es uno de los pueblos vecinos y este río se encuentra en el término de Riba de Salieses, precisamente. A él se asoma la cueva de los Casares, donde hay yacimiento tanto neandertal, un hueso incluso, como posteriormente cromañón, y cuyos grabados siguen siendo uno de los grandes enigmas prehistóricos. <<

[95] Los Milagros. <<

[96] Recientes descubrimientos científicos han constatado que la antigüedad de ciertos grabados en varias cuevas como La Pasiega, en Monte Castillo, Maltravieso en Cáceres y Ardales en Málaga datan de hace más de 64 000 años y serían, pues, neandertales, así como conchas horadadas y pigmentadas de la Cueva de los Aviones en Cartagena (Murcia) de hace 115 000 años. Uno de los grabados antropomorfos de la cueva de los Casares, cerca de otro que parece reflejar un coito, único caso con tal escena en todo el arte paleolítico, a interpretación del autor semeja la forma y gesto de una mujer pariendo. <<